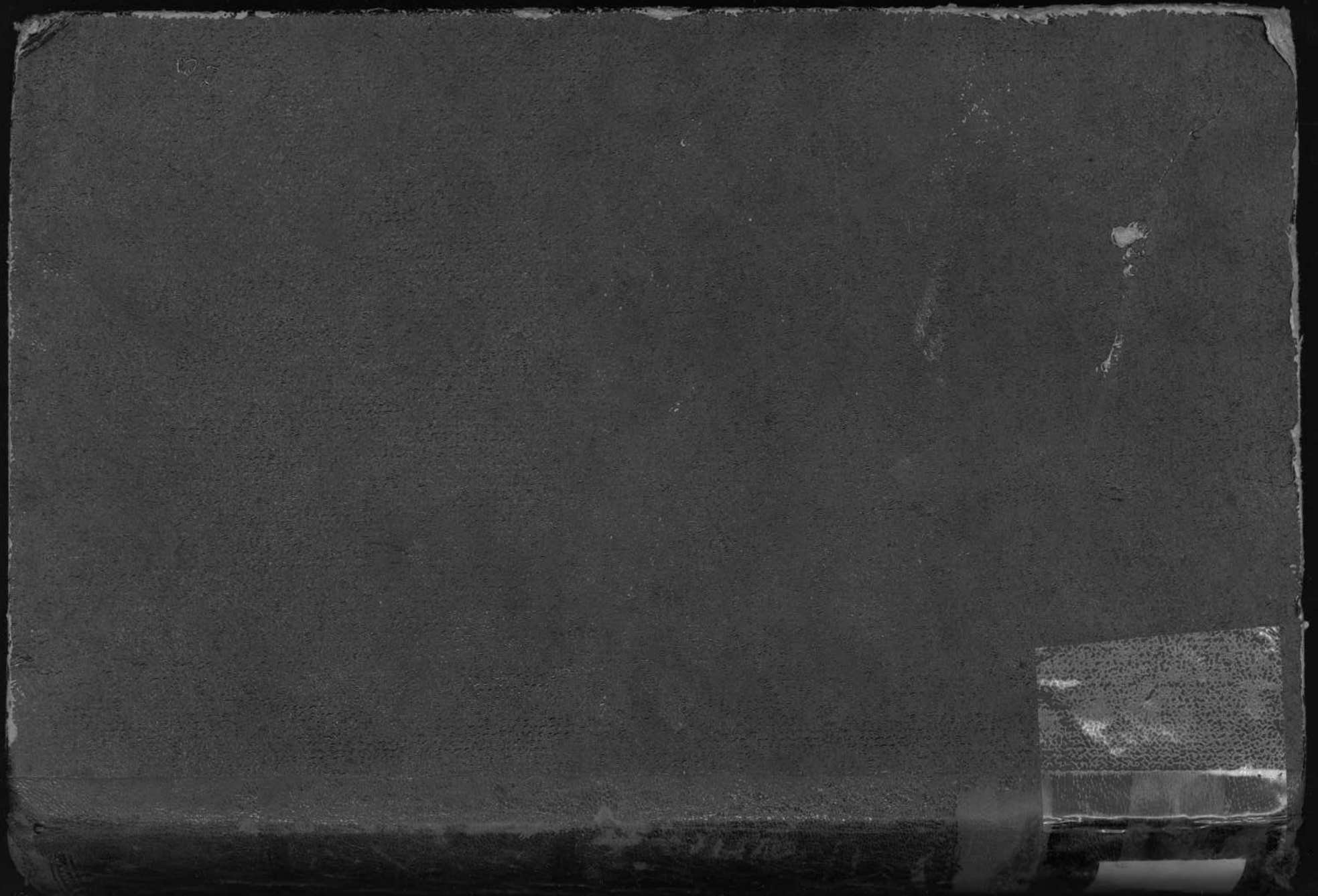


D-2
2826
S.G-15
Z-1

B.P. de Soria
61043609
D-1 894
D-1
894

Est 2°
tab 4ª
nº 1

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

I.

Sig.t.ª Top.ª
Est. 2
Tab. 1.

R° 280.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA:

CUADRO RELIGIOSO, POLÍTICO Y MILITAR DE LOS AÑOS 1846, 47, 48, 49 Y 50

EN ITALIA.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por Mr. Alfonso Balleydier.

Traducida de la cuarta edicion revisada por el autor; ilustrada con multitud de retratos de célebres personages, y escenas en perspectiva de los acontecimientos mas interesantes de aquella, abiertas en acero; aumentada con notas históricas y críticas y con documentos los mas importantes,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA FORS DE CASAMAYOR,

Abogado de los Tribunales de la Nacion,
y del Ilustre Colegio de Barcelona, Auditor honorario de Marina, individuo de la Academia de Jurisprudencia y Legislacion de la misma ciudad, Académico profesor de la Matritense, Miembro titular del Instituto de Africa establecido en Paris,
Socio honorario de la Academia Arqueológica Tarraconense, etc. etc.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA POLITÉCNICA DE TOMÁS GORCHS,
calle del Cármen, junto á la Universidad.

1856.

R. 270.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA:

CAUSAS RELIGIOSAS, POLÍTICAS Y MILITARES DE LOS AÑOS 1846 Á 1849 DE J. C.

SUS ANALES DE TRIENIO,

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por Alfr. Alfonso Dalleyrac.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

TOMO

D. FRANCISCO DE PAULA TORS DE CABANAYON,

Doctor de la Facultad de la Teología,

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA POLITÉCNICA DE TORÁS COSTAS,

calle del Carmen, plaza de la Universidad.

1850.

Alphonse Balleydier

BIBLIOTECA PROVINCIAL
SORIA

CENSURA.

Por disposicion de V. S. he examinado la HISTORIA DE LA REVOLUCION DE ROMA, CUADRO RELIGIOSO, POLÍTICO Y MILITAR EN ITALIA DESDE EL AÑO 1846 HASTA 1850, escrita en francés por *Mr. Alfonso Balleydier*, traducida al español de la cuarta edicion revisada por el autor, y aumentada con notas históricas y críticas y con documentos los mas importantes, por el *Sr. D. Francisco de Paula Fors de Casamayor*, abogado de los Tribunales de la Nacion y del Ilustre Colegio de esta capital, auditor honorario de Marina y miembro de varias Academias científicas y literarias.

En todo el complexo de esta obra nada existe digno de la mas mínima correccion, respirando su lectura la mas sana moral. En ella encontrarán bellos ejemplos que imitar todas las clases de que se compone la sociedad, tanto seculares como eclesiásticas y militares. Todos reconocerán desde luego la edificante elocuencia y el florido lenguage del autor, asi como observarán en las preciosas notas históricas y críticas, la flúida erudicion del traductor y los conocimientos que posee asi en historia como en literatura.

Por lo tanto, no solamente considero muy digna de publicarse la indicada obra, sí que tambien de que se le dispense la eficaz recomendacion á que es acreedora.

Es cuanto tengo el honor de manifestar á V. S. en cumplimiento de la comision con que se ha servido distinguirme.

Dios guarde á V. S. muchos años. Barcelona 24 de octubre de 1856.

Santiago Canals, Cura Párroco.

M. I. S. Provisor Vicario General de este Obispado.

DECRETO.

Barcelona 24 de octubre de 1856.

Imprímase.

Dr. Ezenarro, Vicario General.

PREFACIO.

El Papismo es la única grandeza viviente de la Italia.

Conde Rossi.

La causa del Papa es la causa de Dios.

Ultimas palabras del conde Rossi.

La autoridad de la Santa Sede es indispensable á la independencia y á la libertad de la Italia.

Luis Napoleon Bonaparte.

Un célebre pintor queriendo reproducir el efecto de una tempestad, se hizo cierto dia amarrar al mástil de un buque. Agitadas las olas del mar por el furor de los vientos que amenazaban á cada momento tragarse la nave, el pintor hizo un cuadro de espantosa verdad.

Para describir una terrible tormenta humana, hemos querido á ejemplo del pintor, mirar cara á cara y en todo su furor el terrible cataclismo que hace poco ha desconcertado la península itálica. Así es que en medio de las tumultuosas olas de la anarquía, hemos escrito la historia de la revolucion de Roma.

Si por acaso nuestros colores aparecen demasiado vivos, si la semejanza se cree demasiado pronunciada, ténganse en

cuenta las violentas impresiones bajo cuya inspiracion hemos escrito. Las oscuras pinceladas dominan en la obra del pintor que hemos tomado por modelo. No se hicieron ciertamente las medias tintas para reproducir incendios y revueltas. Sin odio contra los personages, nuestra apreciacion, á menudo recriminativa, se limitará tan solo á los actos que han comprometido la salud del mas bello pais del mundo.

La libertad, que eleva el patriotismo sobre el miedo, inspira el valor de manifestar el crímen en toda su desnudez, para que sirva de espantajo en el porvenir.

Combatir las pasiones disolventes, estigmatizar los agentes del mal, desenmascarar en fin á los enemigos del órden humanitario, es el mas sagrado de todos los deberes cívicos y el mas útil al reposo de la sociedad. Este deber es el derecho del historiador, y nosotros lo usarémos.

Con independencia y absoluta libertad, levantados por nuestra propia conciencia, sin miedo, sin pasion y sin interés alguno, vamos á publicar estos documentos; considerándonos felices si despues de haber derramado alguna luz sobre las faces poco conocidas de la revolucion romana, pueden ellos servir de leccion á las masas populares, tan fáciles de dejarse engañar por los intrigantes y los ambiciosos.

INTRODUCCION.

La perfeccion no se halla en este mundo. Componiéndose la sociedad de elementos humanos esencialmente débiles y naturalmente inclinados á la devastacion, es evidente que el edificio social necesita alguna vez rectificarse.

Sesenta años ha que el elemento monárquico fundado por el cristianismo sobre la autoridad que deriva de la ley divina, y robustecido tras de los siglos por la influencia del catolicismo, tendia á desviarse de su punto de partida y se separaba de su base. ¿Quién pudiera negarnos pues que era necesario introducir sabias y útiles reformas?

Por desgracia, despues de la paz de Munster y del tratado de Westfalia, fatal bajo el punto de vista católico, la voz de los Papas, de esos poderosos reformadores de la edad media, ya no tuvo mas que un débil eco en los Consejos de los príncipes de la tierra. El error sancionado por el Luteranismo, marchando al par de la verdadera fe, habia muy particularmente debilitado la influencia política del Papismo.

Los hombres que en aquella sazon se pusieron á la cabeza del

movimiento reformista, se habian franca y abiertamente declarado enemigos del cristianismo, que solo ha recibido de Dios la autoridad para enseñar al mundo. La filosofía, usurpando los poderes al catolicismo, abrió la puerta á las revoluciones, el mismo dia que dijo á los hombres: *Sois iguales.* ¡Grandísimo error!... Los hombres solo son metafísicamente iguales á la presencia de Dios. Este principio de igualdad hábilmente esplotado por las sociedades secretas, creó desde entonces el fatal nivel que en el dia amenaza á la sociedad, y que tiende al cáos para volver á construir un nuevo mundo imposible!

En sesenta años las sociedades secretas han subvertido la Europa de tal modo, que la han reducido á la terrible alternativa del famoso: *To be or not to be,* ser, ó no ser.

¿La crítica situacion en que se halla actualmente la Europa, es por ventura la consecuencia inmediata y natural de la accion destructora de las sociedades secretas?

Esta proposicion se resuelve afirmativamente. Probémoslo pues, echando una mirada retrospectiva á la misteriosa marcha de esas sociedades, y á los medios de que se han servido para conseguir la ejecucion de sus proyectos en Italia. A cada paso encontraremos recientes huellas de la conspiracion que ha servido de prólogo á la república romana, que no es mas que un apéndice de la república francesa. Remontémonos al curso de algunos años.

Tenemos á la vista un folleto de autor anónimo, que bajo la forma de un llamamiento á la Italia, contiene las siguientes líneas. Despues de hacer un pomposo elogio de la religion y de citar como argumento esta palabra de Jesucristo, *Mi reino no es de este mundo,* esclama:

«¡Italianos! Dios ha creado todos los hombres iguales. Sabed que lo que se llama *liberalismo,* tiene por objeto poneros en posesion de vuestros inalienables derechos. Hay *hombres* que velan por vosotros, y para quienes la regeneracion de Italia es el estimulante de su alma. Estos hombres se afanan para que luzca el dia en que ello tenga lugar. Entonces, en aquel dia *fatal,* acordaos de que el valor vence á la fuerza, y que la audacia se apodera de la suerte. Mientras se aproximan los graves acontecimientos y va á estallar la catástrofe, es menester que cada ita-

liano tenga *un corazon que sienta, un rostro que disimule, y una mano que obre.*»

«¡Honor á la Confederacion Italiana!..... ¡Oh! lo veo. ¡Ved cuán terrible es y cómo brilla con sangrienta luz el gran dia de la cólera de Dios y de la venganza de los pueblos! Terrible catástrofe: el perjurio tendrá su recompensa, lo mismo que la tiranía. Dios ha escrito sobre los derrocados tronos: no en vano se quebrantan las leyes de la verdad, de la justicia y de la religion.»

Basta de dudas. Los tronos así consignados á la venganza de los pueblos, debian ser los de Pio IX, Fernando II, Leopoldo de Toscana, Cárlos Alberto y los de los príncipes reinantes en los demás estados de Italia. Algunos de estos tronos efectivamente han sido derribados; empero el brazo de Dios, secundado por el de los hombres, los ha vuelto á levantar en seguida, despues de volverse contra los destructores.

Otro pequeño volúmen apareció en Lugano el 25 de octubre de 1833: en todas sus páginas encontramos las mismas intenciones, las mismas ideas: cada línea es una amenaza, cada palabra un grito de venganza; sangre es la tinta, y un puñal la firma.

En los primeros dias de junio de 1848, Ricciardi (*), literato de mérito pero ateo por cálculo, acorde con este axioma político, *los escritores son los zapadores de las revoluciones;* Ricciardi toma la pluma y recomienda á sus compatriotas la union, la reunion en una sola de todas las distintas opiniones. «*Nada teneis*

(*) José Ricciardi nació en Nápoles en 1808. Es el hijo segundo del conde da Camaldoli, juez mayor durante el gobierno del Rey Joaquin Murat, y uno de los ministros constitucionales bajo el efímero régimen de la constitucion de 1820.

El jóven Ricciardi fué educado en la casa de su padre, en medio de una sociedad distinguida, atraida naturalmente hácia un hombre que habia ocupado los primeros empleos del Estado, y que por su talento, sus conocimientos y su carácter, estaba al nivel de las posiciones mas elevadas. Allí fué sin duda donde empezó á meditar acerca de la situacion de su patria, germinando en su volcánica mente los deseos de dar la libertad á la Italia y la resolucion de sacrificarse para conseguirlo.

El ministro de policía Del Carretto vino á secundar esta misma resolucion llamando en 1832 al jóven patriota, para darle una correccion que al parecer acompañó de algunas espresiones duras, que fueron contestadas enérgicamente por Ricciardi. Sorprendido el ministro por semejante orgullo, calificó de loco al jóven

que esperar de los príncipes» les dice, y luego añade, que aun cuando los mismos príncipes quisieran hacer el bien de los pueblos, estos deberian exigirles ante todo la independencia de la Italia. Todavía es mas esplícito. Oidle: «Para adquirir esa independencia, es preciso la revolucion y la guerra; es menester poner á un lado todas las consideraciones derivadas del progreso de las luces, del progreso de la civilizacion, del progreso de la industria, del acrecentamiento de la riqueza, y de la prosperidad pública.» (cap. V.)

En el capítulo VI, despues de haber formado el escritor el proceso de todos los príncipes italianos, ataca el papismo cuerpo á cuerpo: borrada la historia de una plumada, rasga las páginas impresas de esta lucha inmensa, que tras de sí ha dejado los imperecederos nombres de los Güelfos y Gibelinos; y finalmente, miente á la faz de los pueblos, haciendo á los papas responsables de todos los males que la Italia ha sufrido desde Constantino.

En el capítulo VII, uniendo el cinismo de la mentira al descaro de la ignorancia, pretende que la alianza entre Roma y Viena, entre los emperadores y los soberanos pontífices, en todos tiempos ha sido el obstáculo mas grande para la regeneracion de la Italia.

Iniciado el escritor en los misterios de la secta, compara en el capítulo IX el Austria á la estatua de Nembrod, compuesta de diversos metales y descansando sobre piés de barro. Se hace profeta y prevé, en un cercano porvenir, terribles convulsiones,

patriota, y en su consecuencia dispuso que fuese encerrado en una casa de orates, de la cual á los pocos dias logró salir por las súplicas de su anciano padre, á condicion de que partiria de Nápoles para ir á estudiar á Constantinopla el régimen de los paises libres. Desterróse pues á Ricciardi, empero él mismo escogió el lugar de su destierro. A su vez la Inglaterra, la Suiza y la Francia, lo recibieron para devolverlo á su patria, de donde salió nuevamente despues de haber figurado en la revolucion de Nápoles, donde habia sido diputado por dos colegios electorales, en la que arriesgó la vida con sus amigos en las jornadas del 14 y 15 de mayo, época señalada para la apertura del parlamento napolitano. Logró escaparse despues de batida por Fernando II la insurreccion, siendo recogido por el almirante francés Baudin en el navío *Friedland*. Posteriormente pasó á la Calabria para organizar y hacer estallar la insurreccion contra el propio rey Fernando, al cual los revolucionarios llamaron el *Perjuro*.

(Nota del Traductor.)

que hace votos para que vengan, pero no corresponderán á sus esperanzas.

En el capítulo XII, despliega el secreto de los hombres, de los cuales Mazzini es el gran sacerdote. Ricciardi llama en su ayuda la autoridad del escepticismo hecho hombre: encarece á los revolucionarios economizar á Gregorio XVI la *medicina violenta*, recomendada en otro tiempo por Maquiavelo (pág. 84). «Creo, dice, creo que nuestra santa causa se mancharia en el asesinato de un anciano, cuando no bastaria acabar con el papa; porque seria menester asesinar hasta el último religioso de todo el universo católico.» Mas adelante añade, y nuestra pluma tiembla al reproducir estas terribles palabras: «La planta funesta nacida en Judea, solo ha llegado al punto de acrecentamiento y de vigor en que la vemos, porque fué regada en arroyos de sangre. Si quereis que un error se arraigue entre los hombres, introducidlo con el hierro y el fuego!!! ¿Quereis que caiga? hacedlo objeto de vuestras burlas.» ¿Es esto verdad?

En el capítulo XIII encarga á los liberales que sobornen á los oficiales del ejército, por cuyo medio cuenta á la traicion por ausiliar de su obra. Despues de apresurar la organizacion de las sociedades secretas, indica en el capítulo XVII los medios de comenzar las insurrecciones. Contra los Austríacos deben desde luego dirigirse todos los golpes, y trabarse una guerra de esterminio.

Ricciardi en su capítulo XIX, arroja la máscara y se muestra con la cara descubierta: el escritor se transforma en tribuno: el tribuno se hace tirano, y arranca el poder de las manos del pueblo soberano, al cual niega el derecho de gobernar. Para conducir al pueblo, dice, no se trata de una asamblea popular, flotante, incierta, lenta en deliberar; sino que es preciso *una mano de hierro*, que sola pueda regir un pueblo hasta entonces acostumbrado á las divergencias de opinion, á la discordia y, lo que es mas todavía, *un pueblo corrompido, enervado y envilecido* por la esclavitud (pág. 132).

Su capítulo XXIV, zafarrancho general de los revolucionarios europeos, procura demostrar que la nacion italiana es la que está mejor situada para producir el incendio universal. Recuerda á los

pueblos de Dinamarca, Suecia, Prusia, España y Portugal, lo que él califica *sus necesidades políticas*. Molesta á la Francia, que segun él, necesita de un gobierno mas liberal y mas lógico: á la Inglaterra que debe desembarazarse de una odiosa aristocracia, manantial de todos sus males; y llama á la Irlanda, que levanta cien mil hombres á la sola voz de un O-Connell, y que se retira al brillo del sable de un cabo inglés! «Levántese la Italia, dice, y las demás naciones se sublevarán. Una cosa es poner el pié en la carrera de las revoluciones, y otra figurar en segundo término en esta liza magnánima.»

Despues de un capítulo de delirios acerca del mundo y de la civilizacion, concluye esclamando: «Nuestro triunfo es seguro, á no ser que un cataclismo universal se trague en un abismo sin fondo opresores y oprimidos. Los primeros harán gigantescos esfuerzos para conservar su poder, empero se verán obligados á beber el amargo cáliz de su ruina... Pronto comenzará para la humanidad una nueva era: era gloriosa de una redencion bien diversa de la vanamente anunciada por Jesucristo. (pág. 100 y 200).»

Algunos años despues el Mefistófeles de la Italia, Mazzini, que orgullosamente se apropia el título de Moisés de la independencia italiana, Mazzini entra en campaña. Da sus órdenes en toda la línea, y prepara las vias que deben conducir al triunfo momentáneo de sus ideas por la astucia y la traicion.

Nada hay que sea mas curioso que sus instrucciones estratégicas. No es por ahora de frente como debe atacarse al *enemigo*, sino combatirle con flores. El incensario debe sustituir al cañon: los perfumes que embriagan, son mas seguros que la pólvora que mata. Oculta su grito de guerra debajo el *Hosanna* que entona á la gloria de Pio IX, cubre con palmas el camino que pérfidamente mina debajo las plantas del generoso pontífice; y, en fin, semejante á los antiguos sacrificadores, adorna la víctima que quiere inmolar á sus ambiciosos delirios....

Es preciso que nuestros lectores conozcan las instrucciones que ya por el mes de octubre de 1846 enviaba Mazzini, desde Paris, capital de su destierro, á todos sus afiliados de la península. Nunca el cinismo de la demagogia se ha revelado mas abiertamente: jamás la hiprocresía revolucionaria de intrincadas vias,

se ha manifestado de un modo mas preciso, mas matemático. Este documento debe servir de picota donde se clave el proceso de la historia de la revolucion italiana. Hélo aquí:

A LOS AMIGOS DE LA ITALIA.

«Los fragmentos de la Italia, presentan para la regeneracion, dificultades que será preciso allanar antes que se pueda progresar directamente: sin embargo, no debe desanimarse: cada paso hácia la unidad, será un progreso, y sin preverlo, la regeneracion estará á punto de verificarse el dia en que pueda proclamarse la unidad.» El objeto queda claramente descubierto en este preámbulo, que hace de la unidad la base fundamental de la pretendida regeneracion italiana. Veamos ahora los medios que el gefe de la jóven Italia recomienda para conseguirlo. Empieza por los príncipes.

«En los grandes paises, dice, por el pueblo, se va á la regeneracion: en el vuestro por los *príncipes*, y por lo tanto es preciso hacérselos suyos; lo que es fácil. El papa marchará con las reformas por *principios* y por necesidad. El rey de Piamonte, por la idea de la corona de Italia; el gran duque de Toscana, por inclinacion y por imitacion; el rey de Nápoles á la fuerza; y los pequeños príncipes tendrán que pensar en otras cosas mas, que no en las reformas. No os deis mucho cuidado por la parte de territorio ocupado por los Austríacos, porque es posible que las reformas, empujándoles por la espalda, les hagan adelantar mas rápidamente que los demás, por el camino del progreso. El pueblo, al cual la constitucion da el derecho de peticion, puede hablar en voz alta, y en caso de necesidad mandar por el *motin*: empero el que todavía es esclavo, solo puede *cantar* sus necesidades para dejar oir, sin disgustar demasiado, la espresion de aquellas. Aprovechaos de la menor concesion para reunir las masas, aunque sea tan solo para consignar un testimonio de reconocimiento. Las fiestas, los cantos, las reuniones, las relaciones infinitas establecidas entre los hombres de todas opiniones, bastan para hacer brotar las ideas, dar al pueblo el sentimiento de su fuerza, y hacerlo exigente.»

La primera parte de la historia de Pio IX, se halla toda entera en el primer artículo de este programa revolucionario. Fieles á las órdenes de su gefe supremo, los afiliados en las sociedades secretas pusieron desde luego manos á la obra, y esto les fué tanto mas fácil, cuanto por primera vez esperimentaban ellos, tal vez, el sentimiento de la justicia. Entonces se les vió hacer causa comun con el pueblo, que no estaba en el secreto: vióseles exaltar unánimes las virtudes y los beneficios del sucesor de Gregorio XVI. Entonces se les vió tirar de la carroza pontificia para arrastrar el gefe del catolicismo mas rápidamente al abismo que ocultaban con flores, ramos y coronas. Entonces las manifestaciones populares, los paseos con antorchas, las iluminaciones, los banquetes, los himnos y los cánticos, las artes, la elocuencia y la poesía, elevaron á Pio IX, noble y santa víctima, sobre un pedestal; inmenso altar erigido anticipadamente para el sacrificio..... Continuemos:

«El concurso de los grandes, añade Mazzini, es de indispensable necesidad para que nazca el espíritu de la reforma en un pais feudal. Si solo contais con el pueblo, nacerá desde el principio la desconfianza y lo aplastarán. Empero si lo guian los grandes, estos servirán de pasaporte al pueblo. La Italia todavía es lo que era la Francia antes de la revolucion; necesita pues esos Mirabeau, esos Lafayette y tantos otros. Un gran señor puede mostrarse indeciso y estar sujeto por intereses materiales, pero se le puede *coger por la vanidad*: dejadle desempeñar *el primer papel cuando quiera marchar* con vosotros. Pocos hay que quieran llegar hasta el fin. Lo esencial es que desconozcan el término de la gran revolucion. No descubramos nunca mas que el primer paso.»

Este párrafo, en el que la ambicion personal del retórico apenas puede acallarse bajo la posesion del primer papel que *momentáneamente* cede á la vanidad de los grandes, conduce directamente al párrafo relativo al clero. Prosigamos.

«En Italia, el clero es rico de dinero y de la fe del pueblo. Es preciso contentarlo en estos dos intereses, y utilizar en lo posible su influencia. Si en cada capital pudieran crear un Savonarola, marcharíamos á paso de gigante. El *clero no es enemigo de las*

instituciones liberales: procurad pues asociarlo á ese primer trabajo, que debe considerarse como el vestíbulo desde el cual debe pasarse al templo de la igualdad. Sin el vestíbulo, el santuario permanece cerrado. No ataqueis al clero, ni en su fortuna, ni en su ortodojia; *prometedle* la libertad, y le veréis marchar con vosotros. »

Mazzini que sabe de memoria la historia de su pais, tributa justicia á los sentimientos del clero, se ve obligado á confesar que los eclesiásticos no son enemigos de las instituciones liberales, y no niega, como todos sus contrarios, las mas bellas páginas de la Italia; al contrario, muy á menudo dice *¡la Roma de los Césares y la Roma de los Papas!* Pronto verémos que los actos del retórico están en contradiccion con sus palabras. Mientras tanto, sigámosle paso á paso en el análisis de sus instrucciones. Llega al pueblo.

« En Italia, el pueblo aun no se ha creado, pero se halla dispuesto para rasgar los pañales en que está envuelto. Hablad á menudo mucho y en todas partes de sus miserias y de sus necesidades. *El pueblo no se oye: pero la parte agente de la sociedad,* se penetra de los sentimientos de compasion hácia el pueblo, y tarde ó temprano obra. Las sabias discusiones, ni son necesarias ni oportunas. Hay palabras regeneradoras que lo contienen todo y que es posible repetir al pueblo. Libertad, derechos del hombre, progreso, igualdad, fraternidad, hé aquí lo que el pueblo entenderá, sobre todo, cuando estas palabras se hallen opuestas á las de despotismo, privilegios, tiranía, esclavitud, etc. etc.: no es lo mas difícil convencer al pueblo, empero sí, el reunirlo: el dia en que esto se consiga, será el primero de una nueva era. »

Despues de haber desarrollado de esta suerte los medios activos que es preciso emplear frente á frente de las órdenes Trinitarias que constituyen la sociedad, el gran Sacerdote de las sociedades secretas, reasume en estos términos su programa.

« La escala del progreso es larga, y es preciso tiempo y paciencia para llegar á la cumbre. El medio de marchar mas presto, es no subir mas que un solo escalon á la vez. Querer saltar de un brinco al último, es esponer la obra á mas de un peligro. Pronto cumplirán dos mil años que un gran filósofo *llamado Cristo*, pre-

dicó la fraternidad que todavía busca el mundo. Aceptad pues todos los socorros que os ofrezcan, sin despreciarlos nunca como poco importantes. El globo terrestre está formado de granos de arena; cualquiera que adelante un solo paso, debe ser de los vuestros hasta que os abandone. Cuando un rey dicte una ley liberal, aplaudidle pidiéndole otra inmediata. Si un ministro demuestra intenciones progresistas, presentadlo por modelo. Un gran señor afecta abolir sus privilegios; poneos bajo su direccion; si quiere detenerse, tiempo tendréis para dejarlo: quedará aislado y sin fuerza contra vosotros, y tendréis mil medios de hacer perder la popularidad á cuantos se opongan á vuestros proyectos. El descontento personal, todas las decepciones, todas las ambiciones destruidas, pueden servir á la causa del progreso bajo una buena direccion.

« El ejército es el mayor obstáculo al progreso del socialismo; constantemente sometido por su educacion, por su organizacion, su disciplina y su dependencia, es una poderosa palanca para el despotismo. Es preciso *paralizarla* por medio de la educacion moral del pueblo. Cuando se habrá difundido en la opinion general, la idea de que el ejército creado para defender el pais, en ningun caso debe mezclarse en la política interior y que debe respetar al pueblo, se podrá marchar sin él, y aun *contra él* sin peligro.

« El clero no tiene mas que la mitad de la doctrina social, y quiere como nosotros la fraternidad, á la cual da el nombre de caridad. Pero su gerarquía y sus costumbres hacen de ella un secuaz de autoridad, esto es, de despotismo: es preciso tomar lo bueno que haya y cortar lo malo. Procurad que penetre la igualdad en la Iglesia, y todo marchará. El poderío clerical, está personificado en los Jesuitas. Tened entendido que lo odioso de este nombre, es ya una potencia para los socialistas. »

¿Es posible atacar mas abiertamente las bases fundamentales de la sociedad, á saber, la autoridad? La premeditacion es formal, el objeto manifiesto, la prueba concluyente: el mismo Mazzini declara, que es el edificio social lo que debe derribarse, destruyendo el principio de su vitalidad, rompiendo la clave de la bóveda, la autoridad. ¿Qué deberán hacer aun las sociedades secre-

tas para obtener la realizacion de sus esperanzas? Su gefe os lo dirá concluyendo.

«¡Asociarse, asociarse, esclama, asociarse!: todo se encierra en esta palabra. Las sociedades secretas dan una fuerza irresistible al partido que puede invocarlas. No temais que se dividan, porque cuanto mas así se verifique, será mejor. Todos se dirigen al mismo fin por distintos caminos: cuanto mas á menudo se revelará el secreto, mejor: es necesario el secreto para dar seguridad á los miembros, pero conviene cierta transparencia para infundir temores á los estacionarios. Cuando un gran número de asociados, al recibir la órden para esparcir una idea, y hacer de ella la opinion del público, podrán concertarse para un movimiento; hallarán abierto por todas partes el viejo edificio, desplomándose como por milagro al menor soplo del progreso. Se admirarán de ver huir delante del poder solo de la opinion, los reyes, los señores, los ricos y los clérigos que forman el esqueleto del antiguo edificio social. Valor pues y perseverancia.»

Hé aquí lo que el gefe de las sociedades secretas de Italia escribia bajo el pontificado de Gregorio XVI, dos años antes del advenimiento de Pio IX al trono de S. Pedro. Entonces ya los parásitos ramos del socialismo cubrian la superficie de la península, procurando ahogar la religion en la persona de sus ministros, la propiedad en la de los que la poseian, y los derechos recíprocos en la de los príncipes.

Mazzini va mas allá todavía, y por mas valor que se tenga, nadie puede dejar de estremecerse de horror, leyendo en una obra publicada en Nápoles por Benito Cantalupo, la siguiente organizacion de la jóven Italia.

Artículo 1.° La sociedad está instituida para la destruccion indispensable de todos los gobiernos de la Península, y para formar un solo estado de toda la Italia, bajo la forma republicana.

Art. 2.° En atencion á los males derivados del régimen absoluto y mas graves todavía de las monarquías constitucionales, todos nuestros esfuerzos deben reunirse para constituir una república única indivisible.....

Art. 30. Los miembros que no obedecerán las órdenes de la

sociedad secreta, y todos aquellos que revelarán sus misterios, serán muertos irremisiblemente á puñaladas.....

Art. 31. El tribunal secreto proferirá la sentencia, designando uno ó dos afiliados para su inmediata ejecucion.

Art. 32. El afiliado que rehusare ejecutar la sentencia proferida, será considerado perjuro, y como tal muerto desde luego.

Art. 33. Si la víctima condenada lograse escaparse, será perseguida sin descanso en todas partes, y herida por una mano invisible, aun cuando se hubiese refugiado en el seno de su madre ó en el tabernáculo de Cristo.....

Art. 34. Cada tribunal secreto, no solo será competente para juzgar los adeptos culpables, sí que tambien para hacer quitar la vida á todas las personas á las cuales hubiese condenado á muerte.....»

Por aquel tiempo el sol del catolicismo resplandecia en toda la Europa, como un meteoro divino, porque á la voz del Vicario de Jesucristo, se habia levantado radiante para iluminar y arreglar la marcha de la civilizacion humana. La mano de Pio IX se habia estendido sobre la Italia para bendecir y santificar las reformas que sus soberanos acababan de concederle. Resonando el nombre de Pio IX de uno á otro polo, como un eco divino, llegó á dispertar cierto dia al mismo sultan dentro su serrallo. La noble y grande figura de Pio IX llenaba al mundo: pueblos y príncipes, prosternados á sus plantas, confundian sus voces y sus corazones en un vasto concierto de amor y de bendiciones: y la fe católica saliendo de los labios y de la alma ardiente de Pio IX, habia vuelto á encontrar sus mas hermosos dias. En fin, triunfaba el catolicismo. Dispertados los miembros de las sociedades secretas por la voz de su gefe, se levantan y agitan con todo su odio sistemático contra la autoridad, resueltos á combatir mas abiertamente la influencia que el gefe del Catolicismo habia conquistado, no solo en el espíritu de su pueblo, sí que tambien en los diversos y mas lejanos del globo. Desde entonces marcharon mas decididos y pertrechados para la lucha, no ocultando su designio de llegar á la revolucion por la reforma y á la licencia por la libertad.

Uno de ellos, médico oscuro, hombre de rostro siniestro, y

en el cual se reflejaba la perversidad de su alma, se hizo periodista. Empezó la lucha con la idea para terminarla con la sangre. Pronto la redaccion de su periódico se constituye en *club* en el que la alabanza se cambia en furibundas declamaciones, hasta el dia en que transformada la pluma en puñal, irá á romper en el pecho de Rossi, el solo pensamiento que podia salvar la Italia.

¡Ya no existe el ministro!..... ¿pero el papa queda en pié todavía? Rechazando Sterbini con la planta un cadáver, sin tomarse el tiempo necesario para enjugar la sangre que manchaba su frente, se lanza desde el palacio de la Chancillería al Quirinal. Allí con voz estentórea grita: ¡á las armas! y despues de algunas horas de lucha desigual en la que el ataque ¡ay! tan solo halla oraciones por defensa, obliga á Pio IX á pasar por encima de un segundo cadáver para retirarse en pais estrangero y tomar ocasion de echar en cara al pontífice una fuga que él mismo habia hecho inevitable.

Entonces el genio del mal cerniéndose sobre la ciudad de Roma, abrió las puertas á la revolucion y convocó la asamblea de las sociedades secretas. Los principales gefes de Paris, de Alemania y de Italia, consultados sobre la forma de gobierno que debia darse á Roma, contestaron con consejos de actitud espectativa. Los sucesos correspondieron bien, á medida de sus deseos, para comprometerse por demasiada precipitacion.

Mientras tanto una catástrofe tan súbita como imprevista conmovió á la Europa hasta sus entrañas: Un banquete, un grito de ¡viva la reforma!, y un pistoletazo disparado en el baluarte de los Capuchinos, en Paris, habia cambiado en pocas horas la forma del gobierno en Francia. La república habia reemplazado la dinastía de los Orleans: á los gritos angustiosos de la Europa entera, contestaron las sociedades secretas con un grito de alegría, y en el espacio de algunos dias, sorprendidos los tronos, conmovidos por el temor y por una fuerza oculta, temblaron en sus asientos. Entonces el puñal que debia herir á Rossi se paseaba triunfante por las calles de Viena, de Berlin, de Francfort y casi en todas las capitales del continente: la voz profética de la roca de Santa Elena, era la señal de los conjurados: la república se

preparaba para vivaquear dentro los palacios de los reyes, desde que fué proclamada por un puñado de hombres en el Capitolio.

Estos inesperados triunfos enardecieron todavía mas las malas pasiones, sobrescitadas por la marcha beligerante del ejército francés contra Roma. El gran sacerdote de las sociedades secretas, Mazzini, persuadido de que nada se ha hecho mientras queda algo que hacer, estimula el celo de sus adeptos por medio de un virulento artículo inserto el 23 de mayo de 1849 en su periódico titulado *La Italia del pueblo*. Este artículo es en cierto modo el resúmen del opúsculo de Ricciardi. En todos tiempos los revolucionarios se copian unos á otros, exagerando la semejanza, como la revolucion de febrero, que se hizo la caricatura de 1793; como la revolucion romana, que se hizo copia servil de la revolucion de febrero.

«Estos primeros movimientos de los pueblos, dice Mazzini, estas primeras batallas dadas en las capitales de toda la Europa, son el comienzo y nó la fin. No son cambios, pero sí los preliminares de ellos, porque la verdadera revolucion republicana, en el dia no hace mas que arrojar sus primeras llamaradas; de suerte, que lo que los pueblos ven y oyen, es tan solo la sombra de las turbulencias que se preparan.

«Las sociedades donde reina la injusticia, deben derrocarse hasta el fondo de sus entrañas: las naciones sojuzgadas á razas privilegiadas, á las exacciones de los usureros, están ya conmovidas por el instinto que la civilizacion imprime á la verdadera fraternidad social. El hombre se reconoce hombre, la humanidad marcha por la via del progreso, pero como en cada parte hay una operacion dolorosa, los hombres rechazan la servidumbre de las superioridades, y las superioridades quieren retenerlos en sus lazos. ¿Quién cortará estos? La espada de las revoluciones.

«Las naciones sojuzgadas descansaron durante siglos en el seno de las monarquías: se formaron y se alimentaron de aquella sangre maternal, pero hoy dia son ya criaturas completamente formadas las que van á surgir á la luz de la libertad, y que un hierro plebeyo debe separarlas del lazo de esas mismas monarquías. Los seres que nacen no pueden sustraerse á las leyes de su destino. El camino que recorre el género humano, está trazado siempre por

ruinas: *el que teme las ruinas no comprende la vida.* La Italia intenta hoy salir de su dolorosa prision y quiere romper los lazos de los papas y de los emperadores. La Italia quiere ser la Italia, y con tal que se cumpla su destino ¡qué importa que corran rios de sangre, que las ciudades se desplomen las unas sobre las otras, que las batallas se sucedan á los incendios, y los incendios á las batallas! ¡Que la grandeza de nuestra terrible guerra sea igual á la grandeza de la futura Roma!

« Si la Italia no debe pertenecernos, si debemos volver á ser un feudo del Austria, si nuestro pueblo debe todavía alimentarse con los restos de la mesa de los papas y de los cardenales, si despues de haber vislumbrado un rayo de luz gloriosa, debemos caer de nuevo en la mas abyecta servidumbre, vale mas preparar una guerra de esterminio, y prepararla de tal suerte que cada derrota sea una destruccion final.

« Con este grito de guerra exhortamos pues á los soldados y á los pueblos, exhortamos á los hombres valerosos que combaten, y á los que se preparan á la lucha, y sobre todo al que dirija las operaciones, á que sigan un plan que no deje en pié en poder del vencedor ninguna de nuestras ciudades, antes al contrario, que este no halle mas que la muerte por do quiera.

« ¿Por qué Bolonia fué vencida? Por haber capitulado. En nuestra guerra no debe cederse, sino destruir, y se destruye para edificar. De este modo obraron los Griegos modernos que, antes de ceder sus ciudades á las armas otomanas, las incendiaron. Y de esta suerte no cayeron en poder de los vencedores, mas que ruinas y cadáveres. Si nuestras palabras son oidas, comprendidas y *puestas en accion*, vencerémos. La guerra será terrible: toda la vida del pueblo no será mas que una obra de revolucion: con nuestro ejemplo, encenderémos el fuego de la guerra republicana en medio de las demás naciones, y el mundo verá que los Italianos combatiendo en nombre de Dios y del pueblo, no hacen traicion á sus creencias.

« ¡Peleemos pues, como se pelea por las cosas eternas, y no temamos ESTERMINAR !!! »

¡Puñales, sangre, antorchas, incendios, revolucion, ruinas, esterminio, hé aquí el fin supremo de esos hombres que se ti-

tulan los regeneradores de la Italia! ¡Hé aquí los hombres que en nombre de Dios y de los pueblos, blasfeman al primero, tomándolo por testigo, y venden á estos, descarriándolos por medio de irrealizables promesas.

Escuchadlos: sus discursos destilan el odio y la venganza: su enfática y sanguinolenta fraseología, se asemeja al rechino de los dientes de los condenados; es una monstruosa trepidacion de antítesis sin nombre, que empuja incesantemente la lógica y el buen sentido.

¡Desdichados! hablan de Dios y se preparan para derramar el incienso que arde en los altares: destruyen su culto é insultan sus ministros, mientras aguardan el dia de poderlos inmolar: ¡atrevidos, reniegan de sus creencias y componen su historia! Leed sus escritos: en cada página y en cada línea hallaréis la misma desvergüenza, la misma perversidad de alma: sus libros son osarios, sus plumas son dagas y su tinta sangre, siempre sangre!... ¡y los pueblos les escuchan, los pueblos les creen! ¡Insensatos!

¡Honradas gentes de los partidos, Italianos, y vosotros, sobre todo, Romanos! vosotros habeis visto obrar á estos hombres! conoceis sus obras: ¿qué os han dado en cambio de la apacible dicha que gozabais y á la cual ellos llamaban esclavitud? Os han dado la libertad de la miseria y la igualdad del infortunio: han arrancado la paz de vuestro hogar doméstico, para lanzaros á los azares de la guerra; os han uncido al carro de su ambicion: han robado vuestro oro y el de vuestros hijos: han comprometido vuestras fortunas, han llevado el hierro y el fuego en vuestras quintas: (*) han atraido sobre vuestras cabezas los horrores de la batalla: han hecho maniobrar en vuestras calles los cañones del estrangero vencedor. Han oprimido vuestra capital, la metrópoli de los emperadores y de los papas, la ciudad eterna en fin, para hacer de ella una torre de Babel!...

¡Hombres de bien de todos los partidos, Italianos y Romanos! ¡acabais de leer sus diversos programas, pronto veréis sus actos y juzgaréis! Mientras tanto es menester que brille la luz. Es pre-

(*) *Ville.*

ciso que sepais cuál era el objeto final de estos hombres. Hélo aquí; apagar la celestial antorcha del papismo que por tantos siglos alumbra y fecundiza las esferas católicas; derribar la magestad real que guarda en la unidad los derechos, la igualdad y la libertad de los pueblos: sustituir la miseria general á la fortuna individual, desheredando los pobres á los ricos: pasar el fatal nivel en las artes, las ciencias, las leyes conservadoras y las instituciones humanas: reducir la civilizacion al estado de la barbarie: destruir la familia: sembrar de ruinas los campos de sus utopias, para recoger una sociedad nueva basada sobre los delirios de un estado de cosas imposible: reconstituir la humanidad desnaturalizando en provecho propio la obra del Criador: ¡usurpar en fin los poderes de Dios! Hé aquí el último objeto de estos nuevos Titanes!

¡Romanos!

En otro tiempo los Césares representantes de la fuerza material hicieron de vuestra ciudad la capital del mundo. Un dia vuestros Césares desaparecieron envueltos en las nubes de polvo levantadas por la invasora planta de los bárbaros del norte, y Roma, sorprendida, dejó caer de sus manos el cetro del poder material. Roma iba á sucumbir, cuando los representantes de la fuerza intelectual, los papas llegando allí y tocándola con la cruz le dijeron: «Levántate, Roma, tú serás la ciudad eterna.» Entonces bajo la mano de los papas, como en otro tiempo Lázaro bajo las de Jesucristo, Roma se levanta sobre su lecho de ruinas, abre sus ojos á la luz, y ve sobre su frente la aureola de un esplendor desconocido. Brillaba la cruz en el horizonte de su nueva era. Entonces sucedió en Roma católica el imperio de la fuerza intelectual al imperio de la fuerza material, y volviendo á encontrar Roma el cetro supremo, fué por segunda vez la capital del mundo.

¡Romanos!

Echad ahora una ojeada á vuestro alrededor: Mirad las nobles ruinas, los magníficos vestigios de vuestra antigua grandeza; mirad vuestras colinas pobladas de heroicos recuerdos, mirad estas vias cubiertas de grandes baldosas, estos arcos magestuosos debajo de los cuales los reyes de la tierra pasaban con la frente

inclinada, detrás del carro triunfal de vuestros victoriosos padres: contemplad estas inmensas ruinas, estos gigantescos monumentos, estos gloriosos faros echados en el camino de los siglos por la robusta mano de vuestros antepasados. Contemplad esos bronces, esos mármoles, esas moles de granito, magníficas páginas de bronce, intercaladas en vuestra historia: ¿Quién os ha conservado estos recuerdos de los cuales os mostrais tan justamente orgullosos? ¡Los papas!

¡Romanos!

Mirad aun: mirad estos suntuosos edificios coronados con la cruz redentora, esos templos en que el altar de Jesucristo ha reemplazado los ídolos del paganismo, estos altares en los cuales reina la verdad, cuando en otro tiempo se establecia el error: esas iglesias en que vuestros abuelos descansan en paz en sus tumbas á la sombra del Señor: estos santuarios revestidos de pórfido, de mármol y de oro, estas vastas basílicas donde los santos ministros de Dios ruegan de continuo por vosotros, estos cimborios, esas cúpulas, la Propaganda, esa Pentecostés viviente. San Pedro, prodigio del catolicismo, S. Pedro, poema de la inmensidad arquitectónica, S. Pedro, el mas maravilloso símbolo del poder y de la fe católica: ¿quién os ha dado todo esto? ¡Los papas!

¡Romanos!

Mirad siempre: mirad esas innumerables galerías donde el genio del hombre ha reunido para adornar vuestra ciudad, maravilla sobre maravilla; esos museos donde las obras maestras se presentan en tropel á la admirada vista; esos lienzos, esos cuadros, esas grandes páginas, suscritas por Rafael y Miguel Angel; esas estatuas, esas grandes imágenes debidas á Phidias y á Praxiteles; esas bibliotecas en que se pasean errantes las grandes figuras del Tasso y del Dante; ¿quién os las ha conservado, quién os las ha dado? ¡Los papas!

Esos poetas, esos arqueólogos, esos artistas, esos sabios que de todos los confines del globo vienen á buscar, entre vosotros, los cantos, los recuerdos, el estudio y la meditacion; esas caravanas de viajeros que atraviesan las arenas del desierto y las olas del Océano para ofreceros su oro en cambio de vuestra hos-

pitalidad, esa afluencia de hombres diversos que os traen el movimiento y el bienestar de la vida, esos católicos de fe ardiente y enérgica que anualmente se citan en determinado dia bajo los dorados pórticos del Vaticano ¿quién les atrae á Roma? ¡Los papas! siempre los papas! A los soberanos pontífices debeis pues, no solo lo que sois, sino tambien lo que habeis sido durante tantos siglos!

¡Romanos!

Si un dia se realizaran las fatales esperanzas de los hombres que se atrevieron á atacar al representante de Dios sobre la tierra, si mañana cayera la tiara de la frente del papismo, si su santidad debiese el dia siguiente volver á tomar el camino de la tierra estrangera y trasladar á otro punto la silla de una iglesia que no puede perecer; la ciudad que elegiria el pontífice por albergue de su soberanía suprema, se transformaria en la primera poblacion del mundo. Roma dejaria de ser la ciudad eterna; Roma, herida de muerte, cuanto antes iria allá donde van todas las cosas..... La zarza y la maleza de las ruinas, la yerba de los cementerios creciendo en sus desiertas y silenciosas calles, apenas marcaria el sitio por donde habriais pasado.

Así pues ¡ó Romanos! entre los hombres que os perderian y los papas, que solo pueden salvaros; esto es, entre el gérmen de la muerte y el principio de la vida, ¡escoged!

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

JOSÉ RICCIARDI.

CAPÍTULO PRIMERO.

Advenimiento de Pio IX. — Amnistía. — Reforma. — *Contemporáneo.* — La *Marsellesa Romana.* — Demostracion en el Quirinal. — Jornada del 14 de julio. — Complot. — Organizacion de la Guardia cívica. — Fiestas y regocijos. — Acontecimientos en Ferrara. — Firmeza de Pio IX. — Movimientos de las sociedades secretas. — Actitud del gobierno austriaco. — Despachos del príncipe de Metternich á lord Palmerston. — Respuesta del ministro inglés. — El príncipe de Canino.

La exaltacion de Pio IX al trono de S. Pedro, es el suceso mas grande del siglo diez y nueve. Su nombre solemnemente proclamado en el Conclave del 16 de junio de 1846, fué saludado como la aurora de una nueva era, no solo para la Ciudad eterna y la Italia toda, sí que tambien por las aclamaciones universales del mundo católico. Desde su entrada en el Quirinal, espuestos sus retratos á la admiracion de los pueblos, recibieron los homenages del reconocimiento, porque el primer acto de su poder soberano llevó el sello de una de las mas nobles y mas santas prerogativas de la divinidad de la cual era digno representante en la tierra: el perdon.

En aquel entonces un gran número de familias de los Estados romanos lloraban la ausencia de sus hijos, que sufrian en el destierro las consecuencias de sus culpables errores. La mano de Pio IX levantada para bendecir, dejó caer la amnistía [1].

Véase en los documentos históricos, número 1.

Notable por la forma y por la idea, este edicto será un monumento en la Historia de los Papas: ninguna noble concesion se hizo nunca de un modo mas lato, mas tierno y mas magnánimo. Pio IX no pudo creer que hombres descarriados, á los cuales devolvió la felicidad del hogar doméstico y el sol de la patria, le rehusaran su concurso. En cambio del perdon que les concede, sin ninguna clase de condicion, por decirlo así, no les pide por garantía en lo venidero mas que una sola palabra, un compromiso de honor, esto es, el de no abusar en manera alguna y en ningun tiempo de la gracia que recibian, y de llenar todos los deberes de buenos y fieles súbditos. Un solo hombre, el conde Mamiani, rehusa suscribir esta condicion, y sin embargo mas tarde será el solo que en apariencia se conservará fiel.

Grande fué el efecto que la amnistía produjo en Europa. Una prueba manifiesta de ello se halla en el despacho dirigido el 5 de agosto siguiente al conde Rossi, por una persona cuyo solo nombre es una autoridad, y cuya opinion es una potencia. Mr. Guizot era entonces en Francia el Ministro de negocios estrangeros. Hé aquí lo que escribia á su embajador.

«Cuanto referís de lo que pasó en la primera audiencia que os concedió Su Santidad, prueba la rectitud, juicio y elevacion de alma con que el Papa desempeña su posicion, y hasta qué punto conoce los tiempos en que Dios le ha llamado á llenar su doble calidad de Gefe de la Iglesia católica, y de Soberano de sus Estados: mision que si fué admirable en todos tiempos, es sublime en nuestros dias, tras las tempestades que han asaltado la religion, y cuando se trata de devolver á esta última el saludable imperio que siempre debe ejercer en la sociedad, sean cuales fueren los cambios que se operen en el espíritu de los hombres y en el órden interior de los estados.

»La amnistía que Su Santidad ha publicado el 16 de julio, ha robustecido las esperanzas que se concibieron á su advenimiento, y ha inaugurado gloriosamente su reinado. Aprove-

E. Biuxó Fª en Barª

OVACION Á PIO IX EL 8 DE SETIEMBRE DE 1846.

chad la primera ocasion que se ofrezca para presentar á Su Santidad las felicitaciones mas vivas y mas sinceras del Rey y de su Gobierno; no solo por lo que mira al objeto del pensamiento que ha inspirado este grande acto de clemencia, sí que tambien por el carácter y el estilo que se notan en este decreto. Desde el principio al fin, campea una magestad llena de dulzura; se hallan maravillosamente reunidas, la dignidad del soberano que perdona á sus descarriados súbditos, y la emocion de un padre amante, que abre los brazos á sus hijos.

» Este acto ha producido en todo el mundo, y sobre todo en Francia, un efecto escelente; no solo porque se admira en él, al Pontífice que con un solo rasgo ha sabido dispensar un beneficio tan grande, sino que á mas porque con tal medida y con el modo de publicarla, puede juzgarse del carácter y de la marcha de todo un reinado. En este mismo acto se reconoce el preludio de otros que satisfarán la opinion pública sin debilitar la autoridad, etc. etc. » (*)

(*) Con motivo del decreto de amnistía los romanos llamaron *Triunfo de Pio IX* á la fiesta que dedicaron el 8 de setiembre de 1846 al Soberano Pontífice, y por cierto que jamás demostracion alguna de regocijo popular fué mas magnífica y sorprendente. Sabiendo que en este dia el Papa asistiria á la funcion que anualmente se celebra en la iglesia llamada *Madonna del Popolo* (Vírgen del Pueblo) situada en la plaza de este nombre, se habian hecho de antemano grandes preparativos. El Santo Padre se trasladó á ella recorriendo el *Corso* de uno á otro estremo con toda la pompa pontificia. El tránsito por él con motivo de la fiesta de una vírgen tan popular, ofreció la circunstancia mas propicia á los romanos para celebrar el público regocijo dedicado á Pio IX. Así es que desde el dia de la publicacion de la amnistía se anunció que el gran testimonio del gozo popular tendria lugar el 8 de setiembre.

Desde entonces se trabajó en aquella fiesta. Abrióse una suscripcion nacional para erigir á Pio IX un monumento destinado á eternizar su clemencia. Improvisóse de madera un simulacro del grande edificio que debia ser nada menos que uno de los mas bellos arcos de triunfo que la antigüedad y los tiempos modernos podrian ofrecer para modelo. Desde la parte superior á la base, se rodeó de estatuas, símbolos de la

Desde los primeros dias de su pontificado, Pio IX abrió las puertas de su palacio. Representante de Dios soberanamente bueno, que se comunica incesantemente con los hombres de paz y de buena voluntad, quiso á ejemplo de su divino Maestro, comunicarse directamente con sus súbditos, á los cuales llamaba sus queridos hijos: y no queriendo entorpecer el curso de los negocios del Estado, eligió un dia por semana para consagrarlo completamente á su pueblo: el jueves fué el dia de audiencia. Accesible á todos, sin distinguir rango ni posicion, su voz consuela, su mirada ilumina; y su mano llena de gracias, se estiende sobre todos igualmente con amor.

De esta suerte realiza los votos que el marqués de Azeglio formula en un pequeño folleto, publicado cuando la impotente

religion y de las virtudes de las cuales es modelo Pio IX. Adornáronse las colunas con varias inscripciones. Debajo la bóveda del arco, colocóse una alfombra orlada de flores naturales, ostentándose en ella el escudo de las armas del Santo Padre rodeadas de varias divisas. Los alrededores del monumento y la calle por la cual debia rodar la carroza pontificia hasta el Quirinal, cubrióse de flores en el momento en que el cortejo debia salir del palacio.

¡Quién pudiera describir entonces el aspecto del Corso! Desde la víspera estaba lleno de una muchedumbre entusiasmada, entre la cual se veian mas de veinte mil personas que habian acudido de las provincias para asistir á la fiesta. Algunos dias antes, cada uno de los pequeños buques de vapor del Tíber conducia cuatrocientos ó quinientos provinciales hacinados en la cubierta y en los entrepuentes. A medida que aquellos piroscafos entraban en las aguas de Roma, todos los pasageros agitaban sus pañuelos y sombreros haciendo resonar con delirio el grito de *¡ Viva Pio IX!*, y la poblacion que acudia á la orilla, contestaba á aquel testimonio de ardiente simpatía con no menos espresivos gritos. En aquellos dias, era un placer el ir á Rapetta (gran puerto en el Tíber) para ver llegar los vapores y desde allí formarse una idea del entusiasmo de las provincias romanas.

El dia 7 por la noche, toda la ciudad y especialmente el Corso se iluminó profusamente, como es de costumbre en las grandes solemnidades. Para esplicar cómo estaba adornada aquella calle el dia 8 y dar to-

insurreccion de Rímini, y cuyo éxito fué considerable. Despues de deplorar las fatales é infructíferas tentativas de la insurreccion, el ilustre escritor, dirigiéndose al papa Gregorio XVI, se espresaba de esta suerte: « Santísimo Padre, sed todavía mas absoluto de lo que sois, si es posible, pero que sepamos claramente cuál es la voluntad de vuestro gobierno, y sobre todo, que se nos conceda fácil acceso á vuestra presencia. »

Mas tarde Pio IX reforma, confundiéndolos el uno con el otro, los dos tribunales; disminuye el impuesto sobre la sal y suprime el de las patentes: ocupado sin cesar en las mejoras administrativas y del cuidado de los negocios, crea una junta nacional, bajo la presidencia del cardenal secretario de Estado. Los preámbulos de todos estos actos, llevan el sello del espíritu

dos sus detalles, seria menester emplear un gran volúmen. Cada palacio, cada casa, espresaba los sentimientos de sus habitantes, con mil colgaduras emblemáticas, mil divisas, mil banderas y mil guirnaldas de flores. Entre las innumerables divisas que se manifestaron, referiremos las siguientes:

¡ Que la moderacion acompañe siempre las entusiastas manifestaciones de nuestro amor,

¡ Dichoso el pueblo que como nosotros puede obedecer amando!

Se acerca el Santo Padre.... un profundo silencio reina en el Corso, que permite oir las lejanas esclamaciones con que á su tránsito es saludado Pio IX. Hé aquí el cortejo. Cinco gendarmes marchan de frente, abriendo paso por entre la muchedumbre. Quinientos jóvenes vestidos de frac negro, agitan en sus manos ramos de laurel, ciñendo sus brazos con cintas de colores pontificios, marchando á seis de frente y gritando: *¡ Viva Pio IX! ¡ Gloria al Santo Padre! ¡ Gratitud á su clemencia!* Sigue á estos jóvenes la servidumbre del Papa en trage carmesí, tras de la cual viene la carroza pontificia. ¡Hé aquí á Su Santidad! Con los ojos bañados de lágrimas y entregado á la mas dulce emocion, bendice Pio IX á todos debajo de una nube de flores y de poesías y en medio de las contínuas aclamaciones. Tal es la sucinta idea que podemos dar de aquella ovacion incomparable, llena de mil episodios, á cual mas tierno, á cual mas afectuoso.

(Nota del Traductor).

de justicia, de caridad, de inteligencia y de amor, que se notan en todos sus escritos. Bajo la pluma reformadora, el presente nunca se constituye en acusador del pasado; á cada una de sus obras asocia el hecho á la intencion, invoca la memoria de su antecesor, y la comunica á los actos de su corazon paternal. Al ocuparse de la felicidad de su pueblo, realiza, dice, los votos, los deseos y las esperanzas de Gregorio XVI: y á veces aun se disipa en la abnegacion, y se mira como el instrumento del pensamiento yerto por la muerte el 9 de julio de 1846, en la celdilla pontificia del Vaticano.

Desde la culminante esfera política, el inteligente pensamiento del nuevo Pontífice, baja y se estiende en las diversas ramas de la administracion, para modificar las unas y simplificar las otras. Inspirado por la oracion y penetrado del espíritu de Dios, Pio IX abrió salas de asilo, fundó escuelas, creó depósitos de mendicidad, estableció el órden en la hacienda, la economía en el presupuesto, el equilibrio en las rentas y en los gastos de la fortuna pública, la regularidad en los procesos criminales y políticos, y revisó el código civil y criminal. Su paternal solicitud se revela un dia y otro dia por un nuevo beneficio. Satisfechos mas allá de sus esperanzas los romanos, se admiran del espacio inmenso que acaban de recorrer, sin conmociones ni alborotos, en el camino de las mejoras humanas.

Por aquel tiempo un periódico que mas tarde se transforma en el *Monitor* de la revolucion, publica su primer número hipócritamente calcado en las instrucciones secretas de Mazzini. Nada mas hábil que el programa de *El Contemporáneo*. Despues de declarar solemnemente, que rechazaba á los hombres impacientes y ávidos de novedades, que en un dia querian realizar las reformas que el tiempo solo podia traer sin peligro, el periodista hizo un llamamiento á la juventud instruida, convidándola á una santa Cruzada contra el error, y convocándolos en su redaccion, les abre en sus colunas el campo cerrado

del pensamiento que antes de poco ¡ay! fecundizado por el crímen, será la ardiente arena de las mas desordenadas pasiones!

Mientras que aguardan el dia que se transformará en club republicano, la redaccion de este periódico es una piadosa sacristía, donde las hipócritas sociedades secretas organizan en una vasta escala las funciones, las fiestas, los paseos á la luz de las antorchas, las procesiones al Quirinal, las ovaciones populares, las ceremonias hipócritas que deben sorprender la confianza del Soberano Pontífice. Preparados para todos los papeles y cortados para la obediencia pasiva, obraban los afiliados como un solo hombre, disfrazando su grito de rabia con las aclamaciones de un calculado agradecimiento. Enmascaraban su frente y su corazon y salian al tránsito de su bienhechor, y tirando de su carroza, hacian de cada calle un templo, de cada piedra un altar en honor del generoso Pio IX, al cual engañaban con sus pérfidas demostraciones. Y el pueblo siempre ávido de fiestas, el pueblo respondia á su llamamiento presentándose cubierto de flores en la plaza pública. Con la seda, el oro y el terciopelo engalana las fachadas de sus palacios y de sus casas, adorna las calles por donde debe transitar el Papa, y hace retumbar el aire con sus aclamaciones de amor. Su corazon no tiene mas que un solo pensamiento, el de Pio IX; su pié no conoce mas que un solo camino, el del Quirinal; su voz no tiene mas que un solo grito, y es el de ¡Viva Pio IX! porque ignora que este grito que sale espontáneamente de su corazon, sea la voz de órden de los traidores que meditan su perdicion, para derrocar la Santa Sede.

Adelantábase de esta suerte la revolucion secreta y misteriosa por las calles de Roma, de ovacion en ovacion, cuando llegó el aniversario de la eleccion del Sumo Pontífice. Sterbini aprovechó esta circunstancia para substituir el *himno de Pio IX,* por una cantata en honor de la jóven Italia. Esta cantata era enérgica y hermosa; el efecto de la forma, correspon-

dia á la riqueza del pensamiento: la música que Magazzarri habia compuesto, era arrebatadora: mas adelante fué la *Marsellesa* de Roma [1]. Este nuevo *himno* encerraba bajo una forma velada, pero transparente, una provocacion y casi un grito de guerra, pues invitaba Roma *á sacudir su indigno polvo.*

Scuoti, o Roma, la polvere indegna.

Al igual de todos los pueblos, que bautizados para la gloria enriquecen su presente con el recuerdo de un brillante pasado, electrizados los romanos acudieron al Quirinal cantando estas palabras y las estrofas idénticas que servian para desarrollarlas. Afligido el Papa, rehusa oirlos; pero el efecto se habia producido ya.....

Los dias siguientes, transcurrieron con aquella pesada y triste calma que suele preceder á las grandes tempestades. La situacion era normal en apariencia, mientras que una vaga inquietud circulaba por la ciudad. Los rostros eran sombríos y las almas silenciosas. La actitud de la poblacion denotaba la desconfianza y hacia presentir algun grave acontecimiento.

Eran entonces los primeros dias del mes de julio. Los gefes que obraban á tenor de las instrucciones secretas de Mazzini, no dejaban escapar ocasion alguna de mover al pueblo, y resolvieron por lo tanto, celebrar de un modo pomposo el aniversario de la amnistía: uno de ellos, hombre enérgico y decidido, comprometido anteriormente en la revolucion de 1831, llamado Antonio Lupi, se puso á la cabeza de los agitadores y activó los preparativos de la fiesta.

Todo marchaba á medida de sus deseos, en tales términos, que los personages mas considerados de Roma, les prestaban de buena fe los recursos de sus fortunas.

A este punto habian llegado las cosas cuando el 5 de julio, cediendo el Soberano Pontífice á las incesantes súplicas del

[1] Véase en los documentos históricos número 2.

príncipe Aldobrandini, prometió decretar bajo buenas bases la institucion de la Guardia cívica.

No sin alguna repugnancia hizo Pio IX esta nueva concesion á las exigencias de sus súbditos, porque en su clara inteligencia, conocia los peligros de esta espada de dos filos. Sabia que casi siempre inhábil la Guardia cívica para la salvaguardia del país contra la invasion estrangera, en manos de los perturbadores se transformaba en una poderosa palanca de destruccion. Por su parte, los miembros de las sociedades secretas comprendieron la importancia de esta nueva concesion, y consideraron desde entonces ganada la partida. No habia fijado Pio IX la época de la organizacion de la Guardia cívica. Circunstancias imprevistas podian aplazar la promesa del Santo Padre, y por lo tanto, era de suma importancia para los siniestros proyectos de los conspiradores, hacer que se realizara inmediatamente. Para conseguirlo, esplotaron con habilidad la general inquietud que habian suscitado en los ánimos, redoblando la agitacion de las masas populares. Durante la noche, hicieron fijar en las esquinas de la ciudad anuncios provocadores. Los nombres mas respetables hasta entonces, se indican á las sospechas del pueblo: los carabineros que recorren las calles, se ven insultados, escarnecidos y silbados: son rechazados al querer que desaparezcan los pasquines que denuncian como conspiradores, el cardenal Lambruschini, Monseñor Grassellini, el coronel Freddi, el capitan Alay de los carabineros etc. etc. etc. La autoridad es desoida, la fuerza pública impotente. De repente, el dia 14 de julio, se esparce con la rapidez del rayo el rumor de que una espantosa conspiracion amenaza la existencia ó la libertad de Pio IX y al pueblo en los derechos y beneficios que la mano generosa del Pontífice le habia concedido. Roma se halla en vísperas de un horrible San Bartolomé: las armas están dispuestas; algunas horas mas, y la campana del Capitolio dará la señal de la ejecucion: corriendo de casa en casa y de calle en calle semejantes rumores,

vuelan llevados por las alas del temor de un estremo á otro de la poblacion, yendo en aumento á medida que se adelanta. No se trata ya de una conspiracion, sino de una mortandad general. El partido llamado retrógrado está pronto: los carabineros y un gran número de oficiales, van á levantarse como un solo hombre para ametrallar al pueblo, usurpar el poder, constituir un Gobierno provisorio, y llamar á los Austríacos á los Estados, bajo el pretesto de reprimir la revolucion. Pronto el grito de ¡á las armas! se deja oir; y príncipes, hacendados, proletarios y mercaderes, salen á la calle. Las patrullas se organizan, fórmanse retenes, las compañías se completan, danse los batallones gefes interinos, y en un momento los cuadros de la Guardia cívica quedan llenos, y solo les falta la sancion del Gefe supremo. Pio IX la otorgará cuanto antes nombrando general en gefe al príncipe Rospigliosi, y al duque de Rignano, gefe de estado mayor (*).

Mientras triunfaban los verdaderos conspiradores, varios de los personages designados á la cólera del pueblo, se ocultaban ó se alejaban precipitadamente de Roma, sustrayéndose de la catástrofe para la cual ellos servian de inocente pretesto: verificáronse numerosas prisiones en varios puntos de la ciudad, y se establecia asimismo un sitio regular, en un cobertizo debajo el cual se decia haberse refugiado un cierto Minardi.

Los agitadores habian triunfado: pero el buen sentido del pueblo romano no tardó en conocer el lazo en que se le habia hecho caer, sorprendiendo y arrastrando su fácil credulidad, y entonces comprendió que el pretendido complot no fué mas que un pretesto hábilmente concebido. Jamás ningun golpe de mano fué ejecutado mejor y con mas rapidez.

La maniobra de los revolucionarios para obtener en Roma la organizacion de la Guardia cívica, es un poema de habilidad, con el cual, no solo el pueblo romano, uno de los mas

(*) La Guardia cívica vestia el uniforme cuyo figurin acompañamos. (Nota del Traductor.)

E. Buxó F.t

GUARDIA CIVICA ROMANA

vivos é ingeniosos, sí que tambien la Europa entera, han sido engañados.

En un principio, animada la Guardia cívica de rectas intenciones, llenó el servicio con admirable celo. G. Morandi, secular y procurador del Fisco, revestido provisionalmente de las altas funciones de gobernador interino, habia reemplazado á Monseñor Grassellini, acusado de debilidad ó de incuria. El pueblo representado por la Guardia cívica, acababa de reconciliarse con los cuerpos de carabineros, cuando un súbito é imprevisto acontecimiento reanimó la agitacion de Roma despertando el sentimiento nacional de sus habitantes. Súpose en esta capital que el general austríaco, teniente general conde de Auesperg, gefe de la guarnicion de la ciudadela de Ferrara, intentaba la ocupacion de la ciudad, haciendo salir patrullas nocturnas en contravencion á los tratados de 1815. El cardenal legado Ciacchi, hombre enérgico, habia combatido semejante violacion del derecho de gentes, por medio de una protesta, aprobada en seguida por el Soberano Pontífice y confirmada y publicada por el cardenal secretario de estado. Esperábase que á consecuencia de este acto de legítima defensa, sabria apreciar el general austríaco el valor de tan justa representacion. No sucedió así: persistiendo en su resolucion, quejábase el general de Ausperg al cardenal legado, de que la guardia de las cárceles fuese confiada á la Guardia cívica, y le hizo presente al mismo tiempo su formal determinacion de hacer ocupar por sus tropas la gran guardia de la plaza y los otros puestos, si estos debian entregarse á la Guardia cívica. El cardenal Ciacchi recordóle en una contestacion llena de dignidad, los derechos de la Santa Sede, añadiendo, que la disposicion tomada para el servicio de las cárceles, dimanaba realmente de su autoridad, y que aun cuando semejante medida se estendiese á otros puntos, ello no era suficiente motivo para protestas, y menos para las amenazas de ocupacion hechas por el general.

A pesar de tales observaciones, el comandante austríaco hizo ocupar militarmente los puntos de la gran guardia y las cuatro puertas de la ciudad.

El cardenal legado publicó en seguida una proclama mas enérgica aun que la primera, mientras que por su parte el gobierno superior dirigia al gabinete de Viena reclamaciones basadas en la santidad de los tratados. En tales circunstancias, la conducta de Pio IX fué, como en todas las anteriores, digna de él, y así es que poco despues, obtuvo de la lealtad del gabinete austríaco la completa evacuacion de la ciudad de Ferrara.

Los miembros de las sociedades secretas y los gefes de la jóven Italia, aprovecharon de este suceso para activar los preparativos de su cruzada contra el Austria, cuya potencia consideraban con razon como el principal obstáculo á su delirante sueño de unidad federativa. Se aproximaba el dia en que debieran enarbolar la bandera que preparaban en la oscuridad. Mientras tanto, para nadie eran un secreto sus proyectos, y el Austria misma no ignoraba ninguno de sus pormenores, pues sus agentes tenian en la mano los hilos de la conjuracion, siguiendo paso á paso el progreso del movimiento que se organizaba contra la misma, la cual dispuesta para la lucha, estaba firmemente resuelta á arrostrar todas sus consecuencias. Una prueba de ello se manifiesta en este notable despacho, dirigido el 2 de agosto á lord Palmerston por el príncipe de Metternich:

«La Italia central es presa de un movimiento revolucionario, á cuya cabeza se hallan los gefes de castas políticas que durante muchos años han amenazado los estados de la Península. Acogiéndose al abrigo de las reformas administrativas que ha concedido últimamente el Soberano Pontífice, impulsado por un efecto de bondad hácia su pueblo, los facciosos procuran paralizar la regular accion del poder, y se proponen un fin que, para estar de acuerdo con sus intenciones, no pue-

de limitarse á los Estados de la Iglesia, ni á los de la Península.

» Estos gefes quieren un solo y único gefe político, ó á lo menos una federacion de estados, bajo la direccion de un poder central. La monarquía no entra en sus designios, y lo que quieren en Italia es una abstraccion de utopia radical. En una palabra, estas sectas quieren una república federativa como la que existe en Suiza ó en los Estados de América.

» El emperador nuestro augusto amo, no pretende ser una potencia italiana: se contenta con ser gefe de su imperio. Una porcion de este imperio se estiende mas allá de los Alpes, el cual desea conservar y nada mas, y está por lo tanto resuelto á defenderlo contra cualquiera que sea..... »

A este primer despacho, el ministro austríaco añadió otro mas esplícito todavía, en el cual pregunta al ministro inglés la actitud que el gobierno de la reina de la Gran Bretaña piensa tomar en los acontecimientos que se preparan, y si reconocen en todo su vigor el tratado de Viena, relativamente á los territorios de Italia.

No se hizo esperar mucho la contestacion de lord Palmerston: « El gobierno de S. M. la Reina, decia, reconoce que las cláusulas y las estipulaciones del tratado de Viena, mientras que se apliquen á la Italia y á los demás estados de Europa, deben ser mantenidas; añadiendo que no puede operarse ningun cambio ni hacer modificacion alguna á tales disposiciones, sin el concurso y el consentimiento de todas las potencias que tomaron parte en ellas. »

Una copia de este despacho fué remitido á los principales gefes de la jóven Italia, cierta noche que se hallaban reunidos en uno de sus clubs. Despues de leerlo en voz alta uno de dichos gefes, esclamó respirando la cólera por sus labios: « ¿con qué derecho pretenden las potencias europeas mantener las estipulacíones de un tratado vergonzoso, que permite á las águilas estrangeras ofuscar una parte del brillante sol de la

Italia? ¿Ha sido llamado el pueblo á las conferencias, que le impusieron los hierros de la servidumbre? ¿Entregó voluntariamente sus manos á las esposas de la opresion? ¿Consintió los girones que la espada del Austria hizo al mapa del mas bello pais del mundo? La Italia pertenece á los italianos: los italianos solos tienen derecho de modificar, si lo quieren, y de fijar si tienen poder y voluntad, las cláusulas de los tratados de 1815. ¿Sabeis, añadió, el caso que los patriotas deben hacer de este insolente despacho? Hélo aquí. » Y con sus manos crispadas, rasga la contestacion escrita por lord Palmerston, en medio de las aclamaciones de los conjurados, que gritaron: ¡abajo el Austria! ¡Viva la Italia!

Uno de los agentes mas activos de la jóven Italia, era á la sazon Cárlos Bonaparte, hijo de Luciano, príncipe de Canino. Pequeño, grueso de talle, llevando en la frente, á escepcion de la finura y la dignidad, el tipo de los Bonapartes, el príncipe de Canino, vestido habitualmente de negro, haciendo participar el descuido de su traje al desórden de sus ideas, reemplazaba por medio de una fecunda verbosidad, brillante alguna vez, la nulidad de su inteligencia política. Hábil en el arte del disimulo, habia desempeñado durante el pontificado anterior, dos papeles diametralmente opuestos. Por la mañana en las antecámaras de los cardenales y por la noche en los conciliábulos de las sociedades secretas, esplotó por medio de un doble juego, los azares del presente y las eventualidades del porvenir. Asimismo, se le habia visto ir piadosamente al Vaticano para depositar á los piés de Gregorio XVI homenages que su corazon desmentia. Sabio naturalista, buen padre de familia, y generoso en casos dados, hubiera sido un escelente ciudadano, si resistiendo á los prestigios de la ambicion, hubiera recordado, que en la época en que su familia errante por la Europa buscaba en vano en medio de las ruinas de sus tronos, un albergue donde poder descansar su cabeza, el Papa Pio VII le habia acogido en sus estados, dando en seguida á

su padre el título de Príncipe Romano. Tal es el hombre que pronto se verá ser el primero entre todos en arrancar las armas pontificias del palacio que debia á la munificencia de un gran papa.

CAPÍTULO II.

Manifestaciones revolucionarias.—Organizacion de la municipalidad romana.—Creacion de la Consulta de Estado.—Demostraciones populares.—Cicernacchio.—Llegada de lord Minto á Roma.—Sus simpatías en favor de los revolucionarios.—Jornada del 15 de noviembre.—Discurso de Pio IX.—Abertura de la Consulta de Estado.—Regocijos públicos.—Baile del príncipe Torlonia.—Sterbini.

Un gran movimiento escitado por los agitadores de las sociedades secretas se manifestó en las calles de Roma el 7 de setiembre. Un numeroso populacho seducido por el oro de los enemigos del bien público, se esparció por la ciudad, despidiendo gritos de odio y de venganza contra el Austria y contra el clero. Tres hombres vestidos con el uniforme de la Guardia cívica, parecian dirigirlo: eran el príncipe de Canino, un droguero llamado Galetti, y un inglés llamado Macbedn. Mientras que se cerraban las tiendas á su tránsito, cubriéndose con un velo de tristeza los rostros de la gente honrada al verlos pasar, la policía dejaba que obraran. Esta escena de desórden se prolongó hasta muy entrada la noche. El dia siguiente algunos de los agitadores fueron arrestados, conducidos á la cárcel y casi en seguida puestos en libertad. ¡Fatal indulgencia! En tiempos de revolucion, la sociedad que nunca se defiende y que siempre perdona, en algun modo se hace cómplice del crímen que la ataca.

Estos desórdenes revolucionarios contristaron el alma de

Pio IX; empero persistiendo en no ver en tales descarríos mas que el hecho aislado de algunos hombres, y creyendo el generoso Pontífice refrenar el genio del mal por medio de continuos beneficios, no dejó de proseguir su obra de las mejoras. Así es que el 2 de octubre siguiente, publicó un *motu propio* para la organizacion de la municipalidad, que reflejaba admirablemente los nobles instintos de su corazon. Este acto dió pretesto á los miembros de las sociedades secretas para una nueva manifestacion. Al dia inmediato de haberse publicado, los alborotadores se reunieron en el lugar acostumbrado de sus conciliábulos, para felicitarse por el resultado de la jornada de la víspera. *Todo va á pedir de boca,* dijo uno de ellos; *la revolucion marcha, de bendicion en bendicion: hemos hecho de Pio IX, sin que él lo advierta, el motor de la revolucion italiana.* ¡Desgraciados! esto decian, y á sabiendas le inpedian que fuese el regenerador de su patria. Todos los periódicos de Roma elogiaron el pensamiento que habia inspido á Pio IX el *motu propio* de la municipalidad; los unos de buena fe, los otros por sistema.

Un beneficio de Pio IX, presagiaba otro nuevo, y así es que algunos dias despues del *motu propio* de la municipalidad, decretó la Consulta de Estado.

El estatuto orgánico de este poder llamado á tomar parte en la legislacion y en la administracion general del pais, se hizo, en el estado de cosas de aquella epoca, de una importancia fundamental. Admirable en el fondo y en la forma, distinguíanse en aquel decreto los principios constitutivos y las disposiciones reglamentarias. Divididos en cuatro secciones los hombres mas esclarecidos del pais, debian reunir en una sola haz la legislacion, la hacienda, el comercio, la industria, la agricultura, y los trabajos públicos. El sistema electoral de la candidatura, tal como lo concibió Pio IX, combinaba la autoridad y el elemento popular, en una perfecta union de recíproca confianza. Concedia una parte amplia á

los principios de libertad, manteniendo los derechos de la soberanía. Cada consejo comunal presentaba para el nombramiento de un diputado, una lista de tres candidatos al consejo de la provincia. Este debia designar en vista de tales listas reunidas, los nombres de tres candidatos, entre los cuales, el Soberano se reservaba el derecho de escoger el miembro llamado á formar parte de la asamblea. Las condiciones para ser elegido abrazaban los tres principales elementos de la sociedad; la propiedad, garantía del espíritu conservador; la ciencia, principio de organizacion, y el Comercio, representando la inteligencia aplicada á la prosperidad material de las naciones. La union de las capacidades en la lista de los electores, era un inmenso progreso, si se considera que entonces y desde mucho tiempo en Francia, la oposicion parlamentaria reclamaba el principio de la capacidad como título de admision á la clase electiva de las asambleas representativas.

Para dar todavía mas garantías á la independencia deliberativa, el estatuto de la Consulta estableció en principio, que la cualidad de miembro era incompatible con los empleos pagados por el Gobierno. Esta regla general tuvo una sola escepcion que fué la de los funcionarios residentes en Roma.

El pueblo romano, el pais entero llamado á regir sus propios negocios, manifestaron su alegría con las demostraciones acostumbradas en semejantes ocasiones. Hé aquí del modo como se procedió en ellas. La plaza del Pueblo era el punto de partida de todas las revoluciones: allí los agitadores hacian obrar los miembros del Círculo Romano, los diversos gefes de los catorce cuarteles de la ciudad y el asaz famoso Cicernacchio convocaban el pueblo y lo formaban en órden, bajo sus respectivas banderas: despues de algunas palabras pronunciadas por uno de los gefes, referentes al objeto, se enarbolaban numerosos estandartes, en los cuales se veia escrito entre mil divisas en honor de Pio IX, los títulos de los beneficios que él habia dispensado al pueblo, y los sobrenom-

bres honoríficos que este mismo pueblo le habia dado en cambio. Comunmente era por la noche cuando semejantes demostraciones tenian lugar. A una señal dada, oíanse innumerables gritos, se encendian las antorchas simultáneamente, y precipitándose el cortejo por toda la línea, se dirigia, en pelotones, por la calle del Corso (*) hácia el Quirinal. Abriendo la marcha una numerosa banda de música ejecutaba el himno de Sterbini, que era la Marsellesa de la Italia. La calle del Corso se adornaba con guirnaldas, colgaduras y transparentes; las casas se iluminaban, las ventanas se llenaban de mujeres y cubrian de flores; los hombres se descubrian la cabeza, las damas agitaban sus finos pañuelos, y el nombre de Pio IX, rápido como una corriente eléctrica, se repetia de calle en calle, de plaza en plaza hasta la de Monte-cavallo, donde el cortejo, al llegar, se formaba en líneas iguales paralelamente delante el Quirinal. Entonces los estandartes, las banderas, los guiones, y las banderolas, se agrupaban delante de la tribuna pontificia: el pueblo pedia la bendicion. Al poco rato acudiendo Pio IX al llamamiento de su pueblo, aparecia en el balcon del Quirinal, y multitud de fuegos de Bengala iluminaban las cornisas del palacio de la Consulta. El Pontífice hacia

(*) Esta calle se halla construida sobre los vestigios de la antigua via Flaminia, y trae su orígen de las corridas de caballos introducidas en ella desde el tiempo de Paulo II. Es la principal de Roma, y pudiera llamarse el diámetro de su circunferencia. Conduce directamente por el espacio de una milla, desde la plaza del Pueblo, al pié del Capitolio. Se ha ido regularizando y embelleciendo mas y mas durante los Pontificados de Leon XII, Pio VIII y Gregorio XVI. La entrada á esta calle está decorada con las dos iglesias de una misma arquitectura, que mencionamos al describir en otra nota la plaza del Pueblo. La de la izquierda, es la de santa María de Monte santo, y la de la derecha, de santa María de los Milagros: ambas empezadas bajo los planos de Rinaldi en 1662 por órden del Papa Alejandro VII.

(Nota del Traductor.)

la señal de la cruz, todas las frentes se inclinaban, y en seguida, despues de las palabras sacramentales de la bendicion papal, apagábanse las antorchas, las banderas se enrollaban, y la multitud, tranquila y silenciosa se retiraba en buen órden para volver á empezar á la primera señal.

Un hombre del pueblo, del cual se ha hablado mucho y diversamente, hallábase siempre á la cabeza de todas estas manifestaciones. Ángelo era su nombre de pila, Brunetti su apellido, y Cicernacchio su apodo. Hijo de pobres padres, que solo debian dejarle por única herencia, tradiciones de honor y ejemplos de probidad, Cicernacchio, así llamado por su madre en razon á sus mejillas gruesas y mofletudas, se formó muy temprano en las fatigas que constituyen la vida del jornalero. El hombre robusto, pronto reemplazó al niño. Activo, laborioso, de una economía sin avaricia y de una inteligencia limitada, pero proporcionada á las necesidades de su posicion, Cicernacchio al principio *carrettiere*, despues alquilador de caballos, fué por último mercader de vinos, de madera, y de forraje. Alto, fuerte, de temperamento vigoroso, de elevado pecho, anchas y bien formadas espaldas, y fundido, diríase, de una sola pieza en un molde antiguo, poseia un brazo de hierro. Su voluntad no conocia obstáculo alguno; sensible y compasivo, se complacia con su fuerza, en proteger al débil, y con su caridad consolando al desgraciado. Sin embargo, dos vicios capitales oscurecian sus cualidades, preparando su perdicion: el orgullo y la aficion al vino. Educado por una madre piadosa en los principios religiosos, predispuesto Cicernacchio al error político, pertenecia desde 1830 á la secta de los Carbonarios, lo que no le impidió ser entre las gentes de su clase, uno de los primeros en saludar con entusiasmo la exaltacion de Pio IX al trono de S. Pedro. ¿Lo hizo de buena fé ó por sistema? En adelante se sabrá. Mientras tanto, en la fundacion de un arco de triunfo erigido para celebrar el generoso decreto de amnistía, halló la primera base de su fortu-

M. A. BRUNETTI.

(Cicnaccino)

na política, al mismo tiempo que el primer gérmen ruinoso de la privada. En aquel entonces ejercia una grande influencia en el pueblo. Mazzini desde Lóndres, y los demás gefes de las sociedades secretas de Italia, fijaron la vista en él para constituirlo en instrumento, tanto mas dócil, cuanto era poco inteligente. Nadie mejor que él poseia la confianza de las masas, lo que acrecia su popularidad: creíase hábil en el don de la palabra, y le hacian creer que era orador; y como le gustaban las distinciones, se le decoró con el nombre de Gefe del pueblo; era igualmente sensible á los honores, y se le franquearon los palacios de los príncipes, los cuales mas tarde á su vez le abrieron su corazon y su mano. Deseando insignias honoríficas, sustituia su chaqueta por la levita de la Guardia cívica, su sombrero gris, por el casco á la antigua, su látigo de carretero, por la espada; adornáronse sus hombros cortados sobre el modelo del Hércules de Farnesio, con brillantes charreteras; encerróse su corto cuello dentro un corbatin de oficial, y se depositó en sus callosas manos la bandera de un batallon de la Guardia cívica. Desde aquel dia, el hombre trabajador se hizo un conspirador en regla. Las grandes palabras de patriotismo, igualdad y libertad, que germinaban en todas las cabezas, de tal suerte trastornaron la suya, que cierta mañana, despues de una noche de embriaguez y de orgía, dispertóse creyéndose tribuno. Entonces sufriendo el impulso fatal que lo arrastraba á la perdicion, recibió ciegamente Cicernacchio la órden de los revolucionarios, y se apodera de la plaza pública para establecer allí su foro, y reuniendo la multitud, dirige el movimiento y regulariza los elementos del desórden, á beneficio de la faccion que lo ha ganado. Estimulada su ambicion por el vino, ya no conoce límites: marcha, vuela por el camino del mal; un solo paso lo separa del crímen, y este lo dará sin vacilar, cuando llegará la hora: mientras tanto, recluta, entre los viciosos de la taberna y entre el fango de las calles, compañeros dignos de él, dándose por ayudantes

suyos, hombres degradados é infamados por la opinion pública, dispuestos para todo, menos al bien; y se crea una guardia escogida, compuesta del carpintero Materazzi, del escultor Bezzi, del carbonero Carbonaretto, del tabernero Tofanelli y del estanquero Piccioni (*).

Por aquel tiempo, la llegada de lord Minto, anunciada anteriormente por *El Contemporáneo* y esperada con ansia por la secta, fué un dia de fiesta para el partido que hallaba un nuevo punto de apoyo con el carácter oficioso de un enviado de la Gran Bretaña. El objeto y las intenciones del intrigante lord, para nadie eran un secreto. No se ignoraban absolutamente sus prevenciones contra la religion católica, y

(*) En un periódico de Paris, del 23 de octubre de 1847, al hablar del convite que á nombre de la ciudad de Roma se habia ofrecido á Miguel Ángel Brunetti, llamado Cicernacchio, con motivo de sus dias, leimos las siguientes líneas: «Este antiguo carretero que, felizmente dotado de inteligencia y actividad, ha sabido mejorar y acrecentar su posicion por medio de empresas mercantiles dirigidas con acierto, disfruta de una fortuna considerable. La inestinguible beneficencia que de continuo practica, han hecho grande su popularidad. Si Pio IX es el dios de Roma, Cicernacchio es el héroe de ella. Abogado del pueblo, sencillo, ingenioso y elevado, ejerce una grande influencia en las sociedades de socorros, en que toma asiento en medio de los prelados y de los príncipes romanos. En todas las circunstancias difíciles, y sobre todo, despues de los desastres ocasionados por las inundaciones, la poblacion romana ha esperimentado sus servicios; por lo cual, esta no olvida ninguna circunstancia para poderle demostrar sus ardientes simpatías.»

¡Sensible es que un hombre dotado de tan recomendables virtudes, se hubiese dejado arrastrar por la cenagosa corriente revolucionaria, hasta el punto de oscurecerlas, erigiéndose en tribuno de las masas populares, para sublevarlas contra el representante de Jesucristo, á quien en los primeros meses de su exaltacion á la cátedra de San Pedro habia contribuido á enaltecer, dedicando públicas muestras de agradecimiento á sus bondades, con las mas espléndidas ovaciones!

(Nota del Traductor.)

su odio metódicamente presbiteriano, contra el papismo; por lo que acogiéronle entusiasmadamente los agitadores. Olvidando por cálculo el camino del Quirinal, iban cada noche debajo las ventanas de la fonda de Europa, delante la habitacion ocupada por su poderoso ausiliar, haciendo resonar el aire con el nombre mil veces repetido de lord Minto. Allí todas las noches un numeroso cuerpo de músicos ejecutaba piezas escogidas en honor del pérfido estrangero. En una de ellas los agitadores llevaron la galantería hasta el punto de reemplazar el himno de Sterbini por el *God save the queen*. Por su parte lord Minto correspondió á semejantes galanterías, demostrando la mas viva simpatía. De esta suerte, en desdoro de los deberes hácia la Santa Sede, frecuentó diariamente los salones del Círculo popular, el club Sterbini, y los otros conciliábulos, donde el fuego de la revolucion ardia bajo la ceniza democrática. La presencia de lord Minto era el precursor de las tempestades que se aglomeraban en el sombrío horizonte del cielo de Roma.

Tocábase entonces la época designada para la reunion de los miembros de la Consulta de estado: á las nueve de la mañana, el cardenal Antonelli, presidente de la Consulta, y los veinte y cuatro diputados de las provincias llamados á formar parte de ella, llegaron al Quirinal, y se reunieron en el salon del trono, para depositar á las plantas del Sumo Pontífice los homenages de la asamblea y los testimonios de adhesion, de que se hallaba animada, para justificar la confianza de su soberano y la eleccion de sus mandatarios.

Al discurso del cardenal Antonelli, Pio IX respondió con las siguientes palabras: « Agradezco vuestras buenas intenciones, y hago gran caso de ellas por el bien público. Por el mismo bien público, desde el primer momento de mi elevacion al trono pontificio, he hecho, á tenor de los consejos inspirados por Dios, todo cuanto he podido; y todavía estoy dispuesto, con el ausilio divino, á hacerlo todo en adelante, sin cer-

cenar nada sin embargo de la soberanía del pontificado (*senza menomar mai, neppure di un apice la sovranità del Pontificato*), cuyo sagrado depósito, del mismo modo que lo recibí, lleno y completo de mis predecesores, debo transmitirle á mis sucesores. Tres millones de súbditos me son testigos, lo mismo que toda la Europa, de cuanto he practicado hasta aquí para aproximarme á ellos, para unirlos conmigo, para conocer de cerca sus necesidades y socorrerlas. Para poderlo verificar con mas acierto y atender mejor á las exigencias de la causa pública, os he congregado en una Consulta permanente; así como para oir cuando sea menester vuestra opinion y ausiliarme en mis resoluciones soberanas, en las cuales consultaré mi conciencia, para conferenciar con el sacro colegio y mis ministros...

» Se equivocará ciertamente el que vea otra cosa en las funciones que vais á llenar... Se equivocaria por completo el que viera en la Consulta de Estado que acabo de crear, la realizacion de sus propias utopias y el gérmen de una institucion incompatible con la soberanía pontificia. »

Al acabar de pronunciar con grande energía esta frase, Pio IX se detuvo un instante como para dejar que ella obrase el efecto que esperaba; y en seguida, volviendo á tomar el acento de dulzura que caracteriza todas sus alocuciones, continuó en estos términos: « Esta vivacidad y estas palabras no se dirigen, señores, á ninguno de vosotros. Vuestra educacion social, vuestra probidad cristiana y civil, la lealtad de vuestros sentimientos, y la rectitud de vuestras intenciones, me eran conocidos desde el momento en que procedí á vuestra eleccion. Estas palabras no se dirigen tampoco á la totalidad de mis súbditos, porque estoy cierto de su fidelidad y de su obediencia, y sé que sus corazones se unen al mio por el amor al órden y á la concordia. Pero desgraciadamente existen algunas personas (en corto número á la verdad) que no teniendo nada que perder, apetecen el desórden y la revolucion, y

abusan de mis concesiones. A ellos se dirigen estas palabras: que comprendan bien su significado.

» En vuestra cooperacion, señores, no veo mas que un firme sosten de personas que, despojándose de todo interés privado, trabajarán conmigo, por medio de sus consejos, en el bien público, y que no se detendrán por los vanos propósitos de hombres inquietos y poco juiciosos. Vosotros me ayudaréis con vuestros talentos á encontrar lo que sea mas útil para la seguridad del trono y para la verdadera dicha de mis súbditos.»

Terminado este discurso, Pio IX permitió que todos los diputados le besaran el pié, y luego levantándose para bendecirles, añadió las siguientes palabras: «Ahora, señores, id con la bendicion del cielo, id á principiar vuestros trabajos; sean ellos fecundos en buenos resultados, y conformes á los votos de mi corazon.»

Entonces los diputados salieron del Quirinal: dos batallones de la Guardia cívica vestidos de gran uniforme les aguardaban en la plaza con las tropas designadas para servirles de escolta: tomaron asiento en veinte y cuatro carrozas de gran gala que habian facilitado las primeras familias patricias de Roma, y el cortejo emprendió la marcha á través de las oleadas del pueblo, desde el Quirinal al Vaticano. Todas las casas estaban llenas de colgaduras, todas las ventanas adornadas con banderas y estandartes con los colores de Pio IX y con las armas de las legaciones. Todos los balcones estaban engalanados de verdes guirnaldas y de coronas de flores. Un destacamento de dragones en uniforme de gala abria la marcha, precediendo los coches del cardenal presidente y del prelado vice-presidente de la Consulta, rodeados los dos con las banderas de los catorce Rionis (*) de Roma. Venian en seguida los coches de los diputados, precedido cada uno de ellos de las armas de

(*) Se llaman Rionis los cuarteles en que está dividida la ciudad.
(Nota del Traductor.)

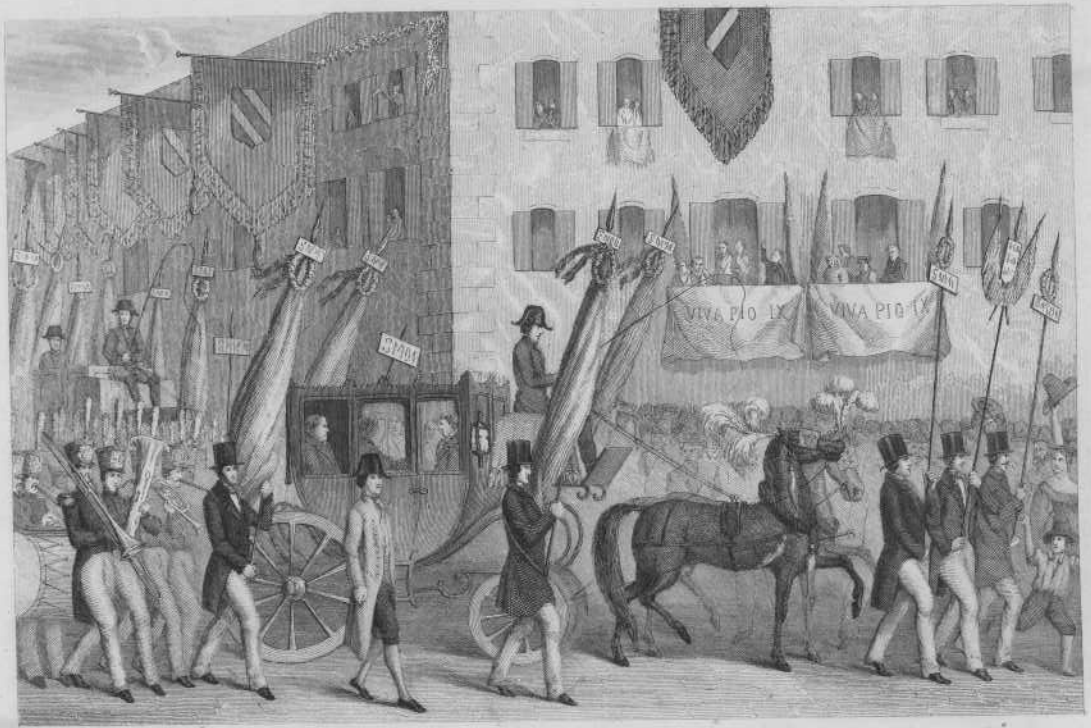
la provincia, y de dos estandartes, uno ostentando el nombre de la legacion y el otro el de su representante. Oficiales de la Guardia cívica marchaban inmediatos á cada coche, escoltado por numerosas diputaciones que cada provincia habia enviado para tomar parte en aquella fiesta verdaderamente nacional. Cerraban la marcha los batallones de la Guardia cívica.

Daba la una en el reloj del Vaticano cuando este dilatado cortejo, seguido de una inmensa muchedumbre, llegó á la gran Basílica. Los diputados se formaron junto al altar, colocado debajo la cátedra de San Pedro, y oyeron religiosamente el santo sacrificio de la misa. Luego despues se trasladaron á los salones destinados para el ejercicio de sus funciones, y abrió la sesion el cardenal Antonelli.

Por la noche se iluminó la ciudad. Un gentío inmenso se derramó desde la plaza de Venecia á la del Pueblo, debajo de un continuado dosel de banderas y de estandartes. Recorria el Corso un considerable número de jóvenes de todas clases de la sociedad entonando himnos compuestos en honor de Pio IX, llevando un bosque de banderas en medio de las cuales veíase ondear el estandarte de la Gran Bretaña. Estos jóvenes, despues de haberse presentado debajo las ventanas de los ministros de Cerdeña y de Toscana, pasaron debajo de las de lord Minto para repetirle las ovaciones de los dias anteriores. El oficioso representante de la Inglaterra, llamado por las aclamaciones de la calle, se asomó al balcon: al verle se dejaron oir de todas partes los gritos de ¡viva lord Minto! cuya intensidad se redobló así que el lord, colocando la mano sobre su corazon y levantando los ojos al cielo, esclamó patéticamente; ¡Viva la liga italiana! ¡Viva la Italia! ¡Viva la independencia de los Italianos! ¡Viva Pio IX!

Un magnífico baile dado por el príncipe Torlonia en la sala del teatro de su propiedad (*), debia terminar aquella noche

(*) El palacio que ocupa el duque Torlonia y que fué construido por el famoso arquitecto Cárlos Fontana por disposicion de los señores Bo-



E. Buxó. Fl en Barna

INSTALACION DE LA CONSULTA EN ROMA.

y enaltecer la generosidad del rico banquero. Inspirados los revolucionarios por el sentimiento de los zelos, quisieron usurpar al príncipe el mérito de su noble accion, obligándole hasta cierto punto á tasar, á beneficio de una sala de asilo, los billetes de entrada y los refrescos que ofrecia á todos los convidados. La concurrencia fué considerable. Entre los escogidos personages que se mezclaron con la multitud notábase el ministro de Toscana, vestido de gran uniforme, y lord Minto fraternizando con Cicernacchio. Un solo hombre se distinguió por su ausencia y fué el embajador francés, conde Rossi. La Francia, que habia alentado tanto la política de Pio IX, empezaba á conocer que habia escedido de su objeto.

Aquel dia se resolvieron todas las dudas suscitadas acerca del carácter de Pio IX y sobre el pensamiento de las reformas políticas. Su discurso, improvisado en el acto de la apertura de la Consulta, y por consiguiente ignorado de sus ministros, disipó de una vez los temores, las sospechas acerca de las intenciones secretas del soberano, y al mismo tiempo las culpables esperanzas que fundaba el partido contrario en la pretendida debilidad del Pontífice. En efecto, los temores de los unos y las esperanzas de los otros se disiparon desde el momento en que el Papa, despues de haber llamado á los súbditos que eligiera, protestó solemnemente contra las tentativas subversi-

lognetti, lo adquirió á principios del presente siglo el difunto duque Torlonia, el cual lo embelleció suntuosamente y lo dejó á su hijo Alejandro, que en el dia lo posee. Este se ha hecho émulo de las glorias de su padre, enriqueciéndole con los dibujos del arquitecto Segismundo Carretti, de suerte que puede considerarse, tanto por la decoracion como por el gusto, el palacio mas bello de Roma. En él se encierra una escogida galería de cuadros de célebres autores junto con antiguas y bellas esculturas. Los salones amueblados con finísimo gusto y con riqueza han sido adornados con obras de los mas insignes artistas modernos, á saber, con pinturas de Camuccini, Landi y Palagi y con el colosal grupo del célebre Canova representando á Hércules y Lica.

(Nota del Traductor.)

vas, declarando que de ningun modo entendia dividir los derechos de su soberanía (*).

Semejante alocucion, enérgica por el pensamiento y por la entonacion de la voz con que se habia proferido, consternó á los agitadores de las sociedades secretas. Uno de ellos, Sterbini, desmintiéndose á sí propio, esclamó al bajar las grádas de la escalera : *¿pero quién piensa en dividir los poderes de este escelente hombre?* Si en aquel momento Sterbini hubiese podido encontrar bajo la presion de su mano, la sombra de una conciencia honrada, una voz interior le hubiera respondido : tú preguntas ¿quién es el que piensa dividir el poder de Pio IX? Tú. En efecto, Sterbini era uno de los miembros mas avanzados en el secreto de la conspiracion contra la Santa Sede. Digo algunas palabras sobre este sugeto.

(*) A pesar de reseñarse por el autor la solemnidad con la cual se instaló la Consulta Romana, no estará por demás el que añadamos algunos pormenores sobre ella. En el discurso que Pio IX pronunció á los miembros de la Consulta en el acto de ser presentados por su presidente el cardenal Antonelli, los revolucionarios creyeron vislumbrar algun despecho de su Santidad contra el movimiento rápido de las ideas y contra la importancia misma que el pueblo romano daba á la creacion de la Consulta. Algunos de sus miembros, despues de constituida esta, quisieron que se respondiera á la alocucion pontificia con uno de aquellos discursos de contestacion que acostumbran redactar las asambleas constitucionales; empero se decidió que solo se llevaria á los piés del Santo Padre la espresion del agradecimiento de los diputados. Por la noche, como se ha visto, la ciudad se iluminó coronando la fiesta el gran baile dado en el palacio del príncipe Torlonia. Aunque aquel mismo dia la policía habia prohibido que pudieran unirse al cortejo de la Consulta los estandartes de otros estados italianos y paises estrangeros, los directores de las sociedades secretas tomaron su revancha por la noche, porque todas las banderas de la península Italiana y las estrangeras precedidas por la tricolor de Italia, formada con los colores verde, blanco y encarnado, fueron paseadas por la capital á la luz de las antorchas y saludadas con himnos patrióticos.

(Nota del Traductor.)

Nacido en Vico, en las montañas de los Hérnicos, junto á Allatri y Fumone, de honrada familia, poseyendo por única fortuna algunas aranzadas de tierra, reveló Sterbini, desde su mas tierna infancia, lo que seria cuando llegase á la edad madura. Envidioso y malo, la fealdad de su rostro reflejaba los viciosos instintos de su alma. Zeloso de toda superioridad, se sublevaba contra sí mismo, en medio de su nulidad. Enemigo de toda autoridad, formóse el papel de conspirador, maquinando á la sombra del hogar doméstico contra el bienestar de su familia: avergonzado de su orígen plebeyo y de la pequeñez de su patrimonio, preludiaba el comunismo con el desprecio á los grandes, y con el odio que profesaba á los ricos. Todo lo que en esta vida marchaba por un camino mas elevado que el suyo, le hacia sombra; y no queriendo formar en la última fila en la senda del bien, se apoderó del primer puesto en la del mal. Político mediano, orador vehemente pero superficial, versista mas bien que poeta, escritor sin originalidad, y médico sin clientela, despues de haber ejercido Sterbini por algun tiempo la medicina en el hospital de *San Jacomo degli incurabili* en Roma, se habia puesto al servicio de las sociedades secretas. Entonces la pluma reemplazó en sus manos al escalpelo, y el discípulo de Hipócrates, hecho retórico, hizo de su gabinete consultivo un anfiteatro donde diariamente disecaba con ardor las leyes de la familia, los principios de la sociedad y los dogmas de la religion: de este modo cambiando de instrumento y no de oficio, trabajó en grande con respecto á la sociedad como sobre de un cadáver. ¡Uno de los primeros beneficiados por la amnistía que concedió Pio IX conspiraba abiertamente contra su bienhechor!

Olvidando en aquel entonces la prensa periódica, la santidad de su mision, comenzó á entregarse á los mas deplorables escesos. Traspasando los periódicos los límites del derecho comun, miraban como un ataque á la libertad la represion de su licencia. Condenando la censura, protestaban contra la

justicia de sus fallos, indicando intencionadamente por medio de líneas de puntos colocados en el espacio de sus hojas, los pasages condenados por los censores.

El periódico de Sterbini, *El Contemporáneo*, órgano declarado de la revolucion, era el promovedor en gefe de todos los escándalos. No satisfecho con epilogar los actos del gobierno, registraba con su pluma el interior de las familias. Independientemente del crecido número de periódicos, que ciegos recibian un dia y otro sus inspiraciones; los revolucionarios poseian una prensa oculta, de la cual se servian, ora para verter el vituperio y la amenaza, ora para comunicar avisos. Las paredes de las casas, las esquinas de las calles, daguerreotipaban sus pérfidas elucubraciones. Demasiado inteligentes en la ciencia del mal para atreverse á atacar cara á cara el papismo, lo iban minando sordamente en la persona de sus agentes. Para llegar con mas seguridad á Pio IX, batian en brecha á los que le rodeaban, aislándole en su poder, esparciendo la duda acerca de sus actos, y la desconfianza en su corazon. Así es que, algunos meses antes, y el mismo dia de la fiesta de S. Pedro fijaron por el tránsito del Santo Padre, al encaminarse este á la iglesia del Vaticano, un aviso indirecto concebido en estos términos:

> El pueblo romano ama en Pio IX
> El padre del pueblo, el príncipe justo y magnanimo;
> Solo se fia de él, de él solamente.

« Santísimo padre: Si hay quienes pueden dudar de la fidelidad y adhesion que nos anima y une á todos á vuestra persona, si hay quienes se atrevan á designarnos como descontentadizos, inquietos, irreligiosos, en una palabra, como indignos de vos, desconfiad, Santísimo Padre, de tales personas. Son mas enemigos vuestros que no de nosotros. Quieren precipitaros con nosotros en un abismo. Pero Dios vela: el Dios que tales gentes tienen siempre en los labios, pero nunca en el corazon...

el Dios que os ha elegido para regenerar el pueblo, Santísimo Padre. Los otros príncipes, solo son responsables del presente delante de Dios; y vos lo sois del presente y del porvenir!....

» ¡ Viva Pio IX! »

Esta proclama, impía por el pensamiento y amenazadora por la forma, se fijó en las paredes del Quirinal, y se dijo que el mismo Pio IX la encontró por la noche delante de su libro de oraciones encima de su reclinatorio.

CAPÍTULO III.

Congreso de los principales gefes de las sociedades secretas.—Desastres del Sonderbund.—Nueva manifestacion revolucionaria.—Abertura del consejo municipal.—El cardenal Altieri y Cicernacchio.—Constitucion de un ministerio.—Fin del año 1847.

Discurrian los últimos dias de 1847. Una lucha heroica, pero desigual, acababa de ensangrentar los cantones católicos de la Suiza. La brutalidad de la fuerza, vencedora de la razon y del derecho, resucitaba los malos dias de Zwingle y de Münzer. La espada del radicalismo protestante, ausiliada por la traicion, habia herido en medio del corazon la justa causa de Sonderbund. James Fazy triunfaba en Génova. Ochensbein, general de los cuerpos francos, reemplazaba en Berna á Neuhauss, gefe del partido moderado. Humeaba la sangre católica en las márgenes del Reuss, cuando Mazzini, dejando Lóndres, llegó súbitamente á Berna. Pronto le siguió Heiusein, el audaz libelista de la Alemania meridional. El primer cuidado de estos dos gefes, fué llamar á muchos delegados de las sociedades revolucionarias de Francia, Alemania é Italia, y el segundo constituirse en congreso. Mientras estos enemigos del órden social aprovechaban la victoria de los cuerpos francos, se concertaban acerca de los medios mas propios para estender la influencia radical en Europa, la noticia de la toma de Lucerna y de la capitulacion de los cantones primitivos

llegó a Roma con la celeridad del rayo. Los verdaderos católicos quedaron consternados; y las sociedades secretas entonaron un canto de triunfo que debia dolorosamente resonar en el corazon del gefe supremo del catolicismo. La opinion del vecindario, descarriada hacia tiempo por la ignorancia completa de los hechos y de los principios los mas elementales del derecho y de la justicia, acogió con gozoso transporte el triunfo que la tiranía protestante acababa de conseguir contra la independencia católica. Los agitadores aguardaban, y las turbas estaban prontas: á una señal dada, una coluna de hombres, cuya mayor parte ignoraba absolutamente la cuestion suiza, se precipitó á la calle del Corso reuniendo por el tránsito un gran número de obreros, forasteros, y otro mayor de ociosos y curiosos. Con el aparato acostumbrado por los revolucionarios, adelantóse la coluna despidiendo los ordinarios gritos de la demagogia, y llevando antorchas encendidas. Ignorando algunas casas los motivos de la manifestacion, las iluminaron; las banderas de los *Rionis* se desplegaron al viento á los gritos de ¡viva Pio IX! mezclados con los de ¡viva la Dieta! ¡Monstruosa alianza! Otros gritos todavía mas esplícitos se cruzaron y se mezclaron: el cortejo llegó de esta suerte debajo las ventanas de la legacion suiza. Allí, redobláronse las vociferaciones. A los gritos de ¡viva la Confederacion! ¡viva Gioberti! ¡viva la Suiza! mezclábanse los de ¡abajo los jesuitas! y esta escena se prolongó hasta muy entrada la noche, sin que una sola voz se levantara contra tales demostraciones, tan atentatorias á la libertad como al catolicismo.

No pudo el gobierno mostrarse indiferente al escándalo dado al mundo católico por los facciosos: lo hubiera tal vez podido prevenir: lo condenó severamente declarando por medio de la voz del diario oficial, que se ocupaba en tomar todas las medidas que tenia en su mano para impedir la repeticion de semejantes desórdenes.

De todos modos, esta nueva manifestacion revolucionaria reveló claramente el fin estremo á donde se dirigian los esfuerzos del radicalismo europeo. El brazo de la Dieta Suiza, victorioso del Sonderbund, habia seguido el impulso del pensamiento secreto que, para llegar á realizar sus siniestros proyectos, queria derribar el último apoyo del órden social, el catolicismo. La voz de Roma festejando el triunfo de este pensamiento fatal, se habia hecho en algun modo culpable de suicidio, porque las consecuencias de la derrota del Sonderbund, influian inmediatamente sobre Roma católica. Durante la misma noche, manifestando los agitadores que entendian tan mal los intereses de la industria como los de la libertad, intentaron escitar nuevos desórdenes en el Trastevere (*) con motivo de algunas máquinas destinadas para la preparacion y filamiento de las lanas. Eran las once de la noche cuando esto acontecia, y Travana, teniente coronel de carabineros, corrió en seguida á casa del gobernador; pero no habiéndole encontrado, se trasladó á la del cardenal Ferretti. Este sin perder momento, hizo tocar generala, púsose á la cabeza de los dragones y voló al teatro de la sedicion que fué desde luego sufocada.

Durante este intervalo, su eminencia el cardenal Altieri, uno de los miembros mas distinguidos del sacro colegio, tanto por las cualidades de su corazon y de su talento, como por la ilustracion de su cuna, habia abierto, en calidad de presi-

(*) Llámase en Roma á la poblacion edificada á la orilla opuesta del Tíber, Trastevere. Esta parte la fortificó y uníó á Roma Anco Marcio, cuarto rey de los Romanos, para impedir que desde ella practicasen incursiones los Etruscos. Al principio fué habitada por algunos pueblos del Lacio, sojuzgados por el mismo Anco Marcio. Despues en tiempo de Augusto la habitaron los soldados de la armada naval que tenia Ravena, y por esto el Trastevere tomó el nombre de ciudad de los Raveneses.

(Nota del Traductor.)

dente, el Consejo municipal, creado por el *motu propio* de 4 de octubre anterior.

Su discurso de abertura es un documento histórico que debemos reproducir aquí.

« Señores :

« Por el poder maravilloso de su palabra, el ángel tutelar de Roma, el inmortal Pio IX, acaba de restituir al Capitolio su vida y su esplendor. Le han bastado algunos meses para preparar, ordenar y concluir una obra á la cual aquellos de entre sus predecesores que pusieron en ella su mano, consagraron toda su vida. Las dificultades que debia hallar su pensamiento creador, eran grandes, numerosas é insuperables. Pero cuando se trata del bien del pueblo, que tanto quiere, no hay obstáculo que Pio IX no procure vencer. No se pregunta si la obra es difícil : reconoce la utilidad, y ya no vacila. Por una coincidencia que no puede dejarse de mirar como providencial, el propio dia que el inmortal Pio IX firmaba el decreto constitutivo de un senado romano, reconstituia el patriarcado latino de Jerusalen ; de suerte que, en igual momento, la misma mano restituia su antigua gloria á la primera de las ciudades del oriente, á la cuna del cristianismo, y á la poblacion que siempre ha sido y será la primera entre las capitales del mundo.

» Señores: para mi fué un dia feliz aquel en que su Santidad me confió el puesto tan honroso de presidente de la comision encargada de presentarle las bases sobre las cuales debia sentarse el nuevo edificio del Capitolio. Me dió ocasion de ser testigo de la inteligencia y del celo que desplegaron los miembros de aquella comision, á la cual se debe la prontitud y la perfeccion del trabajo que depositamos á los pies del Santo Padre, y que su Santidad aceptó con tanta benevolencia. Hoy me considero todavía mas feliz, porque he sido llamado á presidir bajo los auspicios de las palabras animadas de nuestro adorado soberano y de la alegría universal, esta imponente

asamblea, primer Consejo de la santa Metrópoli. Algunas cortas palabras del santo Pontífice, os han dado á conocer la importancia del cargo de que estais revestidos y las obligaciones que ellas os imponen.

»Seria abusar de vuestra indulgencia y consumir un tiempo precioso, añadir otras para invitaros á llenar dignamente vuestros deberes; séame únicamente permitido recordaros que individualmente debeis considerar, que tiene un gran objeto el acto con el cual vais á inaugurar vuestras funciones. Debeis dar á Roma un primer magistrado digno de su estimacion y de su confianza, capaz de proteger y de hacer brotar mas y mas sus intereses legítimos, y acreedor al propio tiempo de la confianza del soberano.

» Asegurándoos de la constancia y del celo con que me conduciré sin cesar para ausiliaros y apoyaros, reclamaré de vosotros, señores, en cambio, la calma en la discusion y una prudencia manifiesta en vuestras decisiones, para que por una parte la moderacion, y de otra el buen juicio, sirviendo de ejemplo, concurran á la gloria de nuestra patria comun y sean la recompensa de nuestro soberano.»

El nombramiento de un senador era el acta que debia inaugurar la entrada en el ejercicio de sus funciones de los miembros de la municipalidad. Los votos se dirigieron al príncipe Corsini, persona respetable por su nombre, su edad y su inmensa fortuna, de la cual piensa hacer un noble uso.

Grandes demostraciones de regocijo señalaron la terminacion de este dia memorable en los anales políticos de Roma, en el cual su eminencia el cardenal Altieri hizo un gran servicio á la causa del órden, conservando ingeniosamente en el Capitolio los catorce estandartes de los *Rionis*, que tanto tiempo habia, servian de guiones en los tumultos de la calle. El modo como se condujo, honra la inteligencia diplomática del antiguo Nuncio apostólico en España. Logró persuadir á los catorce porta-estandartes que el Capitolio, hecho palacio del

pueblo, era el que solo debia tener el honor de encerrar las banderas de los *Rionis*. En cambio regaló á cada uno de ellos en nombre del Papa una medalla muy hermosa. El dia siguiente Cicernacchio fué á casa del cardenal para entregarle las bolsas de las catorce banderas. Su eminencia las aceptó, diciendo que tales banderas eran demasiado preciosas para no merecer que se conservaran cuidadosamente. Aprovechó aquella ocasion para indicar al tribuno los escollos de la vida en la cual se habia engolfado por desgracia.—¿No temeis, le dijo, ser el bobalicon de los hombres que se sirven de vos como de un instrumento? ¿No conoceis por ventura que los proyectos de tales hombres, conducen inevitablemente á la ruina y á la desgracia de la patria? Vos habeis nacido para ser hombre de bien, añadió el cardenal, para vivir como buen padre de familia, y no para ser un intrigante, un ambicioso, un revolucionario.

—Vuestra eminencia tal vez tiene razon, contestó Cicernacchio, y por lo tanto estoy firmemente resuelto á volver á entrar en la vida privada, desde el momento que los Austríacos sean espulsados de Italia y los Jesuitas de los estados Romanos.

—¿Qué son los Jesuitas, y qué es lo que han hecho para ser desterrados de esta suerte de su pais? le preguntó su Eminencia.

—Lo ignoro, replicó el tribuno; no les conozco, pero me han dicho que eran los enemigos de Pio IX y los tiranos del pueblo.

Mientras esto sucedia, el Papa representante de las ideas de órden, de justicia y de verdadero progreso, en una palabra, escudo de la civilizacion cristiana, publicaba un nuevo *motu propio*, relativo á la constitucion del ministerio y del consejo de Ministros. Despues de instituida la Consulta de Estado y la municipalidad romana, para que todas las ruedas del gobierno correspondiesen á un centro comun, era menester como el mismo soberano lo decia, reformar los diversos re-

glamentos que habian caducado por consecuencia de aquellos dos decretos, siendo igualmente preciso, que el mismo consejo de ministros estuviera en relacion con las nuevas instituciones. Por este tercer edicto, complemento de los dos anteriores, queriendo el Papa dar á cada ministerio una esfera de accion que le fuese propia, le impuso con la independencia, una responsabilidad, que bajando desde los mas altos funcionarios, hasta á los empleados mas subalternos, diese al gobierno la garantía general á la que deben someterse todos los que concurren á la administracion de la causa pública. Este sistema presentaba al gobierno en su conjunto y en sus detalles, la aplicacion de una teoría política uniforme y racional.

A su Consejo de ministros juntó el Papa un cuerpo de Auditores, compuesto de hombres hábiles y esperimentados en el manejo de los negocios. Todas las administraciones del estado se hallaron repartidas en los ministerios siguientes.

Negocios estranjeros, Interior, Instruccion pública, Gracia y Justicia, Hacienda, Comercio, Bellas artes, Industria y Agricultura, Obras públicas, Guerra y Policía.

Los gefes de estos diversos ministerios compusieron el Consejo de ministros y se constituyeron responsables de todos los negocios relativos á la direccion, marcha y administracion de sus respectivos departamentos: en fin, cada funcionario subalterno se asumió la misma responsabilidad que se le confió en la parte ejecutiva.

Este último acto, monumento de sabiduría y fruto de serias meditaciones inspiradas por la oracion, coronó completamente la fin de 1847, ¡de aquel año tan bello, tan productivo, tan bien empleado por parte del Soberano del estado, gefe visible de la Iglesia! Durante este año, segundo de su pontificado, no se desmintió un solo dia el carácter del sucesor de Gregorio XVI. Si examinamos sus actos desde el decreto de la amnistía, hasta el *motu propio* del consejo de ministros, los

encontraremos marcados con el mismo lenguaje é igual espíritu. En cada uno de ellos, el Papa se revela tal cual es: su palabra, se hace en algun modo eco de su alma: soberano paternal, repugnan á la bondad de su corazon los medios violentos: se ve obligado á castigar, lo hace cual padre de familia: si considera la represion como un deber, la templa con la misericordia, que mira como el mas dulce atributo de su autoridad. Príncipe piadosamente liberal, superior á las alarmas, á los ruegos, á las intimidaciones de los unos, á las caricias, á la lisonja y á las ovaciones de los otros, no cede nada á la violencia, otorga voluntariamente todo cuanto le parece equitativo, legítimo é indispensable, á tenor de las necesidades de la época. Al propio tiempo que la ternura de su corazon llena de beneficios á su pueblo, su vigorosa mano sostenida por el brazo de Dios, aparta hasta mas allá de los mares, la frontera moral del catolicismo, que los destructores del órden social, llamaban el asilo cerrado de las ideas muertas. Haciendo brillar con un resplandor inmenso, las condiciones de su vida, y de sus manifestaciones, probó de esta suerte que la Iglesia es constantemente el centro vivo de la civilizacion humana. A los enemigos del cristianismo, que pretenden que la esclavitud, las tinieblas, y el embrutecimiento están adheridos de un modo inevitable al poder teocrático, contestó llenando al mundo con el eco de su nombre, é iluminándolo con los rayos de su mision divina.

Todos sus actos llevan el sello de la mansedumbre, de la fuerza y de la piedad; y á pesar de la alabanza y de la amenaza, no obra mas que segun su conciencia y su amor hácia el pueblo. En la serenidad de su alma, lo hace todo por la justicia que le guia, nada por la popularidad.. . . . . .

En dos años en las manos del Papa, hubiera Roma adelantado mas de un siglo, si la fatalidad de los acontecimientos, saliendo del interior al esterior, no hubiese destruido los campos de su política.

CAPÍTULO IV.

Situacion de Italia.—Política del ministro Guizot.—Primero de enero.—Sombríos presagios.—Confianza de Pio IX.—Decreto contra las manifestaciones populares.—Audacia de las sociedades secretas.—Proclama pontificia.—Convocacion de los Gefes de la guardia cívica en el Quirinal.—Discurso de Pio IX.—Noche del 11 de febrero.—*Io non posso. Non debbo. Non voglio.*—Secularizacion de tres ministros.—Los colores Italianos.—Movimientos populares.—Comedia burlesca.—Revista de la Guardia cívica por el Santo Padre.—Discurso de Pio IX.—Hermoso dia.—Triste inmediato.—La revolucion de Febrero.—Actitud del círculo Francés.—Bella conducta del embajador Rossi y del conde Rampon.—Un banquete piamontés.—Comunicacion de la Municipalidad.—Respuesta del Papa.—Poder de los gefes revolucionarios.—Nuevo ministerio.

El triunfo de las doctrinas comunistas en Suiza, el progreso del radicalismo en Alemania, la creciente audacia de los revolucionarios en Francia y los continuos esfuerzos de las sociedades secretas, oscurecian al principio de aquel año los horizontes políticos de la Europa y echaban un lúgubre velo sobre el estado general de la Italia. Los manejos de los hombres irreligiosos y turbulentos que siempre y en todas partes han hecho retroceder la civilizacion comprometiendo la causa del verdadero liberalismo, tenian en un estado de crisis permanente y agravaban cada dia la situacion. El espíritu de mejoras y de reformas, salido poco antes del Quirinal, degeneraba en las demás partes de la península, en ideas destructoras y de revolucion. Ignorando los agitadores que para obtener estabilidad las reformas, deben conciliarse por un lado con la se-

guridad de los gobiernos establecidos, y del otro con los tratados en que descansa el órden europeo, se preparaban á la lucha, amenazando el pacto de 1815. Si deplorable era el presente, mas triste aparecia aun el porvenir. En semejante estado de cosas, teniendo los revolucionarios los ojos fijos en París, aguardaban impacientes la señal eléctrica que debia abrasar la Europa. Sus esperanzas, injuriosas para la Francia, eran de antemano bien conocidas; y el mismo ministro de negocios estrangeros Mr. Guizot, los habia combatido en un despacho que dirigiera al conde Rossi, concebido en términos que no dejaban la menor duda acerca de las intenciones del gobierno francés. La importancia de este documento, nos obliga á reproducirlo aquí.

« El Gobierno del Rey, escribia Mr. Guizot al conde Rossi, embajador cerca la Santa Sede, ha sabido con viva satisfaccion los últimos actos administrativos del Sumo Pontífice. La política ilustrada que se manifiesta, la acogida que ha merecido de la poblacion, la actividad con la cual los hombres mas considerables del pais se han conducido para defender el órden y apoyar el gobierno romano, son síntomas bien propios para tranquilizar y satisfacer á la Europa cristiana, tan vivamente interesada á favor de la autoridad moral de la corte de Roma y de la seguridad de la Italia.....

» Mientras que por una y otra parte se marchará por este camino, mientras que tan feliz acuerdo se mantenga entre el Príncipe y sus súbditos, la Europa podrá esperar, ver renacer el difícil y saludable trabajo de las reformas tan deseadas, y el Gobierno del Rey, que en cierta ocasion ha dado ya tan manifiestas garantías de su buena voluntad hácia la Santa Sede, pondrá tanto mas empeño en secundarle, en cuanto contará con el éxito regular y pacífico de su patriótica empresa. Concebiria por el contrario serios temores el dia en que viera *suscitarse exigencias inconciliables con la situacion general de Italia*, y con la naturaleza del gobierno romano, ó bien por

una reaccion natural sucediese una recelosa reserva, al noble y paternal abandono que caracteriza en este momento la política del Soberano Pontífice. Para evitar tan funestos escollos, contamos con la sabiduría de Pio IX, lo mismo que con la inteligencia política, tan justa, tan activa, y tan fina de la cual está dando incontestables testimonios el pueblo romano.»

Mas tarde, habiéndose hecho mas ejecutiva la situacion, la Francia, considerada desde entonces como la estrella polar de la revolucion, mostróse todavía mas esplícita, rechazando toda especie de solidaridad con los hombres que intentaban trastornar el equilibrio europeo. De una plumada borró del mapa de Italia el campo de batalla que las sociedades secretas ofrecian á sus instintos belicosos, á su ambicion de gloria militar: ella misma se separa de una cuestion que le presentaba el principal papel: permanece inmutable en el derecho de la justicia, pero al propio tiempo se arroga el poder de imponer la justicia del derecho. Hé aquí las instrucciones que Mr. Guizot escribia en este sentido á sus representantes en las diferentes cortes de Italia:

«Una fermentacion grave estalla en Italia, y se propaga en todos los Estados de la Península. Es menester que las miras que dirigen en tales circunstancias la política del gobierno del rey os sean bien conocidas, para arreglar á ellas vuestra actitud y vuestro lenguaje.

»El mantenimiento de la paz y el respeto de los tratados, son siempre las bases de esta política, los cuales consideramos igualmente esenciales para la felicidad de los pueblos y la seguridad de los gobiernos, para los intereses morales y los materiales de las sociedades, para el progreso de la civilizacion y la estabilidad del órden europeo. Bajo tales principios nos hemos conducido en los negocios de nuestro propio pais, y por lo tanto les seremos fieles en las cuestiones que tengan relacion con los paises estrangeros.

»La independencia de los estados y de sus gobiernos, tiene

por nosotros la misma importancia, es el objeto de igual respeto y es la base fundamental del derecho internacional, que cada Estado arregle por sí mismo, y como lo tenga por conveniente, sus leyes y sus negocios interiores. Este derecho, es la garantía de la existencia de los estados débiles y de la paz entre los grandes estados. Respetándolo nosotros mismos, nos fundamos para pedir que sea respetado de todos.

» Tanto por el valor intrínseco, como por el duradero éxito de las reformas necesarias en el interior de los estados, hoy conviene mas que nunca que estas se verifiquen regular y progresivamente, de concierto los gobiernos y los pueblos por su accion comun y mesurada, y no por la esplosion de una fuerza única y desarreglada. En este sentido dirigiremos constantemente nuestros consejos y nuestros esfuerzos.

» Lo que ha pasado hasta ahora en los Estados romanos, prueba que los principios que acabo de recordar se han reconocido allí y puesto en práctica. Acercándose al Soberano y evitando toda precipitacion desordenada, todo movimiento tumultuoso, es como el pueblo romano trabaja para asegurar las reformas que necesita. Los hombres notables y esclarecidos que viven en esa poblacion, se dedican á dirigirla á su objeto por las vias del órden y con la accion del Gobierno. Por su parte el Papa en su grande obra de reforma interior que ha emprendido, desarrolla un profundo sentimiento de su dignidad como Gefe de la Iglesia, de sus derechos como soberano, y se manifiesta igualmente decidido á sostenerlos dentro y fuera de sus Estados. Tenemos la confianza de que hallará en todos los gobiernos europeos el respeto y el apoyo que le son debidos; y el gobierno del rey por su parte se apresurará siempre en secundarle segun el modo y las medidas que se determinen con las conveniencias de las cuales el mismo Papa es el mejor juez.

» Los augustos ejemplos del Pontífice, y la inteligente conducta de sus súbditos, ejercerán sin duda en Italia una saludable influencia en los príncipes y en los pueblos y contribuirán

poderosamente á contener en los límites del derecho incontestable y del éxito posible, el movimiento que en ella se manifiesta. Este es el único medio de asegurar los buenos resultados, de prevenir grandes males y amargas decepciones. La política del Gobierno del rey obrará constantemente y en todas partes en el mismo sentido. »

La Francia que los revolucionarios italianos en los dias de decepciones que ella les predijo, acusaban de traicion, ó cuando menos de desleal, que no quiso que nadie se engañase acerca de sus intenciones y que por lo tanto insistió en las advertencias que les hizo en los consejos que les sugirió; se hubiera creido culpable de haber hecho concebir esperanzas quiméricas á las tentativas que miraba como impotentes, irrealizables é insensatas. ¡ Cuánta sangre inútilmente vertida se hubiera ahorrado ! ¡ cuántas ruinas sin resultado se evitaran, si su voz profética no hubiera sido ahogada por el orgulloso acento de las sociedades secretas !

Este lenguaje firme, leal y conciso, no podia dejar duda alguna sobre la naturaleza de las intenciones del gobierno francés con respecto á la independencia italiana. Con él se indicaba claramente la actitud que en la prevision de una próxima catástrofe reservaba la Francia para las eventualidades del porvenir. Todavía se estaba á tiempo. La política de la Francia tan bien definida esta vez por Mr. Guizot, podia preservar á la Italia de las desgracias que la amenazaban. Pero á la otra parte de los Alpes, los clamores de las revoluciones, mas fuertes que los consejos de la razon, bramaban sobrescitadas por el acuerdo de las malas pasiones. La voz de la Francia se perdió entre el torbellino de la tormenta revolucionaria.

El año 1848 se abrió bajo los mas siniestros auspicios. Durante la noche del 31 de diciembre, el gobernador de Roma recibió alarmantes noticias: díjosele que se habian formado grupos hostiles en los diversos cuarteles de la ciudad: el órden público estaba amenazado: los agitadores estaban en actitud

permanente y el pueblo en masa se irritaba de las órdenes que el Santo Padre habia dictado para impedir las demostraciones de las cuales él era el héroe, ó mas bien la víctima. Nada justificaba todavía de fijo estos temores, empero el dia siguiente circulaban entre la muchedumbre mas alarmantes noticias. Pio IX se halla preso en su palacio, y los cardenales sus carceleros, lo arrebatan al amor del pueblo: el Quirinal debe atacarse..... Este pánico, esplotado hábilmente por los agitadores, circula con la rapidez del rayo: ciérranse las puertas del palacio; los dragones, sable en mano, guardan los alrededores; los suizos se parapetan en el interior, las patrullas recorren las calles, los agentes provocadores acrecientan la irritacion de las masas, toda la ciudad se halla hirviendo; y el Papa solo, aislado, descansando en su conciencia tranquila, y retirado en el silencio de su oratorio, ruega al Señor que bendiga su pueblo. Levanta al cielo sus manos suplicantes, mientras que las olas de la tempestad popular se estrellan contra las puertas de su palacio.

Sin embargo, el príncipe Corsini, senador de Roma, se traslada al Quirinal y obtiene del Santo Padre la promesa de que al dia siguiente, accediendo á los deseos de la poblacion, repararia por medio de un paseo por el interior de la ciudad un error causado por la malevolencia de falsas noticias. Esta nueva, participada por el príncipe, tranquilizó desde luego los ánimos; el pueblo se retiró tranquilamente, y los revolucionarios se felicitaron de haber ganado un punto mas en la partida en la que se encontraban comprometidos los derechos de la Santa Sede, la seguridad del Estado, el bien público y la libertad misma.

Fiel el Santo Padre á su promesa, salió el dia siguiente del Quirinal con una simple escolta de cuatro guardias-nobles para manifestar así la confianza que tenia en el amor y la fidelidad de su pueblo. Esta vez fué todavía acogido durante su tránsito con las mas vivas demostraciones: la alegría brillaba

en todos los semblantes, y la dicha reinaba en todos los corazones. Se disponia el Papa á entrar de regreso en su Palacio y ya se hallaba en el Corso en la encrucijada de la calle de los Condotti, cuando de repente una turba de hombres de rostro siniestro se precipita en medio del cortejo gritando: ¡viva Pio IX! añadiendo: ¡abajo el gobernador! ¡abajo Savelli! ¡abajo la policía! ¡mueran los retrógrados! ¡abajo los Jesuitas! Saliendo de entre la turba Cicernacchio se precipita detrás de la carroza pontificia. Su mano agita un gran cartelon en el cual se lee esta inscripcion: « *Valor, Padre Santo, el pueblo está con vos:* » su avinada y retumbante voz repite la inscripcion del cartel, los gritos del populacho se redoblan, y el Papa pierde el sentido al hallarse en la calle de las tres *Canelle*. El dia siguiente los periódicos del movimiento anunciaron que el Pontífice reconocido al amor de su pueblo, se habia desmayado por un sentimiento de ternura. Aquel mismo dia el gobierno Romano publicó por medio del órgano del periódico oficial, esplicaciones acerca de la naturaleza de las causas que habian motivado sus decretos contra las manifestaciones de las calles. Despues de demostrar que los enemigos del órden se aprovechaban de cualquiera circunstancia para mantener una agitacion nociva á la sociedad y funesta á los verdaderos intereses del país, el Gobierno espresaba su satisfaccion por las señales de gratitud que el pueblo se apresuraba á dar diariamente al gefe del Estado y le suplicaba que se abstuviera en adelante de toda manifestacion ardiente y desordenada.

Animadas las sociedades secretas por la impunidad, oponian abiertamente el gobierno de la demagogia al gobierno del derecho. Ellas tenian sus ministros, sus sicarios, su ejército reclutado en el cieno del populacho, su reglamento y su disciplina: disciplina unitaria, pasiva y absoluta. Esclavos los mismos conjurados de la idea que les impulsaba á obrar, marchaban como un solo hombre, estrechando sus filas ante los decretos

de la autoridad, lo mismo que un ejército bajo la metralla del enemigo. Despreciando las advertencias del poder, al cabo de pocos dias organizaron una nueva demostracion para obligar á Su Santidad, y obtener por la violencia la formacion de un ejército y de un ministerio laico. El Papa contestó á sus exigencias con la siguiente proclama fechada el 10 de febrero en Santa-María la Mayor:

« ¡ Romanos !

» El Pontífice que durante cerca de dos años ha recibido de vosotros tantas demostraciones de amor y de fidelidad, no es sordo ni á vuestros temores ni á vuestros deseos. No cesamos de discurrir por qué medios podemos, sin faltar á nuestros deberes con la Iglesia, estender y perfeccionar las instituciones que os hemos dado, sin estar obligados por fuerza alguna; pero sí únicamente inspirados por nuestro ardiente deseo de hacer dichoso nuestro pueblo y por la estimacion en que tenemos sus nobles cualidades.

» Habíamos pensado en la organizacion de la milicia antes que la voz pública la reclamara, y hemos buscado como procuraros del esterior el concurso de oficiales cuya esperiencia militar pueda ausiliar la buena voluntad de los que sirven al gobierno Pontificio de una manera tan honrosa. Para ensanchar la esfera á los que por la esperiencia y el conocimiento de los negocios pueden concurrir á las mejoras, ya habíamos pensado dar una participacion mas lata al elemento laical en nuestro Consejo de ministros. Si el acuerdo de los príncipes de quienes la Italia ha recibido las reformas, es una garantía de estos beneficios recibidos con tanto júbilo y reconocimiento, contribuiremos por nuestra parte á conservar y estrechar las relaciones de la mas sincera amistad y benevolencia.

» Nada, ó Romanos y súbditos de la Santa Sede, nada de cuanto pueda contribuir á la tranquilidad y al honor del Estado lo olvidará vuestro padre y vuestro soberano, que os ha dado y está pronto á daros todavía tantas pruebas de su paternal so-

licitud, si llega á obtener del cielo que Dios infunda en los corazones italianos el espíritu de paz y de sabiduría. En caso contrario, resistirá con el ausilio de las mismas instituciones que ha dado, á todo movimiento de desórden, á toda peticion contraria á sus deberes y á vuestro bienestar.

» ¡Romanos! escuchad la voz consoladora de vuestro padre, y cerrad los oidos á esos gritos que salen de *bocas desconocidas,* y que tienden á agitar los pueblos de la Italia por medio del temor de una guerra estrangera. Los hombres que lanzan tales gritos, os engañan, quieren arrastraros por medio del terror á buscar la salvacion en el desórden, desean confundir por el tumulto los consejos de los que gobiernan, y con tal confusion, dar un verdadero pretesto á una guerra que careciendo de motivos, seria imposible contra nosotros. ¿A qué peligros, os pregunto, puede estar espuesta la Italia, mientras que un lazo de gratitud y de confianza *purificado de toda mezcla de violencia* unirá la fuerza de los pueblos á la sabiduría de los príncipes, á la santidad del derecho?

» ¿Nos, sobre todo, Gefe de la Sma. Iglesia católica ¿creeis que si fuésemos injustamente atacados, no veríamos acudir á nuestra defensa una multitud inmensa de hijos, que vendrian á proteger la casa paterna, el centro de la unidad católica? ¡Qué don tan magnífico entre tantos otros como ha dispensado el cielo á nuestro pais, no es el que tres millones de nuestros súbditos posean entre los pueblos de todas las naciones y entre todos los idiomas de la tierra, doscientos millones de hermanos! En otros tiempos bien diversos, cuando la caida del Imperio romano, la unidad católica fué el áncora de salvacion que preservó de la ruina á Roma, y á la Italia misma; y ahora será nuestra mas segura garantía mientras que en su centro resida la Sede Apostólica.

» A este fin, ¡ó gran Dios! ¡bendecid la Italia y conservadle el mas precioso de todos los dones, la fe! Bendecidla con aquella bendicion que implora humildemente vuestro Vicario

con la frente inclinada al suelo! ¡Bendecidla con aquella bendicion que imploran por la misma Italia los santos á quienes dió la vida, la Reina de los Santos que la protege, los apóstoles cuyas reliquias conserva, y vuestro hijo hecho hombre, que ha querido que esta Roma fuese la residencia de su representante en la tierra! »

Grande fué el efecto de esta proclama. El pueblo cuyos instintos no se equivocan nunca, cuando no los descarria la mentira y la astucia de los hombres perversos; el verdadero pueblo, derramó lágrimas: los conjurados solamente, insensibles á las súplicas del Pontífice resolvieron atenuar los resultados favorables. Presentaron la proclama dirigida á los romanos como un vínculo que aseguraba á Pio IX á la liga de las sociedades secretas empeñadas contra el poder de la autoridad. El Pontífice habia dicho: *¡Gran Dios, bendecid la Italia!* y ellos persuadieron al pueblo que en el corazon y en los labios del soberano, la Italia era sinónimo de revolucion. El mal iba en aumento; la audacia de los unos creciendo en proporcion de la debilidad de los otros, precedia al dia en que ante la accion de los partidos, seria imposible la resistencia. El Papa habia medido con vista inquieta las dificultades de la oposicion. Entonces, sintiendo bambolear en su frente y en sus manos la corona y el cetro del poder temporal, quiso probar un esfuerzo supremo. Convocó en el Quirinal á los catorce gefes de los batallones de la Guardia cívica. Esto fué el 14 de febrero á las 4 de la tarde. La frente del Soberano Pontífice estaba como el cielo oscurecido por las nubes. Un tinte de sufrimiento reemplazaba la habitual sonrisa que asomaba en sus labios, y sus fatigados ojos, indicaban que habia estado por largo tiempo orando y llorando. Solamente su voz habia conservado la energía que conviene al poder del derecho y á la autoridad de la desgracia.

« Os he llamado, señores, díjoles el Soberano, para preguntaros si puedo contar con vuestro ausilio y con vuestra fidelidad. — ¡Con nosotros, sí, Santísimo Padre, contestaron

los gefes de los cuerpos. — Para preguntaros además, añadió el Papa, si debo contar con el apoyo y la fidelidad de la Guardia cívica. » — Los gefes de los cuerpos se inclinaron por toda contestacion. — « ¡ Ya lo preveia! » dijo el Santo Padre levantando los ojos al cielo, como para ofrecer á Dios el sacrificio de su representante sobre la tierra. Luego, despues de un momento de profundo silencio prosiguió con calma y sin descubrir la menor conmocion.

« Señores ;

» Son tan imperiosas las circunstancias, los síntomas fatales se presentan y se suceden con tanta rapidez, que debo apelar á la lealtad de la Guardia cívica. A este cuerpo confio mi persona, el Sacro Colegio, la vida y la fortuna de todos los ciudadanos, el sostenimiento del órden y la tranquilidad pública. Es la mayor prueba de confianza que un soberano puede dar á sus súbditos. He encargado á una comision que reuniese todas las disposiciones que he decretado para armonizar las reformas necesarias y adaptarlas á las necesidades del tiempo.

» Aumentaré el número de los miembros de la Consulta de Estado, y daré mas importancia y mas estension á sus atribuciones. Lo que yo conceda se conservará. Hubiérase operado todavía un bien mayor, si aquellos cuyo ausilio solicité, no hubiesen querido imponerme condiciones. ¡ Condiciones ! Señores : ¡ nunca las aceptaré de nadie ! ¡ lo entendeis ! ¡ no ! jamás se dirá que el Papa haya consentido cosas contrarias á las leyes de la Iglesia, á los principios de la religion ! Si alguna vez, y Dios no lo permita, quisiera alguno violentar mi voluntad, y forzarme en mis derechos ; si alguna vez me viera abandonado de los hombres á quienes he amado tanto, y por los cuales lo he hecho todo, me arrojaria en los brazos de la Providencia que no me faltaria.

« Guárdense los buenos ciudadanos de los hombres mal intencionados, que bajo vanos pretestos desean subvertir el órden público, y llegar por entre ruinas á poseer los bienes de

los demás. La constitucion no es un nombre nuevo para nuestro país. Los Estados que la poseen en el dia, la han copiado de nuestra historia: nosotros hemos tenido la cámara de los pares en el Sacro Colegio en la época misma de nuestro predecesor Sixto V. Ahora, señores, id y que el cielo os ayude como á mí.»

Por la noche de aquel dia tuvo lugar una manifestacion mucho mas numerosa de cuantas se habian visto hasta entonces, reuniéndose mas de cuarenta mil hombres en la plaza del Quirinal. En el momento en que el Papa aclamado pareció al balcon para bendecir al pueblo, una voz, una sola voz, la de un hombre llamado Andreis dejó oir el grito de *¡No mas clérigos en el Gobierno!* Entonces haciendo el Soberano Pontífice una seña con su mano derecha para imponer silencio, gritó con acento firme y penetrante:

«Antes que la bendicion del cielo descienda sobre vosotros, sobre los Estados Romanos y, lo repito, sobre toda la Italia, os encargo la union, la concordia, y deseo que vuestras peticiones no sean contrarias en nada á la santidad de la santa Sede. Ciertos gritos que no salen, nó, de mi pueblo, son proferidos por un corto número de gentes desconocidas. No puedo, no debo ni quiero oirlos: *Non posso, non debbo, non voglio:* Así pues, bajo la espresa promesa de ser fieles al Pontífice y á la Iglesia....» Á estas palabras el pueblo respondió con un un solo grito: «Sí, sí, santísimo Padre, lo juramos....» «Bajo esta promesa, continuó el Papa, ruego á Dios para que se digne bendeciros, como yo mismo os bendigo con toda mi alma. Recordad vuestra promesa, sed fieles á la Iglesia y al Pontífice.»

Ninguna lengua humana sabria esplicar el efecto de semejante alocucion, pronunciada por una voz cuyos acentos resonaron hasta el fondo de los corazones: el pueblo aterrado por aquel eco de Dios, pareció confirmar con sus lágrimas la promesa que acababa de hacer y que hubiera guardado si en-

tre el Papa y él, las sociedades secretas no hubiesen abierto un profundo abismo. El dia siguiente, cediendo á las exigencias del populacho, el cardenal Riario Sforza, Monseñor Domingo Savelli y Monseñor Juan Rusconni depositaron á los piés del santo Padre sus respectivas carteras de ministros. Pio IX, habiendo aceptado sus dimisiones, secularizó los tres ministerios vacantes, llamando al conde Juan Pasolini para Comercio y Bellas artes, al abogado Francisco Sturbinetti, para el ministerio de Obras públicas, y al príncipe de Teano, para la Policía. Esta combinacion ministerial fué objeto de una nueva demostracion popular.

Por aquella época aparecieron en Roma los tres colores que los revolucionarios habian enarbolado cuando la tentativa de 1831. Mal vistos el primer dia aquellos colores, impuestos por la amenaza y el temor, hiciéronse luego indispensables al vestido romano. Todos los Guardias cívicos, de uniforme, todos los ciudadanos vestidos de paisano y los mismos señores en su traje de calle, colocaban en el sombrero, en el ojal de la casaca ó levita ó en la cintura, lazos de cinta de color de rosa, verde y blanco. Estas insignias indicaban abiertamente una resistencia sistemática al poder. ¡Cuántos corazones latirian con disgusto dentro de un pecho adornado de tal modo!

Al propio tiempo las constituciones decretadas sucesivamente en Nápoles, Turin y Florencia, tuvieron su efecto en Roma. Vivamente conmovido el pueblo por unos acontecimientos que debian terminar de un modo inevitable en cercanas turbulencias, se entregó completamente á una de aquellas demostraciones espontáneas, que de cada dia, hacia uno de tumulto y de desórden. Esta vez, la Magistratura municipal fué la que tomó la iniciativa por medio de una proclama firmada por el senador Corsini, y ocho conservadores: invitados los romanos á iluminar sus casas en señal de regocijo, engalanaron con colgaduras é inscripciones las calles por don-

de una procesion improvisada debia ir al Capitolio. El cortejo se puso en marcha á la luz de las antorchas, y atravesó el Corso, repitiendo los acostumbrados gritos, adicionados con los de ¡Vivan los Palermitanos! ¡Viva la Constitucion! ¡gloria á los que mueren por la patria! Delante del palacio del embajador de Austria, iluminado igualmente como todos los demás palacios diplomáticos, el cortejo guardó el mas profundo silencio y bajó las antorchas en señal de luto; pero llegados que hubieron delante la iglesia de Jesus, que sigue al palacio de la embajada, las vociferaciones, comprimidas por un instante, reprodujéronse con nueva exaltacion. Así que estuvieron delante del Capitolio, agrupóse la multitud á las escaleras, y sobre los monumentos inmediatos. Entonces un hombre de rostro sombrío, un refugiado toscano de desgreñados cabellos, ojos hundidos, pálida frente, de larga y entrecana barba, y llevando una rasgada capa, se lanza sobre el caballo de bronce de la estatua de Marco Aurelio, y coloca en las manos del emperador una gran bandera tricolor (encarnada, blanca y verde). Hubiérase dicho el genio de la revolucion. Despues de haber reclamado el silencio y hecho callar los aplausos con que habia sido acogida su ascension peligrosa, este hombre pronunció un discurso terminando con estas palabras: *¡Viva Pio IX solo!* — *¡Viva Pio IX solo!* respondió la muchedumbre. — *¡Viva la Constitucion!* — *¡Viva la Constitucion!* Este último grito ocasionó la admiracion y la duda, y solo algunas voces le sirvieron de eco, permaneciendo la masa silenciosa. ¡Esta escena se representaba á treinta pasos de distancia de la Municipalidad Romana!

Algunos dias despues, semejante comedia burlesca, tuvo su imitacion en el gran patio de Belvedere en el Vaticano. Todos los batallones de la Guardia cívica hallábanse reunidos en aquel sitio vestidos de gala, y en toda la fuerza para ser revistados por el Soberano Pontífice. Era el 20 de febrero. Al presentarse el Papa fué saludado como siempre con las mas

vivas aclamaciones. Jamás las filas de la Guardia nacional habian permanecido mas bien formadas, ni mas numerosas. Su órden de batalla presentaba un punto de vista imponente. Pio IX quedó prendado, y por un momento una dulce sonrisa amaneció en sus labios, serenó su rostro y pareció contrarestar la tristeza de su alma. Entonces colocándose de modo que pudieran oirle todos, el santo Padre dijo con sonora voz: «No puedo manifestaros cuán complacido queda mi corazon viendo á mi alrededor esta fuerza conservadora de la paz y del órden. En vosotros veo los enemigos de la anarquía, los sostenedores de la santa Sede y del soberano Pontífice. ¡Ó Dios mio! bendecid este cuerpo! conservadlo fiel á vuestra Iglesia. Que sus oidos permanezcan constantemente cerrados á las insidiosas voces del corto número de hombres que se esfuerzan en impedir el bien. Bendecidles en sus dignos gefes, para que estos continúen dirigiéndoles por el camino del honor y de la fidelidad: que vuestra bendicion descienda no solamente sobre ellos, sí que tambien sobre sus familias, que forman una gran parte del pueblo de Roma (*). »

Estas palabras pronunciadas con emocion, pero con firmeza, penetraron directamente en el corazon de los hombres de bien, que todavía existian en gran número en las filas de la milicia ciudadana; y no atreviéndose los otros á arrojar súbitamente la máscara, se asociaron al impulso general que se manifestó á la terminacion de aquel discurso. De repente un solo grito se oyó en toda la línea y fué el de: ¡Viva para siem-

(*) Cuéntase que al proponer Pio IX la formacion de la Guardia cívica, en una congregacion reunida al efecto, aquel plan atemorizó á todos sus individuos, y por consiguiente todos los votos fueron contrarios á tal institucion, es decir, todas las bolas aparecieron negras. Empero el Papa quitándose entonces el *Soli-Deo* (los Papas lo llevan blanco) lo puso sobre las bolas y dijo: yo sabré hacerlas volver blancas, esto es, favorables.

(Nota del Traductor.)

pre Pio IX! Todas las cabezas se descubrieron, todos los cascos se enarbolan sobre las resplandecientes bayonetas. Todas las rodillas se hincan en tierra, y todas las frentes se inclinan bajo la mano del Pontífice, que se levanta para bendecirlos. Aquel hermoso dia iluminado por un brillante sol, debia tener ¡ay! bien tristes consecuencias.

Las noticias que llegaban de Francia hacian presentir graves acontecimientos: Paris, el Vesubio de la Europa, indicaba por señales ciertas y amenazadoras una próxima y violenta erupcion. La lava democrática hervia en las entrañas de la revolucion, imprimiendo en la superficie de la sociedad las sordas conmociones que preceden siempre á las grandes catástrofes: las sociedades secretas aguardando los sucesos, se constituian permanentemente, y los conjurados corrian á su puesto, cuando el 5 de marzo, un hombre pálido, descompuesto, de ojos huraños é inflamados, Sterbini, precipitándose en los cafés de Roma, esclamó: ¡regocijaos romanos, ha llegado el último dia de los tiranos! ¡la Francia es republicana! Era demasiado cierto. El cebo de una pistola, un grano de pólvora quemado por un asesino delante el ministerio de Mr. Guizot en Paris, acababa de incendiar la Europa.

Esta noticia fué un rayo para los buenos ciudadanos de Roma, al mismo tiempo que un triunfo para los conjurados. Desde aquel momento quitándose la máscara que les cubria, se presentaron con la cara descubierta. Su primer acto fué una demostracion en honor de la Francia revolucionaria. Desde su cuartel general instalado en el café de las Bellas Artes, dirigiéronse lentamente por el Corso, con la música á la cabeza y banderas desplegadas, hácia la plaza de España. Llegados allí formáronse en coluna cerrada delante el palacio Mignanelli, donde los franceses residentes en Roma habian establecido su círculo, y poblaron el aire con desaforados gritos de ¡Viva la República francesa! ¡Ignoraban que en este

grito de solidaridad revolucionaria se hallaria bien pronto para ellos un decreto de muerte! Llamados por aquel clamoreo, algunos franceses que se asomaron á las ventanas del círculo, fueron saludados con frenesí, y luego en la calle son el objeto de una ovacion increible, en medio de la cual hay lágrimas de ternura mezcladas con gritos de rabia, abrazos fraternales acompañados de vociferaciones rencorosas, antítesis ridículo, en el cual no tomó parte alguna el mayor número de los miembros del círculo.

El dia despues de esta improvisada fraternidad, algunos franceses que por simpatía, interés ó miedo, aparentaron adherirse al nuevo órden de cosas, si tal órden puede llamarse el caos del cual Paris era el centro en aquel entonces, resolvieron devolver el ósculo republicano que les habian traido la víspera los concurrentes del café de las Bellas Artes. Sometida esta proposicion á los franceses establecidos en Roma, fué rechazada por la inmensa mayoría de 195 votos de entre 200. Los franceses se circunscribieron á remitir una carta de agradecimiento. Sin embargo, vencidos en este punto, exasperados por esta primera derrota, los nuevos republicanos, reclutando entre las clases mas ínfimas los ausiliares mas ó menos dignos del nombre francés, determinaron que seria bueno celebrar el triunfo de la era republicana quitando el pabellon de Julio que todavía flotaba en el palacio de la embajada francesa, y se aprestaron de consiguiente á derribarlo con sus propias manos. Instruido á tiempo de este atrevido proyecto el conde Rampon, digno hijo del general Rampon, una de las mejores espadas del imperio, trasladóse inmediatamente á casa del conde Rossi, embajador de Francia, en ocasion en que éste sin duda seriamente ocupado, le hizo decir que no podia recibirle. — « Sin embargo es preciso que yo le vea al momento » respondió el denodado caballero. Rossi insistió en su negativa. — « Id y decidle, gritó el conde Rampon, hablando con una de las personas de la embajada, decid

á vuestro amo, que aun cuando tuviese que romper las puertas de su habitacion, llegaré hasta donde se halle, y mientras tanto en nombre de la Francia le hago responsable de cada minuto de tardanza. » — El criado volvió á poco rato, y Mr. Rampon fué admitido inmediatamente cerca del embajador, al cual instruyó del objeto de su visita. El conde Rossi se paseaba por el salon dando grandes pasos, al propio tiempo que magullaba entre sus manos los despachos que acababa de recibir. Su rostro estaba lívido, y sus labios crispados: de repente se para, y cruzándose de brazos esclama: « ¡Señor conde, es horrible lo que me acabais de decir! » Luego añadió con voz enfrenada por la indignacion: « ¡Cómo! y son los franceses los que quieren profanar las armas de la Francia! ¿no saben estos hombres que el pabellon nacional es doblemente inviolable y sagrado en país estrangero? ¡Ignoran absolutamente que la bandera francesa no puede caer sino derramando la sangre de los que la han recibido en depósito! » Entonces descubriendo con entereza su pecho añadió: « mi cuerpo servirá de muralla á las armas de la Francia, y preciso será que pasen por encima de mi cadáver para llegar á ellas... — « ¡É igualmente por encima del mio! esclamó á su vez el conde Rampon, porque en este caso me hallaré á vuestro lado para defender el pabellon de la patria ó para morir con vos... » Esta escena era sublime.... Despues de un momento de silencio, repuso el conde Rampon: « El tiempo urge: en época de revolucion las horas son minutos; nosotros podemos evitar estos dos estremos por un medio término.

— ¿Cuál es?

— Haced reemplazar al punto la bandera de Luis Felipe por la de la República.

— Los colores son los mismos.

— Las armas y la divisa son distintas: quitemos las de Julio y esta medida será suficiente.

— ¡Es imposible! el gobierno romano no consentirá nunca

sin exámen semejante sustitucion, que de hecho seria un reconocimiento tácito del gobierno francés.

—Probémoslo: mi coche está á la puerta: Vamos al Quirinal.

—Partamos... »

Al cabo de algunos instantes el embajador francés y el conde Rampon se hallaron á la presencia del cardenal Bofandi, secretario de Estado, que para evitar las funestas consecuencias de un motin, no solamente consintió á todo, sí que tambien firmó de su mano la autorizacion pedida.

La víspera del dia en que se supo la fatal noticia de la República de febrero, los piamonteses residentes en Roma se habian reunido en el círculo de los comerciantes, Palacio Theodoli para sentarse á la mesa de un festin patriótico, y comunicar sin duda con el pensamiento directivo que cambiaba Paris en un banquete revolucionario. ¿Esta estraña coincidencia, era el resultado de un acuerdo tomado de antemano? Es muy probable, si se considera la clase de personas que se hallaban á la cabeza de esta manifestacion. Uno de ellos, d' Azeglio, que debia ser mas adelante primer ministro del Piamonte: otro, Durando, que debia ser general en las *Cruzadas de la Independencia*. Al terminar el banquete patriótico, d' Azeglio se asomó al balcon del palacio, y parodiando una famosa escena de los anales del Hôtel-de-Ville de Paris, presentó á la entusiasmada multitud al general Durando, como la esperanza futura de la patria, como la espada y el escudo de la independencia italiana. Algunas damas convidadas en gran número para esta fiesta, la terminaron recorriendo las calles en coche llevando cada una de ellas en la mano una bandera tricolor.

La marcha de los acontecimientos correspondia, como estamos viendo, de un modo maravilloso, á los deseos y á las impacientes esperanzas de las sociedades secretas. Animados los revolucionarios por los triunfos, imitaban los pasos de la

insurreccion triunfante de Paris prosiguiendo ardorosamente su obra de destruccion: cada dia se marcaba en Roma con una nueva exigencia, y cada exigencia iba sancionada por una nueva concesion. Empujados por el espíritu de vértigo que turbaba todas las cabezas y destruia las mas sanas inteligencias, arrastrados al centro fatal que conduce al abismo, hasta el senador y los miembros de la municipalidad, se trasladaron en 6 de marzo al Quirinal, para pedir al Santo Padre un gobierno representativo.

Á una peticion, digna mas bien del *Círculo Romano* que del Capitolio, el Papa contestó con estas palabras: « Los acontecimientos, que no solamente se suceden, sino que se van precipitando, justifican lo bastante la peticion que vos, señor senador, me haceis en nombre del Consejo y de la Magistratura de Roma. Todo el mundo sabe que sin cesar me ocupo de dar al Gobierno la forma que esté mas relacionada con las exigencias actuales. Todo el mundo sabe las dificultades á que se ve espuesto el que reune en su persona dos grandes dignidades, para trazar la línea de demarcacion entre sus dos poderes. Lo que en un gobierno secular puede hacerse en una noche, solo puede verificarse en el gobierno Pontificio, despues de un maduro exámen. Me lisonjeo, sin embargo, que dentro de pocos dias podré (hallándose ya terminados los trabajos preliminares) participaros el resultado, que corresponderá á los deseos de todas las personas razonables. ¡Bendiga Dios mis deseos y mis trabajos! Si de ello debe sacar ventajas la religion, me arrojaré á los piés del Crucificado para dar gracias al cielo de cuantos acontecimientos ha permitido, y quedaré mas satisfecho como gefe de la Iglesia universal que como príncipe, si resultan para la mayor gloria de Dios. »

Con esta contestacion llena de talento, el Papa indicaba de un modo evidente la violencia moral que sin cesar se le hacia, nó en el cumplimiento de los actos que consideraba como un deber, sino en el plazo ejecutivo de este cumplimiento, del

cual únicamente él despues de un maduro exámen, debia ser justo apreciador.

Tres dias despues fueron confiadas las riendas del Gobierno á un nuevo ministerio, compuesto por su eminencia el cardenal secretario de Estado Antonelli.

El conde Recchi, ministro del Interior.

El abogado Sturbinetti, de Gracia y Justicia.

Monseñor Morichini, de Hacienda.

El Bolonés Minghetti, Obras públicas.

El príncipe Aldobrandini Borghese, Guerra.

El cardenal Mezzofanti, Instruccion pública.

El conde Pasolini, Comercio.

El abogado Galetti, Policía.

Mientras que estos nuevos ministros tomaban posesion de sus carteras, la revolucion de Paris proseguia su curso á los gritos de *¡Respeto á la religion y á sus ministros!* Y ¡cosa digna de notarse! la revolucion de julio, que se halló suplantada por la de febrero, no habia tenido bastantes ultrajes y odios contra esta misma religion y contra los propios ministros. La República de Ledru-Rollin y comparsa se inclinaba respetuosamente delante las personas y las cosas santas, infamadas por la naciente monarquía de los Orleans. Debemos hacer aquí una reflexion que se aplica á la masa de los acontecimientos que describimos; y es, que si el catolicismo social, consecuencia de las ideas irreligiosas y de los principios revolucionarios que acababan de estallar en Francia, hubiese encontrado en el Quirinal un Pontífice opuesto á las sabias concesiones y á las útiles reformas, este cataclismo político hubiera sido mas irreligioso, mas tiránico que el de 1793. Al ascendiente de Pio IX, al prestigio de su nombre que un dia habia dispertado al sultan dormido entre las dulzuras de su Harem (*), imponiendo á todos; el clero francés debió en parte su salvacion, lo mismo que su popularidad.

(*) Son tan interesantes los pormenores que sobre el envío de un

embajador turco á Roma para felicitar al pontífice Pio IX, nos da el erudito Sr. conde de Fabraguer en su *Historia del poder temporal de Pio IX*, que nos parece muy oportuno trasladarlas aquí literalmente. «No solo los príncipes de la cristiandad, dice, prestan el homenage de su admiracion á Pio IX. Por una de esas revoluciones de que la historia no ofrece acaso ejemplo alguno, pero de que Dios solo se reserva la inteligencia y la esplicacion, el sucesor de los califas, el descendiente de Mahomet II y de Soliman el Grande, el que habia proyectado llevar sus genízaros á San Pedro, envia á Roma un embajador para que se presente á Pio IX, al sucesor de Urbano II, predicador de la primera cruzada, de Pio V, que habia hecho coligar la Europa entera contra la potencia de los Osmanlies, y que habia reunido todas las marinas europeas contra las escuadras turcas!

»Chekib-Effendi, embajador de la sublime Puerta en la corte de Viena, pasa á Roma en nombre del sultan Abdul Medjid á felicitar á Pio IX por su elevacion al Pontificado.

»El dia 14 de junio, la media luna, la enemiga mas constante de la Cruz de Cristo, rinde un homenage al Vicario de Jesucristo. Era una cosa prodigiosa en Roma ver á un embajador musulman, venir á tratar con el gefe del cristianismo los grandes intereses de esta religion en el Oriente.

»Roma no habia visto un embajador turco en su recinto desde que Bayaceto en 1490 dirigió su embajador á Inocencio VIII para interesarle en favor de su hijo, prisionero de los caballeros de Malta.

»Grandes fueron los esfuerzos que la Francia habia hecho en Constantinopla para impedir esta embajada; y grandes fueron tambien los esfuerzos que el conde Rossi, su embajador en Roma, hizo para que esta mision no escediese los límites de un mero cumplimiento; empero el Papa despues de haber satisfecho cumplidamente á la etiqueta, invita al embajador á una conferencia secreta, en la que sirve de intérprete el cardenal Mezzofanti, y en ella se arreglan los intereses de los cristianos de Oriente, quedando tan satisfecho del enviado del gefe de los infieles, que le regala su retrato, el que el musulman coloca sobre su cuello y lleva con orgullo al lado de la distincion de la media luna.

»En su conferencia con el enviado del gran turco, acuerda el Papa el restablecimiento del patriarca latino de Jerusalen; para hacerle el tutor natural de los católicos, y para encargarle de esponer sus agravios al divan y demandar su remedio. Así Pio IX hace no una simple innovacion, sino una revolucion verdadera en las tradiciones del Oriente.

» Así la Francia, el Austria y la Rusia perdian con esta medida el protectorado de las provincias del Danubio y de la Armenia; protectorado que habia sido ineficaz, porque en 1840 se habian separado los drusos y los maronitas.

»La Inglaterra sola era la que apoyaba al Papa en esta cuestion, viéndose ¡cosa singular! defendido el pontífice, el gefe de los católicos por la Inglaterra protestante y por el gefe del islamismo.

» Quedó el gran turco tan satisfecho de este arreglo que queria dotar ricamente al nuevo patriarca, empero el papa rehusó su dotacion para no colocarle bajo la dependencia de la Puerta.

» Pio IX busca para tan elevado cargo al padre Valerga, misionero en la Mesopotamia y en la Persia, con la obligacion de residir en Jerusalen, cuyo patriarcado existirá ya en lo sucesivo de hecho y de derecho. El Papa consagró con sus propias manos en la capilla Paulina del Quirinal al nuevo patriarca, y le dió sus instrucciones para regir los cristianos de la Siria. »

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO V.

Gnerra contra las órdenes religiosas. — Valerosa protesta del cura de Merode. — Los Transtiberinos y el general de los Jesuitas. — Abandonan Roma los Jesuitas. — Una comida en casa del conde Rampon. — Estatuto fundamental de un gobierno representativo. — Las armas de Austria. — Auto de fe. — Entereza de ánimo de un labrador. — Revolucion de Parma. — Proyecto de un gobierno unitario en Italia. — Escenas del Coliseo. — El pueblo en el Quirinal. — Firmeza de Pio IX. — Estratagema de los revolucionarios. — El sargento Sopranzi. — La bendicion de las banderas es mal interpretada. — Alistamiento de los voluntarios. — Su marcha. — Proclama de Pio IX á los pueblos de Italia.

La alocucion del 10 de febrero, la gran voz del Papa, arrojando debajo las ruedas del carro revolucionario el freno de su poderosa autoridad, habia detenido por algun tiempo la marcha progresiva de la demagogia. Los conjurados se conmovieron: sabiendo por esperiencia que todo acto estacionario en política es un paso al retroceso, celebraron consejo y decidieron que para llegar al término de sus fatales esperanzas, les convenia pasar por la brecha de las órdenes religiosas, que servian de avanzada al Pontificado. Así es como en tiempo de guerra los hombres conocedores en este arte, desde luego procuran desmantelar los bastiones avanzados, para llegar en seguida al corazon de la plaza. Los jesuitas que un gran Papa llamó, en consideracion á sus inmensos servicios, los granaderos del catolicismo, hallábanse en aquel entonces como siempre en las avanzadas de la sociedad amenazada en

sus principios fundamentales, la religion. Contra ellos pues resolvieron las sociedades secretas disparar los primeros tiros: algunos sordos rumores esparcidos hábilmente entre las masas, palabras insolentes proferidas delante de los padres, aislados por las calles públicas, hicieron presagiar á los menos conocedores, que no tardaria en estallar la tempestad: el resplandor del relámpago siempre precede al rayo. Envalentonados por la impunidad, fortificando su fácil valor en la silenciosa impotencia del poder, los agitadores redoblaron su audacia: demasiado cobardes para atacar de frente á unos hombres que podian defenderse, añadieron la amenaza al ultrage y en seguida pasaron de aquella á la accion. Entonces las mas absurdas mentiras se imprimieron; las calumnias mas revolucionarias se fijaron por las calles: asalariáronse muchos hombres, unos para vociferar durante la noche gritos salvages al rededor del edificio de Jesus, y otros para romper á pedradas los vidrios del convento (*). Una turba, así mismo,

(*) La iglesia de Jesus se halla en la plaza de este nombre. Es una de las mas grandes y ricas de Roma. La hizo construir el cardenal Alejandro Farnesio en 1575 con arreglo á los diseños del célebre arquitecto Vignola. Continuó despues su construccion Jaime *della* Porta, discípulo del citado Vignola, el cual dispuso que bajo sus planos se construyera la cúpula y la fachada, embellecida esta con dos órdenes de pilastras corintias y compuestas. Entre las varias preciosidades tanto en pintura como en arquitectura que contiene el templo, es de admirar la suntuosa capilla de san Ignacio, construida segun los dibujos del jesuita padre Pozzi, por ser una de las mas magníficas y ricas de Roma. La decoran cuatro soberbias colunas incrustadas de lapizlázuli listadas de bronce dorado, de cuyo metal son igualmente las bases y los capiteles. Los pedestales y las cornisas de dichas colunas son del preciosísimo mármol llamado *Verde antico*. Resalta entre las muchas bellezas, un grupo de mármol blanco que representa la Santísima Trinidad, esculpido por Bernardino Ludovici, menos la figura de Nuestro Señor Jesucristo, que es obra de Lorenzo Ottone. El globo que sostiene el Padre Eterno, es el pedazo de lapiz-lázuli, mas grande

se atrevió en medio del dia y á la vista de un cuerpo de Guardia cívica, fijar á la puerta principal un cartel que contenia esta inscripcion: *Est locanda.* Un eclesiástico belga, salido de una de las mas ilustres familias de aquel reino, un antiguo soldado al servicio de la Francia, el abate de Merode, acertaba á pasar en aquel acto por la calle. « Lo que estais haciendo, dijo á la muchedumbre, es una cobardía. » Y adelantándose hácia el cartelon lo arrancó con su propia mano. Aquel mismo dia, los Transtiberinos, esos hombres tan adictos á la religion, al Pontificado, y á todo lo que tiene relacion con él, enviaron una diputacion al padre general.

—¿Qué quereis mis buenos amigos? preguntóles el padre Roothan.

¡Defenderos! respondió un hombre de hercúlea figura y estentórea voz. ¡Todavía es tiempo! añadió, los enemigos de la religion no tienen otra fuerza que la que hallan en la debilidad de honradas gentes: á todos estos promovedores de aso-

y mas hermoso que jamás se haya visto. El cuadro de san Ignacio, situado en el altar es del referido padre Pozzi, y detrás del mismo cuadro se halla la estatua del santo, de plata. El cuerpo de san Ignacio se conserva debajo del altar, encerrado dentro una urna de bronce dorado, adornada con piedras preciosas y bajos relieves tambien de bronce sobredorado y de mármol, representando diversas escenas de la vida del santo. A los costados del altar se ven dos bellísimos grupos de mármol: el uno representa la Fe adorada por naciones bárbaras, la cual es obra del cincel de Juan Teudone; y el otro es la Religion, que con la cruz fulmina y aterra la heregía, personificada bajo el emblema de un hombre que tiene una culebra, y una muger decrépita, obra del escultor Mr. Gros. Las pinturas de la bóveda de esta capilla son de Baciccio.

Se halla anexa á esta iglesia la casa de los jesuitas profesos, donde reside el general de la órden. Es un grande edificio hecho construir por el cardenal Farnesio, con arreglo á los planos del arquitecto Gerónimo Rainaldi.

(Nota del Traductor.)

nadas, el atrevimiento y la palabra; pero á nosotros el derecho y la accion: ¡proferid un acento, un solo acento y pronto acabarémos con todos!»

El general de los Jesuitas, sumamente conmovido por la buena disposicion de aquellas escelentes gentes, declaróles, que acostumbrados desde mucho tiempo á las injurias y á la injusticia de los hombres, no querian mas defensores que la ley comun, y que en ningun caso aceptarian quien les vengara. «Nuestra vida pertenece á Dios, añadió, él solo tiene derecho de disponer de ella: ¡Hágase su voluntad!»

Á pesar de estas palabras conciliatorias y pacíficas, los Transtiberinos se trasladaron al café de las Bellas Artes, cuartel general de los conspiradores; pero noticiosos estos á tiempo de la marcha hostil de la valiente poblacion, *que queria acabar con ellos,* se habian sustraido por medio de la fuga á la suerte que les amenazaba; y así fué, que á la llegada de los Transtiberinos, la sala del café hallóse completamente desierta.

Con todo, las prevenciones contra los Jesuitas progresaban visiblemente de dia en dia; los instintos del odio dispertados por la ignorancia, se desplegaban por todas partes. Mal comprendido de los unos, engañado por los otros el Papa, quiso hacer el último esfuerzo para salvar una sociedad que apreciaba y cuyos eminentes servicios estimaba. Publicó é hizo fijar en los parages públicos de Roma el siguiente *motu propio,* que quedará como un monumento eterno de su afecto hácia la compañía de Jesus. «¡Romanos! y todos cuantos sois hijos y súbditos del Soberano Pontífice, escuchad por una vez la voz de un padre que os ama, y que desea de todo corazon que seais el objeto del amor y de la estimacion del mundo. Roma es la silla de la religion y fué siempre la morada de sus ministros, quienes bajo diferentes formas constituyeron esta admirable variedad que hizo la belleza de la Iglesia de Jesucristo. Á todos os invitamos y al mismo tiempo os requerimos

que la respeteis, no acarreando jamás sobre vuestras cabezas el anatema de un Dios irritado, que ciertamente no tardaria en lanzaros los rayos de la venganza divina, contra los agresores de sus santos y de sus ministros. Evitad un escándalo que llenaria de estupor al mundo y de dolor los corazones del mayor número de nuestros súbditos. Evitad al Pontífice que siente tanto que algunos se entreguen á semejantes agresiones, porque seria para él el cúmulo de la amargura. Si por acaso existieran en los institutos religiosos algunos hombres cuya conducta les acarrease una justa desconfianza, queda contra ellos la via de las representaciones legales, las cuales siendo legítimas, Nos, como Soberano Pontífice estamos prontos á oirlas para administrar recta justicia.

« Estamos persuadidos que bastarán estas cortas palabras para que entren en su deber aquellos que (en corto número, como espero serán) alimentan funestos designios; designios cuya ejecucion heriria nuestra alma con el golpe mas agudo y mas doloroso, al cual seguiria el castigo que nunca falta Dios en imponer á los ingratos. Si para mayor desgracia no bastaran nuestras palabras para contener á los mal intencionados, nos reservamos esperimentar la fidelidad de la Guardia cívica y de todas las fuerzas que hemos organizado, para conservar el órden público.

» Estamos plenamente confiados en el efecto favorable de semejantes disposiciones, y esperamos ver cuanto antes suceder en todas partes la calma á la agitacion, y á los desvíos que reprobamos, los sentimientos prácticos de religion que debe profesar un pueblo eminentemente católico, que debe servir de ejemplo á las demás naciones.

» No queremos afligir nuestro corazon ni el de todos los hombres buenos y honrados haciendo presentir las medidas á las cuales nos veríamos obligados á recurrir para no ser testigos del espectáculo del azote con el cual Dios hace entrar en el deber á los descarriados pueblos; pues por el contrario, es-

peramos que la bendicion apostólica, que damos á todos, alejará tan funesto presagio. »

A pesar de estas tiernas palabras dirigidas por el Soberano Pontífice á los hombres desviados á quienes se complace aun en mirar como hijos suyos; á pesar de las amenazas de la cólera divina, los conspiradores persistieron en sus culpables proyectos. Para evitar todo conflicto, los jesuitas abandonaron Roma durante la noche del 28 de marzo. El momento de su partida fué cruel; empero, resignados á la voluntad de Dios, acostumbrados desde mucho tiempo á la injusticia de los hombres, recibieron sin quejarse esta nueva prueba, rogando al Señor que alejara de la ciudad eterna las desgracias que en adelante preveian para ella.

Demasiado ancianos para abandonar la ciudad de Roma, ó no sabiendo á qué punto del globo encaminar sus pasos errantes, algunos jesuitas buscaron un refugio en la misma poblacion. El duque de Cador, el conde Rampon y lord Clifford, se señalaron en tales circunstancias por su valor y su adhesion. Despues de haber vanamente implorado para los Padres franceses un asilo en la embajada de Francia, el conde Rampon habia recogido en su casa al Padre Rosavent que estaba mas particularmente amenazado. Algunos dias despues, noticioso de que iban á practicarse pesquisas las mas activas contra su huésped, dirigió una atenta invitacion para que le acompañaran á comer, al embajador francés y á los principales gefes de la guerra contra los jesuitas. Esta invitacion fué aceptada por todos, y así es que á escepcion de uno solo, se hallaron los comensales á la hora fijada á la mesa del conde Rampon. El asiento desocupado llamaba la atencion de los convidados, de suerte que uno de ellos dirigiéndose al anfitrion le dijo:

—¿Aguardais todavía á alguno?

—Sí, señores, respondió el conde, y voy á tener el honor de presentároslo. Estoy seguro de que os alegraréis de conocerle, porque es uno de mis amigos, y uno de los hombres que

puedan encontrarse en este mundo mas dignos de veneracion.

Hablando de esta suerte se levanta de la mesa, atraviesa el comedor, abre la puerta del salon y vuelve á entrar llevando de la mano á un anciano. Al verle todos los convidados se levantaron á su vez y le saludaron.

—Señores, prosiguió el conde Rampon, tengo el honor de presentaros al Rdo. Padre Rosavent, que se ha dignado aceptar en mi casa la hospitalidad que debiera haber encontrado *oficialmente* en otra parte. Señores, añadió levantando la voz, se halla aquí bajo mi salvaguardia, y yo lo coloco bajo vuestra proteccion. Si contra mis esperanzas, el rencor que le persigue quisiera arrancarlo de este asilo, decid á los que se constituyan en instrumentos de este rencor, que el conde Rampon defenderá á su huésped hasta derramar la última gota de su sangre. Ya veis, señores, que estoy dispuesto á cumplir mi palabra.

Y dando algunos pasos abrió un armario que contenia fusiles cargados y armas de toda clase. No solamente el Padre Rosavent ocupó el sitio que le estaba reservado, sí que tambien durante la comida fué objeto constante de las atenciones de los que la víspera anterior de buena gana le hubieran hecho mil pedazos.

Durante este intervalo, el Pontífice habia publicado el Estatuto fundamental de un gobierno representativo. La publicacion de este decreto constitutivo, dió márgen á nuevas conmociones populares. Tan tristes escenas, en las cuales de una parte se veia á los hombres de bien paralizados en sus trabajos por el miedo y el Papa aislado á pesar de sus buenas intenciones, eran la consecuencia de los sucesos que habian tenido lugar en otros puntos de la península y en las capitales de Europa. En efecto, la revolucion bramando la Marsellesa, sitiaba los palacios de los reyes. Los tronos crujian en todas partes; el principio de la autoridad, era desconocido en ellas; y la fuerza de la violencia sustituida á la justicia del derecho, triun-

faba momentáneamente en Viena, Berlin, Munich y Francfort. La revolucion salida el 23 de febrero de Paris para pasear la Europa, acababa de encontrar en su tránsito á la República, encaminándose á Venecia, las águilas del Austria ahuyentadas de Milan, los cuerpos Francos partiendo para la Bélgica y la Polonia, y el grito de la independencia italiana resonando desde el Pó al Tiber, no queriendo ella permanecer rezagada en Roma. A su voz las masas se dirigieron el 21 de marzo á la *Ripresa de' Barberi*, lanzando gritos, y pidiendo que se arrancaran las armas de Austria, colocadas encima de la puertecita lateral que conduce á las habitaciones del baron Bender agregado á la embajada de Austria, y encargado de los negocios eclesiásticos. Satisfecha en aquel punto la turba, se trasladó al palacio de Venecia delante el palacio Pamphili para arrancar el principal escudo de la Embajada de Austria. Mientras que algunos hombres, contraviniendo al derecho de gentes, arrancan las armas, y arrojándolas á la calle las destrozan, los lombardos enarbolan sobre el palacio mismo del embajador austríaco una gran bandera blanca en la cual se lee en letras de oro estas palabras: *alta Italia.*

Entonces principió una escena estraña, y mas bien digna de una nacion de salvages, que no de un pueblo civilizado. Los pedazos del escudo imperial espuestos á las injurias del populacho, son echados en un carro tirado por un mal caballo. La multitud se separa para dejarle el paso libre, y todos se dirigen procesionalmente hácia la plaza del Pueblo, donde las llamas de una hoguera improvisada debian terminar aquella comedia que los amotinados llamaban *la Justicia del pueblo.*

Adelantábase lentamente el cortejo en medio de las vociferaciones y de los silbidos de la multitud, encarnizada con aquel simulacro de poder: la clase media cómplice, aplaudia desde lo alto de sus ventanas y desde sus tiendas: la autoridad, impotente ó desprevenida, dejaba obrar, cuando un campesino de las cercanías de Roma, conduciendo un asno,

ASPECTO DE LA PLAZA DEL PUEBLO EN EL ACTO DE ENTREGAR A LAS LLAMAS EL

ESCUDO DE AUSTRIA

acertó á pasar por el Corso. De repente oyóse una voz que gritaba: « ¡hermanos! las armas de la pérfida Austria no son dignas de ser llevadas por un noble caballo: es por en medio de las inmundicias y del polvo de la calle y arrastradas por un asno como deben llegar al lugar del suplicio. ¡Bravo! respondió el pueblo, y en seguida los pedazos del escudo fueron descargados del carro y atados á la cola del pobre animal. Los gritos de alegría se levantaron de nuevo, redobláronse las aclamaciones de desprecio, y emprendiendo de nuevo su marcha el cortejo, poco despues se halló en la plaza del Pueblo.

Llegados á ella los actores de aquella escena, cogiéndose de las manos formaron una rueda inmensa al rededor de la hoguera encendida para el auto de fe. Despues, rómpense de repente los anillos de aquella cadena humana, y son arrojados á las llamas los pedazos de las armas imperiales y de las águilas austríacas, en medio de los aplausos de los espectadores. « ¡Ojalá pueda, esclama una voz, la cólera del pueblo italiano devorar el último bárbaro, como este fuego va á consumir los vergonzosos emblemas de su poder, y puedan sus cenizas echarse al viento como dentro de poco lo será el polvo de esta hoguera! » Esta voz salvage dispertó un entusiasmo feroz y atronador. En aquel entonces como las llamas de la hoguera se fueran apagando faltas de combustible, otra voz propone arrojar á ellas al asno cómplice inocente del atentado contra el Austria. « ¿Y lo hariais, hermanos? contestó el labrador ¿y lo hariais? Mi asno es tan buen italiano como yo y vosotros: ¡muera el Austria! pero ¡viva la Italia!... » Esta ocurrencia salvó la vida del pobre animal. Así que la hoguera hubo despedido su última chispa, y que no quedó de las armas austríacas mas que un monton de cenizas, los *gloriosos* sostenedores de la jóven Italia, pasando por delante del Capitolio, se retiraron á sus clubs para dar gracias á su valor, y felicitarse por su nueva victoria.

El gobierno que conocia la gravedad de este acto atentatorio

del derecho de gentes, se contentó con publicar al dia siguiente en la *Gaceta de Roma* un largo artículo contra los culpables.

¿Qué mas podia hacer? En manos del poder invadido por las olas de la revolucion, el cetro supremo no era mas que una caña abatida por todos los vientos: la ley no tenia fuerza alguna, y la autoridad habia perdido su prestigio. El gran nombre de Pio IX, usado por las facciones, no era mas que una letra muerta á los ojos de los que se habian servido tan pérfidamente de él. Los hombres de bien que habian entrado de buena fe en la via de las reformas, sorprendidos y aterrados igualmente de haber traspasado el límite que los inteligenciados en el partido les indicaran, ni tenian el valor de retroceder, ni la energía para estacionarse, y seguian por una triste fatalidad el impulso que les arrastraba en la pendiente de inevitables catástrofes. El ángel de las tinieblas parecia haber estendido sus alas sobre toda la península. Las sociedades secretas despues de haberse quitado la máscara, obraban á la luz del dia; y en sus manos la reforma cambiando de color y de nombre, se habia hecho republicana.

Acababa de estallar en Parma la revolucion con análogas circunstancias á las que habian inaugurado la República de Paris. Un carpintero llamado Enrique Mélegan, de apodo Richetti, armado de una escopeta de dos cañones habia muerto á un centinela en la plaza de armas. Esta fué la señal. Tócase en seguida á rebato, ármase el pueblo y se precipita sobre las tropas, cuya actitud es puramente defensiva. Lo mismo que en Paris el 23 de febrero, el ejército no tiene órdenes, y el gefe del Estado vacila en pedir á la fuerza la salvacion del cetro que la demagogia le disputa. En fin, vencido por un sentimiento de humanidad superior á las razones del derecho, manda á sus tropas que se retiren á los cuarteles; con lo cual dió libre curso á la tempestad popular. Viendo de tal suerte paralizado su valor el príncipe hereditario, valiente como lo son todos los príncipes de la casa de Borbon, arráncase las

charreteras de general y las arroja á los piés de su padre. «Señor, le dice, con sombría desesperacion, esta es la segunda vez que transigis con la revolucion, cuando deberiais combatirla.»

Sin embargo, creyendo Cárlos II calmar la insurreccion, instituye una regencia con el encargo de redactar una constitucion.

El primer cuidado de este poder improvisado fué el de establecerse gobierno provisional, como comité de salvacion pública; el segundo fué organizar una Guardia cívica, despedir las tropas austríacas y publicar una constitucion democrática. Durante este tiempo el príncipe regente habia encargado á su hijo llevar unos despachos á Cárlos Alberto. Á pesar de su mision y de la doble inviolabilidad de su carácter, el príncipe hereditario se vió traidoramente detenido por los voluntarios, á poca distancia de Cremona, y arrancado de su coche é indignamente ultrajado, hasta su vida se halló en peligro. Empero subyugados los voluntarios por el ascendiente que el valor tiene siempre sobre el crímen, se contentan con llevarlo atado como un malhechor á Cremona y meterlo en un cuarto del palacio del gobierno provisorio. Despues de sufrir allí durante diez y seis horas el hambre y la sed, tuvo que sujetarse á un largo interrogatorio, terminado el cual fué enviado preso á Milan.

Obligado á su vez Cárlos II á abandonar sus estados, confia al honor de sus súbditos su muger y su nuera, las cuales no pudieron seguirle por hallarse la primera gravemente enferma, y la segunda en estado interesante de siete meses. Dueños de la ciudad los miembros del gobierno provisional, olvidando los respetos que se deben hasta á las mugeres de las últimas clases, llenando de humillaciones á las princesas que el duque habia colocado bajo su proteccion, rehusóles las cosas mas indispensables á la vida, y las relegaron á los mas sombríos aposentos del palacio, hasta el dia en que para des-

embarazarse del cuidado de vigilarlas, obligáronlas á salir de la capital.

En un cabriolé descubierto, de noche, con una lluvia tempestuosa, la jóven princesa hermana del conde de Chambord, á pesar de su adelantada preñez, tuvo que huir para buscar un asilo en Toscana. Luego despues, embarazado el gobierno provisional con su usurpacion, ofreció el ducado de Parma á Cárlos Alberto, que conservó hasta el dia siguiente á la batalla de Novara.

Luego que los austríacos fueron rechazados de la capital de la Lombardía, los partidos vencedores se ocuparon sin descanso de las ulteriores combinaciones relativas á la forma de un gobierno italiano, unitario ó federativo. Mas hábil ó mas audaz que los otros el partido republicano, hacia notables progresos en Milan. Para todos era evidente que su objeto no era otro que el de arrastrar la Italia á constituir una sola República que abrazase dentro de su territorio, Génova, Venecia, Milan, la Toscana, Nápoles y la misma Roma. No atreviéndose á revelar sus pretensiones con respecto al Piamonte, su segunda intencion se detenia en los Alpes, pues necesitándose de la espada de Cárlos Alberto, todavía no habia llegado la hora de romperla. Por el momento pues tratábase de obrar directamente con respecto á la Lombardía, Venecia, Módena y Parma. No obstante, en la misma Lombardía, y sobre todo en el campo, este partido encontraba una gran oposicion á sus tendencias. Por otra parte, el rey Cárlos Alberto ocupábase seriamente de este movimiento, y para atajarlo requirió á los milaneses y venecianos para que se decidieran cuanto antes acerca de la forma de gobierno que deberia regirles. Se sabe bien de qué manera aquellos pueblos contestaron á su llamamiento.

Entonces transformando en grito de guerra el famoso *Italia farà da sè* el partido republicano llamó á las armas á toda la Italia. La prensa, de la cual disponia, se hizo un inmenso

arsenal del que salian diariamente las proclamas mas incendiarias y una úlcera de la cual manaba incesantemente la cólera y el odio. Cierto dia llena de arrogancia, cual otro Breno, se atreve á amenazar á la Francia, cuyas simpatías irá á mendigar mas adelante, y le pregunta con qué derecho se ha apoderado de la tierra italiana, de la Córcega, diciendo que la usurpacion de ella es un negocio que debe arreglarse con la espada.

Llevado el pueblo romano por la corriente eléctrica de la independencia italiana, responde al llamamiento que Mazzini le hace desde Milan. Sabiendo desde la víspera que debia tenerse una gran reunion popular en el Coliseo para escogitar los medios de salvar la patria de peligro, acudió en masa á la arena de los gladiadores y de los mártires (*). Era el 20 de

(*) El mas vasto, el mas grandioso de los anfiteatros conocidos en la antigüedad y de cuantos existen todavía en nuestros tiempos, es el de Roma llamado Coliseo construido inmediato al famoso coloso de bronce de 120 piés de elevacion, que el emperador Neron mandó trabajar al célebre escultor Zenodoro, cuya obra fué colocada en el vestíbulo de la *Domus Aurea*, de donde fué trasladada por Vespasiano al lugar que ocupó despues el templo de Venus en Roma, desde cuyo sitio posteriormente Adriano la hizo transportar por 24 elefantes al parage donde todavía existe su gran pedestal. De ahí pues el que por estar próximo el gran anfiteatro al coloso de Neron, creyesen algunos que el nombre de Coliseo lo tomara del de *Colosseum*, mientras que otros creen, tal vez con mas probabilidad, que se llama asi á causa de su tamaño colosal.

En aquel circo que á la vez trae á la mente del hombre meditabundo tristes y placenteros recuerdos, así de los grandes y alegres espectáculos que se representaron, como de las sangrientas escenas que enrojecieron su arena con la preciosa sangre de los mártires de la fé cristiana, fué donde se celebró la gran reunion patriótica que nos refiere el autor.

Los anfiteatros fueron en un principio edificios erigidos para darse en ellos sangrientos espectáculos, como los de los gladiadores y fieras, juegos desconocidos por los griegos hasta que cayeron bajo el dominio de Roma. La Grecia no conoció semejantes edificios por mas que su nombre

marzo. Alumbrado por un magnífico sol de primavera, el cielo de Roma estaba limpio de nubes. Radiantes de entusiasmo las frentes de los romanos, no se veia en ellas el menor tinte que las oscureciera. Los soldados de la Guardia cívica, los

esté tomado del griego, el cual significa un teatro circular ó elíptico. La diferencia que hay entre teatro ó anfiteatro, es que el primero es un edificio semicircular y el otro un edificio elíptico, formado cuasi de dos teatros unidos. Aunque los juegos de los anfiteatros sean de institucion itálica, es cierto que los romanos no tuvieron un anfiteatro estábil ó fijo antes de Augusto, en cuyo tiempo Tito Statilio Tauro edificó uno en el campo Marcio, donde está hoy Monte-Citorio. El mismo Augusto habia pensado construir tambien uno en el centro de Roma, cuya idea fué ejecutada por Vespasiano, el cual aprovechando el sitio ocupado ya por el gran estanque de la casa Aurea de Neron, echó los cimientos el año anterior á su muerte, y es el mismo cuyas ruinas portentosas admira el viajero y de cuya descripcion nos ocupamos. Tito lo dedicó sin embargo de no estar completamente terminado, pues sabemos que fué concluido por Domiciano. De consiguiente, habiendo sido principiado y terminado por los Flavios se le intituló Anfiteatro Flavio, nombre que todavía conserva entre los sabios. Muchos siglos despues se le dió el de Coliseo, con que se le conoce mas comunmente y con el cual por primera vez le menciona Beda escritor del siglo VIII.

Segun Suetonio y Dion, fué muy suntuosa la dedicacion que hizo Tito de aquella portentosa fábrica. Los juegos que se celebraron duraron cien dias. En sus arenas murieron cinco mil fieras, é igual número de gladiadores perdieron la vida. En aquellos dias dióse allí un combate naval, que fué repetido despues por Domiciano, lo que prueba que habia medio de inundar el anfiteatro.

En un principio algunas de sus partes fueron de madera, por lo cual sufrió varios incendios, y particularmente uno muy violento que lo dejó muy mal parado, en tiempo de Macrino: desde entoces ¡todo lo que el fuego hubo devorado, fué construido con sólidos materiales que pudieran resistir á las llamas.

Abolidas para siempre por Honorio las luchas de los gladiadores, continuaron dándose en el siglo V las de fieras; y aunque en aquel mismo siglo esperimentara el anfiteatro muchos daños por los terribles terremotos de los años 439 y 480, fué siempre cuidadosamente reparado, sin que le ocasionaran daño las invasiones de Alarico, de

miembros de los clubs, las tropas de línea, la nobleza, la clase media, los príncipes, los artesanos y los proletarios, todos se hallaban agrupados allí por el instinto artístico de los italianos. Aquí un padre dominico cubierto con su blanca tú-

Genserico y de Odoacre. Hallábase todavía intacto en el año 523 cuando se dieron los últimos espectáculos de fieras de los cuales se ha conservado memoria. Segun el citado Beda, se conservaba entero en el siglo octavo.

Reservado estaba á la barbaridad de los siglos posteriores la destruccion de una parte de este magnífico edificio. Durante el siglo VI se habia transformado en fortaleza que pasó alternativamente durante otros siglos á los Frangipanos y á los Annibaldos, familias rivales, las cuales se disputaron su posesion. Los últimos lo conservaban todavía en 1312, en cuyo tiempo volvió á ser propiedad pública. Destinado de nuevo el Anfiteatro para espectáculos, se dió en él en 1332 un sorprendente y espléndido torneo. Empero muy pronto se trocó su nuevo destino: cerca treinta años despues habia llegado á tal punto su abandono que servia de cantera, y en 332 en que se le destinó para hospital, habia desaparecido ya la parte de edificio que hoy se halla á faltar. Durante el siguiente siglo, continuó abasteciendo de materiales á los palacios de Roma, puesto que con ellos á la fin del mismo, Paulo II edificó el palacio de Venecia, y el cardenal Riario, algunos años despues, el de la Cancillería; ejemplo que imitó Paulo III por el año 1540 contruyendo con la piedra del Coliseo el magnífico palacio Farnese, como lo imitó igualmente á principios del siglo pasado Clemente XI, haciendo construir con los materiales de un arco arruinado por el terremoto de 1703 el puerto de Ripetta.

Á pesar de que aquellas arenas habian sido consagradas por Clemente X en memoria de los Santos Mártires á la Pasion de Jesucristo, con todo, durante el pontificado de Clemente XI se vieron los tránsitos ó corredores esteriores destinados para receptáculo de las inmundicias de las cuales se estraia el salnitro. Esta destruccion del Anfiteatro ha seguido hasta el pontificado de Pio VII, en el cual no solo ha sido limpiado de sus ruinas, sí que tambien en parte restaurado en distintos parages con sólidos paredones por el lado de oriente. Á Leon XII se le deben las reparaciones por la parte occidental y por la del mediodía. El Papa Pio VIII hizo practicar otras varias muy interesantes. Durante los pontificados de estos apreciables protectores de las artes, despues

nica y su ancho manto negro. Allí el capuchino con su larga barba metida dentro de la caperuza de lana oscura, mas allá el abate con su capita corta y coqueta; mas lejos los alumnos de los colegios con sus sotanas azules, encarnadas, violáceas,

de muchos siglos ha oido por primera vez el Coliseo retumbar el sonido de los martillos y el chirrido de las máquinas empleadas en su restauracion, cuando antes solo oia el estrépito que ocasionaban sus derribos.

La planta de este edificio es una elipse de 2416 palmos de circunferencia. Su fachada esterior construida de grandes masas de piedra calcarea [1] aunque arruinada hácia occidente y mediodía, se conserva en lo restante y demuestra que la decoracion estaba formada de órdenes sobrepuestos que juntos se elevaban á 232 palmos. Cada órden esterior corresponde á un piso ó *ambulacro* interior distinto que servia de comunicacion para llegar al puesto destinado en la *cavea* ó sea á las graderías desde las cuales se disfrutaba de la vista de los espectáculos. Los primeros tres órdenes esteriores lo formaban ochenta arcos con medias colunas sobrepuestas: el primero es dórico, el segundo jónico, y el tercero corintio. El cuarto órden, en lugar de arcos tiene ventanas cuadrangulares, cada una de las cuales corresponde á dos de los arcos del órden inferior, en las que habia ochenta pilastras correspondientes á cada media coluna. Siendo los arcos del primer órden otras tantas entradas, se hallan numeradas: el que se halla entre el número XXXVIII y XXXIX, y corresponde al foco del eje menor del elipse hácia el Esquilino no tiene número, lo que induce á creer que igualmente no lo tendrian los otros tres que han dejado de existir correspondientes á focos del eje mayor y menor, ya que estarian destinados para la entrada de las autoridades. Estas mismas entradas que llamarémos privilegiadas, estuvieron adornadas con mayor riqueza, conservándose en la que subsiste hácia el Esquilino restos de haber tenido hermosas colunas de mármol jaspeado, las cuales formaban una especie de *propileo*. Es además mucho mayor este arco que los otros: conduce á una magnífica sala interior adornada de estucos, de los cuales se conservan todavía restos, y desde ella á uno de los puestos mas preferentes en el *podio*, en donde se cree con fundamento que habia uno de los ingresos al *pul-*

[1] Llamada en Roma *travertino* sacada de las canteras de Tívoli: es blanca como el mármol y muy esponjosa.

de color de escarlata y blancas formando un mosaico humano; mas cerca los militares, cuyo brillante uniforme contrastaba con el trage sencillo y pintoresco de los Trastiberinos y el de las mugeres de todas las condiciones, completando aquel cua-

vinarium imperial, que despues de los últimos descubrimientos puede designarse que se hallaba en el anfiteatro Flavio en los dos focos del eje menor de las arenas viniendo del Esquilion, del Palatino, ó del Celio, puesto que las partes se corresponden perfectamente. En el cornisamento exterior y á la distancia de cada cinco palmos, se ven agujeros cuadrados con sus correspondientes ménsulas de piedra de travertino; aquellos para contener, y estas para aguantar las barras de bronce sobre las cuales descansaba el gran toldo llamado *Velarium* que resguardaba del sol á los espectadores.

Pasando del esterior al interior, nada puede dar mejor idea de la grandeza y magnificencia de esta fábrica, como examinándola paso á paso subiendo hasta el segundo piso de ella, al cual se puede llegar en el dia con toda seguridad, habiendo sido restablecidas las bóvedas y las escaleras donde eran menester, y habiéndose limpiado de las ruinas el pavimento de los corredores *ambulacri*. Practicándose en el año 1812 y siguientes algunas escavaciones para llegar al primer nivel de la arena que habia sido cubierto durante la edad media, fué de nuevo descubierto el secreto pasadizo en el cual fué asaltado Cómodo por los conjurados. Se encontraron aun muchos fragmentos de colunas de mármol, estatuas, bajos relieves é inscripciones, entre las cuales las mas notables son las de Lampadio y de Basilio, prefectos de Roma; el primero en el año 439, y el segundo en tiempo de Teodorico, en 480: en la de Lampadio se lee que él restauró la arena de aquel anfiteatro, las puertas y las graderías para sentarse los espectadores. En la de Basilio, que restauró la arena y el *podio*, destruido por un horrible terremoto.

Las dos entradas á la arena estaban en el foco del eje mayor, ó en su longitud. Llamábase *Arena* la plaza donde se celebraban los juegos y los espectáculos, precisamente por la arena que cubria el suelo para comodidad de los atletas, la cual tenia 420 palmos de longitud y 268 de latitud. Llamábase *Podio*, una gruesa pared de elevacion tal, que no podia ser asaltada por las fieras, la que circuia la arena, y de trecho en trecho tenia aberturas cerradas con fuertes rejas de hierro y por las cuales entraban á la plaza los gladiadores y las fieras. Encima del

dro, cuya admirable composicion se asemejaba á una decoracion teatral. Efectivamente era un magnífico teatro el que ofrecia el Coliseo con sus ruinas, con sus grandes recuerdos y un inmenso auditorio en pié, bajo las numerosas banderas

podio estaba el puesto del emperador y de la familia imperial, los de los senadores, de los principales magistrados y los de las Vestales.

Arrancaban desde el mismo *podio* las graderías para los espectadores, y las puertas que daban paso á ellas llamábanse *Vomitori*, porque parecia que la muchedumbre del pueblo era vomitada por ellas. Las indicadas graderías dividíanse en aquel anfiteatro en tres órdenes, antiguamente llamados *meniani* ó *precinzioni*. El primero de ellos era de 24 gradas y el segundo de 16, siendo ambas de mármol; y el tercero en gran parte de madera en su orígen, fué restaurado por materia mas sólida por Eliogábalo y Alejandro Severo, despues del incendio sufrido en tiempo de Macrino. La gradería terminaba en una galería de 80 colunas, primero de madera, y despues de mármol, que sostenian un sofito tambien de madera, encima del cual permanecian los operarios que cuidaban del *Velarium*. Los *meniani* estaban subdivididos por pequeñas escaleras, *scalaria*, practicadas en las mismas graderías debajo los *vomitori*, de suerte que habiendo mayor distancia en la parte superior que en la inferior de una escalera á la otra, subdividian el espacio intermedio de las graderías en figura de cuñas, por lo cual se le dió el nombre de *cunei*. Todas las graderías podian contener 87000 personas segun Justo Lipcio, y segun Fontana, mas de cien mil podian disfrutar del espectáculo de los juegos y combates que se ejecutaban en la arena, sin contar que en los pórticos superiores cabian tambien cómodamente otros veinte mil.

Añádase á todo esto el buen gusto con que estaba adornado el *podium*, con sus lisas y acanaladas colunas; toda la estension de las gradas de mármol blanco de Luni ó de la Grecia cubiertas con mullidos almohadones; la profusion de hermosos y delicados bajos relieves debidos al cincel de inteligentes artistas griegos; el aromático perfume que se quemaba en abundancia durante algunos espectáculos, en los que á veces era sorprendido agradablemente el público, como aconteció cuando para dar Neron una muestra de su riqueza y magnificencia imperial hizo caer por entre las aberturas practicadas á propósito en el *Velarium*, una lluvia de polvo de púrpura, de oro y plata, sobre el pueblo romano, los gladiadores y las fieras; la riqueza del mismo *ve-*

que parecian reemplazar el antiguo *velarium*. ¡Espectáculo magnífico, momento solemne! Entonces un hombre de alta estatura, un clérigo vestido con el hábito de los Bernabitas, se adelanta á través de la multitud que le deja libre el tránsito, y se dirige dramáticamente hácia el *púlpito sacro*, donde dos veces por semana un pobre fraile de S. Buenaventura

larium, en el que veíanse representados por medio de bien combinados bordados de oro, de púrpura y de otros colores brillantes, los mas escogidos objetos; la profusion de animales que salian en las grandes cacerías que se representaban en la arena, como cuando en 568 de Roma, se dió la primera por Marco Fulvio, apareciendo centenares de tigres, de panteras y de leones que combatieron en aquel circo, en cuya época tambien se estrenaron en él los gladiadores; las escenas de Naumaquia, en las cuales con asombro de la muchedumbre se cubria parte de la arena, de agua, dándose combates navales, al propio tiempo que los cocodrilos hipopótamos, búfalos y bisontes, eran perseguidos hasta dentro de aquel elemento por elefantes, tigres y leones; las ingeniosas máquinas con que se levantaba cuando convenia, á los animales hasta el *velarium;* las variadas transformaciones de selvas, abismos, montañas y lagos, que se ofrecian en tales espectáculos; y por último: añádase la apostura del pueblo que concurria alegre á disfrutar de semejantes diversiones, y la riqueza, las gracías y elegancia de las hijas de los conquistadores del mundo, y se tendrá un pequeño boceto de la grandiosidad y prestigio de semejantes representaciones.

Conservábase en Roma el oráculo de que: « Mientras subsistiese el *Coliseo*, subsistiria Roma. Cuando cayese el *Coliseo*, caeria Roma: y cuando cayese Roma el mundo seria destruido. »

Terminaremos esta nota trasladando aquí la fábula que se lee en el tomo XII de las *Memorias de las Academias de las Inscripciones:* « En el *Coliseo* estaban colocadas las estatuas que representaban todas las provincias romanas y en medio de ellas estaba la de Roma con una manzana de oro en la mano. Estas figuras se hallaban dispuestas con tal arte mágica, que cuando una provincia queria rebelarse, la estatua de Roma volvia la espalda á la que representaba aquella provincia, con lo que avisados los romanos del peligro, enviaban un poderoso ejército y precavian de este modo aquellos males. »

(Nota del Traductor.)

viene á contar con lágrimas y sollozos á las gentes del pueblo los padecimientos del Hombre-Dios. Este clérigo, de continente y andar resuelto, es el principal personage del drama que se prepara; es un fraile ambicioso, es una pálida copia de Pedro el ermitaño, es el padre Gavazzi. Desempeña admirablemente su papel, y su trage se presta para la ilusion de la escena. Un largo manto negro artísticamente trapeado, cubre su túnica negra, ceñida á la cintura por un ancho ceñidor del mismo color. Una cruz verde, roja y blanca se dibuja con grandes dimensiones en su pecho. Su ancha frente está descubierta, su rostro lleva el sello de una espresion varonil y esforzada, sus largos cabellos negros, sueltos al viento, flotan sobre su cuello; su mirar es inspirado, su gesto armonioso, su actitud dramática, y su voz sonora, va á predicar la cruzada de la independencia italiana. «¡Hermanos! grita, ¡ha llegado el dia de la libertad! ¡la hora de la Santa Cruzada ha sonado! ¡á las armas! ¡Dios lo quiere! ¡á las armas!!!. . .

. . . . . .

»En otro tiempo, cuando los pueblos del occidente quisieron conquistar el sepulcro de aquel que de la cruz del Gólgota hizo un pedestal á la libertad, enarbolando la cruz en su pecho y el estandarte de Jesucristo, lanzáronse al oriente. ¡Su causa era justa! ¡su causa era santa!..... Mas justa y mas santa es la nuestra: ¡á las armas! ¡Romanos! cien veces mas bárbaro el austríaco que el musulman, se halla á nuestras puertas: como los cruzados, engalanémonos el pecho con la cruz, y corramos contra el enemigo porque Dios lo quiere... Seria indigno de llamarse romano el que en este tiempo, prefiriendo sus afecciones y el interés privado al interés general, permaneciese cobardemente en su hogar doméstico. Seria indigno de ser el descendiente de los señores del mundo, heredero de los victoriosos héroes del Capitolio, el que rehusara vencer ó morir por la independencia de la Italia. Seria indigna de llamarse romana y de dar hijos á la patria, la muger que retu-

viera en sus brazos á su prometido esposo! ¡No mereceria ser madre ó que fueran bendecidas sus fecundas entrañas, la que derramase lágrimas al partir su hijo!.... ¡No seria digna de ser hija heróica de las matronas romanas, la que cautivara con sus encantos el valor de su esposo llamado á los combates! ¡Romanos! vuestros antepasados han conquistado el mundo! ¿quereis ser dignos de ellos? Responded.

—¡Sí, sí! gritó unánimemente la multitud entusiasmada por aquellas palabras seductoras.

—¡Romanos! ¿quereis, al romper los hierros de la esclavitud, marchar á la conquista del mas precioso de todos los bienes, la gloria, la independencia, la libertad?

—¡Sí, sí, sí! contestó la muchedumbre, ¡lo queremos!

—¡Romanos! ¿quereis ser otra vez el pueblo rey?

—¡Sí, sí, sí! repitieron por tercera vez las electrizadas masas.

—¡Pues bien! hágase vuestra voluntad..... ¡á las armas! la victoria os aguarda..... «¡á las armas! ¡Romanos! ¡adelante! ¡Dios lo quiere!»

Retumbaban todavía los aplausos que acogieron aquellas palabras, cuando un hombre de cierta edad, vestido con el pintoresco trage de los montañeses romanos, reemplazó al padre Gavazzi en la sagrada cátedra transformada en tribuna política. El sombrero de anchas alas, el sobretodo de paño verde oscuro, forrado de piel de carnero, echado con descuido sobre los hombros, las polainas de piel encarnada y negra abrochadas á la pierna por medio de hevillas de laton; la chupa de terciopelo azul apretada con un ancho cinturon tricolor, el chaleco encarnado, los calzones cortos y grandes zapatos ferrados; tal era el vestido de este nuevo orador llamado Rossi, conocido bajo el nombre de Pastor-poeta. Su rostro pálido, adornado por largos cabellos negros, sus ojos grandes y llenos de vivacidad, la armonía de sus facciones y la dulzura de su palabra, imponian el silencio.

« No soy orador, ni sabio, esclamó. Soy un pobre labrador, que solo conoce la historia de su pais por las ruinas que cubren la tierra de sus campos. Cada una de estas ruinas trae un recuerdo, cada uno de estos recuerdos conserva un nombre, cada uno de estos nombres forma un conjunto maravilloso, un monumento eterno elevado á la gloria de la Italia... ¡La Italia, hermanos! Este nombre tan y tan querido escita las lágrimas en vuestros ojos, y vuestra mano llevada instintivamente á vuestra cintura, busca el acero de la resurreccion. La Italia os aguarda en su lecho de dolor: ella os llama pues que sois sus hijos: os pide mas que la vida que le debeis, porque os pide la libertad. ¿Vosotros los que podeis dársela, seréis insensibles á su llamamiento? responded. — No, no, gritó el pueblo. ¡Viva la Italia! — ¿Cerrariais los ojos para no ver sus lágrimas, y los oidos á su voz? responded. — No, no, ¡viva la Italia!»

Durante un cuarto de hora el pastor-poeta transformado en tribuno, tuvo pendiente de sus labios por medio de bellísimas palabras la muchedumbre atenta y silenciosa y al fin dejó la tribuna para cederla á otro orador tambien poeta, y entonces secretario del príncipe de Canino. Masi, era su nombre: como su ademan, era su prosa fácil, elegante, y á menudo se elevaba á épica, y la diccion rápida obedecia con facilidad á su pensamiento. « Hermanos, gritó á su vez, despues de haber echado artísticamente una larga mirada sobre los rostros de todos cuantos le escuchaban con religioso silencio, hermanos, solo puedo desarrollaros lo que os han dicho los dos oradores que me han precedido en esta tribuna. » Efectivamente el secretario de Canino revistó todas las grandes figuras de la antigüedad, evocó sus sombras, sacudió el polvo de sus mortajas para hacer una bandera á lo que él llama los resucitados de la antigua Roma. En seguida ensanchando su cuadro, se pasea á vista de pájaro sobre los puntos mas lejanos recorridos en remotos tiempos por las victoriosas águilas del imperio y rea-

nima el pasado, para estimular el presente y servir de ejemplo al porvenir. En seguida es reemplazado en la tribuna por un jóven sacerdote, único personage tal vez que desempeñó con formalidad su papel. « Acudo, dijo, al llamamiento de la patria. Cuando esta está en peligro, el clérigo vuelve á ser hombre. Dejo los hábitos de los levitas del Señor por el uniforme del soldado, el crucifijo por el acero de las batallas y los deposito al pié de los santos altares para tomarlos de nuevo el dia de la libertad, si Dios no me llama á sí antes del triunfo. Solo tengo una alma, gritó con exaltacion, y esta alma pertenece á Dios: solo tengo un corazon y este pertenece á la Italia: solo tengo dos brazos, el uno será para combatir á los bárbaros, el otro para bendecir á los fieles que sucumban. ¡Viva la Italia! » Esta poética antítesis fué acogida por las mas vivas aclamaciones.

El general Durando pareció á su vez, y le sucedió un jóven fraile de la órden de los conventuales: Stefano era su nombre de religion, Dumaine su apellido, y la Francia su patria. De pálido y enfermizo rostro, la voz sale con esfuerzo de su pecho flaco y endeble. Su elocuencia febril espira en sus labios, su voz es un violin sin cuerdas. De pigmeo queriéndose hacer gigante, tiene la pretension de querer representar la Francia. Despues de un cuadro comparativo de la Italia y de la Francia, pasa revista de los grandes hombres y de los grandes acontecimientos de ambos paises. Hace desfilar á su presencia y en la misma línea Lamennais y Gioberti, á Ledru Rollin y Mazzini, á Lamartine y Sterbini, las jornadas de febrero en París y las de marzo en Milan: establece entre estos hombres una solidareidad, entre una cifra igual que debia producir las mismas consecuencias é idénticos resultados. La revolucion se halla en Francia, luego la Italia debe estar igualmente en revolucion etc. etc.

Tal es en resúmen el discurso de este fraile presuntuoso que se engalana con el nombre de la Francia. Habla de libertad

como un símbolo de la vida, y provoca la licencia, sepultura de las cosas libres. Habla de igualdad, y él aristocratiza su nombre adornándolo de una noble partícula que no le pertenece como hombre, y que es incompatible con su carácter religioso. Habla de fraternidad, y como hijo malo, prepara con sus desbordes la tumba en que precipitará á su madre antes de tiempo. Habla de república, vomita el anatema contra los príncipes y recibe bajo mano los beneficios de una piadosa princesa llamada María Amelia, la cual los continúa desde el fondo de su destierro de Claremont.

Este orgulloso fraile, que á su prodigiosa memoria añade un conocimiento superficial de todas las cosas, se despojará mañana de su hábito religioso para vestirse de uniforme militar, é irá sable en mano á devastar en su marcha los conventos de la órden á la cual debe todo lo que es y todo lo que posee.

El general Ferrari sube á su vez á la tribuna. General en gefe, desciende al estremo de desempeñar el papel de asentista de víveres para discutir con el pueblo las condiciones de la campaña: consúltales acerca de la calidad de los alimentos y sobre la importancia de los sueldos. «No queremos oro, grita el pueblo, no queremos oro, sino hierro y pan. — Obtendréis una y otra cosa, contesta el general Ferrari: el pan es el músculo de la guerra; el dinero es el nervio. ¿Os contentaréis diariamente con quince *bajocchi* cada uno?.... — Queremos pan y acero solamente, replicó el pueblo en masa: el oro á los esclavos; el acero á los hombres libres. — ¡Y bien! esclama el general, ya que sois tan buenos ciudadanos, no tendréis mas que diez *bajocchi* diariamente. »

Queriendo Sterbini poner fin á esta ridícula escena que del círculo Flaviano hacia un mercado de hombres, se lanzó al *púlpito*. Su discurso bastamente acentuado, no es mas que una vigorosa diatriba contra los ricos y los nobles; contra los clérigos y los religiosos; contra los palacios y los conventos. « Hirámosles en su fortuna, dijo, en esas *inutilidades de la es-*

pecie humana. ¡A los hombres del pueblo el sacrificio de sangre! ¡á los privilegiados por el nacimiento, el sacrificio de la riqueza! Y pues que estos últimos, debilitados por los goces de la vida no sabrian pagar con sus personas, justo es que paguen con sus tesoros.... — Sí, sí, repitió el pueblo en masa... — «El papel que representamos, replicó Sterbini, es todavía muy bello. La nobleza y el clero serán los banqueros de la guerra de la independencia. ¡Viva la Italia!»

El padre Gavazzi reapareció otra vez en la tribuna: ¡Valientes romanos! gritó: los discursos que acabais de oir, los oradores que se han sucedido en esta tribuna ¿han esclarecido suficientemente vuestro corazon? ¿Estais convencidos de la necesidad de correr á las armas? ¿Os sentís con la fuerza del hombre que quiere hacerse libre, el valor que produce las grandes acciones y la voluntad que hace invencibles? — ¡Sí! sí, ¡sí! — Pues bien! cúmplase el destino, apelemos á Dios y á su representante sobre la tierra, que cuanto antes os bendecirá como ha bendecido la Italia! ¡Romanos! desde hoy en adelante seréis el pueblo rey!»

En aquel momento un hombre alto y robusto, teniendo á su lado un jóven de diez y siete años en trage de *minente* hallábase junto al orador el cual le dijo: «acércate: ¿quién eres?

— El amigo del pueblo.

— ¿Cómo te llamas?

— Angelo Brunetti Ciceruacchio.

— ¿Qué vienes á hacer aquí?

— Á inspirarme con vuestras palabras.

— ¿Y luego?

— Á cumplir con mi deber.

— ¿Cuál es tu deber?

— Esterminar los bárbaros y libertar á mi patría.

— ¿Qué harás para conseguirlo?

— Pelear, vencer, ó morir.

— ¿Quieres pues luego partir?

—Quiero que la Italia sea libre.... y partiré.

—No partirás, cada uno tiene su puesto señalado, y el tuyo está aquí, en Roma, Roma que los valientes te confian al partir ¿lo oyes?

—Entonces me quedaré, pero entregándoos mas que á mí mismo: recibid mi sangre, que ofrezco á la patria. »

Diciendo esto Ciceruacchio despues de abrazar al jóven *minente* que se hallaba á su lado, lo puso en los brazos del padre Gavazzi que lo estrechó con ternura contra su corazon. «El hijo será digno del padre esclamó: ¡Viva la Italia y Ciceruacchio! » ¡Viva la Italia y Ciceruacchio! repitió la multitud enternecida.

Esta representacion, sea que estuviera preparada de antemano ó que fuera improvisada, produjo un efecto inmenso. Lo cierto es que jamás hubo escena mejor ejecutada.

Despues de un momento de silencio, el padre Gavazzi, apoyando su puño derecho sobre la cadera y separando con la mano izquierda sus largos cabellos negros hácia la espalda, continuó de esta suerte:

«¡Romanos!

» ¿Veis estos sillares, estas colunas truncadas, estas antiguas ruinas, estos capiteles esparcidos? Son otras tantas mesas que la patria levanta delante de vosotros para recibir los nombres de los fuertes y de los valerosos. Estos nombres inscritos en el corazon de los italianos, serán mas duraderos que si fueran grabados sobre páginas de mármol, de bronce ó de cobre. Ahora ¡oh romanos! ¡en pié! Debajo la bóveda del cielo que nos envia los mas bellos rayos del sol, en presencia de Dios que nos ve y lee en nuestros corazones, en presencia de los hombres que nos escuchan, delante de esta cruz simbólico emblema de la libertad, en esta tierra santificada por la sangre de los santos y de los mártires, juremos todos no volver á entrar en Roma hasta haber degollado el último de los bárbaros. »

En aquel momento las banderas y los estandartes flotaron encima de todas las cabezas: el pueblo entero se levanta estendiendo la mano derecha hácia la cruz enhiesta en medio del Coliseo, y unánime repite la forma del juramento que acaba de pronunciar el padre Gavazzi.

El Coliseo presentaba aquel dia un espectáculo sublime. ¡Oh! si aquellos hombres con la cabeza de fuego y el corazon volcánico hubiesen estado profundamente convencidos! ¡Si hubieran esperimentado otras inspiraciones que las de la ambicion de algunos y la perversidad de otros! ¡Si la felicidad de la patria hubiera sido el único móvil de los oradores de la revolucion! ¡Si finalmente hubieran dejado toda la libertad de accion al pensamiento director que desde el Quirinal (*) presi-

(*) El gran palacio Quirinal, situado en la plaza de este nombre, decorado con magníficos edificios, es uno de los mas bellos de Roma. Fué principiado por el arquitecto Flaminio Ponzio en 1574 durante el pontificado de Gregorio XIII. Lo continuaron, engrandecieron y terminaron los sucesores de aquel pontífice bajo los planos de Octavio Mascherino, Domingo Fontana, Cárlos Maderno, y de los caballeros Bernini y Fuga. En el interior del palacio se halla un gran patio de cuatrocientos cuarenta y dos palmos de longitud y doscientos cuarenta de latitud. Está rodeado este patio por sus tres costados de un pórtico sostenido por pilastras. El cuarto lado del mismo ó sea el fondo, lo decora una fachada de órden jónico con un reloj, debajo el cual se ofrece á la vista una imágen de la Vírgen hecha de mosaico, copia del original de Cárlos Maratta.

Se halla en el indicado pórtico una doble escalera. La de la derecha conduce á la magnífica sala frente la capilla. Esta es muy vasta y la decora un pavimento de varios mármoles, un sofito muy rico por sus detalles y dorados y un friso pintado por el caballero Lanfranco y Cárlos Beneciano. Sobre la puerta de la propia capilla á la cual se penetra por la indicada sala existe un bajo relieve de mármol que representa el lavatorio de los apóstoles, obra de Tadeo Landini. Esta capilla es de la misma capacidad y forma que la Sixtina del Vaticano, y se le da el nombre de capilla Paulina.

Siguiendo las habitaciones del propio palacio, llaman la atencion en

dia á los destinos de la Peninsula; el dia 23 de marzo en Roma hubiera tenido consecuencias solemnes para la Italia! ¡Qué sacrificios perdidos, qué de ruinas inútiles, qué de sangrientas catástrofes se hubieran evitado! Jamás elocuencia alguna política tuvo mas hermosos movimientos! ¡Nunca hubo asamblea popular mas imponente! Pero á esta elocuencia le faltaba la primera de las condiciones, la verdad, del mismo modo que á la asamblea le faltaba la primera de las virtudes, la fe.

Desde el Coliseo los gefes del movimiento arrastrando en pos de sí la muchedumbre entusiasmada, se trasladaron al Quirinal con ánimo de pedir al Soberano Pontífice bendijera las banderas, y á ellos mismos. Informado de sus pretensiones el Papa rehusa recibirles. «Ministro de un Dios de paz, dijo, no debo bendecir las antorchas que pudieran incendiar la Europa.»

la sala que precede á la capilla, varias pinturas en las cuales son de notar particularmente un san Pedro y san Pablo de fray Bartolomé de San Marcos, un san Gerónimo del Spagnoletto, la Resurrecion de Jesucristo de Vandyck, una Vírgen de Guido Reni, David y Saúl de Guertino, y la disputa de Jesucristo de Caravaggio. Se entra luego en una bella capilla pintada al fresco por Guido Reni, el cual ha representado en ella varios pasages de la vida de la Vírgen Santísima. La Anunciacion, que es el cuadro del altar, es de una estraordinaria belleza. Las salas que se hallan á continuacion, á parte de los ricos muebles que las adornan, están decoradas de escelentes obras de artistas modernos, entre las cuales merecen particular mencion dos frisos adornados de bajos relieves de estuco, en uno de los cuales el célebre caballero Torwalsen ha representado el trinnfo de Alejandro, y en el otro el escultor Finetti ofrece á la vista el triunfo de Trajano, que posteriormente se ha cambiado por el de Constantino.

Los jardines de este palacio tienen cerca de una milla de circunferencia. En él se ven estatuas, fuentes bellísimas, espaciosos caminos y frondosos paseos que lo hacen sobre manera delicioso. En el centro de estos jardines hay un elegante casino, obra del arquitecto Fuga, el cual está embellecido con pinturas de Francisco Orizzonte, Pompeyo, Battoni, Juan Pablo Pannini y Agustin Massucci.

Este palacio, como hemos dicho, se halla en la plaza del mismo nom-

Irritado el pueblo por semejante negativa, á la cual no estaba acostumbrado, pidió á gritos la bendicion. Entonces el oficial suizo que estaba de guardia en el palacio pontificio, se presentó á la gran puerta diciendo que el Santo Padre no podia salir al balcon á causa de hallarse indispuesto.—«Siendo así, contestó la multitud, pedimos que bendiga las banderas que mañana deben conducir los valientes á la victoria.»—Voy á participar vuestro deseo á su Santidad, replicó el oficial suizo, y en seguida vuelvo para daros su contestacion.» Al cabo de algunos momentos regresó el capitan, diciendo que el Santo Padre consentia en recibir cinco personas, cuya noticia fué acogida con general aclamacion. Todavía esta vez la persistencia del pueblo triunfó de la voluntad del Soberano. Hallábase cerca del oficial parlamentario un individuo de uniforme, llamado Domingo Sopranzi, que pertenecia al tercer batallon de la Guardia cívica.—«¿Sois sargento? preguntóle el oficial prevenido á su favor, al examinar su rostro simpático que

bre, que tambien es conocida con el de Monte-Cavallo, por formar el principal ornamento de la misma dos caballos de dimensiones colosales, los cuales están en actitud de refrenarlos dos hombres de unos diez y siete piés de altura. Á dar crédito á la inscripcion latina que se lee en el pedestal de estos dos grupos, el uno deberia ser obra de Fidias y la otra de Praxiteles. Pero aun cuando tales inscripciones fuesen antiguas, no son anteriores á Constantino, el cual adornó sus termas con tales colosos, descubiertos en aquellas. Algunos autores dan los nombres de *Castor* y *Polux* á las dos figuras, que atribuyen á la edad de oro de la escultura griega antigua. Entre estos dos caballos el gran pontífice Pio VI hizo colocar el obelisco egipcio hallado junto al hospital de S. Roque, inmediato al mausoleo de Augusto, donde habia estado antiguamente. Es de granito encarnado de sesenta y seis palmos de elevacion sin contar el pedestal, y forma la principal vista de la calle Pia. Débese al pontífice Pio VII la hermosa fuente que adorna la misma plaza, el cual para completar su ornato dispuso se trasportase desde el foro romano el gran pilon de granito oriental cuya circunferencia es de ciento once palmos.

(Nota del Traductor.)

respiraba honradez. — Efectivamente soy sargento, contestó Sopranzi. — Entonces, repuso el capitan, escoged vos mismo cuatro jóvenes, tomad una bandera y seguidme. » En seguida Sopranzi, volviéndose hácia la muchedumbre, se unió á cuatro individuos, uno de los cuales llevaba una bandera con los colores del Papa, y siguió al oficial que los condujo á las habitaciones de su Santidad. Hallábase sentado el Papa en un gran sillon de terciopelo carmesí. Al ver los cinco delegados postrados á sus plantas se levanta y dirigiéndose á ellos con la sonrisa en los labios: con que hijos mios, les dijo, levantándolos, ¿es cierto que mañana partis? — Sí, beatísimo Padre, respondió en nombre de sus compañeros el sargento Sopranzi.

— ¿Sabeis, replicó el Soberano Pontífice, á dónde vais?

— Á donde nos conduzcan nuestros gefes, beatísimo Padre.

— Está bien, amigos mios; pero será mejor que sepais de mis labios vuestro destino. Sabed, añadió, despues de un momento de silencio, que marchais únicamente para ir á proteger las fronteras de nuestros Estados. Guardaos bien de pasarlas, porque verificándolo no solo faltariais á mis órdenes, sí que tambien acarrearíais á las tropas pontificias la responsabilidad de la agresion, que por ningun concepto debe corresponderles. Marchad pues, hijos mios, solo á las fronteras; lo repito otra vez, no mas allá de las fronteras; tal es mi voluntad. »

Despues de esta corta alocucion, encargando el Papa la obediencia á la autoridad de los gefes, la estricta observancia de la disciplina militar, la práctica en fin de las virtudes que forman el verdadero soldado, estendió las manos hácia la bandera pontificia que le presenta Sopranzi, bendíjola, y admitió en seguida los cinco delegados á que le besaran el pié. Terminada esta ceremonia, Sopranzi y sus compañeros, arrebatados por las palabras afectuosas que les habia dirigido el Pontífice, reuniéronse á la muchedumbre que se habia acrecentado prodigiosamente durante su presentacion al Santo Pa-

dre. Entonces Sopranzi levantando la voz dijo, en medio de un profundo silencio: «Que su Santidad acababa de bendecir la bandera, con la espresa condicion de que bajo ningun pretesto traspasaria las fronteras del territorio de los Estados de la Iglesia.» En aquel mismo instante muchos hombres se abalanzaron hácia él y rodeándole le dijeron: Desgraciado, ¿qué haceis? Vais á desanimar la juventud romana y á impedirle que marche. — Cumplo con la comision que me ha dado el Santo Padre, replicó el valeroso y honrado Sopranzi.

— ¿Qué pensais hacer de la bandera que el Pontífice acaba de bendecir? preguntáronle entonces. — Llevarla al ministro de la Guerra, contestó el sargento.

En seguida uno de los gefes del partido se apodera de la bandera y se ponen en marcha hácia la plaza Pilota. La muchedumbre era inmensa. Las personas que se habian reunido á Sopranzi, temiendo el efecto que su lenguage pudiera producir en el ánimo del ministro, lo aislaron en medio de la multitud del pueblo, y se presentaron solos ante el ministro de la Guerra. De esta suerte, por medio de una estratagema, ahogaron momentáneamente la voz de un hombre de bien, que no hubiera cedido delante de la amenaza, ni al temor.

Los periódicos revolucionarios (*), desfigurando al dia siguiente en provecho de su partido la relacion de los hechos

(*) Tanta estension concedió Pio IX á la libertad del pensamiento emitido por la prensa periódica, que á pesar de las representaciones que los embajadores de Austria y de Francia le hicieron indirectamente manifestándole los inconvenientes trascendentales que pudieran surgir á consecuencia del lenguage de un periodismo sin garantía ni caucion alguna, en cuya primera fila mostrábase desde el principio de 1847 *El Contemporáneo*, de Sterbini, *La Bilancia*, *La Palade*, *El Italico* y otros infinitos, nada pudieron conseguir del Soberano Pontífice, cuyo bondadoso carácter no podia decidirse á restringir la latitud que habia concedido á la libertad de imprenta. Si bien el ministro Gizzi habia conseguido despues de dar convincentes y legales reflexiones el decreto en que Su Santidad establecia en 12 de marzo la prévia censu-

que habian tenido lugar en el Quirinal, trastornaron hasta el nombre del principal personage Domingo Sopranzi conmutándole con el de Domingo Torquatus.

De todo esto resulta la prueba evidente, incontestable, de que la conducta de Pio IX en la cuestion de la guerra de la independencia, y que su actitud tan distintamente interpretada, de una parte por la ignorancia y de la otra por la mala fe, no se desmintieron un solo instante. Soberano pacífico y espiritual de todos los pueblos, jamás consintió que se traspasaran los límites de una justa defensa, rechazando siempre con toda su alma, la idea de una inícua agresion. En una palabra, nunca ha querido hacer de la cruz un acero para la guerra. Inflexible ante los mandamientos, como ante las súplicas, ha comprobado que tal vez era el único en Italia que conocia la situacion.

Aunque las impresiones sean demasiado ardientes en Italia para ser duraderas, el entusiasmo producido por la publicacion de la cruzada contra el Austria, se manifestó por algunos dias con un sostenido entusiasmo. Alistáronse para ella gran número de jóvenes, mientras que otros creyeron manifestar su amor á la patria depositando en varias mesas establecidas en los grandes centros de la ciudad sus ofrendas patrióticas.

sura, fué empero reservándose el mismo Papa el nombramiento de los censores, de modo que la eleccion de estos fué robustecer mas á los periodistas, toda vez que el abate Graziosi, maestro y consultor de Pio IX, se hallaba al frente de la comision de censura.

Con motivo de haber solicitado los padres Jesuitas que Su Santidad prohibiera la publicacion de la obra del abate Gioberti, titulada *Jesuita moderno*, recibieron aquellos una negativa que fundó el Papa, manifestando que habiendo impugnado los Jesuitas Padre, Cursi y Pellico con la mayor violencia un libro de filosofía dado á luz por Gioberti; ya que la obra de este, *El Jesuita moderno* era una réplica á la impugnacion de aquellos, el que habia concedido que se publicara el ataque, no podia negar la publicacion de la defensa.

(Nota del Traductor.)

En los primeros dias de marzo, salieron de Roma las tropas espedicionarias dirigiéndose á Bolonia y á Ferrara. La víspera de la marcha, la primera coluna compuesta en gran parte de voluntarios, apoyados por algunos soldados de línea, habia sido revistada en la plaza de S. Pedro por los generales Ferrari y Durando y por el fraile Gavazzi. Este llevaba en su cintura debajo la cruz verde, roja y blanca de la Cruzada, un par de pistolas de arzon. Desde entonces tomó el título de gran Capellan del ejército de la Independencia italiana.

Antes de emprender la marcha, los principales oficiales fueron al Quirinal á despedirse del Santo Padre, quien les manifestó de nuevo y del modo mas terminante que prohibia atravesar la frontera de los Estados de la Iglesia.

Mientras que los voluntarios romanos avanzaban arma al brazo hácia la conquista de la independencia, y que Cárlos Alberto soñaba en el cetro de la alta Italia, el Papa elevando la voz para interpretar la muda elocuencia de las obras de Dios, dirigia esta proclama á los pueblos de la Península.

« A los pueblos de Italia, salud y bendicion apostólica.

»Los acontecimientos que de dos meses á esta parte se han sucedido y encadenado con tanta rapidez, no son la obra de los hombres. Desgraciado el que no escucha la voz de Dios en el viento que agita, abate y rompe los cedros y los cañaverales! ¡Desgraciado el orgullo humano, si atribuye á las faltas ó al mérito de cualquier hombre que sea, esas maravillosas revoluciones, en vez de adorar en ellas los secretos designios de la Providencia; ya sea que se manifiesten por las vias de la justicia, ó por las de la misericordia de esta misma Providencia, que tiene entre sus manos todos los imperios de la tierra! Y Nos, á quien se ha dado la palabra para *interpretar la muda elocuencia de las obras de Dios*, no podemos permanecer silenciosos en medio de los recuerdos, de los temores y de las esperanzas que agitan los corazones de nuestros hijos.

» Desde luego debemos deciros, que si se conmovió nuestra

alma al saber de qué modo en una parte de la Italia la intervencion de la religion supo prevenir los peligros de tales cambios y cómo la caridad con sus actos hizo estallar la nobleza de sus corazones, no pudimos ni podemos sin embargo dejar de afligirnos profundamente por los insultos que en otras partes tuvieron que sufrir los ministros de esta misma Religion. Aun cuando olvidando nuestro deber pudiéramos pasar en silencio tamaños insultos ¿pudiera este mismo silencio impedir de disminuir la eficacia de nuestras bendiciones?

» No podemos dejar de deciros además que el buen uso de la victoria, es todavía cosa mas grande y mas difícil que la victoria misma. Si el tiempo presente recuerda una época anterior de vuestra historia, que los hijos se aprovechen de los errores de sus padres; acordaos que toda estabilidad y prosperidad tienen por primera razon civil, la concordia! ¡que solo Dios es el que une á los habitantes de una misma morada! ¡que solo Dios concede este beneficio á los hombres humildes y mansos, á los que respetan sus leyes en la libertad de su Iglesia, en el órden de la sociedad y en la caridad para con todos! Acordaos que solo la justicia edifica, que las pasiones no saben mas que destruir, y que el que toma el nombre de Rey de Reyes, se llama igualmente el dominador de los pueblos.

» Ojalá lleguen nuestras oraciones al Señor, y puedan hacer que descienda sobre vosotros aquel espíritu de prudencia, de fuerza y de sabiduría del cual el temor de Dios es el principio, para que nuestros ojos vean la paz en toda esta Italia, que en *nuestra caridad universal para el mundo católico, no podemos llamar la mas querida*, pero que Dios en su bondad infinita haya querido no obstante colocar cerca de nosotros. »

Esta magnífica proclama dictada en medio de la caida de los tronos y de los pueblos armados, no obtuvo los resultados que eran de esperar de la misma. La autorizada voz del Pontífice esclamando: « ¡Desgraciado el que en medio de la tem-

pestad que agita, arranca y destroza los cedros y las cañas no oye la voz del Señor! » Esta voz profética, se perdió entre la tormenta revolucionaria. Los gefes del movimiento, ciegos por el fanatismo de una causa que consideraban ya ganada, comprometieron la de la Italia por su incapacidad y sus pasiones, y transformaron la esperanza de la libertad en terror.

CAPÍTULO VI.

Proclama del general Durando. — Protesta del Santo Padre. — Agitacion. — Táctica de las sociedades secretas. — Pretensiones del Círculo Romano. — Resistencia del Papa. — Encíclica del 29 de abril. — Cólera de los revolucionarios. — Desórdenes en las calles. — Sesion del club central. — Ultimatum del pueblo. — Respuesta de los ministros. — Serenidad de Pio IX. — Nuevo Ministerio. — Mamiani. — Comunicacion de la Guardia cívica. — Programa ministerial. — Retirada del embajador de Austria. — Desastres de los ejércitos italianos. — Jornada del 15 de mayo en Paris, Viena y Nápoles.

El primer acto del general Durando á su llegada á Bolonia fué dirigir con fecha 5 de abril la siguiente proclama á las tropas pontificias reunidas bajo sus órdenes:

« ¡ Soldados!

» Hemos sido bendecidos por la mano del Gran Pontífice, como nuestros antepasados lo fueron peleando en la noble tierra Lombarda: el santo, el justo, el bueno entre todos los hombres, ha comprendido que para el que huella todo derecho, toda ley divina y humana, la razon estrema de las armas, es la única justa, la única posible.

» Ha llegado el momento en que la natural compasion de su alma seria una connivencia culpable con la iniquidad, porque ha reconocido que si la Italia no sabia defenderse, se veria entregada por el gobierno austríaco al pillage, á la violencia, á la crueldad de una milicia salvage, al incendio, al asesinato, á la ruina.

» Radetzki hace la guerra á la cruz de Jesucristo.

» Pio IX ha bendecido vuestros aceros, unidos á los de Cárlos Alberto.

» Vuestras espadas deben esterminar á los enemigos de Dios y de la Italia, y de los que han ultrajado á Pio IX, profanado las iglesias de Mantua y asesinado á nuestros hermanos los Lombardos. Esta guerra de la civilizacion contra la barbarie, no es absolutamente una guerra nacional, es una guerra cristiana.

» ¡Soldados!

» He dispuesto que todos llevemos la cruz de Jesucristo en el pecho. Cuantos pertenezcan al ejército de operaciones, la llevarán sobre el corazon como yo la llevo.

» Con la cruz y por ella venceremos, como vencieron nuestros padres. Que nuestro grito de guerra sea: ¡Dios lo quiere!»

Profundamente afligido el Soberano Pontífice por el modo como el general Durando le hacia intervenir en la cuestion de la guerra que rechazaba con tanta energía, desde luego protestó por medio del siguiente aviso inserto el 10 de abril en la *Gaceta de Roma*:

» Una órden del dia fechada en Bolonia el 5 de abril dirigida á las tropas, espresa ideas y sentimientos que atribuye á los labios y al corazon del Soberano Pontífice. Cuando el Papa tiene que hacer declaraciones y manifestar sentimientos, lo hace *él mismo*, sin necesidad de recurrir jamás á la boca de un subalterno. »

Mientras que las tropas austríacas operaban en el Adige y en el Mincio divididas en dos cuerpos de ejército, el primero bajo las inmediatas órdenes del feld-mariscal Radetzki, el segundo á las órdenes del teniente general d' Aspre, mientras que el ejército del rey Cárlos Alberto operaba á lo largo del Pó aguardando los numerosos refuerzos que surgian de todos los puntos de la Italia; los miembros de las sociedades secretas permanecian en Roma para mantener el fuego de la revolucion, no dejando escapar ocasion favorable para conmover el

pueblo contra el órden público. Encerrada hasta entonces la agitacion en la clase comercial y media, concluyó por propagarse sin motivos aparentes á las inferiores de la sociedad. Un gran número de gentes, la mayor parte armados, recorrian las calles gritando: « trabajo y pan. » Poniéndose á la cabeza de ellas Ciceruacchio, condújoles á casa monseñor Morichini, á la del banquero Valentini y á la del príncipe Torlonia para pedirles limosna, pistola en mano. Al mismo tiempo cundieron los rumores mas absurdos contra el crédito del Banco de Roma y el pánico tomó tales proporciones que para evitar fatales consecuencias, el gobierno se creyó obligado á proteger el Banco, decretando la circulacion forzosa de billetes.

La posicion del Soberano Pontífice hacíase mas y mas crítica cada dia, amenazando á cada momento una nueva dificultad. Desconocida su autoridad, engañado en sus intenciones, el Papa veia con grave pena que su nombre servia de bandera á los facciosos y de núcleo á la revolucion decidida contra el Austria en los campos de batalla de la Italia. Los publicistas en sus periódicos, los conspiradores en sus clubs, los agitadores en las calles, no cesaban de proclamar que Pio IX era el principal motor de la guerra; y hasta cierto dia, el 27 de abril, una diputacion compuesta de los principales miembros del Círculo romano, se presentó en el Quirinal para imponer al soberano el llamamiento oficial de su Nuncio en Viena, lo que categóricamente rehusó Pio IX diciendo, que nunca haria semejante declaracion de guerra.

Por otra parte los enemigos de la religion católica aprovechábanse de semejante estado de cosas para minar sordamente la influencia del Pontificado en Alemania regocijándose de antemano en la posibilidad de un cisma. Un silencio mas prolongado por parte del Papa, hubiera sido en cierto modo la justificacion, cuando no la consagracion de los absurdos rumores que hacian de su autoridad soberana una máquina de guerra, tanto mas terrible, cuanto que era el representante del

PIO IX.

Dios de los ejércitos sobre la tierra: rompiólo pues de una manera estrepitosa por medio de una encíclica tan importante, que vamos á reproducirla aquí, tal como fué pronunciada en el consistorio secreto del 29 de abril.

« Mas de una vez, venerables hermanos, nos hemos levantado en medio de vosotros contra la audacia de algunos hombres que no se han avergonzado de hacer á Nos, y á la Santa Sede apostólica, la injuria de decir que nos hemos separado, no solamente de las santísimas instituciones de nuestros predecesores, sí que tambien, (¡ blasfemia horrible !) en mas de un punto capital, de la Iglesia. Hoy mismo todavía hay personas que hablan de Nos, como si fuéramos el principal autor de las conmociones públicas que durante estos últimos tiempos han turbado muchos paises de la Europa y particularmente la Italia. Sabemos particularmente que en ciertos territorios alemanes de la Europa, se ha hecho cundir el rumor entre el pueblo, que el Pontífice romano, ya sea por medio de emisarios ó bien por el de otras maquinaciones, ha escitado á las naciones italianas á provocar nuevas revoluciones políticas. Hemos sabido tambien que algunos enemigos de la religion católica han tomado de ello pié para sublevar los sentimientos de venganza en las poblaciones alemanas, para separarlas de la unidad de esta silla apostólica.

» Ciertamente no nos cabe duda alguna que los pueblos de la Alemania católica y los venerables pastores que los guian, rechazarán muy lejos de sí y con horror estas crueles escitaciones. No obstante, creemos de nuestro deber prevenir el escándalo que hombres inconsiderados y demasiado sencillos pudieran recibir, y rechazar la calumnia, que no se dirige solamente á nuestra humilde persona, sí que tambien remontándose hasta el Supremo apostolado de que estamos investidos, cae sobre esta Santa Sede. No pudiendo nuestros detractores producir prueba alguna de las maquinaciones que nos imputan, se esfuerzan en esparcir sospechas sobre los actos de la admi-

nistracion temporal de nuestros Estados. Para arrancar hasta este pretesto de calumnia contra Nos, es por lo que queremos esponer hoy claramente y en alta voz ante vosotros, el orígen y la reunion de todos estos hechos.

» No ignorais, venerables hermanos, que ya á la fin del reinado de Pio VII nuestro predecesor, los principales soberanos de la Europa insinuaron á la Sede apostólica el consejo de adoptar para el gobierno de los negocios civiles un sistema de administracion mas fácil y conforme á los deseos de los seglares. Mas tarde, en 1831, los consejos y los votos de aquellos soberanos, fueron mas solemnemente espresados en el célebre *Memorandum* que los emperadores de Austria, Rusia, el rey de los franceses, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia, creyeron deber enviar á Roma por medio de sus embajadores. Tratábase en este escrito, entre otras cosas, de la convocacion en Roma de una Consulta de Estado, formada por la concurrencia del estado pontificio todo entero, de una nueva y amplia organizacion de las Municipalidades, del establecimiento de los consejos provinciales, de otras instituciones igualmente favorables á la prosperidad comun, de la admision de los laicos en todas las funciones de la administracion pública y del órden judicial. Estos dos últimos estremos se presentaban como principios *vitales* de gobierno. Otras notas de los mismos embajadores, mencionaban que debia concederse un amplio perdon á todos ó á cuasi todos los súbditos pontificios que habian sido infieles á su soberano.

» Nadie ignora que alguna de semejantes reformas fueron llenadas por el Papa Gregorio XVI nuestro antecesor, y que otras fueron prometidas en los edictos espedidos de su órden aquel mismo año 1831. Sin embargo, tales beneficios de nuestro predecesor no satisfacieron al parecer plenamente los votos de aquellos soberanos, ni fueron suficientes para afirmar el bienestar y el sosiego en toda la estension de los Estados temporales de la Santa Sede.

» Por esto, desde el primer dia en que por los impenetrables juicios de Dios fuimos elevados á este lugar, sin estar escitados por las exhortaciones, ni por los consejos de persona alguna, empero impulsados por nuestro ardiente amor al pueblo, sometido á la dominacion temporal de la Iglesia, concedimos el mas amplio perdon á los que habian sido infieles al Soberano y al gobierno Pontificio, y nos apresuramos á dar algunas instituciones que nos parecieron serian favorables á la prosperidad de este mismo pueblo. Todos estos actos que señalaron los primeros dias de nuestro pontificado, son plenamente conformes á los deseos que habian manifestado los soberanos de la Europa.

» Desde que con el ausilio de Dios habíamos puesto en ejecucion nuestro pensamiento, nuestros súbditos y los pueblos inmediatos parecieron tan llenos de júbilo y nos rodearon de tantos testimonios de reconocimiento y de respeto, que nos vimos obligados á contener en sus justos límites las aclamaciones populares en esta santa ciudad, los aplausos, y las reuniones demasiado entusiastas de la poblacion.

» Todos conoceis bien, venerables hermanos, las palabras de nuestra alocucion en el consistorio del 4 de octubre, por las cuales recomendamos á los soberanos una paternal benevolencia y los sentimientos mas afectuosos hácia sus súbditos, al mismo tiempo que de nuevo exhortábamos los pueblos á la fidelidad y obediencia á los príncipes. Hemos hecho cuanto ha dependido de Nos por medio de nuestras advertencias y exhortaciones, á fin de que todos firmemente adheridos á la doctrina católica, fieles observantes de las leyes de Dios y de la Iglesia, se aplicaran al mantenimiento de la concordia mútua, de la tranquilidad y de la caridad para todos.

» ¡ Ojalá que Dios hubiera permitido que este resultado tan deseado hubiese correspondido á nuestras palabras paternales y á nuestras exhortaciones! Empero son bien conocidas las conmociones políticas de los pueblos de Italia, de los que acaba-

mos de hablar. Públicos son los acontecimientos que se han operado ya ó que han tenido lugar despues, tanto en Italia como fuera de sus límites. Si álguien pretende que tales sucesos en cierto modo han salido de las medidas que nuestra bondad y nuestro afecto nos sugirieron al principio de nuestro pontificado, no podrá de manera alguna imputárnoslo á crímen, si se atiende que no hicimos otra cosa mas que lo que se creia, tanto por nosotros como por los indicados príncipes, que seria útil á la prosperidad de nuestros súbditos temporales. En cuanto á los que en nuestros propios estados han abusado de nuestros beneficios, les perdonamos, á ejemplo del Divino Príncipe de los pastores, con toda nuestra alma, y les llamamos con amor á mas santas ideas; suplicando ardientemente á Dios padre de misericordia, aparte con clemencia de sus cabezas los castigos que reserva para los ingratos.

» Los pueblos de Alemania que hemos designado, no podrán acusarnos, no habiéndonos en realidad sido posible contener el ardor de aquellos de nuestros súbditos que han aplaudido los acontecimientos que han tenido lugar contra tales pueblos en la alta Italia, y que inflamados de un idéntico amor por su nacionalidad, han ido á defender una causa comun para todos los pueblos italianos. En efecto, muchos otros príncipes europeos sostenidos por las fuerzas militares mas considerables que las nuestras, no han podido ellos mismos resistir á las revoluciones que en la misma época han sublevado los pueblos. Y como quiera que sea, en este estado de cosas, no hemos dado otras órdenes á los soldados enviados á las fronteras, que las de defender la integridad y la inviolabilidad del territorio pontificio.

» Hoy lo mismo que siempre, en que muchos piden que reunidos á los pueblos y á otros príncipes de Italia declaremos la guerra al Austria, hemos creido de nuestro deber protestar formalmente y con vigor á la faz de esta solemne asamblea, contra semejante resolucion, contraria á nuestras ideas,

atendido que, á pesar de nuestra indignidad, ocupamos acá en la tierra el lugar del que es el autor de la paz, el amigo de la caridad, y que fiel á las divinas obligaciones de nuestro supremo apostolado abrazamos todos los paises, todos los pueblos, todas las naciones con igual sentimiento de paternal amor. Y si entre nuestros súbditos hay alguno á quien arrastre el ejemplo de otros italianos ¿por qué medio se quiere que podamos enfrenar su ardor?

»Empero, aquí no podemos dejar de rechazar á la vista de todas las naciones, los pérfidos asertos publicados en los periódicos y en los diversos escritos, por los que quisieran que el Pontífice romano presidiera la constitucion de una nueva república formada de todos los pueblos de la Italia. Muy al contrario: en este punto advertimos y exhortamos vivamente á esos mismos pueblos italianos, y por el amor que les profesamos, que estén prevenidos contra esos pérfidos consejos, tan funestos para la Italia. Suplicámosles que se unan indisolublemente á sus príncipes, cuyo afecto han esperimentado, y á no dejarse descarriar de la obediencia que les deben. Obrar de otro modo, no tan solo seria faltar á sus deberes, sí que tambien esponer á la Italia al peligro de ser destrozada por las discordias cada dia mas vivas, y por facciones intestinas.

»Por nuestra parte declaramos además que todas las ideas, todos los cuidados, todos los esfuerzos del Pontífice romano, solo se dirigen á estender mas y mas cada dia el reino de Jesucristo que es la Iglesia, y á no retroceder de los límites de la soberanía temporal con la que la Divina Providencia ha dotado la Santa Sede para la dignidad y libre ejercicio del supremo apostolado. Están pues en un grande error aquellos que piensan que la ambicion de una mas vasta estension de poder puede seducir nuestro corazon y precipitarnos en medio del tumulto de las armas. ¡Oh! seguramente seria una cosa muy dulce para nuestro corazon paternal, si fuera dado á nuestra intervencion, á nuestros cuidados y á nuestros es-

fuerzos, apagar el fuego de las discordias, aproximar los ánimos que divide la guerra, y restablecer la paz entre los combatientes.

»Al propio tiempo que nos ha consolado en gran manera el saber que en muchos paises de la Italia y fuera de ella, nuestros fieles hijos no han olvidado en medio de sus revoluciones el respeto que se debe á las cosas santas y á sus ministros, nuestra alma se ha afligido vivamente al saber que este respeto no se ha observado de igual manera en todas partes. No podemos prescindir de deplorar aquí en vuestra presencia, la funesta costumbre con que se propaga, sobre todo en nuestros dias, toda clase de perniciosos libelos, en los cuales se hace una encarnizada guerra á la santidad de nuestra religion y á la pureza de las costumbres, ó bien se escita á la conmocion y á la discordia civil, predicando el despojo de los bienes de la Iglesia, atacando sus derechos mas sagrados, ó destrozando y empañando con falsas acusaciones el nombre de toda persona honrada.....

»Hé aquí, venerables hermanos, lo que hemos creido deberos comunicar en este dia. Solo nos falta ahora ofrecer juntos en la humildad de nuestro corazon, continuas y fervientes oraciones á Dios Omnipotente y bueno, para que se digne defender su santa Iglesia contra toda adversidad, mirarnos con misericordia desde la cumbre de Sion, y protegernos, y atraer en fin á todos los príncipes y á todos los pueblos á los tan deseados sentimientos de paz y de concordia.»

Esta alocucion quedará en la historia como uno de los actos mas magníficos del pontificado, como un monumento imperecedero levantado en honor de Pio IX. Con una sola palabra podia el Papa presidir los destinos políticos de la Italia y dar su nombre por bandera á la Europa democrática: con una sola palabra podia reunir lo que los príncipes de la tierra ambicionan mas en el mundo, la grandeza, el poder, la gloria y la popularidad: esta palabra no quiso pronunciarla. El prín-

cipe se eclipsó delante del Pontífice, como el italiano á la presencia del católico.

Padre comun de todos los pueblos, acalló la voz de su nacionalidad para llenar sus deberes hácia la Iglesia de la cual es el gefe. Recordó que él se debia á la Europa entera y no á una sola fraccion de la Europa. Ni la historia ni Dios lo olvidarán. La alocucion del 29 de abril, es mas que el acto de un hombre grande; es la obra de un santo. Clara, enérgica, precisa y valiente, arroja una gran luz sobre la situacion respectiva de los partidos que se hallan frente á frente; y prueba que la prensa italiana, generalmente asalariada por la revolucion, habia engañado á la Europa, atribuyendo al Pontífice palabras que este no habia pronunciado y actos que no habia operado. Ella fué un rayo destructor para los revolucionarios.

Entonces aconteció lo que ya era fácil de prever. Los mismos revolucionarios contestaron con un grito de cólera á la voz paternal del Pontífice: promoviendo el motin en la calle, proponen francamente la idea de un gobierno provisional; mas en todo son rechazados. Su encubierto furor contra el objeto primitivo de su culto, traspasa todos los límites. Acusan en voz alta á Pio IX de haber querido por medio de su encíclica esponer á las tropas romanas al peligro de que se les considerase y tratase, nó como ejército regular, empero sí como una horda de bandoleros, y llegan al estremo de pronunciar las palabras de perjurio y de traicion.

Algunos gefes proponen dirigir á la Europa liberal una protesta contra la indicada alocucion de Su Santidad; empero esta mocion no es apoyada. Á tal efecto el ministerio en masa habia dado su dimision, pero obedeciendo la voluntad soberana, casi al mismo tiempo habia consentido conservar las carteras, que sin embargo entregó definitivamente cuarenta y ocho horas despues. Durante este intervalo, los principales gefes de los clubs se habian reunido en el círculo del Comer-

cio, Palacio Theodoli, para combinar la formacion de un ministerio puramente liberal, y presentarlo en seguida á la sancion del Santo Padre. Un orador, Mamiani, arengando al pueblo desde el balcon, declara segun el programa resuelto, que ningun eclesiástico desempeñará empleos públicos: que Pio IX será llamado á la cabeza del Gobierno: que su primer acto será la refutacion de su encíclica y la declaracion formal de guerra al Austria: que diariamente se publicará un boletin oficial de esta guerra: y en fin, se ofrecerán grandes ventajas á la juventud romana, para animarla á echar los *bárbaros* de la Italia.

Aplaudiendo el pueblo semejante proyecto, se unió á la Guardia cívica para ocupar todos los puestos de guardia, y para vigilar muy particularmente los palacios de los cardenales. El cardenal Della Genga tenia guardias de vista. Los cívicos, de concierto con la tropa de línea, ocupan el Castillo de San Angelo. Reina en Roma la mas grande agitacion. Todos los que visten el trage eclesiástico se ven espuestos á los insultos del populacho: el general en gefe de la Guardia cívica, príncipe Rospigliosi, procurando restablecer el órden y librar, á imitacion del Santo Padre, al cardenal Bernetti detenido preso en el palacio de la Chancillería, es desobedecido por sus propios oficiales, y hasta un soldado dirigió la bayoneta contra su pecho. Su voz no tiene eco ninguno, y por lo tanto da su dimision.

Como siempre, Ciceruacchio se halla á la cabeza de los agitadores. Desde el Capitolio, vuela al palacio Theodoli, donde los gefes del partido revolucionario, poderosamente ausiliados por la llegada de un cierto Fiorentino, italiano de nacimiento, pero súbdito francés, se habian constituìdo en junta permanente. Precipítase en la sala del conciliábulo gritando: «mueran los bárbaros y viva la revolucion! » Estos clamores salvages ahogaron la voz mas tranquila de sus cómplices; y uno de ellos, el mismo Mamiani, tomando la palabra encargóle la

prudencia y la moderacion. « Nuestra causa triunfa, dijo; no la comprometamos, pues, á los ojos de la Europa, que nos contempla: en revolucion los sacrificios de sangre terminan siempre levantándose contra los sacrificadores; y raro es entonces, que los verdugos no sean á su vez las víctimas. Los escesos constantemente producen la reaccion.

Insensible á estas palabras dictadas por la razon, el feroz tribuno persistió en opinar por la violencia.

— Solo hay un medio de salvar la revolucion, gritó, y de libertar á Pio IX de los enemigos que le pierden, arruinando la sagrada causa del pueblo: los curas se han puesto delante de la libertad, y es preciso sacrificarlos, para que la libertad pase.

— ¿Y esta es vuestra opinion? le preguntó Mamiani con un gesto de horror.

— Esta es mi opinion, contestó friamente Ciceruacchio.

— ¿Y quién matará á estos curas?

— Yo mismo, si la patria lo manda.

— ¡Vos! ¿Y pensais poderlos matar todos?

— Todos nó; porque seria imposible.

— Ya veis pues claramente que cometeriais inútiles asesinatos.

La sangre fria de Mamiani, de repente calmó la febril exaltacion del tribuno, que hubiera regado con sangre la ciudad, que poco antes le habia confiado el padre Gavazzi.

Mientras tanto las deliberaciones de la reunion central proseguian en la gran sala del círculo de los comerciantes. El estado mayor y los principales oficiales de la Guardia cívica, asistian á aquella reunion, tristemente solemne. Así que, Ciceruacchio y sus acólitos, los miembros del círculo popular, compañeros de armas, reemplazaron por los colores verde, blanco y rojo, la medalla de Pio IX y los colores amarillo y blanco que adornaban sus pechos: de tiempo en tiempo despiden sordos murmullos, y pronuncian lúgubres amenazas

contra la vida de los cardenales. Mamiani y Sterbini están sentados uno á cada lado de Orioli, llamado por aclamacion á la silla de la presidencia. Un pueblo inmenso, inquieto y sombrío invade toda la longitud del Corso, desde la puerta del Pueblo á la plaza de Venecia. En estos momentos críticos pide la palabra Fiorentino, y con una brillante improvisacion que dura cerca de una hora, reune todas las oposiciones.

Entonces Mamiani, Sterbini, el duque de Rignano y el mismo Fiorentino, son elegidos para ir á intimar á los ministros el ultimatum del pueblo, pidiendo la secularizacion entera del nuevo Ministerio, la dimision del cardenal Antonelli, y que se despidiera al embajador de Austria, contra la cual se insertase la correspondiente declaracion de guerra en la *Gaceta oficial*. Los ministros contestaron que para evitar á la ciudad y á los Estados Romanos los horrores de la anarquía, habian consentido en tomar provisionalmente el poder: que esperaban conducir al Santo Padre á todas las transacciones compatibles con su doble carácter de Gefe espiritual y de Soberano temporal: que pedian al pueblo, que les habia dispensado hasta entonces su confianza, un plazo de dos dias; y que si no lograban sus deseos, se retirarian en masa. Añadieron que habian empeñado su palabra con el cardenal Antonelli, de abandonar ó de volverse á encargar de los negocios todos juntos: que la dimision del cardenal arrastraria de consiguiente la de todo el ministerio; que este era para todos un compromiso de honor, y que sobre el particular no podian hacer ninguna concesion.

Despues de largas conversaciones, fué aprobada la redaccion de la siguiente nota que debia insertarse en la *Gaceta oficial*, referente á la declaracion de guerra contra el Austria.

» El Ministerio y su presidente, unánimes ahora como antes, acerca de todos los *negocios*, se ocupa en este momento con un corazon italiano, de tomar todas las medidas que en su

conciencia cree *necesarias ó útiles* para bien del Estado y para el triunfo de la causa italiana. »

El espíritu de vértigo, la febril precipitacion de los hombres que dirigian en aquellos momentos los destinos de Roma, eran tales, que no se apercibieron del pleonasmo que intercalaban en aquellas cortas líneas.

Eran las siete y cuarto, cuando la Diputacion regresó al seno de la asamblea para anunciar al pueblo la contestacion de los ministros. Una inmensa multitud ocupaba todas las avenidas del Corso. Entonces levantando la voz Fiorentino, leyó la nota qne se habia obtenido de los ministros; y como ella produjera clamores, Sterbini manifestó en pocas palabras que por el momento no se podia esperar ó pedir otra cosa, sin comprometer el terreno que ya se habia adelantado. Habiéndose sucedido varios oradores, que desarrollaron mociones mas violentas las unas que las otras, Fiorentino resumió la cuestion por medio de esta enérgica arenga: «¿quereis una revolucion, quereis anarquía, quereis la intervencion estrangera?

—Nó, nó, contestaron, ¡no mas revolucion, no mas anarquía, no mas estrangeros en Italia!

—¡Bueno! replicó el orador: conceded una tregua de dos dias á los ministros que merecen vuestra confianza, ya que este plazo les es necesario para resolver inmensas dificultades.»

Llamado á la cruzada por los gritos de la calle para repetir á la muchedumbre lo que acababa de decir á la asamblea, Fiorentino rogó á Ciceruacchio que le sirviera de intérprete: «es imposible, querido, esclamó el tribuno; cuando se tratará de desembarazar al pobre Santo Padre de los bribones que le rodean, enhorabuena, seré vuestro hombre; pero en el dia, yo no sé hacer un discurso tan bueno como el vuestro. Sin embargo, obligado á ceder á la invitacion general, tradujo de este modo todas las proposiciones de aquel dia: «amigos, para quemar un jergon de paja, basta una sola pajuela,

pero parece que se necesitan tres dias para derribar un gobierno : aguardemos pues. »

Mientras tanto, el padre Ventura, el conde Amari, el baron Pisani, diputados de Sicilia, Tomás Azzoni y Alberto Quinterio, representantes de la Lombardía, Delfin Bolda y Castellani, delegados de Venecia, entregaron á Su Santidad una nota enérgica para probarle que la declaracion de guerra contra el Austria, en manera alguna era incompatible con su carácter de gefe supremo de la Iglesia. El abogado Petrocchi publicó un cuaderno en el mismo sentido. Angelo Fiorentino va mas lejos, pues imprimió una especie de libelo terminado con estas palabras : « Ya que Pio IX no puede salvar á los italianos, los italianos deben salvarse sin él. » Un diluvio de gritos incendiarios se oian por la ciudad, é inundan los cafés, los círculos y otros establecimientos públicos. Sucédense los rumores mas alarmantes, que se van propagando instantáneamente. Refiérese que el Santo Padre, prisionero por decirlo así en el Quirinal, ha burlado la vigilancia de sus custodios y que se prepara para alejarse de Roma. Las guardias se doblan y las tropas reciben acerca de la pretendida fuga del Soberano la órden de hacer de sus cuerpos una barricada humana para impedir el paso á la carroza pontificia. Durante cuarenta y ocho horas Roma se halla en la mas completa anarquía.

En medio de semejante conflicto, solo el Pontífice ha conservado la serenidad en el fondo de su alma. Superior á los acontecimientos, que en cierto modo le asedian dentro de su palacio, posee intacta la libertad de su espíritu.

En este estado de cosas, queriendo poner término á la efervescencia popular, que amenaza trasformarse en abierta insurreccion, el Soberano Pontífice llama al Quirinal al cardenal Altieri, presidente de Roma y comarca. Su eminencia acude pronto al llamamiento del Soberano que le ruega acepte la presidencia del Consejo. «El puesto á que me llama vues-

tra voluntad, contestó el cardenal, es difícil y peligroso, Santísimo Padre, y este es un doble motivo para que lo acepte. Temo sin embargo que la impopularidad de mi nombre frente á frente de los círculos y los clubs, sea un obstáculo al espíritu de conciliacion, que vuestra Santidad desea. Y esto en tanto mas, en cuanto Mamiani ha declarado de la manera mas formal que el título de cura debia ser incompatible con el de ministro. »

—En cuanto á este punto, oiremos al mismo Mamiani, contestó el Santo Padre, porque voy á hacerle pedir que venga á palacio. » Una hora despues, acudiendo Mamiani al llamamiento del Soberano Pontífice, fué anunciado por el gentilhombre de cámara: Pio IX le presentó inmediatamente el cardenal diciéndole:

— « Llegais muy á tiempo, señor conde, para ayudarme á decidir á su eminencia á fin de que forme parte del gabinete, y aceptaria si no se creyera antipático á la opinion pública. ¿Qué pensais de eso?

—Santísimo Padre, respondió el conde inclinándose, el nombre del cardenal Altieri, es uno de los que reunen todos los votos: » luego olvidando de repente que él mismo habia declarado el sacerdocio incompatible con las funciones de ministro añadió: «en cuanto á mí, me creeria sumamente honrado de mirar desde este momento á su eminencia como un colega, y estoy en la conviccion de reunirle durante la noche todas las opiniones. »

Despues de una conversacion de dos horas, durante la cual el cardenal presentó un gran número de objeciones contra su entrada en el Consejo, terminó por someterse á los deseos de Pio IX, tanto por adhesion, como por deber.

En la madrugada del dia siguiente, el cardenal Altieri recibió del cardenal Antonelli una esquela que contenia otra muy curiosa de Mamiani. Este, recordando sus compromisos de la víspera, decia que contra lo que era de esperar, y á sus de-

seos, sus amigos políticos se habian manifestado tan hostiles al cardenal presidente de Roma, que se hallaba personalmente con este en el mayor embarazo. Terminaba suplicando al cardenal Antonelli que le prestara su apoyo, indicándole el partido que debia tomar. La contestacion del cardenal Altieri no se hizo aguardar, pues tomó en seguida la pluma y suplicó al cardenal Antonelli que agradeciera en su nombre al conde Mamiani, que le libertara de una inmensa responsabilidad, procurándole los medios de declinar un honor que jamás habia deseado. Recomendaba al propio tiempo para reemplazar su nombre el del cardenal Orioli, adoptado interinamente por el mismo Mamiani. Esta nueva combinacion completó el ministerio del modo siguiente.

El conde Terencio Mamiani, Interior.
El conde J. Marchetti, Negocios estrangeros.
El abogado Rossi, Gracia y Justicia.
El abogado Lunati, Hacienda.
El príncipe Doria, Guerra.
El duque de Rignano, Comercio y Obras públicas.
El abogado Galetti, Policía.

El conde Mamiani era el alma y la cabeza de este nuevo ministerio. Natural de Pésaro, habia hecho sus estudios en el Colegio Romano. Hombre de bien á la vista del público, pero de una ambicion tan igual como su amor á la popularidad, Mamiani fué el único entre todos los amnistiados del 16 de julio que disfrutó del generoso decreto, sin haber contraido el compromiso de honor exigido por el Soberano Pontífice.

Filósofo profundo de la escuela ecléctica, poeta y prosista elegante, hábil orador, esclavo y dueño de su palabra, no dejando nada al azar, procediendo siempre con cálculo geométricamente, Mamiani era hombre de Estado, mas bien por intuicion que por esperiencia. Dulce aparentemente, era en realidad acre y duro. Bajo de estatura, vistiendo con elegancia, su mano acariciaba de contínuo sus patillas, su bigote y

la peluca que cubria su cabeza. El que le viera sin oirle, fácilmente le tomara por un diplomático de Lilliput, mas bien que por el primer ministro de Roma. Con todo, infatigablemente laborioso, tal vez el conde de Mamiani hubiera sido un escelente hombre de Estado, si marchando acorde con el pensamiento del Soberano Pontífice, hubiera sido menos personal y mas cristiano (*). El mismo dia de instalarse en el ministerio, la Guardia cívica de Roma le presentó un escrito al cual contestó con el siguiente programa.

(*) Habiendo tomado parte el conde Terencio Mamiani en el movimiento insurreccional de 1831 durante el Pontificado de Gregorio XVI, permaneció desde aquella época desterrado de su patria. Concedida por Pio IX la amnistía en julio de 1846, Mamiani, como dice el autor de la presente obra, no empeñó la palabra de honor que se exigia á cuantos se acogian al beneficio de aquel decreto, de permanecer *adictos y sometidos al gobierno pontificio*, pues creia que con tal negativa se enaltecia sobre cuantos ilustres proscriptos se habian apresurado á entrar en los Estados de la Iglesia para disfrutar en el hogar doméstico de la inefable clemencia del sucesor de San Pedro. No en vano Mamiani confia obtener la entrada en su patria sin restricciones, pues que llega á tal estremo la generosidad de Pio IX, que despues de concedérselo le da acceso á su presencia. En aquel acto el Pontífice con el acento de la mayor dulzura le reconviene por un retraimiento en cierto modo hostil á la Santa Sede, y que á su pesar le hace figurar como rebelde. La prensa periódica romana á cuya cabeza se hallan los famosos Sterbini, redactor de *El Contemporáneo*, y Orioli que lo era de *La Bilancia*, así como el Círculo Romano, festejan al célebre desterrado, que desde su llegada á Roma no habia sido vigilado ni molestado en lo mas mínimo por los delegados del gobierno. Le dan opíparos banquetes, entre cuyos convidados aparecen los principales agitadores de los cuales mas adelante será el principal gefe, y preparan con tales fiestas, en las que se sienta al lado de las eminencias del talento el popular Ciceruacchio, la asquerosa revolucion que ha de lanzar de la cumbre del Vaticano al Vicario de Jesucristo.

El conde Mamiani, además de ser conocido como poeta de mérito y persuasivo orador, lo era tanto en Italia como fuera de ella por su Historia de la filosofía antigua.

(Nota del Traductor.)

« Los nuevos ministros que Su Santidad se ha dignado llamar al Gobierno, profesan los mismos principios de amor á la patria, de libertad, de órden y de justicia, bajo cuya inspiracion sus predecesores dirigieron la causa pública. El nuevo ministerio, ante todas cosas mira como la mas preferente la santa obra italiana, para cuyo triunfo dirige especialmente todos sus cuidados y todos sus pensamientos, convencido de que no es menester contentarse con los efectos de un ardor primero, pues que es preciso repetirlo y acrecentarlo incesantemente con infatigable celo.

« Igualmente se ocupará con lealtad y calma del desarrollo regular y pacífico de las libertades públicas y de la nueva vida constitucional, de la cual somos deudores á la alma generosa de nuestro inmortal Soberano.

» Sondeará los males del pueblo, y particularmente los de las clases mas humildes, y con el ausilio de las dos cámaras, se esforzará cuanto pueda para curar las llagas profundas de la indigencia, de la abyeccion y de la ignorancia en el bajo pueblo.

« Para la Italia, y sobre todo para Roma, augusto asiento de la religion católica, es un deber; diremos mas, un derecho que no debe cederse á ningun otro pais, el progreso y la perfeccion social y civil. Apoyándose en la historia, en las tradiciones, en el legítimo orgullo de la raza romana, conciben los ministros una esperanza muy fundada, proponiendo algunos de los reglamentos sociales y políticos que el siglo impaciente pide á la ciencia moderna.

» Pero para esto será preciso que vengan en su ausilio la confianza del pueblo, la obediencia y la sumision á las leyes, la union y el valor cívico de todos los hombres de bien.

» Los nuevos ministros, que no se atreverian por cierto á espresar en nombre propio tales exigencias, lo hacen y lo sostienen á nombre de la salud y de la gloria de la Italia. »

El tema de este programa era en cierto modo el resúmen

de la comunicacion que le habia servido de sumario, era casi un cálculo perfecto reproduciendo las mismas tintas, los mismos matices y las mismas espresiones. El pueblo romano no se paró en el espíritu que habia dictado ambos escritos, lo que no le impidió acoger el último con entusiasmo.

La tranquilidad pública empezaba á renacer cuando se recibieron tristes noticias del teatro de la guerra. Completamente desmoralizadas las tropas romanas á las órdenes del general Ferrari, despues de sufrir varias derrotas habian sido dispersadas en el combate de Cornuda: ochocientos hombres, cuya mayor parte pertenecia á las provincias, se habian retirado tan precipitadamente delante del enemigo, que con su vergonzosa fuga habian cubierto de ridículo el gran nombre que habian tenido la pretension de resucitar.

Tales noticias llenaron de la mayor consternacion á la ciudad, la cual creyendo segura la victoria, preparaba de antemano para sus gloriosos hijos las palmas y los triunfos capitolinos. Entonces, como acontece siempre despues de un imprevisto contratiempo, trabóse una imprudente polémica entre varios publicistas, que peleando con sus plumas, trataron de infames á los vencidos de Cornuda. Otros, y el célebre profesor Orioli fué de este número, procuraron paliar la vergüenza de la derrota, atribuyéndola á la inesperiencia de los voluntarios, y al desacuerdo que reinaba entre los mismos. Como quiera que fuese, derramóse con tal motivo de una y otra parte mas tinta, que sangre se habia derramado en el campo de batalla.

Los diversos lances de la guerra, contrarios á las armas de los independientes, comenzaron entonces á enfriar singularmente la arrogancia de los periódicos italianos, que en un principio, no queriendo deber la conquista de sus libertades mas que á los esfuerzos comunes de la patria, rechazaban con desprecio, y aun con amenazas, las simpatías de la Francia. Inquietos por el porvenir, á pesar del pomposo *Italia farà*

da sè, preveian con temor el dia en que la intervencion estrangera, que ellos consideraban como una desgracia, seria una necesidad.

Como quiera que sea, las sucesivas y parciales derrotas que los voluntarios romanos esperimentaron casi en todos los encuentros tenidos con los soldados de Austria, produjeron tal desmoralizacion, que para impedir una dispersion completa, el ministro del interior, Mamiani, se vió obligado á dirigir á los gobernadores de las provincias una circular muy estraña [1].

Mientras que las armas austríacas conseguian la victoria en las márgenes del Piave, un vasto complot, organizado desde algun tiempo, estallaba simultáneamente, el mismo dia y á la misma hora en muchas capitales de la Europa; y probaba la implacable solidareidad, la fatal armonía que reinaba en el partido revolucionario. En París pretestando los conjurados una manifestacion á favor de la Polonia, violaban en nombre de la libertad el santuario de la representacion nacional. En Viena estraviados los estudiantes y haciendo causa comun con la Guardia cívica, pronunciaban los discursos mas incendiarios, corriendo á las armas y obligando al Emperador á abandonar su capital para refugiarse en Inspruck. En Nápoles los revolucionarios provocaban resultados mas siniestros todavía. El rey de las Dos Sicilias, despues de haber sido uno de los primeros entre los príncipes de la Italia que concedió generosamente la constitucion á sus súbditos, habia fijado la abertura de las cámaras para el 15 de mayo. Los conjurados creyeron la ocasion oportuna de trabar la lucha que se les ofrecia tanto mas favorable, en cuanto la capital se hallaba desguarnecida de tropas por la marcha de diez y seis mil hombres enviados á la Lombardía. El combate fué terrible.

Un gran número de diputados vendidos al partido revolucionario, preludiaban hostilidades por medio de las reuniones

[1] Véase en los documentos históricos n. 3.

clandestinas, en las que se hacian mociones las mas subersivas. En estos conciliábulos se proponian variaciones en la fórmula del juramento exigido por el rey. Creábase un comité de salud pública bajo cuya dependencia debia colocarse la guardia nacional: al propio tiempo dirigíanse al rey peticiones incompatibles con su dignidad y contrarias á sus derechos soberanos. Invitábasele á que entregase las fortalezas de la ciudad en manos de la guardia nacional y á que confiase él mismo en el comité de salud pública, despues de haber anticipadamente enviado sus tropas á una distancia de diez leguas de la capital. La conducta del rey fué la que debia ser: digna, tranquila y resoluta, rechazó con firmeza las condiciones que comprometian su honor, y esterminó con el cañon la revolucion que amenazaba su corona. Encarnizada fué la lucha, pero antes de terminar el dia el partido revolucionario habia sido vencido en todos los puntos y la fuerza permaneció con el derecho.

La supresion de la Guardia cívica, la declaracion de Nápoles en estado de sitio, y la disolucion de la Cámara de diputados, tales fueron las consecuencias del combate provocado por los eternos enemigos del órden y de toda sabia libertad (*).

(*) Segun opinion de nuestro sabio y erudito literato y diplomático el Escmo. Sr. D. Ángel de Saavedra, duque de Ribas, embajador que ha sido de España no ha muchos años en la corte de Nápoles y que por lo tanto ha tenido ocasiones de ver y juzgar de cerca las cualidades morales y los actos gubernamentales del actual rey de las dos Sicilias Fernando II, este soberano es inteligentísimo en la organizacion y disciplina militares y capaz y activo en todo género de negocios, de los que se ocupa incesantemente, y que atiende con eficacia el aumento de la marina, cuida de la buena administracion, protege las artes y sostiene el crédito nacional. El propio ex-embajador, en la Reseña histórica que de este reino ha escrito en la gran obra de *Los Reyes contemporáneos*, tom. III, publicado en Madrid en 1845, dice, que á Fernando II, *tan calumniado por los revolucionarios y aun por los estrangeros y hombres de Estado, de quienes era de esperar mas circuns-*

peccion é imparcialidad, le harán completa justicia, pasado el tiempo de pasiones, las severas páginas de la historia. No tiene ciertamente viso alguno de parcialidad el juicio de tan liberal y esclarecido patricio como independiente escritor público.

Tan pronto como llegó á Roma la noticia de las sangrientas ocurrencias de Nápoles, un pánico terror se apoderó de los agitadores, y tanto en los Estados pontificios como en el resto de la península italiana, la revolucion se estremeció enfurecida desencadenándose encarnizada contra Fernando II. Así como en otra ocasion el populacho romano habia hecho auto de fe del escudo de armas de la embajada de Austria, el consulado de Nápoles en Génova vio arrancadas y quemadas en la plaza pública las de su nacion. Sin embargo, los patriotas *ardientes* de Roma se contentaron con dar al soberano de Nápoles el dictado de *Rey Bombardeador* (*Il Re Bomba*), sin atreverse á nada mas, porque los Estados de este y sus fieles tropas tocaban el territorio pontificio.

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO VII.

Elecciones de diputados. — Mamiani en casa del cardenal Altieri. — Abertura de las cámaras. — Discurso del cardenal Altieri. — Programa del ministerio. — Interpelacion del príncipe de Canino. — Estratagema de Mamiani. — Toma de Vicencia. — Derrota de Mamiani. — Respuesta del Papa á la mocion de los diputados. — Pio IX se hace dueño de la situacion. — Ocupacion de la ciudad de Ferrara por los austríacos. — Debates parlamentarios. — Protesta pontificia. — Crisis ministerial. — Jornada del 19 de julio. — Tentativa de insurreccion. — Los tres *fiaschi*. — Asesinato del abate Gimenez. — El *Labaro*. — Maniobras de Mamiani para conservar su cartera. — Comisionado viagero de la revolucion. — El Padre Gavazzi echado de Florencia. — Entrada triunfal en Roma de los vencidos de Vicencia. — Apodéranse de un convento. — Victoria y decepcion. — Derrota de Cárlos Alberto en Custoza. — Memorandum del Austria. — Negativa de aceptacion.

Indemnizábanse los revolucionarios de su derrota en Nápoles acusando al poder de las faltas de las cuales eran ellos solamente culpables, cuando principiaron en Roma las elecciones para el nombramiento de diputados. A pesar de la facilidad proporcionada á los electores por la division de la villa en seis colegios, solo un pequeño número de aquellos emitió su voto. Esto evidenciaba que la mayoría del pueblo todavía no estaba instruido para recibir las prácticas de un gobierno constitucional.

Algunos dias antes, una órden del ministerio, fecha 12 de mayo, habia creado el Consejo de Estado, compuesto de diez consejeros ordinarios, cinco estraordinarios y 24 auditores, cuatro de estos *Monsignori*. Un segundo decreto de la misma fecha habia nombrado 46 miembros del alto consejo, llamado la Cámara de los Pares. Esta lista mal acogida por

parte de los anarquistas, no habia sido aceptada por el Papa tal cual el ministerio se la habia presentado la primera vez, de suerte que tuvo que sufrir notables modificaciones.

El nombre del reverendo padre Vico, jesuita y sabio astrónomo que habia recientemente partido para Inglaterra, se hallaba á la cabeza de esta primera lista. «Conozco vuestras intenciones, dijo el Santo Padre, lo habeis colocado para dar el cambio, y para que se crea que no perseguis en manera alguna á los jesuitas en Roma. No me dejaré engañar por esta sagacidad.» Y de una plumada borró el nombre.

Á todo esto habia llegado el 5 de junio, que era el dia fijado para la abertura de las cámaras. La víspera, el cardenal Altieri, encargado por el Santo Padre de pronunciar el discurso de la corona, se habia retirado á sus habitaciones, cuando le anunciaron la visita del conde Mamiani, acompañado del duque de Rignano y del abogado Lunati. Entrando en seguida en materia Mamiani, se dirigió al cardenal diciéndole: «Eminencia, deseamos ver el discurso que teneis que pronunciar mañana.

—¿Con qué derecho? contestó el cardenal.

—Con el que nos confiere nuestra cualidad de ministros responsables, replicó el conde.

—En la misma cualidad me parece que deberiais saberlo: pero no importa, no tengo inconveniente en comunicároslo; hélo aquí.»

Diciendo esto entrególe el cardenal la minuta que tenia en la mano. Leyóla detenidamente el ministro y de pronto levantándose y restregándose las manos esclama lleno de cólera: «la traicion es manifiesta, y nos es imposible marchar de acuerdo con Pio IX; desde este momento ya no somos ministros.

—Señor conde, replicó friamente el cardenal, en cuanto á esto quedais perfectamente libres: sin embargo, debo protestar contra los términos ofensivos de que acabais de serviros

con respeto al Santo Padre. Puede que haya efectivamente traicion, yo lo creo así, pero no está seguramente en los actos ni en las intenciones del Soberano Pontífice. »

Esta escena pasaba á media noche en uno de los grandes salones del palacio Altieri (*). La gravedad del asunto, la hora adelantada de la noche, las tintas sombrías esparcidas sobre los ricos cortinages, por las pálidas luces de las espirantes lámparas, daban á aquella conferencia un carácter imponente y solemne.

El cardenal, dueño de la posicion, continuó: «Señor conde, en las presentes circunstancias, vuestra dimision no tan solo seria un acto inconstitucional, sí que tambien la accion de un mal ciudadano. Os estimo demasiado para persuadirme que no insistireis en una palabra en la que tal vez se encierra una revolucion. »

Saludándole entonces cortesmente, deseóle el cardenal la *felice notte*, y los buenos consejos que ella sugiere. El conde Mamiani no dió su dimision, y al dia siguiente las dos cámaras se abrieron sin otro incidente.

Desde las ocho de la mañana, los miembros del cuerpo diplomático y un gran número de personas distinguidas se hallaban reunidas en la sala del palacio de la Chancillería (**), en la cual debia tener lugar aquella ceremonia. Á las doce y me-

(*) El palacio Altieri, uno de los mas hermosos y grandes de Roma, se halla situado en la plaza de la Iglesia de Jesus; construyóse durante el pontificado de Clemente X, que era de esta familia, bajo los planos del arquitecto Juan Antonio de Rossi. En el primer descanso de la gran escalera se ofrece á la vista una buena estatua de un prisionero bárbaro.

(Nota del Traductor.)

(**) Distintas son las opiniones acerca la construccion del antiguo y hermoso palacio de la Chancillería. Á pesar de asegurarse generalmente haber sido principiado por el cardenal Mezzarota, ello es, que segun afirman los historiadores contemporáneos se dió principio á la

dia, su eminencia el cardenal Altieri, delegado por Su Santidad para representarle en aquel acto memorable, apareció acompañado de los ministros. Un momento despues, segun el ceremonial indicado, hallándose sentado y haciendo tomar asiento á los miembros de la Asamblea, leyó con voz firme y llena de dignidad el siguiente discurso.

« Señores miembros de la Cámara alta,

» Señores diputados,

» Su Santidad me envia á vosotros encargado de la agradable y lisonjera mision de abrir en su nombre las dos Cámaras legislativas. El Santo Padre quiere al mismo tiempo que os

obra por disposicion del cardenal Riario, durante el pontificado de Sixto IV, y se terminó bajo los planos del inteligente arquitecto Bramante, ejecutados por Antonio Montecavallo, á escepcion de la puerta de San Lorenzo en Damaso, que es de Vignola, y el portal del palacio, que es de Domingo Fontana. La fachada esterior es de dichos arquitectos Bramante y Montecavallo. Los sillares son procedentes de las ruinas del Coliseo, y los mármoles del arco creido de Gordiano, hallado junto á Santa María de Via Lata. El esterior del edificio lo compone un basamento interrumpido por ventanas y dos pisos: el primero está decorado de pilastras corintias pareadas y tambien con ventanas. El segundo sigue la misma decoracion, con la sola diferencia que las ventanas son rectangulares y curvas. El patio es cuadrangular y de buena proporcion, rodeado de dos órdenes de arcos que descansan sobre colunas dóricas. Se ve tambien una línea de pilastras corintias que corresponde al esterior. Se pretende que las colunas de granito que sostienen los pórticos son procedentes del Ecatonstilo, ó pórtico de cien colunas de Pompeyo. En el gran salon de este palacio, cuya dimension es cerca de cien palmos de largo, cincuenta de ancho y otros tantos de elevacion, Jorge Vasari pintó la historia de la vida del pontifice Pablo III, cuyas pinturas no fueron ejecutadas tal como el artista deseaba, porque habiendo tenido que terminar la obra en poco tiempo, se vió precisado á emplear algunos mancebos dependientes suyos. Dentro del mismo palacio se halla la iglesia de San Lorenzo in Damaso.

(Nota del Traductor.)

esprese cuán satisfactorio es para su corazon, este acto de autoridad soberana, pues que le da la esperanza de que gracias á vuestro concurso verá mejorar el gobierno de la causa pública.

» Su Santidad se felicita con vosotros, señores, y da gracias á Dios de que haya llegado el momento de introducir en sus Estados la forma política, que al requirirla la exigencia de los tiempos, es conciliable con la naturaleza de su gobierno pontificio. En adelante toca á vosotros, señores, fertilizar estas nuevas instituciones y sacar de ellas todo el bien que su Santidad ha tenido presente al concedéroslas.

» El Santo Padre, no cesará de dirigir las mas fervientes súplicas al Dispensador de todas las luces, para que infunda en vuestras inteligencias el espíritu de verdadera sabiduría, á fin de que las leyes y las instituciones de que vais á ocuparos lleven el sello y el carácter de la religion y de la justicia, únicas bases sólidas y verdaderas de toda seguridad, de toda libertad, y de todo progreso.

» El Santo Padre ha mandado á sus ministros que os pongan al corriente de todo lo relativo al estado de nuestra legislacion, y de la administracion pública. Les ha encargado *particularmente* tambien someteros el estado de las rentas, con el fin de proponeros los medios mas convenientes de restablecer el equilibrio agravando lo menos posible las cargas de los pueblos. Igualmente ha encargado á los Ministros que en un breve término os presenten los proyectos de leyes anunciados por el Estatuto fundamental.

» El Santo Padre encarga á vuestra lealtad y á vuestros incesantes cuidados el órden y la concordia interior: con la concordia, señores, la libertad será provechosa para todos, con ella se desarrollan las *buenas leyes*, las *reformas latas*, las *sabias instituciones*. Instruidos por la esperiencia, sostenidos por la santa Religion cuya Silla reside en esta ciudad, podeis esperar que Dios no os negará ciertamente la plenitud de los bie-

nes necesarios para haceros los dignos émulos de la gloria de vuestros antepasados. »

Estrepitosos aplausos acogieron este discurso, programa en el cual cada frase encerraba un pensamiento digno de la bella alma del Pontífice. ¡Oh! si los representantes de la nacion mostrándose fieles á la santa mision que les estaba confiada, á la línea de conducta que tan liberalmente les habia sido trazada, hubiesen resistido como debian á la fiebre revolucionaria que minaba el cuerpo social; los romanos hubieran llegado progresivamente sin sacudimientos de ninguna especie, á la completa posesion de aquella libertad que los ambiciosos han querido imponerles mas tarde con la sangre y las ruinas!

La víspera de la apertura de las cámaras, el Soberano Pontífice habia publicado un *Motu propio* para arreglar, á tenor del artículo 64 del Estatuto fundamental, la ley de imprenta. Esta institucion era tan ámplia y gozaba de tanta libertad, que los directores de los periódicos no estaban sujetos á ninguna caucion, y la multa mayor por ultrages á la religion, á sus Ministros ó al Soberano, no escedia de la cantidad de cien escudos romanos.

El dia nueve de junio las dos cámaras se reunieron para empezar sus funciones, cada una en el local que le estaba destinado. La Cámara alta en el Colegio Apolinario, y la de los representantes en el palacio de la Chancillería. Cuasi todos los diputados concurrieron á su puesto. A las doce y media del dia el presidente por edad, Albini, acompañado del abogado Armellini, y del conde Potenziani, ocupó su sillon. Los dos diputados mas jóvenes desempeñando las funciones de secretarios se colocaron uno á la derecha y otro á la izquierda de la mesa. Cuatro taquígrafos, tomaron asiento junto á una mesa redonda colocada delante de la Tribuna debajo de la escalera que conducia á ella. Cinco ministros distintos y 52 diputados asistieron á la sesion. Las tribunas reservadas para el público estaban llenas de gente. La del cuerpo diplomático estaba to-

da ocupada. Era tanto mayor la curiosidad en cuanto se sabia que el Ministro debia leer su programa. Habiéndose sentado el presidente, el conde Mamiani con una voz sonora, ampliamente acentuada, leyó su discurso, notable por una perfidia hábilmente disfrazada, bajo el velo de los sentimientos religiosos y de la franqueza política.

Despues de decir que Pio IX como padre de todos los fieles, se cernia en las elevadas regiones de su autoridad celestial, que reinaba en la esfera pacífica y serena del dogma, y distribuia al mundo el pan de la Divina palabra, que *bendecia, oraba* y *perdonaba*, añadió Mamiani, que el Papa como soberano constitucional del pais, *abandonaba* á la sabiduría de los diputados el cuidado de disponer en la mayor parte de los negocios temporales. Esta asercion, contraria bajo todos puntos á la verdad, fué el preludio de las heregías políticas que abundan en esta arenga.

Relativamente á la guerra añade el Ministro:

« No ignorais, señores, que para *conformarnos á la paternal solicitud de Su Santidad*, hemos confiado al rey Cárlos Alberto el mando inmediato de nuestras tropas y de nuestros voluntarios, colocándolos bajo su salvaguardia; reservando empero al Pontífice y á su Gobierno los derechos y las prerogativas que exigen su dignidad y la nuestra, como podreis juzgarlo por los términos del convenio, despues de enteraros de él. Por lo demás, casi no podemos decir que hayamos secundado dignamente el impaciente ardor de nuestras ciudades.

» Existen en la historia de los pueblos momentos supremos en que el espíritu Nacional los exalta y los conmueve tan profundamente, que no solo es destruida cualquiera fuerza resistente y antagonista, sí que tambien esta se trasforma en un estimulante de la accion contraria.

» Entonces un solo pensamiento se apodera de las almas, un solo sentimiento arde en todos los corazones, y esta unani-

midad tan repentina, tan viva, tan fecunda en maravillas, parece en algun modo prodigiosa á los que participan de la misma, y que impelidos por un entusiasmo sacro, lanzan el grito poderoso y adoptan la noble divisa de: *¡Dios lo quiere!*

» Testigo el Soberano Pontífice de estos movimientos irresistibles, pero en atencion á su sagrado ministerio, teniendo horror á la guerra y á la sangre, ha tenido la idea digna á la vez de un corazon apostólico é italiano, de interponerse entre los combatientes, y de dar á conocer á los enemigos de nuestra patria comun la crueldad é insuficiencia de sus esfuerzos á fin de privar á los italianos de sus fronteras naturales, ó para impedirles de formar en adelante en la unidad y en la concordia, una sola y gran familia. Desde que el Ministerio tuvo conocimiento de este paso de Su Santidad, se apresuró á manifestarle su reconocimiento.»

Mas adelante Mamiani, parafraseando el famoso *Italia farà da sè*, añade: « en lo que tenemos mas empeño, en comun con todos los buenos italianos, es que nos dejen á nosotros mismos el cuidado de arreglar nuestros propios destinos. »

Luego aludiendo á la Francia que no nombra pero que designa claramente, prosigue, « el mayor infortunio que pudiera sobrevenir en este momento á la causa de nuestra nacionalidad, seria la amistad demasiado activa de una gran nacion.»

Retiróse el conde Mamiani de la tribuna entre el estrépito de los aplausos de toda la Asamblea, en el momento en que el príncipe de Canino pidiendo la palabra, hizo claramente esta pregunta al Ministro: « desearia saber si el programa que acabamos de oir es solamente la opinion política del Ministerio, ó la espresion exacta del pensamiento del Soberano? »

La cámara protestó con un murmullo de reprobacion contra lo indecoroso de tan intempestiva pregunta, empero el conde Mamiani, creyendo deber contestarla, subió de nuevo á la tribuna y le dijo: « Declaro que el discurso que acabais de oir es obra colectiva del ministerio; empero tambien afirmo,

señores, que este mismo discurso ha sido sometido á Su Santidad, que lo ha aceptado y aprobado completamente.»

Estrepitosos aplausos acogieron esta declaracion, como si fuese la exacta espresion de la verdad, cuando por el contrario era la inspiracion de la perfidia. En efecto, algunos dias antes de la abertura de las cámaras Mamiani habia sometido su discurso al Santo Padre, el cual descontento del conjunto y de los detalles, quiso que se hicieran en él algunas modificaciones: el ministro aparentó consentir en ello, dejó la minuta en manos del Papa, pero á poco rato envió por ella bajo pretesto de completarla, y con el objeto real de servirse de las modificaciones pontificias, como de una prueba de la soberana aprobacion. Las correcciones del Santo Padre se referian entre otras cosas á que el gobierno romano habia enviado agentes polacos á Hungría. El Papa habia escrito de su letra estas cuatro palabras: «*Io non so niente* yo nada sé.» Como quiera que sea, el conde Mamiani no devolvió el manuscrito al Santo Padre, y pronunció su discurso tal como lo habia concebido primitivamente.

Á pesar de la lucha sorda que existia entre el Pontífice y su ministerio, Roma gozaba de una tranquilidad momentánea, cuando el 16 de junio se supo que la ciudad de Vicencia acababa de caer en poder de los austríacos. Esto ya era de esperar, porque las noticias que habian llegado dias antes del teatro de la guerra hacian prever semejante acontecimiento, que tuvo lugar el dia 11 del propio mes. Esto era tanto mas fatal á las armas italianas, cuanto que la pérdida de aquella ciudad y su posesion, ponian al cuerpo de ejército del teniente general Welden en comunicacion directa con el del mariscal d' Aspre que operaba sobre la orilla izquierda del Adige y con el ejército principal á las órdenes del mariscal Radetzki, que tenia á Verona por centro de sus operaciones.

Vicencia no podia resistir á treinta mil hombres y sesenta piezas de artillería, mas que con doce mil combatientes. Sin

embargo, las alturas que la dominaban fueron defendidas durante dos dias con intrepidez por los batallones romanos, venecianos y particularmente por los suizos del ejército pontificio.

La noticia de la rendicion de Vicencia sembró la agitacion en la ciudad y provocó algunos movimientos populares que fueron fácilmente reprimidos. Un hecho menos importante pero que daba á comprender la division profunda que reinaba entre los poderes del Estado tuvo lugar en aquel entonces. Este fué el descubrimiento de una carta misteriosa dirigida por el cardenal Soglia, secretario de Estado, á monseñor Vialle Prela, Nuncio en Viena. Dividida en dos partes, la primera llevaba con todas las letras: «el Nuncio asegurará á la corte imperial que el lenguage usado en las cámaras por los ministros de Su Santidad, no ha sido aprobado por este; y en su conducta particular, continuará obrando segun mis instrucciones; cifradas tanto las precedentes como estas.» La segunda parte estaba efectivamente en cifras. Esta carta [1] impresa en forma de anuncio se ignora por órden de quién fué fijada, durante la noche, en todas las esquinas de la ciudad. La poblacion se conmovió tanto mas, cuanto la suposicion de aquel anuncio se hacia imposible. Llevaba signos oficiales, y entre los grupos de lectores se hallaban siempre algunos individuos que afirmaban su autenticidad. En cuanto á la primera parte era fácil de interpretar. El pensamiento pontificio protestaba claramente contra la continuacion de la guerra, contra las leyes de alistamiento y de hacienda destinadas á sostenerla. El conde Mamiani comprendiendo la posicion oblícua que este acto misterioso le hacia representar delante del Soberano, adoptó una resolucion atrevida. Presentóse al Quirinal y puso á los pies del Santo Padre su dimision y la de sus colegas; pero antes anunció públicamente que se daria una recompensa en dinero

[1] Véanse los documentos históricos n.º 4.

al que revelase la interpretacion del despacho escrito en cifras. Se prometia con el ausilio de esta interpretacion devolver á sus adversarios el golpe que le habia herido. El anuncio de la recompensa era conocido en palacio antes de la llegada del ministro; de modo que cuando despues de la audiencia que obtuvo del Papa y en la cual este le invitó á que conservase la cartera hasta que se hubiese encontrado un sucesor, pasó á casa del secretario de Estado; díjole el cardenal Soglia sonriendo: —«Querido conde, quiero haceros un regalo.

—¿Cuál? contestó el ministro.

—Habeis prometido, continuó el cardenal, una recompensa á la persona que os esplique mis cifras. Quiero que vos mismo la ganeis.

Entonces tirando de un cajon secreto de la mesa de su despacho, el secretario de Estado sacó un carton recortado y entregándolo al ministro añadió:

«Tomad estas parrillas, colocadlas sobre el despacho y lo leereis fácilmente.»

El contenido de aquel documento diplomático invitaba al Nuncio á entenderse con el ministerio de Viena para impedir la propaganda de las ideas republicanas francesas en Italia.

Batido el ministro con las armas que él mismo habia forjado, no esperó mas que en superar la dificultad de crear un nuevo ministerio. En efecto, todas las combinaciones abortaron. Indicábanse nombres, y por un lado eran rechazados, mientras que por otro las insinuaciones hechas á hombres graves, fueron declinadas ó aplazadas por los mismos. Así que, el poder quedó de hecho en las manos de los que ya lo poseian. No obstante, una voluntad superior veia con repugnancia la permanencia de este ministerio, y deseando sin derribarlo con su propia autoridad, decidirlo á que se retirara espontáneamente, aguardó una ocasion que no tardó en presentarse.

La Cámara acababa de cerrar la discusion de la respuesta al discurso de abertura y de nombrar una diputacion para pre-

sentarla al Papa. Su presidente el abogado Sereni, á pretesto de un importante negocio de familia, habia partido súbitamente para Perusa, declinando de esta suerte el honor de presidir la Diputacion que despues de presentarse en el Quirinal fué introducida á presencia de su Santidad. Inspirado el Papa por la oracion, habia meditado la respuesta que debia dar. Nada se sabia fuera del palacio. Creíase el ministro dueño de la situacion, no dudando bajo ningun concepto de la favorable acogida que el Soberano reservaba á los delegados de la Cámara. Bondadosa fué en efecto la recepcion, pero fulminante la respuesta.

Jamás se habia presentado el Pontífice con semblante tan magestuoso. Nunca su voz tuvo mas solemnes acentos, ni mas autoridad su continente. Merece su respuesta ser en parte reproducida.

« Señores:

» Aceptamos la espresion de reconocimiento que la Cámara nos manifiesta: agradecemos la contestacion al discurso que ha pronunciado el Cardenal nuestro delegado al inaugurar la abertura de las Cámaras, pero únicamente la agradecemos en la parte que no se separa en lo mas mínimo de lo que está prescrito en el Estatuto fundamental.

» Si el Pontífice, *ora, bendice* y *perdona*, puede igualmente *atar* y *desatar*, y si con el objeto de procurar mas eficazmente la salvaguardia y la consolidacion de los intereses públicos, el Príncipe ha llamado las Cámaras, á cooperar con él; el Pontífice necesita de una libertad de accion absoluta, para no esperimentar ninguna traba en todo lo que crea deber practicar en interés de la Religion y del Estado; y esta libertad debe ser intacta, como permanentes deben ser é intactos el Estatuto fundamental y la ley del Consejo de ministros que hemos concedido espontáneamente y de nuestro libre y pleno consentimiento.

» Si en todas partes se manifiestan los mayores deseos para

la guerra, es preciso que el mundo sepa de nuevo que el medio de acertar, no seria por nuestra parte una declaracion de guerra etc. etc. »

Los buenos ciudadanos aplaudieron este acto de soberanía admirable por su oportunidad y sencillez. Los revolucionarios quedaron derribados y particularmente Mamiani, que ciertamente no aguardaba una contestacion tan noble y tan hábil.

Mientras que Mamiani se aseguraba todavía por algunos dias en el poder, la noticia del paso del Pó y de la ocupacion de la ciudad de Ferrara por seis mil austríacos, vino á complicar la situacion y á abrirnos debates mas vivos en el parlamento romano. Olvidando que las tropas del general Durando habian sido las primeras agresoras adelantándose hasta Treviso en las provincias, en las cuales el Austria revindicaba la soberanía, los diputados y el *Contemporáneo*, principal órgano del movimiento belicoso rogaron encarecidamente al Santo Padre para que se declarase en fin por la salud de sus Estados y por la independencia de la Italia: El periódico de Mamiani, *La Epoca*, lanzando su grito de guerra, pide que la Iglesia de S. Pedro sea colgada de negro y que en medio de los apagados cirios se pronuncie el anatema contra las tropas austríacas. Mientras tanto, el Gobierno Pontificio contestó á la invasion de los Estados Romanos con una enérgica protesta que le merece los honores de un despacho redactado en sesion permanente por la Cámara de los diputados, y á la cual respondió el Papa de un modo digno de un Soberano.

En este tiempo, forzado Mamiani en sus últimas trincheras, presenta su dimision y depone su cartera á los pies del Santo Padre, principiando la crisis ministerial que no debia terminar hasta el 3 de agosto siguiente: era entonces el 19 de julio. Aquel dia los revolucionarios organizaron una demostracion y fueron en masa al palacio de la Chancillería pidiendo á voz en grito armas y la declaracion de guerra contra el Austria.

Rechazados en aquel punto por la actitud tranquila de los

diputados, intentaron apoderarse á la fuerza del Castillo de San Angelo (*); pero Ciceruacchio que dirigia el movimiento halló en los consejos persuasivos del príncipe Aldobrandini-Borghese un obstáculo que no habia previsto.

Aquellos hechos dieron lugar á un artículo intitulado *los tres*

(*) Este célebre monumento uno de los mas antiguos de Roma conocido desde remotos tiempos con el nombre de *Moles Adriani* estuvo destinado para tumba del emperador Adriano que lo hizo construir para sí y sus descientes á la orilla derecha del Tiber dentro el recinto de los huertos de Domizia. Creemos que no desplacerá á nuestros lectores leer aquí algunos detalles y noticias históricas de tan célebre monumento. Es muy probable que emulando Adriano el suntuoso Mausoleo que Augusto habia hecho levantar para sí y para los suyos á la márgen izquierda del Tiber, procurase imitar los planos de alguno de los mas magníficos que habia visitado durante sus contínuos viages á las provincias romanas. Sobre una base cuadrada que tenia doscientos cincuenta y tres pies levantábase en cada lado una mole redonda cuyo actual diámetro, disminuido de mucho, es el de ciento ochenta y ocho pies. Procopio asegura que esteriormente se hallaba revestido de masas cuadriláteras de mármoles de Paros: la base cuadrada la adornaban festones y medallones viéndose inscritos en ellos los nombres de los emperadores sepultados en el monumento. El edificio circular estaba esteriormente decorado con pilastras. La puerta estaba situada en medio por la parte de la base que mira á la ciudad, esto es exactamente frente al puente. Habiéndose vuelto á abrir recientemente dicha puerta se ha descubierto una gran parte del camino por el cual se subia á las habitaciones sepulcrales y encima del monumento. Esta subida espiral es un plano inclinado muy cómodo cuyo pavimento era de mosaico de fondo blanco y que existe en parte todavía. Sobre los cuatro ángulos de la base se veian grupos de hombres y caballos, segun Procopio, el cual afirma que eran estatuas que habian sido colocadas encima de la cornisa de la mole circular y que fueron rotas y arrojadas por los romanos que defendian dicha mole contra los godos. Para formarse una idea de la clase de estatuas de que se trata y cuán sensible sea su pérdida, bastará recordar que la época de Adriano fué felicísima para la escultura romana, y que el célebre Fauno de los Barberinos, que hoy se halla en Baviera, fué una de las que fueron arrojadas á los godos habiéndose encontrado al escavar los fosos del Castillo en tiempo de Ur-

fiaschi (silbas ó derrotas) por el que el Redactor de un periódico dirigido con talento, el abate Gimenez, fué condenado á muerte por el partido revolucionario y cobardemente asesinado á puñaladas algunos dias despues.

A la noticia del asesinato del publicista, sacrificado á la im-

bano VIII. Se cree por los modernos que las bellísimas veinte y cuatro colunas de mármol frigio que formaban el principal adorno de la Basílica de San Pablo punto inmediato á la via Ostiense, cuya irreparable pérdida se deplora todavía, sirvieron para decorar de un modo original el magnífico mausoleo de Adriano: empero sus proporciones no parecen en manera alguna acomodarse con las del monumento, y no existe autoridad que pueda hacer verosímil esta tradicion admitida con sobrada facilidad. Además puede asegurarse que Procopio que describe el estado de este monumento en el siglo VI antes de que sufriese ninguna devastacion habla de un modo tal, que da á comprender que jamás habia sido adornado con colunas el esterior del mausoleo.

Hasta la época del nuevo recinto de Roma en tiempo de Honorio y en el año 402 parece que el mausoleo se conservaba intacto. Segun el indicado Procopio entre aquella época y la guerra con los Godos se habia ya reducido á fortificacion sin que se le hubiese tocado ninguno de sus adornos. En dicha guerra tuvo que sufrir mucho cuando los romanos se vieron en la precision de arrojar para defenderse como se ha dicho las estatuas contra los agresores Godos.

El noble romano Crescenzio en el siglo X redujo el mausoleo completamente á fortaleza por lo cual se le llamó *Castro di Crescenzio*. Con motivo de su favorable situacion y solidez el pontífice Bonifacio IX le transformó en fortificacion para la defensa de Roma y le llamaron Castillo de San Angelo por la estatua del arcángel San Miguel que fué colocada en el punto mas dominante esculpida en marmol por Rafael de Monte-Lupo, la cual fué posteriormente sustituida por otra de bronce, hecha segun el modelo de Vanchefeld de órden de Benedicto XIV que es la que en el dia subsiste. Las fortificaciones despues de Bonifacio IX fueron aumentándose por los pontífices Nicolás V, Alejandro VI y Urbano VIII que añadió las obras esteriores sirviéndose de los conocimientos de Bermini.

Esta fortaleza tiene comunicacion con el palacio del Vaticano por medio de un corredor cubierto, descansando sobre arcos, mandado construir por Alejandro VI á la parte septentrional del recinto Leoniano.

placable tiranía de aquellos hombres que tienen tan solo en los labios las grandes palabras de fraternidad y libertad, hasta el dia en que satisfecha su ambicion huellan los derechos mas sagrados, los redactores de un periódico de órden, *El Lábaro*, firmaron colectivamente la siguiente declaracion:

En el año 1527 durante la guerra que el emperador Carlos V sostuvo con el pontífice Clemente VII que se ligó con Francisco I rey de Francia para arrojar á los españoles de la Italia, se hizo memorable el Castillo de San Angelo. El famoso condestable de Borbon general en gefe del ejército de Carlos V despues de haber tomado por la fuerza de las armas que capitaneaba varias villas y ciudades, se adelantó hácia Roma con ánimo resuelto de tomarla, entregándola á saco ó perecer en la demanda puesto que por otra parte exhausto de medios, solo con la esperanza del pillage, podia impedir el verse abandonado de sus tropas que carecian de pagas. Con la rapidez del rayo dirigió Borbon su ejército y llegó á acampar á las llanuras de Roma al anochecer del dia 5 de mayo, sin que pudiesen impedir su marcha los aliados del Gefe de la Iglesia. Despues de halagar á sus soldados con la vista de los palacios y de las iglesias de la Ciudad eterna, donde se encerraban tantas riquezas de Europa, les hizo descansar aquella noche y preparar para el asalto al dia inmediato.

Armado de pies á cabeza, presentóse Borbon al rayar el dia frente de sus tropas, y para que sus amigos y enemigos pudieran verle mejor, cubrió su armadura con un vestido blanco. Un cuerpo de españoles, otro de alemanes y otro de italianos, atacó por diferentes puntos la ciudad mientras que avanzó el resto del ejército para sostenerlos á tenor de las fases que tomase el asalto. El condestable de Borbon que al abrigo de una densa niebla habia podido conducir las tropas sin ser vistas hasta el borde del foso que circuia á los arrabales, hizo plantar las escalas y cada destacamento subió al asalto con una impetuosidad tal, que como dice Robertson en su historia del Reinado del emperador Carlos V animaba todavía la emulacion nacional. Viendo Borbon que las guardías suizas del Papa y las demás tropas veteranas que habia juntado, peleaban con una valentía digna de guerreros á quienes estaba confiada la defensa de Roma, y que impedian ganar terreno á los que asaltaban, precipitóse de su caballo, corrió, segun añade el mismo autor, á la cabeza de los asaltadores, y arrancando una escala de las manos de un soldado, la planta en el muro, y comienza á subir por él,

«Uno de nuestros cofrades ha sucumbido ayer de una estocada dirigida por una mano desconocida. No pudiendo un poder en disolucion, asegurarnos la libertad de la opinion y la personal, garantidas por las leyes, la redaccion de este periódico ha resuelto suspender su publicacion hasta que aquellas hayan recobrado todo el lleno de su fuerza. »

alentando con la voz y con el ademan á sus tropas, á seguirle. Mas al instante un mosquetazo disparado de las murallas le atravesó los riñones, y sintiendo desde luego que era mortal la herida, conservando bastante presencia de espíritu para recomendar á los que se hallaban inmediatos que cubriesen su cuerpo con una capa á fin de que su muerte no hiciera desmayar á sus tropas, espiró algunos instantes despues con un denuedo sin igual. En vez de abatir al ejército la pérdida del valiente Condestable acrecentó mas y mas su brio y su furor, y á los gritos de sangre y de venganza unidos al apellido de Borbon que resonaban en todas las filas fué tomada la Capital del mundo cristiano y entregada á un horroroso saqueo antes del cual noticioso Clemente VII de que sus tropas comenzaban á ceder, huyó precipitadamente del pié del altar de San Pedro donde estaba orando, para encerrarse en el Castillo de San Angelo con trece cardenales, los embajadores de las cortes estrangeras y muchos personages de distincion. Allí quedó prisionero habiendo entregado la misma fortaleza que le servia de asilo obligado á capitular por falta de todo recurso y reducido por el hambre á alimentarse de carne de asno. Suscribió pues á las condiciones que los vencedores le impusieron, sometiéndose á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército, á entregar al emperador todas las plazas fuertes que poseia la Iglesia y aun dando rehenes á quedar prisionero hasta que cumpliera los principales artículos del tratado. Permaneció Clemente VII hasta que obtuvo su libertad bajo la misma severa vigilancia de Alarcon que habia sido el custodio de Francisco I rey de Francia prisionero en Madrid.

En este mismo Castillo de San Angelo se acostumbran disparar todos los años magníficos fuegos artificiales llamados comunmente la *Girandola*, los cuales tienen lugar por la noche de los dias 28 y 29 de junio festividad de los santos apóstoles Pedro y Pablo. No podian despedirse en parage mas á propósito para que se disfrutase mas cómodamente, de cuasi todos los puntos de la ciudad, de un espectáculo tan sorprendente. (Nota del Traductor.)

Era tal la impotencia de estas leyes, que el 16 de julio, dia del aniversario del decreto de la amnistía, acudieron los demócratas debajo las ventanas de la redaccion de *El Lábaro* y vociferaron impunemente con una monstruosa mezcla de palabras la inconsecuente antítesis de « ¡ Viva la libertad de la imprenta! ¡abajo *El Lábaro!* ¡ Viva la libertad, y mueran los curas ! ».

Mientras tanto los vencidos de Vicencia regresaban triunfalmente á Roma. Con este motivo parodiando los diputados una página célebre de la antigüedad, enviaron diez de sus colegas al encuentro de los *reduci*, despues de haber tributado grandes elogios á Galetti, el droguero-coronel, y votado un mensage de felicitaciones á la legion, á la cual con enfático lenguage llamaban el orgullo de Roma. En tales circunstancias, asociándose el Senador Corsini á la cámara electiva, pronunció las siguientes palabras.

« ¡ Magnánimos Romanos !

» El Senado que ya en otras circunstancias os envió sus sinceras felicitaciones, se considera dichoso en el dia en poderos dispensar públicamente una acogida inspirada por un afecto paternal, y ofrece daros cuanto antes una *pequeña muestra de su reconocimiento*. Mientras tanto declara que habeis merecido bien de la patria. »

En el ínterin los legionarios de la independencia pasando orgullosos por donde en otros tiempos lo habian efectuado los Césares victoriosos de los Germanos y de los Galos, entraron en Roma, ceñida la frente con las ramas del laurel. La calle del Corso estaba adornada con banderas y gallardetes; de todas las ventanas caia una lluvia de flores; el coronel Galetti montado en su caballo de batalla, marchaba á la cabeza, llevando pasadas en su brazo muchas coronas de siemprevivas y de laurel. Las aclamaciones retumbaban por do quiera. Las trompetas y los tambores tocaban la marcha de la victoria. ¡ Insolente comedia ! ¡ Oh ! si los antiguos dominadores del

mundo que tan á menudo habian recorrido el mismo camino, arrastrando tras de sus carros un cortejo de reyes vencidos, se hubiesen despertado de su lecho de bronce y de mármol; si los gigantes hubiesen salido de sus heroicas tumbas; con qué desprecio no hubieran sacudido el polvo de sus gloriosos mantos, sobre los pigmeos de la revolucionaria Roma! Los legionarios fueron recibidos en el palacio Doria (*) por el príncipe Ministro de la guerra, que les ofreció un espléndido almuerzo, á la terminacion del cual, enardecidos por los vapores del Champañe algunos oficiales concibieron la idea de apoderarse del convento de los Jesuitas, fácil conquista que á

(*) Los tres cuerpos de arquitectura que se notan en el palacio Doria forman una de las obras mas magníficas de Roma. El cuerpo que corresponde á la plaza del Colegio Romano es el mejor trabajo arquitectónico y fué erigido por D. Camilo Pamfili. Los dibujos se atribuyen al arquitecto Borromini, empero mas bien parece que son de Pedro de Cortona. Algun tiempo después, el mismo señor Pamfili dispuso que el arquitecto Valvasori construyese el otro cuerpo de edificio que mira á la calle del Corso; y finalmente el que corresponde á la plaza de Venecia lo mandó edificar el último príncipe de la misma familia bajo los planos de Pablo Amali. Por fallecimiento del indicado príncipe, heredó este suntuoso edificio la ilustre Casa Doria. La decoracion interior del palacio corresponde á la magnificencia esterior. Penetrando en él por la parte del Colegio Romano es digno de observarse el pórtico delante la gran escalera, á causa de su bóveda llana sostenida por ocho colunas de granito oriental. Dicha escalera, que es de mármol, es espaciosa y bella, y las habitaciones á las cuales conduce, están muy bien distribuidas y ricamente adornadas, conteniendo una gran coleccion de cuadros en varias galerías y salas cubiertas sus paredes de finos estucos y dorados, de los mas célebres autores, tales como Pusino, Rosa, Castiglione, Lanfranco, Andrea del Sarto, Both, Fiammingo, Duro, Tiziano, Bassano, Zuccari, Perugino, Lauri, Lan, Caracci, Giorgione, Vandyck, Scipione, Mola, Pablo Veronese, Salvator Rosa, Vazari, Domenichino, El Espagnoletto, Mazzolino, Rubens, Holbein, Brandi, Garofalo, Miguel Angelo, Tintoretto, Manglard, Velazquez, Murillo, Massimo, Leonardo de Vinci y otros varios.

(Nota del Traductor.)

pesar de las reclamaciones impotentes del Gobierno se convirtió en cuartel de la milicia.

Algunos dias despues á la hora en que el pueblo romano se esparce por el Corso para respirar el fresco ambiente de la noche, entró procedente de Ponte Molle un postillon desalentado y cubierto de polvo recorriendo á escape tendido la gran artería de Roma gritando victoria y anunciando que la espada del rey Cárlos Alberto habia destrozado completamente el ejército austríaco. A los gritos de los entusiastas que recorren la poblacion, esta se ilumina como por encanto. Se adorna como en los dias de las mas grandes solemnidades, revistiéndose las fachadas de las casas con las colgaduras de las festividades. Clérigos y soldados, hombres y mugeres, niños y ancianos, pobres y ricos, se hablan en las calles, se felicitan y se abrazan. ¡Victoria! Las águilas imperiales del Austria han dejado caer de sus destrozadas garras la independencia de la Italia! ¡Victoria! en adelante las Aguilas Romanas remontando su vuelo, podrán medir el espacio y el sol! ¡Victoria! la aurora de los antiguos dias ha salido de entre la sangre de los bárbaros! ¡Victoria! estos gritos retumbando desde la plaza del pueblo al Capitolio, dispertaban los ecos de las siete Colinas: luego, de repente, en aquella hora en que calla todo rumor, en que el silencio se recoge, y en que la fatiga del dia duerme en el reposo de la noche, echadas al vuelo las campanas estienden sus metálicos ecos sobre la aletargada ciudad. Nutridas descargas de fusilería se suceden sin interrupcion. Entonces el terror reemplaza á la alegría. Dispertados los romanos por aquel terrible estrépito, preguntábanse si el sonido de las campanas era la señal de alarma, un toque de rebato; si los disparos eran los indicios de una sangrienta lucha: el terror llega á su colmo, el espanto es general: el miedo produce instantáneamente en algunos los mas terribles efectos: un gran número de personas que se hallaban en buen estado de salud, enferman; muchos de los que guardan cama espiran y hasta

gentes perfectamente sensatas pierden súbitamente la razon.

En todos tiempos los regocijos de la demagogia han sido fatales. Nunca celebróse fiesta que tuviera mas tristes resultados.

El dia siguiente por la mañana algunas casas del Corso conservaban la fisonomía del regocijo y todavía vibraba el eco de las campanas, cuando se supo que el correo salido por la puerta Angélica (*) y que habia vuelto á entrar por la del Pueblo, habia recibido de mano de Mamiani tres *piastras* para traer una noticia falsa. En efecto, la victoria tan pomposamente celebrada, no era en realidad, mas que una espantosa derrota. Jamás se abusó tan marcadamente de un pueblo grave, como lo fué el pueblo romano, ni jamás se engañó á una poblacion entera como lo fué la ciudad de Roma. El ejército austríaco lejos de haber sido aniquilado, acababa de obtener una señalada victoria.

De un solo golpe la sangrienta batalla de Custoza habia privado á Cárlos Alberto de las ventajas militares para cuya consecucion habia este empleado tres meses. Habia sido cortada toda la línea de operaciones del ejército piamontés, atravesado el Mincio en varios puntos, reconquistada Peschiera, perdido el material, que con grande coste se habia preparado para emprender el sitio de Mantua, y el anciano mariscal Radetzki, á pesar de una batalla de cuatro dias, dada bajo un sol devorador, se hallaba en estado de proseguir sin oposicion el curso de tales triunfos. Trascurridos apenas tres dias, arrojaba el ejército real de Buzzolo, de Cremona, y hacia pasar el Oglio á su ala derecha, y no dejaba á Cárlos Alberto otro partido que tomar, que el de retirarse sobre el Adda, donde las fuertes posiciones de Cremona, Lodi y Pizzighettone podrian

(*) Atravesando la gran plaza de San Pedro se llega á la puerta Angélica, que tomó este nombre, de los ángeles que en bajo relieve se ven esculpidos en ella, desde que la mandó construir Pio IV.

(Nota del Traductor.)

permitirle reunir su ejército dispersado, roto y desconocido.

Reinaba por aquel entonces en Milan la mayor confusion. Las vigorosas medidas decretadas por la Junta de Defensa pública, habian suscitado un movimiento de desórden y dominado por el terror. Desanimados los guardias nacionales y los conscriptos lombardos, carecian de arrojo y de entusiasmo. Lejos de levantarse en masa los campesinos, llamaban con la mayor voluntad á los austríacos que poseian sus simpatías. El patriotismo se perdia en clamores, en declamaciones y en armamentos tumultuosos. En vez de marchar con resolucion al combate, los republicanos preparaban las regicidas balas que mas adelante debian amenazar el pecho de Cárlos Alberto, cuyo brillante valor realzado por la intrepidez de sus dos hijos, se habia consagrado tan generosamente á la causa de la Italia, causa perdida por la cobardía de los unos, la debilidad de los otros, y sobre todo por la torcida conducta del partido republicano; de este mismo partido, que tres meses antes habia rechazado en el consejo del rey las condiciones del gabinete de Viena, á pretesto de que la Italia se hallaba demasiado reducida en la carta geográfica de Europa.

En efecto, el 24 de mayo anterior, el baron de Hummelaner autorizado para ello por el baron Pillersdorf, ministro del interior y al mismo tiempo presidente del ministerio imperial, habia sometido al gabinete de Lóndres el siguiente memorandum como base de la mediacion propuesta: «La Lombardía cesará de pertenecer al Austria, siendo libre de quedar independiente ó de unirse al estado de la Italia que ella crea deber elegir. Empero se encargará de una parte proporcional de la deuda austríaca. El estado veneciano quedará bajo la soberanía del emperador: tendrá una administracion separada enteramente nacional, arreglada por los representantes del pais, sin la intervencion del gobierno imperial y representada cerca del gobierno central de la monarquía por un ministro que dirigirá sus relaciones con aquel mismo gobierno.

» La administracion veneciana tendrá por presidente un archiduque virey que residirá en Venecia en calidad de lugarteniente del emperador. El Estado veneciano pagará sus propios gastos y contribuirá á los del emperador con doscientas mil libras al año. Tomará por su cuenta una parte de la deuda nacional. El ejército veneciano será enteramente nacional, pero estará sometido al ministro de la Guerra. »

Estas condiciones eran tanto mas aceptables en cuanto el gobierno británico acallando sus simpatías por los nobles esfuerzos de los venecianos, habia respondido á los reiterados llamamientos del gobierno provisorio de Venecia, que nada podia hacer para el restablecimiento de la república de San Marcos, atendido que los grandes principios de la política, debian estar seguidos de los mas penosos sentimientos y del mas vivo arrepentimiento. En tal circunstancia lord Palmerston habia declarado de la manera mas esplícita, que Venecia no debia ni podia contar con las fuerzas de la Gran Bretaña.

Bajo el punto de vista de la nacionalidad italiana, el haberse rechazado unas negociaciones que probaban la condescendencia y la buena fe del gabinete austríaco, es una enorme falta de la cual será el único responsable á los ojos de la posteridad el partido republicano de la jóven Italia. Las pretensiones de este partido, declarando que la Europa era demasiado grande y la Italia demasiado pequeña, será un objeto perpetuo de admiracion para el porvenir. Y es preciso decirlo muy alto; nunca partido alguno se ha demostrado mas incapaz, mas ignorante, mas superior á las circunstancias. Compuesto de elementos múltiples, heterogéneos, reclutados por la ambicion entre la falange de abogados, médicos, poetas y oradores, este partido en odio de la religion y de la monarquía, ha perdido la Italia.

Por aquel tiempo, un aventurero, Garibaldi, y una persona cuyo nombre debiera execrarse por todos los italianos, Mazzini, hicieron un entusiasta llamamiento á la juventud ita-

liana. «Venid, venid, esclamaba este; acudid todos los habitantes de las provincias de Comasco, de Brescia, de Bérgamo, en una palabra, de toda la Lombardía, genoveses, habitantes todos del Piamonte, de Parma, de Módena, de Toscana, ¡ea! marchemos al campo de la Italia, al baluarte de los Alpes; sabremos defenderlo, y si es preciso pasarlo.» De este modo hablaba aquel hombre que se atrevia á decir públicamente que la caida del Pontificado y la destruccion de las monarquías italianas, era el fin supremo de sus esfuerzos, el término de sus esperanzas. Así obraba, cuando su partido echaba mano de todo en Roma, para comprometer á Pio IX en una lucha tan sospechosa en su objeto, y cuyos siniestros resultados eran bien conocidos de todo el que no se dejaba cegar por la locura del orgullo y por las estravagancias de la ambicion. Por mas valientes que fueran los ejércitos de la Italia, infaliblemente debian ser vencidos: no solo porque la fuerza motriz de la unidad faltaba al conjunto del pensamiento y de la accion, sí que tambien porque los gefes colocados á su frente habian hecho del altar y del trono un pedestal para llegar á la independencia de la patria, que hubieran roto á pedazos al dia siguiente de la victoria. La prueba de que estos hombres querian otra cosa mas que la independencia del territorio italiano, queda patentizada con rechazar las honrosas condiciones que les ofrecia el gabinete de Viena. El Dios de los ejércitos, aquel Dios que ellos toman sin cesar por testigo de la justicia de su causa, no podia bendecir sus supremos esfuerzos, porque sus hipócritas labios acordes con su corazon, mentian atrevidamente en las relaciones del hombre con la divinidad, en lo que la conciencia tiene de mas santo y mas sagrado, la oracion.

Los Mazzinianos soñando la república, han perdido la Italia, que tan solo Pio IX á la cabeza del elemento monárquico podia salvar.

CAPÍTULO VIII.

Caida del ministerio Mamiani.—Nuevo ministerio.—Proclama del Soberano Pontífice. —Amenazas de un gobierno provisional.—Nueva invasion de los estados romanos.—Movimiento popular.—Los revolucionarios en la embajada de Francia.—Alistamientos.—Negociaciones.—Últimos actos de la Cámara de los diputados.—Prorogacion.—El conde Rossi, ministro.—Valerosos esfuerzos.—Desinterés del clero y de las corporaciones religiosas.—Primeros actos del ministerio Rossi.—Siniestro proyecto de las sociedades secretas.—*Inter cyphos*.—Trastornos en Ghetto.—Firmeza de Rossi.—Marcha de la revolucion en Europa.—Revista de los carabineros.—Arresto del fraile Gavazzi.—Provocacion de la prensa.—Preludios sangrientos.—Repeticion de un drama.—Escena lúgubre.—Conjuracion.

El 2 de agosto renovó el conde Mamiani formal é irrevocablemente su dimision de ministro, despues de haber sufrido una última derrota al ser rechazadas sus proposiciones belicosas.

Despues de profundas reflexiones, aguijoneado el Papa por la rapidez de los acontecimientos, lo reemplazó por un individuo llamado Fabri, antiguo desterrado liberal, y reconstituyó su ministerio del modo siguiente:

El conde Lauro Lauri, Hacienda.

El conde Pedro Guerini, Obras públicas, é interinamente de Agricultura y Comercio.

Francisco Perfetti, Policía.

Pascual de Rossi, Gracia y Justicia.

Y Camilo Gaggiotti, interinamente de la Guerra.

No se retiró Mamiani sin estampar antes en el periódico que recibia sus inspiraciones su propio panegírico. Alzado al

ministerio, no por eleccion libre del Papa, sino por el irregular impulso de los *clubs*, pretendia haber obrado con gran cordura en sus relaciones con el Soberano, mientras que se hallaba constantemente en disidencia con él. Para que sea una verdad el gobierno constitucional, es menester que cada poder tenga el libre ejercicio de la autoridad que la ley le confiere. La eleccion de los ministros corresponde al gefe irresponsable, y este derecho es tan incontestable, que en el pais de la Europa mas sabiamente constitucional, en Inglaterra, se ha visto al Soberano conservarlo intacto, á despecho de las exigencias del parlamento.

El reinado de Jorge III, nos ofrece un ejemplo en la persona del célebre W. Pitt. Lo mismo sucede en cuanto al derecho de paz ó de guerra, del cual es único depositario el Soberano en un régimen constitucional. Desconociendo Mamiani este doble derecho, se hallaba en abierta rebelion contra el sistema político que la generosidad del Pontífice habia acordado á las exigencias de los tiempos. Sufriendo Mamiani las condiciones que le imponian los *clubs*, no era ya en los términos de la ley escrita, el hombre del poder, sino el Seid de la revolucion: ya no era el gefe responsable de un gobierno regular, sino el juguete de una faccion. Creia guiarla, mientras que él mismo era empujado por los hombres que dirigiéndose á un mismo objeto, aspiraban á derribar la autoridad legítima, para fundar sobre las ruinas de un frágil edificio el reino de la demagogia.

En fin, despues de haber sido Mamiani un mal ministro, se convirtió en perverso tribuno, declarando en la Cámara, el 5 de agosto, que si al dia siguiente no quedaba el ministerio completamente reorganizado, propondria á ese *mal extremo*, un *extremo remedio*.

Semejante declaracion, que no era otra cosa mas que la amenaza de un gobierno provisional, la habia inspirado al exministro, la noticia de que un cuerpo de 4000 austríacos á las

órdenes del general Welden, habia nuevamente invadido las legaciones. Esta noticia de cuya certeza nadie podia dudar, fué una nueva tea arrojada en medio de la efervescencia popular. En efecto, aquella misma noche formáronse numerosos grupos en el Corso, y en las plazas donde la multitud en sus dias de cólera tiene la costumbre de reunirse. Tranquilos al principio, pero tomando en seguida una actitud hostil, los alborotadores insultaron á los que se paseaban sosegadamente, ya que á sus ojos tenian el delito de tener una cara de hombría de bien, y de conservar en buen estado sus vestidos. Los coches que regresaban de Pincio, tuvieron que retirarse ante los silbidos y la prohibicion de seguir adelante, y un clérigo que estaba parado á la esquina de una calle, recibió una puñalada que le atravesó el brazo. Dueños del terreno, resolvieron los demagogos presentarse al embajador de Francia para apelar á su generosidad y reclamar la intervencion, contra la cual la lengua del Tasso y del Dante no habia tenido suficientes anatemas, cuando se creyó con fuerza suficiente para reemplazar la espada. En seguida la multitud despidiendo sus ordinarios gritos, se trasladó con crecientes oleadas al palacio Colonna (*) residencia del duque de Harcourt. El embajador acababa de leer en uno de los diarios de aquel dia, *El Contemporáneo*, las increibles líneas siguientes:

(*) En la plaza de los Santos Apóstoles y al pié del Monte Quirinal, es donde fué principiado por Martin V de la muy noble casa de los Colonnas, el palacio de este nombre, terminado despues y adornado sucesivamente en distintas épocas por los príncipes y cardenales de esta familia. Aunque precisamente no tenga el palacio Colonna una decoracion arquitectónica, no obstante es uno de los principales de Roma por la vasta estension del edificio. La habitacion del plan terreno, fué pintada por Gaspar Pusino, Pedro Molyn llamado *il Tempesta*, Pomarancio, Alegrini, el caballero de Arpino y otros.

Al subir por la escalera principal se ve la colosal estatua de un rey prisionero y el bajo relieve de pórfido que representa una cabeza de Medusa. En la sala de la servidumbre, se halla un gran busto y dos án-

» Seria el mayor de *los males* ver llegar en medio de nosotros el *socorro del estrangero*; y sin embargo hemos llegado ya al punto que nuestras miradas se dirigen con febril ansiedad, al lado de los Alpes para ver *si bajan de ellos las falanges francesas:* y nuestros oidos están atentos por si perciben las primeras notas de la *Marsellesa*. ¡Oh estas falanges serán terribles! ¡Oh, esta Marsellesa se parecerá al incendio! Los que lo han querido, cara pagarán su traicion. »

Bajo el peso de las impresiones producidas por esta lectura, tres diputados designados por la multitud fueron admitidos á presencia del duque y le pidieron la intervencion francesa. La respuesta del embajador fué digna de él y de la Nacion que representaba. « Aunque quedo sumamente lisonjeado por mi » Nacion del pedido que me haceis, díjoles, empezaré decla- » rándoos, que me sorprende en alto grado. Las diatribas de » vuestros periódicos y los discursos de vuestros oradores, cier- » tamente no me habian preparado á ello. Vosotros mismos lo » comprendereis, porque ellos comprendian y significaban otra » cosa bien distinta. Sin embargo, la Francia es grande y ge- » nerosa y fácilmente olvida. Ignoro la resolucion que tomará » con respecto á la Italia. Nada tengo que deciros, pues, de » mi gefe. Tan solo en el caso de que hagais una peticion, y » que esta la suscriban un gran número de personas honora-

geles pintados por el citado Arpino. En la sala contigua á la galería y en el vestíbulo de esta, así como dentro de la misma galería, que es la mas magnífica y mejor adornada de Roma y cuya longitud es de doscientos nueve pies, y de unos treinta y cinco de ancho, existen hermosísimos cuadros de los mas acreditados artistas en pintura. Desde la galería se pasa por medio de un puente á un delicioso jardin, en donde hay dos grandes pedazos de un frontispicio de mármol blanco, muy bien trabajado, el cual vulgarmente y sin fundamento se cree por algunos que son restos del templo del Sol, y por otros del de la Salud. Existen tambien allí ruinas de las termas de Constantino.

(Nota del Traductor.)

» bles que representen los pueblos Romanos, me apresuraré á » enviarla á mi Gobierno. »

Medianamente satisfechos los delegados con esta respuesta evasiva en cuanto al fondo, pero vehemente por su forma, bajaron al zaguan del palacio y la transmitieron á la muchedumbre que gritó ¡ viva la Francia ! ¡ Viva el duque de Harcourt !

Durante este tiempo los decretos para los armamentos, los alistamientos, la movilizacion de la Guardia cívica, y para formar un material de guerra, se sucedian con tal rapidez, que contrastaba con la indiferencia de las masas.

Mientras tanto, el Ministro de la guerra nada olvidaba para dispertarles de su inconcebible letargo. « Lejos de mí, les decia en una proclama del 6 de agosto, lejos de mí la idea de que un espíritu degenerado se haya apoderado de vosotros: si así fuera, deberiais conmoveros al pensar en nuestras ciudades vilipendiadas y destruidas, en vuestras esposas y vuestras hijas deshonradas y en los ancianos y niños degollados. ¡ A las armas pues ! ¡ á las armas ! En nombre de este Dios que no puede abandonar, á la rabia de un cruel enemigo, un pueblo que defiende sus hogares y sus derechos. »

Por otra parte un periódico, *La Epoca*, tocando la trompeta guerrera, formaba orgullosamente en lineas sobre uno de sus números los combatientes que una parte de la Italia podia poner á disposicion de la causa de la independencia.

Los Estados Romanos.	600,000 hombres.
La Toscana.	300,000 »
La Lombardía.	800,000 »
Total.	1,700,000 hombres.

Despues de pasar revista á estos formidables ausiliares, esclamaba triunfalmente el periódico. « Nunca el emperador Napoleon levantó un ejército tan formidable para conquistar la Europa ! »

Mientras que los partidos extremos y los periódicos dilucidaban á su sabor la cuestion, el Soberano Pontífice obrando en sentido inverso, protestaba enérgicamente contra la ocupacion de sus Estados y enviaba al general Welden una comision encargada con sus plenos poderes. El cardenal Marini, el senador príncipe Corsini y el conde Guarini, Ministro de obras públicas, desempeñaron con éxito la mision que les habia confiado el Santo Padre.

Los acontecimientos de la Lombardía y de la Romanía, un decreto del Ministerio disolviendo los cuerpos francos formados á pretesto de la guerra, un decreto restituyendo en todo su vigor los reglamentos contra los escesos de la prensa periódica, y la necesidad entonces mas que nunca esperimentada de adherirse al Papa, devolvieron por algunos dias á Roma su aparente tranquilidad. Si el órden no reinaba en ella de un modo absoluto, la anarquía rugiente, andrajosa, ofensiva á la vez á los ojos y á los oidos, se habia por lo menos retirado de las calles pareciendo que la accion del Gobierno daba señales de vida.

La resistencia del Santo Padre luchando contra las exigencias belicosas de una parte de sus súbditos, le volvia á colocar momentáneamente á la cabeza del movimiento italiano y prestaba una nueva suerte de sucesos á la combinada mediacion de la Francia y la Inglaterra.

¡Engañador presagio! la calma solo reinaba en la superficie, mientras que los elementos del desórden fermentaban en el bajo fondo de la demagogia.

En tal concepto, el 26 de agosto la Cámara de los Diputados prorogada al 15 de noviembre, publicó las proposiciones siguientes, adoptadas el 22 en sesion secreta:

«1.° Que el Soberano Pontífice convoque un Congreso, en el cual se discutan los intereses de la Italia convenientemente representados en toda la latitud del poder espiritual y temporal del pontificado.

» 2.° Que en nombre de Pio IX se exija la evacuacion entera de los Estados de la Iglesia, comprendiéndose la fortaleza de Ferrara, reservada por un tratado reciente. Que en las condiciones relativas al reino Lombardo-Veneciano, sean garantidas la libertad de los pueblos, y la independencia de la Nacion Italiana, devuelta la Italia á sus límites naturales.

» 3.° Que el Soberano Pontífice intervenga para restablecer por medio de su autoridad la paz entre los Sicilianos y Napolitanos, ó cuando menos una suspension de armas que pueda servir al triunfo de la causa Italiana.

» 4.° Que en las negociaciones diplomáticas ya principiadas, se pongan de concierto los representantes de los Estados Italianos, con los intereses de la Italia, para que produzcan un primer efecto de la liga y de la dieta Nacional.

» 5.° Que el Gobierno Pontificio se ocupe lo mas pronto posible de la conclusion de esta liga, y de la formacion de esta Dieta.

» 6.° Que sea organizado y disciplinado el ejército á tenor del modo y número prescritos por la Cámara, y esto hasta tanto que la cuestion italiana quede resuelta.

» 7.° Que el Gobierno se dedique á restablecer por todos los medios que están en su poder, la confianza recíproca entre el clero y el pueblo.

» 8.° Que el Gobierno y las Cámaras se ocupen en efectuar una reforma financiera en el Estado, antes del año 1849.

» 9.° Que se atienda y haga justicia á las clases inferiores y á los propietarios, descargando á los primeros del peso que gravita directamente sobre ellos y que para los segundos sean mas equitativas las contribuciones, aplicándolas á toda clase de rentas.»

Estas proposiciones fueron el último acto de una sesion tan mal empleada en interés de los Estados Romanos y en el de toda la Italia. Animados, con todo, de las mejores intenciones los diputados, entibiados mas tarde por las injustas apre-

ciaciones de la conducta del Soberano, habian concluido por abandonarse á la corriente de la opinion pública, descarriada tambien por las declamaciones de una audaz minoría, y mas aun por el prestigio que se adhiere á las palabras *independencia* y *nacionalidad*.

El 27 de agosto proclamando el Soberano Pontífice las heroicas virtudes de muchos santos, cuya beatificacion decretaba, pronunció el siguiente discurso en la iglesia de San Pantaleon.

« Doy gracias al Señor porque en los dificultosos tiempos que atravesamos, muestra á la Italia y al mundo con nuevos ejemplos, cuanto quiere el triunfo de su Santa Religion, haciendo nacer hombres llenos de favor, allí donde la mies es abundante, y corto el número de jornaleros. No es para nosotros escaso consuelo, ver hombres apasionados á la vuelta de tantos lustros, hacer nuevas conquistas provechosas para la Iglesia : este consuelo es tanto mas grande, en cuanto en esta Italia hasta aquí tan católica, centro del Cristianismo, se atreven á introducir el protestantismo. Sus fautores presentándose por una parte sumamente exaltados á favor de la nacionalidad italiana, no repugnan por otra de emplear un abominable medio, que debe necesariamente destruirla : y mientras que los Alemanes, que viven por medio de la union entre ellos, hallan que el gran obstáculo á sus deseos, proviene de la diversidad de religiones, y que entre los mismos, los protestantes hacen proyectos de union; se ven en Italia ciertos hombres, que con escándalo de la religion, y en notorio detrimento político, pretenden obtener la unidad de un pais, introduciendo la mala semilla de la segregacion de la unidad de la fe. Hé aquí donde conduce la ceguedad de las pasiones. Roguemos á Dios que disipe estas tinieblas, asegurados con el poder de la divina promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. »

Este discurso que encierra una alusion á los servicios he-

chos por la Compañía de Jesus, prueba claramente que para conseguir su objeto, los enemigos de la sociedad habian formado una alianza impía con los enemigos del catolicismo. Y en efecto, renegando de la fe de sus padres, los principales gefes del error político, llamaban al error religioso para minar con mas seguridad las bases del Pontificado, y derrocar por sus cimientos una Iglesia que no sabria morir.

Como lo hemos dicho, las Cámaras prorogadas el 26 de agosto, debian volverse á abrir el 15 de noviembre. El Soberano Pontífice pensó aprovecharse de este tiempo para rodearse de un Ministerio poderoso y fuerte que reemplazara por la inteligencia y la energía, la debilidad y la poca esperiencia que el Gabinete actual imponia en los negocios. Para esto solo le faltaba un hombre cuyo valor y sabiduría estuviese al nivel de su pensamiento, y la adhesion á la altura de las circunstancias: dirigió la vista en el conde Rossi, y le hizo proponer el primer puesto en los consejos de la Santa Sede.

Aunque conmovido Rossi á la confianza que le dispensaba el Pontífice dudó, porque de una sola ojeada habia medido la enorme dificultad de los problemas que tendria que resolver, como gefe del gabinete Pontificio. Por otra parte su cualidad de Francés era un obstáculo tanto mayor en cuanto jamás habia querido reconocer la república de Febrero, y la autorizacion de aquel Gobierno se hacia indispensable para la aceptacion del importante puesto que se le proponia. Sin embargo, como Pio IX insistia, el padre Vaurés combinó una entrevista entre Rossi y el duque de Harcourt, su sucesor en la Embajada de Roma. Despues de conferenciar largo tiempo, se combinó que se escribiria á Paris para obtener la sancion del nuevo Gobierno, que la negó: sin embargo, como el negocio era urgente, fundándose el duque de Harcourt en que el Papa como gefe supremo de doscientos millones de súbditos católicos, podia tener el derecho de elegir sus Ministros de entre los Estados que dependian de su autoridad espiritual, aconsejó

de pasar adelante, y él mismo escribió en este sentido por segunda vez á su Gobierno. Tranquilizado por este lado, aceptó el conde Rossi, en una nueva entrevista que tuvo con el Santo Padre, la direccion de los negocios, y recibió las cartas de naturaleza de que tenia menester en su nueva posicion, tanto por su garantía personal, como por la seguridad de su familia.

Las condiciones que propuso al Papa en su primer programa, no fueron aceptadas. Entonces creyéndose dichoso de poder declinar la inmensa responsabilidad que no habia ambicionado, se retiró á la posada de Inglaterra.

Durante este intervalo, habiendo los acontecimientos sufrido notables modificaciones, fué nuevamente encargado el padre Vaurés de invitar al conde Rossi á que fuera al Quirinal. Suponiendo con fundamento el ex-embajador que se trataba de renovar las negociaciones, rehusó desde luego, pero en vista de las vivas instancias del religioso francés, le dijo: «Siempre me habeis dado escelentes consejos y por lo mismo decidme, ¿qué debo hacer?

—Acudir al llamamiento del Papa y aceptar el puesto que os ofrece, respondió el padre Vaurés.

—La situacion es difícil.

—Razon de mas para que acudais. Por otra parte el divino espíritu os dirigirá.

—¡Hágase su santa voluntad! replicó Rossi, y estrechando la mano del padre Vaurés, añadió estas palabras del Evangelio: *in verbo tuo, lavabo rete;*» en seguida presentándose al Papa, aceptó definitivamente la direccion del gabinete constituido del modo siguiente:

El cardenal Soglia, presidente y secretario de Estado.

Ciccognani, Gracia y Justicia.

Montanari, Comercio.

El príncipe de Rignano, Obras públicas, é interinamente de la Guerra.

Guarini, ministro sin cartera.

Rossi se reservó el Interior, la Policía, é interinamente la Hacienda.

Desde entonces el ex-embajador de Francia, hecho ministro, se puso á la obra con valor, y fortalecido por su conciencia, secundado por su prodigiosa habilidad, creyó sin presuncion llegar al cumplimiento de la obra la mas difícil que pudiera encontrarse en un pais completamente desorganizado. Con una adhesion sin límites á la persona del Pontífice, con un celo infatigable, con una actividad á toda prueba, iba diariamente al Quirinal para imprimir por sí mismo el rápido impulso de su poderosa voluntad á las distintas ruedas de la máquina gubernamental. Insensible á los gritos de cólera, á las injurias y á las amenazas, tanto de la prensa demagoga como de los hombres del movimiento, marchaba orgulloso delante de ellos con paso firme por el terreno que se habia hundido debajo de los que le precedieron. Apenas transcurridos algunos dias despues de su entrada en el ministerio, cuando ya se dejaba sentir en todos los ramos de la administracion la influencia de su habilidad práctica. Los primeros en responder á su llamamiento, celosos de concurrir al bien del Estado, fueron las diversas órdenes del clero y las corporaciones religiosas, que viniendo á su ausilio, ofrecieron al Santo Padre una suma de veinte y un millones seiscientos mil francos.

Por aquel mismo tiempo, el infatigable ministro, viéndolo todo y haciéndolo todo por sí mismo, proyectaba la reorganizacion civil del Estado romano y negociaba con Nápoles, Florencia y Turin las bases de una confederacion de los Estados italianos, contestando así victoriosamente sobre este punto á los agravios de los *clubs*, que procuraba presentarlo hostil á la liga, y de consiguiente á la independencia italiana. Por otra parte, dueño en este terreno, revindicaba en favor del Papa la iniciativa del pensamiento primitivo de la liga, probando que el Soberano Pontífice nada habia descuidado para conciliar las condiciones de justicia, sabiduría y dignidad que solo

pueden asegurar el éxito. De este modo el 4 de noviembre refutó con una nota redactada con notorio talento, la cual fué insertada en la *Gaceta de Roma*, las pretensiones del ministerio Piamontés, el cual en la sesion del 21 de octubre habia reclamado en pleno senado todo el honor. Estableció de la manera la mas perentoria, que no solo el Papa era el promotor de la liga, sino que habia visto estrellarse sus esfuerzos contra las insensatas exigencias del gabinete de Turin. En efecto, este gabinete queria que se declarara la guerra como principio y haciendo caso omiso del reino de Nápoles, pedia que se le enviaran inmediatamente tropas y dinero. Despues de demostrar claramente cuán absurdo era querer pasar sin la concurrencia del Estado mas poderoso de la Península, despues de haber hecho comprender que la autonomía italiana y el engrandecimiento del Piamonte no eran idénticos é inseparables términos, el autor de aquella nota, obra maestra de habilidad política, añadia:

«El proyecto del Soberano Pontífice es de los mas claros y sencillos, y puede reasumirse en pocas palabras. Habrá una liga entre las monarquías constitucionales é independientes las unas de las otras. Los plenipotenciarios de cada Estado independiente, se reunirán en conferencia preliminar en Roma para deliberar los intereses comunes y establecer las condiciones orgánicas de la liga. Todas las cosas existentes tienen su principio: por esta via recta y despejada, se llega al término. Se aleja de él adoptando otro camino, y en este último caso, la Italia víctima tantas veces de tantos errores, tendria que gemir por un nuevo error.

»Concluyamos: Pio IX no abandona su noble y poderoso designio, que es y ha sido siempre procurar por medio de la liga política italiana la seguridad, la dignidad y la prosperidad de la Italia y de las monarquías constitucionales de la Península. Pio IX no está guiado por el interés privado, ni por la ambicion: no busca, no desea, ni pide mas que la felicidad

de la Italia y el desarrollo regular de las instituciones que ha dado á su pueblo. Empero al mismo tiempo no podria olvidar lo que debe á la dignidad de la Santa Sede y á la gloria de Roma. Cualquier otra proposicion incompatible con este deber sagrado, en vano podria dirigirse al Soberano de Roma y al gefe de la Iglesia. El supremo pontificado es la sola grandeza que subsistiendo y quedándole á la Italia, le atrae el respeto y los homenages de la Europa y del mundo católico. Nunca Pio IX como Soberano Pontífice y como italiano pudiera olvidarlo.»

Ciertamente era noble y digno este lenguage, y sin embargo no satisfacia absolutamente á los gefes del partido extremo, que reunidos en Florencia y en Turin preparaban *inter sciphos* los dias nefandos que debian conducir á la república. El solo nombre de los hombres violentos que los círculos de Roma habian enviado al congreso confederativo para representarles, indicaban claramente el objeto al cual se dirigian las esperanzas y los esfuerzos de los conspiradores. En una de estas reuniones fué donde se decidió la caida del ministerio Rossi, por mas que debiera acudirse á medios extremos. Semejante decision que encerraba un decreto de muerte, fué provocada y ardientemente aplaudida por los dos principales delegados de Roma: uno de ellos levantando su vaso brindó de esta suerte: «¡Bebo á la salud del nuevo ministerio!—¿De cuál? le preguntaron.—Del que dentro algunos dias reemplazará al amigo del infame Guizot.» Dentro de aquel vaso habia sangre y aquel brindis encerraba un acento de agonía.

Mientras tanto la tranquilidad que disfrutaba Roma desde el advenimiento al poder del conde Rossi, fué de repente turbado por un incidente que en apariencia nada tenia de político.

Súpose y esparcióse la noticia en un momento, que un guardia cívico habia sido insultado y maltratado por un israelita, por lo cual formáronse grupos á los alrededores de Ghetto (*).

(*) La Guardia nacional cuya institucion debe ser en los paises libres

Al principio se contentaron con injuriar á los judíos que regresaron á sus casas, mas al anochecer su actitud se hizo tan amenazadora, que tuvo que recurrirse á la intervencion de la fuerza armada. El motin implacable, encarnizado, daba la medida del progreso que la muchedumbre de Roma se proponia hacer en la ciencia de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. El ministro Rossi demostró en semejante ocasion que comprendia é interpretaba la libertad diversamente que los hombres que la invocaban sin cesar con sus labios, repudiándola en

una garantía de órden y de seguridad individual, cuyos individuos correspondiendo á la confianza que merecen de la patria al entregarles las armas, deben los primeros acatar la ley y defenderla, se constituyó en Roma en un foco perenne de desórden y en un terrible ariete, que manejado por los gefes de los clubs revolucionarios, batió constantemente, ora con su apática conducta é indisciplina, ora con sus públicas manifestaciones presentadas como tributos de amor al inmortal Pio IX, el poder temporal del mismo Pontífice al cual debia su creacion. Un indíviduo de la Guardia cívica romana llamado Antonio Alfonsi, perteneciente al tercer batallon, del cual era coronel el príncipe de Piombino, fué por aquel tiempo conducido á la cárcel pública de órden del tribunal del Vicariato por un delito comun. Llega la noticia de su captura á sus compañeros de armas, y al instante desfigurándose los hechos hacen circular los agentes del desórden los mas descabellados rumores, entre los cuales procuran que cunda el de que el procesado acababa de esperimentar el mas duro mal trato en su encierro: enardecen el espíritu de cuerpo entre los mismos cívicos, y consiguen el que tumultuariamente una multitud de estos se presente á la morada del cardenal Patrici. Felizmente no le encuentran, porque pocos momentos antes habia podido ocultarse. Engrosada la turba con la gente que se le reune á su tránsito por las calles, se traslada á la cárcel, de la cual estraen al preso Alfonsi, despues de haber amedrentado á su carcelero. Las masas populares que siempre están dispuestas á dar fácilmente crédito á los absurdos que se les cuentan, especialmente cuando llevan el aparente sello del misterio ofreciendo el cuadro de una víctima sacrificada inocentemente al capricho ó tiranía de la autoridad, no pueden ó no quieren convencerse en medio de su *patriótico* delirio, de las seguridades que les

el fondo de su corazon. Era aquel el primer acto contra el cual tenia que oponerse como ministro, y en semejante ocasion demostró cuán determinado estaba á mantenerse en una conducta firme y enérgica trazada por la lógica de los siniestros acontecimientos, que por aquel tiempo de las principales ciudades de Europa se hacian las capitales de las teorías revolucionarias puestas al estado de aplicacion. En efecto, á la sazon parecia la Europa revuelta de arriba abajo, y estando calcada sobre la revolucionada Paris, atormentaban á su vez las

da Alfonsi, hasta bajo la fe del juramento, de no haber esperimentado mal tratamiento alguno en su calabozo.

Es tal el ciego deseo de las masas para poder justificar las pretendidas violencias de que habia sido víctima el preso, que sujetaron su cuerpo á una minuciosa inspeccion. Tres físicos, refiere el conde de Fabraguer en su *Historia del poder temporal de Pio IX*, entre los cuales se halla el doctor Aquiles Lupi que habia estado diez años en las prisiones en tiempo de Gregorio XVI por haber sido uno de los gefes de la insurreccion que estalló el 2 de febrero de 1831, insurreccion que apresuró la eleccion de este Pontífice, le hacen desnudarse, lo inspeccionan detenidamente, y deponen que ninguna impresion de padecimientos existe en la periferia de su cuerpo que pueda indicar violencia ó mal tratamiento; estiende el mismo Lupi, profesor de anatomía de la Universidad romana, una breve y detallada relacion que no basta á calmar la universal efervescencia. Solo la elocuencia del doctor Luis Massi y las persuasiones del príncipe coronel, lograron al fin sosegar las turbas, quedando en libertad el cívico Alfonsi, porque la Guardia cívica mas pronta y espeditivamente habia juzgado la causa.

Súpose en otra ocasion, como dice el autor, que un Guardia cívico habia sido insultado por un israelita, y esta fué la señal del motin del populacho y de muchos individuos de la fuerza cívica que se lanzaron á vias de hecho contra los habitantes del barrio de Ghetto, que es en Roma el de los judíos.

Pio IX, desde el principio de su pontificado habia marchado acorde con los adelantos y tolerancia de nuestro siglo, anulando la bárbara legislacion todavía subsistente en sus estados contra los judíos y que traia orígen del tiempo del feudalismo. En adelante ya no se inaugurará en Roma el Carnaval con el espectáculo que ofrecia la raza israelita al ir

naciones y desgarraban con el hierro de la insurreccion las entrañas de las antiguas sociedades, para buscar en el vacío de las ideas nuevas, los peligrosos misterios de la desconocida. Y ¡cosa estraña! en las diversas capitales procedian de la misma manera los revolucionarios para llegar á iguales consecuencias.

El conde Rossi no ignoraba sus proyectos: sabia que entre él y ellos habria lucha, y esta lucha casi siempre termina en Italia por el asesinato. No se arredró porque desde el mo-

entre los sílbidos y la gritería del pueblo á satisfacer al Capitolio la contribucion que se le imponia. Ya no quedarán en su barrio incomunicados por medio de aquellas férreas puertas que diariamente desde el pontificado de Paulo IV en 1555 permanecian cerradas desde el toque de oraciones hasta despuntar el alba. Desde que por voluntad de Pio IX caen derribadas aquellas puertas, los judíos pueden salir del Ghetto ó Contubernio hebráico, y mas de cuatro mil hombres son libres de fijar su residencia en el punto que mas les plazca de la ciudad, haciéndoles además el mismo Soberano partícipes de las limosnas que reparte entre sus demás súbditos, puesto que se considera padre de todos, y á todos quiere que alcance su caridad.

De esta tolerancia y munificencia del Pontífice quisieron sacar partido los agentes del desórden, fomentando entre las masas el odio inveterado contra los israelitas, hasta el punto de hacer que los trastiberinos se armaran y determinasen penetrar en el Ghetto y acabar con ellos. Desconocen los vínculos de la fraternidad que nos predicó Jesucristo, y solo miran á los judíos como una raza espúrea y proscrita que quieren sacrificar, desoyendo la misericordiosa voz del Pontífice. Un solo hombre pudo libertarles de la catástrofe que les amagaba, y este fué el popular Ciceruachio, que con su autorizada voz les hizo deponer las armas manifestándoles que iban á herir el compasivo y magnánimo corazon de Pio IX. Á esta idea desarrollada por el tribuno de las masas, corren todos al Ghetto, y allí donde el pueblo judío debia ser inmolado, recibe los abrazos de sus sacrificadores, y desde luego se prepara un banquete popular cuya suscripcion se fija á dos paulos (cuatro reales). Mézclanse allí cristianos y judíos y se echan los cimientos de una union duradera.

(Nota del Traductor.)

mento en que acudió al llamamiento de Pio IX habia hecho el sacrificio de su vida.

Próximo estaba el dia de la abertura de la Cámara, y para prevenir los acontecimientos que pudieran surgir con motivo de aquella ceremonia, el ministro llamó de las ciudades inmediatas á la capital y reunió en Roma, un número imponente de carabineros, única fuerza defensiva con la que creia poder contar: y él mismo los revistó para recordarles su deber y estimular su adhesion á la causa del órden sordamente amenazado por los enemigos de la sociedad. (*)

Estos calificaron de crímen semejante medida, y los mismos carabineros manifestáronse descontentos. No importa: el valor cívico y la energía del conde Rossi se elevaban á la altura de las circunstancias, y por lo mismo declaró, que no retrocederia ante medio alguno para defender los derechos de la Santa Sede, y que si fuese menester sabria montar á caballo para combatir á los facciosos. «Para llegar al Papa,

(*) La mayor parte de estas tropas las habia hecho venir el conde Rossi en posta de los diversos puntos de los Estados Romanos donde se hallaban destacadas. Con ellas contaba poder desbaratar la tenebrosa conjuracion que contra su persona y el Pontificado se urdia. Por de pronto al ver atravesar los conjurados por la calle del Corso aquellos escogidos soldados, de bellísimo continente, sobrecogiéronse de terror puesto que no esperaban que el Ministro opusiera tan imponente aparato militar para contrarestarles. Agitóse el club popular: calificóse de grave ofensa al público sosiego la presencia de aquellos guerreros, y particularmente á la Guardia cívica, de la que en aquella ocasion se contaba en Roma el número de catorce batallones, sin incluir en este el de niños llamado de la *Esperanza*. La rabia y el furor de los sediciosos no conoce límites. Se ha jurado la muerte del *ministro estrangero*, y á todo trance se ha de cumplir. Cítase al pueblo por medio de anuncios fijados en todas las esquinas, en las paredes de los cafés, y en las de las iglesias para que el dia 15 por la mañana se reuna en la plaza de la Chancillería, en cuyo edificio debe verificarse la apertura de las Cámaras.

(Nota del Traductor.)

decia, será preciso pasar sobre mi cuerpo.» Mientras tanto, mandó arrestar y encarcelar en Corneto, cárcel destinada para los eclesiásticos, al famoso fraile Gavazzi, que recorria las legaciones sembrando la discordia y atizando con su ardiente palabra las pasiones revolucionarias. Entonces no tuvo límites la rabia de los conspiradores. (*) Los periódicos radicales, sus cómplices, obedeciendo las instrucciones y órdenes recientes de Turin, exhalaron su odio contra el ministro: no hubo injuria que no le dirigieran, no retrocediendo ante violencia alguna para excitar contra él todas las pasiones. Haciendo Sterbini un arma provocadora de su pluma, publicó una serie de artículos, que excitando el crímen debian empujarlo á sangrientas catástrofes. «Existe una escuela, dijo, que enseña á hacer nacer las ocasiones de bombardear, incendiar y destruir las grandes capitales. Esta escuela está representada en Roma por monseñor Rossi, y monseñor Rossi tiene en Roma el encargo de ensayar semejante política. Pero como aquí faltan las

(*) A este mismo fraile Alejandro Gavazzi de la órden de los Bernabitas, fué á quien anteriormenle los estudiantes de la Universidad Romana encargaron la oracion fúnebre, cuando se celebraron los funerales para honrar la memoria de los estudiantes de Pavia y de Milan, que perecieron, al dispersar las autoridades austríacas con las armas el movimiento insurreccional que intentaron en aquellas ciudades, reuniéndose en torno á una bandera y cantando contra la terminante prohibicion del gobierno, el himno nacional Romano. En la lectura que de la oracion fúnebre hizo desde el púlpito en aquella ocasion el Padre Gavazzi, abrió el dique de su turbulento carácter, y bajo el barniz de acudir al apoyo de la independencia italiana, profirió toda clase de teorías desorganizadoras, concitando los ánimos á la insurreccion por medio de las ideas mas disolventes y sediciosas. Este discurso subversivo valió al orador ser estrañado de Roma y detenido en el convento de San Buenaventura, donde hubiera permanecido por mucho tiempo á no haberle dejado en libertad en seguida el gobierno, en vista de las felicitaciones que dirigian á aquel las primeras Sociedades populares y Círculos Romanos, y de la sorda agitacion que se notaba en las masas.

(Nota del Traductor.)

revoluciones á los conjurados, faltaba crear pretestos para inducir al pueblo á algun movimiento violento á fin de poder en seguida aplastarlo y sojuzgarlo. Los hechos que tenemos á la vista demuestran que tal es el pensamiento de este ministerio. »

En contestacion á estas diatribas, de las cuales el conde Rossi conocia perfectamente las miras, hizo insertar el 24 en la *Gaceta de Roma* un artículo que en algun modo debia servir de peroracion á semejantes luchas políticas.

Despues de decir que las asambleas legislativas habian hecho poco bien en sus sesiones precedentes, el valeroso publicista terminaba con estas palabras:

«Todo el mundo sabe que hay elogios que ofenden, é injurias que enaltecen. »

Este documento, que desde entonces pertenece á la historia, apenas era conocido del público mas que de un cierto número de personages de corazon ulcerado, de rostro sombrío, que se reunia secretamente en la pequeña sala del teatro de Capranica (*). Los conjurados habian comprado en el anfiteatro del Hospital de San Jaime el actor que debia desempeñar el principal papel en el drama que iban á ensayar para ejecutarlo al dia siguiente. Este actor inmóvil y yerto, de frente lívida y de crispados labios, se hallaba ya en la escena, era.... un cadáver. Media noche acababa de dar en el reloj de Monte Citorio: el lugar, aquel cuerpo inanimado, puesto en pié apoyado á uno de los bastidores del teatro, daban á la siniestra asamblea un carácter que helaba de horror y provocaba los espeluzos del espanto. No importa: superiores al primer movimiento de terror, aquellos hombres ligados por un terrible juramento, se repartieron los papeles: entonces uno de ellos de elevada estatura, nervudo brazo, mano firme y segura, barba pobla-

(*) Este pequeño teatro se halla situado en la plaza del mismo nombre. (Nota del Traductor.)

da y de rojo pelo, coge un puñal, acércase al bastidor, y descubriendo con la mano izquierda en el cuello del cadáver la vena que ocasiona la herida mortal, hiere sin temblar. El golpe habia sido dado con acierto, y por lo tanto un rayo de feroz alegría cruzó por ante los ojos de los conjurados. Siendo infalible el éxito del drama que acababan de ensayar, salieron de allí citándose para el dia siguiente en el palacio de la Chancillería.

CAPÍTULO IX.

Preparativos para la apertura de las Cámaras.—Numerosos avisos.—Imprudencia y valor del ministro Rossi.—Enérgica resolucion.—La causa del Papa es la causa de Dios.—Asesinato de Rossi.—Escenas atroces.—Detalles.—Discurso que debia pronunciar el ministro.—Retrato de Rossi.

Mientras que esta horrible escena se pasaba en el teatro Capranica y que un hierro homicida heria la efigie de Rossi, presidiendo este el Consejo de ministros, daba cuenta á sus colegas de las medidas que habia adoptado para la tranquilidad del dia siguiente en el cual debian abrirse las Cámaras. En oposicion á la mayoría del gabinete, deseaba confiar la guardia del palacio de la Chancillería á los carabineros, mas seguros segun decia, que la Guardia cívica compuesta en parte de elementos hostiles. Persistiendo en esta opinion, mandó á buscar á media noche por su cochero José Decque al coronel del cuerpo, que respondiendo al punto á su llamamiento se dispuso á cumplir sus órdenes. Sin embargo, prevaleció la opinion contraria de sus colegas y se decidió que la Guardia cívica prestaria el servicio del palacio. Lo único que Rossi pudo obtener, fué que un piquete escogido ocuparia el patio de la Chancillería formando en hileras á su tránsito. «Estas precauciones no me son personales, dijo rasgando y pisando con desprecio una carta que habia recibido por la tarde y que contenia amenazas de muerte: Dios sabe bien que yo moriria con placer por la causa que defendemos, pero importa por interés de esta

misma causa, que la abertura de la Cámara se verifique con calma y dignidad. » Era la una de la madrugada. Entonces levantando la sesion, retiróse á su gabinete para dar la última mano al discurso, que segun decia, debia, si lo hubiese pronunciado, reunir á la causa del Papa las opiniones mas contrarias. Habiéndole dispertado á las seis su ayuda de cámara, se hizo traer una taza de café que bebió en la cama y en seguida se levantó y se puso de nuevo á trabajar.

Á las siete entraron sus dos hijos en el gabinete y le pidieron billetes para asistir á la sesion. «No los tengo, respondió el padre.—Pero ¿cómo puede ser que un primer ministro no tenga billetes? replicó el hijo mayor, nos pasaremos sin ellos y encontraremos el medio de penetrar en la Cámara.

—Os lo prohibo, gritó Rossi incomodado.

—Pero, ¿por qué padre mio?

—Porque tal es mi voluntad. Os quedareis al lado de vuestra madre. »

Un instante despues recibió un billete sellado con las armas de la duquesa de Rignano, el cual encerraba un nuevo aviso. «Mi querido conde, decíale la duquesa, os amenaza el peligro mayor que jamás hayais corrido; no salgais pues, porque sereis asesinado. Si no podeis dispensaros de asistir á la sesion de apertura, tomad las mayores precauciones, porque en ello va vuestra existencia. » El ministro tomando la pluma contestó de esta suerte á la duquesa:

«Mi querida duquesa, os agradezco sumamente el interés que me atestiguais, pareciéndome exagerados vuestros temores: en todo caso, he tomado mis precauciones: tranquilizaos pues, por lo que respeta á mí, y sobre todo por vuestro marido.

» Todo vuestro.

Conde Rossi. »

Á las nueve le anunciaron la visita del banquero Righetti, á quien el Santo Padre, á peticion suya, habia nombrado sub-

secretario de Estado en el ministerio de Hacienda. La calma reinaba en la frente del ministro y brillaba en sus ojos la alegría; y como todas las naturalezas fuertes, se gozaba en la idea de la lucha; por lo que, con cierto aire de triunfo, manifestó á su amigo el billete que acababa de recibir de la duquesa de Rignano. Toda vez que amenazan, dijo, es señal de que tienen miedo, y añadió: no es al hombre al que quieren matar en mí, sino un principio fatal á sus proyectos: QUIEREN ASESINAR LA CONSTITUCION EN BENEFICIO DE LA REPÚBLICA.... Un instante despues despidió al banquero Righetti, dándole cita á las doce y media para el Quirinal. Durante este intervalo, le hicieron llegar á las manos un nuevo aviso acerca del complot de los conspiradores, encargándole que no diese un solo paso sin ir rodeado de guardias. El valor cívico, le decian, no consiste en esponerse al peligro que uno puede evitar. El valor que desafía inútilmente un peligro cualquiera, es una fanfarronada, si no una locura. Algunas veces, murmuró Rossi, llega á ser un cálculo político....

Á las diez almorzó tranquilamente como de costumbre, procurando tranquilizar con la serenidad de su rostro y la calma de sus palabras las vagas inquietudes que por él manifestaba la condesa Rossi. En aquel momento uno de sus criados vino á avisarle que una persona deseaba verle para un negocio que le era concerniente y de tal importancia que no podia esperimentar retardo. «Sin embargo tendrá que aguardarse, respondió Rossi; pues primero son los negocios de Estado, antes que los intereses particulares: decid á esta persona que vuelva mañana.» Salió el criado y volvió á entrar en seguida diciendo al conde que la persona que deseaba hablarle, al retirarse habia dicho: «Tal vez es ya demasiado tarde y mañana ya no será tiempo.»

—Ya veis, amigo migo mio, dijo la condesa, que una gran desgracia se cierne sobre nosotros, y haceis mal en no tomar alguna precaucion.

—Sois muy niña, replicó Rossi, y levantándose de la mesa se vistió para ir al Quirinal. Era cerca de medio dia y el Papa le aguardaba.

—Soy muy feliz en veros, le dijo el Papa, dándole á besar su mano.

—Vengo á recibir las órdenes de vuestra Santidad, respondió Rossi.

—Solo tengo que daros una, añadió el Soberano Pontífice.

—¿Cuál? Santísimo Padre.

—La de que tomeis todas las precauciones posibles para evitar á nuestros enemigos un gran crímen y ahorrarme un inmenso dolor. Vuestra vida está amenazada.

—Son demasiado cobardes, repuso Rossi, y no se atreverán.

—Dios lo quiera, y en el ínterin recibid la bendicion que os doy con toda mi alma.»

Un instante despues despidiéndose del Papa salió el ministro de las habitaciones pontificias; y al ver su aire apresurado hubiérase dicho que se aceleraba para encontrarse delante del peligro.

Un respetable eclesiástico, el cura de Faenza que recientemente se habia visto obligado á abandonar su parroquia, le aguardaba al pié de la escalera de palacio. Apenas apercibió al ministro, se interpuso á su tránsito pidiendo hablarle.

—No tengo tiempo para escucharos, contestó Rossi.

—Y sin embargo es preciso que me oigais.

—¿Qué me quereis?

—Salvaros.

—¿Quién sois?

—Monseñor Morini.

—¡Y bien veamos! hablad y sed corto.

—Esta mañana hace una hora, estaba confesando en la Iglesia de Jesus: una muger con la frente pálida y voz apagada, acercándose á mi confesonario, me suplicó que fuera á

una capilla inmediata donde me aguardaba, segun dijo, un personage que queria comunicarme una cosa de suma importancia... Dudaba... pero persistiendo aquella muger, añadió que yo podia impedir un gran crímen y salvar la vida de un hombre... No dudé mas: me trasladé en seguida al punto indicado y hallé envuelto en una capa á un desconocido que tomándome de la mano me dijo: en nombre de Dios, corred al Quirinal, hallareis allí al conde Rossi: detenedlo si todavia es tiempo, impedidle por todos los medios que estén en vuestra mano ir al palacio de la Chancillería, porque si se presenta allí, será muerto: los conjurados se hallan en sus puestos, y le aguarda el puñal...

—Gracias Monseñor, le dijo Rossi, y luego levantando los ojos al cielo, añadió con sublime calma: *La causa del Papa è la causa di Dio! andiamo:* ¡La causa del Papa es la causa de Dios! marchemos.

Puntual á la cita que se le habia dado, el subsecretario de Estado Righetti llegaba en aquel momento. El coche del Ministro de Estado estaba dispuesto: «Subid, le dijo Rossi, subid si no temeis nada. Mr. Righetti subiendo en seguida y tomando asiento á su lado, preguntóle si realmente habia algun peligro que temer. —Los republicanos, que desprecio soberanamente, contestó Rossi, han resuelto deshacerse de mí: pudiera penetrar en la Cámara por puerta secreta, pero no lo haré: al contrario, quiero manifestar á todo el mundo que no temo á los facciosos.» Luego con el acento de una profunda conviccion, con la sonrisa de una resolucion inmutable añadió: «Creo que hoy enterraremos la revolucion: hé aquí su partida de óbito» y con su mano derecha tocaba el discurso de abertura que llevaba sobre el pecho.

Rodaba el coche del Ministro hacia algunos minutos, cuando el cochero José Decque oyó un silbido, y reparó al extremo de una callejuela un hombre que corria precipitadamente en direccion al Palacio de la Chancillería. Quiso detener un

momento sus caballos, pero Rossi le hizo seña para que continuase. El cochero hizo chasquear su látigo, y poco despues el coche corriendo al galope llegó al patio del palacio. Una compañía de Guardias cívicas ocupaba la plaza, pero contra las órdenes que se habian dado no habia carabinero alguno para guardar la puerta y formar en ala al tránsito del Ministro: un grupo de sesenta hombres cubiertos con sombrías capas se apretaba á la entrada del patio. Silenciosos al principio y encargando ellos mismos el silencio que debia inspirar una fatal seguridad, acogieron friamente estos mismos hombres al ministro; empero desde que su coche hubo penetrado debajo el pórtico y que por un hábil movimiento una parte de ellos hizo imposible la retirada, empezaron á silbar y á huchear al Ministro, que sin conmoverse aguardaba que Mr. Righetti hubiese bajado del coche para seguirle. El lacayo llamado Juan, acababa de levantar el estribo de la carroza y apenas habia dado el conde Rossi siete ú ocho pasos por entre la multitud compacta de la cual se veia rodeado, cuando un hombre de cierta edad llevando una barba blanca le dió con su palo en el hombro izquierdo. Aquella era la señal: Rossi volvió orgullosamente la cabeza para responder á su agresor, y en aquel instante el asesino que aguardaba el momento oportuno para obrar, le hundió su puñal en el cuello: la arteria carótida habia sido cortada; el Ministro cayó sin proferir un solo acento pero al mismo instante se levanta, lleva su pañuelo á la herida, y sostenido por Mr. Righetti y por su criado sube maquinalmente las primeras gradas de la escalera que riega con su sangre y vuelve á caer en fin para no levantarse mas (*).

(*) Ocupaban en el pórtico de la Cámara uno y otro lado de la escalera, gran número de gentes de torvo aspecto, entre los cuales se veian varios voluntarios de Venecia y de Vicenza, y además un corto número de napolitanos que formando peloton parecia estaban en aquel sitio para examinar á cuantos subian ó bajaban por dicha escalera. Acababa de sucumbir el desventurado Rossi bajo el puñal de la demagogia y to-

ROSSI

Entonces mientras que lo trasladan en la antecámara de la estancia del cardenal Gazoli inmediata al salon de diputados, mientras que los doctores Fusconi, Pantaleoni y Fabri, miembros los tres de la asamblea, examinan la herida y la declaran mortal, un anciano, un hombre valeroso llamado Pedro Meletri, atravesando el grupo de asesinos que se dispersó sin proferir una palabra, ni un grito, ni hacer la menor seña, se lanza á la calle que conduce al convento de los Santos Apóstoles, y corre á participar al Padre Vaurés el asesinato, y á rogarle se traslade al lado de la víctima para bendecir y recibir su último suspiro. Por su parte Mr. Righetti corrió al Quirinal para dar parte al Papa del cruel acontecimiento que acababa de tener lugar. Grande fué el dolor del Papa porque perdia á la vez un súbdito valeroso y un Ministro al nivel de las circunstancias. « El Sr. conde Rossi, dijo, ha muerto mártir, y Dios recibirá su alma en paz. » Durante este tiempo el Padre Vaurés llegando al Palacio de la Chancillería encontró tendido y sin vida, sobre un sofá negro, el cuerpo de su desgraciado amigo. Rossi habia entregado el último suspiro y sus facciones crispadas ya por los dolores de una violenta agonía, estaban cubiertas con un pañuelo blanco. Entonces el padre Vaurés obedeciendo sin duda á una inspiracion superior, echó sobre el ensangrentado cadáver la postrera bendicion que se

davía herian los oidos de las personas pacíficas que la curiosidad habia atraido á semejante parage los penetrantes silbidos y gritería de afuera, cuando saliendo á la puerta un hombre de mala traza, de elevada estatura y larga y poblada barba grita desaforadamente: *¡tutto è fatto!* ¡todo está hecho! y al momento al estrépito sucede un silencio sepulcral. Abandonan sus puestos el reducido número de soldados que ocupaban el patio de la Chancillería para ordenar la entrada y salida de los carruages, y los asesinos del sabio y virtuoso conde Rossi salen tranquilamente seguidos de una muchedumbre de entre la cual óyense algunos gritos de *hanno fatto bene!* han hecho bien!

(Nota del Traductor.)

da á los que mueren. Luego pensando en la desventurada muger, que la pluma de un publicista anteriormente, y despues el puñal de un asesino acababan de reducir á la viudez, se trasladó á la casa del Ministro.

Hallando por el camino al cochero Decque, que habia tenido que retirarse á las amenazas y á los insultos de la muchedumbre aglomerada despues del crímen en el patio del palacio de la Chancillería, subió al coche, y á los pocos momentos se encontró á la presencia de la condesa Rossi. Ignoraba todavía ésta la desgracia que la acababa de herir. No obstante, perseguida por siniestros presentimientos, esclamó con cierto terror: — « ¡Qué hay pues, Padre mio!

— Calmaos, señora, respondió el Padre Vaurés procurando prepararla progresivamente para que conociese la verdad que ella debia saber muy pronto: calmaos: dicen que una tentativa de asesinato ha tenido lugar contra la persona del conde...

— ¡Desgraciados, me lo habrán muerto!

En aquel mismo instante los dos hijos entraron pálidos, azorados y fuera de sí. — ¿Dónde está nuestro padre? gritaron. ¿Dónde está nuestro padre? ¿No nos respondeis? ¿Lo han asesinado, no es verdad? ¡pues bien! ¡Venganza! ¡muera Sterbini! »

Y hablando así los dos nobles jóvenes se lanzan espada en mano con direccion al palacio de la Chancillería repitiendo: ¡Venganza! y ¡muerte á Sterbini!

El pueblo, el verdadero pueblo enternecido, consternado á la vista de su profundo dolor, se retira á su tránsito. Un amigo íntimo, un noble bolonés los acompaña para contenerles y defenderles en todo caso.

— ¿Dónde está nuestro padre? repiten al llegar á la plaza delante las puertas del palacio guardadas por un destacamento de Guardia cívica. ¿Dónde está nuestro padre? Entonces, Eduardo el menor de los hijos de la víctima, Eduardo vestido con el uniforme de ayudante, apostrofa de esta suerte á la

Guardia cívica muda é impasible: « Sois unos infames todos cuantos no lo habeis defendido y que le habeis dejado cobardemente asesinar: habeis deshonrado vuestro uniforme: el mio me horroriza, y no lo llevaré mas. Esta espada con la cual hace poco peleé en Vicenza contra los enemigos de la patria, la maldigo y la rompo. » Hablando así, arrancó sus charreteras, rasgó su levita, rompió su espada y pisó con furia sus pedazos. Mas tranquilo, pero no menos indignado que su hermano, Alderan constituido gefe de la familia, tomando á su vez la palabra gritó.

— « ¡ El puñal que acaba de asesinar á nuestro padre, ha muerto para siempre la causa de la jóven Italia. Esta causa basada sobre el crímen, está irremisiblemente perdida!

A todo esto la desventurada condesa Rossi temiendo para sus hijos igual suerte que la del padre, se hallaba en la mas terrible desesperacion: preciso fué la ardiente y piadosa caridad del Padre Vaurés para endulzar las consecuencias de tan vehemente é increible dolor.

Apenas habia el conde Rossi entregado el último suspiro, cuando el rumor de su asesinato se esparció por el salon donde los diputados se hallaban ya en sesion. Uno de ellos estaba leyendo un discurso, cuando circulando con rapidez la terrible noticia llegó al instante al conocimiento del presidente Sturbinetti, así como á la de los miembros del cuerpo diplomático.

El embajador de España Sr. Martinez de la Rosa levantándose en seguida, salió acompañado de su secretario: empero el duque de Harcourt Embajador de Francia dijo: « Aguardemos, señores, para ver lo que hará el presidente y lo que resolverá la Cámara. » ¡ Vano esperar! el presidente solo tomó la palabra para reprimir la agitacion que se manifestaba en las tribunas públicas á consecuencia de aquel acontecimiento y para decir friamente: Pasemos, señores, á la órden del dia. Entonces levantándose á su vez y cediendo á un movimiento

de indignacion el duque de Harcourt abandonó el salon diciendo: « ¡Esto es infame! salgamos para no ser cómplices de semejante impasibilidad.»

La calma de los diputados delante de la muerte de un ministro colega suyo, asesinado á su vista, por decirlo así, á la puerta de la Cámara, es una mancha de infamia que indeleblemente les quedará marcada sobre su frente. Uno solo, del cual sentimos no saber el nombre para ensalzarlo, tuvo valor. Como varios miembros de la asamblea, ignorando todavía el crímen se informaran de la causa de la agitacion que se manifestara á fuera. « Preguntadlo á Mr. Sterbini, esclamó el animoso diputado mirándolo fijamente, pues que él sabe algo.»

La noticia de la muerte del Ministro Rossi víctima del puñal de la demagogia, se esparció por la ciudad de Roma con la rapidez del rayo. Los hombres de bien sinceramente amantes de su pais deploraban consternados un suceso que abria la via á los asesinatos políticos. Al contrario, los conspiradores considerándolo como un triunfo, resolvieron celebrarlo de una manera digna de ellos. Consecuente á las órdenes que tenian los agentes secretos de la revolucion, derramándose por entre la multitud, en los cuarteles de las tropas de línea y en los de la Guardia cívica, presentaron el asesinato de Rossi como una conquista obtenida por la libertad sobre el absolutismo, poetizaron el asesinato adornándolo de flores, insultaron al pueblo provocando con su actitud su aspecto de complicidad. Luego, cuando llegó la noche, encendieron las antorchas de los regocijos: desplegaron las banderas de las manifestaciones y en la corbata de una de ellas suspendieron el puñal del asesino paseándolo procesionalmente.

Los agentes de la fuerza pública, los carabineros, faltando á su deber, los guardias cívicos, los soldados de línea uniéndose á la multitud, y esperimentando una fatal impulsion, recorrieron las calles, que obligaban á iluminar cantando un

horrible estribillo que dicen compuso Sterbini en aquella ocasion; pues nada era mas justo que el provocador pensamiento se uniera en aquel dia de luto á la mano que le habia servido de instrumento: *Benedetta la mano che Rossi pugnalò.* ¡Bendita sea la mano que dió la puñalada á Rossi! A este sacrílego estribillo, glorificacion de la infamia, unieron los gritos de ¡Viva la Italia republicana! ¡Viva el puñal de Bruto! ¡Viva Bruto II!

De este modo fueron adelantando hasta los cuarteles mas populosos de la ciudad escoltando en triunfo á un hombre jóven todavía, que pasa por ser el asesino, y que contesta al nombre de *Trentanove.* Este hombre, avergonzado al parecer de la apoteosis que le hacen sufrir, está pálido como el remordimiento: un sudor frio baña su frente descubierta, sus labios prueban en vano sonreirse á la vista de los homenages que le dispensan á su paso, y conduciéndole al café de los *Convertite,* rodéanle y se estrecha á su lado una multitud ávida de ver el monstruo á quien llaman el libertador de Italia y al cual besan la mano diciendo: *¡O santa mano!* Sin embargo, notando sus cómplices que los dragones protestaban con su ausencia contra aquella procesion de caníbales, se dirigieron en seguida hácia el cuartel, procurando arrastrarles; pero los dragones resistieron, conservando intacto aquel dia el honor de su estandarte. Desde el cuartel de caballería se dirigieron al Corso y por una infernal inspiracion estuvieron debajo las ventanas del palacio donde la esposa y los hijos de su víctima lloraban en silencio y deploraban el golpe que habia hecho viuda á la una, y huérfanos á los otros. Allí sin compadecerse de los sentimientos mas inviolables y sagrados, ultrajando la santidad del dolor entonaron un cántico de júbilo para exaltar al asesino repitiendo ¡Bendita sea la mano que dió la puñalada á Rossi! Y procurando imitar una de las escenas mas atroces de la revolucion francesa, levantaron al nivel de las ventanas del primer piso el arma homicida, destacándose como un trofeo ba-

jo los pliegues tricolores de su bandera hecha estandarte del crímen (*).

Instruido de semejantes hechos, que pasaban los límites de la mas monstruosa atrocidad, el duque de Harcourt, noble representante de la nacion francesa, se apresuró por medio del padre Vaurés á ofrecer la hospitalidad en su palacio á la fa-

(*) Despues que el cuerpo diplomático se hubo retirado de la tribuna que le estaba destinada en la Cámara, escandalizado de la punible conducta que observó á la vista del cadáver aun caliente del primer ministro de Su Santidad bárbaramente asesinado á las puertas de la misma; el embajador de España, el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, ese erudito literato y publicista, tan sabio diplomático como cumplido caballero, se traslada corriendo al lado del Soberano Pontífice. Procurando consolar el justo pesar que oprime el corazon del venerable Gefe Supremo de la Iglesia por la pérdida de su primer ministro; y constituyéndose en fiel intérprete de los sentimientos de la escelsa reina doña Isabel II y de su gobierno, así como de su católica nacion española, tiene el honor de repetirle los ofrecimientos que ya le habia hecho en otras ocasiones, de acudir á su apoyo con todos los ausilios de que podia disponer, el noble pais que tenia la gloria de representar, en las críticas circunstancias en que la desenfrenada revolucion habia colocado la cabeza visible de la cristiandad.

Como el poder en Roma habia pasado de hecho á manos del círculo popular, que era el que habia determinado el asesinato del conde Rossi, los pacíficos ciudadanos que formaban la inmensa mayoría de la capital quedaron aterrados, temerosos por su seguridad, ya que la hez del pueblo, esa audaz minoría, dominadora de la situacion creada por el puñal, de un momento á otro podia desbordarse. Solo el ministro de Comercio Montanari permanecia en su puesto de honor al lado de Pio IX, pues los demás miembros que constituian el gabinete, unos se habian fugado y ocultado los otros; así es que nada hizo en toda la tarde del 15 para dar siquiera alguna señal de vida.

El Círculo popular que por medio de sus agentes habia hecho recorrer los cuarteles para atraerse las tropas pontificias preparándolas á fraternizar con las masas populares, salió al oscurecer para ir, precedido de una bandera tricolor, y á la luz de las antorchas de las manifestaciones, á tributar el testimonio de su agradecimiento al cuartel de los carabineros, por no haberse estos valido de sus armas para estermi-

milia del ilustre difunto. Despues de haber cumplido con semejante mision, aquel digno religioso aceptó otra mas triste y mas peligrosa. Encargóse de hacer tributar los últimos deberes al cuerpo del desgraciado conde Rossi. Ante todas cosas era menester que la policía conforme á la ley, hubiese reconocido

nar á los sicarios que habian inmolado al desventurado conde Rossi. Mientras que los honrados ciudadanos deploraban las desgracias que iban á caer sobre Roma, el grupo del Circulo Popular, que con dificultad lo formarian cien personas, recorria sin que nadie se lo estorbara varias calles al dirigirse á los cuarteles, desde los cuales regresó despues de haber sido recibido con aclamaciones por los soldados al palacio Fiano, donde estaba establecido el mismo Círculo Popular y en cuyo recinto en fraternal union la soldadesca mezclada con los cívicos, la escoria del pueblo y algunos estrangeros, aplaudian frenéticamente las determinaciones de aquel club presidido por Sterbini, que con anterioridad habian sido tomadas por unos pocos, para de este modo representar el simulacro de la suprema voluntad del pueblo á las deliberaciones de una inmunda minoría, que empezaba por querer imponer al Papa los ministros que ella designaba, entre los cuales se continuaba á Mamiani y al famoso Sterbini, el mismo que con sangrienta pluma habia promovido en las colunas de su periódico al asesinato del infortunado primer ministro de Su Santidad.

Á las diez de la noche se vió á esa misma masa popular acudir frente el alojamiento del abogado Galetti, á quien se habia acordado nombrar comandante general de los carabineros. Allí se oyó á este despues de salir á la plaza exaltar á la plebe en una ardiente peroracion, en la que agradeciéndoles la confianza que se le dispensaba, prometia derramar la última gota de sangre en defensa de los derechos del pueblo.

Al terminar esta parodia tribunicia escarneciendo los afiliados al Círculo Popular los cánticos sagrados con que la Iglesia implora el eterno descanso de los que no existen, los dejaron oir al pasar por delante de la casa de la desconsolada viuda y de los hijos de Rossi que aquella mañana habia sido asesinado, y al dia siguiente con horror de la generalidad del pueblo romano se leia un epitafio fijado en las esquinas que decia:

Qui giace Rossi: fu uomo perverso;
Non pregate per lui ch' è tempo perso!

Semejantes pasquines unidos á la apoteosis pública que acababa de

cido la identidad del cadáver. El padre Vaurés encontró un primer obstáculo en el cumplimiento de esta formalidad, en la cobardía del director de la policía nombrado recientemente á tan importantes funciones por la bondad del mismo ministro Rossi. Aquel hombre, acallando el sentimiento de reconocimiento ante el del miedo, habia dado durante el dia su dimision al ministerio fiscal. Este accediendo á los deseos del padre Vaurés pasó al palacio de la Cancillería, y durante la noche el cura de S. Lorenzo In-Damaso (*) cuya iglesia se halla

tributarse la tarde del dia 15 de noviembre al asesinato, á las privadas y aun mas nefandas ovaciones celebradas entre las orgiacas libaciones de los cafés, hicieron dudar á los pacíficos habitantes de la horrorizada Roma, si se hallaban en una ciudad civilizada y cristiana, ó bien en medio de los bárbaros salvages de la India. Careciendo los anarquistas del valor necesario para combatir al gobierno por las vias legales, habiendo recurrido al puñal para deshacerse del hombre que habia protestado *no poder nadie atentar á la persona del Pontífice sin pasar por encima de su cadáver*, y habiendo perdido la vergüenza hasta el punto de honrar pública y privadamente el puñal de un villano asesino, nada bueno debia esperarse en Roma, antes al contrario todo hacia temer, que habiendo cesado desde aquel dia el estado legal de la ciudad, y hollada la ley, empezaban á oirse los rugidos de un próximo cataclismo. (Nota del Traductor.)

(*) En el palacio de la Chancillería que hemos descrito en la segunda nota de la página 125 se halla la iglesia de San Lorenzo in Damaso bajo cuyas bóvedas fué sepultado el cadáver del malogrado conde Rossi. El Papa San Dámaso construyó á últimos del año 380 esta iglesia en honor del mártir San Lorenzo, creando una renta para el mantenimiento del capítulo de canónigos de la misma, que es uno de los mas antiguos de Roma. Se atribuye la reedificacion de esta iglesia lo mismo que el palacio, al cardenal Riario. Á fines del último siglo, el edificio sufrió mucho daño, que últimamente fué reparado. En la sacristía se ve la estatua de San Cárlos Borromeo, obra de Estéban Maderno, y en la iglesia existe el sepulcro del célebre Anibal Caro, autor de la bellísima traduccion de la Eneida de Virgilio y de otros escritos. Su retrato hecho en mármol, fué esculpido por Docio.
(Nota del Traductor.)

enclavada en el mismo palacio, hizo transportar el cadáver á un aposento inmediato á la sacristía, allí la noche siguiente el doctor Carpi y el cirujano Bucci en presencia del padre Vaurés y de un ayuda de cámara del conde Rossi llamado German, procedieron al embalsamamiento. Terminada aquella operacion, el cuerpo fué piadosamente depositado en una caja de madera y esta encerrada en otra de plomo en cuya parte superior se grabó esta simple inicial: R.

Habia sido preciso obrar así, porque se sabia de un modo indudable que el odio de los verdugos persiguiendo á su víctima hasta en la inviolabilidad de la muerte, habia formado el proyecto de arrebatar el cadáver del ministro para entregarlo á sacrílegas profanaciones. En fin, despues de algunas honras religiosas tributadas á los despojos mortales del que acababa de morir tan gloriosamente por la causa del Papa, que era la causa de Dios, su doble ataud fué bajado á una de las secretas bóvedas de la iglesia de San Lorenzo In-Damaso. El asesinato del conde Rossi, cobardemente inmolado, no fué tan solo la muerte violenta de un hombre; fué un acontecimiento político que abrió para el Pontificado y para toda la Italia una nueva era de peligros, porque el solo hombre tal vez en la misma Italia el conde Rossi, unido al pensamiento del Papa, comprendia la situacion de la Península, y podia aplicar las nuevas instituciones á las necesidades de los tiempos, sin pasar por las sangrientas pruebas de las revoluciones. En efecto, desde su entrada en el ministerio, renacia la calma en Roma y el órden se introducia progresivamente en los diversos ramos de la administracion. La conciliacion del poder temporal con el espiritual, se iba efectuando de cada dia, haciendo posible al Pontificado la forma constitucional: el partido republicano hallando pues en la elevada inteligencia y en la enérgica voluntad del ministro, un obstáculo á sus proyectos, resolvió destruirlo, recurriendo á su *ultima ratio*, el puñal.

«Si me dejan hablar, decia el conde Rossi, si me dan

tiempo para pronunciar el discurso que tengo preparado y que encierra tal vez la salud de la Italia, se acabó para siempre la demagogia en la Península.»

La minuta escrita de este discurso, tan admirable en el fondo como en la forma, no estaba concluida: el inteligente ministro debia armonizar su peroracion segun las impresiones que su poderosa voz habria hecho nacer en la asamblea.

Como quiera que sea, este documento célebre en los fastos parlamentarios, es demasiado importante para que dejemos de reproducirlo aquí, tal como fué hallado manchado de sangre en la faltriquera de la ilustre víctima.

«Señores diputados:

»Apenas se ha sentado Pio IX en el trono pontificio, cuando el universo católico ha admirado en él la clemencia del Pontífice y la sabiduría del Soberano: la historia dirá que Pio IX fué un Pontífice indulgente y un monarca reformador.

»La amnistía trajo el consuelo al seno de centenares de familias: los seglares obtuvieron concurrir á los negocios públicos, el consejo de Estado abrió las vias á la monarquía representativa y el pensamiento en fin soberano, se formuló en el estatuto fundamental é hizo participar á los Estados Pontificios los bienes y la gloria de la civilizacion moderna; por lo que, admirado el mundo vió desmentido por hechos solemnes las injustas previsiones de una filosofía política que proclamaba el Pontificado, necesariamente, por la naturaleza de sus principios, como el enemigo de las libertades constitucionales y el perpetuo obstáculo para la perfeccion de las instituciones civiles en los Estados de Italia. En el corto espacio de algunos meses llevó á cabo Su Santidad espontáneamente una obra que hubiera bastado para eternizar la gloria de un largo reinado y dió á los soberanos de otros pueblos los mas nobles ejemplos de la ciencia de gobierno. Imparcial y sincera la historia al narrar, como es justo, los actos de este pontificado, repetirá que la Iglesia, firme en su acento, inflexible en cuanto

á la santidad de sus dogmas, comprende, sin embargo, y secunda siempre con una prudencia admirable, el desarrollo legítimo de las instituciones y de las cosas de este mundo, y los movimientos que la divina Providencia imprime á la vida social.

»Debia creer Su Santidad que el éxito corresponderia á su bienhechora prevision y á la liberalidad de aquellas concesiones; que la tranquilidad, fruto de su meditacion y de sus desvelos, ofreceria á los particulares los manantiales de riquezas, que solo esperan brazos hábiles é instrumentos convenientes, para derramar sus tesoros; y que en medio de la prosperidad general, una vez olvidados los inveterados errores de un gobierno demasiado indulgente, así como aliviados prontamente los apuros del tesoro público, podria el Estado ocuparse de las nobles y útiles empresas que debian trasmitir á las futuras generaciones, la gratitud al pontificado de Pio IX y eternizar su memoria.

»Todavía no se han realizado las justas esperanzas de Su Santidad: sucesos que no es posible á los hombres prever; una ciega obstinacion que la prudencia política del Pontífice podia deplorar en los demás sin vencerla; movimientos escitados en el exterior, y á los cuales era imposible que su pueblo inflamado por el noble sentimiento de la nacionalidad italiana permaneciera espectador indiferente de los giros políticos y sociales, profundos, inesperados; al sucederse con la rapidez del rayo, han producido en toda la Europa tal transformacion, que toda prevision humana se ha visto singularmente aventajada por los hechos. Pertenece solo á la historia dar en su página tardía, la esplicacion del misterioso desarrollo de las terribles revoluciones, de las cuales solo la Providencia conoce anticipadamente las causas y los efectos.

»En medio de este flujo de generosas y malas pasiones, de actos de heroismo y de errores, de esperanzas y de objetos de terror, la administracion firme y regular de los negocios

humanos, se hace casi imposible; ¡tan grande es el número de falsos sabios que se abstienen, de débiles que abandonan toda esperanza y de audaces que no conocen freno alguno!

»Lo mismo que los navegantes asaltados por la tempestad, los que gobiernan el Estado en tiempos de crísis, toman el derrotero que les es posible, en vez del que desearan emprender; y seria injusto por cierto echarles en cara el no haber podido prevenir todas las contrariedades, obviar todos los sacudimientos, y evitar todos los escollos.

»Imposible era que el Estado Pontificio no sintiera el empuje de aquel choque europeo. Vióse pues aquí despuntar la mezcla del bien y del mal que arrastra tras sí lo que los historiadores llaman las épocas de transicion; y seria injusto querer relativamente adelantar el pais por una severidad inoportuna el imparcial juicio de la historia. Nosotros por lo tanto preferimos atribuir el bien á los hombres y el mal á la época.

»Aceptando pues los hechos sin juzgarlos, recordamos tan solo con qué dolor los hombres pensadores (y nosotros damos este nombre á los partidarios sinceros de una decorosa libertad y de un regular progreso), vieron los desastres materiales que oprimian al Estado y á los particulares, la ruina del comercio y del crédito, la desaparicion del numerario, los apuros del tesoro, la enormidad de los gastos, el trastorno mas bien que la renovacion del órden social, la descomposicion y la desorganizacion del ejército, los delitos, tan frecuentes como impunes y la licencia universal. Pero además de esto, vieron con dolor amenazada de muerte la verdadera libertad, cuando la anarquía se cubrió con su máscara y temblaban de que disgustado por tantas locuras Su Santidad, concluyera por dudar de la gratitud de su pueblo y por arrepentirse de las concesiones que le habia otorgado.

»Abrigando tales temores, ignoraban la longanimidad del Soberano Pontífice, que sentia sin duda los obstáculos y los acontecimientos imprevistos de una parte, y de la otra las bas-

tardas pasiones é ideas nocivas que los hombres mal aconsejados oponian á la obra tan deseada de la reforma en el Estado, aunque no permanecia menos firme en su designio de llevarla á cabo.

» Llamados, señores, á secundarlo en la empresa de reorganizar la causa pública, os habeis dedicado á ello en muy difíciles tiempos, y aun antes que el Gobierno hubiese tenido lugar de preparar y de sazonar las diversas proposiciones de las cuales desea llamar el sabio exámen y las deliberaciones de las cámaras legislativas.

» De ahí nació el pensamiento de prorogar sus sesiones. Mas poco tiempo despues habiendo manifestado dos ministros de Su Santidad sus deseos de retirarse, se dignó el Santo Padre honrarnos con su confianza y nos encargó el peso de los negocios públicos.

» Hemos obedecido.

» Sin embargo, no ignoramos cuán ardua y peligrosa es la tarea á la cual vamos á poner la mano. Fácil nos era prever que de todas partes se levantarian para hacernos la guerra los antiguos y nuevos abusos, las vergonzosas costumbres de los tiempos pasados, las estravagantes ideas irregulares y altaneras de nuestros dias. Con todo, nos hemos inclinado ante la voluntad soberana, alimentando la esperanza que la confianza del príncipe sostendria nuestro ánimo y que la autoridad y la sabiduría de las cámaras supliria nuestra insuficiencia.

» Todo descansa en vosotros, señores: el gobierno constitucional es para nuestro suelo una planta todavía tierna y delicada, y que con mucho trabajo ha echado sus primeras y débiles raices. Inútil considero deciros lo que no ignorais: que una constitucion no se funda en el mero hecho de su redaccion y de su promulgacion, sino que es menester que la marcha correlativa de los acontecimientos la fortalezca y se arraigue en las costumbres por medio de un ejercicio contínuo, pacífico y regular. En efecto, cuando la nacion ha aprendido

á conocerla, á recurrir á ella, á esperimentar sus beneficios, á temer su pérdida, á honrarse de su posesion, entonces únicamente es cuando puede con derecho, ser proclamada como un producto indígena é inherente al suelo. Demostremos pues, señores, que somos dignos de poseerla probando que si somos agradecidos por este don precioso, somos tambien al propio tiempo celosos é intrépidos guardadores de la misma á la par que sus mas escrupulosos observantes. Vosotros sois, señores, una parte esencial de esta nueva organizacion política. Guiada por vuestros consejos, por vuestra enseñanza y por vuestros ejemplos la nacion entera, fuerte con vuestra cooperacion, entrará espontáneamente y con placer por la senda constitucional que le ha trazado la mano del príncipe, y nuestros descendientes dirán con el acento de la gratitud: Si Pio IX, este grande y generoso Pontífice redactó la constitucion, las cámaras la fundaron en 1848 aplicándola con madura prudencia, infatigable cuidado y con admirable perseverancia, oponiendo igual resistencia á los vanos recuerdos del despotismo, y á las locas violencias de la anarquía.

» En cuanto á nosotros, miraremos como una dicha y como un honor el poder asociarnos á vuestros trabajos concurriendo á ellos, si no con la suma de conocimientos y el talento proporcionado á las necesidades, á lo menos con un celo sincero, con un trabajo inconcuso, y un valor inflexible. Hemos prometido servir fielmente al Pontífice y observar bien y fielmente la Constitucion, y tales promesas no serán por nuestra parte quebrantadas. Para nosotros sagrada es la Soberanía, como es sagrada la Constitucion. Cualquiera que intentare separar la una de la otra, hallaria tanto en nosotros, como en vosotros, señores, firmes adversarios.

» Nuestros primeros cuidados deberán dirigirse al ejército y á la hacienda: esta se halla en desórden, y es poco productiva: aquel es incompleto y desorganizado; y vosotros no ignorais, señores, que sin ejército y sin rentas un Estado, no

solo no puede conservar la paz, sí que tambien menos puede sostener la guerra. Pero no puede restablecerse el ejército al pié necesario, ni introducirse el órden en la hacienda, mas que por actos positivos y por medio de una regular y laboriosa administracion. El ministro de la Guerra os esplicará cuanto antes lo que hemos practicado para organizar un ejército de veinte y cuatro mil hombres, y para conseguirlo lo mas pronto posible, en un pais en el cual no se conoce la conscripcion; y si os place aprobar nuestros planes, tendreis que reconocer, previo exámen de cuentas, que á pesar de los enormes gastos que esto ocasionará, es necesario proveer en pocos meses todos los almacenes del Estado de un nuevo é importante material de guerra.

»Esta necesidad aumentará los apuros del tesoro. Dentro pocos dias os enteraremos de nuestra situacion financiera; pero antes de pediros que voteis el presupuesto de 1849, hemos creido indispensable para que vuestras deliberaciones sean sinceras y se restablezca el órden en la Hacienda, no de un modo ficticio, sino positivo, presentaros el balance exacto de 1848. Faltando este, el presupuesto de 1849 seria un edificio destituido de base. Faltando la precisa exactitud á las cuentas publicadas en 1848 á consecuencia de los cambios y ocurrencias sobrevenidos posteriormente ¿cómo podrian las cámaras resolver con conocimiento de causa, si antes no estuviesen informadas de la posicion, á lo menos, aproximada en la cual nos coloca el servicio corriente?

»La tarea era penosa, empero se dió cima á ella en pocos dias. El método empleado y los medios á los cuales hemos recurrido, se espondrán claramente á las cámaras en la memoria que se acompañará de las cuentas rectificadas. El ministro de Hacienda interino, no podia aguardar sin embargo esta rectificacion para empezar á obrar: le era menester para no esponer el Estado á una crísis peligrosa, cuando no fatal, hacer con prontitud y lo mas correctamente posible, una aprecia-

cion aproximada de las necesidades del tesoro, y hallar los medios seguros y eficaces de hacer frente á las mismas. Debia hacerla en tanto mas, en cuanto la circulacion con curso obligatorio de un papel con interés, á consecuencia del cual, y fácil de prever, se quitaban al gobierno los recursos que en circunstancias distintas hubiera proporcionado el Banco.

» Ahora se ha convencido el ministro, que quedando estinguidos los dos millones de Bonos del tesoro, decretados anteriormente, era menester otro millon de escudos para las obligaciones corrientes. Y como hubiera sido una locura creer que en las circunstancias actuales de la Europa, y en medio de las complicaciones en que nosotros mismos nos hallamos, el Estado puede reorganizarse, de modo que los manantiales de la riqueza pública y particular puedan al cabo de algunos meses abundar hasta al punto de restablecerse el equilibrio entre los productos y los gastos, ha creido razonable prever un déficit en el presupuesto de 1849.

» Así mismo tenemos la firme esperanza de que este déficit no escederá de un millon de escudos, del mismo modo que abrigamos la mas positiva confianza de que, si las cámaras se aplican con actividad y sabiamente en la obra de las reformas, el equilibrio del cual hablaremos mas abajo, podrá quedar verdadera y sólidamente establecido en el presupuesto de 1850.

» El estado Pontificio no es rico, mas puede serlo: la Providencia le ha procurado á manos llenas los elementos de la fortuna pública y privada: á nosotros toca hacerlos producir. Por poco que la libertad, la seguridad y sabias leyes concurran á ello, el capital de la nacion se acrecentará rápidamente. Mil veces ha demostrado la esperiencia que allí donde ha habido tales condiciones, el desarrollo del capital tomó tales proporciones que tocaron en lo prodigioso.

» Tal vez no será fuera de propósito decir aquí, que circunscribiéndonos al solo punto de vista de la aritmética, los

súbditos de los Estados Pontificios, solo pagan actualmente por impuestos de todas clases á razon de tres escudos por cabeza, mientras que los ingleses pagan por lo menos diez, los franceses nueve, y los súbditos de otros paises cinco ó seis: yo no sé si hay en el mundo un pais en que se pague menos de tres escudos, empero sí, creo poder afirmar que esto no sucederia en ninguno en que las costas estén bañadas como las nuestras por dos mares, cuyo suelo sea tan rico, y el clima tan templado como el nuestro. Se exige poco, de lo que produce poco, y esta es la prueba de un gobierno dulce y equitativo. Pero sin embargo, justo es decir al propio tiempo, que la causa pública y el interés privado se acrecienta mas; si se estimula la produccion, salvo el sacar dos, de lo que produce veinte, en lugar de contentarse con uno, de lo que produce tan solo cinco.

»Concluyamos, pues, señores, diciendo; que un gobierno firme, regular, aplicándose á desarrollar la riqueza nacional, puede esperar con razon, si desgracias imprevistas no vienen á destruir sus cálculos, que obtendrá sin inconveniente por parte de los particulares, un aumento progresivo en las rentas del Estado. No pudiendo sin embargo permanecer inactivo el ministro de Hacienda, habiendo aceptado el cargo por el mes de setiembre, le fué desde luego indispensable convencerse de que solo tenia hasta el 15 de noviembre para proveer á las necesidades del tesoro. Le hubiera sido preciso buscar el manantial de nuevas rentas, porque á estraordinarias necesidades, menester son estraordinarios remedios, pero estos últimos en circunstancias apuradas son difíciles, si no imposibles de emplear.

»Aun cuando se hubiese podido llevar á cabo un empréstito, solo pudiera negociarse bajo ruinosas condiciones.

»Un aumento en las contribuciones, era una medida que no podia siquiera cruzar por el pensamiento de un hombre sensato.

»¿Qué quedaba pues que hacer, mas que recurrir á una nueva emision de papel y esponerse á los peligros y á los vergonzosos resultados que son la consecuencia de un valor del crédito, substituido al valor efectivo, cuando el primero escede ciertos límites y no ofrece ninguna suerte de próximo reembolso? Todo el mundo sabe que entonces el agio crece considerablemente: todo aumenta en proporcion; el precio, los salarios, las rentas y emolumentos pagados hasta entonces en numerario, son insuficientes para las necesidades de los que los perciben; los deudores sacan un partido poco legal de las circunstancias en perjuicio de sus acreedores. En una palabra, ruina improvista é irreparable en los unos, ganancias ilícitas en los otros, falta total de confianza, cambios ruinosos, paralizacion del comercio, aniquilamiento del crédito; tales son las consecuencias inevitables de un valor convencional, llevado imprudentemente mas allá de los límites debidos.

»No pretendo empero afirmar de un modo absoluto que el Estado pontificio no pueda suportar sin arruinarse una emision de cuatro millones de escudos en papel; pero no temo adelantarme á decir, que no hubiera sido ni conveniente ni equitativo exigir con una nueva emision de dos millones de escudos en papel, la garantía obtenida para la primera, y que hubiera sido una gran imprudencia verificar semejante emision, sin acompañarla una indubitable garantía. Hasta tal punto y tan á menudo han abusado los gobiernos de este peligroso espediente, que los pueblos lo miran al principio con desconfianza y no pueden tranquilizarse con la sencilla promesa de un pago que, segun los mismos, nada les asegura.

»Añádase á ello, y esto merece la mas seria consideracion, que la persistencia en llevar á cabo la operacion principiada por los dos millones de billetes del tesoro, aumentando con una suma importante la deuda pública, hubieran esperimentado los fondos consolidados del estado romano una baja mas fuerte, que no podian justificarla los acontecimientos políti-

cos. Un deudor que multiplica sus empeños y que aumenta su deuda, no puede esperar merecer confianza alguna del público: su crédito disminuye de cada dia, y á poco que otras imprevistas necesidades le sobrevengan, se ve obligado á poner en circulacion otros créditos, que peor acogidos que los precedentes, terminan por hacer estallar una de esas terribles catástrofes cuyas funestas consecuencias ha tenido que deplorar mas de un Estado.

» Este pensamiento inquietador asaltaba mi ánimo, sin permitirme entrever senda alguna de salvacion, cuando la palabra del gefe de la Iglesia vino á tranquilizarme y á iluminar con un rayo de luz mis pasos vacilantes: pregunté si me era permitido esperar para el tesoro una garantía semejante á la primera, y Su Santidad me invitó á esperar todavía mas del patriotismo del clero. Esta esperanza que me inspiraba el Soberano Pontífice, se realizó completamente, pues que el clero hizo el ofrecimiento de cuatro millones de escudos, nó á título de préstamo, sino en el de donativo, y el Soberano Pontífice lo aceptó solemnemente en provecho del Estado.

» De esta suerte cicatrizándose las llagas del tesoro público, el clero nos proporciona atender á las necesidades del porvenir, procurándonos el tiempo y el gusto de restablecer (merced á la sabia cooperacion que de vosotros esperamos, señores, y al desarrollo de la prosperidad general) el equilibrio entre las entradas y los gastos. Por su parte es una noble prueba de adhesion al Soberano, de amor á la patria, y de cooperacion sincera al firme mantenimiento de las nuevas instituciones civiles y políticas; porque no tengo necesidad de deciros, señores, cuanto una floreciente situacion financiera deberá facilitar el rápido y sincero desarrollo de la nueva existencia política del Estado: la libertad se ingiere con fuerza y crece vigorosamente, allí donde sus primeros gérmenes se ven acogidos por la sonrisa y el amor de los pueblos agradecidos.

El que ayuda el gobierno á atravesar sin obstáculos las sendas siempre escabrosas que desde las antiguas instituciones conducen á las nuevas, merece bien de la patria y contribuye á robustecer las libertades recientemente conquistadas. El clero se ha asociado á la obra de nuestra regeneracion política con actos irrecusables y ha sellado con la clase seglar del Estado un pacto de alianza cordial y fraternal. Sea pues este pacto igualmente querido por unos y otros, y el Estado Romano será mas venturoso que muchos otros paises que se han visto destrozar entre sí á consecuencia de las discordias suscitadas por clases rivales. El clero comprende la santidad de su mision, y los seglares no querrán desconocerla. La religion no es un privilegio de una parte, ni de otra una esclavitud: es un vínculo sagrado y comun para todos, que reune en el mismo gremio fraternal á los pastores y á las ovejas; á los que enseñan y á los que reciben las doctrinas.

» Es verdad que la donacion del clero no es absoluta y sin condiciones y que no ha sido aceptada sin ellas por el Soberano Pontífice, porque nosotros no podríamos aprovecharnos á beneficio del Estado, sin cumplir escrupulosamente las espresas condiciones. Los pagos deben hacerse en quince veces, y los cuatro millones de escudos se dan al Estado con la obligacion por parte de este, de regularizar la exencion del tributo territorial decretado el último año y de hacer levantar la hipoteca tomada sobre los bienes eclesiásticos, en garantía de los billetes que en el dia circulan.

» Estas condiciones para el que lo mira de cerca, ni son raras ni duras.

» El Estado debe dos millones de escudos y los debe actualmente á los poseedores de billetes del tesoro: mañana para retirarlos se dispone de parte de los bienes del clero, y admitiendo que todo marcha á medida de nuestros deseos y que se encuentren compradores con honrosas condiciones, el Estado no habrá hecho mas que cambiar de acreedores, puesto que

de los dos millones de escudos de los cuales es deudor á los propietarios de títulos del tesoro, lo será al clero, y los millones de escudos en inscripciones sobre la deuda pública reemplazarán los dos millones de billetes del Tesoro: ¡y bien! el donativo del clero nos descarga de todo esto.

» No se diga que los dos millones de títulos en circulacion quedarán en adelante privados de su prenda, porque ó bien rebajamos en todo ó en parte los cuatro millones que el clero se obliga á pagarnos, y entonces retiramos en seguida los billetes de la circulacion, y la hipoteca es inutil, ó bien las Cámaras deciden que no es menester retirar los títulos hasta las épocas señaladas, y en tal caso la hipoteca no es menos nula de perfecto derecho, puesto que no tenia otro objeto que asegurar con la venta de los bienes el dinero necesario para aquella redencion; dinero que el clero no se obligó á darnos gratuitamente, puesto que tan solo salió fiador por el Estado en la indicada suma de los dos millones de escudos.

» Diferente es en el dia la posicion; el clero es el deudor principal y directo, pues ha firmado una obligacion en debida forma por la suma de cuatro millones de escudos, y esta obligacion, no solo tiene por garantía una cierta parte de los bienes designados, sí que tambien la totalidad del patrimonio eclesiástico que es enagenable. Por otra parte en la hipótesis puramente imaginaria, que el clero fuese moroso en los pagos para cumplir su obligacion, ó rehusara satisfacerlos, no estaria menos seguro el gobierno de ser pagado al vencimiento, reteniendo por via de compensacion legal, una cantidad equivalente á la suma de cada uno de los plazos de la mencionada obligacion sobre los cupones de la renta consolidada de la cual es propietario el clero.

» Todos saben que en virtud del derecho comun, dos créditos igualmente ciertos líquidos y pagaderos al mismo vencimiento, se compensan mutuamente. En cuanto á la condicion de hipoteca, fuerza es manifestar que es una cuestion de dig-

nidad para el clero, mas bien que de interés para el tesoro y para los tenedores de títulos: verdaderamente pues debe decirse, que no podria imaginarse crédito mas sólido ni mas satisfactoria garantía, estando como están los propietarios de los títulos del tesoro, por lo menos mas seguros que no en el dia, del reembolso íntegro de dichos títulos.

» La cámara tendrá que decidir, si en el caso en que esto le parezca ventajoso, le es permitido retirar antes de las épocas convenidas el papel que gana interés, para poner en circulacion en su lugar los valores del clero sin interés. No nos detendremos en esta cuestion, persuadidos como estamos de que ante todo nuestros cuidados deben dirigirse al pronto restablecimiento de la circulacion metálica, ofreciendo los valores del clero á los honrados capitalistas, que sabrán apreciar su solidez, cualidad tan preciosa y tan rara en los tiempos en que vivimos.

» La idea de la rebaja que tendríamos que suportar, no nos asusta en lo mas mínimo, aun cuando la tasa fuese al cinco por ciento, porque en primer lugar, esto seria una carga temporal, que iria disminuyendo anualmente, y porque deduciendo el montante del interés pagable sobre los títulos, la tasa ó premio de la rebaja se reduciria á un $^{3}/_{8}$ por ciento.

» En cuanto á la exencion del tributo territorial, sin duda la cámara verá que aquí hay dos cuestiones que es preciso no confundir, porque son muy distintas: la cuestion de derecho y la cuestion de hacienda.

» Nadie niega, y en todo caso nosotros tampoco negamos, que el eximir una propiedad de todo tributo, y la simplificacion del dominio, es una cosa útil y apetecible; es un principio generalmente reconocido é incontestable, que el derecho civil debe sancionar por una ley especial, ya sea incluyéndolo en las variaciones que se verifiquen cuando se practique la reforma, general de las leyes civiles; pero ¿qué tiene de comun esta regla de prudencia y de buena administracion con el edic-

to que dice á los poseedores del terreno (*): Renunciad al derecho del Cánon ó tributo, á condicion que yo, tesoro público, tomo el dinero del que se exime del indicado cánon, y que en lugar de este dinero os doy una inscripcion de renta á la par?

» Ciertamente nadie sostendrá que las dos cuestiones sean idénticas é inseparables. El poder legislativo podrá á su arbitrio decretar la exencion de este derecho de cánon ó tributo y establecer entre nosotros el principio que, toda renta perpétua, es redimible bajo equitativas condiciones. El clero en calidad de propietario de rentas de esta naturaleza deberá someterse á la ley. Pero ¿puede acaso alguno admirarse de que el clero, donatario espontáneo de cuatro millones de escudos, pida que cesen de aplicarle una operacion financiera, que en substancia no es otra cosa mas que un empréstito forzoso é indirecto?

» Lo repetimos: las dos cuestiones son muy distintas. La una es de buena administracion, y la otra de hacienda. Dejamos esta mediante un subsidio gratúito, mas abundante, mas cierto y mas regular: en cuanto á la cuestion de prudencia, siempre tendremos lugar de tratarla.

» Á tenor de estas consideraciones, señores, tenemos la seguridad de que aceptareis el ofrecimiento generoso del clero con las condiciones que lo acompañan; y seria de nuestra parte desconocer la delicadeza de vuestros sentimientos, si por un momento pudiéramos dudar que dejariais de considerarlas, lo mismo que nosotros, como un noble ejemplo de adhesion á la

(*) El poseedor del terreno se llama en los estados romanos *Direttario*, el tributo que debe el que hace construir una propiedad cualquiera útil es lo que se llama *canone:* el propietario del dominio útil mediante la entrega de una suma puede eximirse de aquel tributo ó cánon. De aquí las palabras *Libera di canone*, que se ven grabadas en un gran número de casas de Roma.

(Nota del Traductor.)

patria y de amor fraternal á la comun familia del Estado romano.

»Falta considerar y decidir el uso que podremos hacer de tal ofrecimiento.

»Dentro de pocos dias tendremos doscientos mil escudos del clero, cien mil por el mes de diciembre de 1849, luego trescientos mil por el mes de diciembre de cada uno de los nueve años siguientes, y en fin doscientos mil en el propio mes de diciembre de los otros cinco años consecutivos: y en otros términos; puede decirse que el Estado es detentor de quince letras de cambio tiradas por el clero y aceptadas por una autoridad encargada de representarlo legalmente para tal efecto. Estos documentos ó valores de distinto vencimiento, pueden ser negociados separadamente ó en masa; y es conservarse en los términos de la mas exacta verdad el decir, ya sea que se considere la cualidad del deudor, ó la sancion dada por el gefe de la Iglesia á los mencionados empeños, ó la facultad que tiene el acreedor, que es el Estado, de poder en todo caso pagarse por sus propias manos; que no existe crédito menos sospechoso y mas sólido: de manera que el detentor de uno de estos valores, subrogado á los derechos y garantías del Estado mismo, no puede razonablemente exigir mas que un módico interés sobre su capital hasta el vencimiento de los valores cuya cesion se nos ha hecho.»

Tal era el discurso del conde Rossi, intérprete del espíritu de bondad y sinceridad de que estaba animado el Soberano Pontífice, y marcado con el gérmen del talento eminentemente práctico del ministro. Ambos ardian en vivos deseos de hacer bien dentro los límites de la prudencia y de la razon. Nadie duda que si hubiese estado en sus manos la suerte de un pueblo reflexivo y que no hubiese apetecido mas que lo posible, hubieran sido sus esfuerzos acogidos y secundados con agradecimiento, y por último coronados con el mas completo éxito.

Á escepcion de algunos hombres ciegamente adictos á las rutinarias tradiciones de un pasado que tenia que modificarse, ó de un número muy corto de espíritus juiciosos que habian saludado con entusiasmo la nueva era inaugurada por la política del ministro, casi todo el pueblo romano se componia de hombres estraviados. Llevados á remolque de algunos gefes friamente ocupados en resolver los cálculos de su propia ambicion, exaltados los romanos con ardientes palabras, creian locamente que volverian á ser el primer pueblo del mundo por medio de un incendio general. ¿Acaso no se les decia de contínuo que solamente el fuego podia reanimar las apagadas cenizas del Fénix? y al arrojarlos á los azares de una lucha desigual se les añadia, que para echar al estrangero opresor, bastaríales tomar las armas, en atencion á que las águilas del Austria no se atreverian jamás á resistir el rayo de sus miradas.

Si bien aquellas elocuentes baladronadas, eran sin duda menos ridículas que el consejo dado á los débiles soldados de la China insurreccionados contra un destacamento de tropas inglesas, ante el cual, para obligarles á emprender la fuga, resolvieron presentar imágenes de leones y de tigres rabiosos, no eran por esto menos pueriles, porque una vez que se carecia de un ejército disciplinado sin provisiones, sin soldados aguerridos y sin generales esperimentados, no podia ser dudoso el resultado.

¡Qué nombre merecerán los hombres que han engañado de esta manera al pueblo romano, aquel pueblo tan bueno, tan generoso cuando no se abandona á sus propios instintos! aquel pueblo grande en las artes, en las ciencias, la literatura, y susceptible asimismo de formar buenos soldados! ¿no podia por ventura acusárseles de locura ó de traicion? En desagravio tributarán siquiera los merecidos elogios al Soberano y al ministro que pensaron seriamente en fundar para el Estado romano instituciones conformes al progreso de la civilizacion y á las necesidades de los tiempos?

El partido que se ha negado á semejantes concesiones, se ha manifestado indigno de tomar una parte formal en el gobierno de los negocios de su pais. El partido, que solo á la voz de la prudencia y del jucio, ha comprometido con su ambicion los destinos de la Italia, ya no es un partido, sino una faccion que merece ser maldecida de los contemporáneos y deshonrada por la historia.

Pelegrin Rossi, nacido en Carrara en el ducado de Módena acababa de cumplir sesenta y un años. De un talento penetrante, claro, juicioso y fecundo, reuniendo al conocimiento de las lenguas clásicas el de las bellas letras y de la filosofía, el niño hecho hombre á los quince años, habia terminado con brillante éxito los estudios mas completos. Comprometido desde entonces en las luchas políticas renacientes sin cesar en el suelo de la patria, vióse de repente desterrado en tierra estrangera, y en Génova encontró una segunda patria. Allí, despues de apoderarse del primer puesto como orador, jurisconsulto, legislador y hombre de Estado, entrevió en Paris una escena mas vasta y mas proporcionada á su elevacion. Pronto se hizo notar entre los que esparcian por el mundo el brillo de sus luces y de su talento. Entonces presidia los destinos de la Francia un poder de orígen revolucionario, empero amigo del órden, el cual deseando afirmar su equívoca base por medio de cuantas superioridades encontraba á su tránsito, llenó de honores y de fortuna al sabio desterrado, que tiempo despues volvió á pisar el suelo patrio, nó como un culpable perdonado, sino como embajador de una gran nacion, y revestido de la magestad de la Francia. La gloria humana es un metéoro que desaparece con tanta mayor rapidez, en cuanto es mas vivo su resplandor. Habiéndose hundido bajo su planta los cimientos sobre los cuales descansaba el poder del cual era representante, Rossi habia vuelto á entrar en la vida privada, hasta el momento en que por la confianza del Sumo Pontífice

fué llamado á sus consejos para asociarle á sus esfuerzos y proporcionarle la gloria del martirio.

De alta estatura, mas bien digno que elegante, Pelegrin Rossi era en su físico como en su moral, seco, rígido, bilioso y místico, dotado de un sentimiento esquisito y de una rara penetracion, conociendo todas las fibras del corazon humano, la frialdad de su sonrisa, la ironía de su mirada y el desden de su gesto, le habian creado tantos enemigos, cuanto mayor era la elevacion de su fortuna política. De una inteligencia flexible y fuerte, de un carácter apasionado, dueño de sí mismo, de una firmeza que sin embargo escluia la hipocresía, reservado, pero emprendedor segun las circunstancias, improvisador conciso, orador seductivo; embelesaba por la poesía de su palabra y persuadia con el vigor de su argumentacion. Sin rival en la direccion de los negocios, sin exageracion en la teoría y sin preocupaciones en la práctica, habia completado el conde Rossi en los últimos años de su vida sus estudios humanitarios con el de la religion. Las tempestades de la política no habian apagado en él la llama de la fe, conservada pura en la elevacion de su espíritu eminentemente católico. El imponente espectáculo de la piedad en Roma, las íntimas relaciones de su ministerio con el Sumo Pontífice, el desencanto de las glorias, la nada de las esperanzas humanas, el remordimiento de las naturalezas elegidas en presencia de las conmociones del mundo agitado por los misteriosos decretos de la Providencia; todas estas causas, medidas religiosamente por el filósofo cristiano, habian poderosamente contribuido á desarrollar la gracia en su alma, abierta á los resplandores de la verdad.

Modesto y simple de corazon para con Dios, como altivo y soberbio era con relacion á los hombres, amaba aislarse en la oracion á confundirse entre la multitud, para asistir los domingos, obscuramente oculto, por decirlo así, en la sombra de la iglesia, á los misterios del sacrificio divino.

Adicto hasta inmolarse por la persona del gefe de la Iglesia,

algun tiempo antes de su muerte escribia esta notable frase: *El Pontificado es la última grandeza viviente de la Italia.*

La misma mañana del dia cuya terminacion no debia ver, pronunció estas palabras que encerraban, tal vez, misteriosos presentimientos: *para llegar al Papa será menester pasar por encima de mi cadáver.* Algunos momentos despues, cuando el puñal de la revolucion aguardaba impaciente la hora del crímen, profirió este grito sublime: *la causa del Papa es la causa de Dios.*

Tal era el conde Rossi, tal era el hombre eminente cuyo asesinato cometido á la luz del dia, á la vista de los diputados, y en el mismo parage en que César cayó bajo el puñal de Bruto asustado, obtuvo en la Cámara la cobarde proteccion del silencio y los vergonzosos honores de la ovacion en la calle.

CAPÍTULO X.

Jornada del 16 de noviembre. — Asonada. — Hermosa conducta del cuerpo diplomático y de la guardia suiza. — Detalles. — Triunfo de los revolucionarios. — Protesta del Papa.

Rápida y simultáneamente llegó á las diversas provincias de Italia la noticia de la muerte del primer ministro de la Santa Sede: los revolucionarios y los periódicos demagogos que despues de haberla provocado la esperaban, entonaron himnos de júbilo en honor del matador. Un papel impreso, cuya siguiente y testual cita será en eterno castigo, escribia sobre el particular: «La noche siguiente de la muerte de Rossi, ha sido una verdadera fiesta italiana. Formáronse numerosos grupos que recorrieron los diversos cuarteles de la ciudad gritando: ¡Viva la constitucion italiana! ¡viva el pueblo! *¡viva el puñal de Bruto!* ¡viva la union! ¡viva el ministerio democrático! *¡Viva la italia republicana!*»

Al propio tiempo la Gaceta de Génova decia con referencia á una correspondencia de Liorna: «Tan pronto como llegó aquí la noticia de la muerte de Rossi, el pueblo lo celebró con repique general de campanas. La bandera tricolor se enarboló en el remate de la cúpula de la catedral. La multitud precedida por tambores se presentó en la habitacion de Mr. La-Cecilia, y desde allí frente el palacio del cónsul romano para felicitarle por la resurreccion de Roma. Las masas trasladá-

ronse en seguida delante del palacio del Gobierno. Millares de hombres llamaban al gobernador. Monseñor Cárlos Pigli apareció en el terraplen y pronunció estas palabras: «El ministro Rossi no era amado en Italia á causa de sus principios políticos. Dios en sus inescrutables designios ha dispuesto que este hombre cayese herido por la mano de uno de los hijos de la antigua república romana. ¡Dios conserve su alma y la libertad de nuestra pobre Italia. » Inmensos aplausos han apagado la voz del gobernador, y la multitud se ha marchado. El estandarte romano ondeaba en medio de las banderas tricolores. En todas partes se ha gritado « ¡viva la constitucion italiana! ¡Viva Roma! »

Estas líneas que glorificaban el homicidio son la refutacion completa de los hombres que se han atrevido á pretender que el asesinato del conde Rossi era un acto aislado ; el hecho único de un hombre exaltado : ellas prueban la complicidad que existe entre el pensamiento que ha dirigido el arma homicida, y la mano que le ha servido de instrumento.

La mañana del dia inmediato á la muerte del conde Rossi fué tranquila, empero esta insólita calma presagiaba la proximidad de la tormenta que se formaba en los consejos de la democracia republicana: en efecto, al medio dia las olas de la multitud engrosadas por la concurrencia de numerosos Guardias cívicos, por la decepcion de los carabineros y de las tropas de línea, se reunieron en la plaza del Pueblo para trasladarse al Quirinal y presentar al Papa las peticiones siguientes.

1.° Promulgacion de la nacionalidad italiana.

2.° Convocacion de la constituyente.

3.° Cumplimiento de las medidas votadas por las cámaras, relativamente á la guerra.

4.° Aceptacion del programa Mamiani del 5 de junio.

5.° Un ministerio democrático, compuesto del abogado Galetti, Sterbini, Mamiani, etc., etc.

Pero antes de pasar á Monte-cavallo, presentándose los ca-

F. MARTINEZ DE LA ROSA.

becillas de los alborotadores en la Cámara de los diputados, pidieron que una comision de la misma se les uniera para dar una apariencia de legalidad á la demostracion. Á tal efecto nombráronse en seguida los comisionados. Noticiosos los embajadores de Francia, España, Baviera, Portugal y Rusia del peligro que amenazaba á la persona del gefe de la Iglesia, acudieron apresuradamente al lado de Su Santidad.

Apenas habian llegado al palacio Pontificio, cuando anunciaron la diputacion encargada de presentar al Papa la lista de los ministros que se le exigian. Introdujéronles en las habitaciones del Quirinal á la presencia del cardenal Soglia, presidente del Consejo de ministros, que respondió con energía que iba á someter la lista á Su Santidad, pero que nada se cederia á la violencia.

Volviendo al poco rato, declaró, que el Papa despues de examinar las peticiones que tenia el encargo de hacerle la comision, habia respondido que lo reflexionaria y resolveria. Poco satisfechos de tal contestacion, retiráronse los delegados, y la multitud reunida en la plaza empezó á dejar oir aquel sordo murmullo que es el precursor de las tempestades populares.

Entonces fué admitida á la presencia del Papa una segunda diputacion compuesta de oficiales de carabineros, la cual suplicóle cediera á la peticion del pueblo cuya efervescencia era imposible moderar y detener. El Papa, cuyo valor y firmeza se inspiraban en la confianza en Dios, respondió con dignidad, que su deber de Pontífice y de Soberano le prohibia recibir condiciones impuestas por la revolucion.

En aquel momento el señor Martinez de la Rosa acercándose á los comisionados díjoles levantando la voz con energía: «Id, señores, id á decir á los gefes de la sedicion, que si persisten en su odioso proyecto, será preciso pasar por encima de mi cadáver para llegar á la sagrada persona del Soberano Pontífice; pero entonces, añadióles, ¡la venganza de

la España será terrible! » Los oficiales de carabineros contestaron que aceptando la mision que desempeñaban, no tenian mas objeto que el de evitar las consecuencias incalculables de la exasperacion del pueblo.

Adelantándose á su vez el duque de Harcourt á los oficiales díjoles: « Si cumplierais vuestro deber, impediriais con las armas las desgracias que no podreis evitar con estériles palabras: » Martinez de la Rosa añadió: «Sabed, señores, que los soberanos de Europa no dejarán impune un sacrilegio consumado ya por las impías amenazas de una *canalla sin fe ni ley.* » Los demás miembros del cuerpo diplomático aplaudieron semejantes palabras, repitiendo unánime y enérgicamente que en nombre de sus gobiernos se asociaban á la declaracion de su colega. Turbados entonces los carabineros dijeron, que se defenderian si el Santo Padre lo mandaba, pero que inevitablemente serian víctimas del furor del pueblo. Á esto respondió Pio IX, que él no podia ordenar la efusion de sangre, pero que debia decir á cada uno que cumpliese lealmente su obligacion. Los delegados se inclinaron por última vez delante del Soberano Pontífice y salieron del palacio.

La situacion se iba haciendo mas y mas crítica por momentos: era evidente que los anarquistas no retrocederian ante ninguna violencia. En medio de un con conflicto tal de desordenados elementos, permanecia el Santo Padre tan sereno como si se tratara de recibir los homenages de súbditos fieles: su ánimo tranquilo y la serenidad de su alma no lo abandonaron un solo instante. En pié delante la puerta de su oratorio, al cual de vez en cuando entraba para ir á inspirarse al pié de su crucifijo, conferenciaba con la mayor calma con los embajadores que estaban prontos, segun la bella frase de Martinez de la Rosa, *á hacer una muralla de sus cuerpos al Vicario de Jesucristo.* Casi todos estaban allí presentes en nombre de la Europa católica, insultada en la persona del gefe de la Iglesia. El duque de Harcourt, representante de la Fran-

cia; Martinez de la Rosa, de la España, con su secretario, el caballero de Arnao; el conde Boutenief de la Rusia; el conde de Spaur de Baviera; el baron de Venda de Cruz, de Portugal, con su secretario el comendador Husson; Figuereido, del Brasil; Lilidekerque, de la Holanda, etc., etc....

Estos nobles personages no fueron los únicos que acudieron á aquel puesto de honor y del deber: reuniéronse allí los cardenales Antonelli y Soglia. Los camareros secretos, monseñor Medici, gefe de la Cámara, el padre Vaurés, un francés, el conde de Malherbe, Butaoni, maestre del Sacro Palacio, el marqués Sachetti, subprefecto del palacio apostólico, el médico de dicho palacio, seis guardias nobles, el capitan de suizos y sus oficiales. De acuerdo el cardenal Antonelli con aquellos valientes militares, fieles á las antiguas tradiciones del honor, se hacia notar entre todos por su vigor y energía. Habiendo sido consultado acerca el partido que debia tomarse, dió la órden á los suizos de defender las puertas del palacio y de replegarse en seguida si eran forzados en aquel punto hasta la entrada de la cámara del Papa, defendiendo palmo á palmo el terreno. «Allí estaremos, añadió, para morir con ellos.» Durante este tiempo, los setenta hombres que componian la guardia suiza, y cuyas únicas municiones consistian en tres cartuchos por plaza, lucharon valerosamente, oponiéndose á las olas de la invasion que amenazaban la entrada principal del palacio. De repente un muchacho del batallon de la *Esperanza*, levantado por varias personas, pudo cortar la pluma encarnada del sombrero de uno de los guardias, mientras que otro de sus camaradas se apoderó de la alabarda de otro suizo. Entonces el sargento de guardia llamado Martin Gretter, adelantándose algunos pasos hácia la muchedumbre, quejóse de aquella injusta agresion, pero al instante recibió en el brazo un garrotazo que le rasgó el uniforme. Tamaño acto de brutalidad fué acompañado de los gritos de ¡mueran los suizos! ¡matadlos! ¡matadlos! Hallándose la guardia en el caso

de su legítima defensa hubiera podido rechazar la violencia con la fuerza, mas tan solo se contentó con cerrar la puerta principal del palacio. Mientras tanto los gritos de la muchedumbre habian tomado un carácter mas hostil; ya no eran los de ¡viva la constituyente italiana ó un ministerio provisorio! sino los de ¡viva un gobierno democrático ó la república! los que se oian por todas partes.

En aquellos momentos, habiéndose disparado inadvertidamente un tiro de fusil en el interior del palacio, óyense de repente los gritos de: ¡Degüellan á nuestros hermanos! ¡á las armas! la plaza se despeja, la multitud corre en todas direcciones, los jóvenes alumnos de *La Sapienza*, educados á costa del Gobierno, se forman al lado de los sediciosos que reunen á su tránsito á la gente ambiciosa y mal contenta. El príncipe de Canino, llevando un fusil en la mano, se pone á su cabeza: los Guardias cívicos, la tropa de línea, los carabineros arrastrando un cañon, marchan en coluna y formando un verdadero ejército, vuelven á tomar el camino del Quirinal para sitiar al Santo Pontífice rodeado de algunos sacerdotes y defendido por setenta hombres. Las tropas regulares, fórmanse en batalla en la plaza delante del palacio; el cañon llamado el *San Pedro* es asestado contra la puerta principal: un cuerpo considerable de hombres armados ocupan los alrededores, apoderándose los cazadores del campanario de la iglesia de San Cárlos, mientras que los tambores de la Guardia cívica baten generala y esparcen la consternacion por la ciudad. En todas partes el terror precede al crímen. Á la sazon unos quince oficiales pertenecientes á la Guardia cívica reciben la órden de salir del palacio Pontificio, donde se ignora con qué pretesto se habian introducido. Rehusan salir, manifestando el temor de que la guardia suiza les hiciera un mal tercio á su salida de palacio. « Respondo de mis soldados, » gritó el capitan de los guardias, el valiente Meyer de Schanensée, «y me ofrezco acompañaros si me jurais bajo palabra de honor que no me aban-

donareis y que nada se atentará contra mí.»—«Os lo prometemos,» contestaron los oficiales, y en seguida salieron todos. Hallábase aquella pequeña coluna á la altura de Monte-cavallo en la plaza de este nombre, cuando de repente el demasiado confiado oficial, víctima de su buena fe vióse abandonado de los perjuros oficiales, y rodeado de hombres armados que apuntándole le preguntaron: «¿Por quién estás, por el pueblo ó por el Papa?»—Estoy por mi deber, contestó el intrépido capitan, y añadió: «Disparad, si os atreveis, contra un soldado que ha peleado en Vicenza por la independencia de Italia, y que está pronto á morir hoy dia en defensa de un Soberano que le ha dispensado su confianza.» Desarmados por tan nobles palabras, retiráronse los insurrectos, mas en seguida vinieron otros, que apoderándose del gefe suizo, lo colocaron á la boca del cañon cargado y aparentaron disparar. «Reconozco esta pieza, dijo friamente el intrépido Meyer, se llama *San Pedro*. Si aplicais á ella la mecha, la historia dirá que el 16 de noviembre los romanos han muerto un valiente oficial que con 25 granaderos de su compañía ha rescatado en Vicenza este cañon que habia caido en poder de los austríacos, y la historia añadirá que los romanos han hecho de él el instrumento de su suplicio.»

Los amotinados no dispararon el cañon, mas el capitan Meyer no recobró la libertad hasta el anochecer.

En este estado se hallaban las cosas cuando de repente se supo que el populacho acababa de poner fuego á la puerta del palacio que comunicaba con la via Pia. Algunos guardias suizos y bomberos corrieron á aquel punto. Los primeros ahuyentaron los incendiarios á fusilazos, y los segundos apagaron las llamas que iban progresando. Al propio tiempo un hombre del pueblo armado de una carabina, apostado en una casa de la calle de Scanderbecgk hizo fuego á las ventanas mismas de la habitacion del Papa: la bala rompió los vidrios, cuyos pedazos cayeron sobre el casco del guardia noble del Búfalo: en

aquel mismo instante súpose que en otro punto, monseñor Palma, secretario de las letras latinas acababa de ser muerto en su aposento de un tiro de fusil salido del campanario de San Cárlos. La sangre corre por ambas partes, y la noche felizmente viene á poner un término á tan tristes escenas.

Instálase al propio tiempo una especie de gobierno popular en el café de las Bellas Artes: forman parte de él Sterbini, el príncipe de Canino, Vinciguerra, dos redactores del periódico *La Época*, Spini y Pinto. Desde entonces el movimiento insurreccional se concentra, todas las órdenes parten de este comité y por do quiera encuentran la mas ciega obediencia: los funcionarios del gobierno, los empleados militares, se forman sin distincion bajo la bandera de la revuelta, y ninguno tiene el valor de presentar su dimision. Los buenos ciudadanos, las personas mas interesadas para la conservacion del órden y hasta los príncipes romanos se esconden, y en cierto modo con su cobardía se hacen cómplices de la asonada que pasa en aquel entonces frente el Quirinal, para llegar triunfante el dia siguiente á las puertas de sus palacios. Los Transtiberinos y los habitantes de Monti tan consagrados al Pontificado y dispuestos tiempo habia á luchar con los anarquistas, en vano aguardaban las órdenes de los gefes que debian conducirlos á defender el Pontífice sitiado. Aquellos gefes no se presentaron y algunos de ellos cambiando de escarapela, se deslizaron traidoramente bajo el estandarte de la insurreccion. Tan solo algunos guardias nobles hallaron el medio de introducirse á través de la multitud en el palacio para llenar en el momento del peligro las funciones de su cargo militar.

Acababan de dar las siete en el reloj del palacio Pontificio: condenados los miembros del cuerpo diplomático á presencia de la sublevacion triunfante á desempeñar el papel pasivo de la inaccion, se hallaban extenuados por la fatiga: nada habian tomado en todo el dia y por lo tanto se les ofrecieron algunos refrescos. Uno de aquellos señores hizo notar que la Nacion

italiana parecia asociarse toda entera á la conducta culpable de los romanos, toda vez que no se hallaba presente en el Quirinal ninguno de los embajadores representantes los diversos Estados de la península. En efecto, ningun diplomático italiano se veia al lado del Santo Padre, el cual notándolo á su vez esclamó con el acento del mayor dolor: « Ya lo veis, señores, todos me abandonan. Si vosotros no estuvierais á mi lado, me hallaria solo con el puñado de valientes que me protegen. » Estas fueron sus únicas quejas.

A las siete y media tuvo lugar en la plaza de la Pilota una fraternidad general entre las tropas, la Guardia cívica y la muchedumbre: á las ocho los sublevados resolvieron enviar una tercera diputacion al Palacio, añadiendo que se queria una respuesta antes de las nueve. Inmediatamente el abogado Galletti que habia sido nombrado presidente de aquella comision fué introducido en el gabinete del Santo Padre con el cual tuvo una muy larga conferencia. ¿Qué pasó entonces entre el Pontífice misericordioso que habia concedido la amnistía y el prisionero, que en el perdon habia vuelto á recobrar su papel de conspirador y de perjuro? ¡Dios solamente lo sabe! empero cuando Galletti salió del gabinete del Papa, estaba pálido, sus ojos se bajaron al pasar por delante de los embajadores. Entonces Pio IX siempre tranquilo, siempre sereno, dirigiéndose á los diplomáticos europeos les dijo; que para evitar una sangrienta colision, habia dejado á la sabiduría de las Cámaras decidir las peticiones que se le imponian, bajo la impresion de la violencia, y que habia *sufrido*, pero no formado un Ministerio compuesto de Mamiani para el exterior, el abate Rosmini instruccion pública con la presidencia, Galletti en el interior, Sterbini, comercio; Campello, guerra; Lunati, hacienda y Sereni justicia. Luego con acento firme aunque conmovido, añadió estas palabras: « Señores, me hallo aquí como un prisionero. Han querido quitarme mi guardia y entregarme en manos de otras personas. Mi conducta en este

momento en que todo apoyo material me falta, está basada en mi determinacion de evitar á toda costa *que se derrame una sola gota de sangre fraternal por mi causa*. Todo lo cedo á este principio: pero al mismo tiempo quiero que sepais señores, y que lo sepa la Europa entera, que no tomo, ni aun de nombre, la menor parte en el gobierno, al cual quiero permanecer completamente estraño. He prohibido que se abusara de mi nombre y hasta que se recurriese á las fórmulas ordinarias. »

Mientras que los representantes de las potencias de la Europa rodeaban al Papa con nuevas protestas de amor, adhesion y respeto; dando Galetti cuenta de su cometido, anunciaba á la insurreccion que Pio IX habia apelado á la sabiduría de las Cámaras. Al mismo tiempo que los aplausos apagaban su voz, se dejaron oir los gritos de ¡ Viva la Italia ! Las tropas de línea y los guardias cívicos descargaron sus armas en muestra de júbilo y la multitud insensata que no conoció que desde aquel dia databa para Roma una larga serie de desgracias, la multitud ciega, desocupó la plaza para derramarse por la ciudad y referir su triunfo á la luz de las antorchas, en los diversos cuarteles de Roma.

Tal fué la terminacion de aquel deplorable dia. La historia no tendrá suficientes sellos de infamia para marcar la cobardía y la ingratitud de un pueblo que pasó por encima del cadáver de un ministro asesinado, para subir armado al Calvario del Quirinal.

Aquel dia todos los romanos fueron culpables, los unos asumiéndose, como en otro tiempo los judíos de Jerusalen, la responsabilidad de la accion, y los otros, dejando obrar. Unicamente algunos eclesiásticos, uno ó dos laicos, y los embajadores de las Potencias estrangeras se mostraron nobles y dignos. La historia tendrá presente su valor y su adhesion, mientras que inclinamos nuestra frente ante los misteriosos decretos de la Providencia, que ha querido que el representante de Dios

sobre la tierra, despues de habérsele parecido en sus triunfos, se le pareciera igualmente en sus sufrimientos, permitiendo que la corona de espinas de la pasion, reemplazase la palma del Domingo de Ramos. Dios bebió el cáliz de amargura hasta las heces, pero así como el divino Crucificado salió triunfante de su sepulcro, Pio IX debia resucitar en el amor y en el arrepentimiento de su pueblo (*).

(*) Además de la reseña que hace Mr. Balleydier de las tristes ocurrencias de que fué teatro la ciudad eterna durante los dias 15 y 16 de noviembre de 1848, nos parece á propósito consignar aquí en estracto algunos hechos de que fué testigo presencial el señor conde de Fabraguer, los cuales relata en su *Historia del poder temporal de Pio IX* que ya hemos tenido ocasion de citar en anteriores notas. Lo hacemos con tanto mas gusto en cuanto estamos seguros de que nadie dudará de la veracidad de este distinguido y concienzudo escritor.

Al ocuparse de los últimos honores tributados secretamente á los restos del primer ministro de Pio IX, sacrificado en la mañana del 15 dice que, mientras las turbas discurrian ébrias de vino y de entusiasmo por las calles y plazas de Roma, cuatro penitentes negros sacaban del palacio de la Chancillería el cadáver y lo conducian al cementerio de Santi-Espiritus, para arrojarlo en secreto á la fosa comun. « Aquel cadáver, añade, era el de un mártir, el del conde Rossi! y lo llevaban secretamente cual en otro tiempo los primeros cristianos habian enterrado á sus mártires, para no esponer sus restos á la profanacion de los revolucionarios, cuyo odio no se habia detenido en el sepulcro, y proyectaban arrastrarlo por las calles, si se le hubiesen decretado los honores fúnebres debidos á su alta clase. »

En seguida refiere que el 16 era grande la agitacion popular que se notaba desde por la mañana. « Los diversos cuerpos de las milicias de todas clases, dice, corrian á reunirse en la plaza del Pueblo. Los diferentes círculos acudieron con sus estandartes y banderas; acudieron tambien los oficiales; y ¡cosa inconcebible! acudieron los mismos generales. Formados en coluna, mezclados todos confusamente los de la Guardia cívica con los carabineros y el pueblo, precedidos de una música que tocaba un himno militar, se pusieron en marcha siguiendo el estandarte del Círculo Popular, donde se hallaban escritos en un gran pliego de papel los nombres de los que el Papa debia nombrar minis-

tros, y los principios fundamentales acordados la víspera en el Círculo Popular, á saber:

1.° Promulgacion del principio de la nacionalidad italiana.

2.° Convocacion de la constituyente y formacion de un acta federativa.

3.° Cumplimiento de las deliberaciones de la Cámara de diputados con respecto á la guerra de la Independencia, y

4.° Completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de junio.

Esta imponente procesion, que no debia encontrar obstáculo alguno en su marcha, pues componian parte de ella las tropas de la guarnicion y los generales, se dirige al palacio de la Chancillería creyendo encontrar reunida la Cámara, empero esta no habia acudido, solo se hallaban en el edificio algunos diputados.

Un miembro del Círculo Popular anuncia que estos se reunen á la manifestacion para llevar al príncipe los votos del pueblo, y lee en alta voz el programa, que es recibido con grandes aplausos por las turbas del pueblo y de los soldados.

Dirígense desde allí al Quirinal, y encuentran en el camino bien casualmente ó de propósito, el coche del príncipe Corsini, senador de Roma, que llevaba consigo al abogado Galletti y á Armellini.

El pueblo pide que se reuna á la diputacion que debe hablar al Pontífice el abogado Galletti, y continúa su marcha al Quirinal, donde llega cerca de las dos de la tarde: llena con su inmensa multitud aquella plaza, donde el pueblo estaba acostumbrado á victorear tantas veces á su Soberano por los beneficios que espontáneamente le habia dispensado: allí le habia aclamado por la amnistía, por el estatuto, por el establecimiento de la guardia ciudadana, por la igualdad ante la ley, por la entrada de los seglares en la administracion pública, y por tantas otras concesiones con que le habian ido lentamente desgarrando el manto de Pontífice y de Rey, hoy venian á que les arrojase la Tiara para arrastrarla por el fango.

Al primer rumor del peligro y de agitacion, el cuerpo diplomático habia acudido á colocarse al lado del Pontífice.

La diputacion de los representantes de las turbas del pueblo, acompañada de algunos miembros del Círculo Popular, entró en el palacio Pontificio, y fué recibida por el cardenal Soglia, quien trasmite las palabras de ella al Soberano, que ofrece tomar en consideracion la peticion del pueblo, confiando en tanto la composicion del nuevo ministerio á Galletti.

Sale este á la plaza y anuncia al pueblo la respuesta del Pontífice.

Mientras habla reina un profundo silencio; pero la respuesta no merece el agrado de las turbas, y con voces desaforadas gritan: no! no! que se concedan al instante las peticiones del pueblo!

El tumulto toma unas proporciones gigantescas; los gritos son terribles, atronadores.

La diputacion entra nuevamente para significar al príncipe los deseos de la muchedumbre. Penetra la diputacion en el interior del palacio Quirinal; pero como tras de ella quieren tambien penetrar las masas populares, la guardia suiza cierra la puerta grande del palacio Pontificio, dejando solamente abierto un postigo.

Esta guardia, mas de magnificencia que de seguridad del Pontífice, esta guardia tradicional que viste aun el pintoresco uniforme de los tiempos de Julio II, dibujado por Miguel Ángel, logró contener las turbas.

Al pié de la escalera del reloj encuentra la diputacion á los embajadores reunidos de España, Francia, Rusia y Baviera, y su presencia impone á los comisionados de las turbas; porque el Pontífice, á quien creian solo, se hallaba rodeado de los representantes de la Europa. ¡Allí estaban para protegerle!

Momentos antes el Pontífice habia preguntado al embajador de España, cuáles eran las instrucciones que tenia para un caso semejante: poner á disposicion de vuestra Santidad, le contestó conmovido Martinez de la Rosa, todo el poder, todos los recursos de que puede disponer la reina católica de las Españas. Iguales seguridades dieron á Su Santidad los representantes de las demás naciones.

La diputacion tuvo una breve conferencia con el príncipe, en la que Galletti llevaba la palabra. El Papa mostró la mayor firmeza, negándose á lo que le pedian, y resuelto á sufrir las consecuencias que pudieran resultar de su negativa.

El postigo del palacio se cierra enteramente. La fermentacion llegó á su colmo; álzanse gritos horrendos en todas partes, y la diputacion que se hallaba dentro del palacio no puede salir; pero á fin de comunicar al pueblo la última respuesta, Galletti sube sobre el torreon que flanquea el palacio por un costado y anuncia al pueblo la decision del Pontífice.

Un grito general de ¡á las armas! sucede instantáneamente; los cívicos y soldados blanden al aire sus espadas; la plaza del Quirinal presenta el espectáculo de la mayor confusion, y algunos arrojan piedras contra las ventanas del palacio, pidiendo con gritería que se abran las puertas.

En la puerta última del palacio que mira á la Puerta Pia, reunen una porcion de faginas, y las ponen fuego: los bomberos del Quirinal le apagan facilmente, pero los suizos al verse atacados, ponen inmediatamente en estado de defensa el palacio, construyendo barricadas en el interior de las puertas, y aun cuando la guardia de los suizos no se halla armada sino de alabardas, echan mano de algunas antiguas espingardas que se conservan en el palacio, y con ellas hacen fuego desde las ventanas.

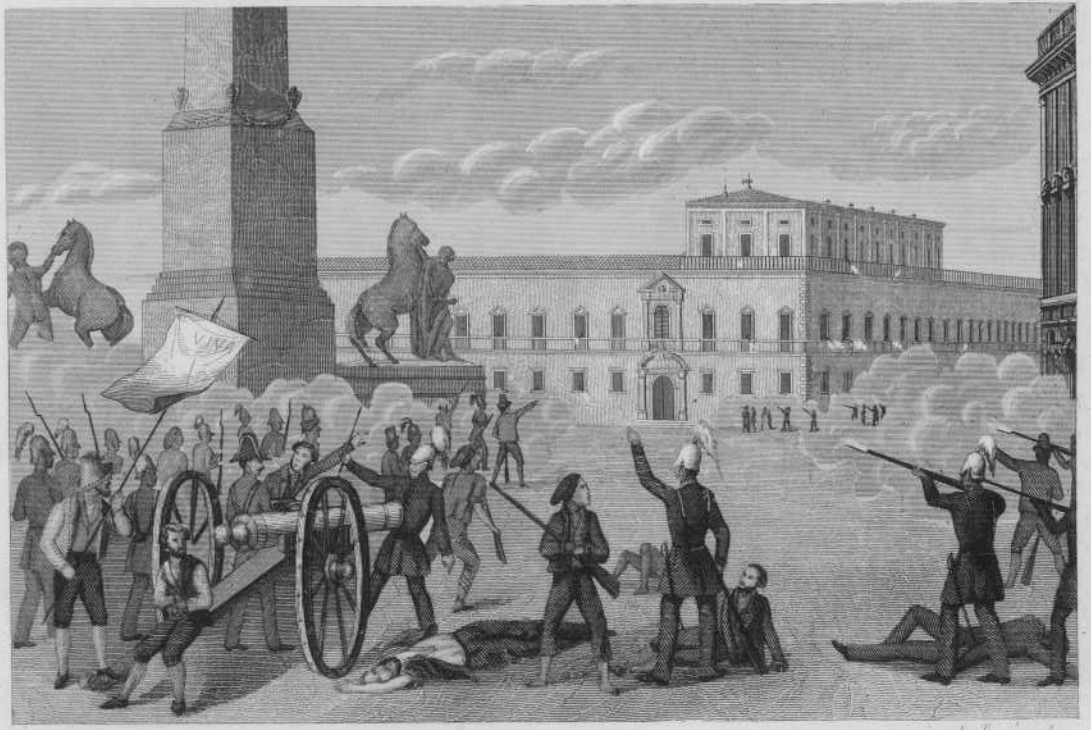
El grito de ¡á las armas! resuena nuevamente, y la plaza queda vacía en un momento, para llenarse despues con nuevos hombres armados que acudian por todas partes.

Los tambores de los catorce batallones de la Guardia cívica esparcen la alarma por todas las calles, tocando la generala. Todas las tiendas de Roma se cierran: las puertas de la ciudad son ocupadas por la Guardia cívica, mientras que el resto de ella, la tropa de linea y los carabineros, juntamente con los niños del batallon de la *Esperanza* (1), corren sin órden unos á pié, otros en coche, y muchos en omnibus al Quirinal, que queda completamente sitiado de grupos armados, los cuales se acrecientan de momento en momento, sin direccion alguna, ocupando con las diferentes banderas de los barrios y de las milicias las diversas avenidas que conducen al monte Quirinal. Los suizos que defendian el palacio apenas eran setenta, y los mandaba el capitan Leopoldo Mayer. La diputacion del pueblo que aun se hallaba reclusa en el palacio pudo salir por la calle de Scandervech.

La grande plaza del palacio Quirinal se hallaba completamente llena de gente, que disparaba de cuando en cuando sus fusiles sobre el pa-

(1) Debióse en Roma la formacion de este cuerpo á haber aparecido ridículamente vestidos con el uniforme militar, cuando el establecimiento de la Guardia cívica, varios niños armados de sables y fusiles, los cuales parodiando á los soldados, se les veia atravesar con marcial continente las calles de la ciudad todos los domingos y otros dias festivos para ir en número de treinta ó cuarenta á instruirse en los ejercicios de las armas al Foro Romano, bajo la direccion de cierto clérigo. De ahí pues el que se constituyesen en cuerpo y que se alistaran en él hasta el número de quinientos, teniendo sus correspondientes jefes y oficiales, uniformados todos bajo un mismo modelo. Este batallon al que se le dió el nombre de la *Esperanza*, sin duda para dar á entender la que la patria debia tener con el tiempo en aquella niñez guerrera, estaba dirigido por un cierto Potrier capitan del ejército del rey de Cerdeña. Otras varias ciudades de los Estados Pontificios formaron por aquel entonces sus batallones de niños, á imitacion del de la capital. En las lamentables escenas de los dias 15 y 16 de noviembre y en los siguientes, los niños del Batallon de la *Esperanza* merecieron que el Círculo Popular les confiase la guardia del edificio en que éste celebraba sus sesiones.

(Nota del Traductor.)



ATAQUE DEL QUIRINAL.

lacio del Pontífice, empero éste permanecia en tanto inflexible en su resolucion de no ceder á las demandas del pueblo.

Una de las balas disparadas por las turbas penetra en uno de los aposentos del palacio y hiere en el corazon á Monseñor Palma, secretario latino del Papa. Uno de los domésticos se presenta al Pontífice, se arroja á sus pies y le anuncia la catástrofe. Queda por un momento suspenso el venerable Pontífice; pero nunca su valor se contrasta ni se intimida, y se retira un momento á su oratorio para pedir el eterno descanso del alma de aquel fiel servidor suyo. ¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos debieron vagar por su alma, cuando de rodillas en su oratorio solo con su conciencia y cara á cara con la imágen de su Dios de quien él era el Vicario, se preguntase á sí mismo dónde iria á parar aquel pueblo furioso que rugia como una bestia desencadenada á las puertas de su palacio!

Contra ellas asestan tambien, frenéticos, el cañon llamado San Pedro, que habian traido con grande algazara del Castillo de Sant-Angelo. ¡Aquel cañon habia saludado la amnistía y lo volvian ¡ahora contra la casa del perdon! Este cañon lo servian con mecha encendida el diputado Bonaparte, príncipe de Canino, y su hijo!

El Círculo Popular, durante todo el movimiento, se constituye en una especie de gobierno popular, compuesto de Sterbini, Vinceguerra, Spini, y Pinto; estos dos últimos redactores de la *Época*.

Desde entonces el movimiento se concentró, y tuvo una direccion: todas las órdenes partieron de esta junta, y en todas partes fueron obedecidas. Ni un empleado siquiera civil ni militar, resistió ni dió su dimision; todos se adhirieron inmediatamente á las disposiciones de esta junta. El mismo batallon n.° 13 del barrio de Trastebere, con su mayor Vicenzio Cortessi á la cabeza se somete al Círculo Popular, y anuncia que está pronto á correr donde lo exijan las necesidades.

La tropa de línea que guardaba el arsenal llamado *La Pillota*, abre las puertas al pueblo, que se apodera en un momento de cuantas armas se custodiaban en aquel depósito, saqueando además cuantos objetos se hallaban allí de armas antiguas y preciosas.

El Papa aguardaba que hubiese alguna reaccion en el pueblo, y así lo manifestó al embajador español y demás individuos del cuerpo diplomático, que no le abandonaron ni un solo momento; empero ninguna voz romana se alzaba en su defensa; ninguno se levantaba para defender el palacio pontifical, guardado apenas por setenta ancianos suizos; presentando un espectáculo vergonzoso aquellos soldados pagados por el Papa, que marchaban contra su palacio á las órdenes de sus gefes

de los cuales ni uno solo faltó, aquella aristocracia romana enriquecida y ennoblecida por los Papas, con la espada desenvainada al frente de los batallones de los nacionales, sin que uno solo de sus individuos se separase de sus filas y fuese á interponer su honor y su cuerpo entre la revolucion y Pio IX, noble romano como ellos mismos!!

La conducta de los príncipes y de la aristocracia romana está perfectamente significada en el Evangelio, en aquel discípulo tímido que nos refiere el historiador de la pasion del Hombre-Dios, que envuelto en una sábana blanca el dia de la prision de Jesus, le seguia á lo lejos para ver en qué paraban las cosas: *sequebatur à longe ut videret finem.*

El carácter dominante de los romanos en 1848 es una gran debilidad de alma, que se manifiesta tristemente en todas las clases de la poblacion; porque unos, los vencidos, han permanecido indiferentes sin querer combatir, y otros, los vencedores, los veremos detenerse sin sacar inmediatamente ningun fruto de su crímen.

Las hordas no tenian resistencia; combatian contra un solo hombre, y sin embargo, habian construido barricadas en todas las avenidas del palacio Quirinal. ¡Tanto era su miedo!

Despues de lo que refiere el señor conde de Fabraguer sobre las ocurrencias que nos ocupan, hemos tenido ocasion de consultar otros varios escritos publicados en la capital del orbe cristiano, y en particular el luminoso y elocuente libro que se imprimió en ella en 1850 titulado: *Le ostilità della rivolta contro il cattolicismo negli ultimi avvenimenti di Roma.* Unos y otros están acordes en que desde que Pio IX rehusó con su alocucion de 29 de abril de 1848 romper las relaciones que le unian al imperio austríaco, y servir á las innobles pasiones del espíritu revolucionario, cuyo foco perenne era en Roma el Círculo Popular, se creyó la demagogia en pleno derecho para declarar su odio profundo á la Santa Sede y á su temporal poder. Así es, que decretada por el indicado Círculo Popular la muerte de Rossi y consumado ya el crimen, solo se pensó en abreviar los últimos dias del dominio Pontificio, por medio de un golpe atrevido y decisivo cuyo preludio fué la muerte del primer ministro del Estado. Amedrentados como ya se ha indicado los colegas de la sacrificada víctima, se apresuraron á abandonar su puesto en el ministerio, salvando de esta suerte su propia vida, mientras que sobrecogidos del mismo terror los hombres de bien, creyéndose en grave peligro se mantuvieron pasivos, dejando al Pontífice sin defensa frente del enemigo.

Esto era precisamente lo que apetecian los secuaces de Sterbini: dejar al Papa aislado dentro los muros del Quirinal: sitiarlo allí donde

tantas veces habian subido los *hosannas* de la muchedumbre que llenaba la plaza, para darle gracias por las concesiones que su magnánimo corazon hacia un dia y otro dia en pro del pueblo: trocar el humo del incienso por el del incendio: regar con sangre el suelo que el pueblo romano habia antes cubierto de flores para Pio IX!

La cuestion debia ser de principios, de vida ó muerte. La revolucion manchada con la sangre de su primera víctima, no quedaba satisfecha, y queria triunfar luchando cobardemente con el Soberano Pontífice, indefenso, desarmado y sin que nadie acudiese á sostenerle en medio de sus tribulaciones.

¿Quiénes son esos soldados que fraternizando con las turbas del Círculo Popular y unidos con la protea Guardia cívica, corren tumultuariamente al Quirinal, suelta al viento la bandera del mismo Círculo para pedir en la mañana del 16 un ministerio democrático? Son los soldados del Pontífice rey, que faltando al juramento de fidelidad prestado, abandonan á su príncipe, y al lado de algunos de sus gefes, á quienes colmó de grados y distinciones, deshonran el uniforme militar que indignamente visten. Son las turbas seducidas por las ponzoñosas doctrinas de esos falsos apóstoles de la demagogia, entre los cuales figuran algunos ingratos generosamente perdonados por su Soberano, que clamando por una exagerada libertad en beneficio del despotismo, y por una igualdad irrealizable, atentarán mañana siguiendo su desbordamiento, á la propiedad y á la seguridad de sus conciudadanos. Son, por fin, la gran mayoría de la fuerza ciudadana, que en vez de situarse al lado del primer gefe del Estado para sostener la soberana prerogativa que le compete en todos los paises libres, para nombrar los consejeros de su corona ó perder su existencia sosteniéndola, se constituye en una horda de foragidos que con sus espadas rasgan la ley constitucional, emponzoñando con su impuro aliento la libertad que proclaman.

Ultrajada la dignidad del Papa, desconocido el derecho que le competia para escoger con madura reflexion las personas que debian administrar la causa pública, nada estraño era que aquel manifestase á Galletti, al presentársele á nombre del pueblo que llenaba la plaza del Quirinal, que no consideraba conveniente á su decoro y á sus derechos que se le impusiera á la fuerza un ministerio. Tan justa contestacion no gustó, ni tampoco querian los gefes de la asonada que gustara al asalariado pueblo, el cual en el colmo de su exaltacion quiso penetrar en el palacio. Afortunadamente lo impidió la nunca desmentida fidelidad de la guardia suiza, que constante á sus antiguas

tradiciones de honor y decision, no reparando en el peligro, no contando en el número de sus enemigos, y considerando solo su propio deber, rechazó perfectamente la intencion del pueblo, y cerrando las puertas del palacio impidió en él su entrada.

La heróica actitud de los suizos fué un delito de lesa majestad popular, que unido al disgusto causado por la firmeza del Pontífice, hizo cambiar las furibundas voces que gritaban: *¡Obraremos como nos acomode! ¡Viva la constituyente italiana! ¡Viva el gobierno provisional! ¡Viva la república!* por las otras mas terminantes de *¡ó desde luego un ministerio democrático ó la república!* De esto se pasó á otras vias de hecho, puesto que disparado al aire, segun dicen algunos, en el interior del Quirinal un fusilazo por un empleado del mismo palacio, las turbas hicieron fuego sobre aquel edificio, y entonces los suizos viéndolo rodeado por un considerable número de gente armada, y ocupados los sitios eminentes y ventajosos para combatir con probabilidad de triunfo, tomado el convento y el campanario de San Cárlos, asestando un cañon contra la misma puerta del palacio, y en fin, aplicado fuego á otra puerta, empezaron á disparar sus armas contra los agresores. Entonces fué, como se ha dicho, cuando el secretario latino de Su Santidad que habitaba en una parte remota del edificio, cayó muerto atravesado el corazon de un balazo. Por su parte los suizos sin embargo de estar desprovistos algunos de armas de fuego, mataron á tres de sus agresores hiriendo á algun otro.

El deseo, como dicen todos los historiadores, manifestado por Su Santidad de que no se derramase la sangre de sus súbditos, le obligó despues de consignar solemnemente ante el cuerpo diplomático que le rodeaba de que solo cedia á la violencia, á acceder al nombramiento del ministerio que se le imponia.

Entonces en la embriaguez del triunfo, la muchedumbre reunida en la plaza del Quirinal prorumpió en alegres gritos, y pasando de un odio manifiesto á un entusiasmo peor que la rabia y el público insulto, aplaudió frenéticamente al Pontífice, al cual poco antes habia injuriado sacrílegamente, y que poco faltó para que lo sacrificara en su persona, como lo habia verificado en sus imprescriptibles derechos.

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO XI.

José Galletti ministro. — Sus primeros actos. — Desarme de la Guardia suiza. — Aurora boreal. — Programa del nuevo ministerio. — Division entre los revolucionarios victoriosos. — Partida de Pio IX. — Llegada á Gaeta. — Pormenores. — Carta del Papa al marqués Sachetti. — Proclama de los ministros. — Estado de los ánimos en Roma.

José Galletti gefe nominal del ministerio impuesto por la fuerza bruta de la asonada, á las legítimas repugnancias del Soberano, es el hijo de un barbero de Bolonia que vive bajo el pórtico del Seminario, cerca la iglesia de San Pedro. El que sorprendiendo la verdad debia en adelante presidir en los consejos del Gefe del catolicísmo, vió la luz primera en una oscura tienda de Fígaro el año de 1800.

Flexible, fino y astuto poseyendo todas las cualidades para el oficio, el joven José entró en la vida bajo la espuma del perfumado jabon. Su primera ocupacion consistió en pasar por el suavizador las navajas de la tienda y presentar *l' acqua fresca* á las barbas de los parroquianos. Deseoso el barbero de poseer un sabio en su familia, puesto que habia notado grandes disposiciones en su hijo, hizo que fuera á emprender sus estudios á la famosa Universidad de Bolonia. El estudiante pronto se transformó en hábil jurisconsulto; empero abandonando cierto dia los libros de leyes y la sutileza del Foro por la espada y los trastornos de las revoluciones, se lanzó ciega-

mente en los acontecimientos de 1831. Entonces tan valiente soldado como habia sido distinguido letrado, se mantuvo algun tiempo en campaña. A la cabeza de una coluna de hombres armados se apoderó de improviso de la pequeña ciudad de Cento, batióse en Rímini con un cuerpo austríaco, fué herido en Cesena y luego detenido de repente por su adversa suerte, retírase al estrangero para volver á entrar doce años despues á dirigir una conspiracion, cuyo secreto fin decíase que era la muerte del venerable Pontífice que bajo el nombre de Gregorio XVI ocupaba en aquel entonces la Sede Pontificia.

Detenido antes de la ejecucion de este odioso proyecto, fué cargado de hierros conducido á Roma, juzgado, sentenciado á galeras perpetuamente y encerrado por conmutacion de condena en las cárceles de los Estados Romanos. Hallándose en ellas en 1846 fué cuando obtuvo la libertad á consecuencia del generoso decreto del 16 de julio. Su agradecimiento al Soberano Pontífice fué tan estremado, que para reprimir Pio IX la exageracion de sus transportes le dijo: «*Basta, mio figlio*. Basta, hijo mio.» Ya hemos referido la escena afectuosa del dia en que el Papa levantando de sus plantas el futuro Judas, le estrechó contra su pecho.

De una estatura mediana pero bien formado, elegante, cuidadoso en su trage, ocultando en sus modales de caballero al hijo de un oscuro barbero, José Galletti, dotado de un rostro agradable, distinguido, pálido, adornado de una barba negra, encantaba con la dulzura de su voz y la tierna espresion de su mirada. Acercándolo la naturaleza al dulce mirar de la muger, le habia concedido el don de las lágrimas. Hábil para conquistar en todas sus faces el corazon humano, podia llorar y gemir cuando quisiese. Su bella fisonomía era una máscara que se acomodaba á todas las espresiones, y su frente era un termómetro que marcaba todos los sentimientos. Poseyendo José Galletti en alto grado el arte del disimulo, ha engañado

hasta el fin á Pio IX su bienhechor, el cual hasta el último momento se creyó con derecho para esperar de él.

Mientras que retirado el Soberano Pontífice en el silencio de su oratorio, rogaba á Dios por aquellos desgraciados á quienes habia amado tanto, las autoridades civiles y militares se sometian formalmente al Círculo popular nacional (*), al que se habia reunido el club del café de las Bellas Artes. Los funcionarios públicos, los principales gefes del ejército, el coronel Stewart, comandante del cuerpo de San Angelo, se apresuraba á tributar sus homenages á este nuevo poder, que por su sola autoridad destituia, nombraba para los empleos vacantes y hacia fijar al público los nombres de los funcionarios que le disgustaban. No le bastaba haber privado al Santo Padre de su poder soberano, sino que resolvió quitarle los únicos hombres que le habian sido fieles el dia anterior. Sterbini y el príncipe de Canino pidieron que fuesen desarmados los suizos y licenciados, añadiendo que debian tenerse por muy felices, perdonándoles la vida. El Papa, con el cual se habian apresurado á reunir por la mañana muy temprano los miembros del cuerpo diplomático, tuvo que sufrir esta nueva exigencia. Ofrecióse con todo una dificultad que no se habia previsto. Los suizos se negaron á dejar su puesto y á entregar las armas. «Estamos aquí por la voluntad del Papa, dijeron, y no nos moveremos. En cuanto á las armas, si la *canalla* las quiere, que venga á tomárnoslas. Si no podemos servirnos de las mismas para defender ó salvar á nuestro Soberano, estamos resueltos á morir antes que entregarlas á otras manos que á las suyas, y en este último caso si Pio IX nos las pide, no las en-

(*) El Círculo Popular se hallaba establecido en el palacio Fiano, calle del Corso, que como hemos dicho en otra nota es la mas concurrida y estensa de Roma. En la misma calle habia el Café Nuevo, que ocupaba todo el gran piso bajo del palacio Ruspoli, y al frente en la acera opuesta existia la sociedad del Círculo Romano.

(Nota del Traductor.)

tregaremos, porque somos soldados, empero las depondremos á sus augustas plantas. »

En efecto, manteniendo su palabra, solo se sometieron cuando estuvieron bien convencidos que tal era la voluntad del Papa. Casi en idénticas circunstancias, el dia 10 de agosto de 1792, los hijos de la república Helvética defendieron en Francia á precio de su sangre la espirante monarquía. La historia ha conservado sus nombres: la historia igualmente para ser justa y agradecida, debe conservar los de los valientes que tal vez hubieran evitado á Pio IX las aflicciones del destierro, si como el desventurado Luis XVI, no hubiese Pio IX retrocedido ante la idea de hacer derramar una gota de sangre por su causa [1]. La guardia suiza no sin visible estremecimiento dejó los puestos del Quirinal á la Guardia cívica, y desde aquel momento el Soberano Pontífice quedó en realidad prisionero en su propio palacio (*).

Como lo habia previsto Galletti, recien llegado de Bolonia

[1] Véase en los documentos históricos el número 5.

(*) Desde que el Pontífice se vió privado de su leal guardia suiza, se consideró preso dentro las habitaciones del Quirinal. De ellas no salió hasta la noche en que fugándose de Roma se sustrajo á la vigilancia de sus guardianes, para ir á buscar la hospitalidad en tierra estrangera. Si bien Pio IX recibia libremente á cuantos le visitaban, eran espiadas las palabras y seguidos los pasos de cuantos entraban y salian del palacio. Uno de los que visitó dos veces al Pontífice en aquellos dias, fué el padre Marocco, distinguido religioso que acababa de regresar de Génova, á donde habia pasado para asuntos de su Orden. Tan pronto como los que observaban cuanto pasaba al rededor del Papa vieron salir por segunda vez al padre Marocco, se propagó la voz de que este sacerdote habia ido á Génova para concertar la fuga del Santo Padre, se le buscó para matarlo, y solo pudo salvar su vida manteniéndose oculto por muchos dias. ¡Triste situacion aquella en que la menor sospecha contra el ungido del Señor ó contra los que procuraban consolarle en su sagrado asilo, podia dar márgen á nuevos desórdenes, á violencias nuevas!

(Nota del Traductor.)

la noche misma del asesinato del conde Rossi, sin duda alguna para recoger su herencia política, el sabio abate Rosmini, no quiso absolutamente formar parte del ministerio del 16 de noviembre. Este piadoso y esclarecido escritor, desde luego habia conocido que puesto su nombre por los demagogos, no era mas que una bandera de reclutamiento ofrecida á la parte sana de la poblacion. Por lo tanto, no quiso doblegarse á semejante engaño y rehusó de consiguiente la cartera que se le ofrecia. Fué reemplazado pues por monseñor Muzzarelli del mismo modo que el duque de Rignano, general de la Guardia cívica, lo fué por el coronel José Gallieno. Acogiendo el pueblo con trasporte este segundo nombramiento, se juntó á la tropa para conducir al nuevo electo al Estado Mayor, y reconocerlo en su dignidad al son de la música y de los tambores. El resto de aquel dia se pasó con calma y sin otro incidente alguno. Por la noche iluminó de repente el cielo de Roma una magnífica aurora boreal de un rojo sorprendente; y la poblacion que aun creia en los presagios, quedó en estremo consternada. Creyó ver los signos amenazadores de la cólera de Dios. Los revolucionarios mas impíos, pero no menos supersticiosos, se tranquilizaron manifestando públicamente: «que aquel fenómeno indicaba claramente que el alma del tirano Rossi se hallaba condenada al fuego eterno, y los espíritus caidos celebraban aquel hecho con fuegos de regocijo.» El príncipe de Canino vió á mas otra cosa: en efecto, entrando aquella noche para ciertos negocios en los salones del duque de Harcourt, donde se hallaban reunidas algunas personas, dijo frotándose las manos en señal de alegría: «Señores, ¿habeis visto el cielo? ¡es la púrpura de los cardenales que se escapa!» — Os engañais, príncipe, le respondió severamente el duque, *es el indicio de los sangrientos dias que se preparan.*

Mientras tanto, obligado el nuevo ministerio á esplicar con urgencia sus intenciones, y la marcha política que debia se-

guir á consecuencia de los sucesos que acababan de tener lugar en Roma, publicó el siguiente programa aparentando que se hacia intervenir el nombre y autoridad del Soberano Pontífice, al cual tenia con guardias de vista en su palacio.

«Llamados al ministerio en medio de circunstancias estraordinarias, y cuando por nuestra parte la negativa seria poner en peligro la actual forma constitucional, del Gobierno del Estado, nos asustaria la gravedad de las cosas y de los tiempos, si no nos sostuviera el pensamiento de que nuestro programa político, no solo se halla en armonía con los principios proclamados por el pueblo, sí que tambien con aquellos que despues de una seria deliberacion han sido aceptados por nuestras cámaras legislativas; principios que servirán de regla á todas nuestras acciones, mientras permaneceremos en el poder.

«Entre estos principios hay uno que ha recibido por medio de *acto solemne, el consentimiento* del príncipe, y en cuanto al otro principio se ha prometido ponerse de acuerdo con el nuevo ministerio para que se redactaran proposiciones análogas para sujetarse á la aprobacion de las cámaras deliberativas.

» El principio de la nacionalidad italiana cien veces proclamado por nuestro pueblo y por las cámaras y aceptado por nosotros, *ha sido sancionado sin reserva* por el príncipe, cuando con un celo completamente paternal lo recordaba al emperador de Austria en carta dirigida á este soberano.

» En atencion á que para realizar este bien, creemos indispensable ejecutar las deliberaciones aceptadas por la Cámara de los diputados, concernientes á la independencia italiana, nuestra firme resolucion para poner en práctica las mismas deliberaciones, no es otra cosa que una franca adhesion á los deseos de los representantes del pueblo. Nadie dudará de nuestra completa conformidad al programa de 5 de junio, acogido con tanto entusiasmo por las cámaras deliberativas. La convocacion de una constituyente en Roma y la redaccion de una

acta federativa, son principios y máximas que hallamos formulados en los deseos de una dieta en Roma destinada á discutir los intereses generales de la patria comun.

»Hoy que viene á unirse á esta máxima fundamental el *asentimiento del príncipe* que tambien desea someterlo á la decision de las cámaras, del Soberano que la Italia toda ha saludado como el iniciador de su libertad y de su independencia, nuestro corazon palpita á la idea de la proximidad de aquel momento en que le será dado esperar ver nacer al fin aquel pacto federativo, que respetando la existencia de los Estados aislados, y dejando intacta su forma de gobierno, servirá para asegurar la libertad, la union y la independencia de la Italia. Esta obra tendrá su perfeccion como lo creemos, cuando se asociarán á ella la gloria de Roma y el nombre reverenciado del Pontífice.

» Con este programa nos presentamos ante el pueblo y las cámaras. Si el pueblo nos dispensa su confianza, nos esforzaremos para continuar mereciéndola. Las Cámaras van á ser convocadas para manifestarnos si nos conceden tambien su confianza. Y la esperamos si sus principios políticos continúan siendo hoy lo que fueron en el pasado.

» Firmado: C. — E. Muzzarelli, presidente.

Galletti, Sterbini, Lunati. »

Este programa, notable por la moderacion de su forma, disgustó á los demagogos, que hubieran querido hallar en él las seguridades de una política mas despejada. Los periódicos adelantados, despreciando igualmente la habilidad que habia presidido en la redaccion de aquel documento político, solo lo aceptaron con frialdad y reserva: y uno de ellos, si cabe mas severo ó mas impaciente, no temió insertar contra sus antiguos amigos estas dos líneas, espresion exacta de la verdad: « Nos faltan hombres verdaderamente liberales, enérgicos y de talento. » Y efectivamente, aquellos hombres que del cadáver del ministro Rossi habian hecho un peldaño para

subir al poder, tan solo conocian por libertad la licencia, por energía el furor, y por capacidad la artería.

Como siempre acontece entre los revolucionarios, el dia siguiente de la victoria, se habia operado ya una profunda division entre los ministros y los principales gefes del círculo popular, que vieron frustradas sus esperanzas y sus ambiciosos deseos. Uno de ellos sobre todo, que habia tomado la mayor parte en la jornada del 16 de noviembre, el príncipe de Canino, descontento de verse fuera del poder creyó poderlo debilitar mejor, mostrándose mas violento que él.

Mientras tanto Sterbini designado mas directamente bajo el punto de vista del príncipe contrariado, se parapeta en el elemento socialista para tener un punto de apoyo que no hubiera encontrado en otra parte. Desconociendo las lecciones que los talleres nacionales de Francia ofrecian á su vista, emitió la proposicion de organizar el trabajo y al mismo tiempo prestando pleito homenage á la autoridad del Círculo popular del cual mendigaba la proteccion, le invita á designar para cada uno de los cuarteles de la ciudad dos ciudadanos, formando una comision de trabajo encargada de ponerse de acuerdo acerca los medios mas rápidos de procurarlo al pueblo.

Durante esta tarea de desorganizacion, el augusto y desventurado Pontífice, vigilado por una guardia cívica irrisoriamente adornada con el nombre de guardia de honor, veia estrecharse á cada momento los lazos de su cautiverio, porque se habia esparcido por la ciudad el rumor de que pensaba recobrar su libertad por medio de la fuga. Efectivamente, algunas personas adictas al Papa, los miembros del cuerpo diplomático sobre todo, consideraban de imperiosa necesidad semejante medida. Conociendo el Papa toda la urgencia de la evasion que se le proponia, retrocedia ante sus inmediatas consecuencias. Aumentaba su repugnancia la idea de dejar entregada la ciudad de Roma á merced de un poder usurpador, y esperaba todavía en la bondad de su alma, que el pres-

tigio de su nombre podria servir de egida para la salvacion de unos y de dique á los escesos de otros. ¡ Vana esperanza ! la revolucion marchaba : sus olas engrosadas con la escoria de un populacho delirante, se desbordaban por do quiera, y ninguna fuerza humana hubiera podido resistir á su invasora accion. Sin embargo, á pesar de las apremiantes súplicas y solicitudes de los fieles que le rodeaban siempre, dudaba el Santo Padre, cuando una noche, el 22 de noviembre, recibió una cajita acompañada de una carta concebida en estos términos :

« Santísimo Padre :

» Durante las peregrinaciones de su destierro en Francia, y sobre todo en Valencia donde murió y donde descansan su corazon y sus entrañas, el gran Papa Pio VI llevaba la Santísima Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de alguno de los prelados domésticos que le acompañaban en su coche. En este augusto Sacramento poseia una inestinguible luz que le daba fuerza en sus padecimientos, y un inefable consuelo en sus dolores mientras que en él hallaba el saludable Viático para la eternidad. Soy poseedor de un modo cierto y auténtico del pequeño relicario que servia para un uso tan religioso, tan tierno y tan memorable, y por lo tanto me atrevo á ofrecerlo á Vuestra Santidad. Heredero vos del nombre, de la Silla, de las virtudes, del valor y casi de las tribulaciones del gran Pio VI, dareis algun precio á esta modesta pero interesante reliquia, que como lo espero no recibirá mas, igual destino. Sin embargo ¿ quién conoce los designios de Dios en las pruebas que su providencia envia á Vuestra Santidad ? Yo ruego por vos con amor y fe. Dejo el relicario dentro la bolsita de seda que lo contenia y que servia á Pio VI y se halla en el mismo estado que cuando estaba suspendida del cuello del inmortal Pontífice.

» Conservo un precioso recuerdo y una profunda gratitud á las bondades de Vuestra Santidad en la época de mi viage á

Roma el año último. Dignaos aun añadir á ellas vuestra bendicion apostólica que aguardo arrodillado á vuestras plantas.

» ✠ Pedro, *obispo de Valencia.*»

A la lectura de esta carta y sobre todo á la vista de la preciosa reliquia que con ella se acompañaba, creyó el Papa recibir un aviso del cielo. Entonces desaparecieron sus escrúpulos ante la voluntad de Dios y dejó de vacilar. Grandes obstáculos se oponian á la fuga del Santo Padre, rigurosamente vigilados. En primer lugar, este proyecto no podia confiarse mas que á un muy pequeño número de personas, á fin de asegurar el secreto; y en seguida ¿á qué punto del globo dirigiria sus errantes pasos el Pontífice? ¿Por ventura la política celosa de los gobiernos, no se disputaria el privilegio de hospedar su Sagrada Persona? ¿Se echaria en los brazos de la Francia ó de la España? ¿Permaneceria en el territorio italiano? Tales eran las preguntas que se dirigian secretamente á fuera el uno al otro el duque de Harcourt embajador de Francia y el conde de Spaur ministro plenipotenciario del rey de Baviera. En un momento decidióse que el Papa iria á Civita-Vecchia: al efecto apresuróse el duque de Harcourt á enviar sus órdenes al vapor frances el *Ténare* que se hallaba en aquel puerto, pero el cardenal Antonelli temiendo que el camino de Civita-Vecchia se hallase ocupado por los revolucionarios, casi desbarató desde luego esta combinacion. Pareciendo que las dificultades iban creciendo por momentos, y no sabiendo qué partido abrazar, « yo no soy mas que una simple muger, dijo cierta mañana la condesa de Spaur á su marido, y sin embargo quisiera llevar á cabo este negocio.» El ministro del rey de Baviera se rió de esta, pero aquella misma noche le dijo:

—¿Teneis presente lo que me habeis dicho esta mañana?

—Sí, por cierto, y me mantengo en lo mismo.

—Es que tal vez la Providencia ha puesto los ojos en vos para contribuir á la libertad del Papa.

—Estoy pronta, hablad, ¿qué debe hacerse?

—Partir mañana por la mañana para Albano (*) con vuestro hijo y su ayo.

—¿Y luego?

—Esperarme allí.

—Os aguardaré.

—Ahora ocupaos de los preparativos para nuestra marcha, porque nuestra ausencia de Roma pudiera prolongarse mas de lo que creemos.

La condesa de Spaur, de orígen francés y una de las señoras mas distinguidas de Roma, midió de una ojeada la importancia de la comision que se le confiaba, y lejos de asustarse se dispuso para llenarla. Comenzó por decir á los criados de su casa que un proyecto de matrimonio entre una princesa de

(*) En el sitio donde se halla hoy *Palazzola*, entre el lago y la montaña, cerca 400 años antes de la fundacion de Roma, Ascanio, hijo de Eneas, fundó la ciudad de Alba-Longa, la cual fué destruida por Tulio Hostilio despues de la traicion de Metius Sufetius, dictador de los Albanos. En el mismo parage en el cual se halla actualmente la villa, los Romanos establecieron un campo para custodiar la via Apia. A esto debe pues el orígen la nueva Alba, á la cual llamaron gran concurso de gentes las suntuosas casas de recreo de Pompeyo el Grande y de Domiciano. Durante la decadencia del imperio, se levantó allí una ciudad que tomó el nombre de Albanum, del territorio en que se encontraba.

Antes de entrar en Albano se ve á la izquierda de la via Apia un sepulcro muy elevado y magnífico, despojado de sus adornos, que en su interior contiene un aposento de once pies de longitud y siete de latitud. Se ignora de quien seria, aunque se atribuye vulgarmente á Ascanio. Empero como este sepulcro fué erigido en la casa de campo de Pompeyo, delante su palacio, se cree mas bien, segun la opinion de Plutarco, que fué construido por el mismo héroe, para colocar en él las cenizas de Julia su mujer, hija de César: y que despues, segun el propio escritor, sirvió para el mismo Pompeyo, cuyas cenizas fueron depositadas allí por su esposa Cornelia.

A la otra parte de Albano junto á la iglesia de la Vírgen de la Estrella,

Baviera y el hijo mayor del rey de las Dos Sicilias llamaba repentinamente á su marido y á ella á Nápoles. Mientras que las doncellas preparaban los baules entregó á las llamas varios papeles, previniendo las visitas domiciliarias que pudieran practicarse á consecuencia de su marcha. En seguida llenó de oro sus borceguíes, forró de diamantes sus vestidos, puso en parage seguro una cartera del Papa, preparó sus pistolas, que maneja y tira lo mismo que un maestro de armas, y pasó el resto de la noche orando delante un crucifijo. A las seis de la mañana, despues de haber escrito algunas líneas á su familia para tranquilizarla, entró en una berlina rusa tirada por cuatro caballos, y dió la órden de partir para Albano.

Al llegar á las puertas de la ciudad fué detenida. « ¿Dónde vais? le preguntaron.

— Ahora á Albano, y despues á Nápoles.

se descubre otro magnífico sepulcro formado de un gran zócalo cuadrado de 55 pies de circunferencia que sostenia cuatro pirámides redondas distribuidas en sus ángulos, de las cuales solo subsisten dos y un gran pedestal tambien redondo, tal vez destinado á sostener alguna estátua ó trofeo. No contiene aposento alguno sepulcral. El pueblo cree que esta tumba seria la de los Horacios y Curiacios; opinion contraria á la de Tito Livio que dice que estos héroes fueron enterrados en el mismo sitio donde perdieron la vida, entre la via Latina y la via Apia á cinco millas de Roma. Como el arquitecto de este monumento recuerda una época muy remota, algunos creen reconocer en él el sepulcro de Aruns, hijo de Porcena que murió en aquellos alrededores cuando quiso atacar la ciudad de Aricia el año 247 de Roma, 506 antes de la era cristiana.

En esta ciudad, en cuyas cercanías la condesa de Spaur debia aguardar que llegara su marido con el Pontífice Pio IX la noche del 24 de noviembre de 1848, existen diferentes iglesias, casas de campo y muchos paseos, lo que atrae á ella infinitas personas durante la apacible temporada de otoño. Junto á la iglesia de San Pablo, se hallan los restos del anfiteatro construido por Domiciano, un gran receptáculo de agua, y el recinto del campo Pretoriano.

(Nota del Traductor.)

—¿Dónde están vuestros pasaportes?

—Aquí los teneis.

—¿Por qué el conde vuestro marido, no os acompaña?

—Porque los negocios de su Gobierno le detienen en Roma.

—¿Cuándo se reunirá con vos?

—Cuando quedarán terminados sus negocios: ya lo vereis, porque debe salir por esta puerta.

—Basta.

Entonces la berlina continuó su camino: detúvose á los pocos pasos para tomar dos nuevos caballos que la aguardaban, y en dos horas y media, corriendo á escape y levantando nubes de polvo, llega la condesa á Albano y se apea en la fonda de Paris.

Combinada la fuga del Santo Padre con el duque de Harcourt y el conde de Spaur, se habia fijado para la noche del 24. Pocos momentos antes de la hora indicada, el duque de Harcourt que habia obtenido una audiencia, llegó al Quirinal en un coche de gala, precedido de volantes y de antorchas, y solicita ver al Papa: se lo niegan, insiste, y al fin es introducido en el gabinete Pontificio, cuya puerta se cierra inmediatamente. Eran las cinco, el cielo estaba sombrío, sin estrellas, y la noche favorecia con su oscuridad el éxito del proyecto. No habia pues un momento que perder. Acorde el conde de Spaur con Su Santidad, aguardaba á éste que debia reunírsele cuanto antes en el paraje designado de antemano. Durante este tiempo Pio IX con la ayuda del embajador de Francia cambió de trage, se calzó zapatos negros cerrados con dos grandes hebillas de plata, tomó un pantalon de color oscuro, púsose un leviton negro, se cubrió la cabeza con un ancho sombrero redondo, y se tapó los ojos con antiparras: en seguida habiendo permanecido arrodillado dos minutos delante el crucifijo de su oratorio, salió llevando una bugía en la mano, por una puerta secreta, que le condujo á los largos corredores del conclave. Le acompaña un hombre fiel y seguro, ad-

herido al Palacio, llamado Philipani. Durante este tiempo permaneciendo el duque de Harcourt en el gabinete del Papa, leia en voz alta, para distraer á los vigilantes, cuya atencion pudiera llamarse por un largo silencio. De repente oyó ruido en las habitaciones que el Papa acababa de atravesar, lo que no pudo menos de alarmarle. ¿Habria sido descubierto el Papa é impedida su fuga? No, porque Dios velaba por el santo Pontífice, que se habia visto repentinamente detenido por una puerta que habian descuidado abrir, y para remover aquel obstáculo imprevisto el señor Philipani habia vuelto á las habitaciones del Pontífice (*). Mientras que este hombre fiel daba un largo rodeo, Pio IX solo y con la bugía en la mano aguardaba delante de la puerta, la cual por fin se abrió al cabo de diez minutos. El Papa entonces se arrojó dentro del coche.

A las siete el duque de Harcourt, que habia quedado solo en el gabinete pontificio para alejar toda sospecha, dijo al retirarse á los que se hallaban en la antecámara y á los guardias que estaban de centinela á la puerta misma de los aposentos de Su Santidad, que hallándose este indispuesto se habia acostado: luego regresando á la Embajada entró en una silla de posta y volando por la carretera de Civita-Vecchia llegó á esta ciudad á media noche para embarcarse en el *Ténare*.

Eran las seis y diez minutos cuando á tenor de las órdenes que habia recibido el cochero que conducia la fortuna de Roma, bajando la colina, atravesó la plaza de Trajano, siguió por las calles que conducen al Coliseo, y cuanto antes llegó

(*) Durante los críticos momentos que precedieron la fuga del Pontífice, este demostró la mayor sangre fria; asi es que á poco de haber salido de su cámara, volvió á entrar en ella para recoger su caja de tabaco que se habia olvidado y de la cual no pudo prescindir, puesto que Su Santidad consume tanto rapé como Federico II de Prusia y el emperador Napoleon I.

(Nota del Traductor.)

á las Termas de Tito, donde el conde de Spaur aguardaba en su coche junto á la iglesia de San Pedro y San Marcelino con su cazador, armado como él de pistolas y puñal. En fin al cabo de media hora de haber salido del Quirinal el Santo Padre con el alma lacerada por el dolor, pero del todo resignado á la voluntad de Dios, atravesó sin dificultad alguna la puerta de S. Juan de Letran (*).

El coche que conducia al ilustre fugitivo alcanzó durante la noche al de la condesa de Spaur que aguardaba en el valle de La Aricia cerca de Albano. Al momento de encontrarse los dos coches, detuviéronse cuatro carabineros que estaban patrullando. Empero dotada la condesa de Spaur de una admirable entereza de alma, sin bajar de su berlina de viage,

(*) Esta puerta fué sustituida por el Pontífice Gregorio VIII á la antigua *Asinaria*, de la cual al salir por ella se ven todavía á la derecha los dos torreones que la defendian. Dábasele el nombre de *Asinaria* por hallarse en la via *Asinaria* construida probablemente por alguno de la familia *Asinia*. Se llama á la puerta moderna, puerta de San Juan, por la circunstancia de estar inmediata á la Basílica de este santo y durante la edad media se le daba el nombre de Puerta Lateranense. La construyó Jaime de la Porta. Segun Procopio, Totila entró por ella en Roma por la traicion de los soldados Isauricos que la custodiaban. La nueva carretera que parte de esta puerta, está atravesada á dos millas de Roma por la via *Latina*, flanqueada todavía de ruinas de sepulcros y de otros antiguos edificios, algunos de los cuales se hallan muy bien conservados y son de una bella construccion de ladrillo. A muchos de tales monumentos se les ha dado el nombre de Templo de la Fortuna Muliebre. Empero la distancia á que hacen remontar su construccion Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Valerio Máximo, no está en manera alguna acorde con semejante tradicion; por lo tanto es de creer que donde se hallaba realmente construido dicho templo, es en la granja de *Roma Vecchia*, cuasi en el sitio donde se halla la casa rústica. Aquel templo que llevaba orígen de la piedad filial de Coriolano á su madre, parece haber sido ó bien restaurado ó vuelto á construir por Faustina, muger de Marco Aurelio.

(Nota del Traductor.)

gritó con acento de zumba: « ¡Vaya Sr. doctor, que os haceis bien esperar! y obrais muy mal, ¿nadie podrá corregiros nunca vuestra cachaza? » Entre tanto el Santo Padre bajando de su coche sin proferir una sola palabra entró en el de la condesa.

Los carabineros lejos de sospechar que el Papa estuviese á su presencia, levantaron ellos mismos el estribo del coche, deseando un feliz viage á los ilustres viageros. El Santo Padre estaba en el fondo de la berlina, al lado de la condesa de Spaur, delante el jóven Maximiliano de Spaur, que estaba sentado junto á su ayo Mr. Liebel; una doncella de la condesa ocupaba el asiento de delante, mientras que el conde de Spaur y su fiel cazador ocupaban el de detrás.

« Perdonadme Santísimo Padre, esclamó la condesa de Spaur así que el Papa hubo entrado en el coche, perdonad á vuestra indigna sierva si la necesidad le proporciona un asiento que ella no merece á vuestro lado.

— En el dia, respondió el Papa, sois uno de los instrumentos de los cuales ha querido servirse la Providencia para cumplir uno de sus misteriosos designios. » En seguida viendo la emocion de la condesa añadió: « Nada temais, señora, porque Dios va con nosotros. »

Una parte del viage se hizo felizmente. Pero en Fondi estuvo á punto de ser reconocido el Santo Padre: al verlo uno de los postillones, despidiendo un grito de sorpresa dijo á sus camaradas: « Mira como este abate se parece al retrato del Papa que tenemos en casa. » Cambiando la berlina de caballos en cada parada, devorando el espacio, merced al conde de Spaur que estimulaba con el oro el látigo de los postillones habia pasado por fin la frontera de los Estados Romanos y Pio IX se hallaba en salvo. Entonces levantando los ojos al cielo y dando gracias á Dios por su divina proteccion, recitó el Sumo Pontífice el cántico del *Te-Deum*, el cual acompañaron con el labio y el corazon sus afortunados compañeros de viage.

Habiendo llegado el coche del Papa á las nueve y media de la mañana al muelle de Gaeta se reunió por fin con el del cardenal Antonelli y del caballero de Arnao que le habia adelantado de algunas horas. Apeáronse los viageros en la posada de Ciceron, en la cual les sirvieron un almuerzo en el que no tomó parte alguna el Santo Padre, retirándose á un aposento particular, en el cual dió nuevas acciones de gracias á la Providencia, consintiendo tan solo á tomar un ligero refresco: despues de algunos instantes de descanso, reunidos en consejo los ilustres viageros, determinaron que el conde de Spaur fuese á Nápoles para dar cuenta al rey de las Dos Sicilias de los sucesos que habian obligado al Gefe de la Iglesia á refugiarse á los Estados Napolitanos. A tal efecto el Papa le entregó una admirable carta para el rey Fernando II escrita de puño propio.

« Señor, le decia, el momentáneo triunfo de los enemigos de la Santa Sede y de la religion, comprometiendo la persona del Gefe de la Iglesia católica, le ha obligado á dejar Roma á su pesar. Yo no sé á qué punto del globo la voluntad del Señor, á la cual me someto con toda la humildad de mi alma, conducirá mis pasos errantes; mientras tanto, me he refugiado en los Estados de vuestra Magestad, con algunas personas fieles y adictas. Ignoro cuáles serán vuestras intenciones con respecto á mí: en medio de esta duda creo deberos participar por medio del conde de Spaur, ministro de Baviera cerca la Santa Sede, que estoy pronto á salir del territorio napolitano, si mi presencia en los Estados de vuestra Magestad pudiera ser causa de temores ó de diferencias políticas.

» Firmado. — Pio IX. »

Entonces, cambiando sus pasaportes con los del caballero de Arnao, el conde de Spaur portador de los despachos autógrafos del Papa, tomó inmediatamente la posta para Nápoles y el Santo Padre y los demás fugitivos se pusieron en camino

por otra parte para Gaeta, situado á una distancia de cinco millas del puerto que lleva el mismo nombre.

Entre tanto, cuasi á la misma hora se sabia en Roma la marcha del Papa por medio de una carta autógrafa que el Gefe de Palacio el marqués Sachetti á quien iba dirigida se apresuró á comunicar por órden de Su Santidad á José Galletti. Este al apoderarse de ella, aunque no le estuviera dirigida, y conservándola para tener un documento justificativo, desde luego la hizo fijar en las esquinas de la ciudad debajo la proclama siguiente:

¡Romanos!

Creo de mi deber enteraros de una carta de Su Santidad dirigida al marqués Gerónimo Sachetti y que este me ha comunicado.

« Marqués Sachetti: os rogamos participeis nuestra marcha al ministro Galletti, encargando tanto á éste como á sus colegas en el Ministerio, que hagan respetar las personas que nos han sido afectas, porque ellas han ignorado completamente nuestras intenciones, recomendándoles procuren mantener el órden y la paz en la ciudad.

» 24 de noviembre de 1848.

» P., P. P. IX. »

Prevalido de este documento para considerarse Galletti como el agente legal del Soberano, apresuróse á comunicarlo al Círculo popular Nacional, que despues de enterarse de él dirigió á los romanos una proclama concebida en estos términos.

« El Pontífice ha partido, confirmando el nuevo Ministerio y encargándole la conservacion del órden y la proteccion de la propiedad en todas las clases y condiciones. El Ministerio regularmente constituido, no retrocederá en la tarea que ha emprendido, y tiene la firme conviccion de que el pueblo Romano, que tan generosamente ha perdonado á los que querian

conducirlo á una guerra civil, sabrá evitar todo lo que podria producir desórden.

» Unan todos sus esfuerzos todas las autoridades civiles, militares y legislativas, para probar á nuestros enemigos que Roma ha sabido mantener el órden y la tranquilidad mas profunda en medio de tan graves acontecimientos. ¡ Vivan la Italia, el Ministerio democrático y la union ! »

» El Director, Polidori. »

El pueblo romano recibió con la fria calma del estupor la noticia de la marcha de Pio IX. Los desórdenes y los crímenes de los últimos tiempos, habian embotado de tal suerte su sentimiento moral, que no comprendió la importancia de aquel acontecimiento. A mas de que aunque sinceramente consagrado de corazon al Santo Padre y al Pontificado, se hallaba aun bajo la influencia del temor, para atreverse á manifestar públicamente la naturaleza de aquellas impresiones. El dolor que esperimentó entonces, fué sordo y concentrado. El sentimiento interior, no se dispierta con el grito de cólera que los pueblos oprimidos lanzan el dia del levantantamiento, pues se resignó y contentó con gemir dentro del hogar doméstico. El pueblo romano, en esta grave circunstancia, dando á conocer la medida de su valor moral, probó que el mayor de los males de una nacion, era la falta de carácter y la debilidad.

CAPÍTULO XII.

La posada del Jardin.—El Gobernador de Gaeta.—Llegada del conde de Spaur á Nápoles. — Fernando II.—Carta del Santo Padre.—Respuesta del rey.—Salida del rey para Gaeta.—Protesta del Papa.—Creacion de una comision Pontificia.—Contraprotesta revolucionaria.—Diputaciones enviadas al Papa.—Incidentes reaccionarios.—Creacion de una Junta suprema.—Reflexiones.

Existe en Gaeta una casita de mezquina apariencia, pero agradablemente situada, en la plaza Conca. Adorna su fachada principal una modesta muestra que ofrece á la vista de los pocos viageros que pasan por allí, esta inscripcion:

ALBERGO DEL GIARDINETTO.

Una pendiente muy suave conduce á un jardinillo plantado sin pretension delante la puerta de la posada. La pieza principal de la misma sirviendo á la vez de salon, de comedor y de dormitorio, es pequeña y limpia cuanto puede serlo una posada de quinto órden en Italia. Sus muebles eran en aquel entonces de los mas sencillos y consistian en una cama de hierro barnizado, enriquecida de adornos farmacéuticos, con serpientes de amenazadora cabeza enroscadas al rededor de los pies de la misma. Una cómoda de madera sin adornos, algunas sillas de enea metódicamente colocadas á la pared, pintada de color de rosa, y una jofaina puesta para servicio del tocador en una de aquellas sillas, completaban el mueblage.

Junto á la cama, á la derecha, veíase una cuna para un niño: á la izquierda encima de la cómoda, frascos de vidrio y tazas de loza blanca, se hallan simétricamente agrupados. Desde este aposento se llega por medio de algunos escalones de madera á un pequeño gabinete, iluminado por una buharda. Otros dos aposentos separados, y todavía mas sencillos, forman al otro lado de la escalera el primero y único piso de esta posada, en la cual descansará toda la noche, el que llenó el Universo con el brillo de su nombre y la fama de sus virtudes.

Efectivamente, en la humilde posada del Jardin, fué donde el Gefe Supremo del catolicismo se apeó con su fiel y afectísimo acompañamiento, despues de haber esperimentado algunas dificultades en la puerta de la ciudad, y haberse visto rechazado en el mismo Palacio Episcopal en el cual desde luego esperó poderse albergar.

Ocupaba á la sazon Monseñor Paricio la Sede Episcopal de Gaeta. Por la mañana, habíase resuelto en el muelle de Gaeta que los fugitivos pasarian á dicho palacio, y que el Soberano Pontífice dándose á conocer confidencialmente, le pediria por algunos dias la hospitalidad que le era debida. Por desgracia aquel mismo dia el piadoso obispo tuvo que salir de la ciudad para pasar al lado de su hermano, antiguo ministro del rey de las Dos Sicilias, que lo habia llamado á la hora de la muerte para exhalar en sus brazos su último suspiro. Un fiel criado napolitano llamado Danielo, hallábase en Palacio, cuando presentándose Su Santidad y acompañamiento, insistieron para que se les recibiera. Empero Danielo que no les conocia, díjoles, que durante la ausencia de su amo, no podia acceder á sus deseos. En vano insistiendo el cardenal Antonelli, le dijo que Monseñor Paricio lo sentiria cuando supiera que *sus amigos* habian sido despedidos de su casa, porque el fiel criado perseveró en su negativa, añadiendo impaciente que no habia recibido órden alguna sobre el particular.

« Si nos conocierais, respondió el Santo Padre, os apresurariais á recibirnos. »

— Cabalmente porque no os conozco, replicó Danielo, no puedo recibiros: además que el Palacio de un obispo, tampoco es una posada.

— Me conoce muy bien Monseñor Paricio.

— Podrá muy bien ser, pero no yo, que no os he visto nunca. Podeis ir pues á buscar un albergue en otra parte. » Y hablando de esta suerte el criado napolitano, cerró bruscamente la puerta del palacio, y se retiró gruñendo contra los importunos.

Mientras que el Papa se instalaba en la posada del Jardin, y despues que se hizo dar, no sin trabajo, papel, pluma y tintero é ilustraba para siempre el aposento que ocupaba, dictando al ayo del hijo del conde de Spaur el Sr. Liebel una protesta, que pronto veremos; el cardenal Antonelli y el primer secretario de la embajada de España el caballero de Arnao, pasaron á la ciudadela para cumplimentar al Gobernador de la plaza, el general Gross, y decirle que su llegada á Gaeta no tenia otro motivo mas que el de visitar aquella ciudad. El general Gross es un valiente oficial que hizo todas las guerras del Imperio bajo una bandera que no es la de la Francia. A la vista del pasaporte que á su peticion le presentó el caballero de Arnao, apresuróse á cumplimentar al pretendido conde de Spaur espresándole la satisfaccion que sentia de ver al Ministro plenipotenciario de S. M. el rey de Baviera. Luego dirigió algunas palabras lisonjeras en aleman al Sr. de Arnao, á las cuales no pudo éste contestar por ignorar aquel idioma. Continuando el Gobernador sus preguntas en aleman y no obteniendo contestacion alguna, el caballero de Arnao muy embarazado alegó una larga ausencia lejos de su pais, declarando con calma que habia olvidado su lengua materna: el cardenal Antonelli que pasaba por su secretario, se parapetó con las mismas escusas, dejando muy admirado al Gobernador.

« No puedo menos de manifestaros, dijo aquel oficial con una franqueza del todo militar, que me admiro de hallar un ministro Bávaro y su secretario, en la imposibilidad de comprender la lengua de su pais. » Con todo, como los pasaportes estaban en regla, contentóse con hacer rodear de agentes secretos la modesta posada donde los viageros se habian apeado. En seguida avisó al Juez de Paz, encargado de la policía y á uno de sus oficiales mas inteligentes. Cumpliendo sus órdenes estos dos agentes y á pretesto del refrendo de los pasaportes trasladáronse á la posada del Jardin para ver de descubrir el misterio que rodeaba á los viageros. ¡ Vana tentativa ! pues al cabo de algun tiempo regresaron sin poder decir otra cosa al gobernador mas que una sirena se hallaba entre los estrangeros sospechosos, y que ella les habia seducido con el encanto de su talento y las dulzuras de su palabra. El Gobernador, que no tenia la prudencia de Ulises, resolvió asegurarse por sí mismo dirigiéndose con un ayudante á la posada del Jardin.

« Debeis hallaros muy mal en esta posada, dijo á los nobles fugitivos ¿ tendriais la bondad de acompañarme al Palacio y de aceptar algunos refrescos ?

Semejante ofrecimiento era demasiado atento para rehusarse ; así que, accediendo los viageros á los deseos del general Gross, á escepcion del Papa que pretestó una ligera indisposicion, tomaron el camino del palacio del Gobernador. Este se mostró sumamente solícito, sin ser mas afortunado de lo que lo habian sido sus dos agentes. Sin embargo, logró saber por el caballero de Arnao, que no era el conde de Spaur, que habia partido la víspera para Nápoles. Entonces las sospechas del Gobernador tomaron tal consistencia, que estuvo á punto de hacer arrestar á los que las inspiraban. Nada hizo, pero redoblando la vigilancia, él mismo acompañó á los estrangeros hasta la puerta de su posada. A todo esto llegada la noche, el Santo Padre se retiró al aposento principal que ya hemos descrito. El cardenal Antonelli tomó posesion del ga-

binete contiguo á éste, y las otras dos piezas fueron ocupadas una por el jóven Maximiliano y su ayo, y la otra por la condesa de Spaur y su doncella.

Mientras que el Santo Padre descansaba entregado al sueño que proporciona la paz de una conciencia irreprensible; el embajador de Baviera al cual Dios habia reservado el insigne honor de salvar al Papa, el conde de Spaur, llegó á Nápoles. En seguida se fué á la calle de Toledo, al palacio del Nuncio de Su Santidad. Monseñor Garibaldi venia de casa el duque de Torella, donde habia pasado la noche. Eran las once. Haciéndose anunciar á pesar de lo adelantado de la hora, el conde de Spaur forzando cuasi la puerta, penetró en trage de viage en la cámara del Nuncio.

—Monseñor, díjole, ¿está en Nápoles el rey?

—Hoy ha llegado y sale mañana por la mañana para Caserta.

—Es preciso que yo lo vea.....

—¿Mañana?

—Desde luego, esta noche, al instante.

—¿Esta noche? ¿Qué decís, conde?

—Es preciso, Monseñor, y cuento con vos para que me presenteis.

—¿Ignorais, pues, qué hora es?

—Son las once y cinco minutos, Monseñor, dijo el conde sacando su reloj.

—Y será media noche antes que estemos en Palacio.

—Y aun cuando fuese la una, es menester que yo vea al rey.

—Pero, conde, no reflexionais que el rey estará ya acostado?

—Haremos que se levante.

Por de pronto Monseñor Garibaldi creyó que el conde habia perdido el juicio. ¡Hacer levantar el rey, Sr. de Spaur! esclamó.

—Sí Monseñor, si efectivamente estuviese acostado.

Entonces, como el Nuncio, despues de inclinarse ante el Ministro, se dispusiera á entrar en sus habitaciones, abriendo el conde su cartera y sacando un pliego sellado con las armas Pontificias y que iba dirigido al Rey, lo mostrase á Monseñor Garibaldi preguntándole: ¿conoceis esta letra y este sello?

—Son la letra y sello de Su Santidad, contestó el Nuncio con un grito de sorpresa.

—Sí, Monseñor; ya veis pues que debo inmediatamente ser presentado al rey.

—¡Señor conde!

—Monseñor, en este momento son horas los minutos, en nombre de Su Santidad os hago responsable de cuantos perdamos. ¿Quereis pues conducirme, sí, ó no, al palacio de S. M.?

—Permitidme, á lo menos, Sr. conde, que vaya á avisarle.

Acababa de dar la media noche cuando el Nuncio introducido en Palacio para negocio urgente fué admitido á la presencia del rey, el cual instruido de la llegada estraordinaria del embajador de Baviera y de la carta autógrafa que tenia que entregarle de parte de Su Santidad, consintió en recibirle inmediatamente.

El conde de Spaur subió solo á verse con el rey mientras que el Nuncio le aguardó dentro su coche. «Señor, dijo entonces el Ministro de Baviera inclinándose delante la persona del rey Fernando II, perdonad que me presente á semejante hora delante de Vuestra Magestad, pues soy portador de la noticia de graves acontecimientos y que hallareis esplicada en esta carta de Su Santidad.» El Rey de las Dos Sicilias la recorrió rápidamente con los ojos llenos de lágrimas y con el corazon conmovido, mientras que afectado tambien el conde de Spaur y con los brazos cruzados aguardaba la respuerta del Rey.

«Señor conde, le dijo Fernando II, volved dentro seis horas y tendreis mi respuesta.»

Despidióse del rey el conde, y reunido que fué con el Nuncio, entonces le confió el contenido de los despachos que habia en-

tregado á Su Magestad. «¡Loado sea Dios! esclamó Monseñor Garibaldi arrojándose en los brazos del Embajador, ¡Pio IX se ha salvado!»

En aquella hora tan adelantada de la noche, despues de participar el rey á su augusta esposa la carta de Su Santidad y las intenciones que tenia, hizo desde luego poner fuego á la máquina de las dos fragatas de vapor el Tancredo y el Roberto, y embarcar en ellas un batallon del primer regimiento de granaderos de la Guardia, y otro del noveno regimiento de línea. En seguida descendiendo hasta las cosas mas minuciosas, ocupóse con actividad en hacer transportar á los dos buques multitud de objetos necesarios para el servicio del Papa y de su séquito. Su prevision llegó al estremo (y perdónennos estas particularidades porque las pequeñas cosas toman grandes proporciones, cuando tienen relacion directa con el Gefe supremo del catolicismo) la prevision del rey, repetimos, se estendió hasta pensar en la ropa blanca, de la cual podia tener necesidad Pio IX y las personas que lo acompañaban; y de ahí el que hiciera embarcar muchos baules llenos de sus propias camisas.

Algunas horas despues cuando el conde de Spaur se presentó para recibir la respuesta de S. M. «la llevaremos juntos,» le dijo el rey. Y como todo estaba ya pronto para la marcha, rogó al Ministro de Baviera que le siguiese y montó en el *Tancredo* con la reina, el conde de Aquila, el conde Trapani, el infante D. Sebastian, y un acompañamiento tan numeroso como brillante. Pocos instantes despues tronaban los cañones de los fuertes, y la flotilla Real volaba á todo vapor surcando las olas del mar.

En el momento en que el Rey de las Dos Sicilias inspirado por los sentimientos de un piadoso deber, abandonaba su capital, el *Ténare* mandado por el capitan Poultier desembarcaba en Gaeta al duque de Harcourt y á Monseñor Stella y Francesco ayuda de cámara de Su Santidad. Este último llevaba

con él los efectos del Papa encerrados en tres baules que un sobrino de Mr. de Lamartine, Mr. de Lessia, adicto á la embajada de Roma, habia transportado él mismo á Civita-Vecchia. El inesperado arribo del *Ténare*, la calidad de los personages que llevaba á su bordo redoblaban las sospechosas inquietudes del gobernador: era evidente para él, que un inesperado suceso se estaba operando en aquel momento en Gaeta. Buscaba en vano cómo esplicárselo, cuando vino un oficial á anunciarle que estaba á la vista una fragata napolitana: «¡Esto es estraordinario! esclamó, pues no he recibido el menor aviso sobre el particular.» Cinco minutos despues el mismo oficial vino á decirle que una segunda fragata de vapor llevando el estandarte Real estaba igualmente á la vista. El gobernador lleno de la mayor sorpresa púsose con presteza su uniforme y se trasladó en seguida al muelle donde al momento anclaron el Roberto y el Tancredo.

La primera cosa que dijo Fernando II al saltar á tierra al general Gross fué:

—¿Dónde está Su Santidad?

—Su Santidad, respondió el gobernador, está en Roma, señor.

—¡Cómo general! replicó el rey, ¿hace 24 horas que el Papa se halla en Gaeta y vos lo ignorais?

En aquel momento el duque de Harcourt y el cardenal Antonelli se presentaron á S. M. y le dijeron que el Santo Padre se hallaba en la posada del Jardin. En seguida se determinó que á fin de evitar la curiosidad de la multitud, el Papa iria de incógnito al palacio del Gobernador á donde se trasladaria inmediatamente Fernando para recibirle. La entrevista del Papa y del Rey fué de las mas afectuosas. El Monarca y sus hijos, la reina y toda la familia real prosternados ante Pio IX y derramando lágrimas, daban gracias á Dios de haber conducido sano y salvo á los Estados Napolitanos á su representante en la tierra. Por su parte el Papa profundamente conmovido

por las muestras de veneracion que se le tributaban se apresuró á levantar los miembros de la familia real despues de darles la primera bendicion Pontificia que otorgaba desde su salida de Roma. (*)

Aquel mismo dia admitió á su mesa á sus Magestades el rey, la reina y los príncipes, y el cardenal Antonelli recibió á la suya á los embajadores, al comandante del *Ténare* y á los demás oficiales. Al terminar la comida el Papa se asomó al balcon de su aposento y dió su bendicion á las tripulaciones de las fragatas napolitanas lo mismo que á los habitantes de Gaeta que se habian reunido en tropel delante del Palacio y hacian retumbar el aire con sus vivas aclamaciones.

Como ya lo hemos dicho, el primer cuidado de Su Santidad despues de dar gracias á la Providencia por haberle concedido la libertad, fué publicar á la faz del Universo una solemne protesta contra las violencias de que acababa de ser

(*) Pio IX recibió en aquella ocasion los primeros consuelos que un angustiado padre puede recibir del mas tierno y afectuoso de sus hijos. El rey Fernando II de Nápoles tuvo la inefable dicha de ser el primero de los soberanos europeos que pudo tributar el homenage de veneracion y respeto tan justamente debidos al augusto representante de Dios sobre la tierra y de acudir á socorrerle con todo el lleno de su poder, mientras que la católica España, la Francia y el Austria aprestaban sus legiones para defender la sagrada é inviolable persona del Pontífice rey, y sentarle nuevamente en la antiquísima cátedra de San Pedro, de la cual le habia arrojado la mas asquerosa de las revoluciones. El cielo que ya habia empezado á remunerar la piedad filial y las rectas intenciones del rey Fernando, el cual supo salvar á su pueblo de los horrores de la anarquía manteniéndolo tranquilo y feliz, mientras que otros estados de Italia se vieran por aquel entonces envueltos en la desolacion y luto por no haber sabido resistir á tiempo los sagaces y disolventes planes de la demagogia; continuó protegiéndolo, á despecho de la vil calumnia de algunos hijos espúreos y rebeldes á su príncipe que unidos con los revolucionarios de otros paises, se cebaban lejos de su patria contra un rey, bajo cuyo mando, como dice oportunamente cierto publicista, florecen las ciencias y las

víctima. Este documento es noble y firme. Al elevar el Soberano sus justas quejas al Altísimo, procura desarmar su brazo vengador, suplicándole que aleje su cólera de la cabeza de los ingratos y de los perjuros.

« Pio IX Papa: á sus súbditos muy amados.

» Las violencias ejercidas contra Nos estos últimos dias, y la manifiesta voluntad de precipitarse á otros escesos (¡que Dios quiera alejar tales desgracias inspirando sentimientos de humanidad y moderacion en las almas!) nos han obligado á separarnos momentáneamente de nuestros súbditos que hemos amado y amaremos siempre.

» Entre los motivos que nos han determinado á semejante separacion, y Dios sabe cuán doloroso es para nuestro triste corazon, el mas importante es el de poder tener completa libertad en el ejercicio del poder supremo de la Santa Sede, ejercicio que el universo católico podria en las actuales cir-

artes, la industria y la agricultura, hasta el punto de inspirar zelos á otras naciones: contra un rey que mientras que en Nápoles hacia sustanciar el célebre proceso de la *Unidad Italiana*, sociedad secreta de regicidas, asesinos é incendiarios, y ninguno de los reos era condenado á muerte, en Cefalonia, donde la liberal Inglaterra solo ejerce el protectorado, imponia la última pena á veinte y un hombres, y la de azotes á ciento ochenta por haberse levantado en favor de la independencia nacional.

El bondadoso rey que con su palabra y sus actos se apresuró en hacer menos amarga la proscripcion de Pio IX en 1848, es el que la Providencia salvó milagrosamente el dia 8 de diciembre de 1856, del fanático asesino Agesilao Milano, que nutrido con las máximas republicanas de Grecia y Roma y exaltado con las incendiarias publicaciones de Mazzini, no vaciló en esgrimir contra el pecho de su príncipe, en el acto de una revista militar las armas que empuñaba sirviendo en el tercer batallon de cazadores del ejército en cuyas filas habia ingresado bajo nombre supuesto. Y esto precisamente casi en el momento en que se desvanecia como el humo la descabellada insurreccion del baron de Bentivegna en Sicilia y eran presos y castigados sus autores.

(Nota del Traductor.)

cunstancias suponer con fundamento no ser ya libre, en nuestras manos.

» Y si una tal violencia es objeto para nosotros de grande amargura, esta se acrecienta estraordinariamente cuando pensamos en la mancha de ingratitud con que á la vista de la Europa y del mundo entero se ha cubierto una clase de hombres perversos, y mas todavía en la mancha que ha impreso en sus almas la cólera de Dios, que tarde ó temprano ejecuta el castigo, pronunciado por la Iglesia.

» En la ingratitud de nuestros hijos, reconocemos la mano del Señor que nos hiere, queriendo que expiemos los propios pecados y los de nuestros pueblos. Empero Nos, no podemos sin faltar á nuestros deberes, dejar de protestar solemnemente, como lo hicimos en la funesta noche del 16 de noviembre y en la mañana del 17 verbalmente ante el Cuerpo Diplomático que honrosamente nos rodeaba y que tanto contribuyó á fortalecer nuestro corazon. No, no podemos dejar de protestar contra la inaudita y sacrílega violencia de la cual hemos sido objeto. Entendemos pues confirmar aquella protesta solemne en las circunstancias actuales, á saber: que hemos sido oprimidos por la violencia, y de consiguiente Nos, declaramos todos los actos que han sido consecuencia de aquella, nulos, de ningun valor y fuerza legal.

» Las duras verdades y las protestas que acabamos de esponer, han sido arrancadas de nuestros labios por la maldad de los hombres y por nuestra conciencia, la cual en las presentes circunstancias nos escita con fuerza á cumplir nuestros deberes. No obstante, en presencia misma de Dios, y mientras que le rogamos y suplicamos que aplaque su cólera, abrigamos la confianza que no se nos impedirá el empezar nuestra oracion con las palabras de un santo Rey y Profeta: *Señor, acordaos de David y de toda su mansedumbre.*

» Entre tanto, no queriendo dejar sin gefe á Roma, centro del Gobierno de nuestro estado, nombramos desde luego *una*

comision Gubernativa, compuesta de las personas siguientes:

El cardenal Castracane.
Monseñor Roberto Roberti.
El príncipe de Roviano.
El príncipe Barberini.
El marqués Bevilacqua, de Bolonia.
El marqués Ricci, de Macerata.
El teniente general Zucchi.

» Al confiar á la indicada comision Gubernativa la direccion temporal de los negocios públicos, Nos, recomendamos á todos nuestros súbditos é hijos, la calma y la conservacion del órden.

» Finalmente queremos y ordenamos que diariamente se dirijan fervientes oraciones al Altísimo por Nuestra humilde persona y para el restablecimiento de la paz en el mundo, y particulamente en Nuestros Estados y en Roma, donde se hallará siempre Nuestro corazon, cualquiera que sea la parte del redil en que nos abriguemos. Y Nos, ante todo, cumpliendo con el deber del Supremo Sacerdocio, invocamos muy humildemente la Soberana Madre de misericordia y Vírgen inmaculada y los Santos apóstoles Pedro y Pablo, para que, como lo deseamos ardientemente, se aparte la indignacion de Dios Todopoderoso de la ciudad de Roma y de todos Nuestros Estados.

» Dado en Gaeta, el 27 noviembre 1848.

» Pius, P. P. IX. »

El 3 de diciembre llegó á Roma esta solemne protesta; y como era de esperar, descendiendo la voz del Santo Padre al corazon de los súbditos que le habian permanecido fieles, produjo un efecto inmenso. El Gobierno revolucionario cuya caducidad se proclamaba en ella con completa libertad y conocimiento de causa, quiso al principio mantener oculto este

documento. Conoció que su pretendida adopcion por el Santo Padre y el supuesto acuerdo que decia reinaba entre el Soberano y él, quedarian nulos y que todo su andamio de astucia y de engaño se desplomaria ante la declaracion oficial de Gaeta. El círculo popular se conmovió y deliberó. Presentáronse en su consecuencia varias proposiciones. La proclamacion de la república aconsejada por algunos miembros, fué rechazada por otros horrorizados de las consecuencias de la proscripcion del Papa.

Por su parte, el Ministerio no permaneció inactivo. (*) No podia revocar ciertamente como dudosa, la autenticidad del acta soberana que tenia ante sus ojos, y no atreviéndose á recurrir á la impostura, único remedio que le quedaba á la anarquía, contentóse al principio de prohibir los ejemplares, y de embarazar por el sentimiento del temor la publicidad que tanto le asustaba; y en seguida ensayó dispertar dudas acerca su fuerza constitucional. Prevaleciendo este argumento de legista, sirvió de base á la siguiente contraprotesta dirigida al pueblo de los Estados Pontificios:

» Segun se dice se ha publicado y firmado por el Soberano Pontífice en Gaeta á 27 de noviembre un escrito conteniendo una protesta de nulidad relativa á los actos de su Gobierno y en el que se nombra una comision administrativa entre los cuales algunos de sus miembros se han alejado ya del pais.

» Este escrito ha llamado la atencion de los diputados en-

(*) Habiendo sido interpelado el ministerio en la Cámara por varios miembros de ella en la tempestuosa sesion de la noche del 3 de diciembre para que manifestara categóricamente si la protesta del Pontífice del dia 27 de noviembre era auténtica ó apócrifa, el conde Mamiani que no podia dudar de la certeza de los hechos, acudió al indigno medio de querer sostener la amplia libertad que habia presidido todos los actos de Pio IX, y llevó la audacia al estremo de achacar su fuga á los ocultos manejos del cuerpo diplomático.

(Nota del Traductor.)

cargados de la proteccion de los derechos constitucionales y de mirar por el órden público.

» A tal objeto la Cámara en la sesion pública de anoche, ha adoptado las siguientes resoluciones:

1.° Reconociendo la Cámara de los Diputados que el acta que se dice firmada por el Soberano Pontífice, *no tiene carácter alguno de autenticidad ni de publicidad regular*, y así mismo que por el contrario, no teniendo ninguno de los caractéres constitucionales á los cuales tanto el Soberano como la Nacion se hallan sujetos, no podria ponerse en ejecucion; y debiendo la Cámara por otra parte obedecer la necesidad de tener un Gobierno, declara que los Ministros actuales deben continuar ejerciendo sus funciones, hasta tanto que se disponga otra cosa.

2.° Se enviará inmediatamente á Su Santidad una diputacion de la Cámara para pedirle que regrese á Roma.

3.° Se invitará á la Cámara alta para que haga igual declaracion, y añada algunos de sus miembros á la diputacion que se enviará á Su Santidad.

4.° Se dirigirá una proclama á los pueblos de Roma y de los Estados Pontificios para informarles de las medidas tomadas por la Cámara de los diputados, y otra á la Guardia cívica para invitarles á que protejan el órden público.

» Al publicar la Cámara de los diputados las resoluciones que ha creido deber tomar por interés general, en medio de tan graves circunstancias, espera con confianza que los pueblos conservarán aquella actitud firme, virtuosa y tranquila, con la cual hasta el presente han desmentido las calumnias, hecho pedazos las armas de la rabia y merecido bien de la patria etc. »

La conclusion de esta proclama escrita por decirlo así al dia siguiente del 15 y 16 de noviembre; aquellos elogios impuestos como un castigo sin duda á la *actitud firme, virtuosa y tranquila* de un pueblo que habia sufrido con indiferencia la

apoteosis del asesinato; aquellas hipócritas lisonjas arrojadas como un ultrage á la faz de los hombres que la víspera se habian hecho criminales de los mas punibles escesos por su actitud revolucionaria, evidenciaban la buena fe, la franqueza y la lealtad de aquella cámara de diputados. Jamás ninguna asamblea deliberativa llevó tan lejos la impudencia del cinismo político.

De acuerdo con las cámaras y el círculo popular, nombró el Gabinete demagógico varias diputaciones compuestas la una del senador príncipe Corsini; la segunda de los señores Fusconi vice-presidente de la cámara de los Diputados y del abate Nizzi, diputado; y la tercera de los señores Pieri y Arrighi miembros de la Cámara alta. Estos delegados partieron en seguida para ir á suplicar al Santo Padre que volviera á ponerse entre las manos de sus opresores. Noticioso sin duda alguna de tales proyectos el Gobierno napolitano, habia tomado medidas en su consecuencia, y á tal efecto un inspector de la policía aguardaba en la frontera los delegados. Preguntóles si se dirigian á Gaeta, á cuya respuesta afirmativa declaró sin ambages y de órden de su Gobierno que no podia permitirles la entrada en el reino. Contrariada la diputacion, escribió al cardenal Antonelli recientemente creado pro-secretario de Estado, para esponerle el objeto de su mision, y el cardenal en seguida les contestó con un despacho en que decia que « en el *motu propio* de 27 de noviembre Su Santidad habia manifestado suficientemente los motivos de su salida de Roma: que existiendo todavía tales motivos, el Santo Padre persistia en sus intenciones, y no podia por consiguiente admitir á los diputados de un poder que no habia reconocido absolutamente, y que no tenia autoridad alguna. »

El mal éxito de aquellas gestiones, que sin embargo debia esperar el Ministerio, fué una nueva complicacion para la causa pública. Humillados los diputados por el desaire de sus agentes, persistieron en su fatal ceguedad, y uno de ellos que

no desconocia ciertamente la ilegalidad de la situacion, el doctor Pantaleoni, declarando *que la necesidad era una ley superior á todas las leyes*, propuso aunque hombre de bien y consagrado al Pontificado, el nombramiento de una comision de cinco miembros.

Aterrado con tal proposicion el príncipe de Canino que queria otra cosa, sube precipitadamente á la tribuna y: « ¡ Nada de comisiones, grita, necesitamos una medida decisiva, una regencia compuesta de dos seglares y de un sacerdote para atender á las necesidades del Estado ! » (*)

Lo que aquel fogoso orador deseaba era un Gobierno provisional, la segregacion del Soberano Pontífice; y era evidente que el partido democrático provocaba aquella medida para

(*) Este mismo príncipe de Canino, fué el que anteriormente en la Cámara de Diputados hizo mas violenta oposicion al marqués Potenziani cuando el dia 20 de noviembre propuso que se nombrase una comision que pasara á asegurar al Pontífice de los sentimientos de fidelidad de la misma Cámara á su sagrada persona. Como el príncipe de Canino, segun dice el autor de *Le ostilità contro il cattolicismo negli ultimi avvenimenti di Roma*, tenia un gran partido dentro y fuera de la Cámara, porque *al paso que con su dinero servia mucho á la causa de la revolucion y con su osadía aseguraba el éxito; por esto fué desechada por la mayoría la proposicion de Potenziani, y de consiguiente Su Santidad no pudo oir las consoladoras palabras de fidelidad de la misma Cámara que él habia convocado*. Este hecho que para muchos pasó desapercibido, no lo fué para los que acostumbran examinar el fondo de las cosas, porque demostraba con evidencia que aquel cuerpo vacilaba en el primero y mas sagrado de sus deberes, y que aun cuando no hubiese tomado parte alguna en los criminales hechos del dia 16, no era estraño á cualquier acto que tendiese á sacrificar la autoridad y prestigio de Pio IX. Si muchos diputados cedieron á la amenaza del puñal, ¡cuánto mejor hubiera sido antes de faltar al propio decoro, á la independencia de su cargo, á los deberes de súbditos de la Santa Sede, y al juramento prestado, que siguiesen el noble ejemplo de algunos, cediendo un puesto que su debilidad prostituia!

(Nota del Traductor.)

trazar una línea recta que debia guiar á la república. Por lo tanto, no olvidaba ningun medio para hacer que se declarase la urgencia. Una prueba de ello tenemos en la siguiente peticion del Círculo popular nacional, á la Cámara electiva.

» Diputados del Estado Pontificio: vosotros sois el poder constituido y legal de la Nacion, teneis el mandato del Pueblo, y no podeis, ni debeis abandonar sus destinos. Si la respuesta negativa del príncipe á vuestra peticion, pudiese quebrantar la existencia del poder ejecutivo, éste os corresponderia, atendido á que ningun pais puede subsistir sin Gobierno y sin confiar inmediatamente los poderes estraordinarios á hombres honrados, generosos, esperimentados, capaces de colocarse al nivel de las circunstancias. Esto seria cosa urgente. »

Esta manifestacion concluia con la adicion de convocar inmediatamente en Roma la asamblea constituyente italiana.

En tales circunstancias un gran número de dignatarios, eclesiásticos y civiles, así como muchas personas pertenecientes á la alta sociedad Romana, salieron de Roma para sustraerse á la accion de la autoridad usurpadora. (*) Cada dia tomaban mayor consistencia los rumores de una próxima reaccion á favor del Papa. Las provincias distantes, tales como Bolonia y las legaciones, solo prestaban su consentimiento ilu-

(*) Además de los príncipes Salviatti, Borghese Doria, y Rospigliosi con otros muchos nobles y algunos carabineros que abandonaron la ciudad de Roma para ir á reunirse al Pontífice en la emigracion y ofrecerle sus servicios, acudieron tambien á Gaeta arrostrando los peligros de la fuga, muchos cardenales y prelados, lo mismo que la mayoría de los subordinados y valientes suizos que tan heróicamente se consagraron á la defensa de Pio IX el dia 16 de noviembre, y que despues de haber entregado sus armas obedeciendo á su príncipe, tuvieron que mantenerse ocultos desde la salida del Quirinal para no caer víctimas de los anarquistas.

(Nota del Traductor.)

soriamente al Gobierno. Los diputados de Bolonia, Marcos Minghetti, Carlos Bevilacqua, Anibal Banzi, Giorannardi y Pizzoli presentaban su renuncia. Varias otras ciudades llamaban á sus mandatarios; y por su parte el general Zucchi, rompia abiertamente con las autoridades demagógicas. (*)

Cada dia se iba haciendo mas crítica la situacion de los ro-

(*) Cuando Pio IX se dignó nombrar presidente de su consejo de ministros al sabio é ilustrado conde Rossi, nombró igualmente para dirigir el departamento de la Guerra al respetable veterano teniente general Zucchi, que habia sobrevivido á los sangrientos combates de Wagram y de Eylau, y otros campos de batalla sirviendo á las órdenes del emperador Napoleon I. Cuando la Lombardía se levantó en masa para arrojar las tropas austríacas capitaneadas por el encanecido Feld mariscal Radetzki, se apoderó de la fortaleza de Palma-Nova, la cual al cabo de poco tiempo recobraron los imperiales. La ciudad de Reggio es patria del teniente general Zucchi, y en ella se hallaba cuando habiéndola ocupado los austríacos á consecuencia del armisticio de Milan, fué preciso abandonarla para trasladarse á Bolonia, en cuyo punto permanecia cuando recibió el nombramiento de ministro de la Guerra con que le honraba Su Santidad.

Hijo obediente el general Zucchi del Vicario de Jesucristo, militar subordinado á las órdenes de su príncipe, no vaciló un momento en acatarlas y cumplirlas desde luego, sin medir el inminente peligro con que tenia que luchar. Conociendo los revolucionarios su valor, su severidad en la disciplina militar, de la que era celoso en alto grado, contaban para el completo éxito de sus planes con el abandono y desquiciamiento moral en que se hallaban las tropas pontificias. El general Zucchi despues de la persona del conde Rossi, era el segundo antemural que tenia que derribar la demagogia, y esta procuró conseguirlo á toda costa.

Oigamos la sucinta relacion que el Excmo. Sr. conde de Fabraquer hace de cuanto practicó el teniente general Zucchi desde su salida de Bolonia hasta el 15 de noviembre en que fué sacrificado Rossi.

«Apenas desembarca en Civita-Vecchia el 25 de octubre, una turba de amotinados trata de impedirle que prosiga su camino; pero el general manda hacer fuego á un destacamento de línea, y los amotinados, acostumbrados hasta entonces á no encontrar resistencia, huyen despavoridamente.

manos: arrastrado por último el partido demagógico por la implacable lógica de las revoluciones y colocado entre la indignacion de la Europa y el ridículo, consumó un nuevo acto revolucionario y de usurpacion. El dia 11 de diciembre el Ministerio, la Cámara alta y la electiva, nombraron una junta

Llega á Roma el ministro, y trata de consagrarse enteramente al sosten del órden y á la reorganizacion del ejército.

El dia 28 reune todas las tropas de línea en la gran plaza de San Pedro para pasarlas una nueva revista. Nosotros vimos entonces el estado de abandono y de indisciplina en que se hallaban aquellas tropas, y presenciamos la severidad con que el general Zucchi trataba á los coroneles y comandantes, á quienes reprendió delante del pueblo, que habia acudido ansioso á presenciar este espectáculo.

Era tal la energía y el continente guerrero del viejo general, que la multitud de curiosos le victoreaban con el mayor entusiasmo al pasar rodeado de un modesto estado mayor por delante del Vaticano.

¡Tristes esperanzas nos hizo concebir para la seguridad del Pontífice la vista de aquel desorganizado ejército!

La severidad de Znccchi, las ideas que públicamente habia manifestado de constituir en un verdadero estado de disciplina militar aquellos desordenados batallones, produjeron gran descontento entre los oficiales; y los directores de los clubs revolucionarios se propusieron esplotar hábilmente el disgusto que ocasionaron las medidas severas del ministro de la Guerra, resultado de la minuciosa revista que habia pasado.

En Bolonia la fermentacion se presentaba ya de una manera mas ostensible. El populacho que, como hemos anteriormente manifestado, habia conservado las armas despues de haber arrojado los austríacos en el mes de agosto, hacia aun sentir duramente su dominio, y tenia en una contínua opresion á los hombres honrados impotentes para resistirle.

El 10 de noviembre marcha el general Zucchi en posta, llega inopinadamente á aquella ciudad. Revista las tropas de línea y los carabineros, y á muy pocos dias (el 15, el mismo en que fué asesinado en Roma el conde Rossi) en las altas horas de la noche, cerca repentinamente el barrio de Bolonia, en donde vivian la mayor parte de los agitadores, cuyas casas era un verdadero arsenal de armas; los reduce todos á prision, se apodera de las armas, y al amanecer del dia si-

de Estado gubernativa, para reemplazar al tercer poder. Esta junta de Gobierno no debia, por decirlo así, existir mas que en las proclamas demagógicas, toda vez que el senador Zucchini al protestar su fidelidad al Santo Padre, rehusó formar parte de ella. Discutida bajo la accion de la violencia, habia

guiente se encuentra la ciudad de Bolonia que puede ya respirar libre, porque los sicarios que la habian oprimido habian sido todos desarmados.

La presencia del general Zucchi fué de grande utilidad para los habitantes de Bolonia, que lograron al fin respirar libres de la opresion en que habian vivido cuatro meses á merced de los sicarios, pero la ausencia de Roma de Zucchi, el único hombre capaz de contener las desmoralizadas tropas en su deber, fué una imprevision fatal. Urgente era el restablecer la tranquilidad en Bolonia, pero mas urgente era impedir la revolucion en la capital del mundo cristiano.»

Inmenso fué el beneficio que el general Zucchi dispensó á los habitantes de Bolonia, pues con sus acertadas y severas medidas enfrenó las anárquicas turbas del populacho, que diariamente publicaban listas de proscripcion de hombres honrados, los cuales eran impunemente asesinados, como sucedió á un infeliz llamado Bianchi, que fué cosido á puñaladas por los asesinos sin respetar que se hallaba en cama próximo á exhalar su último suspiro, y á que el sacerdote que le asistia acababa de administrarle la extrema-uncion. Solo pudo contener por algun tiempo aquella horda de asesinos, la gran carnicería que en ellos hicieron los carabineros, por vengar la muerte de un individuo del mismo cuerpo, que habia sido infamemente asesinado por aquellos.

El mismo teniente general Zucchi habia roto abiertamente con las autoridades de Roma, y manteniendo acaloradas contestaciones con el ministro de la Guerra Campello, le declara que no consentia y se oponia á la marcha del coronel Garibaldi, que intentando atravesar el Pó y talar el pais para hostilizar á las tropas del emperador de Austria, las atraeria de esta suerte á los Estados Pontificios en persecucion de la desalmada canalla que en número de 400 hombres habia reclutado en la Península italiana. De este modo, añadia Zucchi, conmoviendo las pasiones revolucionarias se daria el grito de guerra sin salir beneficiada la causa de la independencia de la Italia.

La carta del general Zucchi al ministro decia: «He conservado el mando aunque tenia intencion de renunciarlo, porque habiendo po-

sido votada bajo la presion del temor; porque preciso es decirlo, el castigo principiaba por los mismos diputados, quienes desde el dia que se creyeron libres, perdieron su verdade-

dido mantener el órden y la tranquilidad en Bolonia á pesar de mil instigaciones, creo útil á la causa del mismo órden no ejecutarlo. Vuestras instrucciones no se encaminan sino á provocar la insurreccion y la indisciplina de parte de las tropas, y me parece que la sublevacion es cosa que os agradaria, como no os desagrada, atacar á los ausentes, que es la propiedad de los cobardes.—Tened entendido que tengo la esperanza de que nos veamos algun dia, y entonces os esplicaré de viva voz con mas claridad lo que ahora callo, pidiéndoos cuenta de vuestra insolente conducta.»

Despechado en gran manera el ministro de la Guerra, publicó una lacónica carta en la cual á falta de razones y pruebas acudió á la parte satírica diciendo, *que como conocia las debilidades de la edad, no tomaba en cuenta el mal humor del general Zucchi.*

Nombrado el general Zucchi miembro de la comision gubernativa que desde Gaeta instituyó Su Santidad en su *motu propio* del 27 de noviembre, recibió al igual que el marqués de Bevilacqua su nombramiento el 7 de diciembre en Bolonia. Ambos personages dirigieron al prolegado de la misma ciudad una carta concebida en estos términos: «Bolonia 8 de diciembre.—Creeríamos faltar á todo sentimiento de honor si no respondiésemos á la confianza de que nos ha dado muestras el Soberano, llamándonos á formar parte del gobierno provisional: el interés del mismo pais nos obliga á trasladarnos cerca de Su Santidad para contribuir en cuanto dependa de nosotros para atraer á una justa consideracion al pueblo y al príncipe en la integridad del órden constitucional. Quiera Dios ausiliarnos en tal proyecto, único objeto de nuestra partida, y que siempre estará basado en la nacionalidad italiana cuyo principio hemos sostenido toda nuestra vida.—Si nuestros esfuerzos no consiguiesen este objeto ó fuesen inútiles por efecto de las circunstancias, volveremos á entrar en la vida privada, á lo menos con la satisfaccion de haber llenado nuestro deber con la patria y el Soberano.—El general Zucchi.—Cárlos Bevilacqua.

El marqués Ricci de Macerata que habia sido igualmente nombrado por el Papa miembro de la comision de gobierno, se adhirió al contenido y á los sentimientos espresados en la anterior carta.

(Nota del Traductor.)

ra independencia. Su asiento manchado con la sangre del conde Rossi, era para ellos el banquillo de los condenados: su suplicio se renovaba diariamente, empezando al pié de la fatal escalera en que poco há el asesino se habia levantado á libertador. Cada dia se veian acogidos por grupos amenazadores intimándoles con altanería votos conforme á su voluntad; cada dia veian fijas sobre ellos en las tribunas públicas, las torvas miradas de rostros siniestros, dispuestos á pedirles cuenta, puñal en mano, de aquellos mismos votos que tenian de emitir públicamente.

Una junta usurpadora de los poderes que solo pertenecen al Soberano, unas cámaras oprimidas, un Ministerio desbordado por las pasiones de las calles, un Gobierno sumergido en la anarquía, la amenaza de la república, el fango mezclado con la sangre, la injusticia infeudada con el miedo, el desórden substituyendo á la seguridad pública; tal era la situacion de Roma el 11 de diciembre de 1848.

Desde la marcha del Papa era un buque abandonado, navegando sin vela y sin brújula en medio de arrecifes, y teniendo tan solo por tripulantes ciegos eunucos.

CAPÍTULO XIII.

Nuevos esfuerzos para llamar al Papa. — Preliminares de una asamblea constituyente. — Movimiento y desórdenes. — Proclama ilusoria. — Una fullería. — Dimision de los principales gefes de la Guardia cívica. — Marcha de los cardenales. — Diversos actos de Pio IX. — Fiesta religiosa. — El cuerpo diplomático en Gaeta. — Discurso de Pio IX. — Fidelidad de un destacamento de carabineros. — Segunda protesta Pontificia. — Sesion solemne. — Enérgica resolucion de algunos diputados. — Violencias populares. — Proyecto de ley relativo á la asamblea constituyente. — Disolucion del parlamento Romano. — Dimision del príncipe Corsini. — Violacion de leyes. — Se retira la Municipalidad romana. — Regocijos oficiales. — Indiferencia del pueblo. — El cardenal Tosti. — Grandeza de alma. — Fin del año 1848.

Apenas el cardenal Castracane y los otros miembros de la comision de Gobierno residentes en Roma, Monseñor Roberti y el príncipe Barberini hubieron recibido su nombramiento, cuando se apresuraron á escribir á Su Santidad para atestiguarle su gratitud y aceptar el mandato en que se les concedia.

En este intervalo los ministros intrusos habian practicado nuevos esfuerzos para llamar al Santo Padre á sus Estados para la salvacion de Roma y de la Italia y habian asimismo encargado al marqués Sachetti administrador general de los Palacios apostólicos, que remitiese al Soberano Pontífice una carta conforme á semejantes deseos; pero por única respuesta el cardenal Antonelli secretario de Estado mandó al marqués Sachetti una copia del *motu propio* que revelaba al Universo las violencias hechas al Santo Padre y declaraba nulos, ilegales, sin fuerza ni valor, los actos que fueron consecuencia de aquellas. Además, el cardenal añadia una copia del siguiente

decreto que el Papa habia hecho remitir al cardenal Castracane:

«Tomando en consideracion la gravedad de las presentes circunstancias y visto el artículo 14 del Estatuto fundamental, Nos, prorogamos las sesiones actuales de la Cámara alta y de la de diputados, reservándonos determinar mas tarde su nueva convocatoria; y mandamos al cardenal Castracane presidente de la Comision que hemos creado el 27 de noviembre último, que ponga en conocimiento de ambas cámaras esta Soberana decision.

» Dada en Gaeta el 7 de diciembre de 1848.»

Los acontecimientos se precipitaban. Reducidos los demagogos á la impotencia, recogian en la anarquía los amargos frutos que habian sembrado en los motines. Hallándose la revolucion demasiado limitada con la forma política inaugurada desde la marcha del Santo Padre, hizo distribuir por sus agentes durante la noche del 17 un escrito anunciando que iba á tener lugar junto al Ministerio una demostracion á fin de obtener la convocatoria de la Constituyente en Roma. Los patriotas y los *hombres de buena voluntad*, habian sido invitados á comparecer á la plaza del Pueblo, cita general y punto de partida de la manifestacion. Al momento acudieron quinientas personas. (*)

(*) Uno de los sitios mas célebres en la historia de la revolucion de Roma durante el quinquenio de 1846 á 1850, es sin duda la plaza del Pueblo. En ella se representaron escenas muy distintas. El 8 de setiembre de 1846 como ya hemos esplicado en la nota de la página 5, el entusiasmo de los romanos elevaba un arco de triunfo á la clemencia del Pontífice Soberano y entre la mas espléndida ovacion era este acompañado á la iglesia de Nuestra Señora del Pueblo. El dia 1.° de enero de 1847 antes de rayar el alba acudia á la misma plaza la muchedumbre del pueblo romano con las diputaciones de varios pueblos inmediatos. Enarbolando banderas tricolores y ostentando escarapelas de Pio IX, emprendia la marcha para ir á felicitarle al Quirinal el nuevo año, llevando á la cabeza una banda militar compuesta de trescien-

A una señal dada aquella tropa precedida de una bandera del Círculo popular y de los tambores del cuerpo de carabineros se puso en movimiento á la luz de las antorchas para dirigirse al Quirinal, donde el gabinete se hallaba reunido. Entonces destacándose de la coluna una diputacion, fué á pre-

tos profesores y treinta tambores, que con sus acordes instrumentos acompañaban un coro de mil quinientas voces compuesto y dirigido por el maestro G. Magazzari, director de las bandas militares de Roma. Hé aquí la letra del himno escrito por el poeta F. Meneci, y que aquella masa coral empezó á cantar en la plaza del Pueblo siguiendo toda la longitud de la del Corso hasta el Quirinal.

« INNO POPOLARE A PIO IX.

Del nuov' anno gia l' alba primiera
Di Quirino la stirpe ridesta,
E l' invita alla Santa Bandiera
Che il Vicario di Cristo innalzò.

Esultate fratelli, accorrete;
Nuova gioia a noi tutti s' appresta;
All' Eterno preghiera porgete
Per quel Grande che pace donò.

Su rompete le vane dimore:
Tutti al Trono accorrete di Pio.
Di ciascuno Egli regna nel coro
Ei d' amore lo scetro impugnò.

Benedetto chi mai non dispera
Dell' aita suprema di Dio,
Benedetta la Santa Bandiera
Che il Vicario di Cristo innalzò. »

La noche del 15 de octubre de aquel año, vióse en la misma plaza al pueblo romano dirigirse al Quirinal para manifestar su gratitud á Pio IX por el establecimiento de la Consulta Romana llevando las banderas de los barrios é inmensidad de antorchas que Ciceruacchio, los gefes de los diferentes cuarteles, los miembros del Círculo Romano y los del Círculo Popular distribuyeron á su costa. Y por fin, en 21 de marzo de 1848 las agitadas masas del populacho despues de arrastrar y despedazar el escudo imperial de Austria, lo entregaban á las llamas entre los furibundos gritos de estrepitosa bacanal.

(Nota del Traductor.)

sentar á los Ministros la espresion de la multitud. Aquellos que habrian prometido las estrellas del cielo si los revolucionarios hubieran hecho una demostracion para pedírselas, diéronles la seguridad, de que al dia siguiente quedarian satisfechos los deseos del pueblo. Complacidos por esta respuesta dispersáronse las turbas.

Acababa el Ministerio de publicar al dia siguiente una proclama en la que recomendaba el órden y la tranquilidad, declarando que si bien el pueblo tenia derecho de hacer sus peticiones, éstas no debian presentarse al poder ejecutivo, sino á las Cámaras; cuando de repente los tambores batieron generala y convocaron la Guardia cívica, la cual se dirigió á diversos puntos de la ciudad para asegurar en ella el mantenimiento del órden. Un fuerte destacamento ocupó la plaza de la Chancillería, donde como es sabido, tenia sus sesiones la Cámara electiva. Colócanse guardias al pié de la escalera que conduce á las Tribunas. Numerosas patrullas recorren todas las avenidas del Palacio, que decian estar amenazado. Durante este tiempo el Círculo popular publicaba esta ilusoria proclama.

« ¡Romanos!

» Queda suspendida toda demostracion. El Círculo popular nacional ha tomado todas las medidas con el objeto de procurar el bien del pais. Una diputacion en regla pasará hoy mismo al *Ministerio* y á las Cámaras para que se tome una pronta resolucion acerca la peticion formulada y unánimemente aprobada en Forli por los diversos círculos de la Romanía y de las Marcas.

» ¡Romanos! Union y concordia! El momento es solemne, demos á la Italia y á la Europa entera un *nuevo ejemplo de virtud cívica.* »

Como se desprende de este documento el Círculo popular era en aquel entonces el dueño de Roma. Bajo su presion y á solicitud del príncipe de Canino fué nombrado miembro de la

Junta superior de Gobierno el abogado Galletti, en reemplazo del senador Bolonés dimisionario. La Cámara alta rectificó servilmente semejante eleccion impuesta á la Cámara de los diputados por el Círculo popular. A las diez de la noche reuniéronse todos los delegados de los diferentes círculos de Roma, y despues de una tumultuosa discusion, votaron una peticion á las cámaras exigiendo que se formara un Gobierno provisional compuesto de tres miembros elegidos de entre los nombres siguientes: Campello, Galletti, *Sturbinetti*, Guiccioli, Camerata y Gallieno. Los tres elegidos debian convocar desde luego *la Constituyente del Estado, ó de lo contrario los círculos avisarian.*

Por lo tanto, no solo era una Constituyente italiana, una Asamblea federativa lo que querian los revolucionarios, sino una Constituyente Romana que despues de destruir por partes la autoridad de la Santa Sede, habria inaugurado una convencion.

Mientras tanto la Guardia cívica no se habia pronunciado colectivamente sobre este punto, y los agitadores resolvieron hacer desaparecer su adhesion, lo que lograron completamente al dia siguiente 19 empleando una maniobra que prueba su habilidad en la iniciativa del mal, así como la debilidad de las personas honradas en la resistencia del bien.

Desde algunos dias habian invadido las calles de Roma nubes de estranjeros sospechosos, llamados por el cebo de la revolucion, como ciertas aves carnívoras son atraidas al hedor que despiden los cadáveres. Aquellas gentes eran numerosas, porque la Francia republicana, la Polonia rebelde, la Sicilia revolucionada y Liorna, depósito marítimo de la borbuja europea, habian abastecido su contingente de agitadores mas ó menos comprometidos por delante el honor y la policía. Los pacíficos romanos estaban sobresaltados no sin razon de la llegada de tales hombres á la ciudad eterna: la misma Guardia cívica compuesta en parte de propietarios y tenderos, temia

aquella turba de gente perdida que amenazaba destrozar Roma bajo su impura tiranía. Así es que se apresuraron á responder á la llamada del tambor que les convocaba á la plaza de los Santos Apostóles para tomar medidas contra los estranjeros sospechosos, y contra los perturbadores. Pero ¿cuál fué su sorpresa cuando vieron pasar por entre las filas una circular en forma de peticion invitándoles á suplicar al general en gefe Gallieno que hiciera proclamar la Constituyente romana? Aumentóse su admiracion cuando de improviso vieron á Sterbini asomado á un balcon que les arengaba en el mismo sentido. Entonces á consecuencia de órden del general, los coroneles y los mayores preguntaron á los hombres colocados bajo sus órdenes, cuáles eran sus deseos. Todos respondieron: «El alejamiento instantáneo de los agitadores. Y un gran número añadió: y la proclamacion de la Constituyente. En seguida los gefes de los cuerpos fueron invitados para que firmaran la peticion. Muchos, ya sea por conviccion ó por miedo, lo efectuaron, pero algunos otros lo rehusaron con valor. De este modo fué como por sorpresa se obtuvo parcialmente el consentimiento de la Guardia cívica al proyecto de creacion de una Constituyente.

Consecuente á tal sorpresa, habiendo dado su dimision varios coroneles y el mismo general, fué necesario proceder á nuevas elecciones, y cuasi todas ellas recayeron sobre elementos republicanos. El príncipe Torlonia, el duque Cesarini, el príncipe Viano, el marqués Longhi y muchos otros elevados personages, se retiraron inmediatamente de los cuadros de la Guardia cívica.

Mientras que aplastados los revolucionarios por su propia impotencia luchaban sin resultado alguno dentro el círculo fatal que ellos mismos se habian formado, el Santo Padre recibia cada dia en Gaeta los homenages y las protestas unánimes de los soberanos y de los pueblos del Mundo católico, y las mismas potencias protestantes se inclinaban ante la sublime

Magestad del Gefe católico (*). De todas partes de Europa llegaban diariamente millares de esposiciones llenas de amor y de veneracion hácia la persona del ilustre desterrado. La Francia, la primera entre las naciones, tuvo los honores de la iniciativa. (**) La Francia de S. Luis oraba mientras aguardaba el dia en que debia sacar de la vaina la espada de Carlomagno.

La mayor parte de los cardenales habia ido á reunirse con el Santo Padre en los Estados napolitanos; y algunos de ellos solo atravesando muy grandes peligros habian podido salir de Roma. Uno de los mismos, un santo anciano, el cardenal Lambruschini, sitiado dentro su palacio, se habia refugiado en las caballerizas de los dragones, y solo pudo salvarse bajo la proteccion de un uniforme de soldado. Exasperados los sicarios por habérseles escapado su presa, se vengaron en su cama cosiéndola á puñaladas.

El buen cardenal Orioli se hallaba detenido por una grave enfermedad en Fondi á donde le habian acompañado el padre Vaurés y el duque de Cador; en fin, tres ó cuatro miembros

(*) Entre los personages que además de la familia real de Nápoles fueron como hemos visto á visitar al augusto y desgraciado fugitivo de Roma acudió el príncipe Alejandro, heredero entonces del Autócrata de todas las Rusias, y que en el dia ciñe la corona imperial de las mismas.

(Nota del Traductor.)

(**) Acostumbrados nosotros á dar á cada uno lo que es suyo, no podemos dejar de notar aquí la involuntaria equivocacion que padece el autor de la presente obra cuando supone que la Francia fué la primera entre las naciones que tuvo los honores de la iniciativa. Recordamos que al decir el mismo autor en el capitulo XV que las naciones católicas de la Europa no permanecian inactivas en presencia de los acontecimientos que amenazaban los derechos mas inviolables y la obra de los siglos basada en la fé de los pueblos y de los reyes, añade, *que la primera entre todas, la noble y religiosa España tomando la iniciativa, secundaba una nota dirigida por el príncipe de Schwartzemberg en nombre del Austria, y manifestaba á los gobiernos católicos su intencion formal*

del Sacro Colegio se habian quedado en Roma aguardando el dia en que se verian obligados como los demás á fugarse ó á esconderse.

La familia real de las Dos Sicilias instalóse en Gaeta en una casa inmediata al palacio que el rey Fernando (cuya conducta durante el destierro del Papa fué en estremo admirable) habia cedido á su ilustre huésped. Comia con Su Santidad, pero aguardaba que diariamente el Pontífice le invitara. Los cardenales en número de veinte, los embajadores y los ministros de las potencias estrangeras, los ilustres personages que habian acudido de todas partes para formar una corte á la desgracia; los oficiales de tierra y de mar, todos, todos rivalizaban para atestiguar la veneracion y el respeto á la sagrada persona del santo Pontífice. Roma no estaba ya en Roma, puesto que se hallaba por completo en Gaeta.

Despues de dar Pio IX gracias á Dios por haberlo conducido providencialmente á una tierra hospitalaria, su primer cuidado fué atestiguar su agradecimiento al conde de Spaur por

de restablecer la autoridad temporal del Santo Padre. En la misma nota, despues de manifestar el marqués de Pidal, ministro de Estado de España, que el gobierno de S. M. se hallaba dispuesto á hacer cuanto fuese necesario para reponer al Santo Padre en aquel estado de independencia y dignidad que le permitiese llenar sus sagradas funciones, añadia: *á este objeto al saber* (el gobierno español) *la fuga del Papa, se ha dirigido al gobierno francés el cual se ha declarado dispuesto á sostener la libertad del Santo Padre.* El Sr. D. José Gutierrez de la Vega, esclarecido escritor público, con cuya amistad nos honramos, al describir en sus viajes por Italia con la espedicion española, la primera visita que tuvo el honor de hacer á Su Santidad, en el Real sitio de Portici inmediato á Nápoles, afirma que le oyó decir *que al religioso grito de Isabel II, tan noblemente acogido por la Francia, el Austria y las Dos Sicilias, debia el mundo la conservacion del cristianismo con todos sus celestes resplandores en los tristísimos momentos en que manos inocentes lo habian espuesto á los bordes de un espantoso abismo.*

(Nota del Traductor.)

los inteligentes cuidados que le habia manifestado en su fuga de Roma, á Rafael Arezzo propietario de la posada del Jardin, y al obispo de Valencia. Al ministro de Baviera le escribió de su mano una carta dándole las gracias y enviándole la gran cruz de su órden (*). A Rafael Arezzo le hizo ofrecer cierta suma de dinero, empero éste la rehusó diciendo, que quedaba suficientemente recompensado pudiendo contar durante su vida un dia tan feliz como era aquel en que el Santo Padre se habia dignado de venir á buscar un albergue en su casa, mas preciosa desde entonces á sus ojos que no los palacios de los grandes. El Santo Padre hizo entregar á aquel escelente hombre, dentro dos estuches de marroquí llevando el escudo de sus armas, cuatro medallas de oro y seis de plata representando en un lado al Salvador lavando los pies á los Apóstoles, y en el otro, la efigie del Soberano Pontífice. Al obispo de Valencia le escribió la siguiente carta.

« Los designios de Dios, de los cuales nos hablabais en la carta que acompañaba el precioso objeto que nos enviasteis

(*) El Soberano Pontífice apreciaba en su justo valor el ardiente celo y el entrañable cariño con que el representante de la nacion española se habia consagrado á su persona á riesgo de mil peligros que no hubieran dejado de arredrar á otro, que no hubiese tenido una voluntad tan firme y una entereza de alma tan decidida como la del señor Martinez de la Rosa. Sabia que los clubs y la prensa revolucionaria designaban en continuas vociferaciones y en los impresos fijados en las esquinas al indicado embajador para que las masas satisfacieran el odio que debian profesarle, por haber contribuido con sus consejos á mantener la resistencia que el mismo Pontífice habia demostrado el dia 16 noviembre. Así es que premió tantos servicios concediéndole el 17 de diciembre en Gaeta el gran cordon de la órden de Pio IX, al propio tiempo que tambien lo concedia al embajador de Baviera. Estos dos personages fueron los primeros extranjeros que lo obtuvieron, mientras que de los súbditos de Su Santidad, hasta aquel dia solo dos ó tres príncipes lo habian merecido.

(Nota del Traductor.)

y que nos recuerda la memoria de Pio VI se han llenado en Nuestra persona. Durante nuestro corto viage de Roma á Gaeta en donde permanecemos temporalmente, hemos usado el pequeño viril, esperimentando mucho consuelo y fuerza al colocar la sagrada hostia sobre nuestro pecho. Recibid Nuestras gracias y la seguridad de Nuestra resignacion á la voluntad del Señor. Unimos á ellas Nuestra bendicion apostólica que os damos de todo corazon.

Pio IX. »

Al mismo tiempo que el Senado de Nápoles que habia sido el primero en deponer sus homenages á los pies de Su Santidad, el consejo de Estado de las Dos Sicilias admitido á su presencia, le dirigió por el órgano de su presidente un discurso, al cual el Santo Padre dió una respuesta, que en el estado en que se hallaban las cosas, era un documento político de tal importancia, que creemos deberlo reproducir aquí.

« Con mucha gratitud recibo, contestó el Papa, los testimonios afectuosos de adhesion del Consejo de Estado del solo Reino que todavía en Italia da el ejemplo de órden y de legalidad, cosas que son por decirlo así, idénticas y que siempre marchan juntas. Ruego á Dios para que en medio de la efervescencia de las pasiones, conserveis estos dos principios sin los cuales no hay esperanza. Bendecimos con toda la efusion de nuestra alma, como nos lo piden, á los miembros del consejo de Estado. ¡ Puedan ellos sin cesar asistir con su energía y su valor, á un rey bueno y piadoso que tan lleno de celo se ha mostrado para el bien del pais !

» Aquí hemos recibido la hospitalidad y satisfecho todos Nuestros deseos, cuando estaba tan lejos de Nuestro pensamiento tener que necesitar un asilo. Hoy que las pasiones se han desencadenado y arden en toda la Italia ¿ quién puede prever el término de semejantes convulsiones ?

» Es cierto que muchas gentes hablan de independencia, pe-

ro aun cuando fuesen diez millones de hombres los que tuvieran el mismo pensamiento, seguros estamos que no encontraríamos dos que estuviesen de acuerdo acerca los medios de adquirir semejante independencia. Podemos pues comparar con razon la Italia á un enfermo postrado por la calentura, volviéndose de contínuo de uno á otro lado para hallar el alivio que le huye sin cesar.

» Solamente Dios con su infinita clemencia puede traer el remedio á tantos males. ¡Supliquémosle pues humildemente que disipe las tinieblas que envuelven la humanidad, y haga brillar su luz con todo resplandor! Ahora, haced vosotros nuevas leyes, mientras por nuestra parte tambien las meditamos, para el bien de los pueblos. Con la ayuda de Dios bastará el exacto cumplimiento de ellas, porque solo son menester prudentes modificaciones y no cambios fundamentales. »

Esta alocucion independientemente de su objeto político, refutaba victoriosamente las calumnias tan maliciosamente esparcidas contra el rey de las Dos Sicilias, por el odio de la prensa demagógica.

Cada dia enviaba el Señor á su Vicario algunos nuevos consuelos; así es que el 18 de diciembre un destacamento de carabineros mandado por un Brigadier, vino á presentarse al Santo Padre solicitando la gracia de permanecer á su lado. Despues de consentirlo el Papa, contestó á aquel fiel destacamento:

« ¡Valientes soldados! yo os bendigo, y aunque sois en corto número me considero sobre manera dichoso de veros junto á mí, porque dais una prueba de adhesion á vuestro Soberano y de fidelidad á la causa de la religion.... » (*).

(*) Solo é indefenso sin contar Pio IX con fuerza alguna de su ejército no podia menos de espresarse en los términos que indica el autor al presentársele en Gaeta aquel puñado de valientes carabineros, que no sin correr graves riesgos vino á ratificarle el homenage de su fide-

En aquel entonces el Santo Padre, que como ya hemos visto, habia hecho una primera protesta contra los actos ejercidos en Roma despues de la sedicion que le obligara á huir de su ingrata capital, publicó una segunda, en la que recordaba el asesinato de su Ministro y los escesos para los cuales aquel crímen habia sido la señal. Despues de deplorar nuevamente la ingratitud de una parte de su pueblo, declaró ilegal y sin efecto, el reciente nombramiento de la Junta suprema de Estado. Al propio tiempo declaraba tambien nulos todos los actos que emanarian de ésta y se referia enteramente al nombramiento que habia hecho de una comision de Gobierno. [1]

lidad. Aquel dia fué uno de los mas felices para el Santo Padre, porque se convenció que á pesar de los manejos de la demagogia, no estaba aun estinguido del todo entre sus tropas el honor militar que habia sido empañado el 15 y el 16 de noviembre anterior. Pio IX apreciaba en su justo valor la disciplina del ejército, puesto que habiendo sido antes que Pontifice soldado, conocia prácticamente que cuando en un Estado la fuerza armada quebranta los vínculos de aquella, la revolucion los invade y los destruye. Así es que cuando la familia real de Nápoles acudió á Gaeta para atenderle y consolarle en su emigracion, en el momento en que los oficiales de la comitiva de los príncipes fueron admitidos al ósculo del pié, el mismo Santo Padre se espresó en estos términos. «—*Señores: perteneceis á un ejército modelo de disciplina y que ha sostenido á costa de su sangre el imperio de la ley y librado al reino del azote de la anarquía.*» Y al recibir igual distincion los marineros de la chalupa real: —«*Hijos mios*, les dijo, *habeis sido fieles á vuestro Soberano; conservaos siéndolo hasta la muerte.*»

No podemos dejar de estractar los acontecimientos mas interesantes que se sucedieron desde aquel dia hasta el momento en que los indicados carabineros se presentaron á Su Santidad.

Al dia siguiente 27 de noviembre llegó á Gaeta el hermano del Papa conde Gabriel Mastai, acompañado de su hijo el conde Luis. Á estos siguieron el abate Rosmini, que rehusó la presidencia del consejo de ministros, y los príncipes Borghese y Doria, el duque Salviati y el pro-

[1] Véase en los documentos históricos número 6.

En medio de semejante estado de cosas, el Ministerio usurpador habia prometido á los clubs que la Constituyente romana se proclamaria definivamente el 29 de diciembre. A este efecto en la apertura de la sesion de la cámara de los diputados que tuvo lugar el 26 del mismo mes, uno de los ministros, Armellini, leyó una carta que la Junta habia dirigido al Gabinete, declarando, que si el Ministerio y las Cámaras no decretaban inmediatamente la convocacion de la Constituyente romana, la misma Junta se veria obligada á tomar la ini-

fesor Montanari; y por último el cardenal Patrizzi que venia de Nápoles, y el cardenal Riario Sforza, arzobispo de la misma capital. La llegada de Borghese manifestó que era falso lo que de él se dijo ó que se habia arrepentido sinceramente.

Habiendo querido ir Su Santidad el dia 28 al monasterio de la Trinidad situado fuera de la poblacion, le esperó la guarnicion delante de la batería Philipstan. Á mitad del camino subió Pio IX á una colina de la que se descubre á Gaeta, y bendijo á la ciudad y á las tropas. Llegado á la Trinidad, oyó la misa que celebró el prior, y despues de dar la bendicion con el Sacramento, levantando su voz como poseido de un transporte divino, dijo:

«Dios eterno, augusto padre y señor mio: Ved á vuestros pies á vuestro Vicario, que, aunque indigno, os suplica de todo corazon le bendigais desde el eterno trono en que estais sentado. ¡Oh Dios mio! Dirigid sus pasos, santificad sus intenciones, dominad su espíritu, ordenad sus obras. ¡Ojalá que aquí, donde le habeis conducido por vuestros admirables designios, y en cualquier otro punto de vuestro redil en que pueda encontrarse, ojalá, Señor, sea digno instrumento de vuestra gloria y de la de vuestra Iglesia, libre, ¡ay! de las asechanzas de vuestros enemigos!

«Si para aplacar vuestro enojo justamente excitado por tantas indignidades, como se cometen por la palabra, por la prensa y de obra, puede ser agradable holocausto á vuestro corazon su propia vida, desde este instante os la ofrezco. Vos sois quien se la habeis dado; vuestro es el derecho de quitársela cuando os plazca; pero Dios mio, que sea con la condicion de que vuestra gloria triunfe, que vuestra Iglesia salga victoriosa: mantened á los buenos, sostened á los débiles, y que vuestro brazo omnipotente levante á los que yacen en las tinieblas y en

ciativa. Terminada esta lectura el ministro pronunció un discurso para demostrar la necesidad de convocar una Constituyente, diciendo que el menor retardo seria objeto de nuevos disturbios populares.

Las tribunas á las cuales se habian reunido los agitadores en gran número, para ejercer su privilegio de violencia, aplaudieron aquella proposicion que colocaba á los diputados en la alternativa de optar por la ley, ó por las consecuencias inevitables del motin.

las sombras de la muerte. Bendecid, Señor, al Soberano que se halla presente, prosternado delante de vos. Bendecid su familia y comitiva, bendecid á sus súbditos y á su leal y honrada milicia. Bendecid á los cardenales y con ellos el episcopado y el clero, á fin de que todos cumplan por las vias suaves de vuestra ley, la obra saludable de santificar los pueblos.

»De este modo podremos esperar, no solamente salir salvos de la peregrinacion mortal, de las asechanzas de los impíos y de los lazos de los pecadores, sino tambien llegar felizmente al lugar de la seguridad eterna. *Ut hic et in eternum, te auxiliante, salui et liberi esse mereamur.*»

Cuantas personas presenciaron aquella tierna y religiosa escena, volvieron á Gaeta poseidos de una especie de asombro. La cabeza visible de la Iglesia invocando el ausilio divino para sí y sus ovejas. Los príncipes de las Dos Sicilias, los grandes del reino y multitud de otros personages orando devotamente con la frente inclinada. Todo, todo convidaba á tiernas meditaciones.

En aquel mismo dia llegaron á Gaeta el almirante francés Beaudin y Mr. de Rayneval, embajador de la propia nacion en Nápoles. y el duque de Rivas, embajador de España, el cual se apresuró á tributar en nombre de la católica nacion que representaba los homenages de respeto y veneracion tan justamente debidos á la sagrada persona del Vicario de Jesucristo sobre la tierra, que con paternal solicitud no hacia mucho tiempo habia restablecido sus antiguas relaciones con la católica España, la cual por su parte no vaciló un momento en ofrecer al desterrado de la capital del orbe cristiano su apoyo y un seguro y cordial asilo en la Península, siempre católica y siempre piadosa.

(Nota del Traductor.)

Sin embargo, la mayoría de la Cámara arrastrada á su pesar á un terreno lleno de tempestades, rehusó renegar de la ley fundamental puesta en peligro por un acto que lo hacia todo cuestionable: y aunque colocada bajo los gritos y las amenazas de las tribunas públicas, abordó por esta vez francamente la discusion. Algunos oradores mas resueltos que los otros, establecieron que la Cámara, incompetente para cambiar las leyes del Estado, traspasaria los límites de su mandato tomando en consideracion la propuesta, contra la cual, ellos protestaban de antemano. Aquellas valerosas palabras, á las cuales no estaba acostumbrada la facciosa y dominadora mayoría, hicieron estallar la tormenta en los bancos de las tribunas públicas. Esta tormenta se hizo una furiosa tempestad que fué creciendo cuando muchos diputados habiendo declarado que las deliberaciones ya no eran libres, tomaron el partido de retirarse. La Cámara se aprovechó prontamente de aquella retirada para declarar á su vez, que no habiendo el número legal de diputados para votar, la discusion quedaba de derecho cerrada. Entonces no conoció mas límites la exasperacion de las tribunas públicas, mientras que los diputados levantándose en medio de silbidos y de gritos se dispersaron á través de los ultrajes. Un pueblo que comprendia de esta suerte la majestad de la representacion constitucional, demostraba que era indigno de la libertad.

Habiendo quedado solos los ministros en sus bancos, anunciaron á los clubistas que desde el dia siguiente *obrarian por sí* y que en el ínterin se imprimiria el proyecto de ley que se habia propuesto.

Hé aquí el texto:

« Vistas las peticiones y manifestaciones de la capital y de las provincias; vista la nota presentada por la Junta suprema de Estado al ministerio, y comunicada por este á la Cámara de los diputados;

»Considerando que atendido el peligro de una escision en-

tre las provincias y de una disolucion social, así como la imperiosa necesidad de remediar los apuros de la Hacienda; la ley suprema de la salud pública ordena, que se convoque la nacion para que por medio de una representacion universal y provista de todos los poderes, manifieste su voluntad y tome las medidas necesarias;

» Á propuesta de los ministros la Cámara de los diputados decreta:

» Se convocará en Roma una asamblea nacional que representará con plenos poderes el Estado romano, etc. »

Sin tener la menor cuenta los ministros intrusos de Roma, la diferencia que existia entre dos pueblos de los cuales el uno hacia medio siglo que recorria toda la escala del régimen constitucional, mientras que el otro apenas lo inauguraba, calcaron su proyecto de constitucion sobre el modelo de la ley promulgada recientemente en Francia por los hombres del *Nacional*.

La Junta suprema de Estado y los ministros romanos buscando todos los medios de regularizar la situacion anómala del pais y de evitar nuevas complicaciones populares, rechazaron la sola solucion razonable, la sumision al Papa y la posibilidad del regreso del Santo Pontífice que el primero, tal vez antes de tiempo, habia instituido el régimen parlamentario y dado el primer vuelo á la libertad política. Esta libertad reinaba entonces tan poco en Roma, que ni un solo diputado, ni un solo periodista, se atrevieron á proponer aquella solucion única que podia poner término á todos los conflictos.

Mientras tanto, hundiéndose mas y mas la Junta suprema de Estado y el ministerio en una serie de ilegalidades, pronunciaron el 28 la disolucion del parlamento romano, último simulacro del derecho legal que habia resistido á los desastres de la revolucion del 16 de noviembre. El ministerio y la junta se arrogaban el poder de votar en adelante, promulgar y hacer ejecutar la ley rechazada por la Cámara de los diputados

relativa á la convocacion de una asamblea constituyente. El dia siguiente 29, fijóse en todos los parages públicos de Roma la ley de la convocatoria. Entonces fué cuando el gefe de una de las mas nobles familias de Italia, el senador príncipe Corsini, que para consagrarse solamente al órden público habia creido que debia permanecer al frente de los negocios y oponer el poder de su nombre ante el torrente revolucionario, dió su dimision de miembro de la Junta de Estado.

Á consecuencia de esta renuncia hallábase incompleta la indicada Junta suprema de Estado, pues que habiendo sido creada por las dos Cámaras del parlamento, era necesario que el nombramiento de sucesor del príncipe Corsini estuviese revestido de la propia formalidad, hecha ahora imposible una vez disueltas las Cámaras. Los dos miembros que quedaban en junta y los ministros, obviaron semejante inconveniente tomando el partido de ejercer juntos el poder supremo. Sin embargo, como ellos mismos conocian todas las ilegalidades que aquella omnipotente medida encerraba, publicaron al efecto una proclama en la cual decian, que *toda ilegalidad que pudiera notarse,* estaba suplida por la suprema ley de la salud pública y que *esta ley lo justificaba todo.*

Nunca aberracion del espíritu humano fué llevada mas adelante como la de estos hombres, que sabiendo que violaban las leyes marchaban en medio de la anarquía, sin pensar absolutamente en dar un solo paso hácia á aquel que podia preservar el pais de semejante azote.

Por otra parte no queriendo la Municipalidad romana hacerse cómplice por una tácita aprobacion de las últimas ilegalidades ministeriales, se retiró manifestando aquella resolucion por medio de una órden del dia motivada.

A todo esto, los nuevos soberanos de Roma para celebrar su obra, hicieron disparar una salva de ciento y un cañonazos. Esta alegría puramente oficial y ridícula, pues que no significaba mas que la fijacion de un pasquin emanado de un poder,

tan controvertible como controvertido, encontró muy pocas simpatías en medio de las masas.

Embriagado momentáneamente el pueblo por las grandiosas palabras de independencia y de nacionalidad, con las cuales habian acariciado su vanidad, empezaba á comprender la nulidad y la truanería de los juglares políticos que le habian engañado, y sin embargo todavía no se atrevia á manifestar de otro modo su desprecio y su arrepentimiento mas que con su inercia.

Algunos hombres de temple mas vigoroso, hallaron en su virtud inspiraciones dignas de los antiguos tiempos de aquella misma Roma que tan bajo habia caido. Un noble anciano, el cardenal Tosti, prefecto del hospicio de San Miguel fué de este número. Varios miembros del Círculo Popular, sabedores que los deberes de su cargo le habian detenido en Roma fueron á felicitarle por no haber, á imitacion de sus colegas abandonado la ciudad. «Señores, les respondió el venerable cardenal, venis á felicitarme por no haber huido, y yo rehuso vuestros elogios. Sabed que no os temo menos que mis venerables colegas, que si han salido de Roma y han seguido al Santo Padre en su destierro, no ha sido mas que por amor y obediencia. Si me he quedado aquí es tambien por obediencia y amor á la persona de nuestro Santo Padre, que ha deseado que no abandonara absolutamente este establecimiento donde se albergan tantos desventurados, que son los pedazos mas queridos del corazon del Pontífice.

»Por lo demás, señores, yo soy romano y vosotros no lo sois. Permaneceré en Roma sin dejarme intimidar. Podeis ciertamente herirme con el puñal, pero ¿qué adelantareis con esto? No hareis mas que quitarme dos ó tres años de existencia, porque soy un anciano que cuento setenta y dos años y muy pocos mas podré vivir. »

Obligados los revolucionarios á inclinarse ante la animosa franqueza del santo anciano, retiráronse llenos de confusion,

de modo que uno de ellos, viendo la diferencia que existia entre el crímen y la virtud, abandonó aquel para abrazar ésta.

Era entonces el último dia del año 1848, de aquel año tan lleno de faltas y de crímenes. Los diputados de los círculos italianos llegados á Roma para organizar la constitucion italiana, la terminaron reuniéndose por primera vez en sesion en la sala del Teatro de Apolo.

Por la mañana de aquel mismo dia, el Círculo popular hizo fijar en los parages públicos de la ciudad un anuncio (*) declarando que Roma no reconocia mas por Soberano á Pio IX, en atencion á que en adelante el pueblo seria el verdadero Soberano. Entre tanto, este mismo nuevo Soberano sumamente embarazado de su magestad solo veia á su alrededor desastres y ruinas. Agobiado de promesas, saturado de libertad, empezaba á echar á menos, aunque tarde, los apacibles dias de *la esclavitud* y la tranquila calma de *la tiranía*.

(*) El 29 de diciembre del mismo año el Círculo Popular Romano, dirigia á los demás círculos de los Estados, la siguiente proclama acerca el establecimiento de la asamblea constituyente.

« Ciudadanos: la Constituyente de los Estados romanos se ha proclamado, quedan satisfechos los votos de las provincias, y rebosando Roma de alegría, fija su vista en el Capitolio, se prepara para un porvenir mas lisongero.

» Roma que reverenció á Pio IX como Pontífice y como príncipe, mientras regresa se halla pronta á inclinarse ante el mismo, porque en cualquier punto en que resida es cabeza venerada de la augusta Iglesia católica, mas no puede al mismo tiempo reconocerle como príncipe, tanto por su permanencia fuera de sus Estados, como porque seducido por falsos consejeros, se halla al lado de un Soberano que de hombre solo tiene el nombre.

» Roma en los dias de festejos reunida en una sola familia, debajo un pacífico estandarte, entre las inscripciones, los arcos, y cien emblemas de redencion, respirando amor y gratitud al Pontífice y al príncipe, no se habria atrevido ciertamente á sospechar que el premio de tanto afecto debia ser un mal aconsejado abandono.

» Pero, ¿quién puede prever los acontecimientos que se desarro-

llan entre las vicisitudes de la familia humana? Ó ¿quién puede con certeza gritar al infortunio, si de este, el Dios que quiere las naciones libres hace que brote mas segura la libertad?

» Hermanos, hé aquí llegado el solemne momento en que volviendo todo el poder en las puras manos del único verdadero Soberano, EL PUEBLO, se debe ofrecer al mundo un memorable ejemplo de cívico saber y heróico valor.

» Empujados por un sentimiento de gratitud, que nunca perece en el pecho de honrados ciudadanos, olvidado por poco que con los príncipes se proceda con libertad, hicimos mil tentativas para que el príncipe, conocidas las tramas de los malvados y de los diplomáticos, procurase para su bienestar y para el de los que llamaba sus hijos; pero la voz del pueblo que Dios registró en el libro de las injustas acciones de los reyes fué olvidada, y los diputados enviados al príncipe fueron vergonzosamente despedidos.

» El pueblo pues obra por sí mismo. ¿Quién puede contradecirle este derecho sacrosanto?

» Si largo tiempo con la cadena del esclavo, con las argollas y con el hacha se oprimió al pueblo como una estúpida grey, este pueblo al fin ha levantado su cerviz de entre el fango, y con los ojos fijos al cielo ha gritado á sus príncipes y enemigos: *¿Quiénes sois vosotros, que levantados sobre mí con la fuerza bruta me estais conculcando? ¿El oro, los brillantes que poseeis, no son el fruto de mis sudores? Teneis un cetro, un poder para procurar mi bienestar, para mandarme como un hombre, no para dominarme como á una cosa. Abusais del mas sagrado de los deberes: á mí, á mí el cetro y el poder: yo pueblo, soy el único soberano, superior á mí, no existe mas que Dios.*

» Hermanos de todos los círculos, uníos y estrechaos mutuamente, é inflamados del santo amor de la libertad, trabajad con toda la energía de ánimo para que la eleccion de los candidatos para la constituyente, recaiga en personas que no tengan ningun afecto superior al de la patria, que fuertes con el derecho del pueblo proclamen en voz alta su soberanía, que libres de temor, recorran francamente el camino en que, la fortuna, la libertad y el honor les empujen y hagan á los Estados romanos dignos de los altos destinos á que Dios les ha llamado.

» ¡Al Capitolio! ¡al Capitolio! los nuevos diputados de los Estados romanos! En este sagrado recinto de antigua y gloriosa memoria, junto á los monumentos de los padres, hablen los hijos sin temor alguno palabras de libertad: la voz de doscientos diputados que resonará libre

en la cumbre del Capitolio, será para dictar leyes á los pueblos. Nuestros enemigos las escucharán y temblarán.

» Tenga cada ley por base el santo código del Evangelio, que doscientos millones de católicos quieren se conserve inviolable: lejos, lejos las intrigas de los falsos sacerdotes, donde se quiere pura y no profanada la ley de Jesucristo.

» Y lo mismo que de un Cristo Redentor de las gentes partieron para toda la tierra los apóstoles de la santa ley de *amor, igualdad* y *libertad,* asimismo desde el Capitolio se difundirán los rayos de la verdad y de la justicia en toda la estension de la familia humana.

» ¡El Capitolio será dos veces grande! grande en la era pagana, y mas todavía en esta nueva era del cristianismo! ¡Hermanos, seamos todos unidos y fuertes; si esta vez caemos será para no levantarnos jamás! —Sala del Círculo 29 de diciembre de 1848.—El secretario general, Pedro Guerrini. »

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO XIV.

Decreto Pontificio de 1.° de enero. – Adhesion de Vicente Lumaca. – Destreza y valor. – Fiesta con motivo de una bandera. – Noble actitud del clero. – Escenas de calle. – Actos ignobles. – Energía de Monseñor Canali. – El párroco de Santa María la Mayor. – Serenidad. – Una patrulla de la Guardia cívica. – Rabia de la prensa. – Mala fe. – Proclama del general Succhi al ejército. – Creacion de una guardia pretoriana y de una comision de salud pública.

Mientras que los revolucionarios persistiendo en seguir su fatal camino terminaban tan tristemente el año 1848, el Soberano Pontífice entraba magníficamente en el de 1849. Superior á la mala suerte, defendiendo palmo á palmo el terreno del Pontificado y los derechos que tenia de los Apóstoles sus predecesores, lanzaba una tercera protesta contra los audaces revolucionarios que se habian atrevido á colocar su sacrílega mano en la corona de San Pedro. El decreto de Su Santidad publicado el primero de enero, es uno de los actos mas solemnes que se hallan consignados en la historia moderna del Soberano Pontificado.

La misericordia, es el carácter dominante en este notable documento. La justa severidad del Soberano está templada con el amor del padre de familia. Poseedor el Príncipe de una arma terrible, cual es la excomunion, no hiere, apenas amenaza y se contenta con recordar los decretos del poder divino confiado á los sucesores de S. Pedro. Vendido por súbditos ingratos y rebeldes, obligado á abandonar fugitivo su palacio para

ir á vivir como desterrado en tierra estrangera, solo aguarda. Compadeciendo á los desgraciados que no han sabido defenderle, que hasta han renegado de él, del mismo modo que en otro tiempo los apóstoles abandonaron al Hijo de Dios hecho hombre, deja á las primeras impresiones del temor, el tiempo para disiparlas; espera que pronto llegará el dia en que los traidores quitándose la máscara con sus propios escesos, aparecerán con toda su fealdad á la vista del pueblo desengañado. Aguarda que la lógica de las revoluciones sobrepasando los cálculos de los revolucionarios les precipite de esceso en esceso, hasta la impotencia; y en el ínterin se contenta con oponer delante de cada uno de sus pasos una nueva protesta, que hiriendo desde su orígen las atrevidas empresas de los sublevados, evite toda escusa á la complicidad moral de las gentes de bien, adormecidas en el estupor. El anatema que con su mano paternal sostiene sobre la cabeza de los que han incurrido en él segun las decisiones del concilio de Trento, y que con una sola palabra podria dejar caer con todo rigor, marca el estremo á donde su alma quiere llevar los límites de su mansedumbre. ¡Jamás tales límites de misericordia han sido llevados tan lejos!

Hasta el 6 por la noche no se supo en Roma de un modo todavía dudoso el decreto fechado en Gaeta el primero de enero. Las comunicaciones de aquel género entre Gaeta y Roma eran tan difíciles como peligrosas, y para mantenerlas era preciso valerse de un hombre de confianza cuyo valor estuviese al nivel de su adhesion y ésta al de la prudencia. Vicente Lumaca era este hombre.

Natural de Genzano, de cuarenta años de edad, de baja estatura, pero de corazon grande, de robusta constitucion y de temple vigoroso, Vicente Lumaca llevaba retratado en su rostro bronceado por el sol de la campiña de Roma, el carácter de la fuerza y el de la resolucion. Soldado en un principio, luego hermano en un convento de frailes, Lumaca se

hallaba en la plaza del Quirinal el 16 de noviembre en el momento en que el populacho sitiaba al Papa en su palacio. Demasiado débil entonces para oponerse al torrente popular que lo hubiera arrastrado, pero demasiado animoso para asistir friamente al triunfo de la demagogia, le habia insultado á su tránsito.

« Los cobardes! gritó ¡cobardes que van á atacar con un cañon setenta hombres! ciento contra uno, y se titulan los descendientes de los antiguos! ¡Oh! ¡Si entre la masa inerte que los deja obrar se hallaran cien hombres como yo! » ¡Vano deseo! ¡Ay! Lumaca estaba solo! completamente solo en medio de lo que él llamaba con razon una masa inerte. Hubiera querido sacrificar toda su sangre por la causa del Papa, y aquel dia solo pudo consagrarle sus lágrimas, y algunos dias despues su fidelidad.

Tal era el hombre que desde la llegada del Santo Padre á Gaeta servia de lazo de union con la comision Pontificia de Roma. Él fué quien trajo secretamente al cardenal Castracane el decreto de su nombramiento para la presidencia de la comision de Gobierno. Él fué quien á través de mil peligros habia igualmente difundido por Roma la primera y luego la segunda protesta del Santo Padre. Tan pronto disfrazado de labrador como de ciudadano, de fraile como de pescador, y hasta una vez de carabinero, atravesaba las llanuras y las montañas llevando sus papeles ocultos en el grueso forro de su capa. Saliendo de la ciudad ora por una puerta ora por otra, jamás volvia á entrar por la misma. Segun las circunstancias hacia el camino á pié, en coche ó á caballo, y no contentándose con ser el misterioso correo de la corte de Gaeta, llevaba su celo hasta fijar las proclamas por la ciudad, lo que practicaba por la noche en todas las esquinas, despues de haberse impreso secretamente durante el dia dichas proclamas y decretos pontificios, en una bodega de la calle de las *tiendas oscuras*.

En el ínterin que en la indicada bodega personas fieles á Pio IX imprimian y tiraban un gran número de ejemplares del último decreto que Lumaca acababa de traer, ocupábanse los revolucionarios en los preparativos de una fiesta que debia celebrarse el dia siguiente, siete de enero, por la pretendida llegada de una bandera que decian haber regalado Venecia á los romanos, pero que de hecho habia sido fabricada en Roma mismo. En efecto á la mañana siguiente una especie de procesion, medio civil y medio militar, partiendo de la plaza del pueblo se dirigió lentamente al capitolio. El general Zamboni y el príncipe de Piombino abrian la marcha: venia en seguida la bandera veneciana llevada por un oficial. En el centro coros de hombres cantaban un himno compuesto por un cura llamado Dall' Ongaro, y puesto en música por el maestro Magazzari: seis cañones cerraban el cortejo, que se adelantaba por las calles adornadas de colgaduras y empavesadas con banderas. En este órden llegó la procesion al Capitolio, que debia recibir en depósito el estandarte de Venecia: entonces las tropas se formaron en batalla en la plaza, y cierto cura llamado Rambaldi subiendo al pedestal del caballo de bronce de Marco Aurelio hecho la tribuna política de la revolucion, pronunció un discurso análogo á las circunstancias.

Durante aquel tiempo un hombre de despejada frente y de mirada de fuego, fijaba públicamente en una de las columnas del Capitolio un pasquin: este hombre era Vicente Lumaca y este pasquin era el primer ejemplar de la tercera protesta de Pio IX.

A la misma hora muchos Párrocos leian en sus iglesias la protesta Papal fijada simultaneamente en muchos puntos de la ciudad, sobre todo en el cuartel Transtiberiano.

Desde que fueron conocidas de un modo cierto en la ciudad de Roma las amenazas pronunciadas por el Santo Padre contra los que tomasen parte en las elecciones de la constituyente proclamada por el partido democrático, produjeron un ines-

plicable efecto en todos los ánimos. Los romanos, fieles á las leyes de la Santa Sede, se inclinaron religiosamente ante aquel acto de autoridad suprema. Los hombres de la revolucion quedaron aterrados; pero pudiendo mas en estos la ceguedad de las pasiones que la voz de la razon, organizaron para la noche, porque á los genios del mal les son menester la oscuridad de las tinieblas, una manifestacion que debia sobrepasar en impiedades á todas cuantas habia sido y era teatro Roma desde mucho tiempo.

A las siete, el ciego instrumento de Sterbini, Ciceruacchio contratista general de los motines, se puso á la cabeza de una bandada de foragidos borrachos de cólera y de vino y luego á los gritos de: ¡Viva la constituyente italiana! ¡abajo los curas! recorrió las calles arrancando á la fuerza todos los sombreros de hoja de lata encarnada que servian de muestra á las tiendas de los sombrereros. Llegado á la plaza del pueblo donde le aguardaban nuevos ausiliares, los forma de dos en dos en línea de procesion, confia á las manos de un gefe de fila una cruz enlutada, hace levantar al estremo de largos palos los sombreros robados en las calles públicas, y da la señal para la marcha. Entonces parodiando las mas santas ceremonias de la religion, que derrama lágrimas por el camino del dolor, se adelantan aquellos hombres en dos filas. Sus ojos centellean la rabia del infierno, y con la blasfemia de los condenados en los labios, se encaminan lentamente por la calle del Corso. Siguen sin inmutarse el signo de nuestra redencion, aquel signo ante el cual los ángeles caidos se retiran asustados, y cantan el himno funeral. Insultan á la Magestad de la muerte, le roban sus oraciones para profanarlas, cantan el *De profundis* y el *Miserere*, estos dos salmos sublimes de piedad y de consuelo, que la misma religion, que ellos ultrajan, ¡tal vez entonó ayer sobre la tumba de su madre! Así cantando, se adelantan aquellos hombres á través del pueblo indignado, que desaparece de las calles, y llegan hasta la de Frattina, sin que

una sola voz se haya atrevido á levantarse para afrentarles, sin que una protesta haya resonado á su tránsito. En uno de los estremos de la calle Frattina se halla una casa en cuyo portal se ven escritos en grandes caractéres estas dos palabras: *Luogo commodo*, (*) y allí fué donde se detuvieron. Entonces, mientras que uno de ellos acompañado de algunos acólitos llevando hachas encendidas se dirigia hácia aquella casa para depositar en innoble sitio una copia del decreto Pontificio, los otros se arrodillaron delante de la puerta, recitaron por lo bajo el *Libera Nos Domine*. En seguida fijaron en el farol que servia de muestra á aquel establecimiento público, un pliego de papel conteniendo esta especie de epitafio: *Deposito della scommunica*. Tumba de la excomunion.

Terminada que fué aquella operacion volvieron á emprender la marcha precedidos siempre de la cruz, gritando *¡iluminad! ¡iluminad!* porque las estrellas del firmamento se habian ofuscado para no presenciar tan infame escena. Por aquella vez los gritos se perdieron en el sentimiento de la indignacion pública: ni una sola ventana se abrió, ni tampoco asomó una luz para alumbrar aquella monstruosa procesion: aislada en sus irreligiosidades la turba impía y sacrílega, prosiguiendo sus infamias se encaminó lentamente hácia el puente Sixto, y allí murmurando nuevas oraciones, arroja al Tíber los sombreros encarnados, sintiendo no poder hacer sufrir la misma suerte á los únicos personages que tenian el privilegio de llevarlos (**).

Desde allí Ciceruacchio y su banda se trasladaron á casa de monseñor Canali, patriarca de Constantinopla, para intimarle que seria terrible su castigo si de nuevo se atrevia á publicar la amenaza de la excomunion, pero no habiéndole hallado en su domicilio, dirigiéndose el tribuno á su criado, díjole:

(*) Lugar escusado.
(**) Los cardenales.

« participa á tu amo, que si no manda rasgar los ejemplares del decreto del Papa, nosotros mismos vendremos á rasgarlos.» (*)

Dos dias antes, habiendo estado Sterbini en casa de monseñor Canali, herido recientemente de un segundo ataque apoplético, le habia mandado llevar al ministerio toda la plata y demás objetos de valor que poseia su iglesia. Aquel venerable sacerdote, llamado el prelado sin mancha y sin miedo, aquel anciano cargado de años y de enfermedades, estaba temblando de enojo á la vista de Sterbini, al que la voz pública

(*) Es inesplicable el despecho que manifestaron los demagogos al enterarse de la protesta del Santo Padre de 1.° de enero de 1849 y de la amenaza de escomunion contenida en la misma con motivo de la convocacion ilegal de la Constituyente romana. Al sacrílego desprecio de la sagrada persona del Soberano Pontífice y de los cardenales de que hizo gala la tabernaria turba capitaneada por el tribuno Ciceruacchio en la nocturna é inmunda bacanal que describe el autor de la presente historia; á la anticatólica proclama publicada por un Ministerio que no se avergonzaba de decir á los romanos, aludiendo á la escomunion, *habeis sido en gran manera provocados*, debemos añadir otro nuevo desacato cometido por el periódico *La Pallade*, que despues de formar por aquellos dias un proceso contra el Pontífice y de calificar la escomunion como *una baladronada de dos siglos atrás* y de limitar á ciertas cosas el poder de atar y desatar concedido por Jesucristo á su Vicario, prorumpió en las siguientes palabras que califican el irreligioso carácter de la revolucion de Roma.—« Nada hay de comun entre nosotros y semejantes monstruos: nuestra causa es enteramente agena al derecho sagrado: tratamos del gobierno de intereses enteramente mundanos; de gabelas, de milicia, de leyes, de justicia, de tribunales. ¿Qué tiene que ver todo esto con nuestra religion? ¿A qué querer afirmar el derecho divino con el humano? ¿Creeis por ventura amedrentar nuestras almas? Desengañaos, sacerdotes: ya no es el mundo una familia de ciegos: pasó el tiempo en que bastaba para horrorizar proferir la escomunion. Hoy ocupa la razon el puesto del fanatismo, y no se engaña ya al prójimo en nombre de Dios. Reparad que abusando de un arma que solamente debe emplearse con mucha parsimonia, vosotros mismos la haceis pedazos, y en vez de herir con ella las cabezas

acusaba mas que nunca de ser el asesino moral del conde Rossi: levantóse, dió dos ó tres pasos hácia él, y mirándole fijamente el rostro, esclamó: «¿Es á mí á quien vienes á buscar para hacerme cómplice de tus odiosos proyectos? ¿Es á mí á quien vienes á dar una órden que no quiero ni debo cumplir? Pero, desventurado, ¿cómo te has atrevido á venir á manchar mi morada con semejantes disposiciones?» Irritado Sterbini al oir semejante lenguage con el cual se le tuteaba, respondió encolerizado: «—Bien sabeis, caballero, que estais hablando á un ministro y que este ministro tiene el tratamiento de escelencia. —¡Escelencia! ¡Tú, escelencia! re-

amenazadas, os quemais la mano que la maneja: y lo que es todavía peor, correis el riesgo de acarrearos la irrision que se atrae la agonizante impotencia cuando amenaza. No seria la primera vez que el espíritu del ridículo entrase á sofocar el último resto del respeto.» ¡De esta suerte se abusaba de la ámplia libertad de imprenta, tan espontáneamente concedida por el mas justo y el mas bondadoso de los pontífices! ¡De esta suerte se conculcaban los deberes de súbditos fieles, y los venerandos del catolicismo! ¡De esta suerte se prostituia la noble mision de la prensa periodística, que en vez de ilustrar al pueblo romano, infundiéndole los mas sanos principios de política y procurando mantener vivo el amor y reverencia al Pontífice Rey, lo conducia á la incredulidad y á que perseverase en la ingratitud para acabarle de hundir en el profundo caos del error! Lejos de nosotros demostrar la notoria contradiccion de los redactores de *La Pallade* entre las ideas contenidas en las líneas que dejamos transcritas, y las que habian estampado anteriormente. Observaremos tan solo, que aun cuando no fuese un misterio para muchos la propension de tal periódico y de sus amigos al protestantismo, uno y otros eran los mas celosos promotores de la escomunion cuando la democracia se esforzaba para que se fulminase contra los austríacos. Parangonado aquel hecho con el posterior desprecio de la amenaza de escomunion, revela cuán falsa era la fidelidad de sus palabras y con cuánta razon rehusó Su Santidad en su alocucion del 20 de abril hacer de la religion un arma de política, prostituyendo sus penas, al interés y á las pasiones de unos hombres destituidos de toda fe.

(Nota del Traductor.)

plicó el esforzado anciano: ¡Escelencia tú, ministro ilegítimo que quieres aprovecharte de una plata robada para enriquecerte, despojando á los otros, al despojar la casa de Dios! Este tratamiento solo lo obtendrás en el infierno, en el cual á la verdad serás digno ministro.... ¡Vete!» Monseñor Canali pronunciaba estas últimas palabras, cuando Sterbini, retrocediendo ante la noble indignacion del anciano, cerró la puerta y se retiró profiriendo amenazas.

La protesta del Soberano Pontífice habia sido fijada principalmente en las puertas de las cuatro grandes Basilicas, San Juan de Letran, San Pedro del Vaticano, San Pablo Extramuros y Santa María la Mayor; empero habia sido arrancada en seguida por los revolucionarios. Con todo, el cura de Santa María la Mayor, el Sr. Massari, haciéndose superior, así al temor como á la amenaza, hizo desde luego fijar otra segunda. Entonces al saberlo Ciceruacchio fué á buscarlo acompañado de su banda de emisarios, y reunidos todos contra un pobre sacerdote le llenaron de injurias, y en el momento en que uno de ellos iba á entregarse á actos de violencia, presentando el venerable cura su pecho al golpe que le amenazaba gritó: «hiere pues, desgraciado, hiere y sáciate con mi sangre, yo no temo la muerte, empero teme tú los juicios de Dios! «La energía con que fueron pronunciadas semejantes palabras, desarmó á aquellos hombres irritados, los cuales sin embargo rompieron varios objetos del presbiterio, y se lanzaron á la puerta de la Basilica para rasgar la nueva protesta fijada por el cura.

Desde Santa María la Mayor, aquella banda de furiosos pasó á casa del cura de San Celso, que habia sido el primero que se atrevió á leer desde el sagrado púlpito la amenaza de excomunion, pero no encontrando en ella á aquel noble anciano, cuya vida es una larga serie de buenas acciones, Ciceruachio desahogó su rabia contra la humilde habitacion del sacerdote octogenario, haciéndola saquear de arriba abajo.

Aquella misma noche, cuando la ciudad entera gemia en silencio á la vista de las escenas de horror autorizadas por la inaccion y la complicidad de un poder usurpador, varios Guardias cívicos formando voluntariamente una patrulla, haciéndose mandar por un cabo y seguidos de un niño que llevaba debajo su capa ejemplares de la protesta Papal, las hicieron fijar á la puerta de todas las iglesias, en las esquinas de todas las calles, y en las paredes de los principales edificios, de tal suerte que á la mañana siguiente al dispertar el pueblo, pudo leer por completo el decreto que querian impedir que llegase á su conocimiento.

Este acto de valor, que constituia por decirlo así con el cumplimiento de un deber, una protesta contra la accion pasiva del pueblo romano, no era desgraciadamente mas que un hecho aislado. Merece especial mencion la actitud que tomaron en aquellas circunstancias los periódicos radicales. Los unos, y *La Época* fué de este número, fingiendo ignorar los términos del decreto, preguntaba irónicamente, si este se parecia á los que en otro tiempo se acostumbraban á espedir contra los detentores de los antiguos feudos ó propiedades de la Iglesia. Otros entablando, como *El Contemporáneo*, una tesis teológica, procuraban solventarla diciendo: «Preguntamos á los hombres y al cielo, si merecemos que se nos separe de la sociedad cristiana y de la ley de amor y libertad, por haber querido ser libres é independientes.»

Y ¡cosa estraña! que prueba la mala fe de los revolucionarios! Aquellos dialécticos, mas despreciables todavía cuando se servian de la pluma, que no cuando esgrimian el puñal; aquellos declamadores, que en su impotente cólera contra el gran acto de Pio IX, descendian á las mas groseras injurias y se servian de los mas absurdos argumentos, eran los mismos que poco antes suplicaban al Santo Padre que fulminara contra los ejércitos cristianos del Austria, el decreto Supremo, del cual tan solo esperimentaban ellos la amenaza.

En cuanto á los ministros, olvidando que, *por haber querido ser libres,* se habia asesinado á un ministro, se habia sitiado al Papa en su palacio, asestado cañones contra su morada y muerto á uno de sus sacerdotes, se atrevieron á declarar que el decreto del Sumo Pontífice *era una alta provocacion.*

Mientras que estas disoluciones políticas y esas orgías revolucionarias tenian lugar en Roma, el general Zucchi, miembro de la comision de gobierno dirigia desde Gaeta una órden del dia á todas las tropas Pontificias. Esta órden ponia en conocimiento de los oficiales y soldados una carta que el Santo Padre le habia dirigido. [1] Contenia además un llamamiento á la fidelidad del ejército y concluia diciendo que « La divisa del soldado es el honor y la fidelidad. »

Noticiosos de esta proclama los periódicos democráticos procuraron prevenir las consecuencias que podian resultar interpretándola los unos por lo ridículo y haciendo de ella los otros una tea de discordia civil. « Tales actos, decia la *Constituyente italiana,* no necesitan comentarios, porque emanan de un loco ó de un hombre perverso. » A pesar de todo, no se atrevieron los mismos periódicos á publicarla: por el contrario, acordes en este punto con los ministros, hicieron todos sus esfuerzos para impedir que llegara á conocimiento de las tropas.

Sintiendo el gobierno revolucionario toda la estension del terrible golpe con que le habia herido el último acto del soberano Pontífice, intentó disminuir su efecto inmediato decretando una medida que recuerda los mas aciagos dias de la revolucion francesa. En efecto, los ministros despues de decretar la organizacion de un batallon universitario para constituir con él una guardia pretoriana, instituyó una comision de salud pública. (*)

[1] Véase en los documentos históricos número 7.

(*) El decreto de la Comision provisional de Gobierno para el nom-

Al mismo tiempo que un decreto de la Comision Gubernamental designaba el palacio *Madama*, al Comité de *salud pública* para sitio de sus operaciones, asociaba al prefecto de policía los señores Maggiore, Mattia, Montecchi y Cartani.

No habian transcurrido dos meses desde la partida del Soberano Pontífice y ya el pueblo romano pasando por la criba

bramiento de una Junta de seguridad pública, estaba concebido en estos términos:

Considerando que la convocacion de una Asamblea nacional en Roma fué pedida por el voto universal y por la necesidad de consultar al pueblo para determinar un órden político y proveer á las necesidades del erario, asi como á todas las demás cosas;

Considerando que las tentativas hechas para impedir de cualquier modo que sea la reunion de esta Asamblea, es una abierta lesion á los derechos del pueblo, único juez competente para resolver las grandes cuestiones del Estado en las circunstancias estraordinarias en que se encuentra nuestro pais;

Considerando que sin la convocacion de esta Asamblea nacional romana, seria imposible reunir la Asamblea constituyente italiana, la cual debe asegurar la independencia y la libertad de la patria comun;

Visto que en estos dias que preceden á la reunion de la Asamblea nacional romana, un partido reaccionario busca todos los caminos, y no desprecia medio alguno por miserable que sea para escitar la guerra civil y destruir aquel órden, aquella tranquilidad que han hecho admirable nuestro pueblo, y han asegurado la vida y la propiedad de los ciudadanos;

La Comision provisional del Gobierno romano,

DECRETA:

Cualesquiera simple particular ó funcionario público que directa ó indirectamente intente impedir la convocacion de los colegios electorales, llamados á nombrar los representantes de la Asamblea nacional, ó procure escitar la guerra civil aconsejando, ya sea al pueblo ya sea á la fuerza armada, á que desobedezca la autoridad constituida; queda por lo mismo declarado perturbador del órden público, enemigo de la patria, y como tal, sujeto á todo el rigor de las leyes.

A tal efecto se crea en Roma una Junta de seguridad pública, presi-

revolucionaria, habia llegado al yugo de la mas abyecta tiranía. ¡Desventurado pueblo, destinado á descender rápidamente y sin transicion todos los escalones de la servidumbre y del terror! El dia en que el motin armado reemplazó á Pio IX en el Quirinal, el despotismo habia substituido á la libertad.

dida por el actual Prefecto de policía, destinada á dar una rápida y vigorosa ejecucion á las leyes.

Cada Presidente en su provincia, creará una Junta igual destinada al propio objeto.

Los ministros del Interior y Policía y de Gracia y Justicia, quedan encargados respectivamente de la ejecucion del presente decreto.

Roma 13 de enero de 1849.

C. E. Muzzarelli. — C. Armellini. — F. Galeotti. — L. Marini. — P. Sterbini. — P. Campello.

A los seis dias del anterior decreto, la propia comision de Gobierno, nombraba el dia 19 una comision militar compuesta del coronel Angel Rovinetti, presidente; teniente coronel Felipe Guacci Molara; Mayor, Alejandro Calandrelli; de los capitanes Mariano Volpato y Eduardo Romiti, y de los tenientes Olimpio Meloni, Luis Gabbet, *Jueces;* y del abogado Felix Sans, *Fiscal*. Esta comision tenia por objeto juzgar militarmente dentro las 24 horas, sin apelacion de los fallos y hacerlos ejecutar en seguida, cualesquier atentado sedicioso, aunque no se consumara, contra la vida y la propiedad de los ciudadanos, ó que de cualquier modo se encaminara á subvertir el órden público en aquel entonces establecido.

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO XV.

Nombramiento de un general de la Guardia cívica. — Sistema de intimidacion. — Maniobras revolucionarias para las elecciones de la asamblea constituyente. — Reunion preparatoria. — Documento de la comision gubernamental. — Hechos diversos. — Instrucciones electorales. — Apertura de los colegios. — Resultados negativos. — Notas estranjeras. — Los doce constituyentes romanos. — Ordenes y decretos. — Nota del gobierno español. — Negativa por parte del Piamonte. — Asuntos de la Toscana.

Dos dias despues de la formacion de un comité de salud pública, llamados los Guardias nacionales á nombrar un general en gefe, eligieron por una inmensa mayoría, á pesar de la oposicion de los ultra revolucionarios, al duque Cesarini. En el estado reaccionario en que se hallaban las cosas, esta significativa eleccion desagradó á los clubs, los cuales se apresuraron á combatirla, dando así una nueva prueba del respeto que les merecian las deliberaciones y pretendidas decisiones libres de la honrada mayoría. Cubriéndose con la máscara de un hipócrita interés, muchas diputaciones se presentaron al general conjurándole en nombre de su propia seguridad, para que diese voluntariamente su dimision. Dudó por un momento el duque, empero el argumento del puñal que habia roto la resistencia del ministro Rossi, triunfó de la suya y accedió á los deseos de los clubistas renunciando bajo la influencia del miedo, la dignidad que la mayoría de la Guardia cívica le habia conferido.

Como lo vemos, los revolucionarios no retrocedian ante ningun medio de opresion. Despues de las declaraciones fuera

de la ley y de la formacion de un comité de salud pública, pensaron en intimidar parcialmente y en aterrorizar en grande. Con el objeto de contrabalancear el efecto que entre las masas habia producido la amenaza de excomunion fulminada desde Gaeta, la comision de gobierno dirigió el primero de año á todos los empleados una circular en la cual sus miembros invitaban encarecidamente á los hombres que vivian de sus cargos, á dar en el inmediato escrutinio un *ejemplo de virtud y de inteligencia patriótica*. Por otra parte, el Ministro del interior, que conocia el flanco débil de la multitud, procuraba conquistar sus votos organizando regocijos públicos para el dia de las elecciones. A tal efecto dispuso por una hábil circular, que todas las músicas del distrito acudieran á la cabeza del partido electoral para armonizar si era posible la cacofonía de las opiniones. Al mismo tiempo mandaba á las autoridades locales preparasen demostraciones de alegría por todos los medios que estuviesen á su alcance, á fin de festejar dignamente el acto solemne de la eleccion de los miembros llamados á formar parte de la constituyente. Mandaba por circular la convocacion de todos los guardias cívicos armados para proteger é influir pacíficamente los votos revolucionarios. Temiendo que los guardias nacionales dejasen de acudir á semejante invitacion, decidió que se les consideraria en clase de movilizados y que de consiguiente recibirian una retribucion impuesta sobre las respectivas municipalidades.

No considerando todavía suficientes semejantes medidas, los procónsules de Roma pidieron arbitrariamente medios mas seguros y mas espeditos. Crearon una comision militar para juzgar con rapidez todo complot, aunque no hubiese sido consumado, que tuviese por objeto subvertir el órden establecido. Las sentencias debian ser inapelables y ejecutadas dentro las veinte y cuatro horas. (*)

(*) Véase la nota de la página 291.

Acercándose el dia de las elecciones, los agitadores organizaron una reunion preparatoria en el teatro de Apolo, en el cual debian discutirse los nombres de los postulantes á la candidatura. En vez de dar un carácter solemne á semejante ceremonia, la convirtieron en ridícula, haciendo participar de las reuniones preparatorias la curiosidad de las damas romanas. Nada mas curioso que la redaccion de las esquelas con las cuales los comisarios convidando á las señoras les remitian gratis las llaves de los palcos que les destinaban.

La esquela qne nosotros tenemos á la vista, está concebida en estos términos.

« Señora :

» El Comité electoral nombrado por el pueblo, habiéndolo convocado para el Teatro Apolo y presentándose esta noche á las seis y media en punto, el nombre de los candidatos para la asamblea general del Estado, se complace en remitiros la llave de un palco de segunda clase para que si gustais asistir con vuestra respetable familia á tan grave Asamblea política, podais verificarlo libremente y sin obstáculos. Si no os gusta concurrir, tened la bondad de hacer entregar la llave del palco en la sala del Comité, palacio Borromeo, hoy mismo á las cinco y media.

» El comité espera que acogeréis con satisfaccion el pensamiento que ha dictado esta carta y el acto que os tributa esta particular distincion.

» Palacio Borromeo, 15 de..... 1849. »

De esta manera jugaban con la suerte de su desventurada patria aquellos hombres que hermanando el placer á las preocupaciones mas graves, hacian de un negocio grave una alegre funcion nocturna. Pocas señoras asistieron al convite del Comité electoral.

Por su parte el partido de la justicia y del órden no per-

manecia inactivo: la comision gubernativa nombrada por el Santo Padre desde los primeros dias de su llegada á Gaeta, no pudiendo funcionar con libertad en Roma, se habia retirado momentáneamente al palacio Pontificio de Castillo Gandolfo y protestó contra los nuevos actos del Gobierno usurpador.

No retrocediendo los triunviros ante ningun medio para asegurar el éxito de las próximas elecciones, hallaron dignos ausiliares dentro de las cárceles, y así es que decretaron una rebaja de dos años en sus respectivas condenas á todos los que no hubiesen sido sentenciados por asesinatos, falsedad ó robo á mano armada. (*) Entonces el abogado Gabussi presidente del Comité electoral, acompañado de los secretarios, publicó una primera instruccion para las operaciones electorales. Los elec-

(*) El decreto para la disminucion de la condena y escarcelacion de los detenidos, estaba concebido en estos términos:

« Considerando que el dia solemne de la eleccion de diputados para la Asamblea nacional convocada por el sufragio directo y universal para deliberar acerca la constitucion política del Estado, debe señalarse por parte del gobierno con todas las demostraciones de gracia y liberalidad que está en sus facultades ejercer, este ha decretado á propuesta del ministro de Gracia y Justicia lo siguiente:

Art. 1.° Se rebajan dos años de condena á todos los que la sufren por cualquier delito, esceptuando los de homicidio premeditado, hurto calificado, falsedad, y los reincidentes de toda clase; de consiguiente, aquellos á los cuales les falta para cumplir menos tiempo de un bienio, serán puestos inmediatamente en libertad.

Art. 2.° Todos los procesados por cualquier motivo que fuere (esceptuados los ya indicados y los reincidentes) que segun el artículo 1.° no tuviesen que sufrir condena por término de ley superior á un año de detencion, serán habilitados para defenderse poniéndoseles en libertad.

Art. 3.° El ministro de Gracia y Justicia y el del Interior, quedan encargados de la ejecucion del presente decreto.

Dado en pleno consejo. Roma 19 de enero de 1849. —Siguen las firmas.

(Nota del Traductor.)

tores fueron divididos en seis secciones, segun los cuarteles que habitaban; pero en cada seccion los presidentes y secretarios escrutadores, habian sido elegidos y designados por el gobierno entre las personas que le eran mas ciegamente adictas, de tal suerte, que era fácil prever los nombres que saldrian de la urna.

El dia 21 de enero se anunció la abertura de los colegios electorales por una salva de 121 cañonazos disparados del fuerte de San Angelo. Para dar una apariencia de festividad á aquel dia que lleva una fecha fatal en la historia de las revoluciones, el gobierno habia hecho colocar á las inmediaciones de los diversos colegios, orquestas que estuvieron ejecutando piezas de música durante el mismo dia. Pomposos anuncios en lienzos de estraordinaria dimension se hallaban igualmente fijados cerca de cada seccion electoral, llamando al ejercicio de sus derechos soberanos á los tibios, y estimulando la frialdad de los indiferentes. A pesar de estos esfuerzos, el aspecto de Roma fué sombrío y triste como el cielo que en aquel dia apareció ocultar su hermoso sol con una gasa de luto. Entre los electores que iban á llenar los deberes de su soberanía, los unos estaban cabizbajos, indicando suficientemente con su actitud embarazada que les remordia la conciencia por la mala accion que cometian bajo la presion de la violencia; y los otros por el contrario, al emitir su voto, afectaban un continente provocativo que por cierto no demostraba su sinceridad.

A las siete de la noche las urnas del escrutinio fueron paseadas en triunfo desde la plaza del pueblo al Capitolio; algunos coches escoltados por guardias cívicasl levando hachas encendidas, y precedidos de tambores y cornetas, daban á esta comitiva la apariencia de un fúnebre cortejo, toda vez que las urnas parecian ataudes, ya que en efecto contenian las cadavéricas causas que debian producir la consuncion y la ruina de Roma.

El resultado de aquel primer dia fué pesado para el Ministerio: el número de personas que habian acudido al escrutinio, no llegaba al de los votos requeridos por el decreto electoral, de suerte que el gobierno se vió obligado á aplazar para el dia siguiente la continuacion de las operaciones, paliando su derrota por medio de una mentira, diciendo *que la inmensa concurrencia de electores* no habia permitido recoger todos los votos. Esta capitulacion de amor propio tenia tan poco fundamento, que consternados los miembros del segundo colegio, de la corta asistencia del pueblo romano, hicieron levantar aquella misma noche en la plaza Monte-Citorio, uno de los puntos mas importantes de la ciudad por su posicion central, un inmenso trasparente en el que imprimieron en grandes caractéres su derrota: (*) «Electores, decian, el que verda-

(*) La colina sobre la cual se halla esta plaza, no es natural porque se formó principalmente con las ruinas del anfiteatro de Statilio Tauro, y con la tierra echada encima al fabricar las casas que se construyeron allí. El actual nombre de *Citorio* puede creerse corrompido de *Taurus* ó *Toro*, apellido de Statilio. Es empero cierto que no es antiguo. En el siglo XIII se le llamaba *Mons Acceptorius*, cuya etimología es difícil de descubrir.

En el centro de esta plaza se levanta el obelisco solar de Augusto, erigido en el mismo parage donde anteriormente estaba situado el pedestal de la coluna de Antonino Pio, que dispuso se colocara allí Benedicto XIV. En 1789 dicho pedestal fué transportado en el jardin del Vaticano por órden de Pio VI, quien bajo la direccion de Juan Antinori hizo levantar el citado obelisco de granito rojo con geroglíficos, que tiene 98 palmos de alto sin el pedestal. Este tambien es del propio granito, siendo su altura de unos 19, y en él se lee la dedicatoria de Augusto al sol, la cual está precisamente copiada de la del obelisco de la plaza del Pueblo.

Este pedestal descansa sobre un doble zócalo de mármol blanco de trece palmos y medio de elevacion, por lo que desde el suelo, el total de la del obelisco sin contar el globo de bronce que domina la parte superior, es de 130 palmos y medio.

Erigióse en un principio el mismo obelisco en Heliópolis por Psa-

deramente ama la soberanía del pueblo, está obligado á ir á depositar su voto en las urnas electorales. El que se haya deshonrado por la infamia, es el que no debe acercarse á ellas. ¡El que no llene este sagrado deber, declara por sí mismo que ya no tiene honor ni patria! »

mético I segun se lee muchas veces en los carteles geroglíficos, y no por Sesostris, rey de Egipto, como equivocadamente escribió Plinio. Desde allí fué transportado á Roma en tiempo del emperador Augusto, que lo elevó en el Campo Marcio, haciéndolo servir de gnomon en el meridiano trazado sobre un cuadrante de bronce ajustado en tierra sobre losas de mármol, por lo cual se le llamó obelisco solar. Algunos pedazos de aquellas fueron hallados al reparar los cimientos de la sacristía de San Lorenzo *in Lucina*, habiendo sido antiguamente colocado hácia aquel sitio el cuadrante: el obelisco se encontró en el *Largo dell' Impresa*, donde se lee una inscripcion que recuerda semejante descubrimiento, y fué hecho desenterrar por Benedicto XIV en 1748. Mas habiéndose hallado roto en cinco pedazos, se dejó abandonado hasta el pontificado del inmortal Pio VI.

El edificio principal de esta plaza es el palacio de Monte Citorio, cuyo grandioso edificio comenzó á levantarse sobre las ruinas del anfiteatro de Statilio Tauro en 1650 por Inocencio XI, á tenor de los planos de Berini. Empero habiendo quedado imperfecto fué arreglado por Inocencio XII, haciéndolo terminar por el arquitecto Cárlos Fontana, y se establecieron en él varios tribunales, por lo cual se le nombró *Curia Innocenziana*.

Inmediato á este palacio se halla la Casa de la Mision que pertenece á la congregacion de sacerdotes de la misma, fundada por San Vicente de Paul y erigida en 1642 por María Vignarod, duquesa de Aiquillon.

En 1705 fué descubierta enterrada en el jardin anexo á la propia casa la coluna de la cual hemos hablado, y que M. Aurelio y L. Vero erigieron en honor de Antonino Pio, su padre adoptivo. Era de granito rojo y tenia el pedestal de mármol blanco adornado de bajos relieves representando hechos militares y la apoteosis de Antonino y Faustina con el epígrafe

DIVO. ANTONINO. AUGUSTO. PIO.
ANTONINUS. AUGUSTUS. ET
VERUS. AUGUSTUS. FILII.

(NOTA DEL TRADUCTOR.)

Les quedaba á los triumviros toda la noche, y la aprovecharon para reparar la pérdida de la víspera. Por la mañana anunciaron en una proclama fijada en todos los parages públicos de la ciudad, que los nombres de los votantes quedarian gloriosamente reservados en los archivos de la patria reconocida; pero que los de los *amigos de los abusos* que por sí mismos se quitaban la máscara absteniéndose de emitir su voto, serian entregados á las maldiciones de la posteridad. A la misma hora los gefes de secciones en virtud de órden leian en las diversas oficinas de los ministerios una circular declarando que todos los empleados que no votaran, serian inmediatamente destituidos. Anunciaba además la misma circular, que se quitarian los sueldos á los pertinaces. Jamás habian desplegado los revolucionarios mas astucia y mas audacia. Vióseles el segundo dia recorrer los hospitales para disputar con los padecimientos de los enfermos, para arrancar á la agonía de los moribundos, votos revolucionarios. Hasta los extranjeros se iban reclutando por las calles para ejercer el derecho de ciudadanos romanos. Con el ausilio de tan inícuos medios, logró la demagogia reunir veinte mil votos, entre los cuales una gran parte llevaba el nombre de *Pio IX*, otros el de S. Pedro ó los doce apóstoles, algunos el del padre Roothaan General de los jesuitas, otros el de los miembros de la comision de Gobierno nombrada por el Santo Padre, otros solo contenian ceros; y en fin, muchas personas votaron de buena fe por Pio IX. Un venerable capuchino fué de este número: sin embargo, por una estraña distraccion habia formulado su papeleta de este modo: «Sterbini, Pio IX, Galletti» lo que dió margen á una persona que presenciaba el escrutinio para decir: «el que ha votado de esta suerte ha querido dar al Santo Padre mayor semejanza con nuestro divino Señor. — ¿Y porqué? le preguntaron. — Porque lo han colocado entre dos ladrones.»

Por último, entre los individuos que votaron, hubo muchos

que no poseian ninguna de las condiciones de edad ó de capacidad que legalmente se requerian. Jamás operaciones algunas electorales, fueron mas llenas de fraudes é ilegalidades.

Mas significativa fué aun la derrota del Gobierno en las provincias de los Estados. En Sinigaglia, patria del Sumo Pontífice, solo votaron doscientas personas de las veinte y siete mil quinientas setenta y dos almas, de que consta la poblacion. Las urnas de Città di Castello y de Cornetto, no recibieron un solo voto.

En la mañana del 28 la plaza del Capitolio se adornó magníficamente. Enarbolaron de distancia en distancia gran número de estandartes. Las banderas de los clubs, las de las diversas ciudades de los Estados y de los catorce cuarteles de Roma, flotaban al rededor de la del Círculo popular. Al medio dia, la plaza se llenó de batallones de la Guardia cívica y de soldados de todas armas, y al son de las bandas de música y al estrépito de las salvas de artillería, se proclamaron con pomposo aparato los nombres de los doce constituyentes elegidos por Roma; espresion la mas adelantada de la revolucion. Estos eran los de Sturbinetti, Armellini, Sterbini, Galletti, Campello, Scifoni, Muzarelli, Calandelli, Mariani, Derossi, Gabussi, y Bonaparte, príncipe de Canino.

Mientras llegaba el dia de la apertura de la Constituyente, multiplicando el Gobierno usurpador decreto sobre decreto, proseguia su obra de destruccion. En uno de ellos promulgaba un nuevo código militar: en otro prohibia á los testadores la facultad de confiar el cumplimiento de su última voluntad á fideicomisarios: abolia en otro el arresto de las personas agenas al comercio que hubiesen firmado cartas-órdenes y letras de cambio: en otro arreglaba el personal de los ministerios y luego cambiaba la competencia de los tribunales de comercio: publicaba la emision de un enorme número de bonos del tesoro; creaba un nuevo modo para cobrar el impuesto territorial; establecia un cuerpo de marina dividido en tres

departamentos, á saber: el del Mediterráneo, el del Adriático, y el del Tiber. Por último, decretó la acusacion del General Zucchi, mandando á todas las autoridades y á todos los ciudadanos que lo arrestasen en cualquier punto de los Estados que se presentara, para conducirlo en seguida ante el tribunal especial militar.

El partido anárquico reclutado de entre lo que los círculos revolucionarios de las provincias tenian de mas acalorado é impaciente, preludió antes de la apertura de la Asamblea constituyente una reunion demagógica, convocada el 2 de febrero en el teatro Apolo. Procedióse en ella á la proclamacion de la república por medio de incendiarias discusiones, que versaron sobre el apostolado civil y el poder temporal del Papa, primeras cuestiones que debian resolverse por la constituyente. Un joven eclesiástico el abate Arduini, olvidando la dignidad de su carácter, se hizo notar por su demagógica exaltacion, y decidido á apoyar por todos los medios posibles el movimiento, para conducirlo á los límites mas lejanos, terminó su largo discurso esclamando que la soberanía de los papas era *una mentira en historia, una impostura en política, y una inmoralidad en religion.* Aquellas monstruosas proposiciones, que eran otras tantas heregías en religion, en política y en historia, fueron acogidas con los mas estrepitosos aplausos á los gritos de ¡ viva la República !

En vista de unos acontecimientos que amenazaban los mas inviolables derechos y la obra de los siglos, basada en la fe de los pueblos y de los reyes, no podian permanecer inactivas las potencias de la Europa católica. La primera entre todas, la noble y religiosa España, tomando la iniciativa [1] secundaba una nota dirigida por el príncipe de Schwartzenberg en nombre de el Austria, y manifestaba á los gobiernos católicos su intencion formal de restablecer la autoridad temporal

[1] Véase en los documentos históricos número 8.

del Santo Padre. He aquí la circular que al efecto dirigió á los gabinetes cuyo concurso y cooperacion solicitaba. (*)

« El gobierno de S. M. está decidido á practicar cuanto sea menester para reponer al Santo Padre en aquel estado de independencia y de dignidad que le permita llenar sus funciones sagradas. Con este fin al saber el gobierno Español la fuga del Papa, se ha dirigido al Francés, el cual se ha declarado pronto á sostener la libertad del Sumo Pontífice.

» Estas negociaciones tal vez pueden creerse insuficientes, cuando se eche una ojeada en el aspecto que han tomado los asuntos de Roma. No se trata ya de proteger la libertad del Papa, solo sí de restablecer su autoridad de un modo estable y firme y asegurarla contra toda violencia. Ya sabeis que las potencias católicas han tenido siempre la mira de garantir la soberanía del Papa y asegurarle una posesion independiente.

» Esta posicion es de tal importancia para los estados cristianos, que en manera alguna puede estar expuesta al arbítrio de una parte tan pequeña del mundo católico cual son los Estados Romanos.

(*) Como el autor de la presente historia solamente nos da algunos de los párrafos de la circular que el gobierno español dirigió á las naciones católicas de Europa, á fin de reponer en el solio Pontificio la sagrada persona de Pio IX, continuarémos íntegra dicha circular en la *Breve reseña* que á la terminacion de la obra nos hemos propuesto dar acerca la espedicion Española á los Estados Pontificios, junto con el elocuente y luminoso discurso que con motivo de la indicada espedicion pronunció en la sesion de Córtes del dia 19 de mayo de 1849 el sabio y erudito Sr. Ministro de Estado D. Pedro José Pidal, en contestacion al del diputado Sr. Ordax Avecilla, para que se tomase en consideracion la proposicion suscrita por este y cinco diputados mas, á fin de que el Congreso declarase que veria con sumo desagrado la salida de una expedicion militar para los Estados Pontificios, asi como cualquier otro género de demostraciones que dificultasen la reconciliacion del Soberano Pontifice con sus amados hijos los ciudadanos de la ciudad eterna.

(Nota del Traductor.)

Vincenzo Gioberti

» La España cree que las Potencias católicas no podrian abandonar la libertad del Papa al capricho de la ciudad de Roma y permitir que al mismo tiempo que todas las Naciones católicas se apresuran á tributarle pruebas inequívocas de su profundo respeto, una sola poblacion de Italia se atreva á ultrajar su dignidad, colocándole en un estado tal de dependencia que le redujera á no poder hacer uso algun dia de su poder espiritual.

» Semejantes consideraciones hacen que el Gobierno de S. M. invite á las demás potencias católicas á que se pongan de acuerdo acerca de los medios que se han de tomar para evitar los males que sobrevendrian si se dejasen las cosas en el estado que hoy dia tienen. Con este objeto S. M. ha mandado á su Gobierno que se dirigiera á los de Francia, Austria, Baviera, Cerdeña, Toscana y Nápoles, invitándoles á que nombren plenipotenciarios y designen el lugar en que estos deban reunirse.

» Para evitar retardos, S. M. ha designado Madrid ó cualquiera otra poblacion española situada en las costas del Mediterráneo, por la tranquilidad que disfruta la Península. Tratándose solamente de una cuestion católica, puede elegirse la España, como la mas á propósito para tales negociaciones.

» *Firmado:* Pedro de Pidal.»

Todas las Potencias católicas se apresuraron á acoger aquella nota que respondia á su propio pensamiento. Solo los gabinetes de Turin y de Florencia opusieron algunas dificultades. El primero, comprometido mas adelante en el camino revolucionario, basó su repugnancia en tomar parte en las conferencias, en que la Italia no consentiria nunca en tratar con el Austria una cuestion que, segun él, debia considerarse, tanto bajo el punto de vista político como el religioso. El abate Gioberti presidente entonces del consejo de Ministros contestó la nota de España con la siguiente.

« He leido atentamente los importantes despachos que con fecha de 21 de diciembre último el Gabinete de Madrid os ha encargado que comunicarais al Gobierno de Cerdeña, para proponerle un medio de hacer cesar la deplorable situacion en que se encuentra el Sumo Pontífice.

» He notado que semejante despacho se ha dirigido igualmente á los Gabinetes de Francia, Austria, Portugal, Baviera, Toscana y Nápoles. Por efecto de los sentimientos religiosos que animan al Gobierno español hácia el Gefe de la cristiandad, sentimientos dignos de una Nacion eminentemente católica, habrá concebido el proyecto de abrir entre los representantes de las indicadas potencias católicas un congreso en España ó en otra parte, para escogitar los medios que puedan producir dentro el mas breve término una reconciliacion entre el Papa y sus súbditos, á fin de que el Santo Padre pueda volver al libre ejercicio de todos sus derechos espirituales y gozar de la independencia que le es tan necesaria para el gobierno de la Iglesia.

» Me he hecho un deber de someter este importante documento al rey, mi augusto Soberano, y de ponerlo en seguida en conocimiento del Ministerio. Apenas S. M. tuvo noticia de los tristes acontecimientos de Roma, cuando se apresuró á manifestar al Papa toda la parte que tomaba en aquella gran afliccion. El Rey no ha cesado de atestiguarle por todos los medios, su muy vivo interés para llegar precisamente al fin que se ha propuesto el Gobierno de Madrid. Animados el Rey y su Gobierno hácia la persona de Su Santidad del mismo espíritu de profunda veneracion que guia al Gabinete de Madrid, se consideraria de consiguiente sumamente dichoso de poder asociarse á las conferencias propuestas por la España, y de verse así mismo en estado de cooperar por cuantos medios pudiera, al gran resultado que el rey espera, no menos ardientemente que otro cualquier príncipe ó gobierno católico. El Gabinete Español asegura que en este congreso tan solo se

ocuparian de la cuestion religiosa, haciendo abstraccion de la política interior de los Estados Pontificios.

» Pero el Ministerio sardo apreciando el pensamiento verdaderamente religioso del gabinete de Madrid, debe así mismo hacerle observar, que no le parece probable que en una reunion de plenipotenciarios de todas las potencias indicadas, pueda establecerse una justa separacion entre los negocios religiosos y los negocios políticos, si se considera que el Papa ha abandonado á Roma por causas políticas, y que de consiguiente su regreso en medio de sus súbditos se halla embarazado por dificultades civiles, que por precision será menester ante todo allanar. La cuestion temporal se halla estrechamente ligada á la cuestion espiritual, y la una está mezclada con la otra de tal suerte, que en la discusion no podrian ventilarse los derechos espirituales, sin tocar á los derechos temporales del Papa. De consiguiente, seria menester tratar á la vez las dos cuestiones en el mismo congreso, lo que estaria en oposicion directa á las miras de las potencias italianas.

» Además, entre los gobiernos llamados á enviar plenipotenciarios á las conferencias, se ve el gobierno Austríaco. No admite duda que en este momento los Estados de la Península italiana no admitirian la intervencion del Austria en semejante union, aun cuando las negociaciones pudieran circunscribirse á la parte espiritual separada por completo de la parte temporal. Es menester añadir á estas consideraciones, que en la situacion general de los espíritus en Italia, y en el seno de los Estados Pontificios, la intervencion de las anunciadas Potencias estrangeras indispondria escesivamente los súbditos del Papa y los alejaria de tal suerte, que aun suponiendo que obtenida la reconciliacion entre ellos por tal medio, ésta tendria el carácter de la violencia estrangera; no dejaria entonces de ser poco estable y de corta duracion y faltaria el objeto transformándose en perjuicio de la religion. El gobierno del rey, apreciando no menos las ideas que han aconsejado á la alta

piedad de S. M. la Reina de España y á su digno Gobierno el proyecto que se le ha comunicado, seria de opinion de hacer de comun acuerdo todos los esfuerzos para obtener de otro modo el mismo objeto tan deseado para el bien de la religion.

» Este modo consistiria obrando directamente cerca del Soberano Pontífice para persuadirle que regresara á Roma invitándole á que hiciera cumplir eficazmente las leyes constitucionales que él mismo ha dado á sus pueblos. Al concurso de los buenos oficios que los agentes diplomáticos de las diversas cortes católicas creyesen deber practicar para tan importante objeto deberia evitarse cuidadosamente toda especie de rumor ó de publicidad y sobre todo cuanto pudiera asemejarse á cualquiera clase de coaccion.

» Seria por último de desear vivamente que estos mismos Gobiernos católicos enviasen á Roma personas prudentes que dieran la fuerza al partido moderado, á fin de impedir que se llegara á una escision completa con el Soberano Pontífice. El Gobierno de S. M. cree que éste seria el único medio favorable para arreglar los negocios en interés del Santo Padre, de la religion y de los Estados Pontificios. En este sentido ha dado sus instrucciones á los representantes del Rey en Gaeta y en Roma.

» Me anima la esperanza que el Gabinete español se convencerá de que esta respuesta ha sido dictada por los mismos sentimientos que han inspirado el escelente pensamiento á que se encamina el proyecto que se me ha comunicado. En tal confianza, aprovecho esta ocasion para ofreceros caballero la seguridad de mi mas distinguida consideracion.

» *El presidente del Consejo*

» GIOBERTI. »

El Gabinete de Madrid contestó enérgicamente á esta nota, *que ya no conocia á la Italia*, no formando en el círculo europeo mas que pequeños estados independientes unos de otros

y diseminados, con mas ó menos importancia en el mapa geográfico de la Península.

Durante este tiempo, el estado político y moral de la Toscana tomaba cada dia un carácter mas alarmante. Transformados en gefes de Gobierno los que lo eran de la revolucion precipitaban el pais en una serie de calamidades públicas que cuanto antes debian producir grandes catástrofes. Acababa el Ministerio de hacer votar bajo la presion de los círculos y de los clubs el nombramiento de diputados para la Constituyente romana.

La indiferencia de los hombres de bien, dejando el campo libre á los gritos, á las declamaciones y á las amenazas de los agitadores, hacia que estos se entregasen á los mas culpables escesos. Al dia siguiente del nombramiento de los diputados, se trasladaron en masa á la Catedral exigieron que el arzobispo cantase un *Te-Deum* en honor de la Constituyente, pero viendo la fundada negativa del prelado que manifestaba que no habia recibido órden alguna sobre el particular dimanada de la única autoridad que podia darla, invadieron la catedral y desde allí se lanzaron al palacio episcopal rompiendo los vidrios y las puertas y maltratando todo lo que encontraban á su tránsito. Varias veces los motines habian teñido ya de sangre las calles. Las aflicciones, la discordia y la violencia reinaban en el pais no ha mucho el mas tranquilo, el mejor gobernado y el mas feliz de la Europa. El gran Duque Leopoldo, el padre mas bien que el soberano de sus súbditos, habia tenido que fugarse de su capital para evitar la suerte del desventurado Luis XVI y no tener que sancionar el decreto de la Constituyente italiana con poderes ilimitados. Su conciencia de Príncipe reinante y de católico, habia retrocedido delante las censuras de la Iglesia, y una carta autógrafa del Santo Padre habia confirmado su negativa á la sancion.

Tan pronto como se supo la marcha del gran Duque, reuniéronse los agitadores y los miembros del círculo popular pa-

ra arengar al pueblo acerca la nueva situacion que la fuga del gefe del Estado creaba, y este mismo pueblo extraviado por sus pérfidas insinuaciones, habia inmediatamente pedido la formacion de un gobierno provisional.

Para tal objeto enviaron una diputacion de doce ciudadanos á las cámaras legislativas manifestándoles los deseos de la multitud.

Habíanse ya enarbolado sobre el pórtico de el Orgagna dos banderas tricolores ofreciendo á la vista la siguiente inscripcion trazada con caractéres gigantescos.

¡ Viva el Gobierno provisional !
¡ Viva el pueblo soberano !
¡ A la union del pueblo Toscano !
¡ Al triunfo de la Democracia !

En otros varios puntos de la ciudad, se veia la siguiente proclama del círculo popular:

« Considerando el pueblo de Florencia que la fuga de Leopoldo de Austria es una violacion de la constitucion, y que deja el Estado sin Gobierno, considerando que el primer deber del pueblo, único soberano, es el de proveer segun la urgencia de las circunstancias, haciéndose además el intérprete de las provincias hermanas; nombra un Gobierno provisional compuesto de las personas de los ciudadanos José Montanelli, F. D. Guerrazzi y J. Mazzoni, que ejercerán uno despues de otro sucesivamente la presidencia, y les confia la elevada direccion de los negocios políticos en nombre de la Italia y el honor toscano, bajo condicion de que la forma definitiva del Gobierno para la Toscana deberá establecerlo la Constituyente italiana en Roma, y de que en el ínterin, el Gobierno provisional *se unirá y adherirá al de Roma*, á fin de que los dos Estados á la vista de Italia y del mundo, tan solo formen uno.

» En la plaza del pueblo 8 de febrero de 1849.

» *Firmado por el pueblo*, oficina del círculo popular.

» A. Abordini, presidente; J. B. Niccolini, G. B. Cioni, vice-presidente; Dracomanni, secretario. »

Era evidente que maniobrando unidos los revolucionarios como un solo hombre, habian fijado su vista en Roma haciéndola base de sus operaciones demagógicas, para despojarla luego con mas seguridad de los privilegios que la habian hecho la Reina del mundo. En todas partes la obra de la disolucion política y social procedia y seguia del mismo modo. Impudentes copistas de los trágicos del 24 de febrero, habiendo llegado momentáneamente los agitadores al término de su ambiciosas esperanzas y deseosos de reservarse el porvenir, corrompian los manantiales morales del pais, enviando á las provincias envenenadores condecorados con el título de comisarios extraordinarios, con plenos poderes para destituir los empleados probos, las municipalidades concienzudas, y finalmente todos los que con un corazon honrado contribuian al mayor bien de los negocios públicos.

Celosos por su parte los clubs, de la supremacía soberana, despachaban agentes secretos que propagaran sus doctrinas y activaran el movimiento demasiado tardío segun sus deseos: todas las ideas del derecho y de la justicia estaban conculcadas: todas las nociones del bien y del mal se hallaban confundidas: cada dia los pueblos de la Italia arrastrados por los revolucionarios daban un paso mas hácia su perdicion. En estas fatales circunstancias y bajo tan tristes auspicios se abrió la Asamblea constituyente romana. (*)

(*) A pesar de las denegaciones que por el mes de febrero de 1849 estampaba *El Monitor Toscano*, no ignoraba la Europa entera la certeza de la nota circular que el Gran Duque Leopoldo habia dirigido á todas las cortes estranjeras, protestando formal y solemnemente contra el principio y las consecuencias de la revolucion que le habia obligado á salir de sus Estados para no suscribir á las demagógicas exigencias de los trastornadores de todas las sociedades. El principal objeto de la protesta se encaminaba á declarar nulos y de ningun valor todos los

actos que el gobierno usurpador de Florencia habia dispuesto y dispusiere, contrarios al espíritu y á las disposiciones del Estatuto orgánico otorgado por el mismo Gran Duque, y sancionado por la adhesion del pueblo Toscano y la ayuda de los representantes de la nacion, convocados en virtud de dicho Estatuto.

Los miembros estranjeros del cuerpo diplomático acreditados cerca de la corte de Florencia, al recibir la nota circular de S. A. I. el Gran Duque, se apresuraron á trasladarse á San Estéfano cerca de este príncipe, rehusando continuar ninguna relacion oficial con el gobierno revolucionario de Florencia. Despues de la salida del Gran Duque de esta capital, con noticia que los revolucionarios tuvieron de que el general Langier, mostrándose fiel á su soberano, habia reunido mil doscientos hombres de tropa en Camajore, salió una espedicion para aquel punto á las órdenes del general Apice, acompañándole Guerrazi, uno de los miembros del gobierno provisional, en calidad de comisionado. Esta espedicion despues de entrar segun se dijo en Camajore sin disparar un tiro, por haberse replegado Langier sobre Pietra Santa y de allí sobre territorio piamontés, entró en Massa, en cuyo punto dijeron por aquellos dias los redactores del periódico *La Constituyente* de Florencia, que habian sido recibidos el ministro Guerrazi y el general Apice enarbolando la ciudadela el pabellon blanco en señal de capitulacion. Añadian que el primero se portó honrosamente con la madre del general Langier, en quien los revolucionarios querian castigar la acrisolada lealtad de su hijo el Gran Duque Leopoldo; pues dictó la siguiente proclama:

«Ha llegado á nuestra noticia que algunas personas del pueblo, indignadas del cobarde atentado de César Langier, habian manifestado el intento de prender á su madre que vive en Pisa. Ordenamos, pues, bajo la pena de incurrir en la indignacion del gobierno, que ella sea religiosamente respetada; puesto que harto dolor es para esta infortunada el haber llevado en sus entrañas á un hijo traidor á la patria. El gobierno en medio de las fatigas que tan grande maldad le impone, se consuela con el pensamiento de que el traidor no lleva un nombre italiano.»

No cabe duda que el huracan revolucionario arrancó de sus Estados al mas humano, al mas generoso de cuantos príncipes han ejercido la soberanía. Leopoldo de Toscana, mas que un gefe, era padre de su pueblo, por cuyo bienestar se desvelaba constantemente. Los mismos hombres que durante la opresion absolutista de Italia en algunos puntos, encontraron un pais hospitalario en la Toscana; unidos despues á

esas hordas de aventureros que se engendran en el torbellino de las revoluciones para matar la libertad que proclaman á voz en grito, empezando por destruir el principio de toda autoridad sin la cual aquella no puede subsistir, obligaron con sus exigencias á ir á buscar en estraña tierra la seguridad que no encontraba entre sus súbditos el bondadoso y político Leopoldo de Toscana. ¡Raro contraste! El que hoy se condena al ostracismo, ayer era el objeto de las mas entusiastas ovaciones. No habia publicacion ni objeto de lujo ni otro insignificante en el cual no se estampase el retrato del Gran Duque de Toscana; y hasta recordamos haberlo visto en las cajitas de cerillas fosfóricas anunciadas bajo el título pomposo de *zolfanelli del progresso* en las cuales leíamos entonces:

A Leopoldo, al sovran generoso
Che gridò nel suo popolo onore:
A lui gloria, di tutti l'amore,
Quell' amore che mai non morrà.

¡Vaya un amor! ¡y por cierto bien fosfórico!

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO XVI.

Apertura de la Asamblea constituyente. — Armellini. — Escena dramática. — Sesion de siete de febrero. — Prescripcion de la soberania temporal del Papa. — Proclamacion de la república romana. — Comité ejecutivo. — Primeras medidas. — Dimision del diputado Mamiani. — *Te-Deum*. — Protesta pontificia. — Abuso de autoridad. — Nota del cardenal Antonelli. — La república en Florencia. — Nueva ocupacion de Ferrara por los Austriacos.

El cinco de febrero despues de haberse dirigido procesionalmente los nuevos diputados desde el Capitolio al palacio de la Chancillería, inauguraron el dia nefasto para los destinos de Roma. El abogado Armellini ministro del interior, rebelde á los antecedentes de una vida marcada por 75 años de protestas y por seis juramentos de fidelidad al Pontificado, tuvo el triste valor de pronunciar el discurso de apertura. (*)

Este documento notable por su estilo vigoroso, empero tris-

(*) El famoso discurso que el anciano abogado Armellini Ministro del Interior, pronunció en la apertura de la Asamblea constituyente Romana el dia 5 de febrero de 1849 estaba concebido en los términos siguientes:

»La gran obra, la obra de nuestra redencion se ha terminado. ¿Qué espectáculo mas magestuoso que el de una verdadera representacion del pueblo? ¡Helo aquí por primera vez en Italia, helo aquí en Roma! ¡Seais bien venidos entre nosotros, oh elegidos de la nacion!

»Todos estamos orgullosos de saludaros: el Gobierno provisional se complace al inclinarse reverente á vuestra presencia, y con temor lleno de orgullo os dirijo el primero la palabra, en el momento en que os

te eco de las doctrinas impías y subversivas, lo es todavía mas por las contradicciones de que abunda. El anciano Ministro rebelde, quemaba en el borde del sepulcro lo que habia adorado durante su juventud y en la edad madura. Pequeño de

preparais para discutir y deliberar acerca la gran cuestion de nuestros destinos. Este será el dia mas hermoso de mi vida: despues de lo cual, creeré haber vivido lo bastante, y entonces al dejaros formaré un solo voto: que la Italia toda sea libre y se mantenga unida, y que por este medio entre en la familia de las grandes naciones y además se coloque á la cabeza del movimiento europeo.

»¡Cuánto nos ha costado, oh ciudadanos, esta convocatoria! ¡Cuánto el haber garantido la libertad en las elecciones y haber luchado con los obstáculos de quien se estremecia y temblaba á la sola idea de vuestra omnipotencia! La Europa armada acechaba este lugar con palpitante espectativa. Todos los ojos se dirigian al Capitolio con ansiosa atencion para admirar como tras largos siglos esta ciudad, esta Roma, se dispierta de un largo sueño, semejante al de la muerte, para respirar el poderoso aliento de una segunda vida, que será, os lo aseguramos, inmortal.

»¡Representantes! Todos somos y nos llamamos Romanos, *no pertenecemos á nadie mas que á nosotros*, á la Italia, puesto que es nuestra patria comun. Ya no es tiempo de considerar los Estados como patrimonio de una familia cualquiera que sea. Los pueblos no son propiedad, no son prebendas de una gerarquía, *ni dotes* de un sacerdocio. La época de estas bizarras infeudaciones ha pasado ya. Dios hizo los pueblos libres: no hay *blasfemia mas atroz que pretender aplicar el sello del derecho Divino á la corona;* como si el autor de la naturaleza fuese capaz de contradecirse escribiendo la ley de libertad en el corazon de millares y millares de seres humanos, para hacerlos luego esclavos de uno solo.

»Llamémonos pues todos igualmente y de corazon con el nombre de pila por decirlo así, de Romanos. Colocados en el centro y en el corazon de la Italia, de la cual formamos la parte mas sagrada, mas histórica y mas predilecta; unidos políticamente hace muchos siglos á esta hermosa Capital y doblemente hermanos entre nosotros, estamos orgullosos de llevar todos un mismo nombre, que debe inspirarnos tan grandes y tan gloriosas emociones, el de Pueblo y el de Romanos.

»En el acto de reconocer vuestra soberanía y de resignar en vuestras

estatura, de complexion frágil, de rostro feo, poseyendo sin embargo un aire distinguido, se hallaba como hemos dicho en la edad de setenta y cinco años. Natural de Roma, discípulo del colegio romano, estudió la ciencia teológica hasta

manos el poder al cual nos llamó la suprema necesidad de la patria, os daremos sumariamente cuenta del orígen de nuestra mision y del modo con que creemos corresponderos, dándoos igualmente cuenta del estado en que hemos dejado la causa pública, de la cual deponemos las riendas en vuestras manos.

«Pio IX, cuyo nombre se asociará á una de las épocas mas importantes, se habia empeñado en una senda que lo hacia instrumento de la reforma mas estraordinaria en Italia, la fundacion de nuestra nacionalidad y de la libertad sobre las ruinas de la diplomacia y del absolutismo feudal y monárquico. Empero con ellos *debia terminar igualmente otro elemento que escitaba las antipatias mas profundas: la monarquia teocrática y el gobierno clerical.*

»Habiendo sucedido á la estremada y contínua tiranía de un abominable antecesor que habia sostenido la obstinacion siempre mas retrógrada de aquel fatal pontificado, dotado Pio IX de un corazon no por cierto duro, educado en el mundo y no en los claustros, en *los cuales se inspira y confiesa en vez de la religion del Evangelio, la de la inquisicion y del terror;* no podia permanecer insensible á las reclamaciones que de todas partes protestaban contra los abusos de decrépitas instituciones, y la compresion sistemática del progreso, que de otra parte luchaba contra toda resistencia. De ahí la inauguracion de la amnistía, la facilidad, la libertad de la prensa, la organizacion de la Municipalidad en la Capital, la Consulta ó Consejo de Estado, la Constitucion aunque *capciosa* é informe, y todas las demás instituciones que forman la apoteósis y que hicieron por algun año esperar en él, uno de aquellos hombres que la Providencia envia de cuando en cuando al género humano, en muestra de reconciliacion, cuando está cansada de castigar.

»Empero la ley del progreso moral es inexorable. Los pueblos reconocen en la satisfaccion de los propios derechos un beneficio, cuando no se pierde el mérito con detenerse, y gritan solemnemente á los poderosos y á los árbitros de sus destinos aquella gran sentencia: «*no el que empieza, sino el que persevera, es el que solamente puede salvarse.*

»El Gerarca reformador, comprendió perfectamente lo elevado de su

el dia en que abandonó la Iglesia por el Foro. Habil teórico, orador brillante, supliendo con la espontaneidad y el culto de la espresion, el poco volúmen de su voz; dotado de una inteligencia nada comun, subordinada á sus grandes cualidades,

mision á la cual era llamado por las circunstancias de la época. A cada concesion creia haber concluido; y casi se arrepentia de haberse adelantado demasiado, no reparando que los pueblos por una ley instintiva de la humana perfeccion gritaban: *¡adelante! adelante!...* Notando que las riendas se le escapaban de las manos y que ya no podia contener el ímpetu, empezaba á arrepentirse de la demasiada confianza con que se habia abandonado á los impulsos de un corazon no formado para la tiranía. Amedrentado empero por una conciencia meticulosa, por los escrúpulos, por los presentimientos; pareciéndole ya una especie de sacrilegio las concesiones hechas á los seculares á costa del clericado, estrechado por los ataques é intrigas de la diplomacia que temblaba viendo la Cabeza de la Iglesia, sino al frente, al menos propenso á las instituciones liberales; persuadido tal vez de que cualquier cosa que hiciera, tenia amplia facultad para deshacerla con el poder temporal de la Santa Sede; debia á la primera ocasion verdaderamente decisiva detenerse, retroceder, y casi retractarse de cuanto habia solemnemente prometido ó hecho esperar.

»No faltó ocasion oportuna, y esta la proporcionó la guerra de la independencia y de la nacionalidad italiana: la guerra contra el Austria. Entonces pudo conocer, que esta era la abolicion del tratado de Viena: era el rompimiento de la diplomacia de la Liga Sagrada: era en suma la proscripcion de la teocracia, *la separacion del poder espiritual, del temporal.* Y esto era lo que el pueblo anhelaba, era la condicion con la cual no podian conformarse los ocultos y manifiestos consejeros, próximos y lejanos, y *la debilidad* y *los presentimientos del Príncipe Sacerdote.* Rodeado el Pontífice por las asechanzas de los miserables, persuadíase del cisma, del principio funesto á los pueblos, de mantener neutrales los Estados de la Iglesia, y del deber de transmitir intacto á los sucesores el poder tradicional. Y asi como un príncipe constitucional no puede seguir mas que la voluntad del pueblo, asi veia en la constitucion una ordenanza incompatible con los deberes á los cuales obedecia como Cabeza de la Iglesia.

»Despues vino la célebre alocucion del Consistorio de 29 de abril, esa profesion de fe política que todos recuerdan dolorosamente y que no

Armellini, abogado distinguído, pero mucho mas cuidadoso de su fortuna que de su reputacion, aceptaba todas las causas y buscaba con preferencia las usurarias, que defendia siempre con talento, si no con buen éxito. Seco, duro, tan severo por

sirvió poco para eclipsar la estrella de Mastai, y para firmar el divorcio efectuado despues entre el Príncipe y el pueblo. No vemos tan solo en ella la declaracion del Pontífice que protesta aborrecer una guerra entre los creyentes, sino que descubrimos además una manifiesta tendencia al antíguo sistema, una desercion de la causa de la nacionalidad italiana, que es solamente garantía de la libertad de todos los italianos. Leed con detenimieuto aquel discurso, y encontrareis profundamente radicados en él los antiguos principios. Como si fuera culpable el Papa, se escusa y se justifica ante la diplomacia de cuanto anteriormente habia hecho. Por lo mismo, declaraba no querer proceder, como exigia la época, y cuasi amenazaba querer retroceder al pasado. Y vosotros veis hasta donde se ha llevado esta malhadada apostasía.

»No os hablaré de cuanto aconteció despues. Fué una continua lucha de dos principios: del constitucional, que el Príncipe habia abrazado con poca conviccion y con menos conocimiento, y del teocrático, que la debilidad ingénita de conciencia, y las sujestiones de la perfidia y de las ilusiones que lo rodean, mantuvieron siempre vivo en el ánimo del Pontífice.

»Luego, la imposibilidad de un ministerio con este antagonismo, entre el elemento responsable é irresponsable, el flujo y reflujo del poder en los negocios esteriores entre los seglares y los clericales, una crisis ministerial siempre permanente, la clausura ó prorogacion de las Cámaras deliberativas, la funesta tentativa de la restauracion de una política retrógrada en el ministerio de agosto, la tragedia del 15 de noviembre al volverse á abrir los dos Cámaras, y finalmente la memorable demostracion en el Quirinal al dia siguiente.

»Ya conoceis los hechos graves que fueron su consecuencia. La formacion de un ministerio propuesto por el pueblo y en parte rehusado por el Príncipe, su tenebrosa fuga de Roma, las medidas de las Cámaras y del Ministerio despues de aquella evasion, y por último, la creacion de una Junta de Gobierno.

»El pais se hallaba reducido á un estado anómalo, desde el momento en que el Príncipe *violando* con su marcha el estatuto, habia *infringido* el pacto entre el trono y la nacion; pacto que si bien no puede llamár-

los demás como tolerante por sí mismo, solo conocia los sufrimientos de la humanidad por los beneficios que ellos le reportaban. Ocultando debajo sus nevados cabellos las fogosas pasiones de la adolescencia, llevaba la desvergüenza del vicio

sele definitivo por el espíritu de los tiempos, era empero el único reconocido en el Estado.

» El ministerio del 16 de noviembre y la Cámara, habian continuado juntos representando el principio constitucional y con una honrosa longanimidad, porque, dotados de caridad cívica, lucharon largo tiempo para disimularse á sí mismos y á los demás, el gran cambio que se habia operado para hacer posible la aproximacion con el Príncipe.

» Aquellos hombres que miran en nosotros una faccion demasiado impaciente, deberian tener en cuenta la conducta que no desesperanzó de recomponer la máquina constitucional, y los partidos sistemáticamente estremos, para concluir sin sacudimientos el arreglo del Estado, bajo un sistema normal y de tolerante política, del cual se sentia universalmente la necesidad. La revolucion estuvo mucho tiempo para esplicarse, y no se REVELÓ ABIERTAMENTE hasta despues que el Príncipe pareció que no dejaba otra alternativa entre el antiguo reino del arbitrio absoluto, y la completa emancipacion. Este rechazaba todo tratado, desdeñaba mensages, contestaba con las protestas mas imperiosas y místicas, á cada medida de seguridad que se tomaba en Roma, trasmitia órdenes absolutas y despóticas desde un litoral estranjero, en medio de una diplomacia hostil á nuestras franquicias, y bajo la proteccion de un gobierno reaccionario, separado del resto de la Italia, y públicamente coligado con el enemigo comun.

» Entonces fué cuando se pensó *seriamente* en tomar el partido de salir del estado de escitacion, aborreciendo la fugitiva tiranía, y en mantenor la Junta Provisional sobre un terreno en el que ardian mil graves cuestiones.

» Mientras tanto la opinion pública habia progresado á grandes pasos. Aterrado el pueblo con la memoria de la antigua tiranía, *engañado relativamente á una constitucion que habia sido una promesa violada todos los dias, una mentira;* mas impaciente y atrevido en las esperanzas que el gobierno, cuyas contemporizaciones le resultaban penosas é inesplicables, devorando el camino con la instintiva perspicacia de la muchedumbre, habia sentido la necesidad de una ordenanza fundada sobre bases mas estables que las precedentes; habia encontrado en la con-

hasta el cinismo. La religion solo era para él una máscara de la que se servia con sin igual destreza; y nadie como él sabia fingir la apariencia de la verdadera piedad. En su cualidad de abogado consistorial, asistia y figuraba anualmente cinco veces

ciencia de si mismo el único principio capaz para ello; lo habia traducido en una palabra, que desde luego se encarnaba en la patria. — *La Constituyente Romana.*

»El grito de esta misma *Constituyente Romana* era el que se levantaba espontáneo, general é irresistible en todas partes. Hubiérase desconocido á un mismo tiempo la necesidad y la voluntad del pais, al oponerse á semejante grito.

»Entre el príncipe ausente en tierra estrangera, que parecia no admitir medio alguno de reconciliacion, y la nacion, que queria fundar sobre bases permanentes los propios destinos, no habia que vacilar.

»En estas condiciones se hallaba el Estado, cuando se verificó nuestra subida al poder y nos encargamos de la responsabilidad de la cual venimos á daros cuenta.

»La soberanía que profesamos y reconocemos siempre existente en el pueblo por derecho, despues de la marcha del Soberano existia tambien de hecho. Á este mismo pueblo convenia recurrir y apelar para salir de la terrible situacion entre la sumision á la tiranía y los amenazadores horrores de la anarquía.

»De consiguiente, presentamos al Consejo de los Diputados la proposicion de colocar una asamblea con sufragio directo y universal, conforme al principio de la democracia pura, que es la religion política de la Europa actual: principio de justicia por cuantos creen en el dogma de la igualdad, y en el presente estado, hecha para nosotros una necesidad, cuando se debia interrogar á la soberanía popular.

»Hallamos en aquellos hombres, por otra parte respetables, en unos pusilanimidad, otros que se declararon incompetentes y faltos de poder, y en otros contrariedad absoluta. Añádase que muchos de los mismos se habian retirado, y otros que no asistian á las sesiones; por lo que, todas las deliberaciones se debian aplazar por falta de número legal, y hasta se hacian imposibles.

»Por esto resolvimos declarar la disolucion de las Cámaras, toda vez que tambien el año de la legislatura tocaba á su término.

»Apenas libres, amanecen nuevos embarazos. La Junta de Estado compuesta de hombres de universal confianza y estimacion, fué una me-

en primera línea en las ceremonias de la misa pontificia. En aquel acto, magníficamente vestido con su dorada toga, devotamente arrodillado á los pies del Soberano Pontífice, mas bien parecia un santo al cual se acababa de canonizar, que

dida feliz, un temperamento prudente en la viudez del trono. Empero la imprevista renuncia del presidente, acarreó su disolucion.

»Habiendo quedado solos para dirigir el timon del Estado, sin príncipe, sin regencia, sin cámaras legislativas, vimos con placer la conformidad del pais á la resolucion de formar con nuestro ministerio una comision provisional de gobierno para el Estado romano. Nuestras órdenes fueron obedecidas, se ejecutaron nuestras leyes, conservóse una tranquilidad admirable en todas partes, nos llegaban de ellas manifestaciones de aprobacion y de simpatía; las potencias italianas y estranjeras mantuvieron con nosotros relaciones *oficiosas*, y algunas poco menos que *oficiales*.

»Una de nuestras primeras operaciones, fué la sancion de la ley para la convocacion y organizacion de la Asamblea constitucional del Estado que nosotros mismos habíamos iniciado y propuesto durante el régimen de los cuerpos legislativos.

»Ya sabeis con qué dificultades tuvimos que luchar y los obstáculos que se suscitaron para destruir aquella esperanza suprema de nuestra salud, odio y espanto de la reaccion y de cuantos conspiraban en secreto contra el progreso de nuestra vida política.

»El clero nos anatematizaba, los funcionarios públicos nos abandonaban, las potestades nos vendian y las municipalidades se disolvian; la misma fidelidad de alguna tropa parecia vacilar, y el aspecto de la intervencion estranjera, de las conspiraciones intestinas, buscaba esparcir entre nosotros el desbarajuste.

»Pero el pueblo era con nosotros, y cuando el pueblo está, tambien se halla Dios. ¿De quién y para qué temblar?

»La Comision no se cansó, no se doblegó, no se dejó dominar. Redobló la vigilancia, activó fuerzas, mereció la opinion de las masas, rejuveneció la autoridad provincial, se coligó con las comisiones que instituyó en todas partes en lugar de la magistratura, soltó todas las dificultades para allanar el camino á los grandes comicios, y ahuyentó todas las máquinas de la oposicion y del fanatismo. En suma: *hizo uso de todos los medios para ganar, vencer y triunfar*.

»Consiguiólo, venció y triunfó. Los elegidos por la nacion, fueron

no un simple mortal devorado por las pasiones humanas.

Armellini inauguró su vida política con un magnífico soneto en honor del Pontificado al cual debia hacer traicion al terminar su carrera. Hé aquí su traduccion literal.

nombrados por miles de miles de votos. Vosotros representantes de tres millones de italianos, sois el trofeo, sois el resultado de esta empresa singular de la eleccion por el sufragio directo y universal, del cual ha dado la Italia el primer ejemplo entre nosotros, en una reunion de circuustancias sobre manera estraordinarias, que será fecundo en inmensas consecuencias y formará la época mas gloriosa de nuestra historia; la de la nacionalidad é independencia italiana.

»Otra obra se terminó así mismo en el decurso de nuestra administracion: la referiremos con placer (nos atrevemos á decirlo), con orgullo.

»La asamblea nacional, sacada de nuestras diversas provincias, se habia decretado. Empero no debimos permanecer solos. La conciencia de nuestra Península entera, se avergonzaba por el fraccionamiento impuesto y mantenido en Italia, por el yugo estranjero. Desde los Alpes al mar de Trinacria, no hay mas que una nacion: única en la gloria y en los sufrimientos del pasado, única en los esfuerzos del presente y única en las esperanzas del porvenir.

»La *Constituyente italiana* era un pensamiento general, habia sido la palabra de órden en el movimiento del 16 de noviembre, habia sido la primera peticion de las provincias al ministerio formado en semejante ocasion. Haciendo de la Romana el primer núcleo de la nacion italiana, hemos hecho profesion de nuestra fe política, traducido en el acto el gran principio, aspiracion sublime de cuantas almas grandes se nos presentan de muchos siglos á esta parte en nuestros anales, grito universal de la Península: la SOBERANÍA y la UNIDAD NACIONAL.

»Felices nosotros, ya que un acontecimiento halagado por tanto tiempo como una poesia, será cuanto antes una realidad y una historia.

»La Comision del Gobierno provisional está satisfecha con semejante resultado. No se arroga empero el mérito que está reservado por completo á la nacion. Esta lo queria, y lo obtuvo. Prosigan pues nuestros enemigos caracterizando este hecho como la obra de unos pocos facciosos. ¡Insensatos! ¡Ya han visto si su partido era numeroso y fuerte! ¿Cuánto no hicieron? ¿Cuánto no trabajaron para armarnos el uno contra el otro á fin de transformar á nuestros defensores en enemigos

«Encontré al tiempo y le pregunté, qué se habian hecho tantos imperios, de los reinos de Argos, de Tebas, y de Sidon, y tantos otros que les habian precedido ó seguido. El Tiempo, por única respuesta sacudió á su tránsito los girones de púrpu-

del Gobierno? Ni una sola gota de sangre se ha derramado. El fanatismo no ha hecho prosélitos. Los Monitores, el general Zucchi, los suizos y una pequeña parte del clero y de los conventos, el dinero y las promesas para subornar, todos fueron subterfugios que nos descubrieron la debilidad de nuestros adversarios y la impotencia de una causa que ellos acabaron de arruinar.

»No os ocuparé mucho ni minuciosamente acerca lo que hemos practicado en los varios ramos de la administracion.

»Empezando por el interior, acordaos que el *Gobierno clerical se mantuvo mucho tiempo cuasi único estacionario en Europa.* Las antiguas instituciones, conservaban los defectos de los tiempos de barbarie en que habian nacido, y por lo tanto participaban de su decrepitud. No tan solo se vivia en el pasado, sino que *en la corrupcion del pasado.* El nuevo Pontificado cuasi se vió en un principio forzado por el movimiento estranjero á entrar en las nuevas vias. Empero en defecto de lógica, de energía, no habia rodeado las nuevas instituciones de aquellas innovaciones que dependen de las mismas y sin las cuales no se pueden desarrollar. Al lado de la constitucion, subsistian instituciones feudales; á un Ministerio responsable y á una Cámara laica, la influencia irresponsable del elemento eclesiástico: sobrevivian las disposiciones de Gregorio, con todos sus vicios en la administracion civil, para bastardear y desarmonizar las que se introducian para desarrollar el gérmen del progreso.

»Entre nuestros mas meritorios trabajos, será el primero, *el haber limpiado el terreno de los estorbos del pasado.* Mientras tanto, debimos proveer á las reformas mas urgentes y preparar el pais para la nueva posicion en la cual entraron por obra vuestra. No nos remuerde la conciencia de haber correspondido mal á esta gloriosa mision de vuestros *precursores.*

»Por esto hemos renovado cuasi enteramente el régimen provincial. Hemos substituido en la Presidencia de las provincias á los clérigos y los hombres de poca confianza en el principio de la reforma, con hombres nuevos, de esperimentada adhesion á la causa nacional, de carácter enérgico y de bondad sin hipocresía. El importantísimo trabajo de

ra y mantos de los Reyes, pedazos de armadura y trozos de coronas, y arrojó á mis pies mil cetros destrozados.

» Entonces preguntéle qué seria de los Tronos existentes en el dia. — Lo que fueron los primeros, contestóme agitando la

la organizacion de las municipalidades segun el principio democrático, refundirá los Consejos de la Magistratura. Los municipios tendrán la autonomía y la conciencia de sí mismos, sin comprometer con la horda anarquía y con el miserable egoismo, la solidariedad de la nacion, obligida á la vez á conservar vigorosa y compacta unidad. De esta suerte colocando con una mano el hacha sobre las antiguas ruinas y con la otra preparando el material para reedificar, hemos llevado la accion reformadora, así en las personas como en las cosas.

»Una coleccion compendiosa, pero fecunda en reformas de las leyes civiles, en las materias mas frecuentes ó mas olvidadas y mas graves, podrá suplir tambien largamente á la necesidad de los intereses materiales, sin apresurar demasiado la compilacion de los códigos, para lo cual es preciso el tiempo indispensable para un arreglo general y definitivo.

»Otras leyes proveerán el sistema de las pensiones de los magistrados y empleados, tan acreedores al reposo, despues de haber prestado muchos años de buenos servicios; las de las viudas y huérfanos, la de la marina tan abandonada y arrinconada, la de la disciplina militar con la formacion de un código completamente nuevo; la tan necesaria de la renovacion de las inscripciones hipotecarias, la del procedimiento civil, del registro, de la confusion del justo interés de los capitales con la monstruosa usura; sobre el abuso de las herencias de confianza y las letras falsas, verdadera ruina de las plazas de comercio.

»La abolicion de los vínculos, de los mayorazgos y fideicomisos, y de la investidura de los pactos que bajo el pasado régimen yacian como los hombres en la servidumbre política; ha sido un beneficio cuya futura legislacion no nos hemos creido demasiado solícitos de preparar, por la urgencia de dar nuevamente á la libertad del comercio inmensos valores de propiedad.

»Se ha descargado á la poblacion mas desgraciada é indigente de un tributo insoportable y vejatorio, que desolaba las campiñas y era el fruto de los dolores y de las lágrimas del pobre. Hemos reformado las oficinas, disciplinado los empleados y simplificado y puesto en justa economía todos los ramos de la administracion.

guadaña que todo lo nivela bajo sus desapiadados golpes, serán los demás. Preguntéle si la suerte de todas estas cosas estaba igualmente reservada al Trono de Pedro..... Callóse y en lugar del Tiempo, la Eternidad fué la que se encargó de la respuesta. »

»Las medidas de policía no han sido ni lánguidas para comprometer la causa de la patria amenazada de tantos manejos ocultos y de tan manifiestos actos, ni desniveladas á las muestras de energía para hacer odiosa é insoportable una dictadura provisoria. Contener á los criminales sin alarmar á la gente pacífica, ha sido á la vez el resultado que se ha buscado y obtenido en un tiempo de tanta efervescencia interior y esterior.

»Pasando al ramo de obras públicas y de comercio, las convulsiones políticas habian como siempre obrado en las condiciones económicas del Estado, y sobre todo de las clases mas numerosas y pobres, sobre las cuales pesaban ya vetustos abusos. Proveer á la falta de trabajo, aliviar en cuanto era posible la carga de la parte mas necesitada del pueblo, no solo era deber de humanidad, sí que tambien de órden y de moralidad pública. A tal objeto además de la supresion ya insinuada de un impuesto que gravitando sobre especies de la mas urgente y general necesidad, pesaba especialmente sobre los indigentes, se determinó activar obras públicas, no solo provechosas para el ornato de la ciudad, sí que tambien para procurar alimento á las artes y á la industria durante la crisis comercial, y especialmente para neutralizar el perjuicio de la falta de forasteros, que todos los inviernos gastaban en nuestra capital mas de un millon y medio de escudos: todo lo cual oireis mas estensamente de boca del Ministro de obras públicas y de comercio.

»En cuanto al tesoro públco, no enumeraremos los obstáculos financieros de un Gobierno que pudiendo dificilmente por su situacion provisional abrir nuevas fuentes de riqueza, hallaba débiles los precedentes, y exausto el erario. Todo medio riguroso, lícito al que tiene un espreso mandato de la nacion, hubiera tenido sobre el particular el carácter de la violencia. Tales angustias fueron obstáculos tremendos para acudir á todas las necesidades del estado y principalmente al ramo militar.

»Los preparativos de la guerra, constituian la exigencia mas imperiosa de nuestra posicion. Mientras tanto, además de la escasez del nume-

Sin embargo transformado el católico en revolucionario, intentó lo que antes hasta creia imposible á la guadaña del Tiempo. Enviste á este Trono cuya duracion eterna habia cantado, y lo derriba faltando á la fe jurada, violando el sa-

rario, nos encontramos con una *absoluta falta de tradicion* militar *en las tropas regulares*, un defecto de organizacion en toda la milicia, de reglamentos en las oficinas del Ministerio, y además de esto, gran falta del material de armas, equipo, artillería, caballos, cuarteles y de todos los demás aparatos de guerra.

»Como veis, nuestra obra fué generalmente circunscrita á conservar las fuerzas que existian, mientras que las dificultades que os indicamos nos impedian aumentarlas cuanto hubiéramos deseado. Nos consolamos pues de no haber hecho poco, y cuando la causa de la independencia llamará nuestras filas bajo su bandera, formará el contingente romano poco menos de cuarenta mil hombres.

»Particularmente nos anima la idea de que el Gobierno que nos sucederá, mas poderoso de influencia ó de medios materiales, hallará elementos en que poder constituir facilmente un primero y escelente núcleo de fuerza militar, así por el número, como por la correspondiente organizacion de dignidad y libertad interna, como por deber que tienen nuestras provincias de concurrir de una manera proporcionada cuando se declare la guerra estranjera; de lo cual os enterará mas satisfactoriamente el Ministro de la guerra y de marina.

»Hemos ya llegado á la justicia, en cuya ocupacion nos hemos dedicado mas asiduamente, á fin de prevenir con enérgicas instituciones toda conmocion, que por leve importancia que tuviera en otros tiempos, actualmente hubiera podido turbar la tranquilidad necesaria para obtener en las elecciones la espresion de la opinion pública, sincera, libre de toda influencia de temor ó de agitacion. Además de esto, mientras todos los partidos eran respetados y llamados igualmente á comparecer ante el soberano juicio del pueblo, cualquier atentado que tendiese á arrastrar la cuestion al campo de la violencia ó de la guerra civil, nos parecia delito tanto mas grave, cuanto mayor era el daño que podia resultar del mismo, y mas sagrada la autoridad que de tal modo se desconocia, y la magestad que se lesiaba. Estos peligros se nos aparecian mucho mas probables en la milicia, puesto que no habia sido posible purificarla de algun vestigio del gobierno eclesiástico, lo que establecia entre nosotros, mayormente en los grados mas eleva-

grado juramento que habia prestado el dia de su nombramiento de abogado consistorial concebido en estos términos:

«J. C. Armellini, Abogado de la alta Audiencia consistorial desde ahora en adelante seré fiel y sumiso al bienaventura-

dos, el gérmen permanente de conjuracion, coligada y tal vez nutrida con el dinero estranjero. Tales observaciones parece, no diremos que justifiquen, empero sí que esplican suficientemente las medidas de justicia estraordinarias bajo cuya proteccion colocamos la seguridad pública. Reconocemos que en tal camino se puede traslimitar fácilmente, y que tal vez invocando semejantes principios, la libertad ha degenerado en tiranía. Esto nos da doble razon para que nos congratulemos de que las circunstancias no nos hayan hecho usar de semejantes armas mas que en algunos pocos casos, en los cuales no puede ser dudoso el juicio del público; y aun en ellos siempre nos hemos colocado bajo el sindicato de la mas lata libertad. Lo demás lo oireis del Ministro de Gracia y Justicia.

»La instruccion pública era cual se podia esperar de la direccion jesuítica y clerical que monopolizaba con la misma, esto es estacionada hacia muchos siglos, y tal cual se hallaba por decirlo asi en la edad media. Pero la verdad en todo el mundo, hoy es una luz que disipa las tinieblas; y la inteligencia humana, es la que menos que todo se deja tiranizar y asesinar por el yugo del error y de la impostura. Viena y Berlin os dirán de lo que ha sido capaz la juventud estudiosa. Nosotros en seguida hemos secundado el movimiento de la Universidad, la que se ha organizado en una legion, dedicándose á servir con los brazos á aquella patria á la cual prepara por otra parte los eminentes servicios del saber. Independientemente de todo esto, hemos aumentado las Facultades y las Cátedras; hemos estendido la esfera para buscar profesores, que ya no serán la privativa de los Cenobitas y de la Iglesia. Sin olvidar en manera alguna la instruccion religiosa, dejando al clero la plena libertad de la instruccion teológica, hemos ordenado el plan de la instruccion comun, laica, libre como la democracia, de la cual á su vez os dará mejor cuenta que yo el Ministro de Instruccion pública.

»Hé aqui lo que en poco mas de cuarenta dias ha practicado la comision provisional de gobierno para la conservacion, tutela y prosperidad del Estado. Confiamos que aun cuando no reconozcais ser esto lo bastante, á lo menos no nos negaréis el mérito de la buena voluntad y del sacrificio que hemos hecho para alcanzar mucho mas. De nada nos

do Apostol Pedro y á la Santa Iglesia Romana, á Su Santidad el Papa y á sus sucesores debida y canónicamente elegidos, no practicaré ni aconsejaré acto alguno, ni consentiré ningun proyecto que tenga por objeto su muerte, la pérdida de alguno

acusa la conciencia. Si nos dispensais vuestra aprobacion, al entrar de nuevo en la vida privada, creeremos haber obtenido un nuevo galardon si oimos llamarnos celosos servidores de este pueblo, tan bueno, tan grande, tan digno del solo Soberano, nuestro Dios, al cual solo consagramos de corazon el reposo, y si es menester consagraremos nuestra vida.

»En cuanto á las relaciones esteriores, sobre las cuales recibireis mas detalladas noticias del Ministro presidente del Consejo; las encontramos interrumpidas todas con los gobiernos estranjeros y con los de los mismos Estados italianos. El Toscano empero ligado á nosotros con buena fe y esperanzas, nos siguió con sus simpatías. Con el Sardo, tambien se iniciaron tratos de los cuales tenemos motivos de estar satisfechos. Aunque casi aislados por el esterior, contestamos á las protestas y amenazas de la diplomacia, solamente preparándonos á resistir cuanto pudiéramos. Convencidos de que nuestros principios eran la espresion de los del pais, la justicia de nuestra causa nos ha hecho confiar en aquel poder del sacrificio, del cual es capaz un pueblo que Dios dispierta á nueva vida. La temeridad nos pareció obligacion. Haber plantado la bandera italiana en el Capitolio, hubiera sido un sacrilegio delante la grandeza del pasado y del porvenir de Italia para quien no se sintiera capaz de sostenerla honrosamente. Cualquier cosa que aconteciera, no estando seguros de la victoria, debíamos tener la conviccion de no haber faltado á nuestro deber, en nombre de Roma y en el de la Italia.

»Por lo demás, estamos seguros que las simpatías de las naciones gobernadas democraticamente no dejarán nunca de oponerse á cualesquiera que intentara hacérsenos superior por el número y con la material violencia. Nuestra causa no está aislada, no es la de un pueblo. Tiene una estension inmensa, toda vez que la democracia gana cada dia terreno y vence á la prepotencia del antiguo sistema: por esto tenemos aliados en todas partes. Ya no es dado sofocar impunemente un pueblo porque se haya atrevido á proclamar el derecho natural de gobernarse como mas le acomode. Las sagradas leyes hallan el enemigo en el propio seno. Otra liga mas sacrosanta, la de los pueblos, se en-

de sus miembros, ni la privacion de su libertad. Cualquiera que sea el negocio que, de palabra ó por escrito, ó por intermediario se halle en el caso de confiarme, no lo revelaré á sabiendas en su daño, á persona alguna, ni verbalmente ni por escrito, ni otro signo. Igualmente en cuanto á sus secretos, que sepa verdaderamente que lo son, los conservaré en mi interior, y no los comunicaré á nadie á riesgo de desagradarle. Si supiese que se fragua contra ellos alguna trama, impediré con todas mis fuerzas que se ejecute, y si no pudiere conseguirlo, cuidaré de instruirles por medio de mensage ó por carta, ó por la mediacion de cualquiera persona á fin de avisarles lo mas pronto posible.

» Me emplearé con todas mis fuerzas y en todo, á mantener, guardar y defender el Pontificado, los derechos de S. Pedro y todo lo que pertenezca á la Santa Iglesia Romana. Mien-

gruesa, y se hace compacta cada dia mas y mas para humillar y combatir por do quiera la de los reyes.

»En cuanto á nosotros, el órden y el desarrollo que tuvo el sufragio universal demuestran que nuestro pueblo proclamando la propia soberanía, proclamó un derecho que es muy capaz de ejercer. El sufragio universal no fué aplicado con tanta regularidad y latitud, ni aun tampoco en los parages donde esta institucion se inició.

»Nuestro pueblo, primero en Italia que se ha encontrado libre, os ha llamado al Capitolio para inaugurar una nueva era á la patria; para sacarla del yugo interior y estranjero; para reconstituirla en Nacion, y para purificarla de la gravedad de la tiranía y de los recientes engaños constitucionales. *Os sentais, ciudadanos, entre los sepulcros de dos grandes épocas. Por un lado están las ruinas de la Italia de los Césares: por el otro, las ruinas de la Italia de los Papas.* A vosotros toca levantar un edificio que descanse sobre aquellos escombros, para que la obra de la vida no parezca menor que la de la muerte, y pueda brillar dignamente sobre el terreno en que duerme el rayo de aquella águila romana y del Vaticano, la bandera de la Italia y del pueblo.

»Despues de esto, inauguramos vuestros inmortales trabajos bajo los auspicios de estas dos santísimas palabras: *Italia y Pueblo.*»

(Nota del Traductor.)

tras que esto dependa de mí, ejecutaré cuanto ordenaren á nuestra corporacion ó á mi por el bien de las iglesias, cualesquiera que sean, ó de los pobres.

»Conservaré una incesante veneracion á los soberanos Pontífices y á la Santa Sede, y cumpliré fielmente todo lo que deba y corresponda hacer un abogado consistorial. Respetaré en todo, los decretos que sean emanados y que emanaren de nuestra corporacion ó colegio.

» Prometo y juro observar sin fraude y sin engaño todas estas promesas. Así, Dios me ayude y sus Santos Evangelios.»

¡Nunca tan solemne juramento fué mas pérfidamente violado! Armellini habia recibido de la Providencia cuanto puede ambicionar sobre la tierra el hombre de bien para marchar con paso firme por la senda del honor y de la virtud. Unido con los lazos sagrados del matrimonio á una muger tan notable por su eminente piedad, como por todas las cualidades del corazon, habia recibido de sus benditas entrañas cinco hijos destinados á ser el orgullo y la delicia de su vida, empero él emponzoñó la de aquellos. Dotada la señora de Armellini de una energía igual á la fuerza de su voluntad, estaba dia y noche delante su marido como una Divinidad vengadora y le perseguia hasta en su sueño con la amenaza de la cólera de Dios. «Abogado consistorial, le decia sin cesar, ¿qué habeis hecho de vuestro juramento?»

Poco tiempo despues de la marcha del Santo Padre, Armellini tenia convidados á su mesa á los principales gefes de la revolucion: su esposa se habia retirado á su aposento para no mancharse, segun habia dicho, con la vista de Sterbini, Mamiani, Galletti y otros, los cuales preguntaron la causa de su ausencia, cuando de repente, abriéndose la puerta se presentó la señora de Armellini, la cual pálida, con los ojos centellantes, amenazador aspecto y con la mano armada de un rollo de papel gritó: «¡Todos sois malditos! temed el castigo de Dios, los que con desprecio de vuestros juramentos no pu-

diéndole matar, habeis arrojado á su ministro! Temed la cólera divina: Pio IX desde el fondo de su destierro invoca á Dios contra vosotros, oid sus decretos; «y desarrollando con lentitud los papeles que tenia en la mano, leyó con firme acento marcando cada espresion y cada frase, el decreto del Santo Padre que contenia la amenaza de la escomunion.

Semejante lectura fué un rayo para los convidados. La señora de Armellini despues de un instante de silencio continuó: «¿Habeis oido, señores? el brazo vengador del cual nadie puede escapar, está suspendido sobre vuestras cabezas, pronto á heriros; pero todavía es tiempo: la voz de Dios por medio de su Vicario, todavía no ha fulminado contra vosotros la terrible sentencia. En nombre de vuestra felicidad acá en el mundo y de vuestra salvacion en el otro, acudid á su misericordia: la copa de las iniquidades se ha llenado en vuestras manos, quebradla antes no se derrame.» Hablando de esta suerte aquella muger, exaltada por una santa indignacion, acercándose á su marido, arrojó delante de él encima de la mesa el decreto del Santo Padre y se retiró en seguida.

Tocaba á su término el segundo acto de la revolucion Romana. Apenas habian transcurrido dos meses y medio desde el asesinato del ministro Rossi, y hé aquí que el espacio de su tumba solamente separaba la monarquía constitucional de la república. El príncipe de Canino y Garibaldi, los primeros entre los mas impacientes propusieron salvar esta débil distancia. Rechazada su mocion por la mayoría que queria proceder con regularidad fué aplazada. Al dia siguiente 7 de febrero despues del exámen y aprobacion de los poderes, habiendo sido nombrado presidente el abogado Galletti declaró á consecuencia de una interpelacion de Canino, que la Asamblea estaba reunida y que debia considerarse como única soberana y *dueña de arreglar los destinos del pais*. Pero entonces el

presidente fué bruscamente interrumpido por uno de los émulos de Bonaparte. «Esta declaracion no es suficiente, gritó el diputado Audinot; queremos un voto: pido que la Asamblea declare que reconoce en sí la plenitud de los poderes soberanos.» Despues de votar la Asamblea en este sentido, aplazó para el dia siguiente deliberar acerca la forma gubernamental de los Estados Romanos.

Aquel dia la sesion se abrió á las doce de la mañana hallándose presentes todos los ministros, y ciento cuarenta representantes respondieron al llamamiento nominal. Entonces subiendo Armellini á la tribuna declaró que la comision de Gobierno entregaba sus poderes á la Asamblea constituyente nunca soberana y apta para proveer á las necesidades del Estado. En aquel momento se trabó una lucha violenta entre los ministros dimisionarios y el príncipe de Canino, que despues de haber dicho que habian merecido bien de la patria, que su nombre pasaria á la mas remota posteridad, les echó en cara no haber llenado su deber sobre tres puntos á saber: el *dinero*, las *armas* y la eleccion de los departamentos. El ministro de obras públicas Sterbini lanzándose en seguida á la Tribuna, gritó, que cada ministro se hallaba pronto á responder de lo que personalmente habia hecho: que si Bonaparte habia tomado nota de aquella declaracion, habria remitido á otros momentos las críticas intempestivas.

«Si hemos hecho algun bien, añadió el Ministro del interior, Armellini, la alabanza corresponde al pueblo. Si hemos obrado mal, estamos prontos á responder.»

Despues de aquel incidente que no tuvo otras consecuencias que hacerse aplaudir vigorosamente los ministros dimisionarios, fueron estos reelegidos por la mayoría de la Asamblea para las funciones que acababan de renunciar.

Desde entonces, tomando la sesion un carácter mas grave, Mamiani declaró con mas elocuencia que lógica, que la dominacion temporal de los Papas habia sido siempre el azote de

la Italia, que Roma no habia podido tener mas que el Gobierno de los Papas ó de Rienzi. Trazando en seguida el cuadro analítico de la actual situacion de la Europa, demostró con bastante claridad, que seria difícil conservar en Roma la forma republicana. De consiguiente, opinaba que la cuestion fuese remitida á la decision de la Constituyente italiana. Combatida en este terreno por varios oradores, y sobre todo por un riguroso argumento del diputado Agostini, Mamiani no insistió mas en su opinion.

Despues de suspendida la sesion, fué continuada á las ocho. Audinot propuso que se declarase permanente la sesion y la destitucion del Papa de sus poderes temporales, pero que se dejara á la Constituyente italiana el cuidado de establecer la forma de Gobierno. La Asamblea adoptó cuasi por unanimidad el decreto, proclamando la destitucion del Soberano Pontífice y la adopcion de la forma democrática pura bajo el título de república romana.

Estallaron los aplausos de las tribunas públicas en el momento en que Monseñor Muzzarelli subdecano de la S. Rota y colmado de favores por Pio IX, depositó su voto contra el Pontificado.

El presidente Galletti participó de aquellos vergonzosos honores. Tuvo el triste valor de pronunciar con la destitucion de su bienhechor el texto de este sacrílego decreto.

«Art. 1.° El Pontificado queda separado de hecho y de derecho del Gobierno de los Estados Romanos.

» Art. 2.° El Pontífice Romano tendrá todas las garantías necesarias de independencia en el ejercicio de su poder espiritual.

» Art. 3.° La forma de Gobierno del Estado Romano, será la democrática pura y tomará el nombre glorioso de república Romana.

» Art. 4.° La república Romana conservará con las demás

partes de la Italia las relaciones que exige la nacionalidad comun.

» Roma 9 de febrero.

» *El Presidente*, José Galletti.

» *Los Secretarios*, Juan Pennacchi, Ariodante Fabretti, Antonio Zambianchi, Quirico Filopanti, Varilli.»

Antonio Tranquilli, diputado por Ascoli figura en el pequeño número de sus colegas que fieles á su deber se opusieron á la proclamacion de la forma republicana, empero vociferado y silbado por los diputados de la mayoría, no pudo pronunciar un notable discurso que sin embargo accediendo á las urgentes invitaciones, creyó deber entregar á la prensa [1] y del cual se hicieron circular un gran número de ejemplares. Amenazado por el puñal, *ultima ratio* de los demagogos italianos, el valeroso diputado murió tres dias despues en toda la fuerza de la edad y el vigor de la salud. ¿Habria por ventura el veneno sustituido al puñal?

La masa del pueblo romano acogió con estupor la proclamacion de la república. Hasta un gran número de personas que por ambicion y por miras de interés particular se habian adherido al nuevo sistema, quedaron sumamente consternadas. Era evidente que en adelante libre la revolucion de toda traba, llegaria rápidamenie á los últimos límites del mal; de suerte que para hacerse una corona con el innoble gorro encarnado, habia sido éste levantado al estremo de la plaza pública en donde lo habian relegado las elocuentes palabras de un poeta francés. La esposicion de este gorro en la parte mas elevada de los edificios de la ciudad, los sangrientos recuerdos que traia á la memoria, el nombre de los *Sans-culottes* pronunciado en algunos discursos, la guerra hecha á las libreas, no era á propósito para tranquilizar los ánimos perturbados y

[1] Véase los documentos históricos, número 9.

á reunir muchas simpatías hácia un gobierno *de todos, para todos.*

Votada la república por unanimidad, menos once votos, durante la noche del 8 al 9 por la constituyente, fué proclamada en el Capitolio en la mañana del 9 á la presencia de los trabajadores de los talleres nacionales, de varias compañías de la Guardia cívica y de algunos centenares de espectadores atraidos por la curiosidad. Desde por la mañana los estudiantes de la Universidad se habian paseado por las calles de la ciudad cubierta la frente con el gorro encarnado; una gran bandera con los tres colores italianos en cuya asta figuraba el gorro de la demagogia, habia sido enarbolada en la Torre del Capitolio y colocada junto á la cruz. ¡De esta suerte, el sangriento emblema del terror dominaba la capital del mundo cristiano, la ciudad de la paz y de la misericordia!

El estruendo de ciento y un cañonazos; la pólvora quemada sobre ruinas, celebraron este acontecimiento fatal para la independencia italiana. En efecto, la cuestion interior debia indudablemente absorber la esterior: la jóven Italia hecha republicana, hacia el mejor servicio al Austria y abria de nuevo los caminos del Capitolio á los hijos de Breno y de Carlomagno. El dia de la apertura de la Constituyente romana el ministro Armellini habia dicho á los representantes: «*Os sentais entre los sepulcros de dos civilizaciones, el de la Italia de los Césares y el de la Italia de los Papas.*» La Constituyente romana al adoptar, hollando todo derecho, la forma republicana, abria otro tercero donde debian bajar con las libertades públicas las garantías de prosperidad que los Pontífices habian conferido á la Ciudad eterna. Uno de los primeros cuidados de la Asamblea constituyente, fué dar un decreto que determinase la forma del poder en el ínterin que la constitucion se terminara. Segun el texto de este decreto, la Asamblea se reservaba el derecho de gobernar los Estados romanos por medio de un comité ejecutivo compuesto de tres miembros nombrados por ella, amo-

vibles segun su voluntad y responsables. Además, determinó que no habria ministerio propiamente dicho y tan solo direcciones generales cuyos gefes estarian fuera de las variaciones de la política: finalmente, los tres miembros del comité ejecutivo debian dirigir la política general del pais sin estender su accion á los especiales ramos de cada miembro de la Administracion. A consecuencia de este decreto, la Asamblea constituyente nombró miembros del comité ejecutivo á Armellini, Montecchi y Salizetti; siendo Armellini el alma de este nuevo poder. El segundo tribuno Montecchi no tenia mas títulos á la dignidad que se le conferia que el haber sido condenado por crímen político durante el pontificado de Gregorio XVI. Su capacidad estaba al nivel de su modesta posicion y ejercia las funciones de procurador. Habiendo sido amnistiado, aprovechó la misericordia de Pio IX para hacerse uno de los enemigos mas encarnizados del Soberano Pontífice.

El tercer triumviro Salizetti era un refugiado napolitano. Tenia reputacion de ser un hombre habil y debió su nombramiento al deseo de la Constituyente Romana de atestiguar sus simpatías á los revolucionarios de la Península.

Apresuráronse los triumviros en publicar su programa. Despues de decir que la república romana al fin tenia un Gobierno, añadieron: « La política de esta república, *nacida vírgen y no sangrienta*, de en medio de las ruinas de un régimen que el solo poder de la civilizacion moderna ha bastado para destruir, no será por nuestra parte mas que una política franca, digna, conciliadora, tal como lo exigen las leyes eternas de esta democracia de la cual nosotros tomamos las inspiraciones mas queridas; tal como lo reclaman las necesidades de nuestro siglo y el supremo bien de la Italia. ¡Lejos de nosotros la cobarde hipocresía y el falso disimulo! Adoramos la república, empero, adorándola no la queremos invasora sino como está grabada en nuestras almas, á saber, piadosa y civilizadora. La queremos con la Constituyente italiana: con es-

ta favoreceremos la guerra y hasta que nuestras armas hayan obtenido el triunfo, no daremos reposo á nuestras almas.»

Los triumviros concluyeron prometiendo organizar las milicias y armar falanges para enviarles á tomar parte en el gran conflicto que se preparaba. Prometieron en seguida que la instruccion y la religion, marcharian á la par, sobre todo, cuando la última quedaria despojada de toda influencia clerical. Estendieron sus vigilantes cuidados á la hacienda. «Dentro de poco, añadieron, la *Comision ejecutiva* os propondrá proyectos de ley encaminados á hacer reaparecer el numerario y á enriquecer el pais con lo que es el nervio de toda empresa, de toda guerra y sin el cual no podríamos proporcionar ningun socorro á los padecimientos de nuestros amigos que se hallan mas allá del Pó.»

Mas adelante prometen un código, merced al cual, la tierra de Bruto y de Trajano, no será ya manchada por las malversaciones del Foro. Luego halagan al pueblo, para cuyo alivio consagrarán sus mas santas meditaciones. «Pero al mismo tiempo, añaden, que tenderemos la mano al débil y al afligido, no cesaremos de reformar y corregir á los que engordan á costa del Estado, cuyas entrañas corroen. La república pide almas fuertes y varones virtuosos, y nosotros emplearemos cuantos medios inspira al corazon un sentimiento sagrado, para honrar estas virtudes y desterrar los delitos que son fruto de la concusion y del egoismo.

» La república será la providencia visible del pueblo, la beneficencia se cambiará en deber y la caridad en institucion.... La libertad de cultos, el respeto á las opiniones, la tolerancia, la santa tolerancia, madre de todas las virtudes, serán los principales objetos de nuestros estudios. Así protegeremos las personas, como los bienes de los que no piensan como nosotros, porque surgidos de la mas pura de las revoluciones, no podríamos seguir otro camino sin renegar ó falsear nuestro orígen.

» La Europa nos contempla, la Italia tiene los ojos fijos en nosotros: que la Italia y la Europa vean y sepan lo que es la república Romana. »

¡Ay! para ver, hubiera sido preciso que la Italia no estuviera ciega; pero en cuanto á la Europa, conocia la pureza de aquella vírgen, cuyo primer paso habia resbalado en la sangre; cuyo primer pensamiento fué un asesinato y cuyo primer triunfo fué un puñal ensangrentado, que los nuevos Brutos coronaron de laurel.

Por aquel tiempo uno de los principales autores de los últimos acontecimientos, Mamiani, inspirado por un sentimiento de tardía reflexion, habia dimitido la calidad de miembro de la Asamblea. Partidario de la abolicion del poder temporal de los papas, estaba opuesto á la forma republicana, que á despecho suyo habia prevalecido. Al dia siguiente de aquel en que la Asamblea habia determinado la prescripcion del Papa, se encaminó aquella con gran pompa á San Pedro para asociar la religion á su sacrílega obra, y obligar á la Iglesia á celebrar con un solemne *Te-Deum* el acto que le privaba de su primer Gefe. La conducta del clero fué lo que debia ser, digna y firme.

Los canónigos del Vaticano rechazando toda solidareidad entre ellos y los destructores, resistieron enérgicamente las violentas amenazas que les hicieron contra sus personas y bienes. Rehusaron tomar parte en una ceremonia que consideraban cabalmente como la consagracion de los ataques dirigidos contra la misma Iglesia, cuya intervencion imploraba la demagogia triunfante.

Desde la víspera aquellos respetables sacerdotes habian dado á conocer su resolucion á los triumviros; empero estos esperando amedrentarlos con el aparato militar apelaron al sentimiento del miedo; y en efecto, apenas se habia principiado por la mañana la primera misa, cuando hicieron rodear la capilla del coro en la cual se reunian los canónigos:

al propio tiempo colocáronse centinelas en todas las puertas para impedirles la salida y retenerlos hasta la hora fijada para la celebracion del *Te-Deum*. A pesar de estas medidas, se marcharon los canónigos uno tras otro por una salida secreta que comunicaba con la sacristía. Durante este intervalo, habia llegado el momento de principiar la ceremonia y el coro lo mismo que el altar, se hallaban desiertos y los destacamentos de tropa convidados á la fiesta, estaban aguardando. Furiosos y sufocados los triumviros, no sabian como remediar la ausencia del clero, cuando desesperados se dirigieron á los capellanes de los voluntarios de Vizencia. Uno de ellos acudiendo al llamamiento, consintió en cantar el *Te-Deum*, empero ninguno de los clérigos de la Basílica quiso acompañarlo al altar: doce oficiales de la Guardia cívica trocando en cirios sus espadas, le sirvieron de asistentes. Indignado el mismo pueblo romano á la vista de aquella parodia religiosa, no pudo prescindir de decir que aquel *Te-Deum* atraeria la desgracia á la naciente república, y pretendia que el Gobierno mas bien hubiera debido hacer cantar un *De profundis*.

La noticia de la prescripcion del Pontificado por lo tocante á su poder temporal y la proclamacion de la forma republicana, afligieron profundamente á Pio IX, empero en nada abatieron su valor. Su alma grande, formada mucho tiempo habia en la escuela del infortunio, elaborada por decirlo así, en la resignacion por la ingratitud de sus súbditos, estaba dispuesta á todo. « ¡ La serie de desgracias que amenazan á Roma todavía no está terminada ! » esclamó, y con vista fija é inspirada, leyendo en las profundidades misteriosas del porvenir, desarrolla lentamente la cadena de las calamidades públicas que preveia, aquella cadena cuyo primer eslabon fué roto por un puñal. En seguida despues de derramar algunas lágrimas por la suerte de su desgraciado Pueblo, despues de orar en el fondo de su alma por todos los pueblos de la Península entregados á la anarquía, pronunció en la mañana del 14 de febre-

ro, delante los miembros del cuerpo diplomático y rodeado de los cardenales residentes en Gaeta una protesta contra los últimos actos de los nuevos señores de Roma. (*) Al mismo dia de llegar esta cuarta protesta á la Ciudad eterna fué leida públicamente en la sesion de la Asamblea. Algunos representantes la acogieron con gritos de ¡ Viva la república ! y el Ministro de la guerra Pompeyo de Campello lanzándose á la tribuna esclamó : « Ya que habeis permitido ó representantes, que este sagrado recinto se manchara con la lectura de semejante documento, os propongo para contestar al mismo, que se formule un decreto por el cual los caballos de los guardias nobles y todos los del palacio Pontificio queden confiscados para destinarlos al servicio de la artillería. »

(*) La protesta que Su Santidad Pio IX hizo en Gaeta, rodeado del Sacro Colegio y del Cuerpo diplomático en la mañana del dia 14 de febrero de 1849 contra el decreto de 9 del propio mes de la Asamblea Constituyente Romana, declarando destituida de hecho y de derecho la potestad temporal de la Santa Sede, estaba concebida en estos términos:

« La serie no interrumpida de los atentados cometidos contra el dominio temporal de los Estados de la Iglesia, atentados preparados por la obcecacion de algunos, y ejecutados por aquellos cuya malicia y astucia ya de larga fecha habian preparado la docilidad de los ciegos, acaba de alcanzar el último grado de felonía en un decreto de la que se llama á sí misma Asamblea Constituyente, dado el 9 del actual febrero, declarando la dignidad del Papa destituida de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado Pontificio y erigiendo un gobierno que pretende ser de democracia pura, bajo el nombre de República Romana. Fuerza nos es levantar de nuevo la voz contra un acto que se presenta á la faz del mundo con los caracteres múltiples de la injusticia, la ingratitud, la locura y la impiedad. Rodeado del Sacro Colegio y en vuestra presencia, representantes dignos de las potencias y gobiernos amigos de la Santa Sede, protestamos en los términos mas solemnes contra ese decreto y le declaramos nulo así como lo hemos hecho con los actos anteriores. Testigos fuisteis, señores, de los acontecimientos de los dias 15 y 16 de noviembre último, deplorables para siempre y con nosotros

Apenas bastaban las colunas del *Monitor Romano* para insertar los decretos que inundaban cada dia la ciudad de Roma. El uno cambiaba los colores pontificios y daba las águilas romanas á las banderas de la república. El otro establecia tiendas oficiales de cambistas para descontar los bonos del tesoro que ya nadie queria. Sterbini presentaba un proyecto de ley declarando propiedades del Estado todos los bienes de las congregaciones religiosas. Al propio tiempo para impedir que nada se distrajera por medio de ventas simuladas, hacia decretar la nulidad de toda enagenacion hecha con posterioridad al 24 de noviembre, dia de la marcha de Su Santidad. Encargóse á comisiones populares formar el inventario de todos los

los habeis deplorado y condenado. En aquellos dias funestos, reconfortasteis con nosotros vuestro ánimo. Vosotros nos seguisteis á esta tierra donde nos guió la mano de Dios que encumbra y abate, pero el cual no abandona jamás al hombre que tiene confianza en él; y aun ahora nos rodeais con una noble asistencia. A vosotros pues nos dirigimos á fin de que os sirvais espresar de nuevo nuestros sentimientos y protestas á vuestras cortes ó á vuestros gobiernos.

Siendo los súbditos Pontificios precipitados por los manejos siempre mas audaces de la faccion, enemiga de la sociedad humana, en el abismo mas profundo de todas las miserias, manifestamos como Príncipe temporal, y mas aun como Gefe y Pontífice de la religion católica, las quejas y súplicas de la mayor parte de estos súbditos, los cuales piden ver rotas las cadenas con que se les abruma. Pedimos al propio tiempo que se conserve á la Santa Sede el derecho sagrado del dominio temporal de que es hace tantos siglos legítimo posesor universalmente reconocido; derecho que en el órden presente de la Providencia se ha hecho necesario é indispensable para el libre ejercicio del Apostolado católico de esta Santa Sede. El interés tan vivo que se ha manifestado en el universo entero á favor de nuestra causa, es una pública prueba de que ella es la causa de la justicia; por esto no queremos ni siquiera dudar de que sea acogida con todas las simpatías y benevolencias de las honorables naciones que vosotros representais. »

(Nota del Traductor.)

bienes, rentas, inmuebles ó efectos, muebles de la Iglesia, conventos, congregaciones, hospicios, episcopados, presbiterios y otras fundaciones piadosas. Estos primeros artículos fueron votados con *urgencia* y de este modo en nombre de la libertad, los republicanos de Roma se apoderaron de las riquezas que envidiaban tanto tiempo habia.

Por su parte Galletti proponia un decreto aboliendo toda jurisdiccion eclesiástica, tanto por lo respectivo á los individuos como por lo concerniente á los bienes. Al mismo tiempo el capítulo de San Pedro habia sido castigado con una fuerte multa por haber rehusado su concurrencia á la fiesta celebrada en honor de la república. De esta suerte marchaban aquellos intrépidos destructores, creyendo edificar porque hacinaban en el vacío unos encima de otros los proyectos de ley y los decretos. De esta suerte levantaban su andamio político sobre una base de arcilla humedecida con la sangre vertida el 16 de noviembre. De esta suerte ejercian diariamente sus poderes usurpados cual hombres ebrios sin balancin encima la maroma de los volatines, marcando cada uno de sus pasos, la absurda aplicacion de sus insensatas teorías. Poco faltó para que cierto dia no decretaran la gloria y la virtud.

El 14 de febrero el comité ejecutivo formó un nuevo ministerio compuesto de los señores Saffi, interior; Guiccioli, hacienda; Muzzarelli, instruccion pública; Lazzarini, justicia; Sterbini, obras públicas, y Campello, guerra, ausiliado por dos adjuntos, señores Mezzacapa y Calandrelli. Atacado por una parte y con furor el nombramiento de Sterbini por los revolucionarios avanzados que le echaban en cara sus tergiversaciones y por la otra por los hombres de bien que veian en él uno de los principales actores del drama que se ejecutaba á la faz de Europa, provocó el humor satírico de los romanos, pretendiendo con razon que el comité ejecutivo se habia equivocado nombrando á Sterbini para el Ministerio de obras públicas. Segun ellos, le correspondia de derecho *trabajar per-*

petuamente en dichas obras. (*) Sterbini acalló por un momento á sus adversarios activando la ejecucion del decreto que determinaba la toma de inventario de las iglesias y de las propiedades eclesiásticas, y en esta operacion encontró así mismo una mina fecunda en recursos pecuniarios.

No eran estos solos abusos de autoridad los únicos de los cuales se habian hecho culpables estos Ministros prevaricadores. No se contentaban con despojar al clero sino que ultrajaban los misterios de la familia violando el secreto de las cartas. Nada santo y sagrado existia para ellos; no teniendo mas respeto para los demás que dignidad para ellos mismos.

Precipitábanse con tanta rapidez los acontecimientos en Italia que cada dia presentaban un nuevo aspecto. (**)

Estimulados los revolucionarios de Toscana por Mazzini, proclamaron por aquel tiempo la república en union con la de Roma bajo el nombre de república italiana central reconociendo la ciudad de Roma por capital del nuevo Estado.

El 18 por la tarde despues de un banquete ofrecido por los clubistas Florentinos á los clubistas Liorneses tuvo lugar aquel acontecimiento. La destitucion del Gran Duque, la reunion de la Toscana á Roma, la confirmacion del triumvirato someramente modificado y la union á aquel Gobierno de una comision de vigilancia elegida por el pueblo, fueron las consecuencias inmediatas de aquel banquete revolucionario. En seguida enarbolaron los demagogos la escarapela encarnada y

(*) Cadena perpetua.

(**) Por este tiempo los revolucionarios italianos se habian quitado completamente la máscara hipócrita con que en un principio se cubrieron cerca del Soberano Pontifice. En Sinigaglia, pais natal de Pio IX, una asquerosa mogiganga paseó á principios de febrero de 1849 por toda la ciudad un maniquí revestido con los hábitos pontificios, parándose á trechos para ponerlo dentro de una manta y mecerlo, en medio de los mayores aplausos de la sacrílega muchedumbre.

(Nota del Traductor.)

plantaron árboles de la libertad coronados por el gorro frigio. Mazzini, el gran motor de la república unitaria partió en seguida para Roma á fin de organizar la fusion política de los dos paises y para terminar la ruina de los Estados Romanos. (*)

(*) Como complemento de lo que tenemos indicado en otro lugar relativamente á la revolucion Toscana, añadiremos que, así como la Romana pagó con la mas negra ingratitud las contínuas bondades del inmortal Pio IX, iguales desengaños esperimentó de los toscanos el generoso Gran Duque Leopoldo, modelo de príncipes y de caballeros. Todas las revoluciones están vaciadas en el mismo molde, lo que hoy ensalzan entusiasmados mañana lo derriban, y arrastran por el fango.

La ciudad de Liorna en cuyo puerto franco se reunia toda la crápula de estranjeros y gente perdida de los varios puntos del mediterráneo, era el punto escogido por los clubistas italianos, que supieron esplotar por cierto todos los hombres crecidos en la holganza y que fácilmente se lanzan á miserable precio á la revuelta.

Bastó un simulacro de motin en Liorna en el cual el dia 21 de octubre de 1848 fué principal actor y director el gobernador Montanelli, para alarmar la pacífica Toscana y amedrentar su capital, Florencia. Inaugurado el movimiento revolucionario por un puñado de gente de la que se emplea en la carga y descarga en el puerto, conocida con el nombre de *fachini*, la que desarma á los desprevenidos guardias y ocupa sin resistencia los fuertes, sigue adelante hasta conseguir que Montanelli, que como hemos indicado estaba acorde con los amotinados y que se presenta lleno de confianza entre la turba que le victorea, les prometa la convocacion de una Asamblea Constituyente, y desde luego se traslada á Florencia para ser ministro del Gran Duque Leopoldo.

Un asqueroso motin que podia ser desde un principio dispersado por las tropas mismas de Liorna á observar el gobernador Montanelli una conducta mas leal, fué el que impuso la ley á la corte de Florencia. Si el ministerio moderado que disponia de bastantes fuerzas para hacer entrar en deber á Liorna hubiese repelido con las armas las exigencias de los revoltosos que la dominaban, no se hubiera consumado la obra revolucionaria, con el nombramiento apetecido é impuesto del indicado Montanelli, que unido con el otro agitador Guerrazzi, cabeza de las turbas de las calles, en calidad de ministros despues de disolver las Cámaras Toscanas publicara su correspondiente programa prome-

Durante aquel tiempo atravesando las tropas austríacas nuevamente el Pó, ocuparon sin disparar un tiro la ciudad de Ferrara, á la cual pidieron satisfaccion por haber interceptado

tiendo en él la convocacion de la Asamblea Constituyente, así como hacer la guerra á los austríacos.

Rebajada la dignidad del Gran Duque, estrechado con las contínuas exigencias revolucionarias, se vió precisado á abandonar la capital para no autorizar con su presencia actos repugnantes á su carácter y autoridad.

El dia 18 de febrero de 1849 como se dice en la presente historia, se proclamó la república en Florencia y al dia siguiente en Liorna, cuyo gobernador Pigli lo anunció al pueblo en nna proclama. Florencia proclamó la república en union con la de Roma bajo el nombre de república Romana central, y reconoció á esta ciudad por capital del nuevo Estado. Semejante desenlace lo determinó la llegada á Florencia de los miembros de todos los clubs de Liorna, á los cuales se reunió al punto la masa de clubistas de Florencia. Adoptaron la escarapela roja y plantaron el árbol de la libertad rematado con el gorro encarnado.

El triumvirato formado de Guerrazzi, Montanelli y Mazzini, permaneció en el poder escepto este último que fué reemplazado por M. Zanetti, comandante de la guardia nacional de Florencia. Este gobierno tomó el título de Junta provisional de la república central en Toscana. Mazzini que se hallaba en Florencia, parece que fué el alma de aquel movimiento que queria retardar Guerrazzi por temor á la diplomacia y sobre todo al Piamonte. Por de pronto triunfó la república unitaria de Mazzini, quien salió para Roma á fin de organizar allí la fusion política de ambos estados.

Á pesar de haber triunfado la revolucion en Florencia, el periódico *La Constituyente Italiana* del 22 del propio mes de febrero hablaba de un hecho singular que habria ocurrido cerca de Florencia el dia anterior, el cual por sí solo demuestra la inseguridad y el temor que dominaba á la ridícula república que acababa de proclamarse en aquella capital:

« Á eso de las ocho de la noche habríase visto brillar en el campo gran número de fuegos estraños que parecian ser señales; y habrian resonado algunos fusilazos y esplosiones de gruesos petardos. Al paso que en la obscuridad viéranse personas moverse y marchar hácia la ciudad. Algunos se habrian adelantado hasta debajo de los muros y

las comunicaciones con la Ciudadela, por haber muerto á tres soldados, insultado al cónsul de S. M. Imperial y proclamado la república. El general austríaco exigia por reparacion que

ante las puertas al grito de *¡Viva Leopoldo II!* y hasta de: *¡Vivan los austríacos!*

» Montanelli, aunque enfermo, corrió al Palacio viejo, arengó al pueblo con entusiasmo, y la guardia nacional, la municipal, el cuerpo de los polacos y el de los refugiados italianos se pusieron sobre las armas. Esto no obstante no hubo combate; verificáronse algunas prisiones, el campo volvió á quedar en silencio y Florencia tranquila. »

La Constituyente atribuyó este hecho á un gran complot en que tendria parte el general Langier del cual hemos ya hablado en otra nota, que habia permanecido fiel al Gran Duque, y terminaba invitando al gobierno á que recogiese dinero pronto y *mucho*, á que lo tomase donde se hallase, sin vacilar; es decir, oro y plata de todos, ó sea un empréstito forzoso.

El Gran Duque Leopoldo protestó formal y solemnemente contra el principio y las consecuencias de la última revolucion de su país, despues de haberse retirado á San Stefano, por medio de una nota circular dirigida á todas las cortes de Europa.

La protesta que estuvo en manos de Mr. Drouin de Lhuys y de Lord Palmerston, tenia por principal objeto declarar nulos y de ningun valor todos los actos que el gobierno habia dispuesto y dispusiere contrarios al espíritu y á las disposiciones del estatuto orgánico que el mismo Gran Duque habia otorgado y sancionado por la adhesion del pueblo Toscano y la ayuda de los representantes de la nacion convocados en virtud de dicho estatuto.

Los miembros estranjeros del cuerpo diplomático acreditados cerca la corte de Florencia, al recibir la nota circular del Gran Duque de Toscana, se apresuraron á trasladarse á su lado á San Stefano rehusando continuar ninguna relacion oficial con el gobierno de Florencia. Respecto á Francia é Inglaterra, estas dos potencias estuvieron de acuerdo en no reconocer la revolucion Toscana, y por esto el conde Walesky que debió llegar á Liorna el 20 del propio mes de febrero, tenia la terminante instruccion de ir á juntarse con el Gran Duque en San Stefano y entregarle en propias manos sus credenciales en calidad de enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de la república francesa cerca de su alteza imperial. (Nota del Traductor.)

se confiaran las puertas de la ciudad, que se le entregasen los asesinos de los soldados, que se destruyeran las barricadas, que fuesen mantenidos por tiempo indeterminado diez mil hombres de sus tropas, el establecimiento de un Hospital militar, el pago de un millon de francos, además treinta mil francos de indemnizacion para el cónsul insultado, la restauracion de las armas Pontificias y seis rehenes para servir de garantía del cumplimiento de tales condiciones: el todo debia llevarse á efecto en el término de 24 horas.

Guerra estrangera, sangrientas derrotas, condiciones vergonzosas, desastres, ruinas, anarquía en todas partes, tales eran los males que por fatalidad habian atraido sobre la desgraciada Italia los revolucionarios. Llenos de amenazas y de jactancia contra sus legítimos soberanos, empero impotentes para combatir formalmente al estranjero, parecia que solo habian empuñado las armas para abrirse el camino del poder y para oprimir á sus ciudadanos.

CAPÍTULO XVII.

El carnaval.—Mazzini diputado romano.—Empréstito forzoso.—Llamamiento del gobierno Pontificio á las potencias católicas.—Nuevos decretos revolucionarios.

Hallábase la ciudad eterna en medio del bullicioso carnaval cuando la noticia de la entrada de los Austríacos en Ferrara llegó á Roma. Cerraba esta poblacion los ojos á los siniestros presagios y á los avisos que le llegaban de todas partes. A pesar de la nueva protesta del Santo Padre, á pesar de los temores de la bancarrota y de los escesos de los Catilinas que la oprimian, no ya á sus puertas sino en su propio seno, Roma se entregaba á locos regocijos. Iluminada por un brillante sol, ataviada como en los dias de su esplendor y prosperidad, ceñida de flores la frente, cabalgando, en carroza y á pié, Roma corria, bailaba, arrojaba ramilletes y confites á las ventanas adornadas de señoras: Roma tenia sus corridas de barberi y la brillante fiesta de los Moccolettis. (*) Los oficiales vestidos

(*) El *Carnaval* que es una de las bulliciosas fiestas que la tradicion nos ha conservado y cuyo orígen se pierde entre la niebla de los mas remotos siglos, es en Roma celebrado todavía con toda la pompa de regocijos y de brillantez que tanto ha decaido en otras capitales de Italia, como son Venecia y Milan, en las que ya no son sombra de lo que fueran aquellas fiestas populares.

El momento de empezar el carnaval en Roma lo anuncia el repique prolongado de la campana de Monte-Citorio, cuyos vibrantes sonidos

con sus elegantes uniformes arrastraban sus sables por las calles. Las escarapelas encarnadas y las cintas del mismo color adornaban todas las cabezas, se ostentaban en los pechos, y flotaban al viento. De repente aquella fisonomía de fiesta cambió como por encanto, y solo los que fueron testigos de vista de aquella mudanza, pueden formarse una idea de la movili-

tan solo se dejan oir cuando muere el Soberano Pontífice. Aquellos metálicos acentos son la señal de reunion del pueblo alborozado en la plaza de este nombre. En alegre zambra acuden allí de todas las partes de la capital numerosas máscaras que saltan, cantan y se agitan profiriendo los mas picantes dichos y agudezas con su sempiterna charla; unas á pié formando variadas comparsas y otras en carruages entre los cuales se distinguen los trages de los *polichinelas*, *arlequines* y *pierros* al lado de los de las deidades de la mitología y de los héroes de la historia antigua, formando contraste con los de los *transtiberinos*, con los de los guerreros de la edad media y con multitud de abates, campesinos, y cien grotescas y estravagantes figuras que á la vez chillan y hormiguean corriendo por acá y acullá embromando á los amigos y conocidos que aciertan á encontrar en la calle ó ven asomarse en ventanas y balcones. Una nube de proyectiles de los que forman el arsenal del carnaval son arrojados á los espectadores, tanto si son ó no conocidos, por los alegres agresores, y nadie tiene derecho de enfadarse, ya sea que reciba un ramillete ó bien una metralla de confites y otros dulces, ó bien vea estrellarse un huevo relleno de harina sobre su vestido. Nadie se incomoda: el carnaval tiene en aquellos dias la mas amplia libertad para atacar á los mirones, sin que sea lícito á estos mas que sufrir, callar, y tomarlo á broma.

Pálida seria la descripcion que nosotros hiciéramos del carnaval de Roma, al lado de la que nos da un reputado autor francés en una de sus obras. «Figúrese, dice, el lector aquellas anchas y grandiosas calles en cuyas aceras se levantan magníficos palacios de cuatro ó cinco pisos, con todos sus balcones guarnecidos de colgaduras; en estos balcones trescientos mil espectadores romanos, italianos, estranjeros venidos de las cuatro partes del mundo; todas las aristocracias reunidas, aristocracia de dinero, de talento; mugeres encantadoras que, sufriendo la influencia de aquel espectáculo, se inclinan sobre los antepechos de los balcones, sacan su cuerpo fuera de las ventanas, hacen llover so-

dad italiana. Al grito de *¡los Austríacos están en Ferrara!* eclipsáronse las escarapelas encarnadas, desaparecieron los que arrastraban sables, los bélicos rostros palidecieron, veláronse los semblantes que antes sonreian, sucediendo un sepulcral silencio en toda la estension del Corso en donde hacia poco reinaba la algazara.

bre los carruages que pasan una granizada de confites que se las devuelve por ramilletes de rosas, oscurecida la luz con los dulces que descienden y las flores que suben; y sobre el pavimento de las calles una turba gozosa, incesante, loca, con trajes insensatos, gigantescas coliflores que se pasean, cabezas de bucéfalo que mugen sobre cabezas de hombre, perros que parecen andar con las patas traseras; en medio de todo esto una máscara que se levanta y en esta tentacion de San Antonio soñada por Callot, alguna Astarté que muestra su lindísima fisonomía, que se la desea seguir y de la cual se ve uno separado por especies de demonios semejantes á los que se ven en sueños; y tendrá una débil idea de lo que es el carnaval de Roma.

»Por espacio de tres dias consecutivos, el vibrante sonido de la campana que anuncia la abertura de la mascarada, advierte tambien su suspension en una hora convenida. Entonces la grande hilera de carruages que puebla las calles mas céntricas de la ciudad eterna, se rompe casi instantáneamente y en un abrir y cerrar de ojos todos desaparecen por las calles transversales. Á medida que se acerca el fin del carnaval, aumenta el ruido y la alegría. El teatro Argentino, el *della Valle*, Aliberti, Capranica, della Pace, Palla, Corda, de Tordinone y tantos otros como cuenta la ciudad de los Césares y de los Papas, vénse atestados durante aquellos dias por una animada concurrencia, y si un buen balcon para ver pasar las máscaras en la calle del Corso, vale quinientos escudos, por ejemplo, un palco de alquiler en uno de los principales teatros no tiene mucho menos precio.

»Por fin llega el mártes, el último y el mas ruidoso de los dias de carnaval. En dicho dia los teatros se abren á las diez de la mañana, porque pasadas las ocho de la noche entra la cuaresma; el mártes todos los que por falta de tiempo, de dinero ó entusiasmo, no han tomado aun parte en las fiestas precedentes, se mezclan en la bacanal romana, se dejan arrastrar por la orgía y unen su parte de ruido y de movimiento, al movimiento y al ruido general. Desde las dos hasta las

En tan graves circunstancias, creyendo la Asamblea constituyente hacer frente á los acontecimientos con elocuentes discursos, multiplicó sus sesiones: los oradores de la revolucion uniendo su voz á la de los triumviros, hicieron un llamamiento al valor y al civismo de los pueblos de la peninsula. Las órdenes del dia sonoras y vacías, sucedíanse sin interrupcion,

cinco, la fila de carruages gira sin cesar cambiando los paseantes puñados de dulces con las personas que van en los carruages de la fila opuesta y tambien con los que van á pié y circulan entre los caballos y entre las carrozas, sin que acontezca en medio de esta espantosa mezcla un solo accidente, una sola disputa, un solo reto. Los italianos son el pueblo por escelencia respecto á este punto. Las fiestas son para ellos verdaderas fiestas.

»Mientras mas avanza el dia, mayor se hace el tumulto; no hay en ninguna calle, en ningun carruage, en ningun balcon, una boca que esté muda, un brazo que esté quieto: es verdaderamente una tempestad humana, compuesta de un trueno de gritos y de una granizada de grajeas, de ramilletes, de huevos, de naranjas y de flores. Á las tres, el ruido de los cohetes disparados por encima de la plaza del Popolo y palacio de Venecia, dominando á duras penas aquel horrible tumulto, anuncian que van á comenzar las carreras.

»Las carreras como los *moccoli*, son unos episodios particulares de los últimos dias del Carnaval. Al ruido de los cohetes, los carruages rompen al instante las filas y se refugian en la calle transversal mas cercana al sitio en que se hallan. Todas estas evoluciones se hacen, por otra parte, con una habilidad inconcebible y una rapidez maravillosa, y esto sin que la policía se ocupe en señalar á cada uno su puesto, ó de trazar á cada uno su camino. Las gentes que van á pié se refugian en los portales ó se arriman á las paredes, y en seguida se oye un gran ruido de caballos y de sables. Un escuadron de carabineros á quince de frente recorre al galope y en todo su ancho la calle del Corso, la cual barre para dejar sitio á los *barberi*. Cuando el escuadron llega al palacio de Venecia, el estrépito de nuevos disparos de cohetes anuncia que la calle está libre. Casi al mismo tiempo en medio de un clamor inmenso, universal, inesplicable, pasan como sombras siete ú ocho caballos escitados por los gritos de trescientas mil personas y por las bolas de hierro que les saltan sobre la espalda; poco despues el

empero la fraseología supliendo la ausencia de la idea, procuraba vanamente dispertar el entusiasmo popular. Los guerreros del café de las bellas artes, que cuando se hallaba Pio IX en el Quirinal, tocaban desde el amanecer hasta la noche la trompeta de los combates, se habian parapetado en una prudente inaccion. Sin embargo nada dejaba que hacer el Minis-

cañon del castillo de San-Ángelo dispara tantos cañonazos como unidades representa el número que tiene el ginete que gana en aquella carrera.

»Al punto sin otra señal que esta, los carruages se vuelven á poner en movimiento, llenando de nuevo el Corso, desembocando por todas las bocacalles como torrentes contenidos un instante y que se lanzan juntos al rio que alimentan, y la ola inmensa de cabezas vuelve á proseguir mas rápida que antes su carrera entre los dos muros de granito. Por fin, un nuevo elemento de ruido y de animacion se mezcla aun á aquella multitud, cuando los vendedores de *moccoli* entran á formar parte de aquella escena.

»Los *moccoli* ó *moccoletti* son unas bugías que varian de grueso, desde el cirio pascual, hasta una cerilla, y que recuerdan á los actores de esta gran escena que termina el Carnaval, suscitando dos preocupaciones opuestas, cuales son, primero la de conservar encendido su *moccoletto* y despues la de apagar el *moccoletto* de los demás. El *moccoletto* se enciende acercándolo á una luz cualquiera; pero ¿quién seria capaz de describir los mil medios que para apagarlo se han inventado? ¿Quién podria describir los fuelles mónstruos, los estornudos de prueba, los apagadores gigantescos, los abanicos sobrehumanos que se ponen en práctica?

»Apenas el crepúsculo estiende su sombrío manto sobre Roma el mártes de Carnaval el grito *¡ Moccoli !* repetido por las estridentes voces de un millar de de industriales se deja oir por do quiera. Luego dos ó tres estrellas empiezan á brillar sobre la multitud y antes de pasarse cinco minutos vense cincuenta mil luces descendiendo del palacio de Venecia á la plaza del Popolo y volviendo á subir de la plaza del Popolo al palacio de Venecia. Dijérase que es aquella una fiesta de fuegos fátuos; mas tan solo viéndolo es como uno se puede formar una idea de aquel maravilloso espectáculo. Supóngase que todas las estrellas se destacan del cielo y vienen á mezclarse en la tierra á un baile insensato:

tro de la guerra para escitar en ellos la fibra militar. « Ciudadanos, les decia, si antes parecíamos menos que mugeres, es porque el soldado romano solo tiene valor durante la república; empero en adelante verán mas que hombres en nosotros. Volvereis á ser los Romanos de la antigüedad. Allí donde se desplegará vuestra bandera, la sombra de Bruto se estremecerá de alegría y despedirán rayos las niñas de los ojos de Mario. »

En el ínterin que se aguardaba la hora de la resurreccion tan pomposamente profetizada, los nietos de Bruto obtuvieron una nueva victoria: Mazzini fué proclamado diputado de la Constituyente Romana por nueve mil votos.

Entonces la Asamblea constituyente ofreció un fenómeno único en los fastos parlamentarios. Habiendo hecho su dimision el pequeño número de representantes que habian llegado á Roma con ideas de oposicion, procuraron una completa ho-

todo acompañado de gritos cual nunca oidos humanos han percibido sobre el resto de la superficie del globo. En este momento sobre todo, es cuando ya no hay distincion social. El *facchino* se une al príncipe, el principe al *transteverino*, el *transteverino* al hombre de la clase media, cada cual soplando, apagando y encendiendo. Si el viejo Eolo apareciese en este momento, seria proclamado rey de los *moccoli* y Aquilon, heredero presunto de la corona.

» Esta escena loca y ardiente suele durar unas dos horas. El Corso está iluminado como si fuese de dia; distinguense las facciones de los espectadores hasta el tercero ó cuarto piso. De repente el sonido de la campana que da la señal de la conclusion del Carnaval se deja oir y al mismo instante todos los *moccoli* se apagan como por encanto. No parece sino que un solo é inmenso soplo de viento los aniquila á la vez. Aquella multitud se encuentra repentinamente en la oscuridad mas profunda. Con el mismo toque de campana cesan los gritos, como si el poderoso soplo eléctrico que apagó las luces, apagase tambien el bullicio, y ya nada mas se oye que el rnido de los coches que conducen á las máscaras á sus casas; ya nada mas se ve que las poquísimas luces que brillan detrás de los balcones. El Carnaval ha concluido.»

(Nota del Traductor.)

mogeneidad á los doscientos cincuenta facciosos que sin distincion y sin matiz ocupaban los bancos de derecha é izquierda y hasta el hemiciclo decorado, llamado servilmente la Montaña. (*) Unidos estrechamente entre sí por los mismos instintos, no teniendo mas que un pensamiento comun, aquellos diputados obraban, deliberaban y votaban unánimemente como un solo hombre. Aquella union íntima y absoluta no era sin embargo la imágen de la fuerza; era la del ridículo. Cierto dia aquellos orgullosos republicanos preñados de orgullo, creciendo sus pretendidos méritos, resolvieron que la Europa les admirase. No obstante todos ellos sabian que la Europa indignada se preparaba para combatirles. Entonces para hacer frente á las necesidades de la posicion que á cada momento se hacia mas y mas crítica, decretaron un empréstito forzoso de diez y siete millones de francos á las familias ricas, los capitalistas, los comerciantes, las sociedades industriales, las corporaciones relígiosas y los propietarios. Basado este empréstito bajo el sistema progresivo, debia ganar desde mil á seis mil el cuarto; de seis mil á ocho mil el tres, de ocho mil á doce mil la mitad: en fin de doce mil para arriba los dos tercios. Este medio revolucionario fué acogido con entusiastas y ardientes aplausos.

La desorganizacion que produjo las ruinas, no marchaba todavía bastante aprisa segun los deseos de los nuevos dueños de Roma. Nada les detenia en su marcha destructora. Algunos dias despues decidieron por un nuevo decreto que las campanas de las iglesias, á escepcion de las de las Basílicas, se bajarian de sus campanarios y se fundirian para convertirlas en

(*) Nada original, nada nuevo ofreció en sus nefandos dias de dominacion la raquítica República Romana, y para ser en todo exacta copista de la Francia, importó el nombre de *Montaña* con que se titulaba el núcleo de ardientes miembros de la oposicion de la asamblea francesa á últimos del pasado siglo.

(Nota del Traductor.)

cañones. Uno de los principales motores de aquella proposicion fué el príncipe de Canino, que de un instrumento de religion y de paz, queria hacer una máquina de guerra y destruccion: regocijábase con la idea de que aquellas mismas campanas que durante tantos siglos sonaban las horas de la vida eterna, sufriendo una transformacion revolucionaria, pronto bramarian la de la muerte.

Aquel mismo dia los pálidos copistas de los republicanos franceses queriendo celebrar el aniversario de la revolucion de febrero, iluminaron el Capitolio y provocaron una demostracion á la luz de las antorchas en la calle del Corso.

Al propio tiempo que la revolucion romana iba adelantando hácia el término marcado por la providencia, dirigia el cardenal Antonelli en nombre de la Santa Sede á los gobiernos de Francia, Austria, España y Nápoles un documento de gran importancia. (*) Despues de una notable esposicion de

(*) La nota que el cardenal pro-secretario de estado dirigió en nombre del Papa á todas las potencias, estaba concebida en los siguientes términos:

«S. S. desde los primeros dias de su pontificado no ha tenido otro anhelo que prodigar beneficios á todos sus súbditos, segun los tiempos y procurando su mayor felicidad. Por tanto, despues de haber pronunciado las palabras de perdon sobre aquellos que á causa de delitos políticos estaban desterrados ó presos, despues de haber establecido el consejo de Estado y el de ministros, habiendo bajo la imperiosa necesidad de las circunstancias otorgado la institucion de la guardia cívica, una nueva ley para una moderada libertad de imprenta, y por último un estatuto fundamental para los estados de la santa Iglesia, S. S. tenia derecho á esperar el reconocimiento que deben los súbditos á un príncipe que no los miraba sino como á hijos y no les prometia sino un reinado de amor. Pero muy diferente fué la recompensa que recibió en cambio de tantas bondades y de una tan pródiga condescendencia. Á la vuelta de cortas demostraciones, de aplausos, demostraciones dirigidas por los que tenian ya en el corazon las mas culpables intenciones (y que el Padre Santo se esforzó en hacer cesar por

todos los hechos que habian tenido lugar desde la marcha de Su Santidad de Roma hasta el 18 de febrero, concluia reclamando del modo mas formal y urgente la intervencion de estas cuatro potencias católicas.

todos los medios que le sugirió su corazon paternal), pronto recogió el fruto amargo de la ingratitud.

»Impelido por la desenfrenada violencia de una faccion á entrar en guerra contra el Austria, vióse obligado á pronunciar una alocucion en el consistorio del 29 de abril del año último, alocucion en que declaró al mundo entero que su deber y su conciencia no debian consentir aquella guerra. Entonces fué cuando las maquinaciones preparadas de antemano, estallaron en abiertos atentados dirigidos contra el ejercicio de su pleno y libre poder, obligándole á dividir el ministerio de Estado en eclesiástico y civil; division que él no ha reconocido jamás. No obstante esperaba el Padre Santo que colocando en los varios ministerios á personas capaces y amigas del órden, podrian las cosas tomar mejor giro, y que veria detenerse en parte los males que ya estaban amenazando. Pero el puñal homicida guiado por la mano de un asesino, desvaneció con la muerte del ministro Rossi, las esperanzas que el Santo Padre habia concebido. Este crímen ensalzado como un triunfo, inauguró imprudentemente el reinado de la tirania. El criminal fué rodeado por gentes armadas, hiciéronse tentativas de incendio, y disparáronse fusilazos contra los aposentos que ocupaba el Soberano Pontífice, y el Padre Santo tuvo el dolor de ver á uno de sus secretarios caer víctima de los agresores. Por último quísose forzar el palacio á cañonazos, mientras que rehusaban admitir el ministerio que se le queria imponer.

»Habiendo por una serie de hechos espantosos, como sabe cada cual, tenido que ceder á la violencia de la fuerza, el Pontífice se vió en la dura necesidad de alejarse de Roma y del Estado pontificio, á fin de recobrar la libertad que se le habia quitado y de la cual debia gozar en el pleno uso de su poderío supremo. Por una disposicion de la divina Providencia retiróse á Gaeta, y acogido con la hospitalidad de un príncipe eminentemente católico, rodeado de gran parte del Sacro Colegio, y de los representantes de todas las potencias con las cuales se halla en amistosas relaciones, no tardó un momento en levantar la voz y proclamar en el acta pontificia del 27 de noviembre último los

Ellas contestaron desde luego á semejante llamamiento enviando plenipotenciarios á Gaeta, donde el Soberano Pontífice habia deseado ver abrir la conferencia diplomática. Dichas Potencias habian prevenido las intenciones del Santo Padre

motivos de su separacion momentánea de entre sus súbditos, la nulidad y la ilegalidad de todos los actos emanados del ministerio salido de la violencia, y en nombrar una comision de gobierno, la cual debia tomar la direccion de los negocios públicos durante su ausencia de sus estados.

» Sin guardar ningun miramiento á la manifiesta voluntad del Padre Santo, y llegando con mentirosos pretestos á engañar sobre su valor á la inesperta multitud, los autores de las violencias sacrílegas pasaron á cometer culpables atentados, arrogándose los derechos que solo pertenecen al Soberano, instituyendo una ilegítima fantasma de gobierno bajo el nombre de junta provisional y suprema de Estado. Contra esa grave y sacrílega farsa, protestó el Santo Padre con su acta del 17 de diciembre último, donde declara que dicha junta de Estado no es otra cosa sino una usurpacion del poder soberano y no puede tener ninguna autoridad.

» El Padre Santo esperaba que estas protestas volverian á sus súbditos estraviados á su deber de fidelidad y de obediencia; pero al contrario un nuevo y mas monstruoso acto de felonía patente y de abierta rebelion vino á poner el colmo á su afliccion: tal fué la convocacion de una asamblea general nacional de los Estados romanos, teniendo por objeto establecer las nuevas formas políticas que se intentaba dar á los Estados de la Santa Sede. Al punto por un *motu propio* del 1.° de enero último, el Padre Santo protestó contra este acto, y lo condenó como un enorme y sacrílego atentado cometido en perjuicio de su independencia y de su soberanía, digno de los castigos impuestos por las leyes divinas y humanas, y prohibió á cada uno de sus súbditos tomar en él parte, advirtiéndole que cualquiera que se atreveria á atentar á la soberanía temporal de los Pontífices romanos, incurriria en las censuras, y especialmente en la escomunion mayor, en cuya pena declaró haber ya incurrido aquellos que de cualquier modo que fuese y bajo mentirosos pretestos habian violado y usurpado su autoridad pontificia.

» Cuando el partido anárquico tuvo conocimiento de estas protestas y condenas, hizo todos los esfuerzos posibles para impedir su circula-

las unas con actos y las otras por medio de votos enérgicos. De una parte el general Cavaignac al cual la Francia habia prestado momentáneamente su espada, tenia reunido desde el mes de setiembre de 1848, bajo las órdenes del general

cion, é impuso penas á los que osaban darlas á conocer al pueblo, y á los que no secundaban sus detestables miras. No obstante con mengua de tan odiosa violencia, la mayoría de los súbditos permaneció fiel al Soberano, y se espuso á los sacrificios y al peligro mismo de la vida, antes de faltar á sus deberes de súbdito y de católico. Mas y mas exasperado, viendo abortados sus proyectos, este mismo partido multiplicó de mil maneras la violencia y el terror, sin tener miramiento á la condicion, ni á la dignidad, ni al rango; pero queriendo consumar hasta el fin la obra de su felonía apeló á las mas viles y miserables tramas.

»Pasando así de esceso en esceso, abusando de los beneficios y de las concesiones del Pontífice, y especialmente convirtiendo la libertad de la prensa en una innoble licencia; despues de las mas impías malversaciones destinadas á pagar el salario á sus cómplices, y á rechazar á los hombres de honor y de conciencia, despues de tantos asesinatos cometidos bajo su égida, despues de haber sembrado por do quiera la rebelion, la inmoralidad, la irreligion; despues de haber seducido á una juventud imprudente, no respetando ni los lugares sagrados, ni los asilos de la paz y del retiro, ni hasta las escuelas de pública educacion que se convirtieran en cuarteles para la milicia mas indisciplinada, conjunto de refugiados y malvados de los paises estranjeros; estos desgraciados han querido reducir la capital del mundo católico, asiento de los Pontífices, á no ser sino una guarida de impiedad, destruyendo, si fuese posible, hasta la idea de la soberanía de aquel á quien la divina Providencia ha colocado en el gobierno de la Iglesia universal, y el cual para ejercer libremente esta autoridad que le pertenece sobre todo el mundo católico, goza de un Estado como patrimonio de la Iglesia.

»Á la vista de esta desolacion y de estas ruinas, el Padre Santo no ha podido menos de estar profundamente afligido, al propio tiempo que le conmovian los gritos de sus fieles súbditos, que reclamaban su ayuda y su socorro para verse librados de la mas atroz tiranía.

»S. S., como es sabido, á poco de su llegada á Gaeta, levantó la voz el 4 de diciembre último y se dirigió á todos los soberanos con los cua-

Molliere un cuerpo de tropas destinadas á embarcarse para Italia á la primera señal. De otra parte la España armaba sus buques: el rey de las Dos Sicilias apenas podia contener la impaciencia de sus soldados; y en fin hasta Portugal, olvida-

les está en relaciones, participándoles su salida de la capital y del Estado pontificio y las causas que le habian hecho tomar esta resolucion, é invocando su proteccion para la defensa de los dominios de la Santa Sede. Él tiene la dulce satisfaccion de declarar que ha recibido las mas afectuosas respuestas, y que todos los soberanos le han asegurado que tomaban la parte mas viva en sus aflicciones y penosa situacion, le atestiguaban las mas favorables disposiciones y le espresaban al mismo tiempo los sentimientos mas profundos de afecto y adhesion.

» Con presencia de tan felices y penosas disposiciones, y mientras que S. M. la reina de España con tanta solicitud provocaba un congreso de las potencias católicas para determinar los medios mas prontos para restablecer al Padre Santo en sus Estados y en su plena libertad é independencia, á cuya proposicion se adhirieran las varias potencias católicas; y para la cual se esperaba la adhesion de las demás, es triste decir que los asuntos de los Estados pontificios han quedado presa de un incendio devastador y abandonadas á un partido subversivo de toda institucion social, el cual bajo especiosos pretestos de nacionalidad é independencia, nada ha olvidado para alcanzar el colmo de la iniquidad.

» El decreto llamado fundamental, emanado el 9 de este mes de la asamblea constituyente romana, es un acto que respira en todo la mas negra traicion y la mas abominable impiedad. Declara particularmente la dignidad del Papa destituida de hecho y de derecho del gobierno temporal del estado romano y proclama una república, y otro decreto ordena la destruccion de las insignias del Padre Santo. S. S., viendo así ultrajada su suprema dignidad de Pontífice y de Soberano, ha protestado á la faz de todas las potencias, de todas las naciones, y de todas y de cada una de las católicas del mundo entero contra este esceso de irreligion, contra un crimen tan violento de despojo de sus derechos imprescriptibles y sagrados. Si este atentado no va seguido de una pronta reparacion, no llegaria el socorro sino cuando los estados de la Iglesia, presa hoy de sus mas encarnizados enemigos, estarian completamente reducidos á cenizas.

do en el llamamiento dirigido á las cuatro Potencias católicas, creyó que debia hacer presente al Gobierno del Papa por medio de su Ministro el baron Venda-Da-Cruz, que el pueblo portugués se consideraria dichoso de obrar á mano armada

» Por esto pues el Padre Santo, despues de haber apurado todos los medios que estaban en su poder, impelido por el deber que sobre él pesa, á la faz de todo el mundo católico, de conservar en su integridad el patrimonio de la Iglesia y la soberanía á ella aneja como indispensable para conservar su plena libertad é independencia de gefe de esta Iglesia; conmovido por otra parte de los gemidos de las gentes de bien que reclaman altamente ayuda y socorro, y los cuales no pueden soportar por mas tiempo un yugo de hierro y una mano tiránica; el Padre Santo se dirige de nuevo á estas mismas potencias, y especialmente á las católicas, las cuales con tan grande generosidad de corazon, y de una manera inequívoca han manifestado su resuelta voluntad de defender su causa, teniendo por cierto que querrán concurrir con la mas viva solicitud, con su intervencion moral á restablecerle en su puesto y en la capital de los dominios que le han sido entregados para conservar su plena libertad é independencia, los cuales están garantidos por otra parte por todos los tratados que forman la base del derecho público europeo.

» Y puesto que el Austria, la Francia, la España y el reino de las Dos Sicilias se encuentran por su posicion geográfica en situacion de poder prontamente concurrir con sus armas á restablecer en los dominios de la Santa Sede el órden turbado por una horda de sectarios, el Padre Santo, fiando en el interés religioso de estas potencias, hijas de la Iglesia, pide con entera seguridad su intervencion armada para librar principalmente el estado de la Santa Sede de la faccion de los miserables que están ejerciendo en él por medio de toda especie de crímenes el mas atroz despotismo.

» Solo de este modo podrá devolverse el órden á los Estados de la Iglesia, y restablecido el Padre Santo en el libre ejercicio de su suprema autoridad, como lo exigen imperiosamente su augusto y sagrado carácter, los intereses de la Iglesia universal y la paz de los pueblos. Así es como podrá él conservar ese patrimonio que recibió á su advenimiento al pontificado, para trasmitirlo en su integridad á sus sucesores.

en provecho de la causa pontificia. Despues del dia 16 de noviembre de 1848 el gobierno portugués fué uno de los primeros que ofreció al Soberano Pontífice la hospitalidad en una de las mas hermosas residencias de la cristiandad, en el magnífico palacio de Mafra.

Levantábase la Europa entera, como se está viendo, contra los crímenes y las pretensiones de los hombres que á nombre de la libertad, se habian hecho los opresores del pueblo romano. Con una ceguedad igual á su ambicion, entregados á sí mismos aquellos hombres continuaron destruyendo de arriba abajo el edificio social para reconstituir en el vacío, y en medio de las tempestades, lo que ellos llamaban la obra de la regeneracion italiana.

La comision ejecutiva autorizó el dia 29 de febrero al Banco Romano para emitir hasta un millon y trescientos mil escudos en billetes, á condicion de facilitar sin interés alguno al gobierno de la república una suma de quinientos mil escudos.

El dia 21, tomando en consideracion la Asamblea una anterior proposicion, declara propiedad de la república todos los bienes eclesiásticos.

» Su causa es la del órden y del catolicismo. Por esto el Padre Santo tiene la confianza de que todas las potencias con las cuales mantiene relaciones amistosas, y que en las varias faces de la situacion á que se ha visto reducido por un partido de facciosos, le han manifestado el mas vivo interés, darán su apoyo moral á la intervencion armada que la gravedad de las circunstancias le obliga á invocar. Las cuatro potencias arriba nombradas, no vacilarán un momento á prestarle la cooperacion que de ellas reclama, prestando así un inmenso servicio al órden público y á la religion.

» El abajo firmado, cardenal pro-secretario de estado de su Santidad, pide á V. E. que tenga la atencion de comunicar esta nota lo mas pronto posible á su gobierno y en la confianza de una benévola acogida como así lo espera, tiene el honor de repetiros sus sentimientos de distinguida consideracion. — Cardenal Antonelli. »

(Nota del Traductor.)

Aquel mismo dia dispuso que todos los depósitos de plata pertenecientes á manos muertas tanto de particulares como de cajas públicas, entrasen en arcas del gobierno republicano para aplicarse á las urgentes necesidades de la patria. Este decreto fué tan rigurosamente ejecutado, que los llamados amigos del pueblo se apoderaron de sus ahorros y fingieron reemplazarlos depositando en las Cajas del Monte de Piedad una suma equivalente representada con billetes que ya á la sazon perdian el 20 ó 30 por ciento.

El 22 prohibió la Asamblea la esportacion de caballos y mulas.

El 23 decretó el curso obligatorio de billetes del banco.

El 24 decretó un empréstito forzoso sobre los ricos.

El 25 la Asamblea constituyente decretó que los obispos perderian los derechos de jurisdiccion sobre las universidades y colegios.

Por una órden de fecha 2 de marzo, la comision ejecutiva confirió al ministro de Hacienda los poderes necesarios para administrar los bienes y las rentas del patrimonio de los jesuitas y de la inquisicion.

Por otro decreto del 3 la propia comision ejecutiva suprimió los tribunales procedentes de la jurisdiccion eclesiástica ó compuestos de dignatarios pertenecientes á la Audiencia Romana.

El 25 tambien decretó la Asamblea constituyente la emision de una moneda llamada *erosa* hasta la suma de un millon de escudos. En esta moneda notoriamente falsa, debia entrar una décima parte de plata siendo la restante de cobre.

El 4 de marzo la Asamblea abolió la censura de las aduanas y otros obstáculos creados contra la libre circulacion de los libros impresos, grabados y estampas.

Aquel mismo dia prodigó la sangre y los sudores del pueblo decretando la remision de cien mil escudos á los sublevados de Venecia.

El 5 mandó la venta de los bienes eclesiásticos.

En la misma fecha decretó que todos los empleados que rehusaran adherirse al gobierno de la república fuesen inmediatamente privados de su sueldo y empleo.

El dia 6 transformó las oficinas de policía en una direccion de seguridad.

El 7 decretó la emision de una moneda de cobre de valor tres bayocos de peso veinte y cinco gramos.

Por otro decreto de fecha del 12, la comision ejecutiva privó á los eclesiásticos de la administracion de los bienes pertenecientes á los hospitales y á otras casas de caridad.

El propio dia la comision abolió la tasa en las fronteras de los estados limítrofes.

El 14 la Asamblea constituyente declaró á las iglesias, á las corporaciones religiosas y á los demás establecimientos de manos muertas, incapaces de adquirir bienes á cualquier precio que fueran.

No se contentó la república romana de espedir decretos inicuos, arbitrarios, á cual mas desatinados, pues procedió al robo y al saqueo. Se hizo en estremo comunista: esplotó en grande escala; operó desvergonzadamente á presencia de las gentes de bien que se tapaban el rostro temblando de miedo: marchó de usurpacion en usurpacion, y de despojo en despojo. Hoy se apodera de la casa de los misionistas en Monte Citorio, fundacion eminentemente francesa hecha por la duquesa de Aiguillon; mañana se apropiará la biblioteca del Vaticano, los archivos anejos á la misma y los del Santo Oficio; continúa por su cuenta el inventario de los muebles, de los ornamentos, de los tesoros pertenecientes á las iglesias especiales, adornadas por la piedad, enriquecidas con el oro de los fieles de todo el universo católico, y ¡ni una sola protesta se deja oir, ni una sola voz se levanta contra aquellos monstruosos abusos de la fuerza brutal reemplazando el derecho!

Mientras llega la hora de la justicia, continúa con mas im-

prudencia que nunca la dilapidacion de la Hacienda y los bonos del tesoro se transforman en manantial de indigno agiotage. El numerario se oculta á medida del valor de las gentes honradas; y la república romana vistiéndose con la herencia de los Césares, arroja orgullosamente desde lo alto del Capitolio la proclama siguiente á todos los pueblos.

CAPÍTULO XVIII.

Llamamiento á todos los pueblos. — Llegada de Mazzini á Roma. — Ovacion. — Reorganizacion del ministerio. — Comision militar. — Persecucion religiosa.

« Á TODOS LOS PUEBLOS.

» Un pueblo nuevo se presenta á vosotros para pediros y ofreceros un cambio recíproco de benevolencia, de respeto y de fraternidad. Este pueblo que se os presenta como nuevo, fué en otro tiempo el mas ilustre de la tierra, empero entre su antigua grandeza y su actual resurreccion intervino durante mil años el Pontificado. ¡Pueblos de la Europa! nos conocimos cuando el nombre del pueblo romano llenaba de terror, y nos conocimos cuando nuestro nombre era digno de compasion. Podeis aborrecer aquella época de dominacion y de violencia, pero no podeis condenarnos á merecer la piedad del mundo.

. . . . . .

» La historia de la Italia está llena de lágrimas, y una gran parte de ellas se atribuyen al Pontificado. Como quiera que cuando este tomó la iniciativa el mundo vió que los italianos estaban dispuestos á olvidar las faltas, y en nombre de un Papa estalló la revolucion. Pero aquí fué la prueba de lo que podia el Pontificado y de lo que este era incapaz de hacer. Los antecesores del Pontífice reinante eran demasiado prudentes

para lanzarse á semejante prueba, y puede medirse su poder por las desgracias del pueblo. El último Papa se arriesgó el primero y puso manos á la obra, empero retiróse de ella cuando vió que habia descubierto la impotencia del Pontificado para hacer á la nacion italiana libre, independiente y gloriosa. Quiso retirarse pero demasiado tarde; hé aquí por qué la decadencia del Papa ha sido tan inmediata á su triunfo. Era una aurora boreal que precedia á las tinieblas. No lo esperábamos, empero el Pontificado nos contestó reaccionariamente. La reaccion fué vencida. El Papa disimuló y al ver la calma del pueblo fugóse. Con esta fuga violó la constitucion, nos dejó sin gobierno, fomentó las discordias, se arrojó en los brazos del mas feroz enemigo de la Italia y lanzó la excomunion contra el pueblo. . . . . .

. . . . . .

» Provocados y abandonados á nosotros mismos hemos completado nuestra revolucion sin derramar una sola gota de sangre; hemos reedificado sin que el estrépito de la destruccion se dejase oir: hemos abolido la soberanía de los Papas despues de tantos siglos de dolores, no por odio al Pontificado, sino por puro amor á la patria. Cuando un pueblo ha sabido llevar á cabo una revolucion con tan notoria moralidad en su objeto y en los medios que ha empleado, ha demostrado que era digno, no de servir al Pontificado sino de gobernarse por sí solo. Ha probado que era digno de constituirse en república, y por consiguiente digno de formar parte de la gran familia de las naciones y de obtener vuestra amistad y vuestra estimacion.

» Por la Asamblea constituyente

» *Firmado:* GALLETTI, presidente; FILOPANTI, FABRETTI, PENNACHI, ZAMBIANCHI, secretarios. » (*)

(*) Teniendo íntegra á la vista la enfática y presuntuosa proclama que la Asamblea Constituyente Romana dirigió *á todos los pueblos*, po-

Esta enfática proclama ó manifiesto, obra de un diputado llamado C. Agostini, fué votada por unanimidad por la Asamblea constituyente. Cada una de sus líneas respira la mentira, la ignorancia y la mala fe. En efecto, el autor de este documento borra de una plumada los ocho primeros siglos de la era cristiana, y miente la historia perpetuando la grandeza del pueblo romano hasta el siglo octavo ó cuatrocientos años despues de los Olybrius, Glycerius, Julios Nepos y Romulos Augustulus.

De otra parte el autor ultraja á aquellos pueblos cuyas simpatías mendiga; les insulta recordándoles una época de dominacion de la cual se vengaron con el hierro y el fuego, y que sin el ascendiente de los Pontífices romanos habria hecho esperimentar á la vencida Roma la suerte de Babilonia. Atri-

nemos á continuacion algunos de los párrafos mas notables de la misma que el autor ha omitido al estractarla.

«El pueblo del Estado Romano ha querido reformar su propia asociacion política y se ha constituido en república: y ante este grande acto de la soberanía del pueblo, todo el pasado se consume y desvanece. El pueblo lo ha querido. ¿Quién es superior al pueblo? Dios solamente: empero Dios crea los pueblos para la libertad.

»El pueblo lo ha querido y su voluntad no necesita justificarse del pasado. Su causal es anterior á todo hecho humano.

»Empero si dirigimos la mirada atrás, podemos contemplar tranquilamente las ruinas del Pontificado y mucho mas tranquilamente que este cuando se levantaba sobre las ruinas de nuestra antigua grandeza política. . . . . .

. . . . . .

»Estuvimos aguardando. Mas la respuesta fué un sistema de reaccion por parte del Pontificado. La reaccion cayó. Disimuló al principio el mismo Pontificado: vió la paz del pueblo y se fugó.

»Semejantes hechos demostraron suficientemente que el Principado del Pontífice, ni queria ni podia modificarse á sí mismo, y no quedaba otro recurso mas que sufrirlo ó destruirlo, como fué destruido.

»El haber colocado la liberalidad de los que reinaban ó la toleran-

buye los sufrimientos y la decadencia de los romanos al Pontificado y debe saber sin embargo que sin un Papa, sin Leon el Grande, Roma no seria tal vez hoy mas que un monton de ruinas y de cenizas.

En fin, falta á la verdad diciendo que la revolucion romana se ha llevado á cabo sin violencia y sin una gota de sangre. Toda la Europa sabe bien que los cimientos de la revolucion Mazziniana descansan,

1.° En el perjurio de los amnistiados de 16 de junio de 1846.
2.° En la muerte del abate Gimenez.
3.° Sobre el cadáver del ministro Rossi.
4.° En las violencias y los escesos del 16 de noviembre.
5.° En el ataque del Quirinal.
6.° En la sangre de monseñor Palma.

cia de los pueblos el Pontificado en la ciudad de los Scipiones y de los Césares, en vez de ponerlo en el centro de la Francia ó en las riberas del Danubio ó del Támesis ¿fué para que perdieran los italianos los derechos comunes á todos los pueblos, la libertad y la patria? Y si además es cierto que al poder espiritual del Pontífice es necesaria la posesion del temporal, aunque con esta condicion fuese prometida por Jesucristo la inmortalidad á su Iglesia, ¿estaba por ventura reservado á Roma ser el patrimonio del Pontificado, y serlo para siempre? ¿Roma, patrimonio de una soberanía que para subsistir tenia necesidad de oprimir, y de perecer para ser gloriosa? ¿Y como patrimonio de los Pontífices ser causa permanente de la ruina de Italia? ¿Roma, cuyas tradiciones, cuyo nombre y hasta cuyas ruinas hablan tan alto á la libertad de la patria? . . . . . .

. . . . . .

» La República Romana lleva el sello de su orígen. Tendrá su pueblo libre para defender la independencia religiosa del Pontífice, al cual mas bien que unos cuantos palmos de terreno dominado, le será preferible la religion de su pueblo republicano. La República Romana se apresura á observar las leyes de moralidad y caridad universal en la conducta que se propone en el desarrollo de su vida política.

» Roma 2 de marzo de 1849. »

(Nota del Traductor.)

MAZZINI.

7.° En la destitucion del Pontificado.

8.° En la proclamacion de la república.

9.° En los empréstitos forzosos en numerario.

10. En la emision de un papel moneda con el cual se creó una enorme deuda.

11. En el gran robo organizado en las iglesias.

12. En el saqueo de las casas religiosas, etc.

Como quiera que sea, el manifiesto de la república romana dirigida á todos los pueblos obtuvo por única contestacion el silencio del desprecio.

Un hombre cuyo solo nombre significa la desgracia para la Italia llegaba por aquellos dias á Roma con el fin de llenar su cargo de diputado. Aquel hombre era Mazzini. (*) El 6 de marzo verificó su entrada triunfal en la Asamblea. Á su aparicion le-

(*) Uno de los hechos mas notables en Roma durante el mes de marzo de 1849 fué la llegada de Mazzini, nombrado primeramente diputado de la Asamblea Constituyente, y luego para el cargo supremo de triumviro. Este famoso agitador de los pueblos, del órden público y de todo bien, no podia dejar de hallar simpatías y la mas suntuosa acogida en todos aquellos que le eran adictos y que habian servido ya fielmente á sus órdenes y á la direccion principal, que aunque de lejos, habia dado al movimiento y progreso revolucionario. La ovacion con que fué acogido por la Asamblea Constituyente, fué digna de un patriarca democrático; así como tambien fué digna de él la demostracion que se le tributó durante la noche del dia 6. Capitaneó aquella demostracion el harto célebre tribuno de la plebe Ciceruacchio, el cual pagaba las finezas que recibia de la demagogia con promesas, y comprando á cuenta de ella á muchos de los que concurrian á su almacen de vino con algunos jornaleros dependientes suyos, con los cuales principió á formarse y crecer el pueblo, del cual la revolucion habia menester para servirse de escabel para subir al poder, y para cubrir con el nombre del mismo pueblo, sus pretensiones y miras subversivas. Todo lo que puede acompañar á una bacanal escitada por ébria convulsion, se encontró de nuevo en aquella solemne espresion de conformidad de voluntades ciegamente sometidas al gran capitan de la revolucion. Agradecido á los honores que le dispensaron, habló á la

vantáronse todos los diputados y la muchedumbre que llenaba las tribunas gritó ¡viva Mazzini! En seguida el presidente le hizo sentar á su lado, y entonces tomando la palabra el gefe de la jóven Italia, pronunció un discurso cuyo análisis es el siguiente:

«Si he practicado algun bien Roma me inspiró la idea. Cuando muy jóven (giovinetto) leyendo los anales de la Italia admiraba desde luego la Roma de los Césares, que conquistó el mundo por la fuerza de las armas, y luego la Roma de los

multitud compuesta de asalariados y de curiosos, y entre las varias cosas con las cuales se manifestaba mas evidente al mundo, lo que hasta entonces se habia querido y á lo que se dirigian, se espresó con palabras suficientes, no solo para avergonzar á los miserables destituidos de pudor, sí que tambien para desengañar á tantos infelices descarriados que todavía conservaban sus ilusiones. *Hasta ahora hemos estado*, dijo Mazzini, *en un período de falsedad, en el cual los unos victoreaban al que no amaban, porque creian aprovecharse de ello, y los otros ocultaban sus creencias, porque decian que no era tiempo de revelarlas.*

Al decir que la indicada eleccion de Mazzini fué uno de los hechos mas notables que acontecieron en Roma durante el mes de marzo, es particularmente con respecto á la importancia religiosa que nos parece peculiar al mismo. No examinaremos la vida anterior de Mazzini, cuyas fases religiosas y políticas conocen muchos, ni tampoco diremos el como hace mas de veinte años que trabajaba para derribar los tronos de la Italia, atraer á su secta todos los descontentos, fomentar la ambicion y el interés de la clase media, hacer odiosos todos los gobiernos, corromper particularmente la juventud italiana, que acercándose ciegamente á él se sacrificaba á sí misma y la patria daba una gran importancia á los sueños de aquel sectario desapiadado y atrevido. Desolada la Italia de una á otra parte, sacrificados millares de sus hijos por el cañon ó el puñal del vil asesino, desaparecido ya el comercio, saqueadas las ciudades y los estados, empobrecidos, sitiados, bombardeados, desembolsados en el esterior los millones, aumentadas las contribuciones, substituido el papel á la moneda, desterradas la paz de las familias y la fe pública y privada; olvidados ó suspendidos los

Papas que conquistó á su vez el mundo por la fuerza de las ideas. Me parece que una ciudad que ha reunido dos destinos tan grandes, que ha tenido dos épocas tan memorables, mientras que los demás pueblos se eclipsaban para no volver á aparecer; me parece, digo, que esta ciudad debe tener aun una tercera época, un tercer destino. Salud pues á la Roma del pueblo, sucesora de Roma de los Césares y de Roma de los Papas. »

Desocupóse el terreno para recibir revolucionariamente el

estudios, conculcada la religion, alentados todos los vicios, combatidas todas las virtudes; hé aquí el estado de Italia, los beneficios que le ha procurado Mazzini y los suyos, hé aquí los títulos con que se han acarreado la execracion de todos los que sienten el sincero amor de la patria italiana, hecha por los Mazzinianos tan infeliz y tan desolada.

No estuvo satisfecho Mazzini segun sientan incontestables escritores italianos y franceses con haber arrebatado á la Italia su prosperidad material, sus hijos, sus tesoros y su belleza: no, esto no bastaba á aquel genio de destruccion porque queria arrebatarle el mas precioso tesoro, la religion de sus padres, el catolicismo.

De la opinion general de los hombres ilustrados y por los hechos incontestables de Mazzini se deduce, que este profesaba el panteismo ó el protestantismo, ó por mejor decir, cuando mejor le acomodaba, no conocia principio alguno religioso. Su lema, su fórmula fundamental Dios y Pueblo, copiada y usada por sus adeptos de la revolucion Romana, no tenia mas objeto que establecer en política la soberanía del pueblo y en religion el panteismo ó si se quiere un nuevo protestantismo. El pueblo era para Mazzini una emanacion y una manifestacion de Dios, y de consiguiente nadie era superior á él en la tierra, nadie tenia derecho ú obligacion de amaestrarlo, nadie podia dudar de sus oráculos, toda vez que su infalibilidad dimanaba del mismo Dios.

Consiguiente á tal doctrina, Mazzini debia considerar el catolicismo como una supersticion, el ministerio sacerdotal como una antigualla y todas las prácticas religiosas como un resto de barbarie.

No ocultó su pensamiento, y en la peroracion al pueblo que ya hemos indicado, despues de hablar de Dios y de la verdad y del Evangelio en el que creia muy poco, añadió que Dios dice en el mismo Evangelio

hipócrita tribuno que arrojando la máscara dijo aquel dia á la muchedumbre asalariada y que acudia presurosa á su tránsito:

« Hasta ahora hemos atravesado una época de mentira durante la cual gritaban *viva á aquel* por el cual no tenian simpatía alguna solo porque creeian poderse servir de *él*. Una época de disimulo durante la cual otros ocultaban sus designios, porque no creian todavía llegada la hora de revelarlos.»

¿No se halla por ventura toda la historia de Pio IX encerrada en esta increible declaracion? ¿Esta falsa y estudiada con-

que él está con los hombres unidos y en las reuniones del pueblo, *el cual no necesita intermediarios entre él y su Criador*. Nada mas categórico que semejantes palabras. Con ellas se destruye á Jesucristo, á los Apóstoles, á la Iglesia y todo cuanto el cristianismo enseña; no quedando otra cosa mas que Dios, el Evangelio, y el pueblo, que si quiere lo estudia y que es oido de Dios sin necesidad de intermediario.

El protestantismo de Lutero no es tan sencillo como el del nuevo reformador y todos ven que ausiliado por el panteismo adelantaba un paso mas y se modificaba por obra de Mazzini.

Este era el hombre á quien la revolucion Romana conferia de hecho el trono de los Papas, el hombre mas á propósito para quitar todos los vínculos del pasado, á saber el Pontificado y el catolicismo, el hombre que calificando de filósofo, y nada mas, á Jesucristo, hizo decretar por los miembros del Comité ejecutivo, en 26 de marzo, un solemne triduo *á* la *Divinidad*, para inaugurar la guerra italiana, el hombre en fin cuyas miras protestantes no pueden ponerse en duda despues de la publicacion de la *Memoria* de Mr. de Lesseps relativa á su mision á Roma.

Aunque este escrito se refiere al mes de mayo de 1849, no podemos prescindir de citar aquí las palabras del autor, para que se noten la tendencia protestante de Mazzini y poner á nuestros lectores en disposicion de juzgar mejor el fin religioso de la revolucion Romana.

Hablando Mr. de Lesseps, el mismo que durante algunos años desempeñó el consulado de Francia en Barcelona á satisfaccion de su gobierno, de una nota que de acuerdo con el general Oudinot queria dirigir á la constituyente Romana añadia en seguida: «Un primer mensage á la Asamblea Romana hubiera tenido por objeto llamar su atencion acerca las maniobras que yo creia contrarias á la influencia de la Fran-

fesion salida de los labios del gefe de las sociedades secretas de Italia, no es por ventura la historia de la revolucion de Roma?

Mazzini, genovés de orígen, abogado de profesion y poeta por instinto, está dotado, y nadie lo podrá negar, de una vasta inteligencia, de un talento fecundizado por la inspiracion del mal: el talento de los ángeles caidos. El mayor enemigo de la Italia, el célebre abate Gioberti lo ha dicho, es Mazzini. Nosotros hemos citado algunos de sus escritos, todos ellos lo con-

cia así como á los de la Italia. Aquellas maniobras eran concernientes á la grave cuestion del cisma religioso ó de un nuevo protestantismo (1). Luego despues añade: «*Sospecho que Mazzini hombre notable y muy influyente querrá favorecer un cisma religioso: sus escritos deben hacerlo creer. Tiene á menudo conferencias con personages y viajeros ingleses, y habla con misioneros protestantes de todas las naciones.*»

En la misma *Memoria,* entre los documentos bajo el número 29 hay una nota de Mr. de Rayneval á Mr. de Lesseps con la respuesta al lado. En ella escribia en el párrafo 14 el primero. «*He visto de cerca en Roma los manejos de los protestantes. El peligro existe. Tal vez será solamente pasajero, espuesto á debilitarse ó á desaparecer, cuando el apoyo con el cual ellos cuentan en el dia les faltará.* Empero como en definitiva, tratamos con *la situacion actual y no con la pasada ni con la venidera, es preciso combatir y derribar los elementos contrarios que se nos oponen.*»

Es evidente que las miras de Mazzini y de sus adeptos eran espulsar de Roma y de Italia el Catolicismo: esto no admite la menor duda. La autoridad de Mr. de Lesseps es irrefragable sobre el particular, y el que haya leido los periódicos radicales que en aquella época se publicaban en Roma, principalmente *El Monitor, El Contemporáneo, La Pallade,* y el impudente *don Pirlone*, no podrá menos de conocerlo así. Mazzini fué elevado al Triumvirato, y Roma Católica se estremeció al ver al mas implacable enemigo de su fé, habitar el palacio de la Consulta en el Quirinal.

(Nota del Traductor.)

(1) *Ma mission à Rome*—mai 1849.—*Mémoire* présenté au conseil d'Etat par Mr. Ferdinand de Lesseps—Paris 1849—pág. 38.

firman: en ellos el hecho está conforme á la teoría. Cambiando de nombre como de semblante, se sirve indistintamente de la cruz, de la antorcha y del puñal. La palabra en sus labios se parece al fruto del manzanillo que encanta pero envenena (*). Como el ave de siniestros augurios, su presencia es una señal de mala ventura. Cada una de sus pisadas produce una ruina. Cada una de sus palabras es el soplo que hace estallar una tempestad: su corazon es un volcan revolucionario: su mirada es una lava demagógica. Nada es para él la humanidad: la idea lo es todo. ¡Perezca la humanidad entera con tal que triunfe y viva la idea! Para conseguir el objeto, ha dicho, todos los medios son buenos, el éxito es como el fuego, que purifica.

Mamiani queria llegar á la unidad por el catolicismo y la monarquía: Mazzini cortó este camino que era el único bueno. En vez de hacer un llamamiento real y directo á los sentimientos católicos y monárquicos, disimuló el uno y negó el otro. La negativa es un camino que á nada conduce.

La religion de las sociedades secretas, los misterios de los iluminados solo sirven cuando se quiere arruinar, porque los destructores se dirigen á las malas pasiones de los hombres que han perdido el sentimiento de la fe. Con tales instrumentos se derriba, se nivela, mas no se edifica.

Es cierto que Mamiani admite un Dios, pero lo mismo que Mamiani queria hacer con el Papa, lo relega á la esfera del dogma único y sin fruto; luego haciendo á la humanidad in-

(*) El manzanillo es un árbol de las Antillas cuyo fruto es venenoso y su sombra muy nociva. Todas las partes de dicho árbol están llenas de un jugo venenoso. Si sus hojas se llegan á aplicar sobre la epidermis, obran en la misma de un modo tan dañino, que producen la inflamacion y la gangrena.

(Nota del Traductor.)

térprete, no de una ley, puesto que él no reconoce alguna, sino de aquel dictámen poderoso que llaman conciencia, usa de este nombre supremo juntándolo con el del pueblo para autorizar y justificar todos los crímenes.

Pio IX, Fernando II, Cárlos Alberto, el gran duque de Toscana, así como todos los demás príncipes de la Italia, tenian deseo y voluntad de hacer bien. En odio de la monarquía Mazzini les impidió continuar su santa obra; destruyó sus proyectos, semejante en esto al salvage que notando su principio de edificio europeo y algunos elementos de civilizacion levantados por los misioneros sobre una tierra inculta y bárbara, pega fuego á aquellos nacientes establecimientos, y consume con un placer ininteligible y feroz los tesoros que debian enriquecer su pais.

¡Oh! si comprendiendo la mision que Dios ha conferido á la inteligencia, Mazzini dedicara al bien el poder de su genio, hubiera contribuido á la salvacion de aquella Italia tan bella de la cual ha sido la perdicion!

Los aplausos de las tribunas entusiasmadas por las últimas palabras de Mazzini duraban todavía cuando á propuesta del príncipe de Canino, de Audino y del mismo Mazzini, queriendo la Asamblea constituyente efectuar la reunion de la república Toscana á la Romana, decretó que se hiciera una invitacion en este sentido al gobierno Toscano. En su consecuencia, tres comisionados, Ignacio Guiccioli, Felipe Commerata y José Gabussi á tal efecto partieron inmediatamente para Florencia.

Reconstituyóse á la sazon el ministerio del modo siguiente.

Aurelio Saffi, Interior.

Rusconi, Negocios estrangeros.

G. Lazzarini, Gracia y Justicia.

Alejandro Calandrelli, interino de Guerra y Marina.

Montechi, Obras públicas.

F. Sturbinetti, Instruccion pública.

Uno de los primeros actos de este nuevo ministerio fué crear una comision militar compuesta de cinco miembros encargados de examinar los planes estratégicos y de poner á Roma en estado de defensa. Esta comision debia cada diez dias remitir á la Asamblea reunida en sesion secreta un parte de sus operaciones.

Por aquel mismo tiempo, queriendo Calandrelli, ministro interino de la Guerra poner término al espíritu de agiotage que se habia infiltrado en el seno del ejército, publicó una curiosa órden del dia. Despues de quejarse de que en muchos cuerpos del ejército romano los gefes y soldados buscaban pretestos para realizar con pérdida, los bonos del tesoro, decia, « Durante el tiempo de crisis y de peligro, el deber de cada ciudadano es cooperar por medio de sacrificios á la salud de la patria; empero este deber es aun mas imperioso en los que el acrecentamiento del pais ha proporcionado el aumento de fortuna y de honores. »

La persecucion contra los eclesiásticos y las cosas santas, tomaba diariariamente un carácter mas grave. Ya no eran solamente los clérigos nacionales los que se hallaban espuestos á los monstruosos abusos del poder revolucionario: los eclesiásticos revestidos de la inviolable magestad de la Francia, eran indignamente ultrajados. La república romana violaba impunemente el derecho de gentes, al propio tiempo que ella mendigaba las simpatías de la Europa.

Envalentonados los revolucionarios por la complicidad moral del silencio de los hombres de bien, proseguian sin obstáculo en su obra de destruccion social, y arrojaban á los sacerdotes consagrados á las misiones estranjeras de su casa de San Silvestre en el Quirinal: (*) transformaban en cuarteles

(*) La iglesia de San Silvestre en el Quirinal que primero fué de los dominicos y pertenece ahora á los PP. de la Mision, fué renovada por

los conventos de Jesus, de San Vicente y Atanasio, de Jesus y María, de San Andrés *della fratre*, de los servitas de San Marcelo, de San Agustin, etc., etc.... Apoderáronse del palacio del Vicariato arrojando al viento cuando no á las inmundicias de la calle, las reliquias recogidas en las catacumbas de Agnés y de San Sebastian. Apoderáronse de los vasos y otros objetos sagrados de la capilla Sixtina, y echaron brutalmente de su monasterio á las religiosas francesas del Buen Pastor. Nada habia santo y sagrado para ellos; no respetaban ni las leyes que habian *fabricado* á su placer, ni la religion que hacian intervenir á cada momento. Ni uno solamente se atrevió entre ellos á levantar la voz contra las maniobras anticatólicas de los misioneros ingleses y americanos que en aquel entonces se habian esparramado por los Estados de la Iglesia para sembrar

los PP. Teatinos durante el Pontificado de Gregorio XII. Decóranla hermosas pinturas de escelentes maestros. En la primera capilla á mano derecha se nota un cuadro de Aranzino Nucci. En la capilla inmediata figura uno muy esquisito del veneciano Giacomo Palma. La Asuncion pintada en la capilla de la izquierda del crucero es de Cayetano Scipion. Los cuatro medallones de la cúpula son obra delicada del Dominichino, restaurados no ha mucho por los cuidados del baron Camuccini. Representan á David bailando delante del arca: Judit enseñando la cabeza de Holofernes á los habitantes de Betulia: Ester desmayada delante de Asuero; y la reina de Sabá sentada en el trono con Salomon. En esta misma capilla existen dos estatuas de Algardo, representando San Juan Evangelista y Santa María Magdalena. Hay además otras esculturas de diferentes artistas. En la capilla inmediata á esta trazó Venuti el cuadro del altar y Rafaellino de Regio pintó la bóveda y las paredes. El cuadro de la penúltima capilla representando la Santísima Vírgen con diferentes santos, es debido al pincel de Albertinelli. Las pinturas de ambos lados de esta misma capilla son de Maturino y de Polidoro de Caravaggio y las de la bóveda del caballero de Arpino.

(Nota del Traductor.)

las biblias del protestantismo (*). Á la cabeza de estos apóstoles luteranos y calvinistas figuraba el primero por su odio contra el catolicismo un ex-fraile llamado Achili, mas conocido aun en Roma, Viterbo y Nápoles por la depravacion de sus costumbres, que por su apostasía religiosa.

Mientras que aquellos apóstoles del error pervertian la fe en el campo, los de la república continuaban el curso de sus depredaciones en Roma. Un domingo por la mañana á la hora en que los fieles acuden á las iglesias para practicar allí sus oraciones, invadiendo los destructores la iglesia de San Felipe Neri, de San Vicente de Paul y del protector de la ciudad de Roma, bajaron las campanas de la iglesia y las rompieron en mil pedazos delante de la multitud indignada, la que no obstante deja consumar á su vista aquella obra de vandalismo.

Con semejantes escesos y con frecuentes ilegalidades respondia la república romana á las amenazas de la Europa, y protestaba contra los preparativos para la intervencion. Mientras tanto, hasta entonces las promesas que habia hecho á los pueblos, solo habian producido ruinas, desgracias y decepcion.

(*) Uno de los principales objetos de la sociedad Bíblica de Londres, es el introducir y sembrar por todos los pueblos las biblias que á su costa hace imprimir en grande escala. Estas biblias sacrílegamente mutiladas y variadas en varias partes, las hemos visto introducidas en España durante nuestra revolucion y regaladas en abundancia al pueblo, que incauto ha creido recibir un verdadero libro sagrado, cuando real y verdaderamente se le daba apócrifo, puesto que estaba cercenado y carecia de las anotaciones aclaratorias á su testo. De esta suerte la sociedad bíblica inglesa ha pretendido infiltrar el gérmen del protestantismo en los pueblos católicos. Estos lo han rechazado con horror, y especialmente España, donde constantemente se ha conservado y se conserva inmaculada la unidad católica que nos han legado nuestros padres.

(Nota del Traductor.)

El numerario de este termómetro infalible de la prosperidad pública, habia desaparecido de la circulacion. El tesoro entregado al pillage, era una mina mas ó menos fecunda para los hombres del poder que la esplotaban á manos llenas. Las arcas del Estado quedaban vacías, tan pronto como se llenaban. La rapacidad habia llegado á tal estremo, que un diputado elegido por dos colegios electorales reclamó doble sueldo. El empréstito forzoso con el cual contaba el gobierno para hacer frente á las necesidades del Estado, solo produjo el insignificante dinero que pudo arrancarse al miedo.

El pretendido entusiasmo de los romanos, el patriotismo y la adhesion al nuevo órden de cosas, se limitaba pues á una cuestion metálica imposible de resolver. Durante la república, el baioco de cobre se hizo mas raro que la pieza de oro durante el Pontificado. ¿Serian por ventura sinónimos la república y la miseria?

Como quiera que sea, la república habia pervertido de tal manera el sentido moral en Roma, que cada dia el mismo gobierno descubria sus asquerosas llagas con censuras directas ú órdenes denunciadoras mas bien que represivas.

El 27 de marzo el ministro de la Guerra publicó tres órdenes del dia, una de las cuales principia de esta suerte.

« Es preciso denunciar el inícuo y desleal abuso que está practicándose por parte de los proveedores del forrage, los cuales no temen aprovecharse de las circunstancias actuales para eludir el cumplimiento de las condiciones de sus contratos, y para dar á los caballos un alimento inferior, respeto á la cualidad y cantidad convenidas. »

El poder de estos grandes hombres de Estado era tan negativo, que el ministro de la Guerra se contentó con denunciar un delito que no tuvo la fuerza ó el valor de castigar.

El dia anterior el propio ministro habia publicado otra órden no menos curiosa que principiaba con estas palabras:

« Las solicitudes para grados en el ejército aumentan dia-

riamente *hasta un punto vergonzoso*. No solamente es imposible contentar á todos sino que esto no puede verificarse. »

Por su lado el director general de seguridad pública dictaba varias órdenes contra *los actos ilegales* cometidos por Ciceruacchio y su banda. Impotente para el bien, no podia absolutamente la república prevenir el mal, consecuencia inevitable de su principio. Fatalmente llevaba el peso de su mancha original.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA.

PÁGINAS.

PRÓLOGO.

INTRODUCCION. I

CAPÍTULO I. — Advenimiento de Pio IX.— Amnistía.— Reforma. — *Contemporáneo.— La Marsellesa Romana.*— Demostracion en el Quirinal.— Jornada del 14 de julio.— Complot. — Organizacion de la Guardia cívica. — Fiestas y regocijos. — Acontecimientos en Ferrara. — Firmeza de Pio IX. — Movimiento de las sociedades secretas. — Actitud del gobierno austríaco. — Despachos del príncipe de Metternich á Lord Palmerston. — Respuesta del ministro inglés. — El príncipe de Canino. 3

CAPÍTULO II.— Manifestaciones revolucionarias.— Orgauizacion de la municipalidad Romana. — Creacion de la consulta de Estado. — Demostraciones populares. — Ciceruacchio. — Llegada de Lord-Minto á Roma. — Sus simpatías en favor de los revolucionarios. — Jornada del 15 de noviembre.— Discurso de Pio IX. — Abertura de la consulta de Estado. — Regocijos públicos. — Baile del príncipe Torlonia. — Sterbini. 18

CAPÍTULO III.— Congreso de los principales gefes de las sociedades secretas. — Desastres del Sonderbund. — Nueva manifestacion revolucionaria. — Abertura del consejo municipal. — El cardenal Altieri y Ciceruacchio. — Constitucion de un ministerio. — Fin del año 1847. 34

CAPÍTULO IV.— Situacion de Italia.— Política del ministro Guizot. — Primero de enero. — Sombríos presagios. — Confianza de Pio IX. — Decreto contra las manifestaciones populares. — Audacia de las sociedades secretas. — Proclama pontificia. — Convocacion de los gefes de la Guardia cívica en el Quirinal.— Discurso de Pio IX.— Noche del 11 de febrero.— *Io non posso.*

Non debbo. Non voglio. — Secularizacion de tres ministros. — Los colores italianos. — Movimientos populares. — Comedia burlesca. — Revista de la Guardia cívica por el Santo Padre. — Discurso de Pio IX. — Hermoso dia. — Triste inmediato. — La revolucion de Febrero. — Actitud del círculo Francés. — Bella conducta del embajador Rossi y del conde Rampon. — Un banquete piamontés. — Comunicacion de la Municipalidad. — Respuesta del Papa. — Poder de los gefes revolucionarios. — Nuevo ministerio. . . 42

CAPÍTULO V. — Guerra contra las órdenes religiosas. — Valerosa protesta del cura de Merode. — Los Transtiberinos y el general de los Jesuitas. — Abandonan Roma los Jesuitas. — Una comida en casa del conde Rampon. — Estatuto fundamental de un gobierno representativo. — Las armas de Austria. — Auto de fe. — Entereza de ánimo de un labrador. — Revolucion de Parma. — Proyecto de un gobierno unitario en Italia. — Escenas del Coliseo. — El pueblo en el Quirinal. — Firmeza de Pio IX. — Estratagema de los revolucionarios. — El sargento Sopranzi. — La bendicion de las banderas es mal interpretada. — Alistamiento de los voluntarios. — Su marcha. — Proclama de Pio IX á los pueblos de Italia. 65

CAPÍTULO VI. — Proclama del general Durando. — Protesta del Santo Padre. — Agitacion. — Táctica de las sociedades secretas. — Pretensiones del Círculo Romano. — Resistencia del Papa. — Encíclica del 29 de abril. — Cólera de los revolucionarios. — Desórdenes en las calles. — Sesion del club central. — Ultimatum del pueblo. — Respuesta de los ministros. — Serenidad de Pio IX. — Nuevo ministerio. — Mamiani. — Comunicacion de la Guardia cívica. — Programa ministerial. — Retirada del embajador de Austria. — Desastres de los ejércitos italianos. — Jornada del 15 de mayo en Paris, Viena y Nápoles. 100

CAPÍTULO VII. — Elecciones de diputados. — Mamiani en casa del cardenal Altieri. — Abertura de las cámaras. — Discurso del cardenal Altieri. — Programa del ministerio. — Interpelacion del príncipe de Canino. — Estratagema de Mamiani. — Toma de Vicencia. — Derrota de Mamiani. — Respuesta del Papa á la mocion de los diputados. — Pio IX se hace dueño de la situacion. — Ocupacion de la ciudad de Ferrara por los austriacos. — Debates parlamentarios. — Protesta pontificia. — Crisis ministerial. — Jornada del 19 de julio. — Tentativa de insurreccion. — Los tres *fiaschi*. — Asesinato del abate Gimenez. — El *Labaro*. — Maniobras de Mamiani para conservar su cartera. — Comisionado viagero de la revolucion. — El Padre Gavazzi echado de Florencia. — Entrada triunfal en Roma de los vencidos de Vicencia. — Apodéranse de un convento. — Victoria y decepcion. — Derrota de Cárlos Alberto en Custoza. — Memorandum del Austria. — Negativa de aceptacion. 123

CAPÍTULO VIII. — Caida del ministerio Mamiani. — Nuevo ministerio. — Proclama del Soberano Pontífice. — Amenazas de un gobierno provisional. — Nueva invasion de los estados romanos. — Movimiento popular. — Los revolucionarios en la embajada de Francia. — Alistamientos. — Negociaciones. — Últimos actos de la Cámara de los diputados. — Prorogacion. — El

conde Rossi, ministro.—Valerosos esfuerzos.—Desinterés del clero y de las corporaciones religiosas.—Primeros actos del ministerio Rossi.—Siniestro proyecto de las sociedades secretas.—*Inter scyphos*.—Trastornos en Ghetto.—Firmeza de Rossi.—Marcha de la revolucion en Europa.—Revista de los carabineros.—Arresto del fraile Gavazzi.—Provocacion de la prensa.—Preludios sangrientos.—Repeticion de un drama.—Escena lúgubre.—Conjuracion. 147

CAPÍTULO IX.—Preparativos para la apertura de las Cámaras.—Numerosos avisos.—Imprudencia y valor del ministro Rossi.—Enérgica resolucion.—La causa del Papa es la causa de Dios.—Asesinato de Rossi.—Escenas atroces.—Detalles.—Discurso que debia pronunciar el ministro.—Retrato de Rossi. 167

CAPÍTULO X.—Jornada del 16 de noviembre.—Asonada.—Hermosa conducta del cuerpo diplomático y de la guardia suiza.—Detalles.—Triunfo de los revolucionarios.—Protesta del Papa. 201

CAPÍTULO XI.—José Galletti, ministro.—Sus primeros actos.—Desarme de la Guardia suiza.—Aurora boreal.—Programa del nuevo ministerio.—Division entre los revolucionarios victoriosos.—Partida de Pio IX.—Llegada á Gaeta.—Pormenores.—Carta del Papa al marqués Sachetti.—Proclama de los ministros.—Estado de los ánimos en Roma. 219

CAPÍTULO XII.—La posada del Jardin.—El gobernador de Gaeta.—Llegada del conde Spaur á Nápoles.—Fernando II.—Carta del Santo Padre.—Respuesta del rey.—Salida del rey para Gaeta.—Protesta del Papa.—Creacion de una comision Pontificia.—Contraprotesta revolucionaria.—Diputaciones enviadas al Papa.—Incidentes reaccionarios.—Creacion de una Junta suprema.—Reflexiones. 238

CAPÍTULO XIII.—Nuevos esfuerzos para llamar al Papa.—Preliminares de una asamblea constituyente.—Movimiento y desórdenes.—Proclama ilusoria.—Una fullería.—Dimision de los principales gefes de la Guardia cívica.—Marcha de los cardenales.—Diversos actos de Pio IX.—Fiesta religiosa.—El cuerpo diplomático en Gaeta.—Discurso de Pio IX.—Fidelidad de un destacamento de carabineros.—Segunda protesta Pontificia.—Sesion solemne.—Enérgica resolucion de algunos diputados.—Violencias populares.—Proyecto de ley relativo á la asamblea constituyente.—Disolucion del parlamento Romano.—Dimision del príncipe Corsini.—Violacion de leyes.—Se retira la municipalidad romana.—Regocijos oficiales.—Indiferencia del pueblo.—El cardenal Tosti.—Grandeza de alma.—Fin del año 1848. 260

CAPÍTULO XIV.—Decreto Pontificio de 1.° de enero.—Adhesion de Vicente Lumacca.—Destreza y valor.—Fiesta con motivo de una bandera.—Noble actitud del clero.—Escenas de calle.—Actos ignobles.—Energía de monseñor Canali.—El párroco de Santa María la Mayor.—Serenidad.—

Una patrulla de la Guardia cívica.— Rabia de la prensa. — Mala fe.—Proclama del general Succhi al ejército.—Creacion de una guardia pretoriana y de una comision de salud pública. 281

CAPÍTULO XV.—Nombramiento de un general de la Guardia cívica.—Sistema de intimidacion.—Maniobras revolucionarias para las elecciones de la Asamblea constituyente.— Reunion preparatoria. — Documento de la comision gubernamental.— Hechos diversos. —Instrucciones electorales. —Apertura de los colegios.—Resultados negativos. — Notas estranjeras. —Los doce constituyentes romanos.— Órdenes y decretos. —Nota del gobierno español. — Negativa por parte del Piamonte.— Asuntos de la Toscana. 294

CAPÍTULO XVI.—Apertura de la Asamblea constituyente.—Armellini.—Escena dramática.— Sesion de 7 de febrero.—Prescripcion de la soberanía temporal del Papa.—Proclamacion de la república romana.— Comité ejecutivo.—Primeras medidas.—Dimision del diputado Mamiani.—*Te-Deum.* —Protesta pontificia. — Abuso de autoridad.—Nota del cardenal Antonelli.—La república en Florencia. —Nueva ocupacion de Ferrara por los austríacos. 314

CAPÍTULO XVII. — El Carnaval.— Mazzini, diputado romano. —Empréstito forzoso.—Llamamiento del gobierno Pontificio á las potencias católicas. —Nuevos decretos revolucionarios. 348

CAPÍTULO XVIII.— Llamamiento á todos los pueblos. — Llegada de Mazzini á Roma.—Ovacion.—Reorganizacion del ministerio. — Comision militar. —Persecucion religiosa. 365

Terminando con la entrega 26.ª el tomo 1.º de la presente Historia, se advierte, que al final del 2.º se dará la fé de erratas de ambos tomos.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

II.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

II.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

II.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

CUADRO RELIGIOSO, POLÍTICO Y MILITAR DE LOS AÑOS 1846, 47, 48, 49 Y 50

EN ITALIA.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por Mr. Alfonso Balleydier.

Traducida de la cuarta edicion revisada por el autor; ilustrada con multitud de retratos de célebres personages, y escenas en perspectiva de los acontecimientos mas interesantes de aquella, abiertas en acero; aumentada con notas históricas y críticas y con documentos los mas importantes,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA FORS DE CASAMAYOR,

Abogado de los Tribunales de la Nacion, Auditor honorario de Marina, Asesor por S. M. de la provincia y Tercio Naval de Barcelona, individuo de la Academia de Jurisprudencia y Legislacion de la misma ciudad, Académico profesor de la Matritense, Miembro titular del Instituto de Africa establecido en Paris, Socio honorario de la Academia Arqueológica Tarraconense, etc etc.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA POLITÉCNICA DE TOMÁS GORCHS,
calle del Cármen, junto á la Universidad.

1857.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE ROMA.

CUADRO RELIGIOSO, POLÍTICO Y MILITAR DE LOS AÑOS 1846, 47, 48, 49 Y 50

POR PIO IX.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por Mr. Alfonso Gallenier.

Traducida de la cuarta edicion revisada por el autor; ilustrada con multitud de retratos de célebres personajes, y vistas de principales hechos que mencionados en la obra, ilustran su mérito, exactitud con que todos los detalles y cifras, son demostrados hasta su importancia;

POR

D. FRANCISCO DE PAULA TORS DE CASAMAYOR,

Doctor por el R. de la pontificia y Real de Barcelona, Catedrático de la facultad de Jurisprudencia y Legislacion de la misma citada, Letrado perito de la Reales, Diputado Diocesano de Lérida residente en Tarragona, etc. etc.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA POLITÉCNICA DE TOMÁS GORCHS,

calle del Obispo, plaza de la Constitucion.

1850.

CAPÍTULO PRIMERO.

Grito de guerra en el Piamonte.— Débil eco en Roma. — Decreto ridículo. — Creacion de un triumvirato.— Batalla de Novara.— El rey Cárlos Alberto. — Consternacion del partido republicano. — Llamamiento á los aventureros. — El Pó decretado rio nacional.—Pasquin.— Cambio de ministerio.— Profanacion de la semana santa.— Fernando II, rey de las Dos Sicilias.

Tal era el estado de las cosas en Roma, cuando en otro punto de la Península soñando el rey Cárlos Alberto en el cetro supremo, la independencia de la Italia, invocaba de nuevo al Dios de las batallas y hacia resonar el grito de ¡á las armas! Este grito guerrero solo encontró su débil eco en Roma. La república solo tenia fuerza y valor para perseguir al pobre clero y á las débiles mugeres. Como quiera, el gobierno republicano respondió al llamamiento de Cárlos Alberto, nombrando un comité de la guerra y decretando que todos los ciudadanos desde la edad de diez y ocho años á cincuenta y cinco, formaban parte de la Guardia cívica, entendiéndose movilizables desde diez y ocho á treinta años. La comision ejecutiva dictó en seguida una órden por la cual se movilizaban doce batallones distribuidos del modo siguiente:

Seis batallones regulares.

Tres batallones de carabineros.

Dos batallones universitarios.

Un batallon de aduaneros. (*Finanzieri.*)

Por su parte la Asamblea constituyente dirigia á los pueblos de la república romana la siguiente proclama firmada por su presidente C. L. Bonaparte.

«CIUDADANOS:

«El cañon italiano, precursor de las batallas y de la victoria retumba nuevamente en las llanuras de la Lombardía. ¡Á las armas! En vez de vanos discursos ahora son menester las obras! Las falanges republicanas uniéndose á las que se reunen al pié de los Alpes y á los demás soldados de la Italia volarán al combate. ¡Que no haya mas emulacion que la del valor y de los sacrificios! ¡Desgraciado del que en este momento supremo sembrase la division entre sus hermanos!

»Desde los Alpes hasta el mar, no habrá para nosotros verdadera independencia ni verdadera libertad mientras que el austríaco huelle el suelo sagrado de la patria.» «La patria reclama de vosotros hombres y dinero; ¡levantaos pues, y á su llamamiento, contestad: ¡á las armas!»

Al propio tiempo la comision ejecutiva quitando las tropas de línea de la jurisdiccion de los prefectos de provincia, las colocó bajo las órdenes únicas del ministro de la Guerra y decretó un triduo solemne para inaugurar con las bendiciones del cielo la guerra de la independencia.

En su loca presuncion los republicanos de Roma no imploraron al cielo, sino que seguros de sus bendiciones cantaron anticipadamente el *Te-Deum* de la victoria.

En medio del gran número de decretos espedidos por la Asamblea constituyente se hallan algunos cuyo ridículo escede en mucho mas á la inoportunidad. Así es que el 25 determinó por un decreto la continuacion de las escavaciones en el Foro,

CARLOS ALBERTO, REY DE CERDEÑA.

y para tal objeto concedió un crédito de diez y seis mil ochocientos escudos.

El dia siguiente 26 prohibió la caza de las codornices en el litoral del mediterráneo desde Civitavecchia á Prastra, etc. Luego considerando que en la gravedad de las circunstancias era preciso concentrar el poder sin que la Asamblea misma suspendiese la ejecucion de lo mandado, decretó la disolucion del comité ejecutivo é instituyó un triumvirato, al cual confió el gobierno de la república y poderes ilimitados para la guerra de la independencia y para la salud de la patria.

Este triumvirato compuesto de José Mazzini, Aurelio Saffi y Cárlos Armellini, se apresuró á dirigir al pueblo una proclama conteniendo segun costumbre sonoras y vanas palabras en vez de hechos: empero sus discursos se perdieron en la indiferencia del pueblo romano, como el viento del desierto de que hablan las Santas Escrituras.

Los revolucionarios de Roma y de Florencia que habian aprovechado de la actitud pacífica y conciliadora de Pio IX para derribarlo, no enviaron *un solo hombre* para ausiliar el ejército Piamontés que ellos empujaban á su perdicion en odio de las monarquías. Lo que deseaban antes de la espulsion de los austríacos los nuevos señores de Roma, era la caida de los tronos de los príncipes italianos. No habiendo podido destruir por medio del motin el de Fernando II, arrojaron á las bayonetas del Austria el de Cárlos Alberto.

Por aquel tiempo el rey de Cerdeña, príncipe desgraciado pero valiente soldado, abria la campaña á la cabeza de ciento treinta mil hombres. Iba á jugar contra el Austria su corona y la suerte de la Italia. (*)

(*) Para que pueda formarse un cabal juicio acerca de los motivos que impulsaron al rey Cárlos Alberto á denunciar el rompimiento del armisticio concluido entre los ejércitos austríaco y sardo en agosto

Un polaco llamado Chrzanowsky, y teniendo á sus órdenes á los duques de Saboya y de Génova al general Perron, Durando, La Marmora, y Romarino (este último impuesto por los clubs revolucionarios), mandaba en gefe el ejército Piamontés. El mariscal Radetzky mandaba las veteranas divisiones del

de 1848, trasladamos á continuacion el documento en que se declaró oficialmente dicho rompimiento. Dice así:

«El gobierno de S. M. Cárlos Alberto, rey de Cerdeña, etc.

»Al mariscal conde de Radetzky, general en gefe de las tropas austríacas en Italia.

»Aunque el armisticio concluido en Milan entre los ejércitos sardo y austríaco el 9 de agosto de 1848 no haya sido ractificado por los poderes constituidos del rey Cárlos Alberto, y no tenga mas carácter que el de un acto puramente militar y provisional, han sido ejecutadas fiel y lealmente todas las condiciones que se referian al ejército sardo.

»Por el contrario, las autoridades austríacas han violado y persisten en violar sus condiciones; las violaciones mas notables son: la negativa de restituir la mitad del parque de artillería del sitio de Peschiera, la ocupacion militar de los ducados, el bloqueo por tierra y mar, y los actos de hostilidad contra Venecia, la inhumanidad de algunos actos, en vez de la proteccion que el gobierno imperial aseguraba por el artículo 5.° del armisticio á las personas y á las propiedades de todos los puntos de donde salia el ejército real.

»Las numerosas reclamaciones del gobierno del rey contra estas violaciones han sido ineficaces; deben recaer tanto mas sobre el gobierno imperial, cuanto que el teniente general baron de Hesse, en su despacho del 1.° de octubre último decia: «*que la franqueza y la lealtad militar consentirian fácilmente en admitir las reclamaciones del ministro de la guerra sardo; pero que el mariscal conde Radetzki, que en esta ocasion no era mas que el órgano responsable de su gobierno, se encontraba á pesar suyo obligado á adoptar el sistema de la corte de Viena.*»

»La intencion y el espíritu del armisticio eran que sirviese de base á la negociacion de la paz; pero el gobierno imperial se ha negado evidentemente á ello, no accediendo al deseo de las grandes potencias de que se designara una ciudad para las conferencias; y puesto que ha

Austria, formando un efectivo de ochenta y tres mil hombres. Despues de algunos triunfos insignificantes conseguidos por las tropas reales, Radetzky atravesó el Tessino y los dos ejércitos enemigos se hallaron en las llanuras de Novara.

La primera division del ejército piamontés compuesta de las

querido insistir sobre la conservacion de los tratados de 1815, lo cual repugna muy claramente á las ideas y á las bases de las mediaciones propuestas, y puesto que ha rehusado enviar un plenipotenciario á Bruselas, en donde desde hace tiempo estaban reunidos los ministros de Francia, de Inglaterra y Cerdeña.

»Supuesto esto, el gobierno de S. M. Cárlos Alberto declara que ya no está obligado; sino en todas las hipótesis libre del sobredicho tratado del 9 de agosto de 1848, concluido entre el baron de Hesse, teniente general, Cuartel Maestre, general del ejército austríaco, y el conde de Salasco, teniente general y mayor general del ejército sardo; y para garantizar superabundantemente el honor del ejército sardo, denuncia en nombre de S. M. la cesacion del armisticio.

»La presente será llevada inmediatamente al cuartel general del mariscal conde Radetzky, en Milan.

»Turin 12 de marzo de 1849.—(Siguen las firmas).

Con la misma fecha el rey Cárlos Alberto dirigió una proclama á la brigada de Saboya por conducto de su general. En ella despues de citar el rey las muestras de valor y fidelidad dadas por aquellas tropas, decia que en la guerra que iba á comenzar de nuevo queria estar siempre entre los valientes y leales hijos de los Alpes, y esperaba que la brigada saboyana no desmentiria su fama consagrada por tantos siglos.

A los pocos dias de haberse denunciado al Austria la conclusion del armisticio, se publicaba en la capital del Piamonte por el mismo gobierno un manifiesto concebido en estos términos:

»El gobierno sardo á las naciones de la Europa civilizada.

»El gobierno sardo, obligado por los acontecimientos á entrar en la carrera donde le llamó el año pasado el voto de los pueblos italianos, determinados á conquistar su nacionalidad, apela con confianza á la opinion de Europa para la justa apreciacion de sus intenciones y de su conducta.

»Es inútil recordar el orígen y la marcha de la revolucion italiana,

brigadas de Aosta y de Regina formaban el ala derecha, que se desplegaba detrás de Corto-Nuova á la izquierda de la carretera de Verceli, á las órdenes del general Jaime Durando. La segunda division compuesta de las brigadas de Casale, de Acqui y de Parma, se estendia frente la lechería llamada la

la cual fué efecto de causas acumuladas de antiguo y maduradas por el tiempo y por los progresos de la civilizacion. Su primer grito, su primer voto fué la reintegracion de la independencia nacional. El objeto que se propuso en sus diversas faces, fué destruir los obstáculos que se oponian á la realizacion de este deseo. Estos obstáculos se reasumen todos en la dominacion austríaca en las provincias del Lombardo-Veneto, y en la influencia mas ó menos directa que dicha nacion ha querido ejercer en los diversos Estados de la Península. Por lo tanto era natural que la revolucion italiana viese en el Austria su principal enemigo y reuniese contra ella todos sus esfuerzos.

» Los gobieruos italianos, aunque hubiesen querido ¿podian desconocer este voto de la revolucion italiana? Las consideraciones mas graves hacen creer que no podian desconocerlo, entonces menos que nunca. Los pueblos que acababan de obtener de sus gobiernos instituciones liberales, cuyo deseo y cuya necesidad se manifestaban hacia mucho tiempo, esperimentaban con el sentimiento de un amor enérgico por la nueva libertad, un sentimiento no menos enérgico por la independencia nacional, persuadidos de que no habia verdadera libertad sino sobre las bases de la independencia.

» ¿Debian oponerse los gobiernos á los votos unánimes de los pueblos por miramientos á los pretendidos derechos del Austria? Estos derechos se fundan en la posesion y en los tratados. En cuanto á la posesion siempre puede examinarse su orígen; con respecto á los tratados es necesario examiuar cómo se hicieron y cómo se han observado.

» Ante todo es necesario considerar los orígenes diversos de la posesion austríaca en el reino Lombardo-Veneto. No puede admitirse que Austria quiera resucitar los antiguos derechos que los emperadores de Alemania pretendian tener sobre Italia. Estos derechos, aun admitiéndolos bajo el concepto histórico, han sido completamente destruidos por las mismas estipulaciones en que Austria podria apoyarse ahora para sostener sus pretensiones.

Ciudadela. La tercera division formada de las brigadas de Savona y de Saboya, se apoyaba en algunas casas y en la iglesia de la Bicocca: el general Perron la mandaba. La reserva, compuesta de las brigadas de Pigneroles y Piamonte ocupaba á las órdenes del duque de Génova los alrededores del cementerio

» Reproducir ahora los títulos del Austria á la posesion de esas provincias que formaban además de los ducados de Milan y de Mantua, seria renovar la cuestion sobre la legitimidad de la reversion de los feudos al imperio; seria recurrir á los principios de una jurisprudencia que ha caido en desuso para resolver una cuestion palpitante de actualidad; y si se trata de las provincias que formaban antes las posesiones de tierra firme de la república de Venecia, el derecho de Austria sobre estos paises parece que solo se funda en esos actos arbitrarios que la conciencia pública ha condenado siempre como contrarios á todas las reglas de la justicia y de la equidad, actos de los cuales resultaba casi siempre que dos grandes potencias, despues de apoderarse de un pequeño pais, lo dividian entre sí como compensacion de territorio.

» El gobierno sardo que cree por una parte que los gobiernos italianos no deberian reconocer al Austria el derecho de conquista, cree tambien que no deben considerar al Austria fundada en las pretensiones que se arroga con arreglo á los tratados. Seria inútil recurrir á los tratados antiguos, por cuanto han perdido toda su fuerza en virtud de las disposiciones subsiguientes que los habian alterado profundamente; y en cuanto á los tratados de 1815, á los cuales se refiere principalmente el Austria, ahora como entonces, no se ha separado del espíritu de su política, que consiste en absorber las diversas nacionalidades de sus estados.

» No hay necesidad de indicar que el Austria invoca los tratados de 1815, despues de haberlos violado con la violenta ocupacion de Cracovia, contra la cual se oyen todavía las protestas de toda Europa. Además, si los tratados deciden las cuestiones pendientes entre los pueblos, no pueden decidir igualmente de la existencia de los mismos pueblos, porque no pueden borrar el idioma y la historia, y hacer que un hecho pasagero, resultado de la fuerza bruta, se sostenga perpétuamente contra las leyes dictadas por la naturaleza y la Providen-

de San Nazario. Los batallones compuestos de voluntarios procedentes de varias comarcas de Italia, se hallaban a la derecha de Crecate. En fin, el duque de Saboya á la cabeza de los guardias de la brigada de Cuneo, apoyando el ala derecha ocupaba el terreno que se estendia al pié de las murallas de la ciudad.

cia. La Italia debe existir por sí misma, no en la geografía y en la estadística, sino en el congreso de las naciones civilizadas.

»El gobierno sardo no niega la responsabilidad que tiene por haber empezado la guerra de la independencia italiana; al contrario, se honra con haber tenido el valor suficiente para emprender una obra tan arriesgada. Sabia que al emprenderla correspondia á los deseos de los pueblos y trabajaba en favor de la causa mas santa del órden social y de la humanidad. Todos los gobiernos de la Península se hallan de acuerdo con él, todos habian suministrado su contingente para la guerra, y todos han probado tambien que la independencia de Italia era el voto de todos los pueblos italianos.

»El gobierno sardo, el primero que emprendió la guerra, no consultando sino el derecho y el voto de la nacion, ha contraido el deber mas riguroso de continuarla, principalmente desde que la fusion de las provincias lombardo-venecianas y de los ducados con los Estados sardos, fusion unánimemente deseada por las poblaciones, le impuso el deber de defender y libertar á los paises que eran teatro de la guerra. Secundado por nobles esfuerzos y por inmensos sacrificios, despues de obtener las primeras victorias en el campo de batalla, quedó solo en un terreno donde las pasiones poco nobles habian sembrado ya la discordia. Llegaron dias de desastres; y la Cerdeña, abandonada por la fortuna, tuvo que ceder á las circunstancias. Entonces se concluyó su armisticio entre los dos ejércitos.

»Francia, á la cual el gobierno sardo habia pedido los socorros prometidos á los pueblos que deseaban reconquistar su nacionalidad, propuso á su vez una mediacion de acuerdo con Inglaterra; mas apenas la Cerdeña por deferencia á estas dos grandes potencias y por amor á la paz, hubo aceptado la mediacion, el Austria empezó á manifestar que no tenia un deseo sincero de que se hiciese un arreglo honroso, y que solo queria aprovechar el armisticio y la mediacion para resta-

Este órden de batalla, desplegando en una inmensa estension de terreno las fuerzas piamontesas delante de las austríacas que concentraban las suyas, fué la primera falta de la cual supo aprovecharse el mariscal Radetzky.

Á las once de la mañana este hábil guerrero rompió el fue-

blecer sus fuerzas y poder reconstituir su imperio desorganizado. Este era el verdadero pensamiento de la política de Austria desde el 9 de agosto en adelante; este fué el motivo de todas las tergiversaciones patentes ó simuladas con las cuales se burla hace mas de siete meses de la buena fe de Cerdeña y de las potencias mediadoras.

»Austria ha violado de varios modos las estipulaciones espresas del armisticio y la condicion internacional de los paises que solo debia ocupar militarmente con arreglo á los artículos del armisticio y al sentido mas natural de la mediacion. Las ha violado reteniendo el parque del sitio de Peschiera, so pretesto de que las tropas sardas no habian salido de Venecia, pero en realidad con objeto de impedir que Cerdeña volviese á empezar la guerra. Las ha violado bloqueando á Venecia por mar y tierra, aunque esta ciudad sancionó la suspension de las hostilidades. Las ha violado restableciendo en el poder al duque de Módena, y dictando actos gubernamentales en las provincias lombardo-venecianas y en los ducados. Las ha violado imponiendo exorbitantes contribuciones de guerra á los refugiados, dictadas por la cólera y el odio, y dando á los emigrados la órden de volver en un plazo fijo á sus hogares, so pena de confiscacion de bienes. Las ha violado con su decreto de 5 de enero de 1849, en el cual el comisario imperial mandaba se enviasen diputados á Viena para la reorganizacion de las provincias lombardo-venecianas. Las ha violado con todas esas leyes arbitrarias, con esas protestas pérfidas con que quiere persuadir á todos de que la revolucion se ha ahogado completamente en las provincias que ocupa, y que en ellas solo reina una viva simpatía por el antiguo órden de cosas. Las ha violado hollando los derechos eternos que rigen á todas las sociedades, y permitiendo al feld-mariscal, comandante en gefe, y á sus tenientes en los paises ocupados militarmente, recurrir á la fuerza bruta, á la rapiña y á las medidas insolentes que agotan la paciencia de los hombres mas sufridos.

»La Europa oyó horrorizada la relacion de estos hechos, y pre-

go, dirigiendo su movimiento de ataque contra la Bicocca en la línea del ejército piamontés. Despues de un vivo fuego de fusilería por ambas partes la accion se trabó en toda la línea de batalla. La brigada de Savona que ocupaba las primeras posiciones, cede de repente, pero reforzada por la brigada de Sa-

guntó ¿cómo podian cometerse tan grandes escesos en la época actual por un gobierno que se suponia colocado á la altura de las ideas de nuestro siglo.

»En semejante estado de cosas el gobierno sardo debió examinar seriamente su posicion bajo el punto de vista del derecho y de los hechos de sus relaciones con las potencias mediadoras, y del estado general de Italia, para deliberar sobre el partido que su honor y sus títulos mas legítimos le debian aconsejar que adoptase. Por una parte examinó su derecho y sus deberes de defender á los pueblos que se habian unido á los de los estados sardos y sus votos unánimes en favor de la independencia italiana; por otra parte consideró todas las persecuciones sufridas desde el 9 de agosto por las poblaciones lombardo-venecianas y de los ducados, y los sacrificios inmensos hechos por el Estado durante este período, que han hecho pesar sobre él todos los gastos de la guerra sin proporcionarle ventajas ni esperanzas. Sobre todo tomó en consideracion las manifestaciones espontáneas de las poblaciones que le pedian que sacase el pais de la incertidumbre y mantuviese la proclamada union de los pueblos lombardo-venecianos y de los ducados con Cerdeña.

»El gobierno sardo reconoció tambien que sus miramientos para con las potencias mediadoras , no podian llegar hasta el punto de imponer á Cerdeña el sacrificio de su honor y de su salvacion, y está persuadido de que la sabiduría de estos gobiernos y la generosidad de sus paises habrán conocido que la obra amistosa de la mediacion, no podia ser considerada por Cerdeña sino como un beneficio aunque de ningun efecto; de otro modo esa mediacion no habria sido un mérito por su parte, ni un título al reconocimiento de la Cerdeña.

»El gobierno sardo ha creido que no habiendo el Austria adoptado ninguna base de mediacion, y habiendo declarado en actos públicos y oficiales que no queria ceder en nada de lo establecido en los tratados de 1815, ni renunciar á ninguna parte de los paises poseidos por ella

boya, recobra en seguida el terreno perdido y avanza al propio tiempo hasta la lechería de Lavinchi, situada á la izquierda de la Ciudadela. Entonces se debilita el fuego de los austríacos en el ala izquierda y parece que sus fuerzas se concentran sobre el centro contra la Ciudadela, que fué tomada y vuelta

en virtud de dichos tratados, faltaba evidentemente el objeto de la mediacion. Ha pensado que si Francia é Inglaterra toleraron que Austria hiciese tan poco caso de la mediacion, no podian tampoco ofenderse si Cerdeña adoptaba el partido de volver al estado en que se hallaba antes de la intervencion amistosa de ambas potencias, principalmente si se tiene presente que durante todo este tiempo se mostró constantemente leal.

» Ha creido por último que Francia é Inglaterra, y todas las naciones civilizadas, no desconocerán lo noble y generoso que es para un gobierno y para un pueblo arrostrar los peligros de la guerra contra uno de los estados mas poderosos del mundo con objeto de reconquistar la independencia nacional, y libertar á una parte de sus hermanos de la cruel opresion.

» Despues de haber considerado todas las eventualidades, y de haber examinado las causas lejanas y próximas de los últimos sucesos, el gobierno sardo queda completamente convencido, de que salir de la situacion actual no es menos necesario para la alta Italia que para toda la Península, y que obrar de otro modo seria esponer á graves peligros las condiciones mas esenciales del órden político y social.

» En vista de estas consideraciones, el gobierno sardo ha conocido que no le quedaba otro partido que adoptar sino el de la guerra, y lo ha adoptado.

» Despues de tantos y tan flagrantes violaciones del armisticio cometidas por el Austria, la Cerdeña, cuyos poderes constituidos no han reconocido ni ratificado este armisticio, tenia derecho á prescindir de la formalidad de denunciarlo. Pero ha renunciado á este derecho, queriendo demostrar hasta el fin su respeto por las costumbres reconocidas como inviolables entre las naciones civilizadas.

» El 12 de este mes el gobierno sardo ha denunciado al Austria la conclusion del armisticio.

» La Europa juzgará entre ambos gobiernos. La Europa dirá si por

á tomar varias veces por las brigadas Casale, Acqui y de Parma. Habíase hecho nuevamente mas vivo el ataque sobre la izquierda, cuando las brigadas de Savona y de Saboya, diezmadas por la metralla, empezaron á replegarse por la parte de la Bicocca. Esta posicion debia decidir de la suerte de la

una parte se podia llevar mas lejos el respeto por un contrato impuesto por las circunstancias, la paciencia y la longanimidad, y por la otra la violencia, las infracciones y el insulto. La Europa no rehusará sus simpatías en la lucha que va á empezar, á la parte que va á combatir por los derechos imprescriptibles de los pueblos, y por la santa causa de la humanidad.

» El gobierno sardo toma como testigos de la justicia de su causa á todas las naciones civilizadas; apela á las altas potencias que ya le han prestado generosamente sus buenos oficios; apela á todos los pueblos que antes y ahora han combatido ó combaten todavía por la independencia y saben lo amarga que es su falta, lo difícil que es su conquista; apela á la misma Alemania, cuyas relaciones de idioma, de vecindad y de costumbres con el Austria, no deben hacer olvidar lo hostil que se muestra esta potencia á la recomposicion de una fuerte nacionalidad alemana. Apela por último y con mas ardor y confianza á las poblaciones de la Península itálica, que á pesar de las faltas y de los errores de los siglos pasados, se hallan todas siempre unidas por los recuerdos, por los sentimientos, por las esperanzas y por el corazon.

» La guerra de la independencia nacional vuelve á inaugurarse. Si no empieza con auspicios tan favorables como el año pasado, la causa es siempre la misma. Esta causa es santa como el derecho que tienen todos los pueblos de poseer el territorio en que Dios les ha colocado; es grande como el nombre y los recuerdos de Italia. Los votos de Italia nos acompañarán á esos campos de batalla donde el ejército subalpino con su rey magnánimo y con los valientes hijos de este mismo rey, dió pruebas tan grandes de valor, de constancia y de intrepidez; donde nuestros hermanos de Lombardía, de Venecia y de los ducados sufrieron durante siete meses los ultrajes mas crueles, las mas indignas vejaciones.

» Sí, tenemos la noble confianza de que vengaremos los dolores de la patria, de que libertaremos toda la porcion de la Italia, que sufre

jornada. La reserva á las órdenes del duque de Génova acudió para sostenerla. El jóven príncipe dando ejemplo de valor, hizo prodigios, y despues de haber tenido varios caballos muertos ó heridos peleó bizarramente á pié. ¡Vanos esfuerzos! La Bicocca fué tomada por los enemigos. Entonces los bata-

el yugo del estranjero, de que libertaremos á la heróica Venecia, y de que aseguraremos para siempre la independencia italiana.»

A los pocos dias, el mariscal Radetzky, comandante en gefe del ejército austríaco, desde su cuartel general de Milan, el 12 de marzo, dirigia á sus soldados la siguiente proclama.

«¡Soldados! Se han cumplido vuestros mas ardientes votos: el enemigo nos ha denunciado el armisticio. Por segunda vez estiende la mano sobre la corona de Italia; pero debe saber que seis meses no han alterado en nada vuestro valor y vuestra fidelidad hácia vuestro emperador y rey. Cuando salisteis de las puertas de Verona, y marchando de victoria en victoria, arrojasteis al enemigo en sus fronteras, le concedisteis generosamente un armisticio. Pero al mismo tiempo que él decia que queria hacer proposiciones pacíficas, se preparaba para la guerra.

»Pues bien, nosotros tambien estamos preparados, y la paz que generosamente le ofrecíamos la obtendremos por la fuerza en su capital.

»¡Soldados! la lucha no será larga: es contra el mismo enemigo á quien habeis derrotado en Santa Lucía.

»Dios está con nosotros, porque nuestra causa es justa, alerta, soldados: seguid por segunda vez, seguid á vuestro gefe encanecido en el servicio de las armas; seguidle á la guerra y á la victoria. Yo seré testigo de vuestras hazañas. Será el último acto mas placentero de mi prolongada vida de soldado, si en la capital de un enemigo desleal puedo condecorar el pecho de mis valientes camaradas con la insignia de su valor conquistada con la sangre y la gloria.

»¡Adelante soldados! ¡Á Turin! Sea esta nuestra palabra de órden; en ella encontraremos la paz por la cual combatimos. ¡Viva el emperador! ¡Viva la patria! —Radetzky.»

Por su parte el mayor general Chrzanowski dirigia al ejército sardo la alocucion siguiente:

«¡Soldados! han pasado ya los dias de la tregua, y nuestros votos

llones piamonteses se replegaron los unos tras de los otros; sobrevino la noche y el campo de batalla quedó en poder del vencedor Radetzky.

El rey Cárlos Alberto, constantemente espuesto al fuego buscando con preferencia las posiciones mas peligrosas, demostró un valor heróico durante toda la accion, pero desde el punto que vió la batalla perdida estuvo sublime.... « Puesto que no he podido en este dia, gritó, morir como un soldado, ni salvar la Italia, mi tarea ha terminado desde ahora. Ya no puedo prestar mas servicios á la patria para cuyo bienestar diez y ocho años ha que consagro mi vida, y por lo tanto renuncio voluntariamente la corona para depositarla en las sienes de mi hijo. »

¡Aquel momento era solemne! en pié, y firme frente la des-

y deseos se han satisfecho. Cárlos Alberto viene á ponerse á la cabeza de sus valientes tropas.

» El armisticio se ha concluido, y van á principiar los dias de gloria para las armas italianas.

» Soldados, este momento es grandioso; corred á la batalla que será de seguro para vosotros una victoria cierta. Á ejemplo de vuestros príncipes que combaten en vuestras filas, á la voz de vuestro rey que os conduce, corred, haced ver á la Europa que no solo sois el baluarte de la Italia, sino tambien los vengadores de sus derechos.

» Á la aproximacion de vuestras armas, las poblaciones oprimidas trocarán en gritos de alegría sus llantos y lamentos, y los hermanos á quienes hayais salvado correrán á abrazaros participando de la embriaguez del triunfo.

» ¡Soldados! mientras mayor sea vuestro ardimiento mas pronto obtendreis la victoria; mientras mas fuerte sea la lucha, mas brevemente volvereis al seno de vuestras familias, coronados de laurel, y orgullosos por haber constituido una patria libre, independiente y feliz. Cuartel general de Alejandría 14 de marzo de 1849. — El teniente general, mayor general del ejército, Chrzanowski. »

(Nota del Traductor.)

gracia, Cárlos Alberto rodeado de sus hijos y de sus principales oficiales, los cuales procuraban todos hacerle cambiar de resolucion, permaneció firme é inmutable en su voluntad. — « Os agradezco, señores, les dijo abrazándoles, os agradezco cuantos servicios habeis prestado al Estado y á mi persona; empero ya no soy rey: mi hijo Víctor es el soberano. » « *Io non sono più il re, il re è Vittorio mio figlio.* »

Una hora despues el glorioso vencido de Novara, acompañado de un solo criado, partió para ir á morir en tierra estranjera.

Tal vez la historia contará un dia que el rey Cárlos Alberto murió víctima de su ambicion: este agravio no empañaria en manera alguna su gloria, porque cuando la ambicion dimana de un sentimiento generoso, es la virtud de las almas grandes. El rey Cárlos Alberto no debió tanto su pérdida á la ambicion personal como á la fatalidad de las circunstancias en las cuales se halló. Colocado entre dos escollos inevitables, la pérdida de su corona por la revolucion, ó la caida de su trono por la guerra estranjera, optó por el que podia hacerle perder corona y cetro, empero conservarle su honor. En todas las revoluciones es menester un noble holocausto. Cárlos Alberto ha sido el de la Italia, como Luis XVI fué el de la Francia, escepto el cadalso; como Pio IX lo fué de Roma esceptuando el regicidio. Obligado á ceder á todas las crecientes exigencias, el descendiente de la antigua familia de Saboya se perdió desde el dia en que entró en la via de las concesiones. Desde aquel momento data su verdadera abdicacion. La desgracia lo refrendó en Novara con la espada de la Italia hecha pedazos.

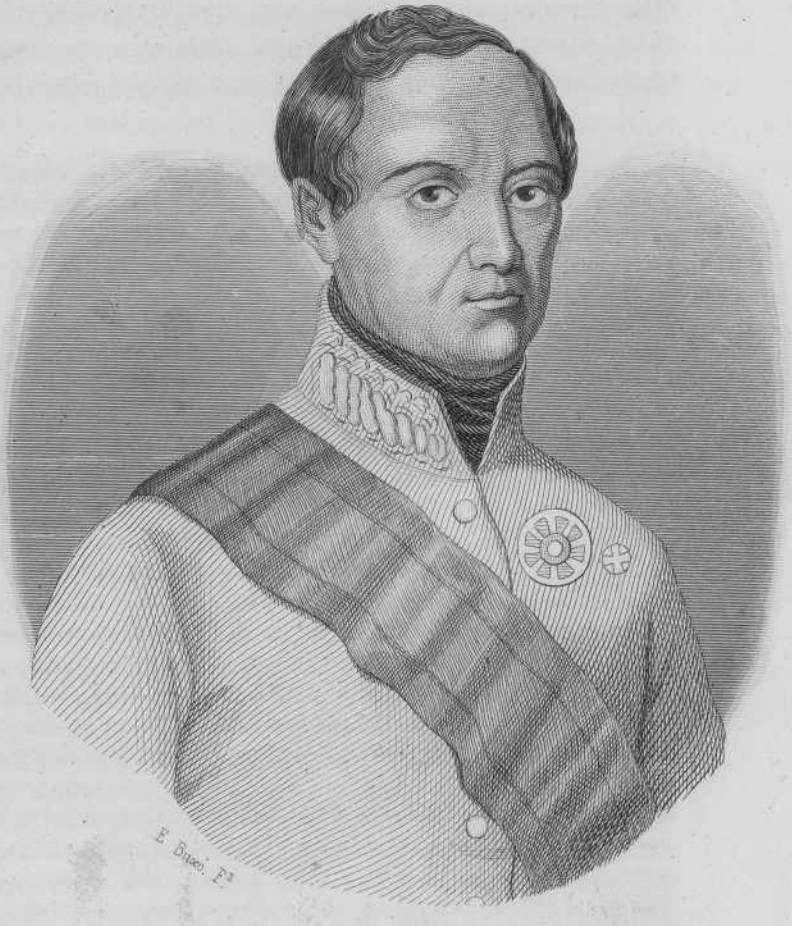
El nombre de Cárlos Alberto será grande en el porvenir, porque para eternizar su gloria, la implacable revolucion ha arrojado el insulto al sacrificio. El historiador debe consignarlo: triunfante la revolucion por un momento en Italia, do-

minó el terreno desde el Tíber hasta el Pó, levantó ejércitos, designó é impuso la eleccion de sus generales: absorbió á manos llenas el oro y la sangre de los pueblos de la Península: Cárlos Alberto le sacrificó sus amigos, sus tesoros, sus soldados, su cetro y hasta su vida: hizo un llamamiento á todas las pasiones desordenadas, á todos los valerosos indomables de la Europa: revistó batallones compuestos de hombres cuya sola nacionalidad presagiaba la victoria: reunió bajo sus banderas ardientes adhesiones. Empero ¿qué hizo de todos aquellos elementos de triunfo? Una sangrienta mortaja á la independencia italiana. (*)

(*) Hé aquí como el valiente y esperimentado feld-mariscal conde Radetzky reseñaba á sus tropas la conducta del rey Cárlos Alberto en un manifiesto que copiamos de la *Gaceta de Madrid* del dia 16 de marzo de 1849.

«En el momento en que voy á sacar otra vez la espada para defender los derechos del emperador mi señor, y mantener la integridad de la monarquía, debo á mi valiente ejército y á la santidad de la causa que defiendo una esplicacion sobre la conducta de mi adversario y la mia. El poder de una causa justa es grande; en esto fundo mi esperanza, y no temo dejar á los contemporáneos y á la posteridad el cuidado de decidir si la razon está de parte del emperador, ó del rey de Cerdeña. La posesion de Italia es su objeto constante. Mientras que en sus notas diplomáticas se leian espresiones hipócritas las mas amistosas, de buena vecindad, las columnas de su ejército pasaban el Tessino y penetraban en Lombardía. Olvidando los lazos de parentesco que unen su casa á la casa imperial, olvidando que la casa de Saboya debe al Austria la conservacian de su corona, violando la santidad de todos los tratados y despreciando las leyes que aun los pueblos bárbaros respetan, se ha arrojado con su ejército sobre nuestro territorio, como el ladron que espera el momento de ausencia del dueño para cometer impunemente el robo.

»El orígen de esta guerra es conocido. Bajo la proteccion de varios gobiernos de Italia, se habia formado una sociedad con el visible objeto de realizar la unidad de Italia destruyendo la dominacion austríaca.



RADETZKI.

La noticia del desastre de Novara llegó á Roma al mismo tiempo que la de la rendicion de Génova y del triunfo de la reaccion de Toscana. Esto sumió en la mayor consternacion á los gobernantes de Roma y á la demagogia. El ministro de Negocios estranjeros tuvo que acudir á las mas grandes precauciones oratorias para anunciarlo desde la tribuna de la constituyente, y quiso asimismo atenuar la rota participando

Sin la espulsion de los austríacos de los llanos de Lombardía, no era posible realizar este proyecto. Los que conocen la Italia, su historia, el orígen de sus Estados y de su constitucion, sus poblaciones y su carácter, podrán convencerse de que los gefes de este movimiento, que tan de cerca amenazaba á los gobiernos, no podian creer en la realizacion de la unidad italiana. Su primer pensamiento era la ruina de todo gobierno legal, y del Austria en particular, para que despues naciese de la sangre y de las ruinas de una república roja.

»En esta comedia política se habia dado á Cárlos Alberto el principal papel; se contaba con su ejército, con sus instintos belicosos, y con los recursos que podia ofrecer al movimiento proyectado. La concentracion de mis fuerzas en mis recursos militares fué considerada por Cárlos Alberto como una falta, como el abandono de Lombardía. ¡Grave error! Entonces poseia medios suficientes para hacer que Milan se arrepintiese de su rebelion, pero no hice uso de ellos. Sabia que la solucion de la cuestion no dependia de la destruccion de una ciudad, que por otra parte queria conservar á mi emperador y amo. Cárlos Alberto cruzó como en triunfo la Lombardía sin hallar resistencia, creyéndose ya dueño del pais, porque ignoraba la diferencia que hay entre ocupar y conservar un pais. Solo en el Mincio encontró al ejército imperial.

»Allí terminó su marcha, pues fué derrotado y tuvo que cruzar de nuevo la Lombardía, huyendo con mas rapidez que cuando entró triunfante. Delante de Milan quiso resistir á mi ejército victorioso; entonces me hubiera sido fácil hacerle rendir las armas, porque mi ejército era dueño de sus comunicaciones, y en dos dias se habria podido cortar al enemigo la retirada de esta ciudad.

»La vanguardia del ejército enemigo se hallaba desorganizada. Estaba seguro de que no hallaria obstáculos en mi marcha; sin embargo

contradictoriamente á la verdad, la insurreccion de la Lombardía y la proclamacion de la república en los Abruzos y en la tierra de labor.

Por su parte los triumviros que no podian hacerse ilusiones acerca las consecuencias de la victoria del mariscal Radetzky, hicieron en forma de proclama un llamamiento á todos los aventureros de la Península. Reducida la revolucion á impo-

concedí un armisticio á mi adversario. Permití que todos los que se habian comprometido saliesen de Milan; los habitantes de Milan no esperaban ser tratados con tanta indulgencia; pero usando de esta moderacion, creí que obraba con arreglo á los deseos del gobierno de mi emperador y soberano. Yo sabia que Austria queria defender su buen derecho y rechazar un ataque desleal, sin hacer conquistas ni motivar una guerra general en Europa, y por esta razon me detuve á las orillas del Tessino. Cuando Cárlos Alberto se repuso de sus anteriores reveses y reorganizó de nuevo sus fuerzas, volvió á adoptar su antiguo sistema de intrigas, y alegando sutiles é indignos pretestos, se negó á evacuar á Venecia y no ejecutó el artículo 4.º del armisticio.

»Me ví por lo tanto obligado á usar de represalias y á retener el parque de artillería de sitio que estaba en Peschiera, hasta que las tropas y la escuadra piamontesas abandonasen la ciudad de Venecia y el mar Adriático. La escuadra abandonó las aguas de Venecia, pero no volvió á los puertos de los Estados sardos, con arreglo al artículo 4.º del armisticio, sino á Ancona, donde continuó favoreciendo la insurreccion de Venecia. Cárlos Alberto se consideraba siempre como el dueño absoluto de la Lombardía, y formó con los fugitivos lombardos un Consejo de Gobierno, el cual espidió decretos como si fuese el gobierno legítimo del pais. Imprimíanse en el cuartel general del rey los boletines mas mentirosos y mas absurdos, y despues se difundian en toda la Lombardía para propagar y mantener en el pueblo la agitacion y la ceguedad. Los agentes malvados de las provincias sublevadas del imperio eran tratados por el rey y sus cámaras como si fuesen enviados de potencias amigas. Estos hombres repartian proclamas incendiarias á mis soldados, incitándoles á la desercion. Estos infames reclutadores y los desertores hacian un papel importante en el cuartel general del rey.

tentes vociferaciones lanzaba de esta suerte su último grito de astucia:

«¡CIUDADANOS ITALIANOS!

»Vencido el Piamonte, caida Génova, conmovida la Toscana por culpables tentativas de reaccion, la vida, la verdadera vida italiana se concentra en Roma. ¡Que Roma sea pues

»Si yo hubiera podido prever que la dignidad real se habia de envilecer de este modo en la persona de Cárlos Alberto, no le habria ahorrado la vergüenza de hacerlo prisionero en Milan. Por respeto á una princesa, que en vista de las tendencias anti-monárquicas de la época, creí que debia proteger aun en la persona de mi mismo enemigo, nunca habria olvidado que entre la dignidad y la persona existe una grande diferencia. Los acontecimientos políticos han sido causa de que el armisticio se prolongue mas de lo que se habia pensado en el momento de su conclusion. El Piamonte aprovechó este tiempo para hacer grandes preparativos de guerra. En una palabra, el armisticio ha sido un engaño, á pesar de que el rey protestó de sus intenciones pacíficas al tiempo de pedirlo. El rey no habia olvidado la pérdida de la corona de hierro, de la cual se creia ya poseedor, y no podia resistir á la idea de verse tan rápidamente privado de la fama de gran capitan á que aspiraba.

»Los hombres moderados, los patriotas esperimentados, los súbditos adictos á la dinastía fueron alejados del gabinete, y en su lugar fueron llamados los republicanos mas exaltados, los hombres mas ignorantes y fanáticos, y algunos milaneses intrigantes. Estos hombres aconsejaron al rey la adopcion de medidas estremas y ruinosas; de suerte que este rey, digno de compasion, comprometió la prosperidad de sus provincias hereditarias y la existencia de su propia dinastía.

»La casa de Saboya, con una conducta política poco honrada, ha aprovechado siempre las ocasiones de hallarse ocupada Austria en graves luchas, como sucedió en la guerra de sucesion austríaca, para adquirir alguna parte de la Lombardía. Pero Cárlos Alberto es el primero que ha aspirado á la posesion de todo el reino. ¿En qué derechos funda su pretension? En ninguno. Austria posee la Lombardía en virtud de los mismos tratados que dieron á la casa de Saboya el título

el corazon de la Italia! que sea el hogar de los pensamientos generosos y de los hechos dignos de nuestros antepasados. Partiendo de Roma la vida, refluirá por la fuerza del ejemplo en los miembros dispersos de la gran familia italiana.

» Lombardos, Genoveses, Toscanos, todos cuantos sois hermanos por patria y por creencias, Roma os abre sus brazos maternales. Los fuertes hallarán en ella un campo, los débi-

y la propiedad de la isla de Cerdeña. ¿Se funda en el derecho de conquista? Cárlos Alberto nunca ha conquistado la Lombardía. Ha escogido el momento de hallarse el pais desguarnecido de tropas para hacer una irrupcion desleal, pero tambien ha sido vergonzosamente rechazado. ¿Seria en el derecho de la libre eleccion del pueblo, de la llamada fusion? Esa fusion no es mas que un acto de rebelion, un acto arrancado ilegalmente y con violencia á un partido; un acto del cual las tres cuartas partes de la poblacion no han tenido conocimiento alguno, ni la menor idea.

» Cárlos Alberto nunca ha gozado de las simpatías de la Lombardía, ni en la actualidad tampoco. Los mismos generales lo declaran. Se habia contado con su ejército, con sú ayuda: de aquí los cálculos hechos únicamente para satisfaccion de la vanidad. Cuando el ejército fué batido y derrotado, las simpatías han degenerado en odio y en los mas indignos tratamientos.

» Al que quiera conocer el amor de los lombardos á Cárlos Alberto, le diremos: «Visitad el palacio de Greppi en Milan, y allí encontrareis las huellas de ese amor en los agujeros que han acribillado la habitacion que ocupaba Cárlos Alberto.» Y añadiremos: Ha huido vergonzosamente por la noche, de la capital de sus fieles aliados lombardos: un rey tan despreciado no puede ser un rey de la eleccion del pueblo. Nunca rey alguno fué tan indignamente tratado como Cárlos Alberto por los milaneses. ¿Cómo puede haber existido, cómo podrá haber todavía lazo alguno de afecto y amistad entre Cárlos Alberto y los lombardos. Ambas partes se engañan, y cuando el temido austríaco sea vencido, estos dos aliados esperan deshacerse fácilmente el uno del otro.

» Cárlos Alberto trabaja en la ruina de su trono y de su dinastia, como si fuera el principal agente de Mazzini: habiendo sido el mas ab-

les la hospitalidad. ¡Nada pues ha cambiado para nosotros! etc. etc.....»

Aquel mismo dia la Asamblea constituyente promulgó dos decretos que traspasaban todos los límites conocidos de lo absurdo y lo ridículo.

Vamos á citarlos testualmente:

«El poder ejecutivo de la república anuncia que la Asamblea constituyente en sesion del 12 de abril ha promulgado el siguiente decreto:

«La Asamblea constituyente decreta: *el Pó queda declarado rio nacional.*

»Roma 12 de abril de 1849.

»J. Mazzini, Aurelio Saffi, C. Armellini.»

»La Asamblea constituyente romana teniendo en consideracion los últimos acontecimientos, declara: La república romana, asilo y muralla de la libertad italiana, no cederá ni transigirá nunca.

»Los representantes y los triumviros, *juran en nombre de Dios y en el del pueblo que la patria se salvará.*

»Roma 14 de abril de 1849.

»El presidente de la Asamblea, A. Salicetti.»

soluto de los monarcas, creyó consolidar su trono adoptando una política vulgar y rastrera. La honradez y la justicia son virtudes sin las cuales nunca un monarca podrá ser digno ni respetado. No hay ejemplo en la historia de que los tronos se hayan consolidado por la deslealtad y el perjurio; y Cárlos Alberto no tendrá muy seguro el suyo, despues de haberlo minado por el espíritu de conquista, y por una ambicion desmesurada. Confiando en la justicia de nuestra causa y en la bravura de mi ejército, voy derecho contra el enemigo. Ya que nuestra moderacion en la victoria no ha podido mantener la paz, decida por segunda vez la espada. La posesion de Turin hará quizá mas fáciles las negociaciones para la paz.—Radetzky.»

(Nota del Traductor.)

El dia siguiente de la publicacion de estos dos decretos vieron fijados al pié de la estátua de Pasquino dos escritos. El uno reproducia el decreto relativo al rio nacional, con esta chistosa modificacion:

«El Pó queda declarado *Vaso nacional.*»

El segundo mas serio reproducia el otro decreto por completo con el siguiente apéndice:

«Los representantes y los triumviros serán perjuros y traidores; porque, en vez de salvar la patria la perderán por sus crímenes y locuras.» ¡Pasquino fué profeta!

Durante aquellos acontecimientos se formó un nuevo ministerio dependiente del triumvirato, del modo siguiente:

Rusconi, Negocios estranjeros.

Berti Pichat, Interior.

Sturbinetti, Instruccion pública.

Manzoni, Hacienda.

Lazzarini, Gracia y Justicia.

Montecchi, Obras públicas.

El antiguo ministro de la Guerra conservó su cartera.

Iban á comenzar en aquel entonces las festividades de la Semana Santa. Su celebracion debia proporcionar á los dictadores de Roma una muy bella ocasion de escándalo para que dejasen de aprovecharla. En otro tiempo era costumbre el dia de viernes santo suspender de la cúpula de la iglesia de San Pedro una inmensa cruz iluminada, cuyo efecto era tanto mas notable, en cuanto su brillo resplandecia en la mas completa oscuridad: por mas fuerza que tuviese semejante luz en aquel vasto recinto, no podia penetrar en todos los ángulos de la Basílica. Tan antigua costumbre, manantial de infinitos desórdenes, subsistió hasta el pontificado de Leon XII, que la abolió para preservar el santuario de las manchas que recibia á la sombra de las tinieblas. Desde entonces no se habia efectuado mas aquella iluminacion; empero los triumviros de la

república, felices con poder señalar su omnipotencia estraviando el sentimiento religioso del pueblo romano, ordenaron su restablecimiento á los canónigos de San Pedro. Contestaron estos con una negativa formal, y los triumviros hicieron invadir el templo por sus obreros y la cruz fué iluminada. Entonces sucedió lo que era fácil de prever: aquellas partes de la iglesia donde reinaba la oscuridad, fueron teatro de toda suerte de sacrilegios y profanaciones.

No era bastante para un gobierno cuyos gefes se encontraban amenazados de escomunion, convocar á todas las pasiones impuras en el Santuario del Dios vivo; era preciso colmar la medida de estas sacrílegas usurpaciones concediendo el dia de Pascua á un sacerdote entredicho, poderes supremos reservados esclusivamente al supremo pontificado. Hay en Roma cuatro altares reservados al Papa, que es el único que tiene derecho á celebrar en ellos los oficios divinos. Sin embargo, por una particular escepcion, el decano del Sacro Colegio tiene el privilegio de ocupar el puesto del Soberano Pontífice; lo cnal solamente puede tener lugar en virtud de una bula motivada que se fija en la puerta y en el interior de la iglesia durante la celebracion de los santos misterios.

Con desprecio de la tradicion y de las mas respetadas reglas, los triumviros escogieron en tal dia uno de aquellos altares para hacer celebrar en él el oficio divino. La basílica del príncipe de los apóstoles se hallaba revestida con sus mas ricos ornamentos, pendiendo de sus paredes, rojas colgaduras como en los mas bellos dias del pontificado. Resplandecia el altar con sus mas brillantes adornos, y en los asientos destinados otras veces á los dignatarios de la Iglesia y á los miembros del Sacro Colegio, se sentaron los triumviros, los miembros de la Asamblea constituyente, los oficiales del ejército, de carabineros y de la Guardia cívica, el personal de los clubs, Begre, cónsul de Suiza, Pandolfini, cónsul de Toscana, Brown, cónsul de

los Estados Unidos en Roma, Freeman, cónsul de los Estados Unidos en Ancona, y otra porcion de demagogos. La capilla de música pontificia se hallaba reemplazada por las bandas de los regimientos. Terminado el último evangelio, el celebrante que lo era el abate Spola, piamontés, asistido del célebre monge Gavazzi, se dirigió procesionalmente al gran balcon de la Basílica, desde el cual en tan solemne dia el Santo Padre acostumbra bendecir á su pueblo y al mundo católico. Llevaba en sus manos el Santísimo Sacramento y le acompañaban cuatro portaestandartes con banderas de colores italianos. Un redoble de tambores y el sonido de las campanas unido á los disparos de la artillería del castillo de San Ángelo, anunciaron su llegada al balcon Papal, desde donde dió la bendicion *urbi et orbi*. Un momento despues Mazzini se presentó al pueblo, y en calidad de gran sacerdote de las sociedades secretas, recibió los homenages únicamente debidos al Soberano Pontífice. La celebracion de la Semana Santa de 1849, será otro de los recuerdos de los peores dias de Roma.

La conducta enérgica y digna de los canónigos de San Pedro observada en presencia de las exigencias y profanaciones del gobierno republicano, les merecieron los honores de la mas odiosa condenacion. *En nombre de Dios y del pueblo* se les impuso una multa de ciento veinte escudos por no haber cumplido las órdenes del poder revolucionario (*).

(*) El decreto que cita el autor de la presente obra estaba concebido en estos términos: — « REPÚBLICA ROMANA. — EN NOMBRE DE DIOS Y DEL PUEBLO. — *El triumvirato.* — Considerando que los canónigos del Capítulo Vaticano han reiterado el dia de Pascua la negativa de prestarse á desempeñar las funciones sagradas ordenadas por el Gobierno, — Considerando que tal negativa al ofender gravemente la dignidad de la religion, ofende así mismo la majestad de la república, ha escitado el escándalo y el vivo despecho en el pueblo: — Considerando que el Go-

Los triumviros justificaban su respeto por la legalidad, estableciendo por su sola omnipotencia sin comision ni tribunal constituido un delito, é imponiendo de su propia autoridad una multa no prevista por la ley.

Cuando los gefes daban tales ejemplos de tiranía, no es de sorprender que los subalternos se entregaran en las provincias á las mas vergonzosas arbitrariedades. En la edad media cierto duque de Bretaña maltrataba á su confesor cuando este le rehusaba la absolucion; en el año 1840, un tal Hugo Calindri, presidente de la provincia de Ascolí, amenazó con todo el rigor de las leyes á los sacerdotes que en el tribunal de la penitencia rehusasen absolver á sus clientes.

En tanto que Roma católica se ruborizaba de las audaces parodias á que la condenaban aquellos revolucionarios, el augusto desterrado de Gaeta recorria su doloroso viaje sobre las

bierno ha debido preservar que no se contamine la religion, y castigar cualquiera ofensa contra la república: — Ordena. — Artículo 1.° Los canónigos del Capítulo Vaticano, en pena de la criminal negativa para ejercer las sagradas funciones mandadas por la república el dia de Pascua, quedan personalmente multados cada uno en la cantidad de ciento veinte escudos. — Artículo 2.° Dentro el término perentorio de cinco dias deberá satisfacerse dicha multa al comisario del cuartel Borgo. — Artículo 3.° El importe será distribuido por iguales partes entre todos los comisarios de los cuarteles de Roma, para que cada uno de ellos lo emplee á beneficio de la poblacion de cada cuartel, á saber: dos partes á título de trabajo, y una en el concepto de beneficencia ejercida en las personas mas pobres del vecindario é imposibilitadas para el trabajo. — Artículo 4.° Cada comisario publicará la cuota recibida y el modo de la erogacion hasta en sus particularidades para satisfaccion del pueblo. El comisario de Borgo y los demás cada uno en la parte respectiva quedan responsables de la ejecucion del presente decreto. — Roma en la residencia del Triumvirato el 9 de abril de 1849. — Los triumviros — Mazzini — Saffi — Armellini.

(Nota del Traductor.)

huellas dejadas por aquel de quien era representante en la tierra, unia sus padecimientos á la cruz de la redencion y daba al mundo su bendicion solemne.

Uniforme, aunque sumamente ocupada la vida del Santo Padre en Gaeta, se distribuia entre la oracion, la audiencia y el cuidado de los negocios.

Todos los dias, é introduciendo una escepcion en las costumbres pontificias, admitia á su mesa al rey de las Dos Sicilias, á la reina y á los príncipes; pero el rey correspondia tan discretamente á este favor, que para aprovecharse de él aguardaba todos los dias, como ya lo tenemos dicho, una invitacion oficial. La conducta de Fernando II para con su ilustre huésped era noble y digna como soberano y como católico. El rey desaparecia constantemente ante el católico, y el católico coronado no se presentaba nunca ante el Soberano Pontífice sin doblar en tierra una rodilla y darle las muestras de las mas respetuosas deferencias.

«Señor, le dijo un dia el Papa, ¿por qué llevais siempre la gola puesta como el último de vuestros tenientes? — Porque soy el primero de los tenientes de vuestra Santidad, contestóle el rey.»

Con efecto, el rey de las Dos Sicilias no se presentaba á Pio IX sino vestido de grande uniforme y llevando siempre al cuello el signo distintivo de su servicio.

Este príncipe correspondia á los designios de la Providencia, rodeando de las mas esmeradas atenciones al Santo Pontífice. Á un nieto de San Luis debia corresponder el abrigar bajo su manto flor-delisado á la majestad de la tiara, desterrada de Roma.

Dotado de alta é imponente figura, reune Fernando II todas las cualidades que constituyen la fuerza y convienen al mando. La espresion varonil de su rostro, se halla atemperada por la dulzura, su frente refleja la mansedumbre de su alma.

Su gesto y sus palabras imponen respeto, pero su mirada y su sonrisa inspiran la simpatía. Se hace temer, porque es enérgico, y se hace amar porque es bueno. Á la vez soberano y padre de su pueblo, sometido á sus deberes de rey, consagra su vida entera á la felicidad de sus súbditos. Trabajador infatigable, todo lo ve y lo hace por sí mismo, no se desdeña de inmiscuirse en detalle alguno, imprime el sello de su inteligencia en todos los ramos de los negocios públicos, es apasionado de las armas y protege al mismo tiempo las ciencias, las letras y las artes. Dotado de una gran regularidad de costumbres y profundamente religioso, desde la cima del trono da el ejemplo de todas las virtudes privadas que constituyen al buen ciudadano; indiferente al prestigio de una falsa popularidad, su voluntad inspirada por el amor al bien, no conoce obstáculo alguno. Fernando II es el único rey verdaderamente digno de este nombre, que amenazado en sus derechos de soberano, ha comprendido que las exigencias de la revolucion deben ser rechazadas á cañonazos. Por su valor y energía, ha dominado sin socorro alguno del estranjero la doble insurreccion de la Sicilia y de Nápoles, salvando de este modo á la Italia y preservando á la Europa de una guerra general. Su nombre vivirá en la historia.

CAPÍTULO II.

Restauracion del poder legítimo en Toscana. — Comedia en el palacio de la Inquisicion. — Medidas financieras. — Avezzana, ministro de la Guerra. — Se decide la intervencion de las potencias católicas. — El Padre Vaurés en Paris. — Situacion política de Europa. — El ejército de los Alpes. — El general Oudinot duque de Reggio. — Es nombrado comandante en gefe del ejército espedicionario de Italia. — Estado mayor general. — Orden del dia. — Embarque.

La bendicion pontificia que desde una de las rocas de Gaeta cayó sobre los príncipes y los hombres de paz y buena voluntad, al posarse sobre la frente del gran duque de Toscana, llegó hasta el corazon de sus pueblos. Vueltos en sí de sus errores rechazaron enérgicamente los Toscanos el yugo vergonzoso de los cómplices de Mazzini, y una comision gubernamental tomó las riendas del Estado en nombre del gran Duque. Al propio tiempo disolvia la Asamblea constituyente que se habia declarado permanente, la guardia nacional compuesta de elementos anárquicos, cerró los clubs de la demagogia, y proclamó ante una inmensa multitud reunida en la plaza del gran Duque el restablecimiento de la monarquia legítima.

La noticia de haberse restablecido el órden en Florencia fué un rayo para los gefes de la república romana. Comprendiendo

estos que se acercaba el dia de la justicia, hacian inusitados esfuerzos para conservar el cetro que se escapaba de sus manos. Cerrados en todas partes, sitiados por la reaccion de los paises vecinos, amenazados por la intervencion de las potencias estranjeras, vanamente se agitaban en su debilidad, creyéndose fuertes porque eran violentos, é invencibles porque *en nombre de Dios y del pueblo* habian jurado que se salvaria la república. Mientras tanto remedaban energía mediante escesos de toda clase. Durante la noche pedian á la orgía la inspiracion de un nuevo crímen. Durante el dia hacian vender por los mercaderes de caricaturas, con intencion de pervertir mas y mas el buen sentido moral y religioso del pueblo, algunas hojas sueltas á lo Padre Duchesne contra las personas mas sagradas, con mas algunos cuadernos sobre el modo de defender una ciudad sitiada, fortificarse en las casas, rechazar al enemigo con pez y aceite hirviendo, y sepultarse finalmente en las ruinas de la patria, haciendo volar los monumentos públicos y los edificios particulares.

Los ataques contra las personas, y sobre todo contra los sacerdotes eran cada dia mas violentos.

Por esta época fué invitado el pueblo á un espectáculo dispuesto de un mes á aquella parte. Abriéronsele las puertas del palacio de la Inquisicion á fin de que pudiera ver y tocar las *pruebas de la tiranía de los siglos pasados*..... La direccion de escena habia sido cuidadosamente dispuesta: un cementerio próximo habia facilitado las principales decoraciones: con efecto, aquí y allí estaban esparcidas por el suelo blancas osamentas junto á los instrumentos de tortura. Un esqueleto de mujer adornado de una magnífica cabellera negra, producia sobre todo un efecto prodigioso; sin embargo, por poco que un inteligente hubiera examinado esta fantasmagoría revolucionaria, reconociera á través de esos montones de huesos humanos, femurs, humerus y titias de perros, cuyo podrido tes-

timonio aullaba contra la crueldad de los inquisidores (*). De esta manera los dramaturgos revolucionarios escribian la historia y derrochaban la fortuna del pueblo. Sin embargo, este dinero que de tal modo prodigaron se hacia de cada vez mas escaso, disminuyendo á medida que aumentaba la pésima condicion del valor de los impuestos. Por otra parte, el empréstito forzoso continuaba dando resultados enteramente negativos. Para hacer frente á esta situacion el triumvirato, echando mano de la amenaza fulminó un violento decreto contra los recalcitrantes. Al propio tiempo publicó otro decreto ordenando la emision de doscientos mil escudos en billetes de veinte y cuatro bayocos. La república romana gozaba de tan poco crédito que se vió forzada para hacer moneda á echar mano de los harapos de las calles. Su fortuna se acomodaba de esta manera al manantial de su orígen. Nada tenian que envidiarse la una al otro.

Seis dias antes los trimuviros habian decretado la emision de nuevos bonos de tesoro hasta doscientos cincuenta y un mil quinientos noventa y cinco escudos, y seis dias despues publicaron otro decreto emitiendo doscientos mil escudos de moneda *erosa*, moneda falsa de que ya tenemos hablado.

Con decreto de 19 de abril, autorizaron al banco romano para emitir doscientos mil escudos en billetes de forzosa cir-

(*) Cuando la ocupacion francesa en 1809, las autoridades se apoderaron de los archivos del tribunal de la Inquisicion, que fueron remitidos á Paris, examinados detenidamente y luego devueltos á Roma. Ciertamente si entre estos papeles se hubiera encontrado algun hecho bárbaro, buen cuidado se hubieran dado en hacerle público. Mr. Tournon, prefecto de Roma durante el imperio, dió por sí mismo este testimonio.

Bajo el punto de vista religioso, Muratori, autoridad nada sospechosa, dice testualmente (tomo V, disc. 60), que á este tribunal debió la Italia el haber escapado á las heregías.

(Nota del Autor.)

culacion, bajo la condicion de entregar al gobierno doscientos mil escudos en billetes mediante una suma igual en consolidados romanos al tipo de ochenta y uno. Finalmente otra nueva prueba dieron al espedir un decreto con este considerando:

«El gobierno republicano,

«Vista la urgencia de batir la mayor cantidad posible de moneda para atender á las necesidades públicas, autoriza la compra de materiales de plata con una prima de diez por ciento.»

Por esta época un genovés, cuyo nombre se habia hecho célebre en los desórdenes políticos hasta el estremo de que un dia preguntándole uno de sus íntimos amigos quién era su madrina, contestó: la revolucion; Avezzana, despues de haber pasado veinte años de su vida vendiendo cigarros en Nueva York y algunos dias levantando barricadas en Génova, llegó á Roma. El gobierno republicano se apresuró á confiarle una cartera y le nombró ministro de la Guerra. Entonces la situacion de los estados romanos era de las mas críticas, puesto que Roma tocaba uno de aquellos momentos supremos que deciden la suerte de las naciones. El 30 de marzo se habian abierto en Gaeta las conferencias entre los plenipotenciarios de Francia, Austria, Nápoles y España. Despues de examinar si el restablecimiento del soberano pontífice en sus estados podia efectuarse por medios pacíficos y de resolverse negativamente semejante cuestion, determinaron por unanimidad los plenipotenciarios, que la intervencion armada de las potencias católicas se habia hecho tan indispensable como urgente. Sin embargo las dudas del embajador francés no tanto en el fondo como en la forma de la intervencion no correspondian á la legítima impaciencia de sus cólegas colocados, fuerza es decirlo, en una posicion mas favorable que no la de nuestro representante. Y en efecto, las indecisiones del ministerio fran-

cés inspiraban al duque de Harcour un lenguage que al mismo tiempo que espresaba las mejores intenciones con respecto á Pio IX, tendia á perpetuar una situacion que hacia cada dia mas difícil la lentitud de la diplomacia. Despues de haberse reconocido indispensable la necesidad de la intervencion, los embajadores se separaron determinados á obrar con la mayor rapidez.

Por aquel tiempo un modesto fraile de los conventuales, el padre Vaurés, que antes de la exaltacion de Pio IX vivia en primera línea bajo el brillo del pontificado, llegaba á Paris.

Admitido á la presencia del presidente de la república, recordóle que cierto dia el papa Gregorio XIV al perdonarle los errores políticos de su juventud le habia bendecido diciéndole: » Mi bendicion traerá la dicha al jóven príncipe y le proporcionará hacer un servicio inmenso á la Iglesia.» Este recuerdo pasando por encima de una tumba, tuvo una grande influencia en la determinacion del presidente: Desde aquel momento decidióse la intervencion de la Francia.

La situacion política de la Europa era muy grave en aquellos dias. Habíase trabado por do quiera la lucha decisiva entre el principio disolvente, es decir el socialismo basado en la licencia, y el principio conservador, esto es, la autoridad basada en la libertad. En Hungría las tropas imperiales acababan de esperimentar una derrota: Pesth habia tenido que evacuarse. El sitio de Comorn se habia en parte levantado, y la orilla izquierda del Danubio caia en poder de los húngaros. En Prusia se habia disuelto la cámara. Habiendo obtenido mayoría contra el ministerio y sus actos la oposicion revolucionaria, el rey se vió obligado á decretar la disolucion de dicha cámara.

Análoga resolucion tuvo que tomar el rey de Hannover, disolviendo el 26 de abril la segunda cámara de los estados del reino.

Por su parte el rey de Wurtemberg declaraba que solo se habia adherido á la constitucion decretada por el parlamento de Francfort bajo el poder de la fuerza y la necesidad. El fuego ardia oculto en toda la Alemania.

En otro punto del globo, la Rusia proseguia con actividad sus invasiones en las provincias danubianas haciendo adelantar sus tropas hácia las fronteras de la Turquía. No era menos hostil la actitud del Divan, alentado por el secreto apoyo de la Inglaterra. Esta nacion misma dirigida por un ministro enredador era presa de graves dificultades. Mientras que la guerra de los Sikes ocupaba en la India una parte de sus fuerzas, el Canadá le daba muy serias inquietudes que la inspiraban el temor de ver empezar de nuevo de un dia para otro la guerra de la independencia.

No era mejor la posicion de la Francia. El cáncer del socialismo le amenazaba al corazon. A pesar de estas luchas en el interior, la Francia republicana, obedeciendo á pesar de los demócratas á las gloriosas tradiciones de la monarquía, se aprestaba para arrojar sus batallones á los caminos abiertos por Carlo Magno debajo el hermoso cielo de la Italia.

Habíase organizado un formidable ejército francés al pié de los Alpes á las órdenes de un general digno de llevar uno de los mas esclarecidos nombres del imperio. Circunstancias memorables habian presidido la organizacion de este ejército.

Entonces las tropas austriacas, diseminadas en medio de una sublevacion general precipitada por la revolucion de febrero abandonaban Venecia, Milan y sus principales posiciones del reino Lombardo-Veneto. Hábilmente mandadas por Radetzky, el decano de los generales de la Europa, se concentraban en el cuadrilátero cuasi inespugnable situado entre el Mincio, el Pó, el Adige y el Lago de Garda. Aceptando el rey Cárlos Alberto el papel de libertador que la opinion liberal le conferia, lanzaba su grito de guerra y atravesaba el Tessino á la

cabeza de un numeroso y fiel ejército. Cuando todo esto acontecia, fué cabalmente la ocasion en que el gobierno provisional reunió por un decreto de fecha de 9 de marzo 34 batallones de infantería formados en tres divisiones, una division de caballería compuesta de 36 escuadrones y 9 baterías de artilleria. Este ejército que antes de poco debia reforzarse con dos divisiones mas, se escalonó en la frontera de los Alpes y estableció su cuartel general en Grenoble. La posicion adelantada de aquella ciudad permitia dirigir simultáneamente dos columnas á la capital del Piamonte, la una por el monte de Ginebra y la otra por el monte Cenis. El primer cuidado del general Oudinot llamado para mandar en gefe aquellas tropas, fué estrechar al rededor de sus banderas los lazos de la disciplina. El espíritu de revuelta y de insubordinacion que germinaba en todos los grandes centros y notoriamente en Lion, se habia introducido por fatalidad en el corazon de algunos regimientos: Los otros estaban minados por los demócratas, que no habiendo podido vencerlos por la fuerza de las armas procuraban corromperles por medio de sus seductoras doctrinas; cuasi todos se resentian mas ó menos del choque violento que la caida de la monarquía habia impreso en todas las ruedas de la sociedad francesa. A la voz del general en gefe todos aquellos cuerpos volvieron desde luego á la disciplina y repararon por medio de las vírtudes morales que constituyen la fuerza del ejército, el olvido momentáneo de sus deberes. A fin de adherirse con mas eficacia á aquella obra, una de las mas bellas páginas de su vida militar, el duque de Reggio habia sacrificado el ejercicio de sus funciones de representante del pueblo.

Todos los cuerpos recibieron el impulso de su patriotismo y de su adhesion absoluta á los deberes del soldado, y por lo tanto todos se unieron con los vínculos de una comun fraternidad en este solo y único pensamiento: *el amor de la patria.*

EL GENERAL. OUDINOT.

Abnegacion, disciplina y sacrificio cuando conviene, son la espresion inteligible del sentimiento único de los hijos de la Francia cuando llega la hora de consignar acciones dignas de ellos y del pais que representan. Notable por sus cualidades morales el ejército de los Alpes, ninguno como él reflejaba las tendencias del pais, á saber, la moderacion en la fuerza, la inteligencia en la disciplina y la abnegacion en el deber.

Al organizador de este ejército confió la Francia la espada de Carlo Magno para devolver al gefe de la iglesia el trono de San Pedro. En tan graves circunstancias no debia el general Oudinot representar únicamente el departamento de Maine-et-Loire que hacia 15 años le elegia por su representante en las asambleas legislativas, porque debia ademas ser el instrumento de la voluntad de la Francia en aquellas comarcas donde su padre dejó tan gloriosos recuerdos.

Uno de los oficiales generales mas distinguidos de la Europa, el general Oudinot duque de Reggio, lleno de todo el vigor de la edad, pertenece á la grande escuela del imperio.

Nacido, por decirlo asi, en el campo de batalla, honor disciplina y patria fueron las primeras palabras que le enseñó á pronunciar su padre. Todavía era muy jóven, cuando vistiendo el uniforme de los guias de Massena, inauguró su vida militar en la memorable batalla de Zurich. Mas tarde, comprendido en la primera promocion de los pages del emperador, hizo la campaña de 1809 en calidad de primer page del gran capitan. Desde tres campos de batalla le comisionó Napoleon para que fuese á dar cuenta al senado de aquellos tiempos y de la situacion de sus ejércitos.

La víspera de Wagram, en medio de una noche tempestuosa que solamente alumbraba una formidable artillería, presidiendo el Emperador el paso del Danubio, no quiso llamar la atencion del enemigo con una numerosa escolta y por lo tanto no conservó á su lado mas que al príncipe de Neuchatel

y á su primer page, en cuyo brazo se apoyó durante aquel tiempo. Desde entonces el jóven Oudinot ganando sucesivamente sus grados en los principales campos de batalla, pasó por delante las torres de Lisboa, debajo los muros del Kremlin, Lutzen, Bautzen, Dresde, Leipzik y Montmiral, antes de llegar en clase de coronel de caballería á los dias de la restauracion. Entonces fiel á la casa de Borbon y esclavo siempre de sus deberes continuó sirviendo dignamente á la Francia.

En 1824 el coronel Oudinot, dejó el mando del primer regimiento de granaderos de caballeria de la guardia y tomó en calidad de mariscal de campo el de una brigada de caballeria en el campo de Luneville.

Poco despues el gobierno le confió la mision de reconstruir en Saumur en una grande escala la escuela de caballería que se habia licenciado á consecuencia de consideraciones políticas. Su acreditada superioridad era prenda segura del buen éxito. La esclarecida direccion que supo imprimir desde un principio al establecimiento, en poco tiempo lo hicieron una escuela modelo donde la Europa entera vino á tomar lecciones.

Por aquel tiempo la revolucion de 1830 vino á detener momentáneamente la carrera de un oficial general, resuelto á servir únicamente bajo condiciones militares al poder que se substituia á un principio.

En 1835 la muerte de un hermano suyo que tuvo lugar gloriosamente á la cabeza de su regimiento, el segundo de cazadores de Africa, le proporcionó la ocasion de servir nuevamente. El general Oudinot mandaba en Africa la brigada de vanguardia del cuerpo espedicionario á las órdenes del mariscal Clausel, cuando á consecuencia de la batalla de Habra fué ascendido al grado de teniente general. A pesar de una herida grave que recibió durante el combate, el general condujo

con el mayor órden desde Mascara á Mostaganen el cuerpo espedicionario cuyo mando superior le habia confiado el mariscal.

A un carácter recto y franco, reune la elevacion de sentimientos, el espíritu conciliador, la energia de los principios que son eminentemente propios para las funciones diplomáticas y que constituyen las cualidades del hombre de estado.

En la mañana del 20 de abril fué cuando nombrado comandante en gefe del ejército espedicionario, se reunió en Marsella con las tropas que en gran parte se componian de la brigada existente en aquella ciudad desde el mes de setiembre de 1848 bajo las órdenes del general Molliere. El ejército en aquel entonces tenia un efectivo de cerca nueve mil hombres.

Animadas las tropas de un escelente espíritu formaban una division mandada por el general Regnault de Saint-Jean-d' Angely. El general en gefe les dirigió la siguiente orden del dia.

«¡SOLDADOS!

»El presidente de la república acaba de confiarme el mando en gefe del cuerpo espedicionario del mediterráneo.

»Semejante honor impone grandes deberes: vuestro patriotismo me ayudará para cumplirlos.

»Resuelto nuestro gobierno á mantener en todas partes nuestra antigua y legítima influencia, no ha querido que los destinos del pueblo italiano pudiesen estar á la merced de una potencia estrangera ó de un partido en minoría. Nos ha confiado la bandera de la Francia para plantarla en el territorio romano como un vivo testimonio de nuestras simpatías.

»Soldados de mar y tierra, hijos de la misma familia, contribuireis en comun con vuestra adhesion y vuestros esfuerzos:

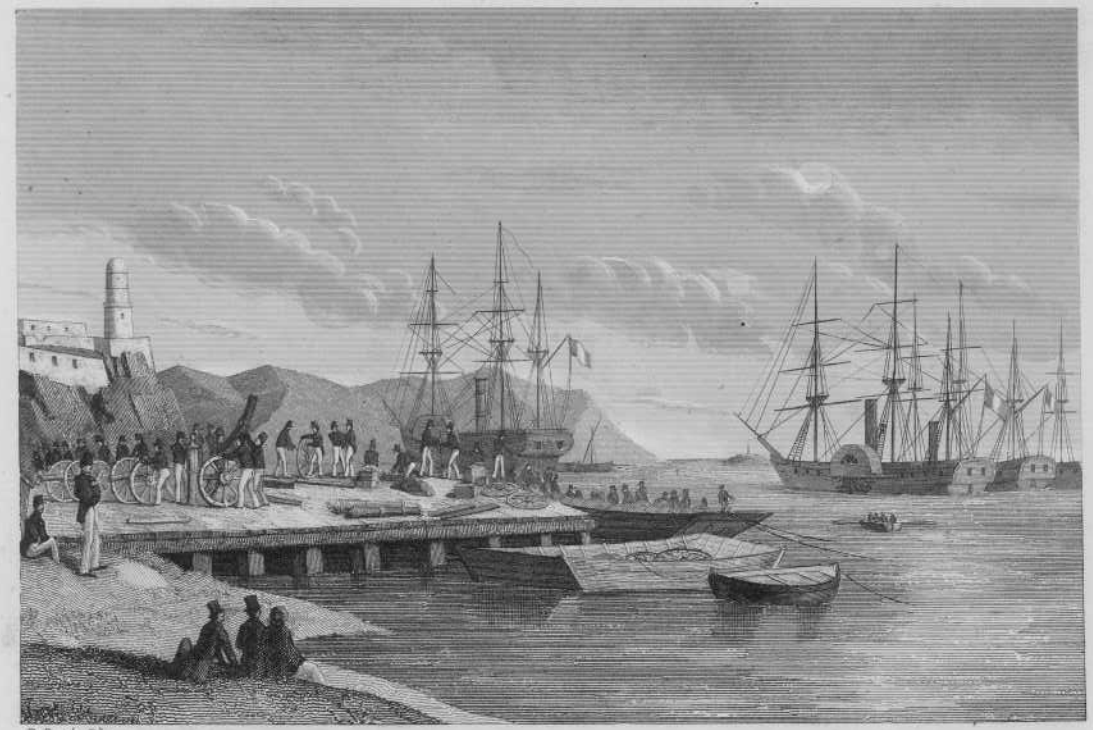
semejante fraternidad os hará soportar con gozo los peligros, las privaciones y las fatigas.

»En la tierra que vais á pisar, á cada paso encontrareis monumentos y recuerdos que estimularán poderosamente vuestros instintos de gloria. No olvideis nunca que el honor militar, asi gobierna la disciplina como el valor. Vuestros padres tuvieron el raro privilegio de hacer amar el nombre francés por do quiera combatieron. Como aquellos, vosotros respetareis la propiedad y las costumbres de los pueblos amigos. En su solicitud por ellas el gobierno ha prescrito que todos los gastos del ejército fuesen inmediatamente pagados en dinero, y vosotros tomareis siempre por regla general de vuestra conducta este principio de alta moralidad.

»Con vuestras armas, con vuestros ejemplos, hareis respetar la dignidad de los pueblos, que no sufren menos por la licencia que por el despotismo.

»La Italia os deberá lo mismo que la Francia lo que esta ha sabido conquistar por sí sola: el órden en la libertad.»

La espedicion preparada con rara inteligencia por los cuidados reunidos del general Carrelet y del contraalmirante Tréhouart, se componia de seis fragatas de vapor: el *Panamá, Orinoco, Albatros, Labrador, Cristobal Colon y Sané*: de dos corbetas de vapor, la *Infernal* y la *Veloz;* y en fin, de dos otros buques de vapor el *Tenare y el Tonnerre.* Durante la noche del 21 terminóse el embarque del primer convoy de tropas y del material. Á las seis de la mañana del dia siguiente, todos los buques recibieron la órden de levar anclas. El *Panamá* y el *Infernal* salieron á la mar á las ocho. El *Labrador* en el cual el almirante habia enarbolado su pabellon, dejó el puerto á las diez, despues de recibir á bordo al general en gefe, y siguióle á corta distancia el *Veloz,* el *Tenare* y el *Albatros.* Reunidos los soldados encima de la cubierta de los buques, dieron en señal de despedida una última mirada á las playas de la patria.



E. Bueno. Fx.

PREPARATIVOS PARA EL EMBARQUE, EN MARSELLA, DE LA ESPEDICION FRANCESA.

Sus frentes estaban serenas como el cielo: su corazon permanecia tranquilo como el mar: estaban orgullosos, eran felices porque iban á pelear por la mas justa, por la mas santa de las causas, porque iban á Roma á derribar la hidra de la anarquía, y sin meditar en el sacrificio, pensaban en la gloria.

CAPÍTULO III.

Preparativos de resistencia en Roma.—Estado mayor del ejército romano.—Llegada de Garibaldi.—La Guardia cívica en la plaza de los Santos Apóstoles.—Parada revolucionaria.—Revista de las tropas de línea.—Proclamas guerreras.—Comision de oradores.—Arribo del ejército francés delante Civitavecchia.—Desembarque.—Proclama.—El general se opone al desembarque de un batallon lombardo.—Envia oficiales á Roma.—Marcha del ejército hácia Roma.—Jornada del 30 de abril.

Mientras que navegaban los soldados franceses en alta mar, los gefes republicanos de Roma animados por las falaces esperanzas que les daban los *hermanos* y *amigos* de Paris, se preparaban para una lucha encarnizada. Á consecuencia de las comunicaciones del triumvirato, la asamblea *les encargaba que salvaran la república* y repeler la fuerza con la fuerza.

Para tal objeto se apresuraron los triumviros á aconsejar semejante resolucion por medio de una proclama concebida en estos términos:

« ¡ROMANOS!

» *La asamblea ha decretado que Roma se salvará* y que esta opondrá la fuerza á la fuerza. Demos gracias á Dios por haberle inspirado semejante decreto, etc. etc.»

En seguida, deseosos de corresponder á la confianza de la

asamblea, la cual segura del triunfo acababa de decretar en tales términos la salvacion de la república, se apoderaron de todos los caballos de los ciudadanos romanos, así como de los de la comarca; mandaron la demolicion de la galería cubierta que unia al palacio del Vaticano con el castillo de San Ángelo; prohibieron bajo penas muy graves la publicacion de noticias y boletines, y espidieron un decreto por el cual en caso de asalto todas las campanas de la ciudad al primer cañonazo debian tocar á rebato. Los sacristanes eran los responsables de la ejecucion de semejante órden, bajo pena de un año de prision.

Los vendedores de comestibles y los farmacéuticos, á los cuales se dió la órden de tener abiertas sus boticas y tiendas, quedaban multados en caso de contravencion en la cantidad de veinte escudos por primera vez, y en la de cuarenta en caso de reincidencia.

Finalmente, al conceder los triumviros el sueldo de campaña á las tropas, organizaron del modo siguiente el estado mayor del ejército:

1.ª SECCION.

Gefe de seccion: el coronel Pisacane. — *Capitanes:* Mussolino, Vecchi, Camorri. — *Tenientes:* Vixio, Mameli, Sardi, Cattabení (Vicente). Ninguno de estos oficiales era romano.

2.ª SECCION.

Gefe de seccion: el coronel Hang. — *Capitanes:* Caldesi (de Faenza). Laviron, francés; Podulak, polaco. — *Tenientes:* Besson, francés; Jopfer, suizo; Cattabeni, de Sinigaglia.

3.ª SECCION.

Gefe de seccion: el teniente coronel Cerroti, romano. — *Capitanes:* Roselli, Rabioli, Azzarelli, romanos. — *Tenien-*

tes: Pesapane, napolitano; Lironi, lombardo; Gabet, romano.

Entre los demás gefes mas notables, se hallaban el coronel Mellara, de Bolonia; Manara, de Milan; Medici, de Toscana; Berti-Pichat, de Bolonia; el general Arzioni, de Nápoles; el general Avezanna, genovés; el coronel Mezzacapa, napolitano; el general José Galetti, bolonés; el general Durando, piamontés; el general Ferrari, napolitano; Amadei, gefe de los pontoneros, napolitano. Los generales Bartolucci, Roselli y Galetti *el Droguero*, eran romanos; el coronel Isensmid de Milvitz, refugiado estranjero; el coronel de artillería Dionisius Maslowicki, polaco, el capitan Dobrowolisky, polaco. El coronel Hang, uno de los principales gefes de la insurreccion de la capital de Austria, habia mandado la legion académica de Viena; el capitan Podulak, antiguo ayudante del general Bem, habia servido en la misma legion en calidad de capitan.

Como se ve, un corto número de romanos figuraba en estos empleos. Los demás gefes, todos estranjeros, demostraban evidentemente con su presencia, que la Europa revolucionaria se habia puesto de acuerdo para arrojar sobre Roma la borbuja disolvente de la demagogia. La encarnizada defensa á la cual condenaba á la desventurada ciudad, era ciertamente menos nacional de lo que ellos pretendian.

El 27 de abril, un aventurero dotado de gran valor y de una energía poco comun, nacido en Génova, cosmopolita por voluntad, revolucionario de oficio, soldado por instinto, el célebre Garibaldi hizo su entrada en Roma á la cabeza de su legion compuesta de un efectivo de 1500 hombres. Llevaba á su lado un negro llamado Andrés; este hombre de un fanatismo sin igual por la persona de su amo y de una fuerza hercúlea, envolvia su elevada estatura dentro de una ancha capa azul cortada en forma de casulla. Aquel refuerzo fué recibido

G. GARIBALDI.

con tanto mas entusiasmo, en cuanto el nombre de Garibaldi estaba rodeado de un inmenso prestigio. Los hombres que seguian ciegamente su fortuna, habiendo mucho tiempo antes incendiado sus buques, no tenian mas perspectiva que una salvacion: la de no esperar ninguna. Instaláronse desde luego en el convento de San Silvestre.

El dia siguiente la ciudad de la oracion y del recogimiento presentaba el cuadro de un vasto campamento. Las calles y las plazas públicas se veian llenas de tropas: por do quiera no se oia mas que el estrépito de las armas y el redoble de los tambores. Á las nueve de la mañana la Guardia cívica habia sido convocada en la plaza de los Santos Apóstoles, donde solo comparecieron cuatro mil hombres, faltando batallones enteros al toque de llamada.

Colocándose Sterbini al frente de los guardias formados en órden de batalla, gritó con voz estentórea: ¡Ciudadanos! ¿Quereis todavía el gobierno pontificio y su absurdo absolutismo?

—Nó, gritaron muchos centenares de guardias: ¡abajo el gobierno pontificio!

—¿Quereis todavía el yugo del clero y sus injustos privilegios?

—Nó, repitieron de nuevo los guardias fanatizados.

—¿Quereis, prosiguió Sterbini, el gobierno de todos, por todos y para todos?

—Sí, contestaron las mismas voces, como si el gobierno substituido al de Pio IX no fuese el de algunos con esclusion de casi todos.

—¿Estais contentos con la república?

—Sí.

—¿Quereis conservarla?

—¿Sí.

—Á riesgo de vuestra fortuna y de vuestra vida?

—¡Hasta la muerte!

—¡Muy bien! defendedla pues, porque ha llegado la hora de salvarla ó de morir por ella.

—¡Viva la república! repitieron los comparsas de Sterbini: la salvaremos ó pereceremos con ella.

Todos los diputados asistieron á aquella demostracion preparada de antemano, animando con su gesto y con su voz el valor y la resolucion de los partidarios de la guerra. Semejante escena terminó diseminándose por los cuarteles populosos, para sembrar por los cafés y por las tabernas el absurdo rumor de que los franceses traian los jesuitas dentro sus mochilas y el cólera en sus cartucheras.

«¡Hermanos! gritaban, haciendo de cada esquina una tribuna, los franceses han dicho que los romanos eran demasiado cobardes para batirse: os han insultado en lo que el hombre aprecia mas en el mundo, en el honor nacional: han ultrajado la memoria de vuestros padres, que fueron los señores del mundo. Los pígmeos de la Francia han blasfemado de los semidioses de Roma! ¡Batalla y venganza!

»¿Sabeis por qué estos bandidos de Francia vienen á Roma? añadian, vienen para saquear vuestras casas, para destruir vuestros monumentos, para robar vuestro oro, el honor de vuestras mugeres y violar á vuestras hijas. ¡Á las armas, pues, guerra y venganza!»

Aquel mismo dia y á la misma hora, mientras que los diputados y los energúmenos de la democracia procuraban por tales medios promover á las masas populares, el general Avezzana revistaba las tropas de línea en la plaza de San Pedro y les dirigia una vigorosa alocucion. Por su parte los triumviros multiplicándose con una energía digna de mejor causa, organizaban una formidable defensa. Prometian á los valientes que quisieran defender la república, armas, dinero, carne, vino, harina y demás comestibles en abundancia. Además, generalizando los medios de resistencia, nombraron para los

catorce cuarteles de la ciudad (RIONI) varios gefes del pueblo (*capipopolo*) y varios diputados, cuyos nombres son los siguientes.

1.er RIONE MONTI.

Félix Scifoni, diputado.
Nicolás Ferrari, gefe del pueblo.

2.º RIONE TREVI.

Tito Savelli, diputado.
Felipe Menci, gefe del pueblo.

3.er RIONE COLONNA.

Patricio Gennari, diputado.
Ignacio Polazzi, gefe del pueblo.

4.º RIONE CAMPO-MARZO.

Pedro Guerrini, Juan Bautista Luciani, } diputados.
Ángelo Brunnetti Ciceruachio, gefe del pueblo.

5.º RIONE PONTE.

Horacio Antinore, diputado.
Cárlos Sazzi, gefe del pueblo.

6.º RIONE PARIONE.

Luis Collesi, diputado.
José Santangeli, gefe del pueblo.

7.º RIONE REGOLA.

Gajani, diputado.
Francisco Invernizzi, gefe del pueblo.

8.° Rione San Eustaquio.

Luis Salvatori, diputado.
José Gregori, gefe del pueblo.

9.° Rione Pigna.

Julio Govoni, diputado.
Vicente Longhi, gefe del pueblo.

10.° Rione Campitelli.

Blas D' Orazio, }
Nícolás Carcani, } diputados.
El Dr. Cavallini, gefe del pueblo.

11.° Rione Santangelo.

Simon Santarelli, diputado.
El Dr. Martinetti (dimisionario) gefe del pueblo.

12.° Rione Ripa.

Maximiliano Allé, diputado.
Cárlos Vari, gefe del pueblo.

13.° Rione Transtiverino.

Prime Collina, diputado.
José Herzog, }
José Angeloni, } gefes del pueblo.

14.° Rione Borgo.

Pedro Sterbini, diputado.
Atilio Ricardi, gefe del pueblo.

Estos gefes conocidos todos por sus opiniones ultra-republicanas, correspondian por sus antecedentes al pensamiento que les habia elegido. Debian defender palmo á palmo las barricadas; posiciones confiadas á su valor y á su patriotismo. Los triumviros acompañaron al mismo tiempo estas disposiciones con una proclama impregnada de sangre y de pólvora. Héla aquí.

« 29 de abril de 1849.

» Hermanos;

» ¡ Á las armas, á las armas !

» Levantaos ! Los estranjeros, los enemigos del pueblo romano se adelantan: ¿quisieran tratarnos, á nosotros hombres libres, como viles ganados llevados al mercado? ¿quisieran vendernos? Dicen, y nos insultan, que en Roma no se luchará, porque los romanos no tienen valor para batirse, y avanzan. ¡Insolentes !

» Vienen á derribar el gobierno que habeis creado : vienen á arrojar á bayonetazos, á aprisionar ó á degollar vuestros magistrados, vuestros legisladores ! Quieren arrastrar entre la sangre y hollar con su planta el honor y la libertad, los derechos y los deberes.

» La Europa republicana os observa. Los polacos, los alemanes y los franceses, desventurados apóstoles de la libertad y que sin embargo no carecen de gloria en medio de sus desgracias, tienen la vista fija en vosotros : los lombardos, genoveses, sicilianos y venecianos os observan.

» Probad á la Europa que el honor italiano no se ha perdido : salvadlo en Roma y se salvará en Italia.

» Arrancad á la crueldad del estranjero y á sus insultos, vuestras mugeres (LE VOSTRE DONNE), vuestros hijos, vuestras propiedades, vuestras creencias y todo cuanto ama vuestro corazon. ¡Á las armas! ¡á las armas! ¡á las armas!

» Cuando el fuego se habrá encendido, recordad la antigua

grandeza de Roma, así como la infamia de la tiranía que quedó vencida. Pensad en el porvenir y pelead.... ¡Levantaos, pues, hermanos!»

Finalmente, como ya estaba escrito que en el drama de la república romana las medidas mas fútiles, debian hasta su desenlace oscurecer las disposiciones mas graves, aquel mismo dia los triumviros decretaron la supresion de las órdenes monásticas y la abolicion de los votos religiosos (*).

En la mañana del 29, los triumviros, sabedores de la ocupacion de Civitavecchia por los franceses, y consternados al ver la actitud inquieta y sombría de la parte sana del pueblo romano, decretaron desde luego la organizacion de una co-

(*) El decreto del triumvirato, que declaraba no reconocer la perpetuidad de los votos en las órdenes religiosas, estaba redactado en los términos siguientes:

«REPÚBLICA ROMANA

» EN NOMBRE DE DIOS Y DEL PUEBLO.

» Considerando que el voto religioso constituye tan solo una relacion moral entre la conciencia y Dios;

» Que la sociedad civil por sí misma no puede intervenir con sus medios extrínsecos y materiales en la region de los deberes espirituales;

» Que la vida y la facultad del hombre pertenecen por derecho á la sociedad y al pais, en el cual la Providencia lo ha colocado;

» Que la sociedad no puede admitir vínculos irrevocables que enagenen de ella y que restrinjan en ciertos límites la voluntad y la accion del hombre:

» EL TRIUMVIRATO

» DECRETA:

» La sociedad no reconoce perpetuidad de los votos particulares á las diferentes órdenes religiosas llamadas regulares.

» Cualesquiera individuo que forme parte de una órden religiosa re-

mision de oradores encargados especialmente de inflamar al pueblo por medio de sus discursos. Estos oradores asalariados debian llevar por distintivo en el brazo izquierdo un lazo tricolor.

José Canonieri, Cárlos Ardinini, el Dr. Pedro Guerrini, y Seraffino, consejero del departamento, fueron elegidos para llenar esta importante mision.

Por un segundo decreto casi análogo, constituyendo un comité central de barricadas, nombró para formar parte de él á los diputados Caldesi, Cattabeni y Enrique Cernuschi.

El dia siguiente 30 de abril todo estaba preparado para oponer una vigorosa resistencia (*). Las calles erizadas de impo-

gular de cualquier clase que fuere, queda facultado para salirse de ella y librarse de la observancia de aquello á que se habia obligado por medio del voto al entrar en la religion.

»El Estado protege contra toda oposicion ó violencia á las personas que quisieran aprovecharse del presente decreto.

»El Estado acogerá con gratitud entre las filas de su milicia, á los religiosos que quieran defender con las armas á la patria por la cual hasta ahora han dirigido sus oraciones á Dios.

»El presente decreto se comunicará por un comisario del gobierno á todos los religiosos reunidos en plena comunidad, dentro sus respectivos conventos.

»Dado en nuestra residencia á 27 de abril de 1849.

»EL TRIUMVIRATO,

CÁRLOS ARMELLINI. — J. MAZZINI. — AURELIO SAFFI.

(NOTA DEL TRADUCTOR.)

(*) El dia anterior habia circulado profusamente una proclama anónima dirigida á los romanos para animarles á la pelea con los franceses. Decia así:

«¡ROMANOS!

»El 29 de abril de 1848 fué dia nefasto para la Italia. El 29 de abril de 1849 lo será de esplendor y de gloria. Entonces la arrepentida mano de un pontífice al firmar la famosa enciclica arrancó la espada de las

nentes barricadas, estaban enarenadas para facilitar las operaciones de la caballería romana. Las tropas se hallaban sobre las armas, los gefes permanecian en sus puestos, las campanas del Capitolio y de Monte Citorio aguardaban la aparicion de las avanzadas francesas para dar la primera señal de alarma: en fin, aquella misma mañana los triumviros habian organizado un comité hermafrodita de administracion para el servicio de los heridos, compuesto de las ciudadanas, Cristina Tribulze, princesa de Belgiojoso, Enriqueta Pisacane, Julia

manos de la Italia, y arrojó á esta inerme en los hambrientos brazos del estranjero. Hoy por el contrario. El vigoroso brazo del pueblo recobra otra vez aquella espada, y desasiéndose de los brazos de un estranjero que viene á darle el ósculo de Judas, se prepara á sellar con sangre su juramento pronunciado sobre el altar de la independencia. ¡Oh! sí, los pueblos jamás olvidan, ni la gloria, ni la infamia: la historia de la patria es el libro de su herencia; y á ellos está reservado borrar de aquella las indecorosas páginas de los monarcas. ¡Romanos! la fatal encíclica del 20 de abril, es la página mas vergonzosa de nuestra historia: es preciso enmendarla con un hecho glorioso, y el momento se acerca.

» Un gobierno hipócrita y bastardo ha vestido de sacerdotales divisas un ejército digno de mejor destino, y lo hace avanzar contra nuestros muros.

» ¡Romanos! es preciso demostrar á la Europa entera, que este pueblo sustraido á la esclavitud de la Tiara, es mucho mas noble que los modernos Druidas del cristianismo. Ellos ya no tienen título alguno á nuestra estimacion: los franceses de hoy, no son dignos de Roma si intentan subyugarla nuevamente á los clérigos, á las gentes mas cobardes é inmundas de la tierra, á la voracidad de los mitrados vampiros, á la simonía y torpezas de una corte, en odio del cielo y de los hombres.

» ¡Romanos! ¡á las armas! sirvan de obstáculo nuestros cadáveres al francés que viene con el farisáico manto de la traicion. Entre la muerte y los clérigos, la eleccion no debe ser dudosa.

» Roma 29 de abril de 1849.»

(Nota del Traductor.)

Paulucci, y de los ciudadanos el Padre Gavazzi, el Dr. Pascuali, Pannuzi, el Dr. Feliciani, Sani, Nengherini, Vivardi, Savorelli, el Dr. Carlucci, Vannuzzi, y Cleter.

Este comité se instaló en el Capitolio.

Á pesar de aquellos belicosos preparativos, los buenos ciudadanos y los amigos de la paz esperaban todavía que el gobierno no comprometeria al pais en una lucha desigual, cuyos resultados definitivos no podian ser dudosos.

En muchos cuarteles de la ciudad se aseguraba que un movimiento reaccionario preparado por hombres de corazon y por personas esperimentadas, debia abrir las puertas de la ciudad al ejército francés, y libertar al pais del yugo revolucionario. Semejantes rumores no carecian de fundamento. Desgraciadamente para la salvacion de Roma el valor de los oprimidos no estaba al nivel de la energía de los opresores.

Desde el 24, la espedicion francesa favorecida por vientos propicios habia aparecido delante de Civitavecchia. El *Panamá* destacándose desde luego de la flota, habia recibido la órden de desembarcar al comandante de estado mayor, Espivent de la Villeboisnet, ayudante de campo del general en gefe; al capitan Durand de Villers, ayudante del general Regnault de Saint-Jean d' Angely, y á Mr. Latour-d'Auvergne, secretario de legacion. Estos oficiales llevaban la mision de participar al gobernador de la ciudad las intenciones de la Francia y de entregarle la carta siguiente.

«Señor gobernador.

»Deseando el gobierno de la república francesa en su sincera benevolencia hácia las poblaciones romanas, poner un término á la situacion que sufren hace algunos meses, y facilitar el establecimiento de un órden de cosas igualmente separados de la anarquía de estos últimos tiempos y de los abusos

inveterados que antes del advenimiento de Pio IX desolaron los Estados de la Iglesia, ha resuelto enviar á tal objeto un cuerpo de ejército cuyo mando me ha confiado.

» Os ruego que deis las órdenes necesarias para que al saltar á tierra las tropas al momento de su llegada, é insiguiendo lo que me está prescrito, sean recibidas y alojadas como conviene á los aliados llamados á vuestro pais con intenciones tan amistosas.

» El general en gefe, representante del pueblo,

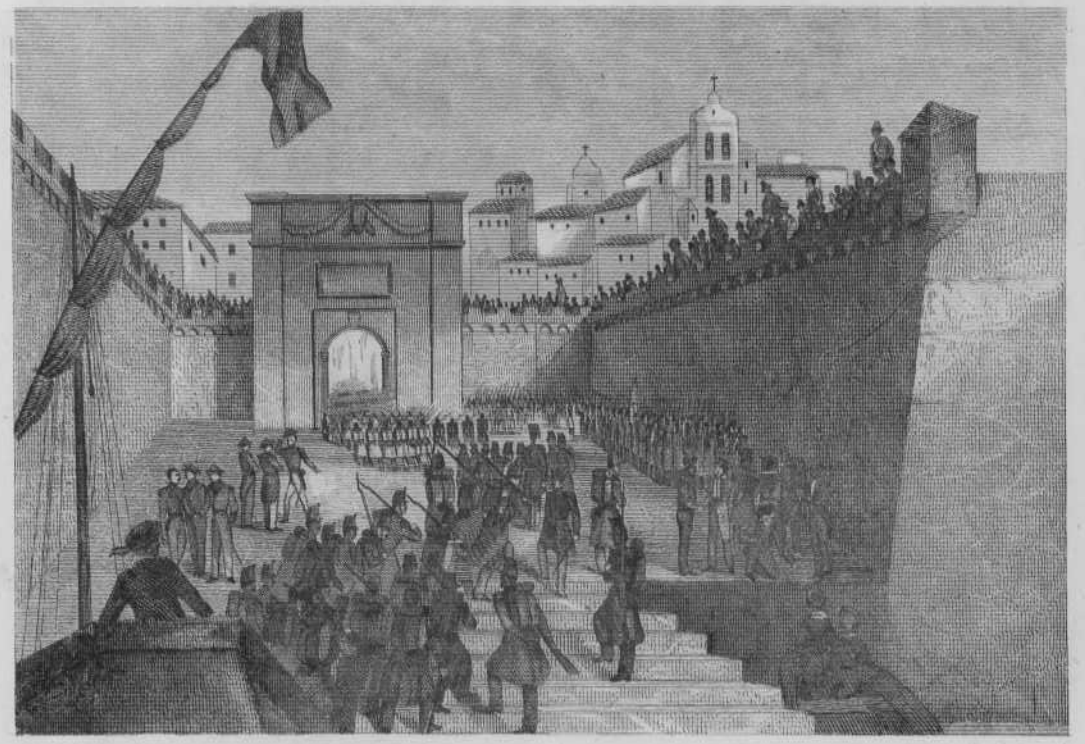
» Oudinot de Reggio. »

El gobernador de la ciudad J. Manucci, carecia de órdenes. No atreviéndose á arrostrar la responsabilidad de la iniciativa, declaró á los delegados que su deber le imponia la obligacion de dar parte á su gobierno de cuanto ocurria, pero mientras que aguardaba contestacion se apresuraba á poner á disposicion de la flota cuanto le fuese menester. El comandante Espivent repuso que el general en gefe no podia esperar.

Mientras tanto el Consejo municipal de Civitavecchia y la Junta de Comercio, acordes con los oficiales superiores de la ciudad, temiendo las consecuencias de un retardo forzoso, no solamente decretaron en consejo, que tendria lugar desde luego el desembarque, sí que tambien protestaban de antemano contra cualquiera que se opusiera á ello [1].

El 25 á las seis de la mañana, un bote del *Panamá* en el cual iba embarcado el capitan Durand de Villers trasmitió al general en gefe la resolucion adoptada por las autoridades de Civitavecchia, la cual estaba en todas sus partes conforme á las instrucciones de dicho gefe. Á las once la escuadra anclaba á tiro de cañon del puerto. En las frentes de los soldados se retrataba el entusiasmo. Desde el momento en que el buque al-

[1] Véanse los documentos históricos, n.º 10.



ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN CIVITAVECCHIA.

mirante hubo echado el ancla, las autoridades de la ciudad pasaron á bordo y empezó el desembarque de las tropas. Cubrióse el mar de embarcaciones, y antes del anochecer quedaban desembarcadas todas las tropas.

Habiendo el general en gefe saltado á tierra el primero en medio de ardientes aclamaciones y á los gritos de ¡viva la Francia! dirigió la siguiente proclama á sus tropas:

«¡SOLDADOS!

»La bandera francesa tremola en los fuertes de Civitavecchia. Podíamos efectuar un desembarque á la fuerza, y todas las medidas se habian tomado para asegurar su resultado. Hemos debido inspirarnos en el pensamiento de nuestro gobierno, el cual asociado á las generosas ideas de Pio IX, quiere evitar en cuanto le sea posible la efusion de sangre.

»Las autoridades de Civitavecchia, cediendo á los votos de los habitantes, á la primera intimacion os han abierto las puertas de la plaza.

»Ya comprendereis que semejante acogida nos impone obligaciones y que por lo mismo haria mas grave toda infraccion de la disciplina. Esta no solamente nos ordena respetar á los pueblos, sí que tambien el mantener con ellos benévolas consideraciones.

»La flota dentro pocos dias os traerá un refuerzo considerable. Soldados del ejército de tierra, me constituyo vuestro intérprete dando las gracias á nuestros hermanos del ejército de mar, á cuyo poderoso concurso debemos el éxito de nuestra primera espedicion.

»El general comandante en gefe,

»OUDINOT DE REGGIO.

»Civitavecchia 26 de abril de 1849.»

Apenas se habia terminado el desembarque, cuando unos

mil voluntarios lombardos transportados al socorro de Roma en dos buques sardos, se pusieron en actitud de tomar tierra; pero el comandante en gefe se opuso á ello provisionalmente. Una hora despues, el teniente general de ingenieros Leblanch, el capitan de la misma arma Boisonnet, y M. Ferand, teniente de Estado Mayor partieron para Roma con la mision de participar al gobierno republicano la entrada de las tropas francesas en el territorio romano y el objeto de la espedicion. El gefe de batallon Espivent de La Villeboisnet se habia embarcado para Gaeta con una carta del general en gefe para el Santo Padre, y con despachos para Mr. d'Harcourt y Mr. de Rayneval, ministros plenipotenciarios cerca del Soberano Pontífice. Los tres primeros oficiales, se cruzaron con la órden del triumvirato de oponerse por la fuerza al desembarque, y con Rusconi, ministro de Negocios estrangeros, acompañado del diputado Pescantoni, los cuales se dirigian á Civitavecchia para enterarse por sí mismos de la situacion. Se encontraron con la plaza ocupada por los soldados de la Francia, desarmadas las tropas republicanas, y aprendidos seis mil fusiles que se remitian desde Inglaterra. Admitidos á la presencia del comandante en gefe, este contestó á las preguntas acerca sus ulteriores proyectos, que antes de tomar una resolucion definitiva, aguardaba los partes de los oficiales enviados simultáneamente á Roma y á Gaeta. El general acababa de cumplimentar un deber dirigiendo á los pueblos una proclama que era obra del gabinete. Héla aquí.

«HABITANTES DE LOS ESTADOS ROMANOS.

»En vista de los acontecimientos que agitan la Italia, la república francesa ha resuelto enviar á vuestro territorio un ejército, *no para defender vuestro actual gobierno, que nadie*

ha reconocido, sino para alejar de vuestra patria grandes desgracias.

»No pretende la Francia atribuirse el derecho de arreglar intereses que son antes que todo, los de los pueblos romanos, y que en todo lo que tienen de mas general se estienden á la Europa entera y al universo cristiano, sino que ha creido tan solo que por su posicion estaba particularmente llamada á intervenir para facilitar el establecimiento de un régimen, igualmente alejado de los abusos destruidos para siempre por la generosidad del ilustre Pio IX y de la anarquía de estos últimos tiempos.»

Á nadie satisfizo, como era de esperar, este equívoco lenguaje. Colocaba dos partidos estremos, uno de los cuales oprimia al otro en los misterios de lo desconocido. Como quiera que fuese, era el complemento testual de una serie de instrucciones dadas por el gabinete. El ministerio concedia por otra parte al comandante en gefe, el derecho de no detenerse ante la resistencia *que*, *tal vez* pudiese encontrar por parte de un gobierno no reconocido por la Europa.

El 26 al mediodía, el ministro de Obras públicas Montecchi se presentó al general Oudinot. Iba á reclamar en nombre del gobierno romano el desembarque de los voluntarios lombardos en Porto de Anzio, y la restitucion de las armas que se les cogieron á su entrada en el puerto. En vista de los obstáculos que se oponian al regreso de los lombardos á su pais, ocupado por los austríacos, el general acogió la primera peticion, con la formal promesa de que aquellos soldados no podian desembarcar en los estados pontificios antes del 4 de mayo, empero se negó á la segunda. Montecchi regresó inmediatamente á Roma con el capitan de artillería Fabart, ayudante del general en gefe, que tenia el especial encargo de secundar al coronel Leblanch, y de participar inmediatamente en Civitavecchia el verdadero estado de las cosas. Mientras

tanto el teniente de Estado Mayor Ferand, habia traido partes importantes. Eran las once de la noche: los oficiales que el general habia enviado á Roma para estudiar el espíritu público, le dahan cuenta de sus observaciones basadas en la apreciacion de las personas graves con las cuales se habia relacionado. Resultaba claramente de su comunicacion, que el cuadro que nosotros hemos trazado de la situacion de Roma, no estaba sombreado. Era evidente que un puñado de revolucionarios determinados tenian en alarma á los buenos ciudadanos, y reunian á su causa las masas flotantes que se agrupaban al rededor de los poderes nacientes. Estos hombres, cuasi todos estranjeros, dominaban por la amenaza y la violencia; y sin embargo no parecia dudoso, segun los indicios recogidos allí mismo, que una demostracion armada al pié de las murallas de Roma, haria estallar un movimiento reaccionario y abrir las puertas de la ciudad á las tropas espedicionarias. Desde entonces juzgando necesario un reconocimiento serio é inmediato, el general en gefe resolvió seguir adelante.

En seguida el teniente Ferand marchó de nuevo con la doble mision de establecer la vanguardia del batallon de cazadores á Palo, y de participar al triumvirato de Roma que el ejército francés marchaba sobre Roma para entrar en ella con las mas benévolas disposiciones.

La vuelta del capitan Fabart efectuada aquella misma noche, confirmó mas y mas al general Oudinot en su resolucion de marchar sobre la capital de los estados romanos.

«Mi general, le dijo aquel oficial: he visto de cerca á los gefes de partido, y á pesar de su charlatanería, estoy convencido que la intervencion francesa será aceptada con reconocimiento de los estados pontificios, si una enérgica demostracion tiene lugar desde luego contra el hogar de la democracia italiana. Es pues urgente la presencia de nuestras tropas debajo las murallas de Roma.»

Aquella seguridad coincidió perfectamente con los avisos de la diplomacia. Los ministros de Francia en Roma y en Gaeta tenian razones para creer que la mayor parte de los soldados romanos no querian medir sus espadas con las de los soldados franceses, y ostigaban al general Oudinot para que apresurase su movimiento.

«Adelante, general, le escribia el duque de Harcourt con fecha del 26, *es importante que apresureis la marcha á Roma;* vuestra repentina é inesperada llegada, ha admirado y atemorizado, y esta es una situacion de la cual es preciso aprovecharse. Si dejais á los malvados de Roma el tiempo para reponerse de su primer espanto, prepararán medios de resistencia y harán derramar sangre que se desea ahorrar.

»En Gaeta desearian que fuésemos agentes pacíficos y no mediadores; no podemos evitar esta mala y mezquina posicion sino *yendo en seguida á Roma.* Á pesar de las baladronadas romanas, no hallaréis resistencia en esta ciudad, la mayoría estará por vos desde el punto que la llamaréis.»

En igual fecha el conde de Rayneval escribia al general en idéntico sentido.

Semejante apreciacion tenia por orígen poderosas consideraciones: la mayoría de la Guardia cívica, á pesar de los elementos anárquicos que se habian introducido en sus filas, era favorable á la Francia, y la consideraba mas como un medio de salvarse todos, que como un instrumento de opresion.

Antes de dar las últimas órdenes para la marcha, el general en gefe, tomando á Civitavecchia por base de sus operaciones y reconociendo la necesidad de ocupar sólidamente dicha plaza, nombró gobernador de la misma al coronel Blanchard, y puso á sus órdenes seis compañías del centro del regimiento 36.º de línea, una seccion del cuerpo de ingenieros y un destacamento de artillería. En seguida publicó una

nueva proclama [1], y despues de tomar todas las medidas necesarias, la coluna espedicionaria se puso en marcha el dia 28 de abril á las seis de la mañana, en el órden siguiente:

Brigada Molliere.

Cincuenta cazadores del primer regimiento, que formaban el único destacamento de caballería que seguia entonces al cuerpo espedicionario;

El 20.º de línea;

El 33.º de línea;

La 13.ª batería del 3.er regimiento de artillería;

La 3.ª compañía del 2.º regimiento de ingenieros.

Brigada Levaillant (Cárlos).

Cuatro compañías del 66.º de línea;

La 12.ª batería del 3.er regimiento de artillería;

Una compañía de ingenieros.

Los servicios administrativos y el de convoyes, tan difíciles de organizar al dia siguiente de un desembarque, habian sido establecidos en dos dias por Dutheil, subintendente de primera clase.

Como ya hemos dicho, el primer batallon de cazadores de infantería habia ocupado Palo el dia anterior; el cuerpo espedicionario vivaqueó en Castel Guido situado á diez y seis kilómetros de Roma el dia 29 de abril, y queriendo el general en gefe conocer cuanto antes las disposiciones de las tropas romanas, mandó al capitan Oudinot, su oficial de ordenanza, que con una escolta de cazadores de á caballo, se adelantase hasta las avanzadas enemigas; el capitan llegó á un punto dis-

[1] Véanse los documentos históricos, n.º 11.

tante doce kilómetros de la ciudad, en el que, detenido por una avanzada, hizo alto para entrar en conferencia; mas sus palabras fueron contestadas con una descarga, que desmontó á uno de nuestros soldados. La avanzada romana se replegó rápidamente despues de haber disparado sus armas, y por su parte el capitan Oudinot, fiel á las instrucciones que habia recibido, volvió sin pérdida de momento á dar cuenta del resultado de su comision. Á su llegada al cuartel general, el generalísimo se hallaba rodeado de su estado mayor, y al ver á su oficial de ordenanza, preguntóle. « Y bien! ¿qué quieren los romanos? — La guerra, contestó el capitan Oudinot; me han recibido á balazos. — Si tanto desean la guerra, replicó el general, la tendrán, mas debemos hacer todo lo posible para evitarla. » Este hecho aislado no destruyó todas las esperanzas de conciliacion, pues el duque de Reggio sabia por varios conductos que los romanos harian un simulacro de resistencia para dejar ileso el honor de sus armas. El dia siguiente, á las 5 de la mañana, pusiéronse las tropas otra vez en marcha con el mismo órden que la víspera, solo que formaba la cabeza de la coluna el batallon de cazadores de infantería, apoyado por las compañías de tiradores del 20.º de línea: el calor era escesivo y con objeto de evitar á la tropa un aumento de fatiga, dejáronse los capotes en Maglianella, bajo la guarda de una seccion del 33.º de línea, no conservando mas que sus mantas y sus morrales de campaña conteniendo la galleta y las municiones de guerra.

El camino que seguian las tropas se divide en dos al llegar á mil doscientos metros del recinto murado de la ciudad; el de la derecha conduce á la puerta de San Pancracio (*) y el de

(*) Créese con fundamento que en el antiguo recinto de los muros de Servio, existió sobre el monte Janículo una puerta que se llamó *Janiculense*, que posteriormente fué substituida por la que en el dia se

la izquierda á la puerta Cavallegieri. La coluna emprendió este último, despues de haber hecho ocupar sus alturas. Desde el reconocimiento del capitan Oudinot no se habia mostrado ni un solo enemigo; todos se habian abrigado detrás de sus fortificaciones.

En aquel momento dejóse oir un cañonazo, y un oficial que conocia las costumbres de Roma, esclamó, mirando su reloj: « No es nada: es el cañonazo que señala mediodia: » mas en el mismo instante resuena una nueva esplosion y una bala traza un sangriento surco en las apretadas filas de la coluna. ¡La guerra habia empezado! El general en gefe da sus órdenes sin pérdida de momento, y mientras los cazadores de á pié y los tiradores de línea se estienden en guerrilla, aprovechando todos los accidentes del terreno para ponerse á cubierto del incesante fuego de artillería, el gefe del escuadron de esta arma, Bourdeaux, coloca una seccion de dos piezas sobre un soto distante nuevecientos metros y frente del baluarte cuyos tiros enfilaban el camino, y una segunda seccion tambien de dos piezas, atravesando al galope por entre los proyectiles enemigos, los arcos de un acueducto, se dirige á la derecha del camino y toma posicion á una distancia de trescientos metros del baluarte. Así colocadas, las cuatro piezas dirigen un fuego muy vivo sobre cuantos aparecen en la muralla y tratan de desmontar los cañones enemigos, admirablemente servidos por artilleros suizos: durante este tiempo los regimientos 20.º y 33.º de línea se lanzan valerosamente hácia adelante en medio de una lluvia de balas para emboscarse en las viñas que

llama *Pancraciana* á causa de conducir á la iglesia de San Pancracio. Esta puerta fué construida por Honorio. En tiempo de Procopio, ya era conocida con el nombre de puerta Pancraciana. Cuando Urbano VIII hizo circuir de nuevas murallas el Transtiber, ordenó la restauracion de aquella puerta bajo los diseños de Juan Antonio de Rossi.

(Nota del Traductor.)

cubren el ribazo, al mismo tiempo que los romanos en número de cuatro á cinco mil hombres mandados por Garibaldi hacen una salida y se introducen en la *villa* Pamfili (*) bajo el amparo de los árboles que protegen su movimiento. El objeto de esta salida era envolver las posiciones de los franceses y atacar la coluna por retaguardia, mientras que el fuego de la

(*) Una de las mas deliciosas casas de campo existentes en las cercanías de Roma, es indudablemente la que el príncipe Pamfili hizo construir en tiempo de Inocencio X bajo la direccion de Algardi, y que hoy dia pertenece á la familia Doria. Esta posesion tiene cinco millas de circunferencia. Hállanse allí largos y amenos caminos, bosques, jardines, preciosas fuentes, y un hermoso lago con varias cascadas. Hay tambien un bello hemiciclo adornado en toda su línea de nichos con fuentecillas, estátuas y antiguos bajo relieves, en medio de los cuales se halla un aposento circular, en cuyo fondo se levanta la estátua de Fauno, cuya flauta, por medio de cierta máquina que tiene á la espalda, la cual á fuerza de agua da aire y movimiento á una especie de órgano, deja oir varias tocatas. Es muy digno de examinarse el Casino de aquel delicioso sitio de recreo, construido bajo los planos del citado Algardi, adornado tanto interior como esteriormente de estátuas, bustos, antiguos bajos relieves, cuya descripcion omitimos, ciñéndonos tan solo á decir, que en él se halla un busto de D.ª Olimpia, sobrina de Inocencio X esculpido por el propio Algardi.

Desde la parte superior de este Casino, se disfruta de la mas agradable perspectiva, pues la vista se estiende hasta el mar.

Al entrar, tomando el primer camino de la derecha y á la izquierda del mismo, fueron descubiertos en 1818 varios sepulcros muy bien conservados. Muchas antiguas inscripciones halladas en ellos y algunas otras ya existentes, fueron recogidas en un bosquecillo contiguo. Entre dichas incripciones, las hay muy interesantes. El descubrimiento de semejantes sepulcros, indica perfectamente la direccion de la via Aurelia, y son muy importantes para la bella construccion y para los usos fúnebres de los antiguos. Los amantes á las antigüedades, deben estar sumamente agradecidos á los cuidados de la ilustre casa que conserva tan escrupulosamente semejantes monumentos.

(Nota del Traductor.)

plaza les ametrallaba por el frente. Una compañía de cazadores de á pié emboscada en un barranco, imprimió en breve un movimiento de retirada al enemigo, el cual se refugió en varias casas vecinas é inhabitadas, de cuyo lugar les desalojaron, despues de esperimentar sensibles pérdidas, algunas compañías del 20.º de línea, lanzadas en aquella direccion. El fuego se habia empeñado por ambas partes con gran encarnizamiento, y por ambas partes tambien corria la sangre en abundancia. En la segunda seccion el teniente Pachon y algunos otros hombres caen mortalmente heridos; muchos ginetes quedan desmontados, y en aquel entonces el capitan Fabart, esclama: Mi general, anteayer reconocí un camino que conduce, sin estar espuesto al fuego de las murallas, á la puerta Angélica, donde debe estallar enérgicamente la demostracion preparada á nuestro favor.» No habia un momento que perder, y confiando el general Oudinot en tan positiva declaracion, manda con gran tranquilidad al general Carlos Levaillant que siga aquella direccion con dos piezas y parte de la brigada. Sin embargo, engañado por sus recuerdos, el capitan Fabart, hace tomar á la columna un camino que no tardó en ser barrido por la artillería enemiga, cayendo aquel valiente oficial herido por cinco cascos de metralla. Cuatro caballos de la seccion de artillería son derribados mortalmente heridos, y como se hallasen nuestras tropas á medio tiro de pistola de las posiciones enemigas, una parte de la brigada Levaillant debió establecerse y parapetarse en las casas vecinas, al paso que la otra se vió obligada á abrigarse detras de un declive, bajo los cañones de la plaza. Mientras esto sucedía, la brigada Molliere combatía con indecible arrojo en la puerta Cavallegieri. (*)

(*) Por esta puerta llamada antiguamente Turrioni, se sale á Civitavecchia. No parece su construccion anterior al siglo XV, durante el

En dicho punto los coroneles Marulaz y Bouat de los regimientos 20.º y 33.º de línea, se lanzan impetuosamente seguidos de un centenar de hombres contra la puerta Pertusa. Arrastrados por su ardor llegan á caballo hasta el mismo pié de la muralla, y aprovechan un accidente del terreno para mantenerse en él, mas el número de los romanos y mas aun las obras acumuladas para la defensa de la plaza, no les permiten continuar con buen éxito tan atrevida tentativa.

Al paso que los bisoños soldados de Francia espuestos á un huracan de hierro, recibian valerosamente el bautismo de fuego, el comandante Picard, que combatia en el estremo derecho con los cincuenta hombres del 20.º de línea, se apoderaba de una posicion avanzada para facilitar una diversion que en la izquierda practicaba el general Levaillant. Sn movimiento tuvo en un principio un éxito completo, mas habiendo cesado el fuego en toda la línea, los romanos salieron en tropel por la puerta de San Pancracio, agitando pañuelos blancos y gritando: «Se ha hecho la paz, ¡viva la paz! Enemigos esta mañana, somos ahora hermanos. ¡Viva la Francia! ¡vivan los franceses!» Entonces el comandante Picard, creyendo que el movimiento verificado sobre la puerta Angélica habia facilitado al general en gefe la entrada en la ciudad, se decide á penetrar él mismo en Roma para tomar órdenes, si bien, no

cual se hace mencion de ella por primera vez. La etimología de su primitivo nombre se origina, segun aseguran, de la inmediata torre circular. Mas cierto es el origen de su nombre Cavallegieri, derivado del cuartel que se halla junto á la misma, establecido durante el pontificado de Pio IV. Por esta parte, esto es, por donde la muralla está mas inmediata á la actual sacristía vaticana, entraron los imperiales en Roma el año 1527, año de tristes recuerdos para la capital del mundo cristiano. Allí fué muerto el famoso Condestable de Borbon, que como hemos indicado en otra nota del tomo 1.º página 136, capitaneaba el ejército del emperador Cárlos V.

(Nota del Traductor.)

queriendo fiar nada al azar, mandó á su gente que conservase su posicion. Sin embargo, los romanos se aprovechan de su ausencia y de su número para rodear, empujar y arrastrar á la ciudad al débil destacamento, al que desarman y declaran prisionero de guerra.

Despues de inauditos esfuerzos y de increibles prodigios de valor, el general en gefe reconoce la inutilidad de persistir en el ataque, no pudiendo contar con el movimiento reaccionario, comprimido por las bandas de Garibaldi y de los lombardos, que habian penetrado en la ciudad á pesar de la estipulacion firmada en Civitavecchia.

En su consecuencia, dió la señal de retirada, y la órden de transportar los heridos á Maglianella; mas así como ni un soldado romano habia salido al encuentro de los franceses, al marchar estos contra Roma, tampoco ni uno solo se atrevió á seguirles en su movimiento de concentracion.

Inmediatamente se reunieron en aquel punto todas las tropas de la coluna, escepto el general Cárlos Levaillant, que con algunas compañías debió esperar la oscuridad de la noche para recobrar y llevar en brazos las dos piezas de artillería abandonadas en el camino de la puerta Angélica. El general en gefe que fué el primero en llegar al campo de batalla, fué el último en abandonarlo, y al reunirse al frente de la retaguardia, con las tropas que descansaban en Maglianella, espidió un parte telegráfico al ministro de la Guerra, anunciándole el resultado de la jornada del 30 de abril, y diciéndole, que habiendo Roma cerrado sus puertas al ejército espedicionario, debia en lo sucesivo ser objeto de un ataque regular en vez de un simple reconocimiento. Hallándose en Francia en busca de nuevas tropas, todos los buques que el general tenia á su disposicion, no pudo este dar al ministro un parte detallado de la accion hasta el dia 4 de mayo [1].

[1] Véanse los documentos históricos n.º 12.

El honor de la Francia exigia en reparacion una victoria, que el general prometió á sus soldados, y ya veremos como cumplió su palabra. Como ya hemos dicho, muchos de nuestros soldados vieron el fuego por primera vez el dia 30 de abril: sin embargo sufrieron admirablemente la prueba, combatiendo á cuerpo descubierto con un enemigo diez veces mas numeroso y oculto detras de fuertes murallas: no desfallecieron ni un solo instante y sostuvieron dignamente el renombre de las armas francesas; el peligro dobló su valor, y los obstáculos aumentaron su energía.

En tan triste jornada todos cumplieron con su deber y el personal del servicio médico estuvo admirable por su valor y abnegacion; el doctor Alfonso Pasquier, gefe de seccion de hospital de la primera brigada, y el doctor Santy, gefe de seccion de la segunda, mostraron gran valor en el ejercicio de sus funciones.

El primero, espuesto sin cesar al fuego, estableció su hospital de sangre en medio de la accion y á trescientos metros de las murallas, en el ángulo que forma el camino de Civitavecchia, frente la *Hostería antigua;* doscientos ochenta heridos llenaron en breve este hospital, el que por la noche fué trasladado á Maglianella, para ser en 1.º de mayo dirigido hácia Palo y luego hácia Bastia.

El doctor Pasquier y Mr. Armand, cirujano ayudante mayor del 36.º, fueron citados en la órden del dia del ejército.

Entre los valientes que desplegaron mas valor y sangre fria, distinguióse el subintendente Dutheil, tanto por la intrepidez con que estableció sus hospitales bajo el fuego del enemigo, como por los inteligentes cuidados que prodigó á los heridos. Muchos eclesiásticos dieron pruebas de una sublime abnegacion, entre otros monseñor Luquet, obispo de Hezebon, el abate Cosquer y el abate de Merode.

CAPÍTULO IV.

Crueldades cometidas por los romanos contra los prisioneros franceses. — Llega una escuadra española delante de Terracina. — Entrada en campaña de las tropas napolitanas. — El ejército espedicionario recibe refuerzos de Francia. — Difícil mision de M. Maugin. — Trabajos de defensa. — Asesinato de tres campesinos. — El capitan Laviron. — Soltura de los prisioneros franceses. — Caballerescas represalias. — Efecto que produjo en Francia la accion de 30 de abril. — Noble carta del príncipe Luis Napoleon. — Partida de M. Lesseps para Roma. — Operaciones militares y diplomáticas. — Fatal convencion. — Provecho que de ella redundó á los romanos. — Himno revolucionario. — Movimiento de los ejércitos católicos. — Victoria y chasco. — Pasquin.

El primer cuidado del general en gefe, despues de visitar el hospital de sangre, fué saber por medio de la lista de los cuerpos el número de los ausentes; quinientos hombres dejaron de contestar al llamamiento, en cuyo número iban incluidos los doscientos cincuenta soldados del 20.° de línea, retenidos prisioneros por la traicion. Á su entrada en Roma, las demostraciones de amistad se trocaron en gritos de odio y en vociferaciones de muerte contra las víctimas de tan indigna alevosía, y para algunos de nuestros soldados el golpe siguió de cerca á la amenaza; uno de ellos herido de tres balazos, fué despojado de sus zapatos, de su chacó y de su capote, y en este estado, dejando en su camino un reguero de sangre, vióse obligado á recorrer una gran distancia para llegar al hospital, donde murió; otro, en menosprecio de las leyes que protegen á los prisioneros de guerra, fué herido mortalmente en el

Corso; y finalmente un tercero recibió en las calles de Roma un balazo que le atravesó ambos muslos, dejándole en el hospital por espacio de ocho horas sin curar sus heridas; la crueldad se hacia ausilíar y cómplice de la traicion. Mientras tanto, el comandante Picard, seguido de un populacho frenético, era conducido á la fonda de la Minerva que se le señaló por cárcel. «Protesto, esclamaba aquel valiente militar, contra el acto desleal que me retiene en vuestro poder; no es así como se hace la guerra, no soy vuestro prisionero; matadme ó devolvedme la libertad.» Vanas palabras, á que el pueblo solo contestó con el insulto, haciéndose á su vez el ultrage cómplice y ausiliar de la crueldad.

Semejante estado de cosas no podia durar mucho tiempo, y los gefes de la república romana, temiendo, por una parte las represalias que podrian ejercerse contra sus soldados prisioneros, y por otra, recibiendo instrucciones secretas de la democracia francesa, con la que mantenian una activa correspondencia, no tardaron en trocar sus hostiles disposiciones para con los soldados franceses, con una calculada benevolencia.

«Nada teneis que temer, dijo Mazzini á uno de los oficiales prisioneros; podeis contar que se tendrán con vosotros todas las consideraciones que os son debidas, pues nuestros amigos de París desean que se establezca entre nosotros una comun fraternidad. — «Soy superior al temor, replicó el oficial francés; he cumplido con mi deber.»

Desde aquel instante los soldados se hallaron espuestos á infinitas seducciones, á repetidas instancias y promesas para arrancarles una protesta contra el espíritu de la espedicion francesa; pero nuestros valientes rechazaron con indignacion unas y otras, y vióse á simples soldados rehusar con altivez los elevados grados que se les ofrecian en el ejército romano, y negarse á admitir el oro á pesar de su pobreza.

Para gloria de la Francia el historiador debe hacer constar que no hubo en 1849 ni un solo francés que quisiera imitar el ejemplo del condestable de Borbon: durante este tiempo, otra clase de seducciones rodeaban el lecho de nuestros importunados heridos: algunas mugeres pertenecientes en su mayor parte á las clases elevadas de la sociedad, jóvenes de fascinadoras miradas, se sentaban en la cabecera de nuestros enfermos tratando de ganar prosélitos por medio de la voluptuosidad; y aquellas mugeres, presididas por la princesa Belgiojoso y por el padre Gavazzi, llamábanse hermanas de la caridad.

«Dejadme, señora, decia á una de ellas un jóven breton, al que una bala habia roto un muslo; dejadme morir en paz.» El breton murió aquel mismo dia, diciendo: «Mi padre se consolará al pensar que muero por la causa del Papa.»

Del modo que siempre sucede con las naturalezas débiles y vacilantes, los resultados de la accion del 30 de abril, escitando en su mas alto grado las ideas de resistencia, que desde mucho tiempo germinaban en el corazon de los revolucionarios, muy comprometidos para volverse atrás, arrastraron á los indiferentes é indecisos en la via de la lucha. Muchos romanos que dos dias antes habian aclamado á Pio IX y al ejército francés persuadiéronse de que eran héroes y gritaban mas fuertemente aun que los otros: ¡Viva la república! Lo mismo sucede en Francia, en que los hombres llamados *del dia siguiente* se unen á los conocidos con el nombre de *de la víspera*, y aceptan por miedo una situacion que en realidad estaban muy lejos de desear. Para ellos especialmente, el general Avezzana, ministro de la guerra, publicó á las ocho de la noche, á la luz de las antorchas y de los faroles, la siguiente proclama:

«¡INVENCIBLES ROMANOS!

»A las diez de la mañana, una parte de la division fran-

cesa ha atacado vigorosamente á nuestras tropas por el lado de la puerta de San Pancracio y del muro que rodea el Vaticano. Nuestros valientes republicanos han probado con hechos ser los dignos hijos de los Brutos y de los Scipiones: el enemigo ha sido rechazado en todos los puntos.

Un nuevo Breno nos reta.... ¿desmentireis vuestro orígen? Esta jornada ha presenciado hechos inspirados por el mas sublime heroismo. Pueblo, naciste libre, pueblo, fuiste señor del mundo. Pueblo, ¿quieres aceptar las cadenas de la esclavitud?»

Algunos revolucionarios franceses terminaron el dia bebiendo Champagne en la fonda de la Minerva en celebracion del triunfo de las armas romanas.

Fuera de sí, los gefes de la república con sus pretendidos triunfos, publicaron decretos y mas decretos, proclamas y mas proclamas, contándose hasta veinte distintas fijadas en las esquinas de la ciudad: estos documentos se distinguen todos por su exageracion ó por su trivialidad, y uno de ellos, emanado de la comision de barricadas, decia:

«PUEBLO!

«Ayer empezó la entrada de los franceses en Roma y la verificaron por la puerta de San Pancracio en la calidad de prisioneros. Esto no debe sorprendernos, *á nosotros, el pueblo de Roma,* mas causará una curiosa sensacion en *Paris;* lo que no dejará de sernos provechoso.»

Despues de tres párrafos destinados á probar que las bombas y los cañonazos hacen mucho mas ruido que daño, que su efecto casi nulo en cuanto á la vida de las personas, es solo un pretesto para hacer capitular á las ciudades vendidas todas por los reyes y por los generales pertenecientes al partido monárquico, la proclama continúa en estos términos: «Encar-

gamos á los mercaderes que tengan sus tiendas abiertas, lo cual al mismo tiempo que escómodo, produce muy buen efecto. Hoy debemos fortificar el Pincio; hallaos allí en gran número, y trabajaremos juntos. Recomendamos á los *tiradores de toda clase* que esperen la proximidad del enemigo á quien quieran herir, medio seguro para impedir la retirada y para alcanzar nombradía... Vengan hoy otra vez y verán lo que les pasa.»

La segunda proclama emanada de la misma comision es no menos curiosa y dice así:

« PUEBLO!

« El general Oudinot habia prometido pagar en dinero contante todos los perjuicios y estragos causados por su injusta agresion.... Pues bien! pague si es que puede, los frescos de Rafael atravesados por balas francesas! Repare, no los perjuicios, pero sí la injuria hecha á Miguel Angel! Napoleon enviaba al menos nuestras obras maestras á Paris, y la admiracion de los estrangeros era para los italianos una compensacion de la conquista; mas hoy el gobierno francés invade nuestro territorio y lleva el afecto que á Roma profesa, hasta el punto de quererla destruir, antes que dejarnos espuestos al enojo del terrible Zucchi y á las amenazas de Radetzky y de Gioberti....

« Roma, como Scévola, ha estendido su brazo sobre el ardiente brasero y ha hecho un juramento. Los trescientos amigos de Scévola pusieron en fuga á Porsena.... La historia romana no ha terminado todavía.

« *H. Cernuschi, Vicente Cattabeni, Vicente Caldesi.* »

La primera parte de esta proclama, tan falsa como jactanciosa la segunda, era obra de un calculado artificio. Ningun monumento habia sufrido la mas ligera avería, pues el gene-

ral en gefe llevó el respeto á los edificios históricos hasta el estremo de neutralizar la accion de sus obuses. El fin de tales calumnias es evidente ; y los revolucionarios romanos trataban de paralizar la indignacion de la Europa representando al ejército francés como una horda de vándalos.

Durante estos acontecimientos, una escuadra española compuesta de las fragatas *Córtes* y *Villa de Bilbao*, de los vapores de guerra *Leon* y *Vulcano* y de otro buque de menor porte *el Bidasoa*, bajo las órdenes del vice-almirante Bustillos, habia llegado (dia 29 de abril) delante de Terracina. El gefe de la espedicion que vió flotar en uno de los fuertes que defienden la ciudad por la parte del mar, la bandera tricolor italiana, mandó formar á sus buques en línea de batalla y se disponía para romper el fuego, cuando desapareció la bandera, siendo reemplazada en señal de paz por un pabellon blanco. Entonces un ayudante del general y un teniente de navío llamado don J. Topete saltaron á tierra para manifestar á los habitantes que el objeto de la espedicion no era otro que el de contribuir al restablecimiento del Santo Padre en la plenitud de sus derechos y de su autoridad temporal, que el gobierno español no omitiría medio alguno para obtener semejante resultado, y añadieron, que los hombres de bien podían contar con una proteccion eficaz y que siempre serian respetadas las personas inofensivas y las propiedades.

Sus firmes palabras relativas á la cuestion del pontificado, fueron generalmente bien acogidas, y la bandera de Pio IX fué izada inmediatamente sin la menor oposicion, en vez del estandarte de la Italia revolucionaria.

Entonces las tropas efectuaron su desembarque, se apoderaron de los fuertes en nombre del poder legítimo, y destruyeron una mina que los rebeldes habian abierto cerca de la torre Gregoriana, en el camino que debian seguir las tropas napolitanas.

El general Córdoba, general en gefe de la espedicion española, habia salido de Madrid para reunirse al frente de cuatro mil hombres con la primera division. En aquel mismo dia, el ejército napolitano bajo las inmediatas órdenes de Fernando II, rey de las Dos Sicilias, penetraba en los estados romanos.

El anuncio de tal noticia proporcionó á los triumviros la ocasion de vomitar la hiel de su impotente ira, contra un monarca muy digno por cierto de los honores de su odio, si se considera que solo, sin ausilio estranjero y sin mas recursos que los suyos propios, el rey de las Dos Sicilias venció la rebelion siciliana, triunfó de la revolucion de su capital y adquirió eternos títulos á la gratitud del mundo católico. Los triumviros se apresuraron á publicar una proclama que terminaba con estas palabras: «Así como hemos vencido á nuestros primeros lidiadores, venceremos tambien á los segundos.»

Al saber la marcha de las tropas napolitanas, uno de los triumviros esclamó en pleno consejo: «*Hemos desplumado y comido el gallo; ahora coceremos y comeremos los macarrones.*» Esta chanza salvage fué recibida con una triple salva de aplausos.

Desde Maglianella, el general Oudinot trasladó su cuartel general al pueblo de Palo: la primera brigada acampada en Polidoro, ocupaba una serie de montañas, muy fáciles de defender en caso de ataque, y ochenta caballos del 1.º de cazadores y el 66.º de línea, desembarcados en Civitavecchia despues del 30 de abril, reforzaron la segunda brigada. El general en gefe, considerando de la mayor importancia tener en la embocadura del Tíber un punto que permitiese interceptar las provisiones que se dirigian á Roma y que sirviese al mismo tiempo para facilitar el transporte de las de su ejército, habia resuelto apoderarse del fuerte de Fiumicino, situado en la orilla derecha de uno de los brazos del rio, cuya comision confió al capitan de Estado Mayor Castelnau; este oficial dis-

púsose al momento para desempeñarla cumplidamente, y saliendo de Palo el dia 5 de mayo al frente de tres compañías de infantería y de veinte y cinco cazadores de á caballo, llegó despues de ocho horas de marcha al frente de Fiumicino, el cual habia sido evacuado aquella misma mañana por la guarnicion romana. El capitan Castelnau lo ocupa militarmente en calidad de comandante superior, y el general en gefe señala en un batallon la fuerza que cree necesaria para conservar y defender la embocadura del Tíber y estender la ocupacion hasta Ostia; al mismo tiempo establece en el fuerte un depósito general de provisiones, que desde allí llegaban sin dificultad al ejército, ya por el rio, ya por los dos caminos paralelos á él. Algun tiempo despues, cuando se querrá echar un puente sobre el Tíber á la altura de San Pablo, reuniránse en Fiumicino las barcas y materiales necesarios para su construccion: por el Tíber son dirigidos á Civitavecchia y á Córcega los enfermos y los heridos, y tambien por Fiumicino tienen lugar las correspondencias diplomáticas del general en gefe con la embajada de Francia en Gaeta.

Nuevos refuerzos llegados de Francia se habian reunido al ejército; un escuadron del 1.º de cazadores, el 16.º regimiento de infantería ligera, la brigada del general Chadeysson y seis piezas de batir permitian abrir otra vez las hostilidades con ventaja; así es que el general en gefe reunió en consejo á los gefes de artillería y de ingenieros para determinar el plan de ataque, y despues de detenidos estudios fué elegida por centro de los movimientos la porcion del recinto próximo al rio y situada en su orilla derecha, posicion que reunia la doble ventaja de respetar los monumentos de la ciudad, y de no apartar al ejército de su doble base de operaciones: Palo y Civitavecchia. Fijado y aprobado este plan, la brigada Molliere se pone en marcha hácia Castel Guido, donde no tardó el generalísimo en trasladar su cuartel general; la

primera y segunda brigadas reciben la órden de ocupar las alturas de Maglianella y de Lungaretta, y el 2.º de línea toma posicion en Ponte Galera, comunicando con la Via Aurelia por un camino practicable para la artillería. Semejantes disposiciones causaron gran sensacion á los agentes diplomáticos franceses que habian permanecido en Roma, y temiendo las consecuencias que podrian resultar del rompimiento de las hostilidades con fuerzas que creian insuficientes en vista de la actitud del ejército romano, aumentado con considerables refuerzos, quisieron á toda costa hacer saber al cuartel general las disposiciones del enemigo. Para desempeñar tan difícil mision, era necesario un hombre inteligente, animoso y adicto, condiciones que reunia M. Mangin, el cual conocia al general Lante, que habia hecho la última guerra de la independencia, y estaba además en relaciones de amistad con su ayudante de campo Mr. Galvagni, que desempeñaba entonces las funciones de director de policía. M. Mangin manifestó á ambos el proyecto que concibiera, y les rogó que prestasen su cooperacion á él, facilitándole los medios de llegar al campamento de los franceses á fin de evitar, si posible era, la continuacion de una sangrienta lucha; el general se negó á ello bajo pretesto de que traspasaria los límites de sus poderes favoreciendo un acto que solo los triumviros podian apreciar y aprobar en su caso; recibida esta contestacion, M. Mangin se presentó ante el triumvirato sin pérdida de momento, y recibido por Mazzini, díjole este, despues de escuchar su proposicion muy poco favorablemente: «Caballero, el paso que pretendeis dar nos es indiferente, pues hemos probado á la faz de la Europa entera que Roma no teme á la Francia. Hemos prohibido á los franceses acercarse á nuestros muros, y sabremos hacer respetar nuestros preceptos. Roma es la ciudad eterna; ¡desgraciado del que atente contra ella!» M. Mangin insiste, hasta que por fin despues de largas conferencias con sus có-

legas, Mazzini le entrega un pase; esto sucedia á las seis de la tarde, y sin perder un instante sale por la puerta Angélica en direccion á la puerta Cavallegieri: gran número de guardias cívicos se hallaban armados en las murallas, mas el animoso francés, acompañado de un capitan de Estado Mayor que los triumviros le habian dado para protegerle en caso necesario, ata un pañuelo blanco al estremo de un baston. « ¡Atrás, le gritan, atrás, no se pasa! » pero M. Mangin adelanta siempre; los guardias cívicos hacen fuego contra él sin poder detener su marcha; las balas silban al rededor de su cabeza, y el cochero se detiene diciendo: «Volvamos á la ciudad; si vuestro deber es haceros matar, el mio es vivir para mi mujer y mis hijos.» El capitan romano añade: « Ya veis, caballero; nos haríamos matar aquí sin provecho y sin gloria; volvamos á Roma. — ¡Sea pues! contesta M. Mangin; mañana empezaremos de nuevo.»

En efecto, el dia siguiente emprendieron el mismo camino y llegaron sin obstáculo hasta la Malagrotta, mas al llegar allí se ven rodeados por una partida de Garibaldinos: M. Magin, á pesar de su carácter diplomático y de las protestas del capitan romano que le acompañaba, es arrestado; varios fusiles se dirigen contra su pecho, y un coronel de caballería llamado Masina le amenaza con hacerle fusilar, siendo precisa la intervencion del mismo Garibaldi para sacarle de una muerte cierta. Despues de tan desgraciado encuentro vióse obligado á volver á Roma.

En presencia de tantas dificultades, habría cedido cualquier hombre de un valor menos ardiente, mas M. Magin sentía crecer su energía en proporcion de los obstáculos; preséntase otra vez delante de Mazzini, pero no ya como suplicante, sino como un hombre que tiene derecho de hablar alto. « ¿El poder del general Garibaldi, esclama, es acaso superior al de los triumviros? » y le refiere los peligros que ha corrido, las

violencias que sufriera y la oposicion de Garibaldi á dejarle pasar adelante.» Por el interés de Roma, dice, mas aun que por el de la Francia, importa que mi mision se cumpla, y se cumplirá.» Mazzini le entrega un nuevo salvoconducto, y con él puede llegar por fin M. Magin al cuartel general francés. A su llegada halla al general en gefe gravemente enfermo, y el duque de Reggio, previendo las fatales consecuencias de que podía ser orígen un sistema contemporizador contestó lo siguiente á sus proposiciones; « Los romanos desean la guerra y cuanto mas pronto será mejor; sin embargo, si mas bien aconsejados, consienten en someterse á la Francia, me hallarán siempre dispuesto á acoger todas las proposiciones conformes con la dignidad de la Francia y con los intereses de la soberanía pontificia.»

Los refuerzos franceses solo habian llegado en parte, y los defensores de Roma aprovecharon esta dilacion para activar sus trabajos de resistencia y continuar en sus escesos; el dia 2 de mayo, la comision de barricadas señaló los puntos en que al primer cañonazo, debian reunirse los combatientes armados; el dia 3 hizo un llamamiento al patriotismo interesado de los herreros, suplicándoles en nombre del pueblo, que acudiesen al seno de la comision, á fin de examinar los *tríbolis*, instrumento hecho para atormentar al enemigo; esta máquina de nuevo género estaba formada con planchas erizadas de clavos, y la comision ofrecia un premio de treinta escudos, pagados al contante al que le entregase ciento de dichas máquinas. El mismo dia decretó la construccion en todas las calles de barricadas movibles y lanzó una fulminante proclama contra el ejército napolitano (*).

(*) Astuto y esperimentado el agitador Mazzini, que era el alma de la revolucion italiana y el dueño absoluto de la situacion de Roma, desde el momento que supo la marcha del ejército francés contra la

«Sea la insurreccion por algun tiempo, decia, el estado normal del pais, la vida de todo patriota; sean los cobardes castigados con la infamia y los traidores con la muerte! y así como la república fué grande durante la paz, sea terrible durante la guerra.» Recomendaba ademas á los habitantes de las provincias la organizacion en partidas de diez á cincuenta voluntarios, dependientes del gran centro de Roma, que debia atacar de frente, y prometia el grado de capitan á todo el que reuniese diez ó cincuenta, y tierras, honores y dinero á cualquiera que combatiese por la salvacion de la república romana.

Imposible era que estas permanentes escitaciones dejasen de traducirse en actos deplorables, y aquel mismo dia tres campesinos fueron atacados por algunos hombres furiosos. «Son jesuitas disfrazados» esclaman, y al momento acude una tumultuosa muchedumbre gritando: *Mueran los jesuitas!* encierra á los tres desgraciados en un círculo que va estrechándose por momentos; en vano suplican y declaran que no

ciudad de Roma, secundado por su colega Armellini y por su fiel Avezzana, decretó que fuesen recogidas todas las armas inclusas las de caza á los ciudadanos que no perteneciesen á la guardia cívica, é hizo decretar así mismo á Avezzana, que la direccion de policía correria en adelante á cargo del ministro de la Guerra. De este modo se hacia imposible toda reaccion á favor del Papa: de este modo se tenian comprimidos los sentimientos generosos de los buenos ciudadanos hácia la sagrada persona del representante de Dios sobre la tierra: de este modo Mazzini podia decir impunemente á la Europa que todo el pueblo estaba á favor de la república, porque el pueblo, el verdadero pueblo romano estaba oprimido por las desalmadas hordas del aventurero Garibaldi y de otros oficiales advenedizos, que comprometian la veneranda ciudad de los Césares y de los Papas y ponian en eminente peligro, preparándose para una inútil resistencia, la vida y los intereses de la inmensa mayoría de sus moradores, que lloraba en silencio víctima de tantas tribulaciones.

(Nota del Traductor.)

son eclesiásticos; los gritos de muerte aumentan, y una muger de la campiña de Roma, deslizándose como una serpiente á través de la multitud, se acerca á ellos y les hiere con el puñal que sirve de aguja en su peinado. Su accion fué la señal de la matanza, y en un instante las tres víctimas son asesinadas y despedazadas; la multitud, ébria de ira, se lava las manos en su sangre; divide entre sí su carne, y entonando los lúgubres cantos con que la Iglesia católica acompañó las palabras sacramentales que pronuncia por los difuntos, precipita en las aguas del Tiber los palpitantes restos de aquellos nuevos mártires de los errores populares. El dia siguiente el triumvirato se limitó á reprender en pacíficas proclamas, tamañas atrocidades que calificó de graves desórdenes.

El dia 6, la comision de barricadas prohibió colocar banderas rojas en las calles donde no lo han sido por ella misma, y declaró que aquellas banderas indicaban las calles reservadas para la artillería y la caballería. « En todas las demas calles, dice, levantad barricadas á discrecion, si bien cuidad de que pueda pasar por ellas un hombre á caballo; recoged piedras y tenedlas prontas; la piedra que aplastará á algun agente de la tiranía, se convertirá en piedra preciosa. Las damas romanas especialmente, deben recoger esas inexorables piedras etc., etc.»

El príncipe de Canino que, ya por amor á la popularidad, ya por temor del populacho, solo firmaba C. L. Bonaparte, dió en nombre de la asamblea constituyente un voto de gracias á los triumviros. « Ciudadanos, dice, la asamblea juró no ha mucho salvar la república, y la república será salvada, ya que contribuyen con tanto patriotismo al cumplimiento de su juramento, almas tan generosas como las vuestras.»

Finalmente, un francés espulsado de su pais, y capitan de estado mayor en el ejército romano, trata de excitar contra sus compatriotas, el valor de los estrangeros. Laviron, encargado

por el ministro de la guerra de formar una legion estrangera, invita á todos los que deseen combatir por la causa de la libertad, á presentarse en la Pillota, donde serán inmediatamente inscritos y organizados en legion. Olvidemos por el honor de nuestro pais, que aquel hombre llevó las charreteras de artillero de la guardia nacional de Paris.

Los latrocinios cometidos por los soldados de cuerpos francos asi en Roma como en la campiña, tomaron tal carácter de gravedad, que el ministro de la guerra amenazó por tercera vez con la aplicacion de la ordenanza militar á los soldados que se hiciesen reos de exigencias ó de prisiones arbitrarias, quejándose amargamente de que perdian la república con sus infinitos escándalos, y su insaciable sed de oro.

Por su parte los triumviros instituyen una comision encargada de juzgar con toda severidad los actos de violencia cometidos contra las personas y propiedades, y el mismo Sterbini, nombrado conservador de monumentos, hace justicia á sus auxiliares, declarando en una proclama que los enemigos de la república habian comprado partidas de bandoleros para saquear las propiedades particulares y nacionales, y para destruir los monumentos; que la criminal accion de aquellos malvados se habia dejado sentir en varios puntos, y que el grito universal de Roma es: *Mueran los ladrones.*

Como puede verse, los gobernantes de Roma en continua contradiccion con sus proclamas, manifestaban á la Europa civilizada la naturaleza de los elementos encargados *en nombre de Dios y del pueblo* de salvar la república romana. Semejante estado de anarquía oficialmente reconocida, los incesantes ataques contra las propiedades y monumentos de la ciudad eterna, engrandecian la cuestion, la hacian europea, quedando asi mas que justificada en su objeto y en sus medios la intervencion del ejército francés.

El 7 de mayo, el gobierno romano, aconsejado por el co-

mité democrático de Paris, decidió entregar solemnemente al ejército francés los doscientos cincuenta prisioneros, hechos en la accion del 30 de abril. « La generosidad es la virtud de los fuertes, dijo Mazzini á sus cólegas, á lo que el meticuloso Armellini le contestó. — A veces es propia tambien de una hábil política.» Sea como sea, este hecho fué para los romanos un medio de desplegar su hipocresía y para nuestros soldados una ocasion de demostrar su leal firmeza, pues asi como habian sabido resistir las amenazas de la violencia, resistieron igualmente ante los encantos de la seduccion. Despues de un engañoso y pérfido discurso del ciudadano Filopanti, el primer diputado que formulara la deposicion del pontificado, los prisioneros se avanzaron en triunfo, por decirlo así, por las calles de la ciudad; una inmensa multitud engalanada como en los dias festivos, escoltábalos gritando: ¡Viva la república francesa! ¡Viva la república de Roma! La coluna tenia que detenerse á cada momento para sufrir insidiosos obsequios, presiones de manos, esquisitas libaciones, lluvia de flores, abrazos fraternales, ofertas de dinero y de honores, todo se empleó para conmover el inaccesible corazon de los soldados franceses; pero en vano; estos se reunieron el dia 8 con sus hermanos de armas, quienes les recibieron con grandes muestras de alegría sin pensar en felicitarles por su fidelidad á su bandera.

La soltura de los prisioneros emanaba esencialmente como ya hemos dicho, de un cálculo político, pues el triumvirato esperaba con ese medio crearse partidarios entre el ejército francés; así lo prueba una carta que Mazzini leyó aquel mismo dia en sesion pública á la Asamblea constituyente: «Ya teneis conocimiento, dijo, de nuestra decision respecto de los prisioneros franceses; de este modo enviamos apóstoles en el cuerpo espedicionario, y contribuimos eficazmente con semejante acto á ganar para nuestra causa la opinion pública, que cada dia

se pronuncia en Francia con mas fuerza en nuestro favor. *Las noticias de Paris son buenas.*

El triumvirato habia publicado el dia anterior una proclama en francés escitando á la rebelion y á la desercion á los hombres á quienes el dia siguiente debia dar la libertad.

El general en gefe contestó con caballerescas represalias á la libertad dada á los doscientos cuarenta prisioneros, pues envió al gobierno romano el batallon de ochocientos hombres que se habia obligado á desarmar en Civitavecchia, reclamando al mismo tiempo la soltura del coronel Leblanc y del capítan Boissonet, quienes enviados en clase de parlamentarios el dia del desembarque, habian sido retenidos prisioneros en Roma, en contra del derecho de gentes.

La mala fé y el espíritu de partido habian desfigurado en Francia los resultados de la jornada del 30 de abril; los hombres de partido que disparaban sus armas en el Bidasoa contra la bandera francesa, y los que mas tarde invocaban una tempestad para el ejército que atravesaba el mar para dotar á la Francia con las provincias de Argelia, en cambio de un golpe de abanico, esos mismos hombres entonaban un *Te-Deum* democrático en honor del pretendido triunfo conseguido por los romanos contra sus compatriotas, y la misma Asamblea constituyente, minada por la oposicion montañesa, reprendida por la calumnia, perdido el buen sentido patriótico, pronunciaba un voto de formal censura por la marcha del ejército contra Roma.

Por una de aquellas estrañas metamórfosis de las ideas humanas, viéronse aquel dia participar en su voto antinacional á los mismos que antes del dia 10 de diciembre reunieron en Marsella el cuerpo espedicionario, destinado á proteger el pontificado en sus derechos y en su autoridad.

La prensa demagógica no quiso ser menos que la Asamblea legislativa, y la sobrepujó, pues si la una habia censurado, la otra insultó públicamente al ejército.

El *Nacional*, repudiando su título, despues de decir «que poco importa que nuestros soldados hayan sido vencidos ó vencedores,» pronuncia estas increibles palabras: «Nuestros amigos se ven obligados á rechazar con mano armada nuestras culpables agresiones.»

La *Democracia pacífica* no es menos esplícita: «El Dios de la justicia, dice, el Dios de las naciones oprimidas ha dado la victoria á la buena causa,» y derramando luego fingidas lágrimas, sobre la pretendida deshonra de nuestras tropas esclama: «*Semejante vergüenza les era debida.*»

El *Pueblo* va mas allá, y digno émulo del pueblo que asesinara al general Brea, insulta los cadáveres de nuestros soldados y eleva un concierto de gratitud á la gloria de los vencedores del 30 de abril: «Valor, y siempre valor, esclama; no, no todo se ha perdido aun....»

«Italianos, hermanos nuestros, cesad de maldecirnos y de renegar de nosotros; la verdadera Francia, la del año 92 y la de 24 de febrero existe todavía!»

Cuando hayan calmado las malas pasiones, parecerá increible que haya habido en Francia franceses tan enemigos de su pais, para haberle ultrajado de este modo.

Sin embargo, un hombre de corazon, á quien la Francia acababa de confiar el cuidado de su gloria y de su salvacion, protestó contra tan vergonzosas palabras de una manera digna de ella y del gran nombre que llevaba; el presidente de la república se apresuró á escribir al general Oudinot una carta, que es un verdadero monumento histórico, y que con placer insertamos: dice así:

«Mi querido general:

»El parte telegráfico que anuncia la imprevista resistencia que habeis hallado bajo las murallas de Roma, me ha causado

una profunda pena, pues como no ignorais, esperaba que los habitantes de Roma, abriendo sus ojos á la evidencia, habrian recibido solícitos á un ejército que iba á ejercer en su ciudad una accion benéfica y desinteresada. Por desgracia no ha sucedido así, y vuestros soldados han sido recibidos como enemigos: desde aquel momento queda empeñado nuestro honor militar, y no sufriré que caiga sobre él la menor mancha. Los refuerzos no os faltarán, y decid á vuestros soldados que aprecio su valor, que participo de sus penas, y que siempre podrán contar en mi apoyo y en mi gratitud.

»Recibid, mí estimado general, la espresion de mis sentimientos de aprecio.

Luis Napoleon Bonaparte.»

M. Fernando de Lesseps, portador de esta carta llegó al cuartel general durante la noche del 14 al 15, en calidad de enviado estraordinario y de ministro plenipotenciario, y con el encargo de mantenerse con el general en gefe en relaciones de mutua confianza, y de ponerse de acuerdo con él mismo en todos sus actos y negociaciones; acompañábale un ardiente revolucionario, comprometido en 1831 y amnistiado despues por Pio IX; el nombre de M. Accursi, unido con el de M. de Lesseps, era de siniestro augurio.

El general, duque de Reggio contestó sin demora á la carta del presidente de la república, con la siguiente, en la cual se fija claramente la situacion en que se encontraba en aquella época el cuerpo espedicionario.

«Sr. Presidente:

»Acabo de recibir la carta que os habeis dignado escribirme con fecha del 8 del corriente, la que me apresuro á poner en conocimiento del cuerpo espedicionario, pues en ella encon-

trará una preciosa y justa recompensa de su abnegacion, valor y disciplina.

» El ejército francés se halla á las puertas de Roma, y por vasto que sea el recinto de esta plaza, se halla completamente circunvalado; en breve nuestras piezas de batir estarán en batería, y dueños de la parte alta y baja del Tíber, dominando en el camino de Florencia, hemos interceptado todas las comunicaciones y tenemos una plena libertad de accion.

» Desde hoy seria segura é infalible la sumision absoluta del partido que domina en Roma, si el *Monitor* del 8 no reanimase fatales esperanzas; mas suceda lo que quiera, dentro de pocos dias la Francia será árbitro de los destinos de la Italia central y nuestro gobierno recogerá el fruto de la enérgica y generosa política que pretende seguir y que vos le inspirais.»

Los momentos eran preciosos y no habia un instante que perder; el enviado, ministro plenipotenciario de Francia, parte inmediatamente para Roma; el general Oudinot traslada su cuartel general á Vinadel-Corviale, en el centro de la segunda brigada, que ocupaba la Via Portuense; la primera brigada se dirige á la Magliana y la tercera toma posicion en la Casa-Maffei, mientras las seis piezas de batir son aproximadas á las orillas del Tíber, confiándose su custodia al 20.º de línea.

El dia siguiente 16, la segunda brigada se adelanta á mil ochocientos metros del cañon de la plaza, ocupa sin la menor resistencia la meseta de la *villa* Santucci, y apoyando su derecha en la primera brigada de Santa Pastera, estiende su izquierda hácia la *villa* Pamfili. El general en gefe dirige en persona estos varios movimientos, y aquel mismo dia, da orden al general Cárlos Levaillant de practicar un reconocimiento en la direccion de la *villa* Pamfili; el valiente general se apodera de un puesto avanzado de cuarenta y cinco romanos, establecido en la union de los caminos de Capeletta y

Corviale, y engañados aquellos soldados por las calumnias propaladas acerca de la pretendida crueldad de los franceses, y no dudando de que van á ser fusilados, juntan las manos é imploran la vida. El general Levaillant les tranquiliza diciéndoles: «Nada temais; los franceses respetan á sus prisioneros, y jamás dan la muerte despues del combate;» y los condujo al cuartel general guardando con ellos las mayores consideraciones. En aquel momento regresaba de Roma M. Fernando Lesseps, y anunció al general en gefe que, persuadido de antemano de su asentimiento, habia estipulado con el triunvirato una suspension de hostilidades: ademas suplicó al general que devolviese la libertad á los cuarenta y cinco prisioneros. Cediendo aquel á sus repetidas instancias, y á un esceso de generosidad y quizás de deferencia accedió á sus deseos.

El duque de Reggio, lo mismo que el ejército entero, no vieron sin sentimiento un tratado que encadenando su ardor, paralizaba todos sus movimientos, al paso que los romanos lo recibieron con transportes de alegría, pues les permitia terminar sus obras de defensa y llamar en su ausilio nuevos refuerzos. El dia 8 habia efectuado su entrada en Roma una columna de cuatrocientos cincuenta lombardos bien armados y equipados; el 13, dos mil hombres y una compañía de voluntarios de Perusa habian sido recibidos con entusiasmo, siendo elevado poco tiempo despues el general Roselli que los mandaba, al mando en gefe de las tropas romanas. En la noche del 16 vióse llegar la division del general napolitano Mezzacapa, formada por doce piezas de artillería, dos escuadrones de caballería y cuatro mil quinientos infantes, y compuesta en parte de guardias civiles de Bolonia, de suizos y de refugiados polacos.

Estos inesperados socorros debian primeramente prolongar la lucha y hacerla mas sangrienta, si, segun todas las previsiones, la suspension de las hostilidades era importante para

producir la paz, y asimismo la comprendieron los triumviros no dejando de escitar los instintos del pueblo. No contentos con invitar á la defensa de Roma á todos los refugiados diseminados por el territorio de Italia, encargaron á los poetas que infundiesen nuevo valor á los combatientes con el canto de sus hazañas.

Cada noche, cuando la ciudad se iluminaba para poder continuar los trabajos en las barricadas, canciones bélicas y revolucionarias se mezclaban á los sordos golpes del martillo. El himno de Magazzari llevóse la palma entre las infinitas *marsellesas* que se disputaban los favores de la moda revolucionaria, y el maestro, antes poético chantre de Pio IX, habia prostituido su talento á las siguientes palabras:

« En el suelo de Italia, no haya mas papas ni reyes; ya no reina aquí la esclavitud. Guerra! guerra!

» Desde hoy los Alpes y el mar ciñen una sola alma, una sola voluntad; lancemos el grito de los valientes: Guerra! guerra!

» Vil é impío es el que vacila en coger un fusil y un puñal y no se atreve á atacar al enemigo. Guerra! guerra!

» Tierra de Italia, patria nuestra, tuyo sea nuestro último suspiro! por tí queremos vencer ó morir. Guerra! guerra!

» Debajo del suelo que pisamos se estremecen los cadáveres de un pueblo que vivió en otro tiempo. Ay! aquel pueblo ya no existe. Guerra! guerra!

» Pero el recuerdo de los héroes no puede engañar ni morir: levántate, Italia, y emprende un nuevo vuelo. Guerra! guerra!

» En el suelo de Italia no haya mas papas ni reyes; ya no reinará la esclavitud. Guerra! guerra! »

Los cantos callejeros guardaban el mismo diapason que las proclamas del gobierno; los triumviros, mas y mas embriaga-

dos con su febril elocuencia y sus fabulosos triunfos, retaban á la Europa entera y arrojaban su guante á los ejércitos católicos. Las tropas austríacas, despues de invadir las fronteras pontificias, pusieron sitio á la ciudad de Bolonia, mientras que el general Córdova se habia reunido con la primera espedicion española, desembarcada en Terracina. A los manifiestos de ambas potencias, contestaron los triumviros del modo siguiente:

« Tambien la España nos envia en tono altivo, segun acostumbra, un insolente reto; el coro es asi compuesto: el Austria, la Francia, Nápoles y la España reproducen la historia de los antiguos tiempos y contestan á la voz de un papa!

» Que sean contra nosotros tres ó cuatro, poco importa! Roma no se aparta de sus irrevocables designios; hace tres siglos y medio que los mismos soberbios agresores hallaron una Italia agonizante, mas hoy hallarán una Italia que renace, la Italia del pueblo! »

Al mismo tiempo su periódico oficial anunció por parte telegráfico, una importante victoria conseguida por las tropas romanas contra el ejército napolitano, añadiendo que aquella misma noche debian llegar los numerosos prisioneros y las muchas piezas de artillería que habian caido en su poder. Esta noticia, desmentida el dia siguiente por el mismo Monitor fué para los romanos un verdadero chasco, pues una multitud inmensa estacionada en las afueras de la puerta de San Juan de Letran esperó en vano durante toda la nocbe, los trofeos de la victoria que se redujo á las proporciones de un simple combate de avanzadas en las inmediaciones de Palestrina.

Para ofrecer una especie de compensacion al populacho, los triumviros le anunciaron por medio de dos decretos oficiales, que el convento de San Silvestre y los hospitales de Roma y de las provincias, se declaraban propiedad de la república. El dia siguiente, la estatua de Pasquino ofrecia á las miradas

de los transeuntes un cartel en el que una mano reaccionaria habia escrito lo que sigue:

« Regocíjate, pueblo bonazo y simple, engalánate con tu último traje de fiesta, gasta tus últimos bayocos para iluminar tu casa, entona en señal de alegría tu canto de guerra; no haya mas papas! no haya mas rey! Regocíjate, pueblo bonazo y simple, pues los que han reemplazado al papa y que quisieran sustituirse á los reyes, te concederán una libertad tan grande, que despues de apoderarse de tu último escudo, te dejarán la de morirse de hambre. Mientras tanto, sé tan agradecido, pueblo bonazo y simple, como se muestran ellos generosos y justos; para ellos los palacios de tu papa, de tus cardenales, de tus príncipes; para ellos los honores y la fortuna; para tí las balas, los hospitales y la miseria! Regocíjate pues, pueblo bonazo y simple! »

Este cartel estuvo espuesto por mas de una hora á la vista del pueblo, el cual al paso que conoció la justicia de las palabras de Pasquino, se dirigía á las barricadas para defender su independencia á razon de tres francos diarios.

CAPÍTULO V.

Suspension de hostilidades. — Voluntaria retirada del ejército napolitano. — Combate de Velletri. — Incendio de los confesionarios. — Restauracion del duque de Parma. — Toma de Bolonia. — Bravata republicana. — Visitas domiciliarias. — Asesinato del párroco de la Minerva. — Asesinatos de San Calisto. — Actitud del ejército espedicionario. — Llegan refuerzos á los romanos. — Proyecto de tratado. — Continuacion de las negociaciones. — Consejos de guerra. — Perentorias cartas del general en gefe á M. de Lesseps. — Documento curioso. — Patriotismo del general Oudinot. — Ultimatum. — Contraproyecto. — Conflicto militar y diplomático. — Escena solemne.

La suspension de las hostilidades proporcionaba á los romanos algunos dias de descanso, y les aseguraba la momentánea neutralidad del ejército francés.

El triumvirato no ignoraba la primera parte del contenido de un parte telegráfico de fecha del 10, que le habia sido comunicado por órden del gobierno francés; decia así:

«General, haced saber á los romanos qué no es nuestra intencion unirnos contra ellos á los napolitanos. Continuad vuestras negociaciones. Dejad que vuestras declaraciones se difundan. Se os envian refuerzos; esperadlos. Tratad de entrar en Roma de acuerdo con los habitantes, y si os veis obligado á atacar la ciudad, que sea al menos con probabilidades positivas de triunfo.»

Al llegar á Roma M. de Lesseps se apresuró á hacer fijar esta comunicacion en todas las esquinas de la ciudad, y no cuidó

de prevenir á los napolitanos de la suspension de hostilidades que habia estipulado sin previa autorizacion del general en gefe. Semejante olvido, involuntario sin duda, fué una grave falta cuya responsabilidad no debe pesar sin embargo sobre el honor de la Francia; no incluyendo á los napolitanos en el tratado que acababa de celebrar, M. de Lesseps esponia á un ejército amigo á la accion única de los romanos, á un ejército amigo que debia contar al menos en el apoyo moral de nuestras armas.

La nueva actitud del gobierno francés y la convencion Lesseps hecha con esclusion del ejército napolitano, y paralizando las afecciones del general Oudinot, resuelto sin embargo á no hacer ni un movimiento retrógrado, modificaron al momento las disposiciones militares del rey de las Dos Sicilias; este augusto monarca, temiendo los acontecimientos que podian suceder en Paris de un instante á otro y revolucionar mas aun la política de la república francesa, llamado por una parte desde Gaeta por repetidas cartas del Sumo Pontífice, y recelándose por otra de la combinada accion de Francia y de Roma, se decidió á volver á sus estados, y en su consecuencia el dia 17 de mayo, el ejército napolitano recibió órden de abandonar las posiciones que ocupaba en Albano; á las dos de la mañana salió de esta poblacion con direccion á Ariccia, donde el rey, que marchaba á retaguardia, se le reunió por la noche, y á las dos de la madrugada el ejército, despues de haber evacuado los almacenes, continuó su movimiento hácia Velletri.

Apenas empezaba á instalarse en la ciudad, cuando supo por sus esploradores que un cuerpo de diez mil romanos llegaba á Palestrina, y continuaba á marchas forzadas su movimiento sobre Velletri; noticia que fué causa de que la caballería, los bagajes y casi toda la artillería saliesen de la ciudad y acampasen fuera de la puerta de Nápoles.

En la mañana del 19 todo estaba tranquilo en la ciudad, y

el rey daba las últimas órdenes para continuar el movimiento de sus tropas, cuando desde la altura en que se hallaba edificado el palacio del legado, vióse á un cuerpo de caballería dirigirse á Velletri por el camino de Valmontone; era la vanguardia de las bandas de Garibaldi, y poco tiempo despues las tropas romanas, mandadas por el general Roselli tomaban posicion debajo de los árboles de aquellas fértiles campiñas. Al ver esto, el rey con la tranquilidad que ha manifestado en todas las difíciles circunstancias de su reinado, tomó sus disposiciones para detener al enemigo y maniobrar de modo que no pudiese ser cortado en su movimiento de retirada.

Velletri (*) célebre por la victoria de Cárlos III de Borbon, se

(*) Esta ciudad que fué la metrópoli de los Volscos, la habitó posteriormente una colonia de romanos. El emperador Octavio Augusto nació en Velletri. Por su situacion sumamente agradable la escogieron para habitarla Nerva, Tiberio, Calígula y Oton. Los moradores del otro lado del Tiber en Roma que en un principio eran conocidos por *gens transtiberiana*, traen su orígen de los habitantes de Velletri que pasaron á establecerse allí. Acontecimientos importantes han dado celebridad histórica á la ciudad de Velletri. En 265 tuvo lugar la batalla entre los volscos y romanos sobre el monte Artemisio. En 362 volvió Velletri á recobrar su antigua independencia sustrayéndose de la dominacion romana, hasta que despues del sitio que sufrió en los años de 385 y 388 demolieron los romanos sus murallas en el de 417, despues de la batalla del rio Astura, de suerte, que poblada aquella ciudad por gente romana, pasó á ser colonia de esta nacion. Posteriormente cerca de la Puerta Napolitana fueron derrotados los Bretones en 1382. Durante el reinado del emperador Cárlos V, rey de España, la ciudad de Velletri lo recibió con grandes agasajos en 1536 al regresar aquel monarca de su campaña de África. En 1734 entró en Velletri un ejército español de paso para la Lombardía á las órdenes del duque de Montemar, y en 1736 los sublevados de esta ciudad contra los españoles tuvieron que deponer las armas. Ocho años despues el gran rey Cárlos III á la cabeza del ejército napolitano y español entró en Velletri, habiendo salido de Nápoles aconsejado y persuadido

halla situada en la cima de una montaña, á la que conducen varias pendientes adornadas con viñedos y olivares. La base de la montaña se halla surcada por tres caminos que unen tres magníficos valles al monte Artemicio. Frente de la Pnerta Romana se eleva la colina de los Capuchinos, de cuyo pié parten dos caminos de los cuales el uno dirige á Valmontone y el otro á Gensano y á Ariccia; la tradicion militar y la naturaleza to-

por el bizarro é inteligente Gajes Fiamingo, que conocia cuanta mayor reputacion de guerrero esforzado adquiria un monarca que en vez de permanecer dentro los límites de la defensa saliese al encuentro del enemigo. En aquella ocasion mandaba el ejército austríaco el príncipe Lobkowitz. En la noche del 15 de junio no solo rechazaron los hispano-napolitanos el ataque de las huestes austríacas que en completa derrota tuvieron que apelar á la fuga hasta las mismas puertas de Roma, que les fueron cerradas; sino que tomaron las trincheras que los tudescos habian establecido sobre el monte Spino. En la noche del 10 al 11 de agosto los mismos austríacos verificaron una corpresa tan completa al ejército aliado, que luego de haber pasado á cuchillo á gran número de soldados de la primera guardia aprisionaron á toda la caballería española que no consiguió fugarse. Penetraron en la ciudad en la cual irremisiblemente hubiera caido prisionero el mismo Cárlos III si no hubiese logrado saltar por una ventana de su dormitorio y refugiarse en el fuerte de Capuchinos, desde cuyo punto salió en seguida de dejar en la ciudad al duque de Castro-Pignano, para ir á robustecer y alentar el ala derecha de su ejército. Memorable es aquella noche por cuanto creyéndose vencedores los austríacos despues de haber llevado el incendio y la mortandad dentro los muroc de Velletri, donde no respetaron sexo, edad ni condicion, entregándose al robo y al estupro y demás vandálicos actos, fueron al fin rechazados de aquella ciudad. Dueños los españoles de las fortalezas que habian perdido, cargaron á sus contrarios con tal furor, que dejaron víctimas de los filos de sus espadas á mas de una tercera parte del ejército de la emperatriz María Teresa. No paró aquí la victoria de los hispano-napolitanos, por cuanto fué precursora de la retirada de sus enemigos sobre Roma, la cual tuvo lugar en 1.° de noviembre de aquel año.

(Nota del Traductor.)

pográfica del terreno hacen de esta colina la llave de Velletri, y en ella tomó posicion el ejército napolitano. Siguiendo las órdenes del rey, el mariscal de campo Casella que se hallaba en la vanguardia, destacó un escuadron de dragones para que fuese á reconocer el enemigo, mientras que guarneció las alturas con un cordon de cazadores de la guardia. Un batallon de infantería y un peloton de cazadores de á caballo, mandado por el teniente Oscar Muzzitelli, jóven oficial de grandes esperanzas, formados en buen órden á orillas del camino y en las viñas inmediatas, trabaron el combate con las tropas romanas y estas lo aceptaron, al mismo tiempo que el mayor Colonna, al frente de los cazadores de á caballo cargó á fondo á la caballería enemiga, mandada por el mismo Garibaldi, obligándola á replegarse en desórden, y aquel oficial iba á apoderarse ya del célebre aventurero, cuando cayó su caballo traspasado de una lanzada. En esto llegó al punto de la lucha un obus de montaña, y sus tiros hábilmente dirigidos por el teniente Gorgoni, ayudante de campo del ministro de la Guerra, permitieron desplegarse ante el enemigo al segundo batallon de cazadores de línea y á la mitad de un batallon del tercer regimiento de la guardia.

Mientras que muchos oficiales napolitanos, entre otros los tenientes Muzzitelli y Gorgoni, caian mortalmente heridos en este primer encuentro, el rey desde lo alto del palacio del legado, seguia atentamente los movimientos del ejército enemigo, y por la marcha de la vanguardia romana y por los movimientos de su centro, comprendió que su intento era prolongar su izquierda á fin de dominar el camino de Cisterna y cortar las líneas de las tropas napolitanas. Además de su estado mayor, el rey tenia á su lado al conde de Áquila, al conde Trápani y al infante de España Don Sebastian, y descendiendo rápidamente con ellos de la montaña, se dirigió á la Puerta Romana, lugar del ataque. Su presencia fué acogida con los

gritos de ¡viva el rey! y al mismo tiempo que por órden suya la caballería y algunas piezas de artillería, desfilaban hácia la llanura, á fin de detener el enemigo que trataba de envolver sus posiciones, colocó en batería en la Puerta Romana dos obuses de montaña, á su derecha tres piezas de á seis, y en la esplanada un obus de campaña. La cuesta de los Capuchinos, lo mismo que las vecinas alturas quedan coronadas con una artillería formidable protegida por tres escuadrones alineados en batalla en la falda del monte. El fuego se abre en toda la línea, y las bandas de Garibaldi, aunque cañoneadas en las viñas que ocupan, sostienen con valor las descargas que las diezman; acto contínuo el rey confía al ministro de la guerra, el príncipe de Ischitella, la defensa de la Puerta Romana y se dirige rápidamente á la casa Lancellotti, en cuyo punto coloca en batería dos obuses de montaña para contestar al fuego de las piezas enemigas, protegiendo esta posicion los carabineros y el 8.º batallon de cazadores de línea. Fernando II seguido de los príncipes sus augustos hermanos, está en todas partes, y con su presencia alienta á sus fieles y adictas tropas que continúan combatiendo con la mayor bravura.

La batalla, encarnizada por una y otra parte, duraba hacia ocho horas; el fuego de los romanos empezaba á debilitarse, sus gritos de viva la república! sofocados por los de viva el rey! iban estinguiéndose, cuando al anochecer, acude en socorro de Garibaldi una nueva columna compuesta de cuatro mil hombres, la que fué recibida y rechazada por la metralla de las piezas que barrian el camino de Gensano.

El honor de esta jornada, revindicada por ambos ejércitos, pertenece enteramente al del rey de Nápoles: el parte [1] que el general romano dirigió desde el mismo campo de batalla á la constituyente romana, lo probaria suficientemente á pesar

[1] Véanse los documentos históricos, n.º 13.

de la habilidad con que está redactado, si los hechos no viniesen en apoyo de nuestra opinion. No solo fué rechazado el ataque, sino que las tropas romanas no pudieron, ni aun á costa de grandes pérdidas en muertos y en heridos, impedir por un solo instante el movimiento de retirada de las tropas napolitanas. La entrada de estas verificada el dia siguiente en una ciudad no defendida, prueba únicamente la impotencia en que se vieron de realizar aquellas su primer proyecto, es decir, impedir al rey de las Dos Sicilias el pasar la frontera de sus estados. La retirada de los napolitanos se asemejaba tan poco á una derrota, que la misma noche del combate que acabamos de describir, el rey Fernando II pasó en revista á sus tropas y tomó el camino de Terracina, con banderas desplegadas y la música al frente de los regimientos. Como en los dias anteriores el rey marchaba á retaguardia, habiendo tomado las disposiciones necesarias para rechazar vigorosamente al enemigo, en caso de que se atreviese á presentarse.

Pocos dias despues, los gefes de la república romana se vengaron del mal resultado de su espedicion contra Velletri, mandando por un decreto oficial, el secuestro de las propiedades que el rey de las Dos Sicilias poseia en Roma, al mismo tiempo que Avezzana, el ministro de la guerra, publicaba una enfática proclama, concebida en los siguientes términos, para anunciar á los romanos el pretendido triunfo de sus armas:

« CIUDADANOS,

»Ya veleis desde lo alto de las torres en defensa de la ciudad, ya os lanceis á los campos de batalla, sois siempre invencibles. Dios y vuestro derecho estan con vosotros.

»La república romana será en breve italiana; lo que defendemos en Roma, es la causa de la Italia; aquí derraman su sangre hombres venidos de todos los puntos de Italia. La

religion de la unidad italiana, de la república italiana, recibe la consagracion en las llanuras testigos de vuestras victorias etc.»

Los revolucionarios de Roma manifestaron su valor con una mas fácil hazaña; á la voz de Ciceruacchio y de otros agitadores, invaden las iglesias, arrebatan los confesionarios, y los trasladan á la plaza del pueblo, y allí parodiando el sacramento de la penitencia, se sientan entre risa y chacota detras de las rejillas de los piadosos tribunales, mientras que la plebe depone en su seno la confesion de las faltas, que solo los ministros de Dios tienen derecho de escuchar y de absolver; esta escena impía se prolongó hasta muy adelantada la noche á pesar del disgusto general que impera (*).

Algunos dias antes los mismos hombres habian entregado

(*) Este hecho escandaloso, así como otros muchos actos contra el catolicismo que se cometieron durante la revolucion de Roma, y especialmente en los últimos meses de la misma, fueron consecuencia necesaria del gérmen de las malas doctrinas protestantes que de contínuo se propalaban por aquellos hombres que estaban empeñados en plantear la reforma en el centro del mismo catolicismo. El autor de *Le ostilità della rivolta contro il cattolicismo*, al ocuparse de la irreligiosa escena de los confesionarios dice, que no se efectuó por instigacion de los estranjeros, sino que fué cosa premeditada por los *Mazzinianos*. Si se logró cortar este público escándalo, no fué Ciceruacchio el que lo verificó, como lo aseguraba el *Monitor* de Roma del dia 20 de julio, sino el famoso Sterbini; no para desagravio del catolicismo ofendido, sino para no desbaratar el arreglo que estaba tratándose con el enviado francés Mr. de Lesseps. Añade el propio escritor, que la irreverencia de los secuaces de Mazzini llegó á tal punto, que entraron en la iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, en la cual se hallaba espuesto á la sazon el Santísimo Sacramento, y sin reflexionar que se hallaba la horda sacrílega á la presencia real del Hombre-Dios, sin descubrirse la cabeza ni quitarse el cigarro de la boca, con grande estrépito y escandalizando á los fieles que oraban en el sagrado templo, sacaron de él los confesionarios para llevarlos á la plaza pública.

(Nota del Traductor.)

á las llamas en la espresada plaza, los coches blasonados de los cardenales.

Sin embargo para hacer justicia á quien la merece, debemos decir, que los voluntarios lombardos fueron los primeros en protestar altamente contra esas saturnales, en abierta oposicion con los sentimientos religiosos que parecian presidir á todos los actos de los gefes republicanos.

Mientras los *invencibles* se entretienen en quemar coches y confesionarios, el duque de Parma, Carlos III de Borbon, volvia á su capital, en medio de las mas ardientes y alegres aclamaciones, y Bolonia, despues de agotados todos los recursos del valor y de la desesperacion, caia en poder de los austríacos.

El golpe que dió este suceso á la revolucion italiana, proporcionó á los triumviros una nueva ocasion para lanzar sus acostumbradas bravatas.

« Pueblos de la república, esclaman en una violenta proclama, el austriaco se adelanta; Bolonia ha caido en su poder despues de ocho sublimes jornadas de combate y de sacrificio, ha caido del modo que los demas triunfan. Sea para nosotros su último grito un grito de guerra y de venganza.

» Con vuestra adhesion á nuestro programa dado en los primeros dias de peligro, habeis ofrecido á la Europa un hermoso y solemne testimonio de union y de virtud.

» Hoy reclamamos de vosotros otro testimonio, el de los hechos.... ¡Vive Dios! ningun poder humano podrá arrebatarnos la victoria. Tres millones de hombres son omnipotentes cuando dicen: *Queremos.*

» Italianos, hijos de Roma, nos acercamos á una hora solemne, preparada desde hace muchos siglos, á uno de aquellos momentos históricos que deciden de la vida ó de la muerte de un pueblo..... ¡Sed grandes!..... Decretad la victoria..... Es preciso que los prefectos y las comisiones estraordinarias

organicen la insurreccion, que formen una liga entre provincias y provincias, que tomen sus inspiraciones de Roma. A los peligros estremos convienen poderes escepcionales, remedios estremos..... Sea declarado culpable el gefe que ceda, que se retire antes de haber combatido, que capitule ó que temporice; sea borrado políticamente del número de los paises que componen la república, el pueblo que acoja al enemigo sin oponerle resistencia; sea cubierto de infamia el que de un modo ú otro no combata al invasor estranjero; pierda para siempre su título de ciudadano y la vida, el que haga traicion á su partido, aunque no sea mas que por un instante; sea castigado el que abandone á los enemigos un material de guerra; séalo tambien el que no cuide de privarles de víveres, de alojamientos y de reposo; séalo tambien el que pudiendo, no se aleja de la tierra que mancha el pié de un enemigo. Estendamos al rededor de todo ejército que no lleve nuestra bandera, un círculo de fuego y de soledad.

»La república, dulce y generosa hasta ahora, se levanta terrible en sus amenazas.

»Roma vivirá.

»Firmado: *Armellini, Mazzini, Saffi.*»

Esta proclama impregnada de entusiasmo y de cólera, lleva la fecha del 20 de mayo; en ella los triumviros apelan á las amenazas del terror y al terror de las declaraciones fuera de la ley, para obligar á los pueblos á defenderse, y es tal su desconfianza en los hombres empleados por ellos mismos en calidad de gefes, que les amenazan tambien con la vindicta pública; y sin embargo, por una contradiccion increible, la *unanimidad del pais, el perfecto acuerdo de los romanos*, son los grandes argumentos de que se valen al celebrar un tratado con el ministro plenipotenciario de la república francesa.

La unanimidad que oponian á las objeciones del general en

gefe no era mas que una amarga irrision, que se revelaba cada dia por medidas de una monstruosa ilegalidad.

El gobierno republicano se limitaba á verificar visitas domiciliarias, á despojar á los ciudadanos del dinero que en sus casas encontraba, á espoliar á las iglesias, á echar una mordaza en nombre de la libertad á la prensa independiente que protestaba contra la licencia; necesitaba víctimas y sangre.

Para satisfacerse encargó á Zambianchi, uno de sus proveedores, que le procurase algunas, y Zambianchi, capitan de los *finanzieri*, se apresuró á obedecer sus órdenes, haciendo prender al párroco de la Minerva; este escelente sacerdote, el amigo de los pobres, el padre de los desgraciados se hallaba en la mesa al presentarse los sicarios «¿Á dónde me conducis? preguntó.

—Á San Calisto, le contestaron.

—¿Qué me quereis?

—No tardaréis en saberlo.» El infeliz lo comprendió todo y se resignó al sacrificio. Zambianchi le esperaba en San Calisto, y á su vista, no pudiendo ya dudar de la suerte que le estaba reservada, no pudo el buen sacerdote ser dueño de un movimiento de horror y palideció.

—¿En qué piensas? le preguntó el ejecutor político de los fallos de la república; me parece que estás temblando.

—Pienso en Dios, contestó noblemente el futuro mártir, y le ruego que á la hora de vuestra muerte y en el instante de comparecer ante él, esteis tan tranquilo, como lo estoy yo ahora.

Un momento despues, el padre de los desgraciados, el amigo de los pobres habia dejado de existir, y el mismo dia, catorce eclesiásticos fueron fusilados sin haber sido juzgados y enterrados sin ceremonia ni oracion alguna, al pié de los árboles del jardin de San Calisto.

Mientras M. de Lesseps continúa sus negociaciones con el

gobierno romano, el general Oudinot prosigue con ardor sus preparativos de ataque, pues desea poder hacer frente á cualquier acontecimiento, y numerosos trabajadores se ocupan incesantemente y á su vista en confeccionar faginas y gaviones. Desde el 16 de mayo el cuartel general del ejército habia sido trasladado á Villa Santucci, posicion ventajosa y muy inmediata á Roma, y uno de los primeros cuidados del duque de Reggio habia sido mandar establecer una barca ponton en el Tíber, y situar algunas compañías de infantería en la orilla izquierda del rio.

El dia 19 llegaron al cuartel general de Villa Santucci parte de los refuerzos anunciados por el presidente de la república, y entran inmediatamente en funciones los generales Vaillant y Thiry, designado para tomar el mando del cuerpo de ingenieros el uno y de la artillería el otro. Desde entonces nuevas tropas reforzaban cada dia y sucesivamente el efectivo del ejército, pues el gobierno habia comprendido que el honor de las armas francesas iba unido á la toma de Roma, si el pueblo romano no abria espontáneamente sus puertas á nuestros valientes soldados.

El mismo dia en que se celebró el tratado que suspendia las hostilidades, nuestros oficiales de sanidad recibieron autorizacion para prodigar sus cuidados á los soldados heridos que despues de la accion del 30 de abril habian sido recogidos en los hospitales de Roma. Para recompensar generosamente semejante proceder, M. de Lesseps rogó al general Oudinot que enviase un botiquin de campaña al ejército romano, cuyo servicio de sanidad adolecia de una mala organizacion; y el duque de Reggio accedió á sus reiteradas instancias, despues de haberse cerciorado de que las necesidades de sus soldados no quedarian desatendidas con aquel acto de humanidad.

El triumvirato contestó á este regalo con el envio de un furgon conteniendo cincuenta mil cigarros y cien libras de tabaco

picado, mas nuestros soldados hicieron la debida justicia del sentimiento que dictara ese aparente obsequio, diciendo en su pintoresco lenguaje: «Los romanos nos han enviado soberbias zanahorias,» aludiendo á las invitaciones á la rebelion y á las incendiarias proclamas que envolvian los paquetes de cigarros y de tabaco.

El espíritu de esas proclamas era evidente en demasía para que pudiese obrar de un modo perjudicial sobre el de nuestros soldados; así es que solo les procuró el placer de hacer un juego de palabras, además del de fumar: por otra parte, era claro para todos que la idea de tal propaganda emanaba de los revolucionarios franceses. Por la siguiente proclama podrán juzgarse las demás:

«SOLDADOS DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

»Un gobierno compuesto de traidores y de cobardes renegados de todas las regiones, deshonra á la Francia y vende la libertad; en sus criminales proyectos contra la independencia de los pueblos, los miserables creyeron hallar en vosotros los serviles instrumentos de una política indigna, y nuestra jóven república, hermana de la república francesa, ha sido condenada *bajo el pretesto de anarquía*, á perecer bajo las balas republicanas.

»¡Soldados! vosotros no consentiréis en haceros cómplices del crímen de lesa nacion; vuestras manos son demasiado puras para que las mancheis con la sangre de nuestros hermanos de Italia. Recordaréis que los pueblos todos son solidarios, que se deben un recíproco apoyo, y en esta infame lucha del despotismo contra la libertad, entre este execrado gobierno de frailes que tratan de imponernos por fuerza, y la república romana, por la que estamos todos decididos á morir, defenderéis con nosotros la república romana.

»Por la parte del norte el austríaco invade nuestras provincias, mientras que al mediodía el tirano de Nápoles derrotado y puesto en fuga por nuestros soldados, ha pagado muy cara la audacia de acercarse á Roma.

»Sin embargo, Liorna saqueada, doscientos patriotas asesinados en sus muros; Bolonia, la heróica Bolonia bombardeada y tomada por asalto despues de ocho dias de una defensa heróica, y la invasion austríaca que adelanta sin cesar, todo presagia á la libertad nuevos dias de luto.

»Y en presencia de semejantes hechos, vosotros, soldados de la Francia, ¿permaneceréis con las armas en la mano, cuando degüellan á vuestros hermanos? Vuestra actitud contra los romanos oprimidos, ¿no la volvereis contra los croatos del Austria?

»Luis Bonaparte hace traicion á la república por su vergonzosa alianza con los déspotas del Norte, y ha deshonrado para siempre su nombre; sin embargo, sus vilezas solo á él le humillan, pues la nacion francesa es grande en demasía para que su deshonor le alcance.

« Soldados, antes de dirigir contra vosotros las armas de la Francia recordad que sois ciudadanos franceses, y en la lucha á muerte que vamos á sostener, sed los dignos hijos de los héroes de Marengo.

» Viva el ejército! — Viva la Francia!

» Viva la república romana! »

El dia 21 de mayo, el general en gefe pasó en revista en Maglianella á algunos regimientos recientemente desembarcados, al 13.º ligero, al 25.º ligero y al 13.º de línea, y el primer batallon del 13.º ligero, recibió la órden de practicar inmediatamente un reconocimiento en direccion de Aqua-Traversa, á fin de reunirse con el 36.º y de completar en la orilla derecha la circunvalacion de la plaza.

Tambien los romanos recibieron aquel dia un refuerzo tanto

mas precioso en cuanto les hacian falta artilleros que sirviesen su numerosa artillería; una batería suiza de seis piezas y dos obuses, escoltada por hombres instruidos y aguerridos, llegó á marchas forzadas de Bolonia por *la Sabina*, y despues de evitar el encuentro con las columnas francesas y de haber seguido prudentemente el camino de Terni, entró en Roma á las dos de la madrugada, entre los revolucionarios de la ciudad, la cual á pesar de la hora avanzada de la noche, se iluminó espontáneamente.

Instado M. de Lesseps para que convirtiese la suspension de hostilidades en un tratado definitivo, habia redactado el dia 16 el siguiente proyecto, que espidió al ministerio francés advirtiéndole que sufriria infaliblemente algunas modificaciones.

« Art. 1.° No se pondrá obstáculo por el ejército francés á la libertad de comunicaciones entre Roma y los demas estados romanos.

» Art. 2.° Roma acogerá al ejército francés como á un ejército de hermanos.

» Art. 3.° El actual poder ejecutivo cesará en sus funciones, siendo reemplazado por un gobierno provisional compuesto de ciudadanos romanos y designado por la Asamblea constituyente romana, hasta el momento en que llamados los pueblos á manifestar sus deseos y aspiraciones, se hayan pronunciado por la forma de gobierno que deberá regirles y por las garantías que deberán consagrarse en favor del catolicismo y del pontificado. »

Como previera el ministro plenipotenciario, este proyecto suscitó tantas dificultades desde su primera conferencia con los triumviros, que hasta su discusion pareció imposible; el artículo 3.° relativo á la discusion del poder ejecutivo, fué rechazado por unanimidad por los que se hallaban investidos de él, fundando los triumviros su negativa de aceptacion en

que semejante cláusula se apartaba enteramente del espíritu de la primera proclama que habia sido redactada y dada como instrucciones al general en gefe por el mismo gabinete francés, documento que decia esplícitamente: « Os pondréis de acuerdo con las autoridades existentes para que nuestra momentánea ocupacion no os cause el menor perjuicio. »

El duque de Reggio y el enviado estraordinario de la república francesa convinieron en una nueva redaccion, é invitaron á discutirlo á tres delegados provistos de plenos poderes de la Asamblea constituyente romana, mas como aquellos declarasen que la Asamblea constituyente no les habia conferido otro poder que el de enterarse y de dar cuenta, y por otra parte, no juzgando conveniente M. de Lesseps entablar con ellos conferencias en el cuartel general, les remitió la siguiente minuta de un segundo proyecto.

Art. 1.° Los estados romanos reclaman la fraternal proteccion de la república francesa.

Art. 2.° Las poblaciones romanas tienen derecho de decidir libremente la forma de su gobierno.

« Art. 3.° Roma recibirá al ejército francés como á un ejército amigo. Las tropas romanas y francesas harán unidas el servicio de la plaza. Las *autoridades romanas* funcionarán segun sus atribuciones legales. »

Este proyecto se apartaba evidentemente de la idea que inspirara la intervencion del ejército francés, pues no solo no ponia á cubierto los derechos y la autoridad de la Santa Sede, sino que reconocia tácitamente á los hombres y los actos de un poder ilegal, rechazado por la Europa entera; M. de Lesseps lo comprendió asimismo tanto que el dia 22 envió á Paris á M. de la Tour d'Auvergne, secretario de embajada para que informase al ministerio de lo que pasaba.

Queriendo reducir á su mas simple espresion el artículo 3.° de su proyecto de convenio, y evitar dos escollos que no le

era posible dejar de tocar, á saber el reconocimiento de la república romana y el restablecimiento de la autoridad pontificia, hacia imposible toda solucion; solo tratando con franqueza de las dificultades, es como se consigue á allanarlas rápidamente.

Como no era difícil prever, el triumvirato á pesar de sus insólitas concesiones, considerando que las proposiciones de M. de Lesseps no ofrecian suficientes garantías en pro de las libertades y de la independencia de los estados romanos; que la ocupacion militar de Roma era contraria al espíritu del pueblo; que las operaciones de sitio y la circunvalacion de la plaza por el ejército francés parecian contrarias al espíritu de la suspension de hostilidades, la Asamblea constituyente romana no creia deber aceptar dichas proposiciones. Los triumviros anunciaron para el dia siguiente el envio de una contraproposicion, que segun ellos, reunia grandes probabilidades de ser aceptada.

El duque de Reggio que desde su cuartel general tenia muy poca confianza en el resultado de las negociaciones, instaba vivamente á M. de Lesseps para que las pusiese fin. « Veo con sentimiento, le escribió el dia 21 á las tres, que vuestra abnegacion no es correspondida en Roma; ninguna de las promesas que os han hecho se ha realizado, y á vuestra perseverante lealtad oponen sin cesar subterfugios y malas escusas. El resultado de tantas dilaciones no es otro que aumentar el orgullo de nuestros adversarios, y si se prolongasen por mas tiempo podrian ejercer una funesta influencia en el ánimo de nuestros soldados.

» Nos es precisa la paz ó la guerra.

» Si se desea con sinceridad la paz, entremos en Roma.

» La disciplina del ejército y la generosidad de nuestro gobierno son las garantías mas eficaces de órden y de libertad que pueden desear los romanos.

» Si se pretende apelar de nuevo á las armas, estad seguro de que la ciencia militar y el valor francés triunfarán muy pronto de todos los obstáculos.

» Así pues, opino que en este momento debemos reclamar una contestacion clara y precisa; nadie como vos puede obtenerla tan conforme con los intereses de la Francia.»

Estrechado de este modo y no recibiendo la contraproposicion que se le habia prometido, Mr. de Lesseps se resolvió á significar á las autoridades romanas una amenaza de rompimiento.

Estas mal entabladas negociaciones eran causa de deplorables dilaciones; el general en gefe y los demas generales del ejército paralizados en sus movimientos, veian con dolor un estado de cosas que en caso de prolongarse podia tener las mas fatales consecuencias. En efecto, era de temer que las influencias deletéreas de la estacion y la *mal aria* (*), el azote mortal

(*) La causa de la insalubridad del aire en las cercanías de Roma en ciertos meses del año, no debe achacarse á su temperatura, puesto que pocas veces baja esta mas de cero del termómetro de Reaumur, ni sube á mas de veinte y ocho grados. Durante la estacion calurosa y cuando mas constantemente soplan los vientos del sur al sur-este, se desarrollan con mas intensidad las fiebres que tan fatales son para los habitantes de la comarca, los cuales pagan el tributo al *aria cattiva* sucumbiendo á su maligna influencia ó llenando los hospitales de la capital. No solo satisfacen dicho tributo los naturales del pais en la época de la siega y hasta el mes de agosto y aun setiembre, sí que tambien los estranjeros que no se precaucionan debidamente. En el mes de octubre regularmente desaparece el mal á consecuencia de las lluvias que purifican la atmósfera. Por el mes de junio los moradores de las comarcas mas perjudicadas de la *mal aria* se trasladan á otros puntos.

Las causas de la insalubridad de aquel territorio no deben solo atribuirse al aire, pues el pais que en el dia es mal sano, antes de la fundacion de Roma se hallaba sembrado de poblaciones, lo que era una prueba evidente de la salud que allí se disfrutaba. En tiempo de Var-

de la campiña romana, convirtiesen el campamento francés en un vasto hospital. En presencia pues de tales temores, era indispensable tomar una resolucion decisiva, la que provocó el general Oudinot reuniendo el dia 23 en consejo de guerra á los oficiales generales y al gefe de estado mayor, y todos ellos reconocieron unánimes que las dilaciones que esperimentaban las negociaciones de M. Lesseps no podian sin peligro prolongarse por mas tiempo.

Inmediatamente el duque de Reggio escribió sobre este asunto tres cartas motivadas una al ministro de la guerra y las otras dos á M. de Lesseps.

« Caballero, sois muy persuasivo, decia en una de ellas al diplomático; nadie lo sabe mejor que yo; tambien el general Vaillant ha quedado prendado al oiros, mas al reflexionarlo bien, *se ha convencido* de que el *statu-quo* á que nos condenamos, es funesto y compromete gravemente la dignidad y los in-

ron, este ya aseguraba que los romanos que vivian cuasi todo el año en el campo, gozaban mas perfecta salud que los habitantes de la ciudad. Cuando el cultivo de los terrenos que en los primeros tiempos corrió á cargo de los activos y laboriosos romanos, se abandonó á la poblacion esclava, la cual se dedicaba perezosamente á la agricultura, fué cuando empezaron á sentirse los dañinos efectos de las fiebres en la llanura de la capital, de cuya enfermedad entre otros habla Ciceron. Á la falta de cultura y al abandono de los campos, que data ya de muchos siglos, á la desaparicion de las selvas y bosques seculares, que en otro tiempo purificaban la atmósfera combatiendo el mal con ventaja; y á los depósitos marinos humedecidos con agua ligeramente muriática que con los ardientes rayos del sol se infestan y exhalan miasmas mortales, debe atribuirse la causa de la terrible plaga que venimos describiendo.

Los ejércitos estranjeros que se han acampado en las cercanías de Roma durante la estacion del mal, son los que han sentido con mas violencia sus funestos efectos.

(Nota del Traductor.)

tereses de la Francia, no menos que su honor militar. Los demas generales con quienes he conferenciado esta mañana, han hecho espontáneamente idéntica manifestacion.

» Os suplicamos, pues, que no encadeneis por mas tiempo nuestra libertad de accion, y yo particularmente os lo pido con las mayores instancias; este es el único medio de negociar despues con ventaja. »

La segunda carta era no menos perentoria y mas esplícita si cabe: decia así:

« Con la esperanza que abrigabais, apreciando las intenciones de nuestro gobierno, de ver á la ciudad de Roma abrir sus puertas al ejército francés, me invitasteis en 17 de este mes á que mandase suspender las hostilidades, y á pesar de que semejante disposicion contrariaba las operaciones militares empezadas ya, queriendo asociarme á vuestros planes, detuve los movimientos que importaba muchísimo terminar.

» Desde hace cinco dias la situacion no parece haber dado paso alguno, y repito que bajo el punto de vista militar, no puede prolongarse el *statu-quo*, sin graves inconvenientes.

» En semejante estado de cosas, creo que como yo opinaréis, ser indispensable reclamar del gobierno de Roma una contestacion franca y definitiva á las proposiciones cuyas bases sentasteis en interes de los pueblos romanos.

» En caso de no daros la satisfaccion que teneis derecho á esperar, creo que opinaréis tambien como yo, haber llegado el momento de devolver al ejército toda su independencia. »

Aquel mismo dia llegó al cuartel general el general de division Rostolan, precedido por los coroneles Lebarbier de Tinan, gefe de estado mayor general, y Niel gefe de estado mayor del cuerpo de ingenieros, y tomó inmediatamente el mando de la segunda division. El duque de Reggio insertó en la órden del dia la constitucion definitiva del ejército espedicionario, y adelantáronse vigorosamente los preparativos de ataque, á pe-

sar de las protestas del ministro plenipotenciario, que persistía en querer terminar pacíficamente una cuestion que solo la suerte de las armas podia ya resolver de un modo digno de la Francia.

Si la posicion de M. Lesseps era falsa en el cuartel general, era muy peligrosa en Roma. Dos mugeres fanatizadas, italiana la una y francesa la otra habian jurado su muerte, y por otra parte habíase formado contra él un poderoso partido dispuesto á rechazar todas las proposiciones de conciliacion, partido, que alucinado por las esperanzas de una próxima revolucion en Francia, no desperdiciaba ocasion alguna para presentarle á los ojos del pueblo romano como un obstáculo y una causa permanente de agitacion. M. de Lesseps creyó su vida amenazada, y resolvió establecerse por algun tiempo en la villa Santucci, á la que se dirigió el dia 24, despues de haber enviado á las autoridades romanas la siguiente carta, notable sobre todo por la acusacion indirecta pero perceptible que hacia pesar sobre Mazzini.

«Señores presidentes, vice-presidentes y miembros de la Asamblea general.

»En la gravedad de las circunstancias actuales y en el momento en que va á terminar fatalmente una crisis que abatirá ó ensalzará para siempre la bandera italiana, tengo que cumplir un último deber; el de manifestar públicamente la verdad, como la he manifestado ya á mi gobierno.

»El público se ha ocupado mucho de mí, se inquieta y se agita, y los heróicos ciudadanos de Roma conocen perfectamente con el instinto popular que distingue á las masas, que hay álguien que les engaña.

»Yo, el hombre de la paz, de la verdad y de la humanidad, tengo en mis manos la prueba de que se me designa ya al puñal del asesino como la causa de la agitacion y de la inquietud públicas, y como no pretendo ser un obstáculo para nadie, y

á fin de dejar al pais, á la Asamblea, al poder constituido, la entera libertad de reflexionar, de discutir y resolver, me retiro por algunos dias al cuartel general del ejército francés, desde donde, de acuerdo con el general en gefe velaré eficazmente por la seguridad de mis compatriotas pacíficos que permanecen en Roma. Cuando se habrá perdido toda esperanza, vendré yo mismo á buscarles si es posible, gritando entre tanto: *¡Desgraciada de la ciudad eterna, si se toca un solo cabello de un francés ó de cualquiera otro estrangero!*

« Por todas partes se me ha preguntado : Cómo pretendeis que os recibamos como amigo, si no nos dais prenda alguna patente y pública?

» La forma de nuestras instituciones, la política muy poco encubierta del pais del cual soy la espresion y el órgano, podian, para evitar complicaciones, dispensarnos de producir dicha prenda; mas ya que está en el interés de todos abrir los ojos á los que no ven, poner á los malvados en la imposibilidad de ofender, sustraer á la sana mayoría de la poblacion de la influencia del gefe que la engaña, que la oprime y que en caso necesario, sabria, haciendo vibrar diestramente la cuerda patriótica, provocar una demostracion unánime para *el triunfo de la mas detestable de las causas*, produzco á la luz del dia la prenda tan solicitada, tan deseada por los verdaderos romanos, los únicos que quedarian perdidos con la ruina de su pais. Semejante prenda por la cual, en interés de toda sociedad, no vacilo en comprometer mi responsabilidad y mi porvenir, héla aquí :

» La república francesa garantiza contra toda invasion estrangera los territorios de los estados romanos ocupados por sus tropas.

» Este artículo, añadido á las tres proposiciones que os han sido sometidas, confundirá á nuestros enemigos interiores y esteriores y convencerá á los mas incrédulos. La suerte de vues-

tro pais está en vuestras manos; no falteis á vuestros deberes, asi como tampoco faltaremos á ellos, ni el ejército francés, ni su gefe, ni el ministro conciliador. No perdais un tiempo precioso, *y si teneis en Roma á un traidor al cual perdono y al que vosotros perdonaréis tambien, buscadle y le hallaréis.*

» *Firmado:* Fernando de Lesseps. »

Esta comunicacion produjo en Roma un efecto contrario al que esperaba el enviado estraordinario de Francia, y solo inspiró un sentimiento de desprecio. Aquel dia los peluqueros se negaron á servir á los franceses que se presentaron en sus establecimientos, temiendo, decian, atraer la desgracia sobre la ciudad eterna si se esponian á arrancar un cabello de una cabeza francesa. Sin embargo esta chanza desapareció ante la monstruosidad, pues muchos carteles manuscritos y fijados en las esquinas de Roma, decian: « *No es un cabello lo que deberia hacerse caer, sino la cabeza entera.* « Las autoridades se apresuraron á mandar desaparecer la manifestacion escrita de tan sangrientos deseos.

Al salir de la ciudad, M. de Lesseps dejó el siguiente aviso á los franceses que residian en Roma:

« Durante mi corta ausencia, el pabellon francés continuará ondeando en mi palacio, lo mismo que en todos los establecimientos públicos franceses, y aun si asi lo deseais, en las ventanas de vuestras habitaciones. Por todas las reclamaciones que tengais que remitirme, dirigíos á M. de Gerando á quien autorizo para socorrer de un modo eficaz á todos aquellos de entre vosotros que carezan de medios de existencia. Sed prudentes y reservados con todo el mundo y confiad en mi vigilancia que no pierde por un momento de vista vuestros intereses y los del pais. »

Mientras esto sucedia, el ejército austríaco, dueño de Bo-

lonia, amenazaba hacer un movimiento sobre Roma. Estas disposiciones eran contrarias á los intereses de la Francia y á la dignidad de sus armas: así es que el general Oudinot escribió sin pérdida de momento al general en gefe de aquel ejército, la siguiente carta:

« GENERAL:

»Acabo de saber que habeis llegado á Perugia con parte de vuestras tropas, y que tratais de continuar vuestra marcha adelantando, poniéndoos en comunicacion en los Abruzzos con el ejército napolitano: con este motivo debo recordaros que el ejército francés empezó solo el sitio de Roma, que está en vísperas de apoderarse del Ponte-Molle, y que por consiguiente está en comunicacion con los caminos de Florencia y de Ancona. Estoy resuelto á hacer adelantar mi ejército en esa direccion; emprended pues vuestra marcha; así lo exige el honor de vuestras armas.

»He aprendido en los campos de batalla á honrar á las tropas austríacas, mas en este momento, cualquiera demostracion que hiciesen por su parte contra Roma, pareceria ofensiva ú hostil á la Francia, y si nuestros soldados se hallasen frente á frente en semejantes condiciones, podrian resultar conflictos, que ambos debemos sinceramente evitar.»

Esta carta bastó para detener la marcha de las tropas austríacas, y el ejército francés continuó siendo dueño de la mayor parte de los estados romanos.

Los defensores de Roma que preveian y no sin razon, la próxima reapertura de las hostilidades, multiplicaban incesantemente sus medios de resistencia, mas fatalmente inspirados en su eleccion, obstruian con inútiles y deplorables ruinas el suelo histórico de la ciudad eterna. Despues de cortar el

puente Milvio, vulgarmente llamado el Ponte-Molle (*), arrancaron los seculares árboles de la *villa* Borghese, y destruyeron el pabellon adornado de frescos por Rafael y sus discípulos; devastaron la *villa* y el palacio Patrizzi, histórica residencia de un gran papa y de un rey de Nápoles, y destruyeron enteramente el palacio Lucernari-Torlonia, la *villa* y el palacio Salvage, las casas de campo Farina y Cremonesi, un gran número de edificios inmediatos al castillo de San Ángelo, y el hospital del Espíritu Santo, y todas las casas situadas á la de-

(*) La destructora mano de la revolucion á pretesto de la imperiosa ley de la defensa de Roma, se dejó sentir en algunos monumentos históricos y artísticos que una larga serie de siglos y las vicisitudes de los tiempos habian respetado. El antiguo puente llamado en el dia *Molle*, que se pasa al dirigirse á Roma viniendo por el camino de Viterbo, ó por el de Civita Castellana, que coincide con la via Flaminia cerca de dos millas de dicha capital, fué cortado como dice el autor por los modernos republicanos de Roma. Créese que su fundador fué Emilio Scauro, y que del nombre *Aemilius* se derivase el de *Milvius*, empero es un hecho positivo que por mas que en los tiempos antiguos se llamó casi constantemente *Molvius* y *Mulvius* y solo una vez *Milvius*, subsistia dicho puente mas de un siglo antes que Scauro, puesto que Tito Livio declara que desde la mitad del siglo VI de Roma existia, de suerte que por aquel tiempo casi la poblacion entera salió hasta allí á recibir los enviados que traian la noticia de la victoria alcanzada por los cónsules en el Metauro contra Asdrubal; victoria que puede considerarse que puso fin á la segunda guerra púnica. Sin embargo, no está fuera de probabilidad que posteriormente lo restaurara Scauro, y que de ahí naciera la equivocacion de los antiguos escritores Víctor y Ammiano y otros modernos que siguen la opinion de aquellos. Nicolás V restauró este monumento, reparado posteriormente por Pio VII. Este puente goza de gran celebridad por haberse verificado en sus inmediaciones el arresto de algunos embajadores complicados en la conjuracion de Catilina, por el desenfreno de Neron, y por la famosa batalla dada por Constantino contra el tirano Magencio.

(Nota del Traductor.)

recha del teatro de Apolo. Al mismo tiempo arrancaban todos los árboles del Foro, los de las Termas de Diocleciano, y los de la grande avenida de Santa María la Mayor, en San Juan de Latran; llevaban el fuego y el hierro por todos los puntos de Roma, nada habia sagrado para ellos, y su amor por la igualdad iba tan lejos, que un diputado no vaciló en decir cierto dia al sabio anticuario Visconti: «Es tal el culto que profeso á la igualdad universal, que veria con placer decapitar al Apolo de Belvedere.» En medio de aquellas escenas de devastacion, el comendador Visconti manifestó constantemente un valor igual á su inteligencia, y las artes y obras maestras que son la gloria de Roma hallaron en él un intrépido defensor; mas de una vez arriesgó su vida para disputar al hacha ó á la tea incendiaria los tesoros artísticos que los vándalos de la revolucion habian condenado á desaparecer del suelo antiguo. El comendador Visconti mereció bien de los sabios y de los artistas; ¡gloria á su nombre!

Mientras esperaba los próximos combates, el ejército espedicionario no permanecia inactivo, y el dia 25 de mayo el 13.º ligero salió de Maglianella para relevar en Aqua-Traversa al 36.º y tomar el lugar que se le habia destinado en la nueva forma dada á las divisiones.

La brigada Chadeyson, reemplazada por la del general Juan Levaillant toma posicion en Corviale, y el 11.º regimiento de dragones, nuevamente desembarcado en Civitavecchia se establece en Castel de Guido y Maccaresse, tocando sus avanzadas con el 13.º regimiento de línea acampado en Maglianella. Los ingenieros continúan sus trabajos para arrojar un puente sobre el Tíber; las faginas y gaviones son trasladados desde el cuartel general al lugar señalado para depósito de trinchera, y finalmente el teniente coronel Sol, del 33.º de línea, es designado para ejercer las funciones de mayor de trinchera.

Al mismo tiempo que tenian lugar estos movimientos mi-

litares, la Asamblea constituyente romana recibia de M. de Lesseps una nueva comunicacion que demuestra la enorme distancia recorrida por aquel diplomático fuera de la línea trazada por el gobierno francés; la desviacion era tan completa, que podia preguntarse si mas que el agente de la Francia católica, lo era M. de Lesseps de Roma revolucionaria.

Dicha comunicacion, motivada por la presencia del ejército austríaco en los estados romanos, fué entregada en forma de ultimatum á las autoridades romanas por M. Leduc, secretario de M. de Lesseps, y estaba concebido en estos términos.

«El abajo firmado, Fernando de Lesseps, enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de la república francesa, en mision en Roma.

»Considerando que la marcha del ejército austríaco en los estados romanos, altera la situacion respectiva de las tropas francesas y del ejército romano;

»Considerando, que avanzando los austríacos sobre Roma podrian apoderarse de posiciones amenazadoras para el ejército francés;

»Considerando que la prolongacion del *statu quo* en que habia consentido el general en gefe, Oudinot de Reggio, podria ser perjudicial al ejército francés;

»Considerando que no le ha sido dirigida otra comunicacion alguna, desde la última nota de fecha de 26 del corriente;

»Invita á las autoridades y á la Asamblea constituyente romanas á decidirse sobre los artículos siguientes:

»Artículo 1.º Los romanos reclaman la proteccion de la república francesa.

»Artículo 2.º La Francia no niega á los pueblos romanos el derecho de pronunciarse libremente sobre la forma de su gobierno.

»Artículo 3.º El ejército francés será acogido por los romanos como un ejército amigo; tomará los acantonamientos que juzgará convenientes, así para la defensa del pais como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá estraño á la administracion del pais.

»Artículo 4.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasion el territorio ocupado por sus tropas.

»En su consecuencia, el abajo firmado, de acuerdo con el general en gefe Oudinot de Reggio, declara que en el caso de no ser inmediatamente aceptados los anteriores artículos, considerará su mision como terminada, y el ejército francés recobrará toda su libertad de accion.

»Hecha en el cuartel general del ejército francés, en Villa-Santucci, en 29 de mayo de 1849.

»*Firmado:* Fernando de Lesseps.

»Refrendado: *Oudinot de Reggio.*»

Persistiendo las autoridades romanas en su política espectante, salieron con un efugio, del aprieto en que parecia colocarles este ultimatum; su objeto evidente era alargar todo lo posible las negociaciones con M. de Lesseps, para dar á las fiebres el tiempo de invadir el campamento francés, y á los demagogos de Paris el de cambiar con una nueva revolucion la respectiva situacion de ambas naciones, y fieles á su plan, y fijándose en una sola palabra, preguntaron á M. de Lesseps el sentido que pretendia dar á las espresiones: «En el caso de no ser *inmediatamente* aceptados los anteriores artículos, considerará la mision como terminada y el ejército francés recobrará toda su libertad de accion.»

En contestacion á esta pregunta, M. de Lesseps escribió á las autoridades romanas, que á pesar de la palabra *inmedia-*

tamente, habia entendido que se concedia para admitir ó rechazar el ultimatum un plazo de veinte y cuatro horas, que debia espirar el dia 30 á media noche.

Durante este tiempo el general Oudinot, sin infringir sin embargo los pactos de la estipulacion verbal celebrada entre M. de Lesseps y los romanos, mandaba terminar su puente, y establecia un punto avanzado en la Basílica de San Pablo (*), situada en el camino de Ostia y á dos millas de la puerta de Roma. Además, para inspirar á los romanos saludables reflexiones desplegando á su vista fuerzas considerables, el duque de Reggio revistó en Casa-Maffei la division Guesviller y toda la caballería; un batallon del 20.º escoltó desde Maglianella á Santa Passera la batería de sitio que le estaba confiada, y

(*) A instancias del papa San Silvestre, el emperador Constantino edificó esta grandiosa Basílica al apóstol S. Pablo en el paraje donde se cree fué terreno de Lucina, Matrona romana, y en el cual existia á la sazon un antiguo cementerio cristiano en que habia sido enterrado el mismo santo. Cierto escritor al ocuparse de esta antiquísima iglesia, de la cual habla ya un rescripto existente en el Archivo del Vaticano manifestando que en el año 386 de la era vulgar los piadosos emperadores Valentiniano II, Teodosio, y Arcadio mandaron á Salustio Prefecto de Roma, que la volviese construir bajo una planta mas vasta y magnífica, lo cual da á entender que antes existia ya un templo en el mismo lugar; dice lo siguiente: «La Basílica de San Pablo, hoy dia reducida á cenizas, era un edificio situado en cierto modo á la entrada del desierto. Esos templos abandonados aumentan el sentimiento de soledad que se esperimenta en semejantes lugares. Algunas blancas palomas anidan en el silencioso recinto de las ruinas de la Basílica levantada porConstantino con motivo de la muerte de San Pablo. Posteriormente la ensanchó Teodosio, y Honorio tuvo la gloria de terminarla. Unas espléndidas colunas de marmol, una hermosa coleccion de retratos de los Papas desde San Pedro hasta Pio VII, un pavimento de hermoso mosaico, unos bajos relieves admirables, tales eran las riquezas de la Basílica cuando en 1824 fué convertidá en pábulo de las

el 33.º fué enviado á San Carlo para proteger el depósito de trinchera.

El 30 de mayo, el 13.º de línea, acompañado de ciento cincuenta cazadores de á caballo y de una seccion de artillería, se reune con el 13.º ligero en Aqua-Traversa, y el general Sauvan toma el mando de la coluna. El general en gefe activa en todos los puntos sus preparativos de ataque, cuando M. de Lesseps que los presenciaba continuamente, le remitió la siguiente nota:

«En el caso de que juzgueis deber tomar por sorpresa ó de cualquier otro modo, posiciones en el interior de la ciudad de Roma y tambien en las inmediaciones de su recinto, sin haberos previamente puesto de acuerdo conmigo, creo de mi

llamas. La fachada, que data del siglo tercero, está todavía en pié así como el altar mayor en cuyos cimientos fueron depositados los restos preciosos del cuerpo de San Pablo. Una puerta de bronce traida de Constantinopla en 1070, contiene algunas inscripciones griegas y árabes. Da entrada á un cementerio, pero en él no hay muertos porque tampoco hay vivos en los alrededores de ese edificio, que antes de la reforma estaba bajo el patrocinio de los reyes de Inglaterra. La historia nos ofrece muchos ejemplos de un hecho semejante: el emperador de Austria era protector de San Pedro, el rey de Francia de San Juan de Letran, y el rey de España de Santa María la Mayor.»

Sumas cuantiosas son las que se han destinado por el gobierno pontificio para atender á las reparaciones de este grandioso edificio. A los profundos conocimientos de acreditados artistas, se ha encargado la direccion de los distintos ramos, y ellos son una garantía del buen exito de los trabajos. La recoleccion de los preciosos mármoles y el labrado de las colunas podrian servir segun aseguran hombres inteligentes, de dignos modelos de remotos siglos. Las grandes canteras de los Alpes y Apeninos surten de los materiales necesarios. Es de esperar que á la vuelta de algunos años reconstruida esta casa del Señor, resonarán bajo de sus sagradas bóvedas los himnos religiosos y las oraciones de los fieles.

(Nota del Traductor.)

deber haceros el único responsable de las consecuenias políticas que de ello resulten. Hasta el momento en que se reciban las órdenes del gobierno, ya desaprobando ya aprobando mi conducta, mi mision no puede consentir que adopteis solo y sin consultarme determinaciones ó medidas militares que comprometerian á nuestro gobierno haciéndole entrar en una senda que creo funesta.»

Algunas horas despues, M. de Lesseps recibió la contestacion del presidente de la Asamblea romana y de los miembros de la municipalidad, quienes manifestaban su ilimitada confianza en la sabiduría y prudencia del triumvirato para llevar á buen término las negociaciones, evitar que la Francia desempeñase respecto de Roma el papel del Austria, y poner fin á los horrores que pesaban sobre una ciudad *tranquila*, emporio de los monumentos y de las artes. Á continuacion de estas declaraciones el triumvirato escribió el siguiente contraproyecto:

«Artículo 1.º Los romanos, llenos de fé, hoy como siempre, en la amistad y en el fraternal apoyo de la república francesa, reclaman la cesacion de las apariencias de hostilidad, y el establecimiento de las relaciones que deben ser la espresion de este fraternal apoyo.

»Artículo 2.º Los romanos tienen por garantía de sus derechos políticos el artículo 5.º de la constitucion francesa.

»Artículo 3.º El ejército francés será considerado por los romanos como un ejército amigo, y acogido como á tal, de acuerdo con el gobierno de la república romana, tomará los acantonamientos convenientes tanto para la defensa del pais, como para la salubridad de sus tropas, y permanecerá estraño á la administracion del pais.

»Roma es sagrada, así para sus amigos como para sus enemigos.

»La ciudad de Roma no va comprendida en los acantona-

mientos que elegirán las tropas francesas; su valerosa poblacion es para ella la mejor salvaguardia.

»Artículo 4.º El ejército francés garantiza contra toda invasion estranjera el territorio ocupado por sus tropas.

»*Armellini, Mazzini, Saffi.*»

Semejante contraproyecto contrario en todos sus puntos al honor de la Francia y á la dignidad de sus armas, era inaceptable; el artículo 2.º de que se sirvieron los romanos en la accion del 30 de abril para hacer los cartuchos de sus cañones, y de que se servian aun como de una seña hostil, adornando con él las puertas de su ciudad y las barricadas de sus calles, convertíase en su actual aplicacion en un insulto para la Francia.

Por el artículo 3.º los triumviros persistian en negar la entrada en Roma al ejército francés, é imponian en cierto modo á nuestro gobierno el reconocimiento tácito de su república.

Á semejante proyecto, perfecto bajo el punto de vista revolucionario, solo faltaba la firma de la victoria, y M. de Lesseps no estuvo muy distante de ponerle la suya. Este diplomático confió al comandante Espivent el encargo de comunicar al general Oudinot las últimas proposiciones y el siguiente *memorandum*.

«Salido de Paris bajo la influencia de la accion del 30 de abril, y venido para tratar con las poblaciones romanas, no tengo necesidad de recordar que jamás he querido ni sufrido que se pudiese separar mi causa de la de mi gobierno y del digno gefe del ejército francés. No se me ocultaban los obstáculos que deberia allanar para persuadir de que las disposiciones del gobierno de la república y de su general eran las mismas antes del 30 de abril que despues: *mas hoy lo he conseguido.*

»Estoy dispuesto á firmar inmediatamente, salvo algunas modificaciones y la eliminacion del artículo 2.º el contraproyecto enviado por el triumvirato y aprobado por la Asamblea constituyente romana, como tambien por los senadores y conservadores de la municipalidad de Roma, en la conviccion de que semejante acto afirma para siempre en Italia la influencia francesa, y conserva ileso el inmaculado honor de nuestro ejército y de nuestra gloriosa bandera.»

Terminada la lectura de aquel documento, el general Oudinot esclamó: «Jamás firmaré tan vergonzosa página para la Francia;» y remitiólo de nuevo á M. de Lesseps, invitándole á presentarse para dar categóricas esplicaciones ante un consejo de guerra convocado al efecto.

Á las cuatro hallábanse reunidos en el cuartel general los generales todos, bajo la presidencia del duque de Reggio, ofreciendo la sesion un carácter grave y solemne en vista de los acontecimientos que se preparaban. No tardó en presentarse M. de Lesseps, y su mirada incierta, su embarazado continente, probaban claramente que conocia iba á cometer una accion contraria á los verdaderos intereses del pais de que era mandatario. Á su vista tomaron un carácter severo y estableciόse un profundo silencio; el ministro plenipotenciario fué el primero en romperlo, y despues de esponer la respectiva situacion de ambos ejércitos, de leer los varios documentos que servian de base á sus negociaciones, y de haber alegado la carencia de órdenes de parte de su gobierno, insistió con vigor en la necesidad de esperar y de contemporizar. Los generales protestaron contra esta política espectante, y muchos, arrastrados por la franqueza del soldado, manifestaron su indignacion con enérgicas espresiones.

La lealtad militar se colocaba francamente entre el honor de la Francia y los efugios de una política antinacional. «¡Esperar! esclamó uno de ellos con reprimida cólera; ¡esto es!

esperar la estacion de los calores y de las fiebres, que antes de quince dias se presentarán en nuestro campamento exigiendo sus víctimas! esperar que la piedad de nuestros enemigos, socorridos con ese aliado inatacable, nos dé por gracia las mortajas para envolver los cadáveres de nuestros soldados diezmados! Bastante hemos esperado, señor ministro; y cuidad de que un dia la Francia no os pregunte, como los romanos á Varon, *lo que habeis hecho de sus legiones.*»

El ministro plenipotenciario contestó:

«Para evitar la mórbida influencia que con razon temeis, ¿quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, trasladar nuestro cuartel general á Frascati, y acampar nuestras tropas en las sanas campiñas de Albano y de Tivoli? Por ventura ¿dejaríamos de ser de este modo los verdaderos dueños de Roma, rodeándola en vez de ocuparla? Si así lo haceis, el gobierno de la república, que solo desea vuestra entrada en Roma si sois llamados por los habitantes, os dará gracias algun dia por haber contribuido con la prudencia de vuestros consejos, al triunfo de la verdadera, de la gran política, sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria.»

El general en gefe tomó á su vez la palabra, y dijo: «Confieso, caballero, que necesitaré de todo mi valor para contestar con sangre fria á tan estrañas palabras, pronunciadas sin embargo por labios franceses. Nos preguntais, caballero, continuó, dirigiéndose al gefe plenipotenciario, quién nos impide hacer retroceder nuestras líneas, abandonar nuestra base de operaciones por lugares mas apartados de Roma! voy á deciroslo: nos lo impide el interés de la Francia que nosotros tambien representamos con la espada, al paso que vos creeis representarla con la palabra; la Francia dirá dentro de poco quién entre la palabra y la espada la sirvió mejor. Mientras tanto, el honor del nombre francés, la gloria de nuestras ar-

mas, exigen que el pensamiento de la Francia se esplique libremente en el Capitolio. Tomar acantonamientos fuera de Roma, seria en cierto modo proclamar nuestra impotencia. Circunvalar una ciudad no es hacerse dueños de ella, y no se ocupa verdaderamente haste el dia en que la bandera de la patria ondee en lo alto de su mas elevada torre. En cuanto á lo que habeis dicho de lo grande de la verdadera política sin mezcla de mezquinas cuestiones de amor propio personal y de vanagloria, apelamos para el porvenir al juicio de la historia y para el presente á la decision de nuestro gobierno. En tanto, declaro en nombre de todos mis compañeros de armas, que nuestra adhesion á vuestros proyectos seria una vergüenza y una cobardía.»

Todos los generales presentes al consejo apoyaron tan enérgico lenguaje, y M. de Lesseps, aislado en su gran *política,* se retiró inmediatamente sin que ni una sola voz se elevase para detenerle. Si el silencio de los pueblos es la leccion de los reyes, el silencio de los soldados es tambien á veces le leccion de los diplomáticos.

Durante la noche tuvo lugar una segunda escena no menos violenta. El plazo señalado para la reapertura de las hostilidades iba á espirar, y el general en gefe habia dado sus últimas órdenes para ocupar simultáneamente á las tres de la mañana el Monte Mario, el Ponte-Molle, las *villas* Pamfili y Corsini, y la iglesia de San Pancracio (*); las tropas encargadas de la eje-

(*) Habiendo descrito en una nota anterior el antiguo puente *Mulvius* ó *Milvius* hoy Ponte-Molle, así como la hermosa quinta Pamfili, nos ocuparemos tan solo de la descripcion de la antigua iglesia de San Pancracio y de la quinta (*villa*) Corsini, anexa al palacio del mismo nombre.

El orígen de la iglesia de San Pancracio se atribuye al pontífice San Félix I, el cual en el año 274 erigió en el cementerio de San Cales-

cucion de estas varias operaciones esperaban con el arma al brazo el momento de obrar, cuando M. de Lesseps suplicó al duque de Reggio que espidiese una contraórden por exigirlo así el honor de la Francia. Una duda se habia elevado en su mente: no habia participado por escrito y de un modo bastante preciso á las autoridades romanas la reapertura de las hostilidades, y «en semejante estado de cosas, dijo, un ataque por parte del ejército francés, seria considerado por la Europa entera como una sorpresa incompatible con las reglas del derecho de gentes.»

Esta nueva complicacion ponia en grave compromiso al general Oudinot, colocado entre dos alternativas sin medio alguno para evitarlas: ó suspender la ejecucion de los movimientos cuyo éxito era infalible, ó revelar al ejército impaciente por salir de su inaccion, la existencia de disentimientos que

podio un pequeño oratorio. Este oratorio, que despues de la libre propagacion del cristianismo fué ampliado en magnífica basilica, y que hasta el tiempo de Procopio dió nombre á una de las puertas de Roma como la de San Pablo la dió á la Ostiense, se halla situada en la antigua via Vitelia. Esta iglesia fué restaurada por diversos Papas. Inocencio III coronó en ella á D. Pedro, rey de Aragon, y Juan XXII recibió en la misma á Luis, rey de Nápoles. En 1609 el cardenal Luis Torres la hizo reedificar á tres naves, divididas como en el dia se ve por medio de pilastras, y el Papa Alejandro VII la concedió á los PP. carmelitas descalzos, los cuales mantienen allí un colegio de estudiantes de la órden para sus misiones de Levante. Despues de firmarse la paz de 1814 practicáronse nuevas restauraciones en aquella iglesia, la cual habia quedado abandonada desde el año 1798. Veíase en ella el sepulcro del célebre Crescencio, cónsul romano, de una de las familias que en los siglos X y XI fué muy poderosa en Roma.

Saliendo de esta misma capital por la puerta de San Pancracio y no muy lejos de ella, se halla la quinta Corsini, hecha construir con un delicioso casino de buena arquitectura por Clemente XII cuando solo era cardenal y bajo los planos de Nicolás Salvi. Como ya hemos indi-

habrian podido tener funestísimas consecuencias. Despues de una discusion muy acalorada, y á pesar que por su parte habia mandado prevenir á las avanzadas de la continuacion de las hostilidades, resignóse generosamente á dar la órden de suspender la ejecucion de las medidas que en interés de la gloria militar y nacional, acababa de tomar con los diferentes gefes de servicio.

Las tropas destinadas á maniobrar contra la villa Pamfilj recibieron prontamente contraórden, mas no medió lo mismo con los que debian apoderarse del Monte-Mario, pues el oficial de Estado Mayor encargado de detener su marcha, no pudo á causa de la oscuridad de la noche recorrer con la necesaria celeridad las cinco leguas que separaban su vivac del cuartel general. Dichas tropas ocuparon sin disparar un tiro las posiciones abandonadas por sus defensores; y por fin llegado el dia en que libre el ejército francés de una culpable diplomacia, debia contestar con hechos á las bravatas de los revolucionarios romanos. La hora de la justicia se acercaba!

cado, esta quinta depende del palacio Corsini, que se halla entrando en Roma por la puerta Septimiana, cuyo nombre se deriva del emperador Septimio Severo, á la izquierda de una larga calle llamada *La Lungara;* cuyo palacio que era de los Riari y en el cual vivió y murió en 1689 Cristina de Suecia, adquirió en tiempo del citado Clemente XII la casa Corsini. cuyo nombre tiene en el dia.

La quinta Corsini es muy deliciosa. Se estiende por la pendiente del monte Janículo, en cuyo punto mas elevado se levanta un casino desde el cual se descubre toda la célebre ciudad eterna. Muchos son los que creen que en aquel sitio debió tener cabalmente Julio Marcial su quinta, habiendo por lo tanto Marcial el poeta escrito sobre la misma.

Hinc septem dominos videre montes
El totam licet æstimare Romam.

Desde este casino José Vasi, célebre grabador, dibujó la vista general de Roma, que luego grabó primorosamente.

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO VI.

Última tentativa de conciliacion. — Tratado de M. de Lesseps. — El general en gefe la rechaza. — Rompimiento. — Complicacion. — Orden llamando á Francia á M. de Lesseps. — Cartas del general Oudinot. — Preparativos de ataque. — Posicion del ejército sitiador. — Efectivo del ejército romano. — Jornada del 31 de junio. — Brillantes combates. — Hermosos hechos de armas. — Abertura de la trinchera. — Salidas de los sitiados, — Diputacion española y napolitana al campamento francés. — Movimientos del ejército español. — Trabajos de sitio. — Preparativos de defensa.

Al amanecer del dia 31 de mayo, M. de Lesseps resolvió hacer una última tentativa, y con el rostro pálido y descompuesto por las preocupaciones de su alma y las reflexiones de la noche, se dirigió á Roma, donde halló al poder ejecutivo revolucionario presa de la mayor agitacion con motivo de la ocupacion del Monte-Mario (*), posicion muy importante bajo

(*) Hasta ahora se ignora cuál era el nombre que antiguamente tenia el Monte-Mario. Tan solo se sabe que el camino para subir á él se llamaba Clivo de Cinna. En los tiempos del bajo imperio parece que se le dió el nombre de Monte Malo y Monte Gaudio. El que tiene se derivó de Mario Millini, que hizo construir en su cumbre una deliciosa *villa* ó quinta que en el dia posee la casa Falconieri. En la vertiente del mismo monte se encuentra la villa *Madama*, así llamada porque en otro tiempo perteneció á la hija del emperador Cárlos V, Margarita de Austria, cuya propiedad pertenece hoy dia á la corte de Nápoles. Hay un lindo Casino empezado bajo los diseños de Rafael, y terminado des-

el punto de vista estratégico. M. de Lesseps se esforzó en probar que dicha ocupacion era el resultado de un contratiempo independiente de la voluntad del general en gefe que nada habia omitido para evitarlo, y presentóle sus últimas proposiciones.

Si bien estas no eran enteramente conformes con los deseos de los triumviros, aceptáronlas como una imperiosa necesidad. Sin embargo, como era indispensable la sancion de la Asamblea constituyente, el poder deliberativo se reunió aquel mismo dia en sesion secreta y adoptó por unanimidad escepto tres votos, el siguiente tratado:

«Artículo 1.º El apoyo de la Francia queda asegurado á las poblaciones de los estados romanos, las que consideran al ejército francés como á un ejército amigo que viene á contribuir á la defensa de su territorio;

»Artículo 2.º De acuerdo con el gobierno romano, y sin mezclarse en nada en la administracion del pais, el ejército francés tomará los *acantonamientos esteriores* convenientes, as para la defensa del pais, como para la salubridad de las tropas.

»Las comunicaciones serán libres;

pues de su muerte por su discípulo el famoso Julio Romano, que pintó magníficamente todo el pórtico, el friso de una sala, y la bóveda de un aposento, ayudado del inteligente Juan de Udino. El edificio ha sufrido mucho en el decurso de los años, y de cada dia va menoscabándose, por no cuidarse como debiera.

El Monte Mario es de formacion marítima, encontrándose en él infinidad de crustáceos, dispuestos á capas y perfectamente conservados.

El viajero que encontrándose en la plaza de San Pedro quiera disfrutar de la agradable vista de Roma y de su campiña, no tiene mas que atravesar dicha plaza y salir por detrás de su columnata por la puerta Angélica para subir en seguida al Monte Mario. Siendo como es dicho monte uno de los puntos estratégicos mas importantes, ya se concibe fácilmente como procuraron apoderarse de él los franceses que en 1849 sitiaban la ciudad de Roma.

(Nota del Traductor.)

»Artículo 3.º La república francesa garantiza contra cualquiera invasion estranjera los territorios ocupados por sus tropas;

»Artículo 4.º Se entiende que el presente tratado deberá someterse á la ratificacion de la república francesa;

»Artículo 5.º En ningun caso podrán cesar los efectos de este tratado, hasta quince dias despues de la comunicacion oficial de la no ratificacion.»

Á la aprobacion de los artículos espresados, los triumviros unieron una carta en la que prometian enviar al dia siguiente al cuartel general á una diputacion de la Asamblea constituyente, bajo la presidencia de Sturbinetti, senador de Roma, y en la que manifestaban además, que luego de admitidas dichas bases, nombrarian plenipotenciarios encargados de ponerse de acuerdo en los detalles y en la eleccion de los acantonamientos, primeras consecuencias del tratado, lo mismo que de dirigir una invitacion al general en gefe y á su Estado Mayor para que fuesen á residir en Roma, donde se pondria á su disposicion una guardia de honor.

Mientras el poder ejecutivo de Roma y el ministro plenipotenciario de Francia discutian estos puntos secundarios, el general Oudinot les dirigia dos comunicaciones.

En la primera conjuraba á M. de Lesseps que no gastase en vanas negociaciones un tiempo tan precioso para perderlo de aquel modo. En el estado actual de cosas las autoridades romanas deben manifestar su resolucion por un *sí* ó por un *no*.

«No os olvideis, decia al concluir, de anunciar inmediatamente el fin del armisticio, en caso de que no obtengais sin dilacion una solucion pacífica conforme en todo con la comunicacion del 29 de este mes.»

En la segunda carta declaraba á las autoridades romanas, que si continuaban desconociendo las intenciones de la Francia, el general en gefe, en presencia de una situacion ente-

ramente cambiada y agravada por la aparicion de dos ejércitos estranjeros en el territorio romano, se veria reducido á la imperiosa necesidad de abrir otra vez las hostilidades.

En el caso de que el ultimatum no fuese aceptado veinte y cuatro horas despues de esta comunicacion, el ejército francés debia recobrar toda su libertad de accion, pues la tregua que se habia estipulado verbalmente por un tiempo muy limitado, cesaria entonces de producir su efecto.

Las dos comunicaciones que acabamos de analizar, en nada alterarán las disposiciones acordadas; M. de Lesseps se procuró tres copias del tratado en que desde el principio hasta el fin, los intereses de la Francia eran sacrificados á la influencia demagógica; los triumviros, provistos de plenos poderes por la constituyente, las firmaron sin pérdida de momento, y el ministro plenipotenciario se dirigió con ellos á toda prisa al campamento francés.

Era ya muy tarde cuando llegó al cuartel general: el silencio de la noche reinaba en el campamento, y el duque de Reggio acababa de tenderse vestido en su lecho, cuando le fué anunciado el regreso del ministro plenipotenciario. «Por fin hemos terminado, dijo este al entrar en el aposento del general, y sin mas preámbulo, dió principio á la lectura de su tratado; pero al llegar al artículo 2.º referente á los acantonamientos esteriores que debia tomar el ejército francés, el general no pudiendo contener la esplosion de su justa cólera, saltó de su lecho, y en pié, frente á frente con el diplomático con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos despidiendo llamas, esclamó: «Y sois francés, caballero! Qué digo! representais la Francia y habeis sufrido semejantes condiciones! ¿y os atreveis á traerlas á nuestro campamento? Antes se me secará la mano, que firmar semejantes infamias. Basta ya, caballero, no quiero oir mas; podeis retiraros.»

Por toda contestacion M. de Lesseps firmó, dejó en la mesa

uno de los tres ejemplares del tratado y se retiró pálido de cólera.

Un instante despues recibió la siguiente carta:

«Señor ministro plenipotenciario:

»Desde el 17 de este mes, habeis paralizado todos los movimientos del cuerpo espedicionario que está á mis órdenes.

»Me pedisteis con instancia que la tregua prometida verbalmente por vos á las tropas romanas, se prolongase hasta que el gobierno enviase su contestacion á los despachos y comunicaciones de que fué portador M. de Latour d'Auvergne, y á pesar de que me hallaba convencido de que tal dilacion era muy perjudicial á las operaciones militares, accedí á vuestro deseo, á fin de evitar entre nosotros lasta las apariencias de un disentimiento.

»Durante todo este tiempo, las tropas romanas han podido dirigirse á todos los puntos que creian de su interés hacerlo, al paso que yo he limitado mis operaciones en la parte del territorio que tiene á Civitavecchia por base. El dia 29 de este mes propusisteis á las autoridades romanas un ultimatum cuyos términos acepté, sin embargo de que algunas de las condiciones que en el mismo se estipulaban estuviesen muy lejos de satisfacerme completamente.

»Aquel mismo dia me escribisteis desde Roma, que segun todas las probabilidades el ultimatum iba á ser aceptado; y esta noche, contra todas las probabilidades á pesar de lo que dijisteis anteriormente, me manifestais haber firmado con la república romana otro tratado en el que esperabais que pondria mi firma.

»Semejante tratado está en oposicion formal con las instrucciones que he recibido, y lo creo contrario á la voluntad de mi gobierno; por lo tanto, no solo no le doy mi asentimiento,

sino que lo considero como si no hubiese existido, y así me veo obligado á declararlo á las autoridades romanas.

»Cuando el ministerio haya manifestado, á consecuencia de la mision de M. de Latour-d'Auvergne, sus últimas intenciones, me conformaré á ellas escrupulosamente; mientras tanto, tengo el sentimiento de hallarme imposibilitado de concertar en adelante mi accion política con la vuestra.»

Como lo anunciaba al ministro plenipotenciario, el general Oudinot escribió inmediatamente á los triumviros para protestar en estos términos contra la conclusion del tratado:

«Esta mañana he tenido el honor de manifestaros que aceptaria en cuanto á mí el ultimatum que os fué remitido por M. de Lesseps en 29 de este mes.

»Con gran admiracion mia, M. de Lesseps á su regreso de Roma me ha traido una especie de tratado en completa oposicion con el espíritu y las bases del ultimatum. Mi conviccion es que al firmarlo M. de Lesseps se estralimitó de sus poderes, y como las instrucciones que he recibido de mi gobierno me prohiben formalmente asociarme á ese último acto, lo considero como no existente, y así debo declaróroslo sin pérdida de momento.»

La recepcion de esta carta produjo en los triumviros el efecto del rayo, pues se envanecian ya con el buen éxito de las negociaciones. «Esta carta, esclamó el meticuloso Armellini, es para los franceses el desquite del 30 de abril.» — «Quizás, contestó Mazzini, y tomando la pluma escribió al general Oudinot que el triumvirato veia con un sentimiento de estrañeza y de dolor las diferencias que habian surgido entre el general en gefe y el representante de la Francia, diferencias que le sorprendian tanto mas, en cuanto consideraba el tratado como enteramente conforme á la intencion de la Asamblea francesa, y á las simpatías recientemente manifestadas por la nacion. Al concluir, decia que el triumvirato no era responsable de las

graves consecuencias que de aquellas podian resultar, si bien esperaba que todas las dificultades acabarian por allanarse.

Por su parte M. de Lesseps á quien fué comunicada la carta del duque de Reggio, contestó al triumvirato que en cuanto á él mantenia el tratado firmado, y que se disponia á partir para Francia á fin de conseguir su satisfaccion. «La convencion, añadia, ha sido celebrada en virtud de mis instrucciones, las que me autorizan á consagrarme esclusivamente á las negociaciones y á establecer relaciones con las autoridades y poblaciones romanas.»

M. de Lesseps, obstinándose en seguir la senda en que tan imprudentemente habia entrado, quiso someter su conducta al juicio del ministerio, y en su consecuencia manda partir inmediatamente para Paris á M. Lavelaine de Maubeuge, con encargo de presentar á la Asamblea nacional las condiciones del tratado que firmara. Por su parte el general Oudinot, deseando manifestar á la Francia y á su gobierno la verdad desnuda, se dispone igualmente para enviar á Paris á un general de lealtad acrisolada; el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely debia ser el fiel intérprete de su pensamiento [1], y apenas acababa de marchar para Civitavecchia, cuando un correo, llegando de esta ciudad á todo escape, entregó al general Oudinot un parte telegráfico, trasmitido desde Paris el 28 de mayo á las siete de la noche, cuyos términos eran los siguientes:

«*El ministro de Negocios estrangeros al general Oudinot.*

»Toda nueva dilacion seria funesta con motivo de la proximidad de la estacion de las fiebres; la via de las negociaciones ha acabado ya; la mision de M. de Lesseps queda terminada;

[1] Véanse los documentos históricos n.º 14.

confirmamos nuestra anterior comunicacion relativa al general Vaillant.

»Concentrad vuestras tropas, y entrad en Roma luego que el ataque os presente la casi certeza del triunfo.

»Si careceis de medios de ataque, participádmelo inmediatamente.»

Este parte, inserto en la órden del dia escita entre las tropas unánimes transportes de alegría; el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely, cuya mision no tenia ya objeto, es llamado otra vez al campamento en el momento en que se embarcaba para Francia, y entregó las comunicaciones de que era portador á su ayudante de campo, el cual continúa su viaje hasta Paris.

La cuestion por tanto tiempo pendiente al pié de los muros de Roma ha sido resuelta; la política espectante de la diplomacia ha sido condenada, y la accion militar va á recobrar todo su imperio.

El duque de Reggio se apresura á participar á los triumviros su rompimiento con M. de Lesseps y las órdenes que acababa de recibir del gobierno francés: dirigióles una carta concebida en estos términos:

«Señores,

»Á las tres de la tarde he recibido la comunicacion en que me manifestais vuestro sentimiento por haberme negado á asociarme al tratado que M. de Lesseps, ministro plenipotenciario, creyó deber celebrar con vosotros el dia 31 de mayo á las ocho de la noche.

»Los hechos han justificado mi determinacion, y por medio de dos comunicaciones emanadas del ministro de la Guerra y del de Negocios estrangeros, con fecha del 28 y del 29 de mayo, el gobierno francés me ha declarado lo siguiente: «La

via de las negociaciones está ya terminada; la mision de M. de Lesseps ha concluido.» Luego de recibir semejantes instrucciones, manifestélas á M. de Gerando, canciller de la embajada, y el gefe de Estado Mayor del ejército espedicionario ha encargado á dicho agente diplomático participar oficialmente al gobierno romano la decision que revoca los poderes de M. de Lesseps, y me confiere de nuevo la plenitud de los de un general en gefe.

»M. de Lesseps recibió á las diez de la noche el encargo de entregaros la nota de que os incluyo copia.

»Como podeis verlo, en ella declaraba, señores, que en caso de que pasasen veinte y cuatro horas sin haber sido aceptado el ultimatum de 28 de mayo, el ejército francés recobraria toda su libertad de accion.

»Como á las cinco de la tarde no hubiese recibido aun contestacion alguna, escribí aquel mismo dia á M. de Lesseps:

»*No os olvideis de anunciar inmediatamente el fin del armisticio, en caso de que no obtengais sin dilacion una solucion pacífica conforme en un todo con la comunicacion del 23 de este mes.*

»Inmediatamente despues del recibo de los partes telegráficos mencionados, he mandado prevenir á las avanzadas romanas, que la tregua consentida verbalmente por M. de Lesseps habia espirado, y que cesaba en un todo la suspension de las hostilidades.

»Á las tres y media del dia primero de junio de mil ochocientos cuarenta y nueve, encargo al canciller de la embajada que tenga el honor de haceros esta nueva comunicacion.

»El general en gefe, *Oudinot de Reggio.*»

Al mismo tiempo, fuerte con la órden que habia recibido, el general en gefe escribió al general del ejército romano:

«General:

»Las órdenes de mi gobierno son positivas, y me mandan penetrar en Roma lo mas pronto posible. He anunciado á las autoridades romanas la conclusion del armisticio verbal que, á instancias de M. de Lesseps, consentí en otorgar momentáneamente; además he mandado prevenir por escrito á vuestras avanzadas, de que ambos ejércitos tenian el derecho de abrir de nuevo las hostilidades. Sin embargo, cediendo á la peticion del canciller de la embajada de Francia, y para dar á aquellos de nuestros nacionales que deseen salir de Roma el tiempo de hacerlo con facilidad, difiero hasta el lunes el ataque de la plaza.»

En contestacion á la carta del general en gefe del ejército francés, el general Roselli pidió un armisticio de quince dias, bajo pretesto de oponerse á la marcha de los austríacos sobre Roma; mas el duque de Reggio se negó á concederlo, diciendo que las tropas austríacas no traspasarian las líneas que en aquel entonces ocupaban, y encargó á M. de Gerando, canciller de la embajada de Francia, prevenir á las personas que deseasen salir de la ciudad, que tendrian un seguro asilo en el monasterio de San Pablo.

Durante este tiempo reina gran actividad en el campamento del ejército francés, y desde lo alto de sus muros los romanos pueden observar los varios movimientos de nuestras tropas; una compañía de cazadores de á pié refuerza los batallones establecidos en Monte-Mario, mientras que para engañar al enemigo é interceptar los varios convoyes de todas clases que proveen la ciudad, la caballería hace frecuentes reconocimientos hasta las orillas del rio.

Los triumviros anunciaron en estos términos á los romanos la reapertura de las hostilidades:

«CIUDADANOS.

»El general Oudinot no solo se ha negado á adherirse al tratado celebrado entre nosotros y el enviado estraordinario de Francia, sino que nos ha anunciado la cesacion del armisticio y declarado á su ejército libre de atacarnos.

»Suceda lo que suceda, los romanos harán su deber y nosotros el nuestro: Dios y el pueblo nos han dado ya la victoria en una primera lucha con el hombre que nos amenaza; Dios y el pueblo nos la darán ahora.»

Roma se halla situada sobre el Tíber, el cual la divide en dos partes desiguales de norte á sur; la parte oriental, que es tambien la mas considerable, está defendida por el recinto Aureliano, y encierra algunas colinas muy poco elevadas; la parte occidental que comprende la ciudad Leonina y el Transtiber tiene menos estension, mas el muro y baluartes que la rodean, construidos en 1643 en tiempo de Urbano VIII le hace mas importante bajo el punto de vista militar. Esta fortificacion abraza en las tres quintas partes de su estension total, la cima del monte Janículo (*), á trescientos veinte y dos pies sobre

(*) La etimología del monte Janículo se hace derivar de Jano, rey de los Aborígenes, el cual dicen que edificó en él su ciudad de Antipoli, frente al Capitolio, habitado á la sazon por el rey Saturno. Anco Marcio fué el que unió á la ciudad de Roma una parte de este monte, el cual se estiende hasta el Vaticano, por no dejar espuesto á los enemigos un sitio tan peligroso. El monte Janículo no se cuenta entre las siete colinas sobre las cuales se halla edificada Roma, puesto que tan solo habia una pequeña parte dentro del recinto de la ciudad. Segun afirma Tito Livio, hallábase al pié de este monte el sepulcro de Numa

el nivel del mar y á ciento cuarenta y nueve sobre el del Capitolio; el recinto recorre un espacio de diez y seis millas romanas. Por la parte del este Roma no está dominada esteriormente por altura alguna, mas por la del oeste se elevan una serie de colinas encadenadas unas á otras, que forman un radio como de quince millas la orilla derecha del Tíber, y son conocidos con los nombres de Santa Passera, del Vaticano, del Janículo, del Monte-Verde y del Monte-Mario; esta última domina, en la parte del nordeste, el fuerte de San Ángelo, el *Ponte-Molle*, y los dos caminos que, uno en la orilla derecha y otro en la orilla izquierda del rio, conducen el primero á la puerta Angélica y el segundo á la del Pueblo. Fuera del recinto de Urbano VIII, frente de la Puerta de San Pancracio y á una distancia de cuatrocientos noventa metros, álzase en un terraplen la *villa* Corsini, conocida con el nombre de *Casino de los Cuatro Vientos*, y el general Oudinot eligió esta importante posicion por base de sus operaciones.

El arte militar enseña que una plaza debe ser atacada por su frente mas saliente, pues estando esta parte menos flanqueada que las demás, presenta á la accion de los sitiadores una menor concentracion de fuegos, y guiado por este principio, el general Oudinot, de acuerdo con los generales Vaillant y Thiry, resolvió apoderarse del Janículo, á fin de poder

Pompilio, asegurando aquel escritor que se hallaron allí dos cajas de piedra con inscripciones. La una indicaba que en semejante sitio estaba sepultado Numa Pompilio, muerto 535 años antes de aquel descubrimiento, empero no se hallaron ni huesa ni cenizas. La otra indicaba que allí se encerraban los libros compuestos por el mismo Numa, como realmente se encontraron siete libros en latin y otros tantos en griego, escritos todos sobre papiro; cuyos libros fueron quemados de órden del senado por contener doctrinas perniciosas.

(Nota del Traductor.)

dirigir las baterías de brecha contra el frente mas saliente del muro. El ejército francés ocupaba las alturas que en la orilla derecha del Tíber dominan la parte oeste de Roma, y se estendia de norte á sur, hasta la llanura situada en la orilla izquierda de aquel rio, desde el monte Mario hasta la basílica de San Pablo. En este órden semicircular, teniendo su frente de operaciones opuesta al punto objetivo, y sus líneas de ataque dirigidas concéntricamente, se hallaba en la disposicion siguiente: el centro, la reserva y los accesorios en *Monte-Verde,* la derecha en San Pablo y la izquierda en Monte-Mario; el gran parque de artillería estaba acampado en Santa Passera, y el de ingenieros en la *villa* Santucci en un principio y en Merluzetta despues. El grueso del ejército, los hospitales, los depósitos y los hornos ocupaban la *villa* Santucci, punto elegido para cuartel general y que por su posicion elevada permitia al general en gefe comunicar rápidamente con las dos alas del ejército y dirigir sus operaciones. Las tropas francesas formaban entonces un efectivo de veinte y tres mil hombres, mientras que las tropas romanas, dotadas abundantemente de municiones y de una numerosa artillería, podian poner en línea veinte y ocho mil combatientes resueltos y perfectamente armados; á este número deben añadirse cinco ó seis mil guardias cívicos con cuya cooperacion no podia la defensa contar mucho. Este ejército ocupaba el interior de la ciudad defendida por los republicanos con parapetos, barricadas, baterías y varias obras de trinchera, especialmente en los puntos que mas se prestaban al ataque, como eran las puertas del Pueblo y de San Pancracio.

En la noche del dia 2 de junio, el general Oudinot da sus últimas órdenes para el rompimiento de las hostilidades, y aunque las autoridades romanas no concedieron á nuestros nacionales la facultad de salir de la ciudad, toma las medidas necesarias para que quede ilesa la plaza propiamente dicha.

El dia 3, al asomar el alba, dos colunas mandadas por el general de brigada Molliere, la una, y la otra por el general de brigada Juan Levaillant, bajo el mando en gefe del general Regnault-Saint-Jean d' Angely, se dirigen siguiendo distintos caminos hácia la villa Pamfili; el 33.º de línea, apoyado por dos compañías de cazadores de á pié y por una compañía de ingenieros, es enviado en reconocimiento. Estas tropas llegan al pié de la villa donde los romanos se habian fortificado de un modo formidable; déjanse oir algunos fusilazos, y en breve trábase en la primera línea esterior un vivo tiroteo, sostenido por los disparos de la artillería; los tiradores lombardos del coronel Melaza se lanzan intrépidamente contra nuestros soldados, mas estos les reciben á pié firme y á la bayoneta. La lucha se encarniza; por ambas partes ofrece un carácter sangriento y magestuoso; el general Levaillant, á pesar de la imprevista resistencia que se le opone, continúa su movimiento con los 16.º y 25.º ligeros, apoyados por el 66.º de línea, y habiendo logrado forzar una de las puertas, ataca la *villa* con todas sus fuerzas; los romanos retroceden, y doscientos trece prisioneros, entre ellos diez y nueve oficiales, tres banderas y veinte mil cartuchos, caen en poder de nuestros soldados. Por su parte la coluna Molliere se abre paso haciendo saltar á impulsos de una mina un trozo del muro, y llega á su vez para tomar su parte de combate y de victoria. El valiente general Molliere sostiene dignamente su reputacion de intrepidez, y prueba una vez mas, por su valor, su sangre fria y sus talentos militares, que es merecedor del alto aprecio de que goza en el ejército francés; jóven aun, hasta el último momento de su vida prestará servicios á la patria, mas la muerte que arrostra en los campos de batalla, le espera á su regreso á Francia, y si no pudo caer como un soldado, morirá al menos como un cristiano, y su último suspiro será tambien una victoria.

Dueños de la *villa* Pamfili, los franceses se lanzan sin vacilar contra el Casino de los Cuatro Vientos, situado en la misma línea y frente de la puerta de San Pancracio; el enemigo se habia atrincherado en él de un modo terrible, y el mismo Garibaldi al frente de cuatro mil combatientes defendia sus inmediaciones. Sin embargo, á pesar de una resistencia obstinada, el Casino es tomado á viva fuerza, y como la ocupacion de este importante punto hacia inevitable la de la iglesia de San Pancracio, nuestras tropas reciben la órden de atacarla, haciéndose dueños de ella despues de dos horas de combate. La *villa* Valentini y una granja muy grande inmediata á la misma, ambas enérgicamente defendidas, caen igualmente en poder de nuestras armas. Con todo, el combate no ha terminado, el cañon hace oir incesantemente su terrible estampido, y los lombardos, bien mandados y dignos por su valor de hallarse cara á cara con los franceses, disputan palmo á palmo el terreno, regado con sangre, de que les despojan á la bayoneta. Rechazados en un punto, retroceden para reunirse en otro, y vuelven á la carga para estrellarse de nuevo ante la firmeza de nuestros batallones.

Son las siete de la tarde, y desde la mañana las colunas romanas, sostenidas por el nutrido fuego de la plaza, hacen prodigiosos esfuerzos para reconquistar y conservar las posiciones cuya importancia comprenden; las paredes del Casino de los Cuatro Vientos, tomadas y perdidas hasta tres veces, quedan taladradas y agujereadas por las balas, hasta que finalmente, la victoria por tanto tiempo disputada, se declara por la bandera de la Francia. Estas posiciones que aseguran la izquierda de nuestras trincheras y que el enemigo tratara muchas veces de arrebatarnos, serán defendidas durante todo el sitio, con un valor y firmeza inespugnables.

En otro punto, la brigada Sauvan, establecida en Monte-Mario hacia algunos dias, habia recibido órden de apoderarse

de *Ponte-Molle*, uno de cuyos arcos habia sido destruido: el ataque empezó en el mismo instante en que el cañon de la *villa* Pamfili dejó oir sus primeras detonaciones. Dando fé á varios y repetidos avisos se creia que el puente estaba minado, y esta suposicion determinó al general Sauvan á hacer pasar á nado á la orilla izquierda del Tíber á treinta hombres, cuyas armas, municiones y vestidos se habian colocado en una balsa construida al efecto, mas paralizando la rapidez de la corriente, los esfuerzos de los que guiaban la balsa, no tuvieron estos mas recurso para no caer en poder de los enemigos que apartarse nadando vigorosamente, dejando que aquella, al chocar contra la opuesta orilla fuese fácil presa de los soldados romanos. Entonces el general tomó el partido de apoderarse de la parte del puente perteneciente á la orilla derecha, y aprovechando algunos tiradores y cazadores todos los accidentes del terreno, consiguen despues de inauditos esfuerzos hacer callar dos piezas de artillería que el enemigo habia puesto en batería enfilando el puente, mientras que los batallones romanos, reducidos á cesar su fuego, se refugian apresuradamente en los edificios vecinos.

Entonces nuestros trabajadores restablecen prontamente el puente por medio de vigas y de faginas; y tres compañías de infantería lo atraviesan y se forman en la opuesta orilla, dispuestas á rechazar cualquier ataque. Tales fueron los resultados de esta jornada tan gloriosa para nuestros soldados, si se consideran los grandes obstáculos que debieron vencer.

Las tropas romanas habian acumulado en los puntos tomados por las nuestras todos los medios de la mas encarnizada resistencia; y probaron que tenian el corazon y el valor del soldado; sus pérdidas comparadas con las del ejército frances fueron considerables: el cuerpo del coronel Melaza quedó destruido; el del coronel Manaza reducido á la mitad; el general Garibaldi, perdió ademas de la flor de su estado mayor, á los

oficiales mas distinguidos de su ejército, entre otros á Marochetti, Daverio, Bixio, Mameli, Macina, Maniego gefe de su caballería, y á Dandolo, jóven de una distincion igual á su elevado nacimiento... El valiente coronel Melaza, gravemente herido desde el principio de la accion, debia en breve seguir á sus compañeros de armas al sepulcro que les abriera la revolucion.

Mientras que una parte de las tropas romanas entraban en la ciudad, despues de haber perdido las líneas que estaban encargadas de defender, las restantes acampaban en la villa Borghese bajo la proteccion de los cañones colocados en batería en el Pincio (*).

El combate habia terminado, y solo algunos tiros aislados turbaban de tiempo en tiempo el silencio de la noche, cuando los triumviros ocultando la estension de sus pérdidas que evaluaban solamente en cien muertos y ciento cincuenta heridos, dirigieron á los Romanos la estraña proclama siguiente:

« Valientes soldados: hoy habeis sostenido el nombre romano y el honor de la Italia en una lucha de catorce horas; vosotros, bisoños todos en el arte de la guerra, habeis eclipsado el aguerrido valor de soldados curtidos al fuego.

(*) El *Monte Pincio* no se cuenta en el número de las siete colinas de Roma. En su orígen se le dió el nombre de *Collis Hortorum* por tener en él sus jardines Salustio, Luculo, y Domicio. Hasta principios del presente siglo, la parte donde se halla actualmente el hermoso paseo llamado del Pincio estaba cubierto de viñedos. En aquella época, durante la dominacion francesa en Roma, se pensó en la formacion de un paseo público cuya ejecucion se encargó al arquitecto Valadier; empero mientras se ocupaba en llevarlo á cabo, volvió á entrar aquella capital bajo el legítimo gobierno del Pontífice. Pio VII dispuso que prosiguieran los trabajos comenzados y que se terminaran con la magnificencia digna de Roma y bajo la misma direccion de Valadier. Agradable y sorprendente por demás es la vista de semejante paseo. Desde la plaza del pueblo que está al pié del Pincio, forman un conjunto delicioso las de-

»A pesar de haber sido sorprendidos por la traicion, y la violacion infame de una promesa sagrada y firmada, habeis reconquistado palmo á palmo el terreno de que un enemigo, desconocedor de las leyes de la guerra, os despojara por un momento. Habeis rechazado y puesto en derrota las tropas que la Europa creia las mas valerosas, y habeis marchado á la muerte como se va á una fiesta, á un triunfo.

»¿Qué podremos hacer que esté á la altura de vuestro valor, sino invocar el poder del Altísimo sobre vosotros, unidos á él para bendeciros en nombre de la Italia, á vosotros, los guardianes de las glorias de nuestros abuelos, y darle gracias porque nos ha permitido ver en este dia los grandes y maravillosos hechos de que sois capaces?

»Romanos, debemos decirlo: la jornada de hoy ha sido una jornada de héroes, una de las mas bellas de la historia. Os habíamos dicho: sed grandes; y vuestros actos nos han contestado: Lo somos.»

El cargo dirigido al general en gefe de haber atacado la ciudad antes de espirar el plazo convenido, carece de todo fundamento; pues el duque de Reggio no empezó su movimiento

coraciones arquitectónicas, las estatuas, las columnas rostrales y los bajos relieves, entre el verde de los frondosos árboles y los variados arbustos. Desde la gran esplanada terraplenada de este paseo dividida en vastas plazas, se divisa cuasi toda la ciudad y sus cercanías. Estas plazas están lo mismo que las espaciosas avenidas plantadas de frondosos árboles. Hay trozos de terreno cultivados para jardines y otros forman pintorescos bosquecillos. En el paraje mas elevado del Pincio hay una casita de caprichosa arquitectura debida al mencionado Valadier, y cerca de ella se levanta un obelisco egipcio procedente de los jardines Variani, que fué colocado allí en 1822. En aquel sitio es donde los republicanos romanos establecieron la batería de que habla el autor de esta obra, la cual defendia aquella parte y especialmente la puerta llamada del Pueblo á cuya entrada se halla la gran plaza del mismo nombre.

(Nota del Traductor.)

contra la *villa* Pamfili, hasta despues de haberlo participado á las avanzadas romanas, y no mandó disparar contra la plaza hasta el martes, siendo así que el dia 3 solo contestó con un solo cañonazo al fuego de las murallas que ametrallaba nuestras colunas. De todos modos, esta jornada se distinguió por muchas y brillantes acciones; refiramos algunas: un individuo llamado Bracier, soldado en la quinta compañía del segundo batallon del 66.º de línea, se encuentra rodeado entre unos paredones al recobrar los romanos la *villa* Pamfili. «Ríndete, le gritan. —*No seré tan bestia!* contesta, y uno despues de otro apuró sus cartuchos en número de ocho ó diez; vacía su cartuchera, sentóse en una piedra, sacó su pipa, su eslabon, y con la mayor tranquilidad se disponia á encenderla, cuando los romanos se precipitan sobre él, le derriban y le dicen: «Grita viva la república romana y estás salvado! —Viva la Francia! esclamó Bracier; al oir esto los romanos iban á descargar contra él el golpe de muerte, mas un oficial le salvó, diciendo: —No le mateis! es un valiente. —Todos somos así en mi pais, replicó Bracier.

Un corneta que tocaba el paso de carga cae gravemente herido; un tambor le reemplaza y sufre la misma suerte; preséntase otro, mas en el mismo instante una bala destroza el parche de su caja; sin desconcertarse la vuelve y continúa tocando; veinte pasos mas allá, recibe una bala en el brazo derecho; entonces pasa su caja al lado opuesto, y toca con la mano izquierda: el tambor fué condecorado con la cruz de honor.

Fieles á las gloriosas tradiciones de su historia, los franceses al empezar una guerra escepcional, deseaban mas que apoderarse de Roma, librarla de los elementos revolucionarios que la tenian en un estado de deplorable opresion: su intencion era vencer primeramente por la fuerza de las armas y entregar luego por la generosidad de la fuerza la ciudad in-

tacta á su legítimo soberano. Queriendo evitar los rigores de la devastacion y de la matanza, el problema era de una solucion mucho mas difícil, pues exigia de parte del general en gefe, circunspeccion y sagacidad en los designios, prontitud y sangre fria en la ejecucion. Así lo habia comprendido el duque de Reggio el dia en que aceptó una de las mas graves y difíciles misiones que se encargaron jamás á un general de ejército, y por esto fué que resolvió atacar la plaza con el sistema de trabajos de sitio, cuya marcha metódica y progresiva nada puede detener, y que al paso que hace insignificantes las pérdidas del sitiador, debilita constantemente las fuerzas del sitiado.

Conforme al plan establecido, todo se hallaba pronto el dia 4 para empezar los trabajos preliminares. Aquel dia, mil doscientos trabajadores, protegidos por dos batallones, se forman silenciosamente delante de una casa, conocida por nuestros soldados con el nombre de casa *de las seis persianas verdes*, y situada como á trescientos metros del muro que rodeaba la ciudad.

El silencio de la noche solo era interrumpido por las descargas hechas sin direccion por la artillería de la plaza, cuando de repente y á una señal convenida, los mil doscientos trabajadores destinados para abrir la trinchera, se lanzan hácia adelante, llegan á las líneas trazadas por los ingenieros, á trescientos metros de la plaza, y empiezan sus trabajos, mientras que para ocupar la atencion del enemigo, el general en gefe manda practicar dos falsos ataques, uno á la *villa* Pamfili y el otro mas allá del Ponte-Molle. Al asomar el dia los trabajadores se hallaban ya á cubierto.

La abertura de la trinchera es una de las mas atrevidas acciones del sitio de Roma, pues segun las reglas del arte, se abre ordinariamente aquella á seiscientos metros de la plaza amenazada.

Las posiciones perdidas eran incesantemente la mira de los sitiados, y como no ignoraban que en ellas estaba la llave de la ciudad, no omitian esfuerzo alguno para recobrarlas; para ello intentaron inútilmente dos salidas durante la noche del 5, mas en ambas fueron rechazados.

El ejército sitiador supo aquel mismo dia con viva satisfaccion la llegada á Civitavecchia de una gabarra llevando cuatro piezas de 24, dos obuses de 22 centímetros y cuatro morteros; pues este refuerzo era tanto mas indispensable, en cuanto para suplir la falta del material, compuesto hasta entonces de seis piezas de batir, habíanse pedido á la marina cuatro cañones de á 30.

Una nueva salida, intentada en la noche del 6 no produjo para los sitiados otro efecto que la pérdida de 775 hombres dejados muertos al pié de las murallas de su ciudad, y 25 lombardos hechos prisioneros.

El dia 7 el general Oudinot, recibió las visitas del coronel Buenaga, gefe de estado mayor del ejército español, del coronel Agostino y del teniente coronel Nunziante, ayudante de campo del rey de las Dos Sicilias, oficiales que en nombre de sus gobiernos venian á ofrecer al general en gefe de las tropas francesas la cooperacion de las suyas respectivas.

El general les recibió cortesmente, pero fiel á la regla de conducta que habia adoptado, rehusó su ausilio, motivando su negativa con las siguientes palabras que la historia debe trasmitir á la posteridad.

«Señores: dijo con la franqueza del soldado, voy á esponeros, como yo lo comprendo, la respectiva situacion de los ejércitos católicos reunidos en este momento en el territorio del gobierno pontificio.

» A la Francia, á la hija primogénita de la Iglesia correspondia tomar la iniciativa del restablecimiento en Roma de la autoridad temporal del Papa, tan íntimamente unida con la

autoridad espiritual; con este objeto desembarcó en Civitavecchia un cuerpo espedicionario, mas la situacion política de la Francia y la forma de su gobierno, le imponian ciertos deberes complexos y especiales.

» Las instituciones liberales que la rigen, le prescriben oponerse á las reacciones absolutistas, y bajo este concepto los gobiernos austríaco, español y napolitano, se hallan en condiciones muy distintas de la nuestra, distincion que fué desde un principio establecida por la primera proclama fechada en Civitavecchia, pero redactada en Paris por el mismo gobierno.

» Las disposiciones de mi pais respecto del Santo Padre y sus simpatías por el verdadero pueblo romano, unidas á las noticias que de todas partes me llegaban, hicieron que apresurase mi marcha hácia la ciudad Santa, y practiqué un fuerte reconocimiento sobre Roma, mas como mediador que como enemigo, y con el arma al brazo, por decirlo asi: sin embargo no tardé en poseer la prueba de que se desconocian nuestras intenciones, y la jornada del 30 de abril, cuyo resultado conoce todo el mundo y de la que pueden gloriarse las armas francesas, me obligó á retirarme á Palo, y aunque esperaba ser atacado en mi retirada en campo abierto, ni un solo destacamento del ejército romano, á pesar de haber tardado cinco dias en efectuarla, se atrevió á molestar nuestra marcha. Entonces hice á mi gobierno una relacion conforme á la mas exacta verdad y le manifesté que estando los pueblos bajo el imperio del terror, no debíamos confiar en su ausilio, y que necesitaba refuerzos, en municiones sobre todo, para emprender el sitio de la ciudad. Con gran satisfaccion por mi parte debo hacer á mi gobierno la justicia de decir que me envió fuerzas superiores á las que me eran rigurosamente indispensables; luego de su llegada, tomé de nuevo la iníciativa del ataque, y entonces fué cuando M. de Lesseps llegó de París con una mision diplo-

mática; lo que me han hecho sufrir las dudas, dilaciones y subterfugios, tan poco en armonía con los hábitos militares, solo Dios y yo lo sabemos; vosotros me comprenderéis, señores, cuando os diga que mi carácter de soldado fué puesto á una ruda prueba.

» Debia á mis subordinados el ejemplo de la paciencia y se lo dí, hasta el momento en que M. de Lesseps presentó á mi firma un tratado injurioso para el honor de nuestras armas y para el honor de la Francia.

» Mi rompimiento con M. de Lesseps debia ser como lo fué, público y ruidoso: el modo como aquel diplomático cumplió su mision es ya conocido y apreciado, y con placer lo digo, lo fué desde un principio por el presidente de la República francesa y su gabinete. M. de Lesseps fué llamado á París en el mismo momento en que le prohibia la entrada en el campamento; devolviéronseme los plenos poderes de un general en gefe, y desde entonces he dado á las operaciones de guerra un impulso conveniente para poner fin á la empresa.

» Despues de muchos y vigorosos combates nuestras tropas se han apoderado de todas las posiciones esteriores y actualmente son dueñas del Ponte-Molle en el alto Tíber, lo mismo que de las comunicaciones de Florencia y de Ancona. Se ha establecido una barca frente la basílica de San Pablo y hemos construido un puente de barcas en el bajo Tíber; mi caballería recorre toda la llanura que se estiende entre Roma, Frascati y Albano: hemos abierto ya nuestra primera paralela á trescientos metros de las murallas, y quedan montadas nuestras baterías. Dentro de algunos dias serémos dueños de Roma, y si las disposiciones que he tomado retardan el triunfo, evitarán al menos á la ciudad eterna los horrores de la guerra.

» Ahora bien! Cuando una gran nacion como la Francia ha realizado tales cosas, cuando ha hecho sacrificios y gastos tan enormes, cuando ha sufrido una ofensa, necesita una repara-

cion brillante, y debe obtenerla sin participacion alguna ausiliar, sin socorro alguno estrangero. No, en las actuales circunstancias la Francia no puede permitir que nacion alguna le arrebate la gloria que esclusivamente le pertenece y que no puede dejar de obtener; cualquier ejército que en este momento se adelantase hácia Roma, solo podria hacerlo como nuestro amigo, ó como nuestro enemigo, para ausiliar á los sitiados ó á los sitiadores, y no nos es dable aceptar ninguna de estas combinaciones. Entrarémos en Roma sin el ausilio de los ejércitos coligados, en cuyas buenas intenciones creo firmemente; pero en el caso de que no suspendiesen inmediatamente la marcha, el ejército francés se dirigiria á su encuentro sin pérdida de momento y no vacilaria en tratarles como enemigos.

» Ignoro los acontecimientos que pueden producirse en el órden político y social de la Europa, é ignoro tambien el partido definitivo que tomará la Francia en las complicaciones que serán consecuencia de la rendicion de Roma; mas en el dia, mi deber está trazado, y mi país manifestará desde la ciudad santa sus últimas resoluciones sobre el porvenir de los Estados pontificios.

» Para no herir la justa susceptibilidad de los ejércitos napolitano y español, voy á leeros la carta que sobre el mismo asunto escribí al general en gefe de las tropas austríacas que se encuentran en los Estados romanos.»

El general Oudinot lee rápidamente la carta que insertamos en su lugar, y continua:

« Señores:

« Ignoro si semejante lenguage es enteramente diplomático en la forma, mas es la espresion de una voluntad decidida, y tengo el orgullo de creer que merecerá vuestro asentimiento y el de vuestros respectivos soberanos.»

El coronel Buenaga y el teniente coronel Nunziante contestaron que ni sus gobiernos ni los generales, cuyos delegados eran, abrigaban la pretension de imponer su cooperacion á la Francia; añadieron que su mision tenia por principal objeto emplear todos los medios para consolidar la armonía que reinaba entre los respectivos Estados, y finalmente declararon que para conformarse con los deseos de la Francia, concentrarian sus operaciones en el radio de sus actuales acantonamientos.

El coronel Agostino hizo observar ademas, que para poner sus fronteras á cubierto de la invasion de las tropas de Garibaldi, el rey de las Dos Sicilias habia tomado posiciones, cuya ocupacion exigian la prudencia y el deseo de mantener el órden social.

Despues de una larga conversacion, el general Oudinot dijo que tendria una satisfaccion en ofrecer todas las comodidades y obsequios posibles á los oficiales napolitanos y españoles, que en interes de la ciencia militar, quisiesen enterarse de las operaciones del sitio; finalmente la entrevista terminó con un almuerzo, durante el cual los militares de los tres ejércitos beligerantes diéran pruebas de mutua estimacion.

El coronel Buenaga habia entregado al general Oudinot una carta del general en gefe del ejército español, en la que el general Córdova, en términos dignos de su elevado corazon y de su hermoso nombre de soldado, ofrecia su cooperacion á la Francia; el duque de Reggio suplicó al coronel Buenaga que le llevase su contestacion escrita, la que estaba dictada por el mismo espíritu que la dirigida anteriormente al general en gefe de las tropas austríacas. [1]

La division española, mandada por el general D. Fernando de Córdova, se habia presentado á la vista de Gaeta en la no-

[1] Véanse los documentos históricos n.º 15.

che del 27 de mayo; parte del estado mayor desembarcó inmediatamente, pero el resto del ejército no saltó en tierra hasta el amanecer del siguiente dia. La llegada de las tropas españolas, causó en el Sumo Pontífice una sensacion de gratitud y de gozo. Pio IX recibió á su general en gefe con todas las consideraciones debidas al noble carácter de tan distinguido militar, y las demostraciones de su afecto, recayeron en el ejército entero, cuando aquella misma tarde se presentaron las tropas en la plaza en colunas cerradas por batallones, á fin de ser pasadas en revista por el Santo Padre. El augusto Pontífice recorrió toda la línea en su frente de batalla, recogiendo á su paso los transportes de un profundo y religioso entusiasmo; el rey de las Dos Sicilias, rodeado de su familia real y de todas las personas de su corte, los cardenales, príncipes de la Iglesia y un gran número de prelados, acompañaban al Papa. La magnificencia del cielo, la tranquilidad del mar, cuyo horizonte coloraban algunas nubes de púrpura y oro, el entusiasmo que en todos los rostros brillaba, daban á este espectáculo un carácter imponente y solemne. De repente dejóse oir el cañon de los fuertes, contestando al de los buques católicos anclados en el puerto; las tropas doblaron la rodilla, y Pio IX el único que se hallaba en pié, elevó sus manos y bendijo las banderas españolas, representadas á sus piés por la bandera de Castilla, que por un insigne privilegio, lleva el regimiento del Rey, primero de línea.

Dos dias despues, el rey de las Dos Sicilias quiso revistar tambien á su vez el ejército del general Córdova, con motivo de sus dias; la division española maniobró en presencia de Fernando II con una precision admirable; el aspecto general de los soldados era escelente, su instruccion brillante y su disciplina digna de la nacion que representaban en una tierra estranjera.

El rey de las Dos Sicilias que lleva hasta la pasion la aficion á

las armas, y cuyo ejército es uno de los mas brillantes de Europa, visitaba cada tarde el campamento español, informándose con interés de todos los detalles de organizacion y de equipo de las tropas que la componian, sin dejar pasar la menor ocasion de manifestar su aprecio al general en gefe, digno de sus reales atenciones así por su elevado nacimiento como por sus calidades personales, que le hacen uno de los generales mas distinguidos de España.

Descendiente del gran capitan Gonzalo de Córdova, D. Fernando de Córdova une al valor personal que caracteriza á los soldados españoles, el rápido golpe de vista, la sangre fria y la fuerza de voluntad que constituyen los hombres de mando; de un carácter conciliador y firme á la vez, avezado desde su primera juventud á las exigencias de la disciplina militar; suavizando con la justicia los rigores de la severidad; estimado y adorado por sus compañeros de armas, el general Córdova era, bajo todos conceptos, digno de representar á la noble España en la obra de la restauracion pontificia.

El dia 3 de junio, el ejército español que pocos dias despues se compuso de nueve mil hombres de todas armas, levantó su campamento de Gaeta y marchó hácia Fondi; el dia 4, entró sin disparar un tiro en Terracina y adelantó sus avanzadas hasta Velletri, donde el general Córdova no tardó en establecer su cuartel general para esperar los acontecimientos.

Los trabajos del sitio de Roma adelantaban rápidamente, bajo la direccion especial del general Vaillant, uno de los hombres mas distinguidos con que cuenta en Europa el arma de ingenieros.

Los dias 6 y 7 se emplearon en montar baterías para combatir los cañones del enemigo, parapetado de un modo formidable en las murallas de la ciudad y en el monte Testaccio.

Por su parte los gefes de la república romana redoblaban su energía, publican proclamas sobre proclamas, y nada omi-

E Bueno sc.

EL GENERAL, FERNANDO FERNANDEZ DE CORDOVA.

ten para inflamar el valor de los combatientes y aumentar los medios de resistencia; las prensas de la ciudad gimen bajo el contínuo peso de su elocuencia; los bandos en forma de exortaciones se suceden continuamente; uno escita á las mugeres á no temer las bombas y las balas que, segun dicen los triumviros, *solo son peligrosas para las piedras;* otro promete á los valientes medallas de oro, de plata ó de cobre, de un valor proporcionado á los actos de abnegacion; este, manda bajo severas penas á los débiles y á los cobardes que no quieran servirse de sus armas, que las entreguen á manos mas seguras; aquel impone á todos los ciudadanos sin distincion de edad, de sexo y de condicion, el deber de trabajar en las fortificaciones y en las barricadas: «Las delicadas, blancas y perfumadas manos, dicen los triumviros, que se convierten en negras y callosas manejando el azadon y la pala, son tan honrosas como las cicatrices alcanzadas en el campo de batalla.» Muchas señoras romanas, pertenecientes á la clase media, contestan á tan incesantes llamamientos, y mientras las unas se consagran al servicio de los heridos que llenan los hospitales ordinarios y los de sangre, las demás confeccionan cartuchos. No tardó la coquetería en sacar su provecho de tales ejercicios, enteramente opuestos á la naturaleza y costumbres de la muger, y cada dia se dirigen á los lugares que les están destinados vestidas como para un baile, con manga corta y descubierta la garganta y las espaldas; allí sus manos, acostumbradas á jugar con cintas y flores, fabrican cartuchos, se ensucian con la pólvora, y entonando cánticos guerreros, olvidan la mision de amor y de paz que Dios les ha confiado en la tierra.

CAPÍTULO VII.

La fiesta del Corpus. — Parada religiosa. — Operaciones militares. — Intimacion á los romanos. — Es rechazada. — Proclamas de las autoridades romanas. — Continuacion de las hostilidades. — Combates. — Espedicion de Porto d' Anzio. — Brillantes combates y hechos diversos. — Salida de las Camisas. — Jornada del 13 de junio en París. — Llegada de M. Corcelles al campamento. — Posicion estratégica del ejército. — Accion del 21 de junio. — Bombardeo. — Actitud hostil del agente consular inglés. — Manejos hostiles á la Francia — Sangre fria del príncipe de Ligne. — Espedicion de Tívoli.

Estaba escrito que la revolucion de Roma, semejante al caos, encerraria en increible confusion los elementos todos escepto los del bien. Los hombres que habian despojado al Sumo Pontífice de su poder temporal, quisieron ocupar tambien sus prerogativas espirituales, y el dia 6 de junio, los sumos sacerdotes de la demagogia que ceñian la tiara sin deponer la espada, decretaron del modo siguiente la celebracion de la fiesta del *Corpus*.

«Romanos!

»Mañana es el dia consagrado para honrar la hostia de *paz y de amor;* la corte romana lo celebraba con solemne pompa y una grande demostracion de lujo. La guerra encendida al pié de nuestros muros impide el cumplimiento de tan religioso acto: *el pueblo conoce y condena á los que son causa de*

ella; sin embargo el acto de la religion no debe omitirse, y por lo tanto, todos los párrocos y todos los capítulos lo celebrarán en el interior de sus iglesias. Las humildes preces de los cristianos, elevándose sin fausto hácia el cielo, serán mas eficaces así para la espiacion de los pecados, como para conseguir un ausilio para el pueblo piadoso que confia en el Dios que bendice y defiende la causa de los oprimidos.»

Este documento edificante bajo el punto de vista revolucionario y firmado por el ministro del Interior, contenia un ataque indirecto contra la augusta persona de Pio IX; el odio y la hipocresía eran el viril de la hostia de paz y de amor, mas á pesar de todo, los fieles mas ó menos concienzudos de la revuelta, celebraron la fiesta recomendada á su devocion. Los lombardos se hicieron notables entre todos por su recogimiento, siendo los mas valientes defensores de Roma, los que dieron el ejemplo de la piedad: la fe es siempre la compañera del valor, y así lo probaban los lombardos desde el principio del sitio. Aquellos animosos jóvenes fueron los primeros en protestar contra las antireligiosas saturnales de Ciceruacchio, y consagrados al sangriento sacrificio de una idea, marchaban á la muerte llevando en el pecho el signo de la redencion; un rosario servia de guarnicion á sus espadas, y la imágen de la vírgen de escarapela á sus sombreros. Los lombardos eran los vendeanos de la revolucion; el error político tiene tambien sus mártires.

Durante el día 8, los trabajadores franceses ensancharon la trinchera para facilitar las comunicaciones; abren dos ramales delante de la paralela y montan una batería de morteros para lanzar bombas al baluarte número 6; mientras que el valiente general Morris practicaba un fuerte reconocimiento de caballería por la orilla izquierda del Tíber, y conducia al campamento muchos convoyes cargados de materias combustibles y de provisiones de todas clases.

Aquel dia fué notable por un incidente que por poco cuesta la vida al duque de Reggio; el general en gefe acababa de salir de Villa Santucci, en compañía del general Vaillant, cuando vió á muchos soldados del 36.º de línea que amenazaban con la muerte á dos campesinos, quienes lloraban é imploraban su perdon en nombre de sus mugeres y de sus hijos. «¿Cuál es su crímen? preguntó el general Oudinot.— Conducian á los romanos dos carros cargados de faginas para cestonar sus barricadas, contestó un sargento de tiradores; y apenas habia dicho estas palabras cuando se oyó un cañonazo, y una bala se hundió en la tierra á los pies del general.» «Los enemigos han respetado mi vida sin quererlo, esclamó el duque de Reggio, nosotros seremos mas generosos.» Los dos campesinos no fueron fusilados, y entraron á tiempo en Roma para tomar su parte de una proclama que el general Avezzana acababa de dirigir á los romanos, documento que merece ser reproducido testualmente y por entero: decia así:

«SOLDADOS!

»Mientras llenaba en Ancona una peligrosa mision, vosotros habeis con prodigios de valor que han oscurecido las *acciones heróicas*, los *hechos homéricos de la antigüedad,* rechazado por cuarta vez á los enemigos de la república romana.

»Hollando la fe jurada sorprendieron por medio de un grito fraternal á algunos de vosotros, á quienes despues de tan negra traicion, enviaron á la tierra estrangera como un trofeo de su victoria; sin embargo, en vano esperaron el tiempo, pues vosotros, elegidos del Señor, para aniquilar el poder de los impíos y la verga de los dominadores, vengasteis las víctimas de la traicion y vencisteis al fuerte, impulsado al fratricidio.

»La encarnizada lucha que sostuvisteis el dia 3 de junio

durante diez y seis horas contra los soldados mas aguerridos de Europa, la carga á la bayoneta siete veces repetida contra espesos batallones, apoyados por una terrible artillería, os han granjeado la admiracion de la Europa, el reconocimiento de la patria y el amor de todos los hombres de corazon.

«SOLDADOS!

»La sangre que corre de vuestras heridas regenera la tierra, lavando los pecados de una generacion de manos débiles, de corazon estraviado.

»Dios ha desplegado su estandarte á la vista de las naciones, y ha reunido en Roma á los desterrados de Israel, ha juntado los restos de un pueblo, dispersos por las cuatro partes del mundo.

»Este estandarte ha sido confiado en vuestras manos; la Italia y la misma Francia lo recibirán de vosotros, consagrado por la sangre de los nuevos mártires.

»Símbolo de la justicia de que la tierra será objeto, el estandarte del reino de Dios debe suceder al de los déspotas.

»La presente lucha es la última entre el genio del bien y el del mal, y vosotros pondreis fin á la historia de las miserias humanas con la victoria de los pueblos y el triunfo de Dios.

»Semejante mision hace dignas de envidia vuestras heridas: orgullo de vuestras madres, honor de vuestras esposas, admiracion de vuestros descendientes, hijos queridos de la república, la historia de Roma os hará inmortales. Soldados: me siento feliz al encontrarme entre vosotros para compartir vuestros peligros y merecer vuestro amor. Continuad como hasta ahora y venceremos.»

Como ya hemos dicho Avezzana fué durante veinte y cinco años espendedor de cigarros en Nueva-York, y sin duda apren-

dió el místico lenguage de los antiguos puritanos de Cromwell.

El moderno metodista, publicó el dia siguiente una nueva órden del dia en que destruia en cierto modo el valor de la de la víspera: despues de renovar los mas enfáticos elogios del valor romano, concluye mandando lo siguiente á los gefes de los cuerpos:

«1.° Pasar lista tres veces al dia de los hombres que sirven á sus órdenes.

»2.° Dar parte del resultado de las listas al general en gefe.

»3.° Enviar patrullas mistas de cabos de los diferentes batallones, al mando de un oficial, para detener á los soldados que se encuentren recorriendo la ciudad sin permiso, y conducirlos á la plaza á fin de ser luego entregados á sus cuerpos respectivos.

»4.° El comandante de la plaza cuidará de que los oficiales de servicio no se alejen con frecuencia de sus cuerpos ni de noche ni de dia, y dará parte á los gefes superiores.»

Á pesar del estrecho bloqueo de la plaza y de los repetidos reconocimientos de la caballería francesa, los sitiados recibian de cuando en cuando refuerzos en hombres y provisiones; así fué como el general Arcioni, refugiado napolitano, logró deslizarse á través de las líneas de nuestro ejército é introducirse en la ciudad el dia 10, seguido de un cuerpo franco. Roma se convertia en la gran ratonera de la república italiana.

En la noche del 11, queriendo los romanos cortar las comunicaciones del ejército francés, lanzaron al rio una barca inflamada remolcando dos botes llenos de pólvora; mas la vigilancia de los marinos y de la guardia del puente amenazado, logró frustrar su proyecto, cayendo los brulotes en poder de nuestros soldados.

El dia anterior, un batallon del 13.° ligero que reforzaba una coluna, habia cortado en el Teverone los puentes Salara,

Nomentano y Mammolo (*); esta operacion, hábilmente ejecutada interceptó en aquel punto las comunicaciones de la plaza.

El dia 12, los romanos mandados por Garibaldi intentaron una salida; á las seis y media de la mañana, cinco ó seis mil hombres se precipitan con impetuosidad contra la *villa* Pamfili: las avanzadas francesas, débiles en número para resístir á tan imprevisto ataque, se retiran dando la señal de alarma. Los romanos continúan avanzando sin obstáculo hasta que de repente se hallan enfrente de nuestros batallones; rechazados vigorosamente á la bayoneta, repléganse hácia las trincheras con ánimo de destruirlas, y por fin se vieron obligados á vol-

(*) El rio vulgarmente llamado *Teverone* es el antiguo *Anio*, que tiene su nacimiento en los confines del reino de Nápoles. Separa la Sabina del Lacio: forma una cascada en el Tívoli y se echa en el Tíber en las inmediaciones del puente Salario. Tanto este puente como el Mammolo y Nomentano son de remota antigüedad. Están construidos sobre el *Teverone*. El Nomentano fué destruido por los Godos, vuelto á construir por Narsés y restaurado por Nicolás V. Llámanle hoy Lamentano, y al otro lado de este puente se halla el Monte Sacro, célebre por los recuerdos históricos de la Antigua Roma, cuando los plebeyos oprimidos por los nobles se retiraron y fortificaron en él, el año 259 de Roma, y posteriormente cuando de nuevo se refugió el pueblo á aquel mismo sitio á consecuencia de la muerte de Virginia el año 304. El otro puente por el cual se pasa el mismo rio siguiendo la via Tiburtina es el Mammolo cuyo nombre trae orígen de Mammea, madre de Alejandro Severo. Como los otros puentes construidos sobre aquel rio cerca de Roma, fué destruido por Totila y vuelto á construir por Narsés. El tercer puente es el Salario: igualmente como queda dicho, debió su reconstruccion á Narsés despues de la victoria conseguida sobre los Godos. En este puente 350 años antes de la era cristiana mató Manlio á un soldado Galo que le habia desafiado á luchar, para decidir cuál de las dos naciones era mas valiente en la guerra. Por esta accion que le hizo dueño del *Torques* ó collar de oro con el cual se adornaban los Galos, mereció Manlio el sobrenombre de Torquato, que transmitió á sus descendientes.

(Nota del Traductor.)

ver á la ciudad con una pérdida de hombres tal, que los triunviros solicitan y obtienen una tregua de algunas horas para dar sepultura á sus muertos.

Inspirado por un sentimiento de humanidad, el general Oudinot aprovecha el armisticio para dirigir á las autoridades y habitantes de Roma una última intimacion. «Seis baterías están prontas á abrir sus fuegos. El número y el valor de los sitiados deben ceder ante la ciencia y el valor de los sitiadores. Solo los sitiados serán responsables de las consecuencias de la lucha, si no someten su razon á estos generosos consejos.»

El duque de Reggio anunció en estos términos al presidente de la Asamblea romana, su suprema resolucion: «Como no ignorais, los acontecimientos de la guerra han conducido al ejército francés á las puertas de Roma, y en el caso de que continúe cerrada para nosotros la entrada de la ciudad, me veré obligado á emplear para penetrar en ella todos los medios de accion que la Francia ha puesto á mi disposicion.

»Antes de recurrir á tal estremo, considero de mi deber dirigirme por última vez á unas poblaciones que no pueden abrigar hácia la Francia sentimientos hostiles.

»Es indudable que la Asamblea romana querrá como yo, evitar á la capital del mundo cristiano calamidades, y en esta conviccion os ruego, señor presidente, que os digneis dar al presente documento la mas pronta publicidad.

»Si transcurridas doce horas despues de recibida esta comunicacion, no he recibido una contestacion conforme con las intenciones y con el honor de la Francia, me consideraré obligado á atacar la plaza á viva fuerza.»

Esta intimacion, comunicada á los miembros de la Asamblea constituyente, fué discutida en una sesion nocturna, en la que se pronunciaron los mas violentos discursos contra la Francia; el pensamiento del general, mal interpretado, es

considerado como un indicio de impotencia, y su comunicacion, desgarrada por manos revolucionarias, es entregada á las llamas en medio de la plaza pública.

Finalmente, la Asamblea resolvió rechazar las proposiciones que se le hacian, y á las seis de la mañana contestó al general Oudinot, que habiendo en 31 de mayo celebrado un tratado con M. de Lesseps, ministro plenipotenciario de la república francesa, la república romana lo considera como obligatorio por ambas partes: añadia tambien que mientras se espera la resolucion del gobierno francés acerca de dicho tratado, mirará las hostilidades del ejército espedicionario como una violacion del derecho de gentes, y terminaba diciendo que el pueblo romano estaba decidido á mantener el tratado del 31 de mayo, pero que rechazará toda injusta agresion si se ve obligado á ello por necesidad de la defensa. [1] Los triumviros encargados de trasmitir al general la contestacion de la Asamblea constituyente, la acompañaron con la siguiente carta:

«Señor general,

»Tenemos el honor de remitiros la contestacion de la Asamblea á vuestra comunicacion del 12. Jamás haremos traicion á nuestras promesas: hemos prometido defender, ejecutando las órdenes de la Asamblea romana, la bandera de la república, el honor del pais, y la santidad de la capital del mundo cristiano, y lo cumpliremos.»

La comision de barricadas que habia pasado parte de la noche esperando una decision, que no podia ser dudosa por un instante, se apresuró á manifestarla á los romanos por medio de esta proclama incendiaria:

[1] Véanse los documentos históricos, n.° 16.

«Pueblo:

»En contestacion á las nuevas comunicaciones del general Oudinot, la Asamblea, el triumvirato, el general de la guardia nacional Sturbinetti y el general en gefe Roselli, han hecho oir la antigua divisa: *Roma no se envilece! bombardead!*

»Pueblo:

»Ha llegado la hora en que tu Roma sea bautizada como capital de la Italia; así lo profetizó Napoleon y su sobrino lo cumple dignamente. . . . . .

. . . . . .

»Nosotros que para salvar la capital de la Italia, *hemos con el corazon alegre, incendiado y destruido las villas y casas de campo que rodeaban la ciudad*, ¿verémos con menos tranquilidad las ruinas, menos considerables, que producirán las bombas cristianísimas? . . . . . .

. . . . . .

»Los valientes (y estos son muchos), que sienten en su pecho el valor y el deseo de dar muerte á los enemigos, deben estar dispuestos para servirse de sus fusiles, pero por caridad, *per carità*, no se dejen llevar por la impaciencia; esperen que el enemigo esté cerca para que el tiro que disparen le impida la fuga. Cuando haya abierto la brecha, dejémosle subir en masa al asalto, y luego, que todos hagan su deber: ¡la metralla, el arma de fuego y la pica!

»Ocúltense los que tengan miedo, que son indudablemente el menor número; luego nos ayudarán á cantar la victoria.»

Apenas se habia fijado en todas las esquinas de la ciudad tan inmensa proclama, cuando se dejaron oir espantosas detonaciones; las baterías francesas acababan de abrir su fuego.

En pocas horas quedan reducidos al silencio los cañones de las murallas y no pocos son desmontados, y entonces los generales Garibaldi y Arcioni, colocándose al frente del batallon universitario y del cuerpo polaco, intentan una salida para destruir los trabajos de sitio.

Esta coluna se precipita contra la media luna del frente 6 y 7, donde el valiente gefe de Estado Mayor de ingenieros, el coronel Niel, manda á los trabajadores y á dos compañías del 36.º de línea; sorprendidos los franceses por tan repentino ataque, no se desconciertan, aunque inferiores en número, y trábase en la trinchera una lucha cuerpo á cuerpo, siendo tal el furor con que por ambas partes se combate, que faltando las municiones, empléanse piedras á guisa de armas. El vigor de la defensa corresponde á la audacia del ataque, hasta que por fin, despues de un combate de treinta y cinco minutos, los romanos se retiran en desórden, abandonando en la trinchera los cadáveres de muchos oficiales distinguidos y de un gran número de soldados. Cremonini, Giordani y el mayor Pannizzi, comandante del 2.º batallon del regimiento de la Union, quedaron entre los muertos. Durante la noche del 13 al 14 dióse tal impulso á los trabajos de ataque, que la trinchera llegó á sesenta metros del muro, é inmediatamente se empieza á abrir en ella una plaza de armas. Al anochecer, un batallon romano, compuesto de seiscientos hombres sale por la puerta del Pueblo con el mas profundo silencio, esperando sorprender la compañía de infantería que custodia la orilla izquierda del Tíber, delante del Puente Molle, pero detenido en su marcha se ve obligado á refugiarse en las casas vecinas, que no tardó en abandonar para volver en desórden á la plaza.

Allí donde los republicanos se presentan en busca de la victoria que les prometen los pomposos discursos de sus gefes, encuentran solo la derrota ó la muerte.

El general en gefe habia adquirido la certeza desde hacia algunos dias, de que el enemigo se proveia de la mayor parte de sus proyectiles en una fundicion establecida en Porto-d' Anzio, puerto de mar defendido por un fuerte entre Fiumicino y Terracina, y resuelto á privar á los romanos de semejante recurso, dió órden al capitan de Estado Mayor Castelnau, de embarcarse en la fragata de vapor *Magallanes* y de destruir dicha fundicion. Aquel oficial, comandante superior de Fiumicino, se embarcó con un destacamento de veinte y cinco infantes, debiendo apoyar su operacion en caso necesario una compañía de marinería de línea de la fragata, con dos obuses de desembarco.

El capitan partió de Fiumicino el 12, y el 13 llegó la fragata á la vista de Porto-d' Anzio, enarbolando inmediatamente el fuerte el pabellon con los colores de la república romana. El capitan Lugeol, comandante del *Magallanes*, ancló á medio tiro de cañon de la orilla, y mandó cargar las piezas, mientras que el capitan Castelnau deseoso de cumplir cuanto antes la mision que se le habia confiado, se dirigió solo á tierra en un bote de la fragata, marchando inmediatamente hácia la fábrica que debe destruir.

Los informes del general en gefe no podian ser mas exactos: aquella importante fundicion proveia los arsenales de los sitiados, como lo probaba la considerable cantidad de proyectiles de todo calibre que llenaban los patios y talleres; el capitan Castelnau mandó comparecer al gefe del establecimiento y le dijo: «Caballero, sois belga, sois de un pais aliado de la Francia, y sin embargo habeis puesto vuestra industria al servicio de una nacion que está en guerra abierta con nosotros.

»—He debido humillarme ante la fuerza, contestó el director; muchas veces los agentes de la república romana han venido á obligarme, amenazándome con sus pistolas, á que

fundiese y espidiese para Roma los proyectiles de que tenian necesidad.

»— Lo siento por vos, replicó el capitan, pero tengo que cumplir mis órdenes y vos me ayudereis á ello.

»— De muy buena gana, capitan: ¿y cuáles son?

»— Vais á destruir inmediatamente todos esos aparatos.

»— Lo que exigis es mi ruina, caballero; esclamó el fabricante palideciendo; jamás consentiré en lo que me pedis.

»— ¿Rehusais?

»— Sí.

»— Pues bien, añadió el capitan estendiendo la mano en la direccion de la fragata, el incendio de vuestra fábrica y del pueblo entero será la consecuencia de vuestra obstinacion.»

Estas palabras eran terminantes, y espantado el director, obedeció.

Entonces, mientras que el comandante de la fragata, prevenido del resultado de la espedicion, hizo lanzar sus botes al agua para transportar los proyectiles de que el capitan se habia apoderado, este se presenta al comandante del fuerte.

—¿Qué pretendeis, caballero? preguntóle el oficial romano.

—Rogaros que me entregueis ahora mismo todas las provisiones y municiones que encierra el fuerte que teneis el honor de mandar.

—Caballero, creo que no estais en vos; esclamó riendo el comandante: el sol de Roma ha turbado vuestras ideas; estais loco.

—La prueba de que tengo toda mi razon, es que confiando en vuestra lealtad, he venido solo á vuestro encuentro para rogaros me concedais lo que en caso necesario puedo exigir á la fuerza; y por segunda vez el capitan estendió su mano en la direccion del buque francés: «¡Hermosa fragata! murmuró entre dientes el gobernador del fuerte. —Muy hermosa, replicó el capitan Castelnau, y con mas razon lo di-

riais si viesis lo bien armada que se encuentra.» Las tres baterías del *Magallanes* estaban prontas á hacer fuego. Por fin el oficial romano habia comprendido su posicion, y entregó todas las provisiones del fuerte, exigiendo en cambio un recibo. « ¡Un recibo! esclamó riendo á su vez el capitan Castelnau; no estais en vos; caballero; el sol de Porto-d' Anzio ha turbado vuestras ideas; estais loco.

»—¿Yo loco?

»— Es claro, puesto que me pedis un recibo: comandante, nosotros somos soldados y nó comerciantes; hemos hecho una operacion de guerra y nó una transaccion mercantil.»

Á las cuatro, el capitan Castelnau volvió al *Magallanes* despues de haber enclavado cuatro cañones de á 36, echado al mar muchos proyectiles averiados y destruido la fundicion: además ocho barriles de pólvora, cinco cajas de cartuchos y de otros fuegos artificiales, ochocientas ó nuevecientas balas de todo calibre y cuatro mil kilógramos de metralla fueron los trofeos de esta espedicion ejecutada con tanta inteligencia como energía.

Bajo el punto de vista administrativo, el sitio de Roma habia presentado grandes dificultades que habian sido allanadas por la elevada inteligencia del intendente Paris y del subintendente Dutheil, hábilmente secundados por sus subordinados.

El ejército que constaba en un principio de siete mil hombres ó poco mas, se habia aumentado sucesivamente hasta contar veinte y cinco mil combatientes, y á pesar de que se hiciese con activa celeridad el transporte desde Marsella á Civitavecchia, de las provisiones necesarias para aquel aumento de efectivo, habia dias de penosa ansiedad para aquel sobre quien recaia el peso de responsabilidad tan enorme. Parécenos que se olvida con harta frecuencia, y el ejército el primero, que la administracion tiene en sus manos las probabilidades de triunfo ó de desgracia; quitad un dia de víveres á

un ejército, y rebajais su fuerza moral al nivel de una derrota. M. Giraud, oficial de las subsistencias militares, quedó encargado del servicio de las primeras colunas; su comision era muy grave, y fuéle precisa una incesante actividad para desempeñarla con honor. De paso diremos que no habia cesado de reinar entre la marina y el ejército de tierra la mas perfecta armonía, y que todos los cuerpos rivalizaban en valor y en amor á la patria.

Los arcones del tren y algunos convoyes civiles embargados por el intendente en gefe, no bastaban de mucho para el transporte de las provisiones, mas no tardó en subsanarse este inconconveniente, cubriéndose el Tíber de una infinidad de tartanas, remolcadas por un vapor á las órdenes de M. Olivieri, distinguido oficial de marina, y en poco tiempo la orilla de Santa Passera quedó atestada de toda clase de víveres, que se espedian rápidamente á todos los lados del campamento, á Santucci, Pamfili, *villa* Maffei y Monte-Mario. El pan se fabricaba en hornos hallados en Civitavecchia ó construidos á toda prisa, segun las necesidades y movimientos del ejército en Palo, Fiumicino, Castel di Guido y Santucci, desde donde se dirirgia á todos los puntos de concentracion de tropas; periódicamente se hacian embargos de vino y de ganado, reembolsando legalmente su valor á sus poseedores. En las inmediaciones de las trincheras habia bodegas bien provistas, que ofrecieron tambien grandes recursos, y si bien algunas no eran de fácil acceso por estar al alcance de los fuegos de las baterías enemigas, nuestros soldados arrostraban el peligro con rara intrepidez. Cierto dia un casco de granada rompió la puerta de una de dichas bodegas, en el momento en que algunos infantes se acercaban á ella: «Bien hecho, dijo uno de ellos, cubierto con el polvo que levantara el proyectil; de este modo no necesitaremos un zapador que la derribe.»

Nuestros soldados se hallaban entonces tan aguerridos, que

el peligro era para ellos cosa de juego, y llevaban el valor hasta la temeridad. Un individuo llamado Cury, perteneciente á la sesta compañía del segundo batallon del 66.º de línea oyó decir un dia á su capitan, desear unos soberbios frutos que pendian de un albaricoquero espuesto al fuego del enemigo, y le dijo: —Nada es mas fácil que satisfacer vuestro deseo, capitan. —No tanto, replicaron sus camaradas; pues el que se atreva á coger esos frutos puede muy bien hallar una *ciruela* en el albaricoquero.—*Como si la viese,* contestó Cury, y adelantándose á paso gimnástico á través de una lluvia de balas, subió al árbol, llenó su schako de albaricoques, y volvió diciendo: «Tomad, capitan, y vosotros tambien camaradas; para todos hay.»

Un Lionés, llamado Cadi, soldado en el 13.º ligero, recibió cierto dia una carta de su madre que contenia además de una medalla de Nuestra Señora de Fourvieres, escelentes consejos para un soldado y un cristiano, habiendo recibido el dia anterior una de su hermano, el cual, en su calidad socialista le aconsejaba lo contrario. Cadi solo escuchó los de su madre, y aquel mismo dia, hallándose con su batallon en Ponte-Molle, sabe que un oficial superior desea un hombre de buena voluntad para llenar la peligrosa mision de atravesar el Tíber á nado para comunicar algunas órdenes á una compañía de tiradores, comprometida en la opuesta orilla. Cadi se presenta al gefe, recibe sus instrucciones, atraviesa el rio en medio de una lluvia de balas, desempeña su comision, se echa al rio por segunda vez y se reune con su compañía. «Sois un valiente, le dijo el gefe; habeis arrostrado una muerte casi segura. —No lo ignoraba, contestó el soldado; mas tengo aquí en mi pecho un precioso talisman.» y mostró la santa medalla que su madre le habia enviado.

Los defensores de Roma quisieron romper á toda costa el círculo de hierro y de fuego que les estrechaba cada dia mas,

y para ello resolvieron apoderarse de las posiciones que les habian arrebatado los franceses frente de la puerta del Pueblo. En su consecuencia, el dia 15 de junio colocan en el monte Parioli algunas piezas de artillería, y bajo la proteccion de su fuego dirigen una fuerte coluna hácia el Ponte-Molle; las tres compañías que custodiaban la cabeza del puente se hallan de repente envueltas por mil quinientos hombres; trábase un vivo fuego de fusilería, que continuó sin resultado cierto durante una parte del dia, hasta el momento en que el general Guesviller se mezcló en la lucha con parte de la brigada Sauvan. El enemigo rechazado en toda la línea, apenas tuvo tiempo para refugiarse en la villa Borghese, dejando prisioneros en poder de los franceses á un ayudante de campo del general Roselli, á cinco oficiales y á cuarenta soldados, y abandonando á un centenar de muertos, entre los cuales se hallaba Padulak, herido de dos balazos en el pecho. Este hecho de armas procuró á los sitiados una entera libertad de accion en toda la parte septentrional del Tíber.

Dos dias despues de tan mortífera accion, al ser la hora en que los habitantes de Roma acostumbran á salir de sus casas para respirar la frescura de la noche, vióse recorrer las calles una fuerte coluna de tropas estrañamente vestidas: los soldados que la componian habian puesto encima de sus uniformes una larga camisa blanca, á cuyo medio empleado con frecuencia en Italia por los capitanes del siglo XVI, recurrieron para evitar el inconveniente en que tropezaban cada vez que emprendian una espedicion nocturna: el de disparar los unos contra otros. Esta coluna, compuesta en su mayor parte de polacos, atacó silenciosamente la trinchera, creyendo sorprender á los trabajadores, mas sorprendida á su vez y rechazada á bayonetazos, volvió á la plaza despues de esperimentar algunas pérdidas muy insignificantes. Nuestros soldados dieron á esta salida el nombre de *noche de la mascarada.*

Los trabajos de sitio adelantaban con rapidez; sin embargo el material de artillería no estaba en relacion numérica con la fuerza de las demás armas, ni con el sistema que se habia adoptado para apoderarse de la ciudad sin grande efusion de sangre. El gobierno francés comprendió la necesidad de llenar este vacío y enviaba sucesivamente nuevos refuerzos; en aquel entonces acababan de llegar al campamento una batería de á doce y una compañía de pontoneros.

Á pesar de este refuerzo, las piezas de batir disponibles solo eran en número de diez y seis, comprendiendo en este número cuatro morteros. Esta fuerza es la única que podia oponer el ataque á los tiros de ciento diez y nueve cañones de que dispone la defensa, pues si bien en el gran parque de Santa Passera se desembarcan nuevas piezas, la falta de cureñas paraliza en parte el curso de las operaciones. Durante este tiempo los ingenieros completan la fortificacion de Ponte-Molle.

El dia 17, el general Guesviller, cuyo valor se habia manifestado recientemente y que habia recibido un refuerzo de caballería, practicó un reconocimiento hasta el pié de la villa Borghese. En la noche siguiente los trabajadores terminaron la última paralela á sesenta metros del ángulo mas saliente, estableciendo en ella poco tiempo despues las baterías de brecha. Finalmente, una tartana esperada con gran impaciencia, llegó al anclage de San Pablo; desembarcaron á toda prisa las cureñas que traia, y tres baterías de brecha montadas durante la noche, abrieron sus fuegos á las diez de la mañana y lo continuaron hasta la noche sin que contestase la artillería de la plaza. En adelante nada se opondrá á la marcha progresiva de las operaciones.

En semejante estado de cosas, los gefes de la república romana esperaban cada dia con gran ansiedad noticias de Paris, pues admirablemente informados por ocultas correspondencias, sabian que un movimiento revolucionario preparado

en su favor hacia mucho tiempo, debia estallar en las primeras semanas del mes de junio. Las disposiciones estaban tan perfectamente tomadas, que el tiempo parecia infalible, y el triunfo era para ellos la retirada del ejército francés, el levantamiento del sitio de Roma, la vergüenza de la Francia, el triunfo de la demagogia europea representada en la ciudad eterna por la escoria de todos los exaltados que la Europa habia lanzado de su seno.

«Valor y constancia, escribian desde lo alto de la montaña los nuevos ciudadanos romanos de la Asamblea legislativa: resistíos con el vigor que distingue á los republicanos; el dia de la libertad se acerca. Prontitud y resolucion, contestaban los montañeses romanos; el valor francés no debe esperar.»

Finalmente, el dia 15 de junio propalóse por la ciudad la noticia de que el 13 habia estallado una revolucion en Paris; que las tropas habian hecho causa comun con los rebeldes, que la Asamblea habia sido disuelta, que se formaba causa al ministerio, que el príncipe Luis Napoleon habia sido encerrado en Vincennes, y Ledru-Rollin proclamado dictador del gobierno francés.

Esta voz circula con la rapidez del rayo; en todos los rostros brilla la alegría, fingida ó real; las campanas son echadas á vuelo, prepáranse las iluminaciones; los gefes y los crédulos se abrazan, el entusiasmo revolucionario llega á su colmo. ¡Efímera alegría! lejos de haber conseguido la victoria, la revolucion del 13 de junio, vencida otra vez en su foco, habia sido arrollada por los caballos del valiente general Changarnier, y Ledru-Rollin, sorprendido en medio de sus sueños de dictadura, se habia visto obligado á saltar por una ventana, y á buscar en Inglaterra el asilo de los proscritos, huyendo del castillo de Vincennes que preparaba para el príncipe Napoleon.

Mientras esto sucedia en Paris, llegó al cuartel general M. de

Corcelles, enviado estraordinario de Francia en reemplazo de M. de Lesseps.

El nuevo enviado de Francia, digno de representarla por la firmeza de su carácter, su patriotismo y sus religiosos sentimientos, habia salido de Paris el 6 de junio, despues de obtener todos los poderes necesarios para llenar la mas difícil mision que jamás se haya confiado al celo de un diplomático.

Sus últimas palabras al despedirse del gabinete que le investia de plenos poderes, fueron que nunca se asociaria á una política forzada, y que todos sus esfuerzos tenderian á conciliar la dignidad y los intereses de la Francia con el honor y los intereses de la Santa Sede. Con una sola mirada comprendió M. de Corcelles la cuestion romana del único modo bajo cuyo aspecto habia debido el gobierno considerarla mucho antes si queria resolverla.

Durante este tiempo, la irresistible marcha de los trabajos de sitio habia conducido al ejército francés al pié de las murallas de Roma.

La trinchera, apoyada por la izquierda en la *villa* Corsini, frente de San Pancracio, se estendia paralelamente á la muralla en una estension de mil á mil quinientos metros, hasta mas allá del ángulo saliente del Janículo, y la derecha se plegaba hácia el Tíber, á cierta distancia de la puerta Portese, situada no lejos del rio (*).

(*) La construccion de esta puerta, que se halla á 120 pasos fuera de la ciudad, se debe á los emperadores Arcadio y Honorio, cuando reedificaron los muros de Roma en 402, segun lo indicaba una inscripcion que se leia en dicha puerta. El nombre de Portese substituyó el antiguo de *Portuensés* que tenia, porque se salia por ella para ir al puerto de Roma. Cuando el Papa Urbano VIII ciñó de nuevas murallas el Transtiber en 1643 hizo construir la actual, que fué terminada durante el pontificado de Inocencio X. Entre la antigua y la moderna se hallaban los prados *Quincios*, que tomaron el nombre de su posesor Quincio Cincinato. (Nota del Traductor.)

Las tropas, formadas en escalones detrás de la trinchera á medio tiro de cañon de la plaza, se hallaban cubiertas por la subida del terreno. El cuartel del general Vaillant, comandante de los ingenieros, se hallaba en San Cárlos con tres baterías de artillería, tres compañías de zapadores y los depósitos de trinchera; el cuartel general permanecia en Santucci, por lo que toca á las oficinas, al tesoro, á las administraciones y á los hospitales; mas la parte activa del mismo se trasladaba siempre á la menor apariencia de accion al teatro presunto del combate, á fin de que el general en gefe pudiese dirigir el conjunto de las operaciones y trasladarse rápidamente allí donde juzgase necesaria su presencia.

El general Regnault de Saint-Jean-d'Angely tenia su cuartel en la *villa* Pamfili apoyando su reserva, y el centro de su division en la iglesia de San Pancracio y en la *villa* Corsini, en la que se habia situado una fuerte batería para batir los baluartes 8 y 9 que se hallaban enfrente: el ala izquierda conservaba sus posiciones en Monte-Mario y en el Ponte-Molle. La division Guesviller se habia estendido por las alturas del monte Parioli hasta la *villa* Borghese, á consecuencia de las ventajas obtenidas en las jornadas del 14 y del 15 de junio.

El ala derecha comunicaba con el centro por medio de un puente de barcas construido á la altura de la basilica de San Pablo, en la orilla izquierda del Tíber. Este importante paso era defendido por un reducto con fosos y empalizadas, armado con dos piezas de á treinta y seis, y custodiado por un batallon. La brigada Levaillant acampaba en una colina que se elevaba á espaldas del puente, estando la iglesia y el monasterio de San Pablo ocupados por medio batallon.

El mismo dia de su llegada al campamento, M. de Corcelles, provisto de plenos poderes, se pronunció abiertamente por el íntegro restablecimiento del poder temporal del Sumo Pontífice, y desde entonces las intenciones de la Francia en-

cubiertas hasta aquel momento por un misterioso velo, no pudieron ser ya objeto de dudas. El fin de la intervencion no era ya equívoco. Con este paso la Francia no solo contrabalanceó en Italia la influencia del Austria, sino que adoptó franca y resueltamente la idea matriz de las conferencias de Gaeta, declarando el restablecimiento temporal del papa como la indispensable garantía del libre é imparcial ejercicio de sus poderes espirituales. Una política mas ingenua y mas en armonía con el carácter recto y leal del general en gefe, venia á aclarar la cuestion y á colocarla en su verdadero terreno: en el de la restauracion pura y simple del pontificado.

Uno de los primeros cuidados del diplomático fué hacer saber á los romanos la completa reprobacion que la conducta de M. de Lesseps habia merecido por parte del gobierno francés, y lo verificó dirigiendo á M. de Gerando, canciller de la embajada francesa, que permanecia en el interior de la ciudad, la siguiente carta, que fué primeramente comunicada á Mazzini y fijada luego por órden de este en todas las esquinas de Roma.

«Señor canciller:

»Á mi llegada al cuartel general he sabido que el gobierno romano al contestar ayer á la última intimacion del general Oudinot, ha declarado que á sus ojos, la reapertura de las hostilidades antes de saber la decision del gobierno francés acerca del proyecto de tratado de M. de Lesseps, constituia una violacion del derecho de gentes.

»Ahora bien: afirmo que las negociaciones de M. de Lesseps fueron oficialmente reprobadas por un parte del ministerio de Negocios estrangeros de fecha del 26 de mayo, y que otro parte del 29 del mismo mes, contenia la revocacion de los poderes todos de M. de Lesseps.

»Si M. de Lesseps quedó destituido de su carácter el dia 29, ¿cómo habia de tener facultades el dia 31 para celebrar con el gobierno romano un tratado que, en todo caso, habria debido ser ratificado?

»Por lo que toca á la ratificacion, hé aquí lo sucedido: un nuevo ministerio constituido en los primeros dias de junio, me ha hecho el honor de confiarme la mision estraordinaria que desempeño en este momento; el dia 6 de junio, algunas horas despues de la llegada de M. de Lesseps, salí de Paris, y afirmo tambien que el gobierno no vaciló ni un instante en rechazar el tratado que le fué presentado por M. de Lesseps.

»La esposicion de estos hechos, mi presencia en el campamento, los poderes de que me hallo investido, atestiguan suficientemente que el gobierno romano seria juguete del mas completo error, si creyese poder justificar con la esperanza de una ratificacion que no ha podido realizarse, la prolongacion de una resistencia que tan contraria es á la verdadera causa de la libertad romana y á los intereses que pretende defender.

»He creido, caballero, que debiais por todos los medios que están en vuestro poder, refutar el error del gobierno romano.

»En lucha tan dolorosa, la Francia no se propone mas que un objeto: la libertad del venerado gefe de la Iglesia, la libertad de los Estados pontificios y la paz del mundo; y la mision que me ha sido confiada es esencialmente liberal y protectora de los pueblos que se ven reducidos á tales estremos.

»El enviado estraordinario de la república francesa,

Firmado: Dé Corcelles.

Mis intenciones son enteramente conformes con las del general Oudinot.

Mazzini contestó á M. de Gerando con un alegato lleno de sofismas y de invectivas.

El dia 21 á las tres de la tarde, los generales Vaillant y Thiry anuncian al general en gefe que las brechas abiertas en los frentes 6 y 7, en los dos baluartes y en la cortina serán practicables aquella misma noche; el duque de Reggio dió inmediatamente las órdenes necesarias para el asalto.

Á las nueve y media de la noche, una compañía de granaderos y otra de tiradores, sacadas de los regimientos 32.º, 36.º y 53.º de línea, formaban tres colunas de ataque al mando de los comandantes Cappe, Dantin y de Sainte-Marie; además una reserva compuesta de dos compañías de preferencia, sacadas del 22.º ligero y de los 66.º y 68.º de línea, mandadas por el comandante Tourville, se agrupaba detrás de las baterías de brecha bajo el mando superior del teniente coronel Furbourieck, del 36.º de línea. Cada una de estas colunas iba acompañada de treinta zapadores y trescientos trabajadores, reclutados en las compañías de preferencia de los 16.º y 25.º de ligeros, se hallaban reunidos en los ramales de comunicacion, á espaldas de las baterías. Dos batallones de la guardia de trinchera apoyaban el órden de ataque.

Á la misma hora, los cuerpos de la division Rostolan salen de sus acantonamientos, y se forman en masa en el Monte-Verde, y los regimientos que están á las órdenes del general Regnault-d' Angely se ponen sobre las armas en las *villas* Pamfili y Corsini.

Tomadas estas disposiciones, el general en gefe que deseaba multiplicar las probabilidades de triunfo, logra dividir las fuerzas del enemigo por medio de dos ataques simulados, uno al norte de la ciudad por el Ponte-Molle y la villa Borghese, y otro al sur, en la direccion de la basilica de San Pablo. La primera de estas colunas volantes, mandada por el general Guesviller, que se compone de una seccion de cazadores de á

pié, de tres batallones, de cincuenta cazadores de á caballo y de cuatro piezas de artillería, recorre velozmente el accidentado terreno de la orilla izquierda del Tíber superior, y rechaza á la plaza los diferentes puestos avanzados que va barriendo á su paso, y haciendo una demostracion contra la puerta del Pueblo, finge un movimiento de ataque que hace caer en su poder muchos prisioneros. La segunda coluna, encargada de operar en la orilla izquierda del Tíber inferior, bajo las órdenes del teniente coronel Espinasse del 22.º ligero, cuenta por toda fuerza con el batallon 22.º ligero, con dos pelotones de caballería y con cuatro piezas de artillería, si bien así para disimular la debilidad numérica de este cuerpo, como para desviar del verdadero punto de ataque la atencion del enemigo, colocáronse en las alturas que se elevan en frente de la iglesia de San Pablo, dos piezas de á 30, pertenecientes á la artillería de marina, y dirigidas por el teniente de navío Olivieri. La plaza que hasta entonces á juzgar por su profundo silencio, parecia sumida en el sueño, se despierta de repente, y dirige la mayor parte de sus fuerzas á los puntos que cree seriamente amenazados; sus defensores se dirigen en masa desde la puerta de San Pablo á las del Pueblo y de San Sebastian (*), dejándose oir un vivo tiroteo en toda la línea de la muralla. El general en gefe ha conseguido su objeto: son las diez: las tropas designadas para el verdadero ataque se hallan

(*) Esta puerta fué una de las dos que substituyeron á la Cadena del recinto de Servio, que correspondia debajo la *villa* Mattei, en el ángulo del monte Celio. Habiendo padecido durante la guerra con los Godos, fué reedificada, junto con los torreones que la defienden, por Belisario, ó por Narsés. Se llama vulgarmente puerta de San Sebastian á causa de hallarse cerca de ella la Basílica de este Santo. En su orígen se la llamó Apia por estar en la célebre via de este nombre que el año 442 de Roma hizo construir dándola su nombre el Censor Apio Claudio.

(Nota del Traductor.)

prontas, y orgullosas con el honor que les está reservado, esperan con impaciencia la señal que refrena su ardor. Entonces se dirige contra las murallas una última descarga de metralla, y el coronel Niel lanza hácia adelante las tres colunas de asalto, las que se precipitan simultáneamente sobre las brechas con admirable intrepidez, á través de un fuego general al que no contestan, y despejan á su alrededor el terreno con una vigorosa carga, siendo tal su impetuosidod, que se hallan en breve en la línea de retirada del enemigo, y se apoderan de muchos cajones de pólvora y de cincuenta prisioneros, entre los que habia un teniente coronel y un teniente.

Á su vez, los trescientos trabajadores, guiados por oficiales de ingenieros se precipitan sobre las brechas á paso de carrera, y ciegan en pocos instantes por medio de un espaldon sólidamente establecido, la gola de los baluartes.

En vano las tropas romanas quieren recobrar las posiciones que no han sabido defender; en vano intentan parapetarse detrás de las obras hace tanto tiempo preparadas; en vano protegidas por su artillería, se lanzan con furor contra los franceses; nuestros soldados reforzados con la reserva, no retroceden un solo paso y se mantienen firmes en las posiciones que acaban de tomar á la bayoneta.

Á las dos de la madrugada la victoria se declaraba de nuevo y de un modo definitivo por la bandera de la Francia.

Al despuntar el dia, el general en gefe, haciendo justicia á la gloriosa conducta de sus tropas, mandó publicar la siguiente proclama en la órden general del ejército:

« SOLDADOS!

»Tocamos ya al término de una campaña, durante la cual vuestro valor, vuestra disciplina y constancia os han granjeado una gloria imperecedera.

»Despues de varios combates y de brillantes triunfos, ha-

beis destruido en pocos dias las murallas de Roma, tomando por asalto, con admirable bravura, los principales baluartes de la plaza.

»No tardaréis en penetrar en la ciudad como dueños: cuando así suceda, respetad las buenas costumbres, las propiedades y los monumentos.

»Encargado de afirmar el órden y la libertad en los Estados Pontificios, el cuerpo espedicionario del Mediterráneo no faltará á su mision, y ocupará de este modo una hermosa página en la historia de un pueblo que tantos títulos posee á su proteccion y aprecio.»

Por su parte, mientras el incesante toque de rebato del Capitolio, difundia la alarma hasta en el mas lejano rincon de la ciudad eterna, los triumviros dirigian á los habitantes de Roma esta escitacion á la resistencia.

«ROMANOS!

»Á favor de las tinieblas y valiéndose de la traicion, sienta el enemigo el pié en la brecha que ha abierto en nuestros muros. Levantaos, pueblos de Italia, y con la omnipotencia que da la justicia de nuestra causa, aniquilidad á los bárbaros. Oponed con sus cadáveres un dique á su brutal audacia; el enemigo que con su presencia mancilla la sagrada tierra de Roma, es maldito por Dios.

»Mientras que Oudinot hace los últimos esfuerzos, la Francia se conmueve de indignacion, rechaza de su seno y reniega de los soldados que la deshonran. Otro esfuerzo mas, y la patria se salva para siempre.

»Sí, por su valor y constancia, Roma renovará la faz de Europa.

»ROMANOS!

»En nombre de Dios y de vuestros padres, acudid al combate! acudid á la victoria! dirigid una plegaria al Dios de los

ejércitos, un pensamiento de esperanza en vuestros antepasados, y luego sea un héroe todo hombre que empuñe un fusil. Esta jornada decidirá de los destinos de Roma y de la república.»

Las palabras pomposas pero vacías de sentido, los subterfugios inspirados por la mentira, de que abunda esta alocucion, probaban que los gefes revolucionarios, reducidos al último estremo, pretendian llevar hasta el fin su obra de mala fé. Poco despues, otra proclama, emanada de la comision de barricadas anuncia que el invencible Garibaldi, al frente de sus mas valientes soldados, va á intentar una salida desesperada. «El pecho de Garibaldi, decia, es una muralla de bronce, detrás de la cual se respira con toda libertad.»

Durante este tiempo la campana del Capitolio no cesa de tocar á rebato, los tambores dejan oir la generala, y los oradores encargados de escitar el entusiasmo popular llaman á todos á las armas. ¡Vanos esfuerzos! La guardia cívica ha empezado á comprender que una mas prolongada resistencia seria una locura si no fuese un crímen, y hasta la multitud permanece fria ante los rasgos oratorios de sus antiguos oráculos: las voces de los declamadores callejeros carecen de eco, así como carecen sus pechos de valor en aquellos supremos momentos: cuando deberian combatir, se contentan con perorar, y en sus labios son las palabras un arma enteramente inútil.

No sucede lo mismo en el campamento francés, y algunos instantes despues de puesto el sol, las baterías de morteros dirigidas contra los baluartes 6, 7 y 8 lanzan cierta cantidad de bombas y de granadas en determinados cuarteles de la ciudad. Entonces llega á su colmo el terror de los habitantes, quienes se refugian en los sótanos de sus casas, maldiciendo á los traidores que atraen sobre sus cabezas las calamidades de la guerra: y si el general en gefe, desoyendo los sentimien-

tos generosos de su corazon, hubiese continuado el bombardeo la noche siguiente, es indudable que dispertados de su letárgico sueño los hombres de bien, habrian obligado á las autoridades romanas á abrir las puertas de la ciudad.

Sin embargo no sucedió así, y las operaciones de sitio continuaron metódicamente durante los dias 25, 26 y 27. La batería Corsini dirige un nutrido fuego contra el Vascello, y este puesto avanzado de la puerta de San Pancracio no tarda en desplomarse con estrépito, hallando la muerte entre las ruinas muchos de sus defensores. Establécense tres baterías en el coronamiento de las brechas, y mientras las dos primeras harán callar los fuegos de la batería romana de los Pinos, cerca de San Pedro-de-Montorio (*), la tercera debia batir en brecha el baluarte número 8.

Durante estos trabajos de los franceses, los romanos no permanecian inactivos; reducidos á la segunda línea, último

(*) Se cree que el fundador de la iglesia de San Pedro *in Montorio* fué Constantino Magno, erigida cerca del lugar en el cual sufrió el martirio aquel santo apóstol. Esta iglesia se halla en el monte Janículo, del cual nos hemos ya ocupado en la nota continuada en la página 140 de este tomo. Sin embargo debemos añadir, que por corrupcion de *Monte de oro* que tomó á causa de su tierra amarilla que en gran parte lo forma, se le dió el nombre de *Montorio*. Subiendo al Janículo despues de un corto camino, se llega á una especie de plaza, á la derecha de la cual se descubre la entrada del *Bosque Parrasio*, en cuyo delicioso sitio los Árcades de Roma celebran durante el verano sus asambleas literarias. En la cima del Janículo está situada pues la indicada iglesia de San Pedro *in Montorio*, y alli donde existia antiguamente el *Arx janiculensis* construida por Anco Marcio. Abandonado por mucho tiempo aquel templo, se concedió en 1472 á los PP. menores de la órden de Recoletos, en favor de los cuales Fernando IV, rey de España, á fines del siglo XV hizo repararlo bajo la direccion y los diseños de Baccio Pintelli. Posteriormente, habiendo sufrido mucho en el año 1798, se restauró á principios del siglo actual. La iglesia es de una sola nave: encierra bellísimas pinturas de los primeros artistas de Italia, tales como Sebastian del Piombo, Jorge Basari, Bartolomé Ammannato, Daniel Volterra y otros. Además contiene

asilo que ofrecia á la defensa la configuracion del terreno, la fortificaban con nuevas baterías y nuevas obras; el dia 24 habian recibido de la provincia un refuerzo de mil combatientes.

En esto, un hombre que desempeñaba un cargo diplomático, al mismo tiempo que era mercader de cuadros, un inglés conocido por sus sentimientos hostiles respecto de la Francia y de Roma pontificia, engañaba indignamente á sus colegas; M. Freeborn, agente consular de la Gran Bretaña, cediendo mas que á las instigaciones de los gefes republicanos, al impulso de sus instintos revolucionarios, reunió en su casa á la mayoría de los cónsules que permanecian aun en Roma, y despues de pintarles bajo los mas falsos colores la devastacion que las bombas y las balas de la Francia causaban en la ciudad eterna, las víctimas que inmolaban, las obras maestras que destruian, hízoles adoptar la siguiente protesta:

una balaustrada de mármol llamado *giallo antico* muy hermosa, construida con columnas halladas en los jardines de Salustio.

La puerta inmediata á la tercera capilla de la derecha, da paso al claustro del convento contiguo, en el centro del cual se levanta un bellísimo templete de forma circular, con una cúpula demasiado elevada en proporcion á su diámetro. Decoran el esterior de este templete diez y seis columnas de granito gris, que sostienen el cornisamento coronado de una balaustrada. Este templo tiene dos pequeñas capillas, de las cuales la subterránea está magníficamente decorada. El indicado rey Fernando IV la mandó construir bajo los planos de Bramante, en el mismo sitio en que, como queda dicho, siguiendo una antigua tradicion, obtuvo la palma del martirio el primer sucesor de Cristo.

Hallándose esta iglesia y convento no lejos de la puerta de San Pancracio, sitio en el cual tuvieron lugar las principales operaciones militares de los franceses contra los republicanos romanos en 1849, necesariamente tuvieron que sufrir perjuicios considerables á consecuencia de las baterías de los sitiadores. Terminadas las hostilidades, practicáronse las necesarias reparaciones, entre ellas la del campanario, que estaba próximo á desplomarse.

(Nota del Traductor.)

«Señor general:

»Los agentes consulares, representando á sus respectivos gobiernos, se toman la libertad de esponeros su profundo sentimiento por haber visto sufrir á la ciudad eterna un bombardeo de muchos dias con sus noches. La presente comunicacion tiene por objeto, señor general, hacer las mas enérgicas representaciones contra semejante modo de ataque, que no solamente pone en peligro las vidas y propiedades de los habitantes neutrales y pacíficos, sino tambien las de las mugeres y niños inocentes.

»Nos permitimos, señor general, poner en vuestro conocimiento que el bombardeo ha costado ya la vida á muchas personas inocentes, y ha destruido algunas maravillas artísticas que jamás podrán ser reemplazadas.

»Esperamos, señor general, que en nombre de la humanidad y de las naciones civilizadas, tendreis á bien desistir de un bombardeo ulterior, á fin de evitar la destruccion de la ciudad monumental, que se considera protegida moralmente por todos los paises civilizados del mundo.»

Esta protesta, adoptada sin prueba alguna de los hechos que en ella se enuncian, y solo por la palabra de un hombre cuyo odio contra la Francia y el pontificado, no era un secreto para nadie, fué remitida al cuartel general, despues de haber sido firmada por los agentes cuyos nombres ponemos á continuacion.

M. M. Freeborn, agente consular de S. M. británica;

D. Marstallez, cónsul de S. M. el rey de Prusia;

Cab. P. C. Magrini, agregado á la legacion de S. M. el rey de los Paises Bajos;

Juan Bravo, cónsul de S. M. el rey de Dinamarca;

Federico Begré, cónsul de la confederacion suiza;

Cab. Kolb, cónsul de S. M. el rey de Wurtemberg;

Conde Shakerg, secretario de la república de S. Salvador en la América Central;

Nicolás Brawn, cónsul de los Estados Unidos de América;

James D. Freeman, cónsul de los Estados Unidos de América en Ancona;

Gerónimo Borea, cónsul general de S. M. el rey de Cerdeña, é interinamente de Toscana.

Este suceso tuvo lugar el 25 de junio, época en que la república romana tocaba á sus últimos momentos; el valor y el número de sus defensores sucumbian ante la ciencia y disciplina del ejército francés. El Vascello habia sido tomado, y los sitiadores amenazaban ya el flanco izquierdo del baluarte número 8; la batería de los Cuatro Vientos, fuerte de cuatro cañones y de dos obuses de grueso calibre, acañoneaba la puerta de San Pancracio; las tres baterías situadas en el coronamiento interior del frente 6 y 7 habian reducido al silencio á la batería de los Pinos: el casino Savorelli, donde Garibaldi estableciera su cuartel general, habia tenido que ser abandonado, pues sus paredes apenas se sostenian; la iglesia de San Pedro-in-Montorio se habia arruinado en su parte posterior. Tal era el estado de la defensa: el de los defensores presentaba aun mas triste aspecto. El ejército se hallaba diezmado por el gran número de muertos, de heridos, de prisioneros y de desertores, y los mejores oficiales habian pagado con su vida su perseverante iniciativa en los combates: el material de artillería habia sufrido grandes averías, y la pérdida de sus mejores artilleros sembraba el desaliento entre los que quedaban: parte de la Guardia cívica se negaba á batirse, y finalmente el mismo Garibaldi reproducia los sombríos colores de tan triste cuadro en la siguiente carta dirigida al ministro de la Guerra: «Hemos perdido las mejores posiciones; las municiones están casi agotadas y me quedan muy pocos ar-

tilleros. ¿Qué debo hacer? Espero vuestras instrucciones.»

El 28, al declinar el dia, las brechas de los baluartes 8 y 9 que flanqueaban la puerta de San Pancracio estaban ya abiertas y eran ya practicables. Todo anunciaba un ataque decisivo; nada en el mundo podia ya oponerse al triunfo del ejército francés. En contestacion á la comunicacion que habia recibido de los agentes consulares establecidos en Roma, el general en gefe les dirigió la siguiente carta.

«Señores:

»Las últimas instrucciones de mi gobierno, con fecha del 29 de mayo dicen lo siguiente:

»Hemos agotado los medios de conciliacion, y ha llegado el momento en que de absoluta necesidad debemos obrar con vigor ó renunciar á una empresa por la cual ha corrido la sangre de los hijos de la Francia; á una empresa en que por consiguiente está empeñado nuestro honor, lo mismo que nuestros mas grandes intereses de política esterior. En semejante alternativa, no es posible la duda; es preciso pues, general, que sin perder un instante os dirijais sobre Roma con las imponentes fuerzas reunidas en la actualidad bajo vuestro mando y que tomeis posicion en ella á despecho de todas las resistencias. Esta es la voluntad del gobierno de la república, cuya espresion estoy encargado de trasmitiros.

»Ya lo veis, señores, las órdenes de mi gobierno son absolutas; mi deber está trazado, y cumpliré la mision que se me ha confiado. Es indudable que el bombardeo de Roma será causa de la efusion de sangre inocente y de la destruccion de monumentos que deberian ser inmortales; pero nadie lo sentirá como yo; mi resolucion respecto de este punto os es notoria, pues la manifesté en las comunicaciones que dirigí en 31 de este mes al triumvirato, al presidente de la Asamblea

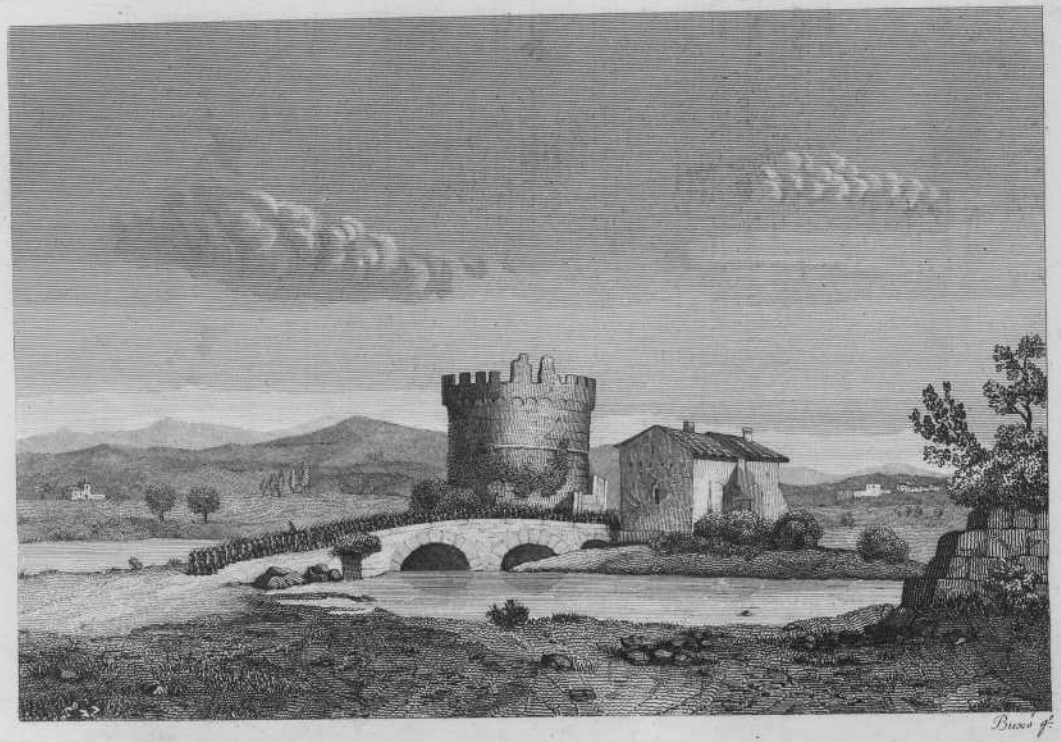
constituyente, á los comandantes de la Guardia cívica y del ejército, y á los habitantes de la ciudad de Roma.

»En su tiempo tuve el honor de daros copia de dicha comunicacion de la cual incluyo nuevos ejemplares.

»Desde el 13, la situacion de ambos ejércitos ha cambiado completamente. Despues de gloriosos combates, las tropas que estaban á mis órdenes han debido subir al asalto, y se han establecido sólidamente en las murallas de Roma; sin embargo, como el enemigo no ha verificado acto alguno de sumision, me veo obligado á continuar las operaciones militares.

»Cuanto mas se difiera la rendicion de la plaza, mayores serán las calamidades que tan justamente temeis: mas los franceses no podrán ser acusados de tales desastres; la historia les eximirá de toda responsabilidad.»

MM. de Harcourt y de Rayneval, intermediarios oficiales entre la Francia y Gaeta, se hallaban con frecuencia en el campamento, lo mismo que otros varios diplomáticos estrangeros. El dia 27 de junio, el príncipe de Ligne, embajador de Bélgica en Nápoles, manifestó el deseo de recorrer la trinchera, y si bien se le manifestó que lo que deseaba no carecia de peligro, pues pocos dias antes un oficial de marina habia pagado con su vida semejante curiosidad (una bala de cañon dividió su cuerpo en dos pedazos), no por esto desistió el príncipe de su idea, y la realizó acompañado del general Oudinot. En aquel entonces la batería francesa establecida en el pabellon Corsini dirigia un fuego muy vivo contra el baluarte número 9, al que el enemigo contestaba con no menos vigor, cuando de repente una bala de grueso calibre fué á sepultarse en la tierra á los pies del príncipe, cubriendo á este enteramente de polvo. «Por poco, esclamó el embajador sin manifestar la menor emocion, me reuno con vuestro oficial de marina.» El príncipe de Ligne habia probado ser un gran mi-



MARCHA DE UNA COLUNA FRANCESA A TIVOLI.

nistro; aquel dia probó que en caso necesario seria tambien un buen soldado.

En aquella época supo el general en gefe que existia en Tívoli (*) una fábrica de pólvora, la que proveia al ejército romano, y dió órden al general Guesviller de hacer destruir la fábrica por una coluna volante. El general Sauvan encargado de esta mision partió de Ponte-Molle el 28 á media noche, teniendo á sus órdenes un batallon del 13.º de línea, un ba-

(*) Por los años 462 antes de la fundacion de Roma se edificó esta ciudad por los Argivos Tiburto, Corax y Catilo, despues de haber arrojado á los Siculos que dominaban el pais. La poblacion tomó el nombre de *Tibur*, del primero de estos tres hermanos; nombre que mas adelante se cambió en Tibori, del cual por corrupcion se llama en el dia Tívoli. En los primeros siglos de la república Romana, tan pronto *Tibur* era amiga, como aliada, y aun algunas veces enemiga de los Romanos. Posteriormente sojuzgada á estos, tuvo siempre el honor de ser una ciudad municipal. Saliendo de Roma por la puerta de San Lorenzo, se entra en la antigua via Tiburtina adelantando á través de templos y sepulcros. Infinitas son las inscripciones y restos curiosos que se ven á cada momento. Ora se admira el sepulcro del orgulloso Palas, liberto de Claudio, ora el campo Verano, debajo del cual hay abiertas catacumbas que encierran las reliquias de infinitos mártires. Despues de atravesar el Anio por el puente Mammolo, cuyas márgenes ofrecen en aquel sitio un agradable punto de vista, se estiende por el antiguo Lacio hasta el meson de Forno, y se pasa luego un puente sobre el canal de la Solfarata, que exhala un fuerte olor de azufre. No muy léjos se hallan los antiguos baños de Agripa, que tan saludables fueron á Augusto, y hoy dia se llaman los baños de la reina. La famosa cantera de Travertino, llamada piedra tiburtina, que al arrancarse es blanda y luego se endurece al aire libre, se encuentra á la izquierda del canal de la Solfarata. Prosiguiendo el camino, vense en ambas orillas de este, muchos sepulcros antiguos, y á cierta distancia infinidad de casas de campo de los habitantes de Tívoli y de Roma.

Pasado el puente Lucano se ofrece á la vista uno de los mas bellos panoramas. A su extremo se levanta el respetable y antiguo Mausoleo de la familia Plincia, en el cual todavía se conservan dos inscripciones. Este Mausoleo sirvió en la edad media de fortaleza, al igual que el de Cecilia Metela, cuyo bello corte y grandeza recuerda al que lo examina.

tallon del 13.º ligero 25 caballos y un destacamento de ingenieros.

La noche era magnífica, y el espíritu del soldado escelente; la poblacion de Tívoli en masa salió al encuentro de los franceses y recibióles con vivas aclamaciones: el general hizo descansar á sus soldados bajo los hermosos árboles que adornan el paseo de la ciudad, y acompañado de algunos oficiales se dirigió á la municipalidad, para informar á las autoridades constituidas del motivo de su espedicion. Al saberlo quedaron

Al venir de Roma se entra comunmente en Tíveli por la puerta de Santa Cruz en las inmediaciones de la *villa* Salustio, y desde la plaza que hay delante de dicha puerta, se goza estendiendo la vista hácia la campiña de la ciudad eterna, de un espectáculo encantador, que como dice cierto publicista reune todos los prestigios, todos los perfumes, todos los recuerdos; porque allí los sentidos y el corazon están estasiados mas que en ningun otro punto del globo; porque la antigua *Tibur*, desde lo alto de sus rocas escarpadas y rodeada de esa ligera niebla que suaviza su atmósfera, brilla aun con todo su resplandor y con toba su nombradía: es el punto de reunion de todos los artistas del pais, toda vez que les facilita los modelos mas variados, los accidentes mas singulares y los mas sorprendentes contrastes. El pintor pues, el poeta, el arqueólogo y el filósofo, encuentran allí objetos siempre nuevos, de curiosidad y de estudio.

En Tívoli admiran al viagero las antiguas fortificaciones, las elevadísimas torres, las vertientes de una vasta colina, que aunque escarpadas, ostentan una lozana vejetacion: admiran los árboles frutales y los viñedos, en aquellos sitios donde la mano del hombre ha podido trasladar con gran trabajo algunas pulgadas de tierra: admira tambien el verde musgo que cubre las breñas, junto con la tierra, las cristalinas aguas, que en todas direcciones surcan el pais que fecundizan con su riego, y que despues de prestar utilidad, forman el adorno de la comarca presentando variadas cascadas y hermosos saltos de agua, que de continuo trasladan al lienzo los pinceles de los paisagistas.

Digno de ser visitado es el templo de Vesta en Tívoli, de figura circular, de 12 piés y medio de diámetro, rodeado de 18 columnas, de las cuales solo existen diez, que son de Travertino estucadas, de órden corintio y de 18 piés de elevacion sin el capitel, que es de hojas de acanto: adornan su cornisa festones y cabezas de buey. Estas columnas forman un hermoso pórtico que au-

aquellas consternadas; la fábrica de pólvora de Tívoli, dijeron, es el mas bello establecimiento de este género que existe en Europa, y su destruccion seria para el pais una verdadera calamidad; el general hizo prevalecer las necesidades de la guerra y las exigencias del deber militar; en vano las autoridades le se suplicaron que se apoderase de la fábrica en nombre de la Francia, que la considerase como su conquista, que la ocupase con parte de su coluna si lo creia necesario; el general mandó sumergir muchos quintales de pólvora y una can-

menta mucho la magnificencia y belleza del edificio. La *Cella* está hecha en polígonos de toba y Travertino, y tiene dos ventanas como el templo de Vesta en Roma.

Lo que contribuye sobre manera á la belleza y al efecto pintoresco de este templo, es su situacion encima de una roca, al borde de un estenso valle, y delante la gran cascada del Anio.

En 1827 habiendo una fuerte inundacion destruido la esclusa que contenia al rio, construyóse otra mas alta que es la que actualmente existe. Empero, notando que constantemente las aguas minaban debajo la roca sobre la cual se halla el templo de Vesta, determinaron abrir una nueva salida á dichas aguas, abriendo un canal subterráneo al pié del monte Catilo que se halla al frente, y por donde aquellas se precipitan ahora al valle formando una magnífica cascada.

Otras varias antigüedades y curiosidades se hallan en Tívoli y en sus alrededores. Bastará indicar el lindo templn que se cree fué el de la Sibila Tiburfina, que forma un cuadrilongo, adornado su frente de cuatro columnas de órden jónico, transformado en el dia en iglesia de San Jorje, y cuyo templo se halla á la izquierda del de Vesta. La gruta de las Sirenas, cuyo nombre se le dá por el contraste horrible y bello que ofrece la misma y por el peligro que se corre para llegar á ella: la gruta de Neptuno que en 1834 desapareció á consecuencia de un hundimiento; la gran cascada del Anio, y las pequeñas del Tivoli, cuyas aguas despues de haber servido para las fábricas de cobre, de hierro y otros usos, al caer de mayor ó menor elevacion se parecen á unas sábanas de plata, que reflejan los rayos del sol y producen los colores del iris. Nada mas sorprendente, nada mas encantador que aquellas aguas saltando y serpenteando por entre las rocas, los matorrales y los árboles de los valles.

(Nota del Traductor.)

idad considerable de salitre y de azufre, romper las máquinas y entregar á las llamas el edificio construido en gran parte de madera.

Cumplida su comision, el general dió la señal de marcha; el calor era escesivo y la tierrá ardia bajo los pies de los soldados. De repente se oculta el sol, oscurécese el cielo y estalla una espantosa tormenta; llega la noche y la tempestad aumenta; brotan llamas de la tierra quemada por el sol, nuestros soldados parecen atravesar campos de fuego, sus ojos están medio cegados por el incesante resplandor del rayo, y el trueno ruge continuamente sobre sus cabezas. Sin embargo, continúan marchando, apoyados por los tiradores y con grandes precauciones; pues á su salida de Tívoli el confalonier participó al general que Garibaldi habia salido de Roma con una fuerte division para atacarle á su regreso. El general contestó: «Garibaldi no se atreverá á hacernos tanto honor.» En efecto, las numerosas colunas volantes del ejército protector, enviadas en todas direcciones, jamás habian sido atacadas en campo raso, á pesar de que la defensa podia disponer al menos de seiscientos caballos.

¿Por ventura los revolucionarios ostentan valor únicamente detrás de barricadas y de murallas? El general Sauvan volvió al campamento sin haber perdido ni un solo hombre.

En aquel entonces, la constitucion definitiva del ejército espedicionario era la que puede verse en el siguiente cuadro.

CUADRO DEL EJÉRCITO ESPEDICIONARIO.

General en gefe, el general de division Oudinot de Reggio. — Gefe de estado mayor general, el coronel Lebarbier de Tinan.

Ingenieros. General en gefe, el general de division Vaillant. — Gefe de estado mayor, el coronel Niel.

Artillería. General en gefe, el general de brigada Thiry. — Gefe de estado mayor, el comandante Soleille.

Intendencia militar. M. Paris de Bollardiere, haciendo veces de intendente en gefe. — *Sanidad.* Gefe del servicio M. Finot (1).

DIVISIONES.	BRIGADAS.	CUERPOS.	GEFES DE CUERPO.	ARMAS ACCESORIAS.	OFICIALES DE SANIDAD.	OBSERVACIONES.
1.ª Gen. Regnaud de St.-Jean d'Angely.	1.ª Gen. Mollière. 2.ª Gen. Morris	1er. batallon de cazadores de á pié. 17.° de línea (2). 20.° de línea. 33.° de línea. 1.° de cazad.ª á caballo 11.° de dragones.	De Marolles. Sonnet. Marulaz. Bouat. De Noue. De Lachaise.	3 compañías del 1er. regimiento de ingenieros. 3 compañías del 2.° regimiento de ingenieros.	El doctor Alfonso Pasquier.	(1) Habiéndose aumentado luego el personal, fué dirigido por MM. Lacauchie, Faure y Rollin. (2) El 17.° de línea no se unió al ejército hasta en 28 de junio. (3) El 2.° batallon de cazadores de infantería no se unió al ejército hasta en 28 de junio. (4) A causa de haber muerto repentinamente el coronel Pesson en 27 de mayo, el regimiento fué mandado durante todo el sitio por el teniente coronel Espinasse. Destacamentos de gendarmería, del tren militar, de obreros de administracion y de enfermeros militares completaban la organizacion del ejército.
2.ª Gen. Rostolan.	1.ª Gen. Cárlos Levaillant. 2.ª Gen. Chadeysson.	2.° batallon de cazadores de á pié (3). 32.° de línea. 36.° de línea. 66.° de línea. 22.° de línea. 53.° de línea. 68.° de línea.	Pursel. Bosc. Blanchard. Chenaux. Pesson (4). Dautemarre. De Leyritz.	5 baterías de artillería de campaña. 5 baterías de sitio (personal). 7.ª compañía del 15.° regimiento (pontoneros).	Los doctores Santy y Bourguillon.	
3.ª Gen. Guesviller.	1.ª Gen. Juan Levaillant. 2.ª Gen. Sauvan.	16.° ligero. 25.° ligero. 50.° de línea. 13.° ligero. 13.° de línea.	Marchesan. Ripert. Leconte. Bougourd de Lamarre. De Comps.	5.ª comp.ª de obreros (una seccion). 3.ª comp.ª del 4.° escuadron del tren de parques.	El doctor Rustan de Veyrac.	

CAPÍTULO VIII.

Toma del baluarte número 8.—Encarnizados combates.—Iluminacion de la cúpula de San Pedro.—Acciones heróicas.—Últimos esfuerzos de la defensa.—Largas deliberaciones.—Se declara la resistencia imposible.—Diputacion romana en el campamento francés.—Negociaciones.—La ciudad se rinde sin condicion.—Entrada de los franceses en Roma.—Incidentes.—Proclama del general en gefe.—El general Rostolan es nombrado gobernador de Roma.—Fuga de Garibaldi.—Asesinatos.—Bando del gobernador de la ciudad.—Cooperacion de los hombres de bien.—Adhesion de muchos regimientos romanos.—Primeras medidas.—Invasion de la Asamblea constituyente.—Las llaves de Roma.—El general Niel en Gaeta.—Carta autógrafa del Santo Padre al general Oudinot.

La lucha tocaba á su término; habia llegado la hora en que los discordes elementos de la demagogia europea debian sucumbir ante la unitiva fuerza del órden representada dignamente por los soldados de la Francia.

Nuestras tropas se encontraban al pié de las murallas de la plaza, mas tenian todavía que abrirse paso al través del formidable baluarte número 8 de la puerta de San Pancracio; el cual bien fortificado en su gola, estaba unido por medio de un reducto con la antigua muralla Aureliana, defendida esta por el fuerte Montorio; los pabellones y casas de los jardines inmediatos se hallaban guarnecidos de almenas y flanqueaban las entradas interiores del baluarte y del reducto, defendidos por mil quinientos hombres y por siete piezas de artillería cargadas con metralla, de modo que los franceses debian sufrir

fuegos que por todas partes se cruzaban. Abierta la brecha durante el dia 28 despues de un vivo combate de artillería, se hizo practicable al dia siguiente; la ocupacion de este punto considerado por los romanos como inespugnable, debia dar á nuestras tropas la facultad de estenderse por el monte Janículo, de dominar á Roma, y de sujetar al toro por los cuernos, segun la pintoresca espresion del general Vaillant.

Para conseguir sin tardanza tan importantes resultados, el general en gefe dió sin pérdida de momento sus últimas órdenes de ataque, quedando designados para subir al asalto cuatro colunas de tres compañías de preferencia cada una. La primera á las órdenes del comandante Lefevre del 53.º se compone de una compañía de preferencia del 22.º ligero, y de los 32.º y 53.º de línea; una compañía de preferencia de los regimientos 17.º, 20.º y 33.º de línea constituyen la segunda coluna, y los hombres que de ella forman parte llevan cada uno un pico, una pala y un gabion, pues deben inmediatamente construir un parapeto en el baluarte. Ambos cuerpos están apoyados por la coluna de reserva compuesta igualmente de una compañía de preferencia de los 36.º, 66.º y 68.º de línea, al mando del comandante de dicho 66.º, Le Rousseau: finalmente, la cuarta coluna á las órdenes del comandante Laforest del 22.º ligero, está formada por una compañía de preferencia de los regimientos 22.º ligero, 32.º y 53.º de línea, y debe lanzarse al coronamiento de la brecha del baluarte número 7, apoderarse de los atrincheramientos enemigos y favorecer el paso de la coluna de asalto atacando por su gola el baluarte número 8. Treinta zapadores acompañan á cada una de las colunas de ataque, de reserva y de trabajadores. El mando superior se confiere al teniente coronel Espinasse, del 22.º ligero; el general Cárlos Levaillant toma el de los batallones de guardia de trinchera que forman parte de la segunda division, y el general Rostolan forma en masa los de-

más regimientos de su division, á fin de tenerlos prontos para hacer frente á cualquier acontecimiento.

Estas disposiciones preliminares quedaron terminadas á las dos y media de la madrugada, y el coronel de ingenieros Niel, que debia ganar aquella noche las charreteras de general, da á las distintas colunas de asalto sus últimas instrucciones.

Un religioso silencio reina en las apretadas filas de nuestros soldados, quienes piensan en la patria mientras esperan la señal; de repente óyense tres cañonazos, y al grito de: ¡adelante valientes! se precipitan á carrera tendida. La primera coluna llega á lo alto de la brecha á través de una lluvia de balas; todos los obstáculos son atacados de frente y allanados á la bayoneta con una rapidez y entusiasmo estraordinarios. Nada puede detener el ardor de nuestras tropas: el comandante Lefevre cae herido y le reemplaza inmediatamente el comandante Le Rousseau. Las obras ejecutadas por la defensa obstruyen el camino, mas no importa: nuestros soldados adelantan siempre y desfilan uno por uno bajo los cruzados fuegos del enemigo: los trabajadores llegan á su vez al terreno del ataque, ensanchan el paso, y el comandante de ingenieros Galbaut-Dufort cae herido de dos balas al colocar los primeros gabiones destinados á ocultar el peligroso paso. Por su parte la coluna mandada por el comandante Laforest se precipita desde el coronamiento del baluarte número 7, divídese en dos secciones, y los tiradores del 32.º y los granaderos del 53.º dirigidos hácia la derecha, se apoderan de un reducto apoyado en la muralla Aureliana. Despues de una encarnizada lucha, los romanos, rodeados por todas partes, sin retirada posible y sin esperanza de salvacion, combaten cuerpo á cuerpo y todos se hacen matar á bayonetazos; en seguida los granaderos y tiradores se esparcen en guerrilla y luchan resueltamente sobre nuestras colunas.

Los carabineros del 22.º ligero, salidos los primeros de la

trinchera al mando del comandante Laforest, emprenden un camino que rodea el muro, mas los dos primeros atrincheramientos que á su paso encuentran, están asestados de enemigos que les fusilan á quema ropa. Los carabineros solo se detienen el tiempo preciso para arrollarlos, y salvando el parapeto que defendia la gola del baluarte, penetran por las troneras, se precipitan sobre la batería de siete piezas que acañoneaba la brecha, y se apoderan de ella despues de haber dado muerte hasta al último de sus valientes defensores.

Estos rápidos y bien combinados movimientos habian librado la primera coluna de ataque, mientras que la guarnicion del baluarte, acosada en el ángulo saliente, sostiene la lucha con el valor que da la desesperacion: nuestros soldados exasperados por la resistencia no dan á nadie cuartel.

Durante este tiempo y por órden del general en gefe, el general Guesviller hace una diversion hácia la puerta del Pueblo, con tanta inteligencia como intrepidez, teniendo á sus órdenes tres batallones, una compañía de ingenieros y cuatro piezas de á 12; por otra parte, el teniente de navío Olivieri practica un segundo falso ataque en la direccion de la basílica de San Pablo, y sus cañones de marina perfectamente servidos, dividen la atencion y las fuerzas del enemigo.

En esto, empezó á despuntar el dia, y terrorizados los romanos al ver la gran disminucion de sus filas, retroceden y se parapetan en las casas vecinas; sin embargo, escitados por la voz de sus gefes, salen al cabo de pocos momentos, y se precipitan ciegamente contra nuestras bayonetas: si no han podido vencer, quieren al menos morir como soldados. Á la vista de su desesperado movimiento, el intrépido teniente coronel Espinasse, arrastra consigo la reserva; los granaderos del 36.º de línea mandados por el capitan Fiersonnier caen sobre el enemigo á la bayoneta y le hacen saltar la muralla, atrevida maniobra que les hace dueños de las casas que do-

minan la puerta de San Pancracio. Entonces aprovechando los trabajadores las trincheras de la defensa, aseguran á nuestras tropas con sus bien dirigidos trabajos, la inespugnable posicion de los baluartes conquistados; en su poder se encuentran el baluarte, los cañones y todas las obras de defensa, y despues de hundir á hachazos las puertas de las casas inmediatas, los ocupan á pesar de un tiroteo á quema ropa. El francés Laviron, que vestia un gaban rojo, es la última víctima de tan sangriento combate. Á las seis de la mañana, las tropas romanas llenas de sangre, diezmadas, estenuadas, abandonan el monte Janículo y entran en Roma por la calle Lungara, la grande arteria del cuartel Transtiberino; el aspecto general de la poblacion es sombrío y siniestro, y reina en la ciudad un silencio de muerte, interrumpido únicamente por el clamoreo de las campanas; largos convoyes de heridos van señalando con su sangre el camino de los hospitales, y los gritos de agonía se mezclan con los que arranca la desesperacion; ¡la revolucion romana está exhalando sus últimos suspiros!

El ejército francés, cansado, ennegrecido por la pólvora, se halla reunido al rededor de su bandera ondeante en la cima del monte Janículo, cuando ve con sorpresa los espirantes reflejos de una corona de fuego que ciñe la cúpula de San Pedro. Los romanos, lo mismo que en los bellos dias del pontificado, habian querido celebrar el aniversario de la fiesta del príncipe de los Apóstoles con la iluminacion de la vasta basílica, y ¡maravillosa coincidencia! la hija primogénita aterra la hidra revolucionaria el mismo dia de la fiesta de San Pedro y la víspera de la de San Pablo. El vencido genio de la revolucion iluminó él mismo el primer templo del mundo para anunciar la victoria de la Francia.

Muchas heróicas acciones inmortalizaron por ambas partes los combates de aquella noche; tres oficiales lombardos seguidos de una cantinera y abandonados por sus soldados no pue-

den resolverse á volver las espaldas, y precipitándose solos con el cigarro en la boca y la espada en la mano, en medio de nuestros granaderos hallan entre sus filas una muerte gloriosa; un capitan romano, cercado por todas partes, cubierto de pólvora y de polvo, con el brazo en cabestrillo y ceñida la frente con un pañuelo ensangrentado, acribillado de heridas, combate todavía con una rodilla apoyada en el suelo; lejos de aceptar la vida que se le concede, insulta la generosidad de nuestros soldados y espira profiriendo el grito de ¡viva la Italia!

Manuel Teodoro de Astelet, capitan en el 36.º de línea, y gravemente herido en la accion del 30 de abril, habia sido enviado á Córcega, mas aun no estaban cicatrizadas sus heridas, cuando solicitó reunirse con sus compañeros de armas. El dia 30 por la mañana llegó á Civitavecchia y supo que aquella misma noche debia darse un asalto á la ciudad de Roma; entonces temiendo llegar demasiado tarde por los carruages públicos, toma la posta á sus espensas y llega al campamento una hora antes del ataque; su compañía habia sido designada para formar la cabeza de la coluna: *¡qué felicidad!* esclama, y poniéndose al frente de sus granaderos con el brazo en cabestrillo, encuentra la muerte al pisar la brecha.

El tambor mayor del 20.º de línea, uno de los prisioneros de la traicion del 30 de abril, sentia profundamente la pérdida del signo distintivo de su empleo, pues los romanos le habian despojado de su baston para enviarlo á los revolucionarios de Florencia, y sus hermanos de armas la sentian tanto mas en cuanto era un regalo hecho por los oficiales del regimiento en señal de particular aprecio. Este incidente era público, y todo el ejército sabia que los Florentinos en sus orgullosas ilusiones consideraban el baston del 20.º regimiento como el de mando de general en gefe; al ser tomado el baluarte número 8, un cabo del 53.º de línea, llamado Verdaux, distingue á un tambor mayor romano dotado del físico

que requiere el empleo y poseedor de un baston proporcionado á su elevada talla. «Dáme tu baston, le grita; despáchate, pues nos falta uno. — Aun cuando cinco como tú viniesen á buscarlo, contesta en francés el colosal romano, seriais incapaces de arrebatármelo. — Esto es lo que vamos á ver,» replica Verdaux, y superando los obstáculos que le separaban del presuntuoso tambor mayor, cogióle por el cuello, le hizo prisionero y presentó su baston al general en gefe.

Un tirador de la primera coluna de asalto cae herido de tres balazos, y arrastrándose sobre sus rodillas, llega á los pies de un teniente: «Tomad, mi teniente, le dice, hé aquí el depósito que me confiaisteis,» y le entrega, antes de espirar, un cinturon conteniendo 500 francos en oro.

«Cuando escribas al pueblo, dijo á uno de sus camaradas un granadero mortalmente herido, no te olvides de suplicar á mi madre que no llore mucho por mi muerte; díle que no soy digno de lástima, puesto que muero por la religion.»

«Dejadme morir aquí; no merezco vuestra piedad, decia un enemigo con el pecho atravesado de tres bayonetazos; soy un miserable que he combatido contra mis hermanos (era un francés); ¡oh! los clubs, decia, los clubs me han perdido! si veis á Laviron, añadió, decidle que le he maldecido en mi última hora.»

«No le mateis á la bayoneta,» esclama un carabinero del 22.º ligero, viendo en las filas enemigas á un soldado vestido con el uniforme de guardia movible, no merece morir como un soldado, y lanzándose sobre él cogióle por el cuello, apretóle entre sus vigorosas manos como en un torno, y le estranguló diciendo: «De este modo deben morir los traidores.»

«Apuesto á que hay allí un *conejo* de Garibaldi,» dijo un granadero de la segunda compañía del 36.º, viendo agitarse una masa informe debajo de un arcon de la batería que coronaba el baluarte, y acercándose á aquel sitio retiró en efecto

á un hombre cubierto de sangre, quien esclamó en francés: «No me mateis, estoy sin armas.»

—¡Miserable! le dijo el teniente de la compañía M. Duhousset, ¿cómo habeis podido batiros contra la bandera de la Francia?

—He cumplido con mi deber, replicó aquel hombre.

—¿Y sois soldado?

—Lo soy.

—En qué regimiento?

—En el segundo ligero.

—Sois un miserable.

—No, capitan; pues soy italiano, y he combatido por la independencia de mi pais en un regimiento lombardo.

—Entonces sois un valiente; pues habeis combatido bien toda esta noche.

En efecto, el valeroso soldado habia recibido ocho bayonetazos todos en el pecho, un sablazo partióle el cartílago de la nariz y su mano derecha estaba atravesada de una estocada; su mayor tormento era una violenta sed; y los granaderos antes de transportarle al hospital, le ofrecieron á porfía sus calabazas.

El capitan Douay, del 32.º se venga de tres heridas que acaba de recibir, matando á tres enemigos con su propia mano.

»Dejadme la vida, y tomad mi reloj; es todo lo que poseo; decia un polaco que se habia portado como un valiente durante el fuego; mas los franceses no tomaron su reloj y le dejaron la vida.

Un refugiado napolitano, perteneciente á una distinguida familia de Nápoles, hízose saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo para no caer con vida en manos de los franceses.

»El soldado que retrocede es un cobarde, habia dicho á

sus compañeros; yo no volveré atrás.» El napolitano cumplió su palabra, pero murió.

El comandante de ingenieros Galbaud des Fort, cayó gloriosamente al frente de sus zapadores, y no sobrevivió á sus heridas; su agonía fué lenta y cruel, y su muerte digna de su vida. Tendido en su lecho de dolor, vió llegar su última hora sin temblar y tranquilo aun en medio de sus sufrimientos y resignado á la voluntad de Dios, consolaba él mismo á sus compañeros de armas de los que era sumamente amado. El que muere por su pais no debe inspirar lástima, les decia, con sus vidriados ojos dirigidos al cielo, indicándoles la eterna patria que promete Dios á sus elegidos. El general Vaillant no se apartó de su lado y corrian por sus mejillas abundantes lágrimas: ¿sufris mucho? le preguntaba. Ah! sí, mi general, contestaba el soldado cristiano, y apretando sobre sus lábios la señal de la redencion, añadia con con voz espirante: sufro mucho, pero el que ahora me dá fuerzas, sufrió mucho mas todavía. El soldado cristiano murió como habia vivido, como hombre de bien: sus compañeros le tributaron magníficos funerales en la iglesia de San Luis de los franceses, y sus lágrimas, derramadas sobre su tumba, fueron el mas elocuente elogio de aquel, que muy jóven aun, habia hallado la muerte en un dia de victoria.

En medio de circunstancias tan memorables, el general Oudinot dirigia al gabinete francés un parte detallado de la toma del baluarte número 8, [1] y la Asamblea constituyente romana deliberaba acerca de los destinos de la ciudad eterna.

Los hombres que habian atraido sobre su pais las calamidades de la guerra, peroraban en vez de combatir. Presuntuosos tribunos, se mecian aun en vanas ilusiones, se entusiasmaban con sonoras palabras, mientras que el cañon derribaba

[1] Véanse los documentos históricos, n.º 17.

providencialmente su efímero poder. Varios diputados esponen el estado de las cosas y dirigen vivas interpelaciones al gobierno: uno de ellos esclama: «Á la hora en que estamos no son palabras vacías lo que nos conviene, sino esplicaciones categóricas: Mazzini reconoce que los defensores de Roma han esperimentado una derrota, y que los partes de los generales señalan un peligro, si bien dice que segun él, no hay necesidad de pensar en capitulacion, y concluye pidiendo que se suspenda hasta mañana el tomar una resolucion.» La influencia del triumviro es tal, que la Asamblea se muestra dispuesta á acceder á su demanda, cuando un hombre se adelanta rápidamente hácia la tribuna; no es un orador, es únicamente un soldado, el general Bartolucci. Al tomar la palabra su voz es grave y solemne, y en su calidad de romano deplora las calamidades de que es víctima su patria por la invasion estranjera. «Nuestros soldados, dice, diezmados por el fuego y por el hierro, se encuentran estenuados por las fatigas y por las contínuas velas bajo un calor sofocante; he leido los partes de los generales y especialmente los de Garibaldi, y su tenor no deja la menor esperanza de prolongar la resistencia. El tiempo de las ilusiones ha pasado ya, y nuestro deber es evitar á la ciudad de Roma mas grandes desastres.» Subyugada por estas palabras, la Asamblea constituyente se inclina visiblemente á esta opinion, pero Mazzini, el genio de las ruinas, quiere abusar por última vez de su fatal influencia, y pide que antes de procederse á la votacion, se oiga á Garibaldi sobre los medios con que la defensa puede contar todavía. La Asamblea accede á esta demanda, y envia una órden á dicho general para que se presente ante ella; Garibaldi habia perdido casi todos sus oficiales, y un casco de granada acababa de arrebatarle su fiel Andrea; por esto era que su rostro descompuesto y pálido, revelaba á la vez el cansancio y el dolor; interrogado, espuso con franqueza y como un hombre que se halla pronto

á hacer el sacrificio de su vida, los medios de que podian disponer aun los defensores de Roma. «La victoria ha favorecido las armas de la Francia, dijo, pero nada hay imposible para un pueblo resuelto antes á morir que á rendirse. Segun él, era preciso abandonar á los franceses el monte Janículo, la muralla Aureliana y la posicion de San Pedro in Montorio, con lo que conservarian aun en su poder toda la ciudad de Roma, mas allá del Tíber. Si los romanos se hallasen decididos á vencer ó á morir, dice, no habria un momento que perder; seria necesario retirarse á la orilla izquierda del rio, establecerse sólidamente en ella, hacer saltar todos los puentes, armar con cañones los baluartes del Espíritu Santo; defenderse con vigor en el castillo de San Ángelo, en las murallas de la ciudad Leonina, y en el cuartel de San Pedro y del Vaticano.»

Semejante plan de defensa, inspirado por la desesperacion, podia prolongar la resistencia, mas para ponerlo en ejecucion era indispensable sacrificar la ciudad entera y sus monumentos, y sobre todo que la poblacion, identificada con la idea suprema de los gefes que nada tenian que perder con la destruccion de la ciudad eterna, se hallase verdaderamente resuelta á un combate á muerte, lo que no sucedia así. La guardia cívica, descontenta hacia muchos dias porque se la desarmaba indirectamente, cambiando sus fusiles de percusion con otros inservibles, se quejaba altamente de la arrogancia de las tropas Garibaldinas; estas, exasperadas por tener que soportar todo el peso de la defensa, detenian en las calles á los guardias y les obligaban á trabajar en las obras cuando no les llevaban á las murallas para hacerles arrostrar una muerte inútil. Muchos batallones, cansados de tan tiránicas medidas, habian decidido resistirse abiertamente, hasta con la fuerza si era necesario, y los guardias ciudadanos habian prohibido la entrada en uno de los cuarteles de la ciudad á las patrullas

activas que se habian presentado en busca de hombres y de armas.

Por otra parte, el vigoroso plan propuesto por Garibaldi exigia enormes trabajos que la falta de tiempo hacen imposible. Además, trasladaba el teatro de la guerra, desde los arrabales, los únicos puntos amenazados hasta entonces, al centro de la ciudad; y si bien se hallaba esta defendida por innumerables barricadas, ¿cómo podia contarse en su eficacia cuando los baluartes tenidos por inespugnables no habian podido resistir al ataque de los sitiadores? Estas razones espuestas con patriótica porfía por muchos diputados vencieron á la Asamblea constituyente, y votó la rendicion, confiando al triumvirato la ejecucion de este decreto; pero Mazzini, persistiendo en sus ideas de resistencia, declinó semejante mandato: «Mi conciencia de republicano, dijo, se opone á que me encargue de comunicar vuestra resolucion al general Oudinot; era vuestro mandatario como triumviro para defender la república y la ciudad de Roma, mas el acto que acabais de votar modifica la naturaleza de mi mandato: desde ahora soy libre, y depongo en vuestras manos el poder de que me revestisteis.» Saffi y Armellini y los otros triumviros siguieron su ejemplo y presentaron su dimision; la Asamblea declaró aceptarla, y nombró acto contínuo un triumvirato, compuesto de Mariani, Salicetti y Calandrelli. Antes de cerrar tan solemne sesion, dispuso en primer lugar convertir uno de los palacios en hospicio para albergar á los romanos heridos, y luego celebrar en San Pedro un servicio fúnebre por las víctimas de la defensa; finalmente, oido el dictámen del consejo de guerra y por decision de la mayoría, pubicó el siguiente decreto.

«¡República romana! ¡en nombre de Dios y del pueblo!

»La Asamblea constituyente romana cesa en una defensa hecha ya imposible y permanece en su puesto.

»El triumvirato queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

»Roma 30 de junio.»

En su consecuencia, la municipalidad envió al campamento francés á una comision de su seno, encargada únicamente de poner en conocimiento del general en gefe el decreto de la Asamblea constituyente; el general Oudinot recibió á los delegados con las consideraciones que los franceses vencedores han guardado siempre con el valor desgraciado, y despues de cambiar algunas palabras, los diputados, si bien declararon que su mision no era tratar de las condiciones de la entrada en Roma del ejército francés, presentaron al general el proyecto de un tratado fundado en las siguientes bases:

«En virtud del decreto emanado de la Asamblea constituyente en 30 de junio último, la municipalidad de Roma queda encargada de tratar con el general Oudinot de Reggio, general en gefe de la espedicion del ejército francés en el Mediterráneo, y el general, elogiando como es debido el honor y valentía de la milicia y del pueblo que han defendido la ciudad, ha convenido en las siguientes condiciones:

1.ª El ejército francés entrará en la ciudad de Roma y ocupará en ella las posiciones que crea convenientes;

2.ª Los cuerpos militares franceses y romanos que permanezcan en la ciudad, harán el servicio juntos;

3.ª Las autoridades militares romanas señalarán diferentes acantonamientos á las tropas que abandonen la ciudad;

4.ª Todas las comunicaciones con Roma, actualmente interrumpidas por el ejército francés, serán otra vez libres;

5.ª No teniendo ya objeto las disposiciones defensivas tomadas en el interior de Roma, desaparecerán y quedará del todo restablecida la circulacion;

6.ª Quedan garantidas para todos indistintamente la liber-

tad individual, la inviolabilidad de las personas y la seguridad de las propiedades, por todos los hechos anteriores.

7.ª La guardia nacional es mantenida en activo servicio, conforme á su primera organizacion.

8.ª La Francia no se mezclará en nada en la administracion interior.

El general Oudinot se mostró dispuesto á adoptar algunos artículos de estas proposiciones, mas declaró no serle dable discutirlas sino con el ministro plenipotenciario de Francia, á quien habia llamado á este efecto, pues en aquel entonces se encontraba en Civitavecchia. Mientras esperaba su llegada, envió inmediatamente á Roma al capitan de Estado Mayor Philipi, para examinar el estado de las cosas y la disposicion de los ánimos. Poco tiempo despues de la marcha de este oficial y de los delegados romanos, llegó al campamento M. de Corcelles, y habiéndole el general comunicado el proyecto de tratado, dijo que la última parte le parecia inadmisible y contraria á sus instrucciones; por otra parte, el proyecto no tuvo mas consecuencia, pues los delegados de regreso á Roma, luego de saber la enérgica negativa de M. de Corcelles, el único que se hallaba revestido de poderes competentes, declararon que la plaza recibiria á los franceses como á conquistadores, antes que someterse mediante condiciones escritas. De este modo poníase Roma absolutamente á merced del vencedor.

Durante este tiempo, nuestros trabajadores consolidaban su establecimiento en las murallas y el general en gefe exigia que la ciudad abriese sus puertas, pero como lejos de obedecer á esta intimacion, los romanos bajo varios pretestos acumulaban en ellas nuevos obstáculos, el duque de Reggio resolvió apoderarse de las mismas á viva fuerza, quedando definitivamente establecidas las disposiciones oportunas el dia 2 de julio. Al amanecer del dia siguiente, las barricadas y demás obras

construidas para defender las inmediaciones de la plaza son derribadas sin oposicion alguna; el general Guesviller se hace dueño de la puerta del Pueblo; el general Regnault-d'Angely de la de San Pancracio, el general Rostolan se apodera de la puerta Portese, y finalmente el general Cárlos Levaillant penetra en la plaza por la puerta de San Pablo (*).

Habia llegado la hora en que los franceses debian recoger el fruto de su valor y dar al mundo el ejemplo de la mas admirable disciplina.

(*) Algunas de las puertas que existian en el antiguo recinto de Roma, tales como la *Trigemina*, la *Minucia*, la *Novalis* y la *Lavernalis*, fueron substituidas por la que hoy dia se llama de San Pablo porque conduce á la Basilica de este apóstol. Cuando se construyó diéronle el nombre de puerta *Ostiense*, por estar edificada en la carretera que guia á Ostia. Posteriormente la reedificó Belisario. La puerta interior que parece de una época mas remota, tiene dos arcadas como las puertas que todavía existen en algunas ciudades antiguas, sin duda para que el numeroso pueblo pudiese salir cómodamente por una de ellas y entrar por la otra. Á la izquierda al entrar se ve en la muralla la pirámide de Cayo Cestio, magnífico monumento sepulcral, que es el mejor conservado de cuantos existen en Roma. Es de forma cuadrangular á imitacion de las pirámides de Egipto. Fué construido en 330 dias para depositar las cenizas del referido Cayo Cestio, como este lo habia dispuesto en su testamento, y se desprende de la inscripcion grabada en la misma pirámide en la parte exterior de Roma, que dice así:

C. CESTIUS. L. F. POP. EPVL. PR. TR. PL.
VII. VIR. EPVLONUM.
OPUS. ABSOLUTUM. EX. TESTAMENTO.
DIEBVS. CCC.XXX. ARBITRATV.
PONTI. P. F. CLA. MELAE. HEREDIS.
ET. POTHI. L.

Esta pirámide que tiene 125 pies romanos de elevacion y que habia sufrido mucho por el tiempo, fué restaurada por disposicion del pontífice Alejandro VII.

(Nota del Traductor.)

El dia 3 á las cinco de la tarde, el general en gefe al frente de su estado mayor se dispone para hacer su entrada en la ciudad; abre la marcha un escuadron del primer regimiento de cazadores de á caballo; síguele un batallon de ingenieros, precediendo á un batallon de cazadores de infantería y al 68.º regimiento de línea; viene despues el general en gefe, solo; adelantándose como unos veinte pasos á su estado mayor, y á los estados mayores particulares de ingenieros y de artillería, los demás regimientos de la segunda division siguen sus huellas, y finalmente cierra la marcha el 11.º regimiento de dragones. Las tropas vestidas de gala, curtidas por el ardiente sol de Roma, marchan en buen órden, al rededor de su gloriosa bandera y al son de sus músicas militares; sus frentes se muestran radiantes, sus ojos brillan; tienen el sentimiento de su valor, y saben que han representado dignamente á la Francia.

Á su llegada á la puerta Portese, los gritos de ¡vivan los franceses! resuenan por todas partes; las frentes se descubren, los pañuelos se agitan; las ventanas de las casas se llenan de espectadores que saludan con el gesto y con la voz á los valientes á quienes apellidan sus libertadores. Un entusiasmo general acoge al ejército francés á su entrada en el Transtiber; y este cuartel, que segun espresion de Mazzini, debia servir de sepultura á los hijos de Brenno, es el primer paso de su triunfo; los Transtiberinos baten sus manos y llenan el aire con sus aclamaciones; sus ojos no despiden ni una sola mirada de odio; en sus cinturas no brilla el puñal, y sus labios no profieren ni un solo grito de venganza; sus labios, lo mismo que sus manos y sus corazones, solo tienen aplausos y acentos de gratitud para los descendientes de Carlomagno. Una multitud numerosa rodea el estado mayor; todos se empujan al rededor del caballo montado por el general en gefe; todos quieren ver de mas cerca al general que ha ven-

cido á las bandas revolucionarias; los gritos de ¡viva Oudinot! se mezclan á los de ¡viva la Francia! Mientras esto sucedia, prepáranse en el Corso manifestaciones de distinto género; algunos hombres de siniestro aspecto y armados con pistolas recorren dicha calle en toda su estension, y obligan á cerrar las puertas y ventanas, gritando: « Desgraciados de los que miren pasar á los bárbaros; muera el que les dirija la palabra; los Romanos deben recibir á sus opresores en medio de un sepulcral silencio.» Los revolucionarios aprovechan sus últimos momentos de poder para ahogar la espansion de la gratitud por medio del terror y de las amenazas.

El cortejo triunfal continuaba avanzando; mas al llegar á Monte-Sixto, las aclamaciones cesan por momentos; la expresion de alegría, contenida por el sentimiento del miedo, solo se manifiesta por la agitacion de los pañuelos detrás de algunas celosías; en la plaza Farnesio (*), la acogida es aun mas glacial; déjanse oir algunos silbidos en la calle Condotti: el piquete de nacionales que monta la guardia en la puerta del palacio Borghese no toma las armas para hacer los honores que se dan al paso de las tropas. El Corso está solitario, y las amenazas impiden la explosion de los sentimientos que animan á la poblacion y obligan á esta á ocultarse en sus casas: todas las puertas y ventanas se mantienen cerradas, y solo se oye el mesurado paso de los soldados de la Francia. De repente algunos grupos escalonados de trecho en trecho esclaman: *¡No queremos mas Papas!* abajo el gobierno de los curas! viva la república romana! voces que si bien ruidosas, quedan

(*) Decoran esta plaza en la cual se halla el palacio que da nombre á la misma dos fuentes formadas de dos grandes pilas ovales de granito de Egipto las cuales fueron halladas en las termas de Caracalla. Tienen 17 pies de largo y cuatro y medio de elevacion cada una, y se hallan adornadas con cabezas de leones. (Nota del Traductor.)

aisladas y sin eco, pues el pueblo ausente no toma en ellas la menor parte. El ejército francés no hace de las mismas caso alguno y de este modo llega delante del café de las Bellas Artes, centro y foco de la demagogia, en una de cuyas ventanas una enorme bandera tricolor italiana, sosteniendo un gorro frigio, ondea orgullosamente sobre la frente de los soldados que lo han combatido. El general Cárlos Levaillant dirige su caballo hacia la ventana que le sirve de apoyo, y por su órden, tres tiradores se apoderan de la bandera y del gorro de tan sangrienta memoria; este incidente es seguido de un profundo silencio, los silbidos cesan y el ejército prosigue su marcha. Al llegar el estado mayor general á la plaza Colonna, divídense los numerosos grupos que la llenaban y rodean á nuestros gefes superiores; Cernuschi, miembro de la comision de barricadas, ceñido con una faja de diputado y llevando una bandera revolucionaria en la mano, la agita con insolencia delante de los franceses, al mismo tiempo que se profieren algunos gritos injuriosos para nuestras armas; al oirlos, el general Oudinot seguido de algunos oficiales, dirige su caballo contra los perturbadores; los grupos se dispersan; Cernuschi desaparece, la plaza queda vacía, y los demagogos se precipitan en tropel en un café inmediato; el general Cárlos Levaillant y dos oficiales de estado mayor les persiguen, sin poner pié á tierra, en su retiro; algunos sablazos de plano castigan su imprudente provocacion; los demagogos imploran gracia, y el principio de motin queda reprimido sin efusion de sangre. Desde entonces, no turbó incidente alguno la marcha del cortejo hasta llegar á la plaza de los Santos Apóstoles, donde el duque de Reggio echó pié á tierra para tomar posesion del palacio de la embajada de Francia, transformado momentáneamente en cuartel general.

El primer cuidado del general en gefe fué dirigir á los Romanos la siguiente proclama.

« Habitantes de Roma !

» La mision del ejército enviado á vuestro territorio por la República francesa, es restablecer el órden reclamado tan ardientemente por los pueblos: Una minoría facciosa ó extraviada, nos ha obligado á asaltar vuestras murallas, y dueños ya de la plaza, cumpliremos nuestra mision. En medio de las demostraciones de afecto con que hemos sido recibidos, especialmente en los puntos donde los sentimientos del verdadero pueblo romano no pueden ser puestos en duda, se han dejado oir algunos gritos hostiles obligándonos á una inmediata represion. Los hombres de bien y los verdaderos amigos de la libertad pueden recobrar la confianza, asi como los enemigos del órden y de la sociedad deben saber que si se renovasen las opresivas manifestaciones provocadas por una faccion extrangera, serian rigurosamente castigados, y á fin de dar positivas garantías á la seguridad pública, vengo en tomar las disposiciones siguientes:

»Interinamente, todos los poderes quedan concentrados en manos de la autoridad militar, la que pedirá la cooperacion de la autoridad municipal; la Asamblea y el gobierno, cuyo violento y opresivo reinado empezó por la ingratitud y ha terminado con una impía declaracion de guerra contra una nacion amiga del pueblo romano, cesan de existir. Los clubs y las sociedades políticas quedan cerradas. Se prohibe hasta nueva órden cualquiera publicacion por medio de la prensa, lo mismo que cualquier anuncio que no haya sido autorizado por el poder militar. Los delitos contra las personas y las propiedades serán juzgados por tribunales militares. Se nombra gobernador de Roma al general de division Rostolan, comandante de la plaza al general de brigada Sauvan, y mayor de plaza al coronel Sol.—Roma 3 de julio.—El general en gefe,

»Oudinot de Reggio.»

El nombramiento del general Rostolan para el gobierno de Roma, era una muestra de alto y justo aprecio, dado por el general en gefe al general de division mas antiguo, á un valiente militar que habia prestado eminentes servicios durante todas las operaciones del sitio.

Mientras esto sucedia, Garibaldi al frente de cuatro ó cinco mil aventureros se dirigia rápidamente hácia los Abruzzos, donde segun decia, se habia procurado satélites; la noche anterior habia reunido en San Juan de Latran, á los soldados de todas armas formando un efectivo como de diez mil hombres, y en el momento de ponerse en marcha, les habia dirigido estas palabras:

« Soldados, la fortuna que hoy nos abandona, nos reunirá mañana; mostrémonos fuertes y sepamos arrostrar sus peligros. A aquellos de entre vosotros que quieran seguirme, les ofrezco hambre, sed, frio y sol; no tendremos municiones, pero si continuais á las armas, á falta de pólvora lucharemos á la bayoneta; habremos de hacer marchas forzadas de dia y de noche, en una palabra, les ofrezco la vida del soldado; sígame quien ame la gloria! » La mitad de los presentes le siguieron.

Temeroso de que penetrase en las montañas de Albano y de que tratase de organizar en ellas una guerra de partidas sueltas, el general en gefe dió órden de perseguirle á la primera division del ejército mandada por el general Regnault de Saint-Jean-d'Angely, la cual se puso en marcha aquel mismo dia en la direccion de Albano, mas Garibaldi, despues de atravesar aquella ciudad, se habia dirigido precipitadamente hácia Tívoli para penetrar en las Marcas. La brigada Mollière se acantonó sin pérdida de momento en Albano, Frascati y Tívoli con objeto de proteger aquellas comarcas de nuevas invasiones.

Algunos dias despues el general Morris que formaba parte

de la misma division, recibió órden de cubrir Civitavecchia con tres escuadrones de caballería y un batallon del 56.º de línea; el dia 4 dicho general ocupó Civita-Castellana y estableció sus avanzadas en Orvieto y en Viterbo.

La entrada de los franceses en Roma celebrada por todos los hombres de bien, fué ocasion de varios asesinatos; dos ó tres sacerdotes, uno de ellos francés, fueron cosidos á puñaladas en medio del dia por haber indicado á nuestros soldados las calles que debian seguir, y los mismos soldados eran insultados cada vez que pasaban solos por delante de los principales teatros de la demagogia. Semejante estado de cosas exigia una represion inmediata, y en su consecuencia mandáronse cerrar muchos establecimientos públicos, entre otros el café de las Bellas Artes, dándose órden á los habitantes de entregar á la autoridad militar y en el término de veinte y cuatro horas, todas las armas que se hallasen todavía en su poder, operacion que produjo, á pesar de las dificultades que habria presentado su ejecucion forzosa, treinta y cinco mil armas de toda especie.

Al mismo tiempo el general Rostolan, al hacerse cargo de sus nuevas funciones, publicaba el siguiente bando:

«Habitantes de Roma.

»El general en gefe del ejército francés me ha nombrado gobernador de vuestra ciudad, cuyo cargo acepto con la precisa intencion de secundar enérgicamente con cuantos medios se han puesto en mi mano, las medidas tomadas por el general en gefe, á fin de asegurar vuestra tranquilidad y de proteger vuestras personas lo mismo que vuestras propiedades.

»Para ello ordeno y mando:

»1.º Se prohiben los grupos y reuniones de gente en la via pública, quedando encargadas las tropas de dispersar inmediatamente á los contraventores.

» 2.° La retreta se tocará á las nueve, y la circulacion por la ciudad cesará á las nueve y media; á esta hora deberán quedar cerrados todos los lugares de reunion.

» 3.° Los círculos politicos que no se hayan cerrado á pesar de la órden del general en gefe, lo serán por la fuerza, y los propietarios y los dueños de los establecimientos donde semejantes reuniones existan, serán castigados rigurosamente.

» 4.° Cualquier violencia, cualquier insulto dirigido á nuestros soldados ó á las personas que tienen con ellos alguna relacion amistosa; cualquier obstáculo opuesto á las provisiones serán castigados inmediatamente de un modo ejemplar.

» 5.° Los funcionarios públicos y los médicos podrán circular libremente por la ciudad, si bien deberán estar provistos de un *pase* firmado por la autoridad militar, y serán acompañados de guardia en guardia hasta el punto de su destino.

» Habitantes de Roma, deseais órden y yo sabre garantizároslo; los que intentasen prolongar vuestra opresion hallarán en mí una severidad inflexible.

» Roma 5 de julio.»

El mismo dia á las nueve de la noche, el general gobernador se puso al frente de una patrulla de dos mil hombres, y saliendo de la embajada de Francia, se dirigió lentamente por el Corso hácia la plaza del Pueblo; así que la retaguardia de la coluna hubo pasado por la calle de la Croce, un grupo como de veinte jóvenes dejaron oir algunos silvidos, mas cargados vigorosamente en aquel mismo momento por un peloton de dragones que salian de una calle vecina, se dispersaron en todas direcciones. Entonces el general dividió su coluna en tres secciones; la primera tomó por la calle Repetta, la segunda por la calle Babuino y la tercera continuó su movimiento por la calle del Corso; la caballería que formaba parte de esta seccion principal, seguia á la infantería á una distancia

de cincuenta metros, y al detenerse la patrulla de distancia en distancia, los últimos pelotones de ginetes hacian un movimiento de conversion, prontos á hacer fuego.

Intimidados por semejante aparato militar los revolucionarios que llenaban todavía la ciudad, suspendieron sus demostraciones hostiles, pero se vengaron publicando al dia siguiente contra sus vencedores un folleto burlesco, cuyo espíritu lo mismo que el idioma en que estaba escrito indicaban claramente su orígen francés. [1]

El general Oudinot habia tomado otras varias medidas igualmente represivas; se habia publicado el estado de sitio, las tropas francesas acampaban en las plazas públicas; dos centinelas guardaban las bocas-calles; numerosos retenes ocupaban las casas dudosas; la Guardia cívica habia sido disuelta y desarmada, mas no por esto dejaba de ser muy difícil la situacion. La ciudad estaba atestada de malhechores y de hombres sin profesion; la policía desorganizada carecia de toda accion; la municipalidad, de orígen republicano, se manifestaba hostil; las ruedas gubernamentales no tenian movimiento, los servicios públicos se hallaban sin gefes y sin direccion, pues las personas mas eminentes de la ciudad, unas habian abandonado la poblacion al paso que otras se ocultaban por miedo del puñal. El gobierno debia ser reconstituido enteramente, pero mientras esto se practicaba el celo constante del general en gefe y del gobernador de la ciudad se mostraba á la altura de la situacion, y algunos hombres de bien que lograron sacudir el miedo, ofrecieron el concurso de su inteligencia para la reconstruccion del edificio de los asuntos públicos.

El dia siguiente de la entrada de los franceses en Roma, un hombre mal vestido, de corta talla, de aspecto comun,

[1] Véanse los documentos históricos, n.º 18.

desfigurado por la gota, con la frente cubierta con un gorro de seda negro, sobre el cual llevaba un sombrero de anchas alas, presentóse á la puerta de la casa en que habitaba el general Rostolan; mas la guardia le creyó un espía y le arrojó de allí; sin desalentarse volvió por segunda vez y pidió hablar al gobernador; rechazado de nuevo, pues su trage inspiraba cierta desconfianza, insistió con tal porfía que por fin logró ser introducido cerca del gobernador.

«¿Quién sois? le preguntó el general Rostolan.

—Un empleado subalterno en la secretaría de Estado del Interior.

—Qué quereis?

—Prestaros un servicio.

—Á mí?

—Á vos y á mi pais.

—De qué modo.

—Indicándoos los medios con que podeis restablecer los resortes de la máquina gubernamental, rotos por los enemigos de la sociedad.

—Qué es preciso hacer para ello?

—Colocar de nuevo á los empleados honrados que la república ha destituido y destruir á los que la república ha puesto en su lugar.

—Y quiénes son?

—Hé aquí los nombres de los hombres de bien con quienes podeis contar; al decir esto sacó una larga lista y leyó lentamente algunos nombres.

—Pero cómo hallar á esa buena gente? preguntó el gobernador.

—He descubierto los puntos en que estaban refugiados.

—Indicádmelos.

—Yo mismo iré á buscarlos.

—Esperad, le dijo el general Rostolan, deteniéndole para

ofrecerle algun dinero, que aquel hombre lo rehusó con orgullo.

—El que sirve á su pais únicamente por dinero, dijo, es un mal ciudadano; yo aspiro á otra recompensa.

—¿Á cuál?

—Á la que nos da la conciencia despues de haber cumplido un deber.»

Algunos dias despues, cuando todos los hombres que indicara y que él mismo habia conducido á través de las amenazas del puñal, hubieron consentido en desempeñar de nuevo los empleos de que les habia privado la república, el general Rostolan, apretando su mano en las suyas, le preguntó su nombre, y contestó:

«Morecchi Thereciano.»

En una esfera mas elevada, los ministros plenipotenciarios de Francia, MM. de Corcelles y de Rayneval, prestaban servicios mas importantes aun, y ayudaban al general en gefe en la obra de reconstituir un gobierno regular, con su alta inteligencia é ilustrado patriotismo. M. de Corcelles, encargado de la direccion política y sobre el cual pesaba la principal responsabilidad de las negociaciones, habia retenido en Roma á M. de Rayneval, á quien sus funciones especiales llamaban á Nápoles como ministro plenipotenciario y á Gaeta como miembro de la conferencia, creyendo de su deber tomar consejos de la esperiencia de un colega con el cual habia estado constantemente de acuerdo. Por su parte, el príncipe Odescalchi, quien aceptara la mision de componer un consejo municipal, nada omitia tampoco para apresurar su completa y próxima reorganizacion.

Segun los datos oficiales, el ejército romano, propiamente dicho, contaba aun un efectivo de diez y nueve mil quinientos hombres; y como estas tropas acababan de combatir á los franceses, eran en parte hostiles á la Francia y al gobierno

de la Santa Sede; á obrar únicamente por principios, su licenciamiento era indispensable, mas en presencia de las ardientes pasiones y de los elementos de desórden que reinaban todavía en el fondo de la demagogia romana, esta operacion presentaba graves dificultades; el general en gefe resolvió enviarlas á algunas leguas de Roma, con lo cual se reservaba la facultad de desarmarlas aisladamente primero y de licenciarlas en seguida. Las tropas estranjeras alistadas al servicio de la república romana fueron las primeras en sufrir las consecuencias de esta necesidad.

Apenas el duque de Reggio acababa de tomar tales disposiciones, cuando se le presentaron varios gefes de cuerpo, especialmente los del regimiento de carabineros, de los dos regimientos de dragones y de tres primeros regimientos de línea, para protestar de su amor y fidelidad al Sumo Pontífice; el sentimiento de honor que une al soldado á su bandera la víspera de un combate era la única que segun ellos, habia paralizado el de su adhesion al legítimo soberano.

El general, juzgando que era oportuno y al mismo tiempo político, acoger favorablemente semejante declaracion, exigió que fuese repetida, escrita y firmada por todo el cuerpo de oficiales.

El mismo dia le entregaron su adhesion al gobierno pontificio los gefes de los cuerpos espresados y los de una batería suiza.

Sin embargo, como los oficiales generales no habian tomado parte en la sumision, y siendo muy importante dar unidad al mando lo mismo que á la administracion, el general en gefe resolvió con decreto de 6 de julio, que las tropas romanas estarian bajo las órdenes inmediatas del general Juan Levaillant.

Los tenientes coroneles Panteves de infantería, Bozer de caballería y Deaux de artillería, debian asistir á dicho gene-

ral en el desempeño de su cargo: el subintendente Pages debia contribuir al despacho de los servicios administrativos, al mismo tiempo que el general Thiry recibió la órden de inventariar todo el material de los arsenales romanos, y que el capitan Castelnau, promovido recientemente al grado de comandante de estado mayor, fué nombrado director provisional de la administracion de guerra y marina, en reemplazo del secretario general Thore. El teniente coronel Chappuis, escelente oficial superior, nombrado prefecto de policía, presentó su dimision sucediéndole en aquel cargo el teniente coronel Le Rousseau.

Mientras esto sucedia, el general romano Rocelli que se habia negado á someterse á las órdenes del vencedor y que con alguna artillería trataba de salir de la ciudad para marchar contra las tropas austríacas, abusaba de su autoridad sobre los regimientos que no se habian adherido á la restauracion del gobierno pontificio, para mantenerlos respecto del ejército francés en una actitud de permanente hostilidad.

El duque de Reggio destruyó tan culpable resistencia con una enérgica carta que decia así:

« General.

» Muchos regimientos romanos han manifestado verbalmente y por escrito que se sometian enteramente á las órdenes que el general francés diese en cualquiera circunstancia, manifestacion que les asegura nuestra benévola proteccion.

» Los demás cuerpos del ejército romano conservan respecto de nosotros una actitud que debemos considerar como hostil; muchos de sus soldados han cometido contra los nuestros, actos indignos que reclaman una venganza inmediata. Esta situacion es intolerable y es preciso ponerla fin.

» Os he hecho saber que al mediodía la plaza de Roma de-

bia quedar enteramente abandonada por las tropas que no han presentado su sumision absoluta; os he dicho que en ningun caso permitiríamos la salida de Roma de una sola pieza de artillería, y os he dirigido una comunicacion que manifiesta lo bastante la voluntad del gobierno francés. Pues bien, es preciso obedecer inmediatamente, es preciso que los cuerpos reclutados fuera de los Estados Romanos, salgan sin dilacion de Roma y sean licenciados luego despues.

» En las graves circunstancias en que nos encontramos, son necesarios hechos y no palabras, de modo que esta carta será probablemente la última que recibais de mí. Si trataseis de oponer la menor resistencia á las órdenes que contiene, tendríamos que apelar á la guerra y á una guerra terrible, cuya responsabilidad recaeria únicamente sobre vos.»

Despues de este acto de rigor, uno de los primeros cuidados del general en gefe fué hacer que una comision mixta reconociese los daños causados en los monumentos artísticos por las necesidades de la guerra, sin que dejase de ser objeto de su incesante solicitud el establecimiento de los soldados. Privado del recurso de los cuarteles, llenos por las tropas pontificias, hizo que los regimientos se estableciesen en los conventos y palacios; además mandó evacuar muchos hospitales, disponiendo que los enfermos y heridos fuesen instalados en el Espíritu Santo, en San Andrés y en Santo Domingo, y finalmente, de acuerdo con la municipalidad romana, tomó cuantas medidas creyó indispensables para el bienestar del ejército. Desde el segundo dia de su entrada en Roma, el duque de Reggio conociendo la imposibilidad de conservar á los diputados poderes incompatibles con el nuevo órden de cosas, habia disuelto la Asamblea constituyente; el piquete de infantería encargado de apoderarse del local que le estaba reservado, no habia hallado á los diputados en sus puestos; solo algunos miembros estaban trabajando en la sala de sesiones; á la vista

de los soldados franceses comprendieron al momento el objeto de su espedicion, y uno de ellos, Quirico Filipanti, despues de revestirse con las insignias de representante, redactó la siguiente protesta:

« República romana.

» En nombre de Dios y del pueblo de los Estados romanos, el cual nos ha elegido libremente sus representantes;

» Fundada en el artículo 5 de la Constitucion de la República francesa, la Asamblea constituyente romana, protesta ante la Italia, ante la Francia y ante el mundo civilizado contra la violenta invasion de su residencia, cometida por las tropas francesas á las siete de la noche del 4 de julio de 1849.

» Capitolio, dia y hora mencionados.»

El dia 17 de junio la Asamblea constituyente trasladó el lugar de sus sesiones desde la Cancillería al Capitolio, por estar aquella mas inmediata al teatro de la guerra.

El mismo dia de su entrada en Roma, el general Oudinot queriendo dar al cuerpo de ingenieros una muestra de su aprecio, habia confiado al coronel Niel, gefe de estado mayor de dicha arma, la mision de presentar al Sumo Pontífice las llaves de Roma y además una carta oficial anunciando la cesacion de las hostilidades. Aquel oficial superior se embarcó en el Tíber y llegó en breve á Gaeta, siendo introducido inmediatamente cerca del Santo Padre; á su vista, el gozo y la satisfaccion brillaron en la frente de Pio IX á través de una nube de lágrimas; el Santo Pontífice sabia por fin que su pueblo era libre, que la guerra habia terminado, que la sangre ya no corria, y era feliz. Ah! habladme de mis hijos de Roma y de Francia, esclamó; cuánto han debido sufrir! Cuánto he orado por ellos! Y escuchó con paternal interés la relacion de los padecimientos del ejército francés, la esplicacion de sus

trabajos, prolongados con el único objeto de evitar á la ciudad tantos irreparables desastres; finalmente no pudiendo dominar su emocion, el Sumo Pontífice espresóse en estos términos:

«Coronel, muchas veces lo he dicho y tengo un placer en repetírlo. Ahora, despues de tan grandes servicios, siempre conté con la Francia; pues si bien nada me habia prometido, estaba seguro de que en el momento oportuno daria á la Iglesia sus tesoros, su sangre, y lo que quizás es mas difícil para sus valientes hijos, el valor reprimido, la constante paciencia á la que debo que se haya conservado intacta mi ciudad de Roma, el tesoro del mundo, la ciudad querida que tanto ha sufrido, y hácia la cual, durante mi destierro, volví siempre los ojos y mi angustiado corazon. Decid al general en gefe, á todos los generales que están á sus órdenes, á todos los oficiales, y quisiera que pudiese ser repetido á cada soldado de la Francia, que mi gratitud no tiene límites; mis oraciones por la prosperidad de vuestra patria serán mas fervientes, pues mi amor por los franceses se ha hecho si cabe mas vivo é intenso despues de los servicios que me han prestado. En cuanto á vos, coronel, tendré la satisfaccion de daros una prueba de mi paternal afecto.»

Al decir estas palabras, el Papa presentó al coronel un magnífico rosario, y dijo: «Esto para la esposa cristiana.» En seguida condecorándole con la cruz de Comendador de San Gregorio el Grande, añadió: «Esto para el valiente guerrero.»

Esta entrevista duró mas de dos horas, y durante ella Pio IX entregó al coronel Niel una carta autógrafa dirigida al gefe del ejército francés y concebida en estos términos:

«Señor general.

»El valor bien notorio de las armas francesas, sostenidas

por la justicia de la causa que defendian, ha recogido el fruto que le era debido: la victoria. Aceptad, señor general, mis felicitaciones por la parte principal que en este acontecimiento habeis tenido; felicitaciones no por el derramamiento de sangre, pues mi corazon lo aborrece, sino por el triunfo del órden sobre la anarquía, por la libertad devuelta á las personas cristianas y honradas, para las cuales no será ya un delito gozar de los bienes con que Dios las ha favorecido y adorarle con la pompa religiosa del culto, sin correr el peligro de perder la vida ó la libertad. Respecto de las graves dificultades que podrán despues presentarse, confio en la proteccion divina. Creo que no será inútil que el ejército francés sepa la historia de los sucesos acontecidos durante mi pontificado, sucesos que se relatan en mi alocucion, de la cual teneis ya noticia, señor general; para ello os remito cierto número de ejemplares de la misma á fin de que pueda ser comunicada á los que juzgueis conveniente. Dicho documento prueba evidentemente que el triunfo que el ejército ha conseguido, lo ha reportado contra los enemigos de la sociedad humana, y por lo mismo deberá escitar el agradecimiento de todos los hombres honrados de Europa y del mundo entero.

»El coronel Niel, que, con vuestra digna comunicacion, me ha presentado las llaves de Roma, os entregará la presente, y con grande placer me sirvo de este intermediario para espresaros mis sentimientos de paternal afecto y para aseguraros que continuamente ruego al Señor por vos, por el ejército francés, por el gobierno y por la Francia entera.

» Recibid la bendicion apostólica que os doy con todo mi corazon.

» Datum Cajetæ, die 5 julii 1849.

» Pius, P. P. IX.»

El general en gefe habia confiado ademas al coronel Niel

una carta para el rey de las Dos Sicilias, participándole el triunfo definitivo de las armas francesas: así es que el coronel se dirigió en seguida á Nápoles, donde se encontraba en aquel entonces el rey Fernando II, del cual recibió la mas favorable acogida. Llenadas ambas misiones volvió inmediatamente á Roma. (*)

(*) Antiguamente los romanos en momentos de peligro se retiraban al monte Capitolino, donde se reunian los senadores para tratar las mas arduas cuestiones de cuya solucion dependia á veces la salud de la patria. Del mismo modo, como dice el autor de la presente obra, la Asamblea constituyente romana se trasladó igualmente al Capitolio y en él redactó la protesta que se lee en la página 224.

La celebridad histórica del Capitolio nos mueve á trazar su descripcion.

Entre las siete colinas que hicieron famosa á Roma en la antigüedad y en honor de las cuales celebraba aquella capital anualmente una gran fiesta, descollaba la primera de todas el célebre Monte Capitolino, cuyo nombre fué variando en distintas épocas. En tiempo de Tarquino el Soberbio tomó el nombre de *Capitolium* ó *Monte Capitolino*, del cual se deriva el de *Campidoglio* con el que se le conoce hoy dia, á causa de haberse encontrado en él una cabeza humana (*caput*) recientemente cortada al abrir las zanjas para echar los cimientos del templo de Júpiter, por lo cual los augures tuvieron el hallazgo por una señal infalible de la futura grandeza de Roma. Anteriormente la misma colina habia sido llamada *Saturnina*, por haber fundado Saturno una ciudad sobre la misma, y *Tarpeïa* del nombre de la hija del comandante que Rómulo habia colocado en aquel sitio para resistir á los Sabinos, y que fué muerta por estos.

La forma de esta colina es elíptica é irregular, y en sus estremidades se levantan dos cimas. La septentrional fué llamada *Capitolium* por haberse construido en ella el templo de Júpiter Capitolino, y la meridional *Arx*, porque allí estaba la ciudadela de Roma. Separa estos dos puntos un pequeño valle llamado *Intermontium* (entre-montes).

El monte Capitolino que tiene cerca de 4400 pies romanos de circunferencia y 150 de elevacion sobre el nivel del mar: antiguamente

estaba circuido por todas partes y solo era accesible por la del Foro, desde el cual se subia por tres caminos conocidos con el nombre de *Clivius sacer* ó *Clivius asyli*, *Clivius Capitolinus*, *Centum gradus rupis Tarpeiae*.

El templo dedicado á Júpiter en el monte Capitolino, que como hemos indicado mandó construir Rómulo, y cuyos tratabajos continuaron Tarquino el antiguo, Servio Tulio, y Tarquino el Soberbio, lo completó con suma solidez y magnificencia algunos años despues de la espulsion de los reyes, el cónsul Horacio Pulvilio. Despues de su destruccion durante las guerras civiles de Mario y Sila, y al poco tiempo de haber sido reconstruido, fué presa de un voraz incendio en la época de las encarnizadas luchas entre los adictos de Vitelio y de Vespasiano. Entonces, segun refiere el historiador Tácito, desaparecieron los mas circunstanciados recuerdos de la historia romana, al ser presa de las llamas los archivos públicos existentes en dicho templo.

Cual otro fénix, el Capitolio renació de entre sus ruinas con nueva riqueza, grandiosidad y brillo durante el reinado de Vespasiano y Domiciano, verificándose su reedificacion mas esmerada y simétricamente, que cuando se habia edificado antes de haber sido presa del voraz incendio.

No podemos prescindir de detenernos en la descripcion de este templo y dar algunas noticias además de las que llevamos indicadas acerca el monte Capitolio. La fachada del templo miraba al mediodía: la adornaba un pórtico formado por una triple línea de colunas, doble en los costados. La *cella*, ó sala estaba dividida en tres naves: en el fondo de las dos laterales estaban dos *edícules* ó capillas, la una consagrada á Juno, y la otra á Minerva: la del centro estaba dedicada á Júpiter. Era una imitacion del templo edificado anteriormente en el monte Quirinal por el rey Numa Pomfilio, y que despues fué llamado el *viejo Capitolio* para diferenciarlo del nuevo, del cual nos ocupamos. Los triunfadores romanos iban á ofrecer sus sacrificios delante de este templo en accion de gracias por las victorias que habian obtenido. En el patio antes de entrar en el templo, que se llamaba *area capitolina* rodeada de pórticos, se daba el gran banquete triunfal despues del sacrificio. En tiempo del emperador Honorio, subsistia todavía intacto este grandioso templo, de cuyos ornamentos empezó á despojarle en parte Stilicon; y Genserico se llevó en 445 la mitad de las tejas de bronce doradas que lo cubrian. Por fin, durante el siglo VIII quedó arruinado y en el XI habia desaparecido por completo.

¡Cuán ricos son de interesantes recuerdos, dice cierto escritor moderno, esos lugares! Allí el Senado en peso acompañaba á los cónsules cuando iban á ser revestidos de las insignias militares, é imploraban la benevolencia de los dioses antes de marchar á la guerra. Allí comparecian los generales vencedores para suspender de las paredes de los templos los trofeos de los vencidos, y para ofrecer á Júpiter, junto con hecatombes sagradas, los monarcas encadenados y tributarios de Roma. En este venerando recinto se reunian los senadores en momentos de peligro y en dias de crísis para deliberar en cierto modo ante las divinidades tutelares de la patria. Allí eran promulgadas las leyes acatadas por el orbe entero, y se conservaban en este templo como un depósito confiado á manos inmortales. En las puertas de esos edificios resplandecientes de oro y plata se elevaba humilde y modesto, recordando la sencillez de los primitivos tiempos, un monumento venerable para los romanos..... el palacio de Rómulo.

Las guerras, las revoluciones y la incendiaria tea apenas han dejado vestigio como hemos dicho de tan antiguos monumentos. En el dia los edificios que existen en el monte Capitolino son de moderna construccion. Para llegar á su cumbre por la parte opuesta al Foro romano, se sube por una rampa á la plaza llamada Campidoglio. En el arranque de dicha rampa se ofrecen á la vista dos hermosos leones de granito negro, de estilo egipcio, que arrojan agua por la boca; y en la parte superior de ella descansando sobre dos grandes pedestales, las colosales estatuas de Castor y Polux, de mármol pantélico, al lado de sus caballos. Inmediato á estas estatuas se levantan dos bellos trofeos tambien de mármol, conocidos bajo el nombre de trofeos de Mario, los cuales hizo colocar allí el Pontífice Sixto V. Siguiendo la misma balustrada vense á derecha é izquierda otras dos estatuas transportadas de órden del propio Pontífice desde el monte Quirinal, donde fueron halladas en las termas de Constantino, y son las de Constantino César, y Constantino Augusto. Terminan á derecha é izquierda de la indicada balustrada dos hermosas colunas. La de la derecha subiendo al Capitolio es la antigua coluna miliaria que marcaba la primera milla de la via Apia, donde fué hallada en el año 1585. La de la izquierda se construyó modernamente para guardar simetría con la anterior.

La plaza del Capitolio forma un perfecto cuadrado. El principal adorno de esta es la soberbia estatua ecuestre de bronce de Marco Anrelio, antiguamente dorada, que desde la edad media se hallaba olvidada junto á San Juan de Letran. Sixto IV la hizo erigir en la misma plaza de

San Juan, y Pablo III la hizo trasportar desde ella á la en que se halla hoy dia, sentándola sobre un gran pedestal de mármol de una sola pieza formado de un pedazo de arquitrave sacado del Foro de Nerva. Esta bellísima estatua ecuestre que es la única de bronce que existe de la antigua Roma, era sumamente apreciada por Miguel Angel Buonarroti, bajo cuya direccion fué levantada en la plaza del Capitolio. El monumento erigido á la memoria del emperador filósofo Marco Aurelio, no puede contemplarse sin tributar un sentimiento de veneracion á sus virtudes. Está representado sin llevar en la mano atributo alguno de mando y en actitud de hablar al pueblo cuyo cariño habia sabido merecerse y del cual era el verdadero padre. Si admirable es el emperador por el tipo de majestad y bondad que el artista supo imprimir en sus facciones, la postura del caballo es un modelo de perfeccion por sus elegantes formas, como que el célebre pintor y arquitecto Pedro Berettini de Cortona, no podia pasar por delante de él sin esclamar: *¡Anda pues! ¿no tienes vida?*

La historia refiere que al pié de aquella estatua en el siglo X fué sacrificado el antipapa Bonifacio VII, ó mas bien Franconio. *Sublevóse el pueblo*, dice la misma historia, *y le ahorcó del cuello del caballo de bronce, es decir, que la efigie de un hombre grande fué convertida en cadalso: profanacion inicua que solo puede escusarse con la efervescencia de los sacudimientos populares.* En 1347 en igual sitio perdió la vida recibiendo veinte puñaladas el agitador Colás Rienzo, víctima del furor del pueblo á quien habia sabido exaltar, mas de ningun modo dirigir.

Los edificios existentes en la actualidad en la plaza del Capitolio son tres, á saber, el Palacio Senatorial, que es el que da frente á la gradería principal que conduce á dicha plaza; el Museo Capitolino á la derecha, grande y magnífico por la antigüedad de sus preciosos monumentos, empezado por Clemente XII y continuado por sus sucesores Benedicto XIV, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII y Leon XII; y á la izquierda el palacio llamado de los Conservadores á causa de tener en él sus sesiones en Roma los que desempeñan semejantes cargos.

No sabe qué admirarse mas en estos edificios levantados bajo la direccion y planos arquitectónicos de

Michel, piu che mortale, *angel* divino.
Miguel mas que mortal, *ángel* divino,

si los grandes modelos de la antigua escultura, ó las abundantes y esquisitas galerías de pinturas de los mas afamados artistas.

A la espalda del Palacio de los Conservadores existia la antigua Ciudadela ó *Acropolis* de Roma, que ya hemos indicado se conocia bajo el nombre de *Arx*, y la célebre Roca Tarpeya. Se ve todavía una parte de esta, dominando la plaza de la *Consolazione*, la cual conserva una elevacion considerable, si se atiende que á causa de los terreros que existen allí, el actual suelo al pié de dicha roca está sobre el antiguo á mas de cuarenta pies y que los derrumbamientos de la cumbre, han disminuido asimismo su elevacion. Desde esta formidable roca eran arrojados antiguamente los culpables de alta traicion contra el estado, y desde ella lo fué Manlio, por mas que hubiese defendido la patria contra los estrangeros.

(Nota del Traductor.)

CAPÍTULO IX.

Carta del presidente de la república al general en gefe.—La Asamblea nacional.—Fuga de los principales gefes revolucionarios.—Aspecto de Roma.—Escena en el café Nuevo.—Disciplina.—Comision provisional.—Restablecimiento del poder temporal del Papa.—Detalles.—Proclama Pontificia.

La triunfal entrada del ejército francés en Roma era ya sabida en Paris: la noticia de la victoria conseguida por los soldados del órden contra la anarquía organizada, fué un rayo para los pretendidos patriotas que ostensiblemente hacian votos por el triunfo de las ideas revolucionarias. En cambio cuantos abrigaban en su pecho un corazon francés, celebraron con alegría un hecho que añadia una brillante página á la historia política y militar de la patria.

El presidente de la república se apresuró á escribir al general en gefe la siguiente carta:

« Mi querido general.

» Tengo un placer al felicitaros por el triunfo que habeis obtenido entrando en Roma á pesar de la viva resistencia de sus defensores. Habeis mantenido el prestigio que va unido á nuestra bandera. Ruégoos que manifesteis á los generales que están á vuestras órdenes, y á las tropas en general, cuánto he

admirado su perseverancia y valor. Las recompensas que os traerá vuestro ayudante de campo, son bien merecidas y siento que no me sea dable entregarlas por mí mismo. Espero que el estado sanitario de vuestro ejército se conservará tan bueno como es en el dia y que en breve podreis volver á Francia con honor para nuestras armas y con beneficio de vuestra influencia en Italia.

» Recibid, mi querido general, la seguridad de mis sentimientos de amistad y aprecio,

» Luis Napoleon.»

El mismo comandante que trajo esta carta al general en gefe, le entregó otra del ministro de la guerra concebida en estos términos:

« General.

»Por parte telegráfico os he hecho saber la viva satisfaccion del presidente de la república y del gabinete entero por la conducta del cuerpo espedicionario de Italia.

»En este momento debo renovaros la espresion de iguales sentimientos de un modo mas esplícito. El gobierno hace completa justicia al talento manifestado por los generales en esta sabia y difícil operacion de sitio, y aplaude el buen espíritu, el ardor y bravura de los soldados. La Francia les está agradecida por haber manifestado hallarse en situacion de reproducir los heróicos hechos de nuestras grandes guerras, para lo que solo les falta ocasion; se enorgullece por el triunfo que han obtenido, y cuenta con su disciplina y con su generosidad para dar á la victoria un nuevo brillo. Sus camaradas que han permanecido en Francia, envidian el puesto de honor que les ha sido destinado.

»En un cuerpo de ejército que tan bien ha servido, me es

imposible citar todos los nombres que merecen elogios, mas dirijo especialmente mis felicitaciones á vos, como general en gefe, al general Vaillant por la direccion del sitio y las obras de arte, al general Thiry, por los eminentes servicios prestados por la artillería, y á los generales Rostolan, Guesviller, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, y á sus divisiones, por su decidida cooperacion. La administracion de sanidad y los servicios que de ella dependen merecen igualmente ser mencionados.

»El ministro de la Guerra,

»RULLIERE.»

Por su parte la Asamblea legislativa se apresuró á adoptar una proposicion del tenor siguiente:

«La Asamblea nacional, al saber el triunfo definitivo de nuestras armas en la espedicion de Italia, da un voto de gracias al ejército espedicionario y á sus gefes, quienes tan dignamente han sabido conciliar los deberes de la guerra con el respeto debido á la capital del mundo cristiano.

»La Asamblea da igualmente su voto de gracias á la marina.»

Tan alto y solemne testimonio, era una justa recompensa conferida al valor de nuestros soldados y á la pericia de sus gefes; sin embargo, los miembros de la montaña se abstuvieron de tomar parte en la votacion, y sin duda reservaban sus pruebas de afecto para los revolucionarios, que despues de haber hecho fuego contra la bandera de la Francia, venian á buscar un asilo bajo su sombra protectora. En efecto, asociándose los vencedores á las generosas ideas de la Francia, no ejercieron la menor persecucion contra los delitos políticos.

Los principales gefes de la revolucion habian hallado pasaportes en el consulado de Inglaterra y en el de los Estados

Unidos, así es que pudieron salir sin obstáculo de la ciudad que entregaron á los horrores de la anarquía y á las calamidades de la guerra.

Avezzana, Armellini, Saffi, el príncipe de Canino, Galetti, Ciceruachio, Sterbini, Sturbinetti, y Montecchi, habian emprendido la fuga ante los triunfos del ejército francés como los siniestros pájaros de las ruinas ante los rayos del sol. Unos se dirigieron al Piamonte, otros á Suiza, y el mayor número á Inglaterra. El dia de su salida de Roma, Mazzini que á pesar de su dimision oficial conservaba el título de triumviro, dirigió á los romanos en calidad de tal, una proclama en la que prometia convocar de nuevo la constituyente romana luego que se presentase el momento oportuno; luego en nombre de Dios y del pueblo, arrogándose los poderes supremos de la autoridad pontificia, fulminaba una excomunion contra todos los que despues de haber prestado juramento de fidelidad á la república, reconociesen la soberanía temporal del Papa, y concluia exortando á los romanos á establecer como un cordon sanitario al rededor de los franceses, á aislarles de modo que Roma fuese su campamento y no su ciudad, etc., etc.!...

Mientras tanto Garibaldi continuaba en su espedicion aventurera, exigiendo crecidas sumas en cuantas comarcas atravesaba. Un inglés, llamado Forbes, su primer teniente, no dejaba detrás de sí mas que ruinas y desesperacion: soldado vencido, se habia convertido en ladron de caminos, y el mismo Garibaldi se vió obligado varias veces á castigar sus tropelías. Rechazado lejos de Roma por la coluna del general Morris, perseguido ya por las tropas españolas, ya por las austríacas, el célebre aventurero, librándose de ambas por medio de marchas y contramarchas hábilmente dirigidas, acabó por penetrar con los restos de su bando en el territorio de la república de San Marino; algunos dias despues, errante y proscrito del suelo italiano, confió su vida á las olas del mar,

mientras menos felices sus compañeros perecieron en su mayor parte ahogados ó fusilados.

Al paso que los demagogos parapetados en las alturas de la montaña de la Asamblea legislativa, protestaban con su silencio contra la nueva gloria de nuestros soldados, el general Oudinot, inspirado por el sentimiento del honor francés, continuaba defendiendo la supremacía de la Francia en la cuestion romana, y fiel á la línea de conducta que adoptara desde el primer dia, escribió al general austríaco una segunda carta con el objeto de evitar una comunidad de accion que con la division habria disminuido la influencia de nuestra gloriosa bandera.

Diariamente y de todos los puntos del territorio romano, recibia felicitaciones por la libertad de Roma, y el día 10 presentóse en el palacio Colona, su residencia, una diputacion de los miembros del clero regular, llevando á su frente al cardenal Castracane; el general en gefe contestó á la espresion de su agradecimiento con el siguiente discurso:

«Señores:

»Mi intencion era anticiparme á vuestra visita, mas no ignorais cuán numerosas son las ocupaciones de un general en gefe, encargado al mismo tiempo de las funciones administrativas; el trabajo ha llenado todo mi tiempo, y antes que todo debo cumplir con mi deber.

»Os doy las gracias, en nombre de la Francia y del ejército de los votos que por nosotros haceis; en cuanto á mí, he tenido gran placer en sostener el honor militar de mi patria, en restablecer aquí el órden social y la paz pública, y sobre todo me felicito por haber prestado este servicio á la Iglesia y á vosotros en particular, señores, que tanto habeis debido sufrir en los calamitosos tiempos que acaban de transcurrir!

»Ahora, unámonos todos para hacer olvidar las pasadas desgracias y restablecer el órden; vuestra larga esperiencia, vuestros preciosos conocimientos de las necesidades del pais, me son indispensables, y cuento con vuestras luces y con vuestra cooperacion. Señores, el ejército y el clero son los dos grandes cuerpos destinados para salvar el porvenir.

»Unidos por el mismo lazo que forma nuestra fuerza, unidos por la disciplina, solo en el sentimiento religioso y en el respeto á la autoridad puede encontrar su fuerza y su salvacion la sociedad desconcertada.»

Desde la ocupacion de Roma por el ejército francés, el estado general de la ciudad empezaba á recobrar su aspecto normal. El silencio del recogimiento, interrumpido únicamente por las músicas militares de los libertadores, sucedia á los gritos de guerra y á las vociferaciones de la anarquía. Los variados hábitos de las órdenes religiosas de que Roma es el centro, aparecian de nuevo en las plazas, y no recorrian ya las calles bandas de siniestro aspecto vestidas con estraños uniformes. Las barricadas habian desaparecido en su mayor parte, las tiendas por tanto tiempo cerradas, volvian á abrirse, y estableciánse mejores relaciones entre nuestras tropas y la poblacion. En muchas circunstancias, la energía de los oficiales franceses habia alentado la debilidad de las personas tímidas y corregido la audacia de los que se consideraban aun como dueños de Roma. El insulto habia sido castigado en todas partes.

En uno de los primeros dias de la ocupacion, dos oficiales franceses entraron en el Café Nuevo, antes uno de los centros de la revolucion, y lugar en que por espacio de tres años se tramaron todas las conspiraciones contra el pontificado. Los demagogos que continuaban frecuentándolo, acogieron á los oficiales con un silencio glacial, y el dueño del café, adelantándose al encuentro de los franceses, les preguntó:

—Qué quereis, caballeros?

—Dos tazas de café.

—Se ha concluido.

—Entonces servidnos chocolate.

—No lo hacemos.

—Hacednos una ponchada.

—En materia de ponche, solo tenemos el periódico inglés de este nombre.

—Pues bien, traédnoslo, dijo uno de los oficiales que empezaba á comprender las intenciones del cafetero.

—Lo están leyendo, contestó este.

—¿Teneis cerveza?

—Se ha concluido esta mañana.

—Servidnos pues un vaso de agua; creo que le tendréis.

—Tampoco; los franceses han roto el acueducto que nos la conducia.

Entonces los oficiales, dominando su enojo, se retiraron.

Los parroquianos del Café Nuevo felicitaron entre ruidosas carcajadas al dueño del establecimiento por el valor que habia mostrado, cuando de repente dejóse oir en la escalera estrépito de armas, y en el mismo momento apareció una compañía de infantería que se formó en batalla en el primer salon; uno de los oficiales que la mandaban, se adelantó hácia el aterrorizado cafetero y le dijo:

«En vuestra casa no puede tomarse café, tampoco se sirve en ella chocolate, si bien en cambio haceis juegos de vocablos muy pésimos por cierto, con motivo del ponche: no teneis cerveza y hasta rehusais un vaso de agua á los consumidores: este local, no puede pues servir para café, y será mas útil transformado en cuartel.» El Café Nuevo fué inmediatamente evacuado y mandado cerrar por un mes.

Por lo demás, la moderacion de los soldados igualaba á la escelencia de la disciplina, y cosa inaudita que no se encuen-

tra en los anales militares de ningun pueblo, en los fastos de ningun ejército! durante mas de tres meses los consejos de guerra no tuvieron que entender de delito alguno de indisciplina ni de insubordinacion. El ejército francés se hacia admirar por los mismos hombres á quienes habia vencido.

El príncipe Pedro Odescalchi, que en 6 de julio se habia encargado de organizar una municipalidad provisional en reemplazo de la nombrada por el gobierno republicano, la constituyó definitivamente el dia 14; los hombres eminentes cuyos nombres ponemos á continuacion formaban parte de la misma:

El príncipe Pedro Odescalchi, *presidente.*

MM. Bianchini, profesor Carpi, abogado Ralli, abogado Scaramucchi, doctor Tavani, marqués Capranica, doctor Belli, doctor Spagna, marqués Guglielmi, abogado Massani, Vincenzo Pericoli, profesor Pieri, doctor Alibrandi, marqués Sachetti, y marqués Campana.

Los miembros de la nueva municipalidad dirigieron luego despues de su instalacion, la comunicacion siguiente al general en gefe:

«General,

»Llamados por vos para encargarnos provisionalmente de la administracion municipal de Roma, hemos aceptado esta mision á pesar de las dificilísimas circunstancias en que nos encontramos, impulsados por el deber que tiene todo buen ciudadano de consagrarse al servicio de su pais, y tambien por el vivo agradecimiento que sentimos por vos. Sí, señor general, no hay romano amante de su patria que no haya contraido respecto de vos una deuda de profunda gratitud, pues recibisteis el cargo de restablecer en esta metrópoli el órden y la soberanía temporal del gefe de la Iglesia, y lo habeis desempeñado dignamente.

»Por circunstancias independientes de nuestra voluntad, era inevitable la lucha, pero moderado durante la batalla y benigno despues de la victoria, vuestras virtudes han suavizado los males que la guerra lleva siempre consigo. Los monumentos del arte antiguos y modernos, que son nuestra gloria y que pertenecen al mundo civilizado, no han sufrido daño: así pues, vuestro nombre y el de vuestro ejército, cuya admirable disciplina nunca puede ser bastante ponderada, quedarán grabados en indestructibles caractéres en nuestra memoria y en nuestros anales, tanto mas en cuanto á él y á vos somos deudores de la paz y seguridad que despues de una época de peligros reales en demasía, hemos tan felizmente recobrado.»

La instalacion de la municipalidad, debia preceder de algunos dias la reorganizacion de un gobierno regular, pero mientras se practicaban las gestiones necesarias, verificóse el dia 15 de julio una fiesta cuyo recuerdo conservará por mucho tiempo la ciudad de Roma. De acuerdo con MM. de Corcelles y de Rayneval, el general Oudinot habia señalado aquel dia para enarbolar oficialmente la bandera pontificia, restablecer la autoridad temporal del Papa y celebrar con un *Te-Deum* el triunfo de las armas francesas.

Desde por la mañana la ciudad tomó un aspecto festivo; las calles se llenaron de paseantes, las casas se adornaron con colgaduras, los balcones con ricos damascos, y las ventanas con damas y flores. El gozo brillaba en todos los rostros, y el puñal de los asesinos no se hallaba allí para sorprenderlo é impedir su espansion. Las frentes todas se mostraban tan serenas como el cielo, y ní una nube empañaba el azul del firmamento. Á las dos de la tarde las tropas se pusieron en marcha hácia la iglesia de San Pedro, avanzando entre dos oleadas de pueblo, escoltadas por una multitud inmensa y alegre. Á su paso estallaban nutridos aplausos mezclados con *vivas* que se convirtieron en verdadero entusiasmo, al desfilar bajo las

murallas del castillo de San Angelo: á las dos y media se escalonaron desde la plaza de San Pedro hasta el puente de San Angelo, cubriendo sus apretadas filas la calle del Burgo Nuovo en toda su estension. Al mismo tiempo desembocó en la plaza la milicia romana y formóse en batalla frente la Colunata, al lado de la puerta Angélica. A las tres presentóse en la plaza el general en gefe rodeado de los oficiales generales y de los varios estados mayores del ejército, siendo acogido con grandes aclamaciones, por el verdadero pueblo romano que llenaba aquel dia las calles. Una salva de cien cañonazos saludó la bandera pontificia enarbolada al mismo tiempo en el castillo de San Angelo y en lo alto del Capitolio, mezclándose con las detonaciones de la artillería los alegres y unánimes gritos de la multitud.

El general y su estado mayor fueron recibidos en la puerta de la inmensa basilica por el clero precedido por el subadministrador de la diócesis de Roma, y despues de un discurso de monseñor Mariano Marini, secretario del capítulo del Vaticano, el general Oudinot se dirigió al lugar que le estaba reservado, é inmediatamente á los destinados para M. de Corcelles y para los oficiales generales. Muchos cardenales y el capítulo, todos los miembros del cuerpo diplomático, los príncipes romanos, la municipalidad, los guardias nobles, los oficiales de la guardia suiza, y todos los personages de distincion que se hallaban en Roma, ocupaban puestos especiales, cerca del altar de la confesion. Numerosos destacamentos, elegidos entre todos los cuerpos del ejército, y cuyo efectivo se elevaba á quince mil hombres, cubrian la inmensa estension de la nave, presentando la basilica un imponente y religioso espectáculo.

A las cuatro el cardenal Castracane, obispo de Palestina y gran penitenciario, entonó el *Te-Deum*.

Diez mil voces se unieron á este canto de victoria, termi-

nado el cual el cardenal dió la bendicion del Santo Sacramento; y en el momento en que todas las frentes inclinadas ante la imágen de Dios vivo levantábanse otra vez, el cardenal Tosti se adelantó hacia el general en gefe, y con voz alterada, le dirigió el siguiente discurso inspirado por un sentimiento de gratitud:

«Señor general.

»¡Vos que trasmitireis á vuestros descendientes el título de libertador de Roma, permitid á un cardenal romano que con voz debilitada por largos sufrimientos os esprese en nombre de sus colegas, á vos y á vuestro ejército, lo mismo que á la Francia cristianísima sus sentimientos de eterna gratitud! Nos habeis librado de la opresion de los monstruos deshonra del género humano, y en este momento nos estais preparando el regreso del Pontífice Supremo, nuestro padre y nuestro soberano. Algunas furias del infierno se han desencadenado y se desencadenan todavía contra él, mas les impone silencio la voz general del mundo cristiano que clama por verle volver coronado de gloria. Sí, volverá, acompañado como siempre de su estraordinaria dulzura, aunque los malvados que de ella abusan creyendo en la impunidad, se hacen cada dia mas audaces. Señor general, vuestra prudencia, vuestra conducta militar y la de los valientes que os rodean nos han evitado los males de la guerra, pues la devastacion que ha desolado la ciudad y sus alrededores, fué obra únicamente del genio funesto de nuestros tiranos. La disciplina y moralidad de vuestras tropas sirven de ejemplo y de castigo al pequeño número de romanos estraviados por los impíos. Los hombres honrados lloran aun la sangre francesa derramada, pero esta sangre, unida á la de los inocentes sacerdotes y de los buenos ciudadanos asesinados por aquellos monstruos, llamará la ben-

dicion del cielo sobre la Francia, sobre vos y sobre vuestros valientes soldados.

»Os debo dar gracias particularmente, lo mismo que al digno gobernador de Roma, por haberme reintegrado en la administracion de la Apostólica institucion de San Miguel, tan apreciada por Su Santidad, y puesto en estado de espulsar de ella á los muchos corruptores é impíos que en la misma se habian introducido.

»Me lisonjeo con la esperanza de que un dia os dignareis visitarla. ¡Viva la religion! ¡Viva el Sumo Pontífice! ¡Viva la Francia! »

Conmovido el general por el afecto hácia la Francia y hácia su persona que revelaba este discurso, contestó á él con las siguientes palabras:

«Vuestra Eminencia, personificando en mí al ejército de mi mando, me hace un insigne honor, mas me atribuye una parte que no me corresponde en el glorioso acontecimiento que celebramos. El restablecimiento del poder temporal del Sumo Pontífice es obra de toda la Francia, y nosotros, simples soldados, solo hemos sido los instrumentos de una causa santa y generosa. Nuestro gobierno es el que reasume todo el mérito de la empresa; la Providencia es la que nos ha dado el triunfo. Eminencia, jamás hemos dudado del aprecio de los romanos por nuestra Francia, y si bien nos estaba prohibida la entrada en esta Ciudad, sabíamos perfectamente que se encontraba bajo un yugo opresor y estrangero, como lo prueba el que desde el instante en que os habeis visto libres de su tiranía, en que os ha sido dable manifestar vuestros sentimientos, habeis dado libre curso á vuestro respeto por el Padre Santo y por la religion. Muchas y ardientes son las esposiciones que he recibido implorando el regreso de Su Santidad, y al enarbolar hoy la bandera pontificia en el fuerte de San Angelo, creemos satisfacer los votos del mundo católico, debien-

do añadir que nos hemos consagrado con gusto al cumplimiento de semejante deber.

» Otro tengo que llenar todavía; Vuestra Eminencia ha hecho el elogio de la disciplina y de la moralidad de las tropas que están á mis órdenes; jamás ha habido elogio mas merecido y es mucha mi satisfaccion al poder proclamar aquí, en la basílica de San Pedro, en presencia de innumerables testigos, que durante una campaña de cerca de tres meses, mis compañeros de armas han dado contínuas pruebas de indomable valor junto con un profundo respeto al órden y á la disciplina; sin exageracion puedo decir que siempre y en todas partes, oficiales, subalternos y soldados han sido verdaderos modelos de virtudes guerreras.

» Habeis dicho, señor cardenal, que la devastacion que ha desolado la ciudad de Roma debia atribuirse al genio del mal y de la persecucion; gracias doy por ello á Vuestra Eminencia, pues este testimonio tan justo é imparcial conmueve mi corazon de un modo que no me es dable esplicar. Nunca quizás se creerá lo mucho que hemos sufrido al pensar que las exigencias de la guerra podian ser causa de la destruccion de monumentos seculares; nuestro deseo de que se conservasen intactos era tal, que para conseguirlo hemos empleado mucho tiempo en nuestras operaciones y retardado un triunfo que tanto importaba obtener.

» Dios ha recompensado nuestra paciencia; sí, Eminencia; los servicios que el ejército francés ha podido prestar á la religion y al órden social están hoy plenamente recompensados. Nuestra ambicion queda satisfecha, puesto que hemos obtenido la confianza de vuestros compatriotas junto con el aprecio y estimacion de los pueblos católicos. Vuestra Eminencia ha terminado su alocucion, gritando: Viva la Francia! y yo pongo fin á mi contestacion, gritando: Viva la religion! Viva el Padre Santo! »

A medida que el general hablaba, la frente del cardenal Tosti, brillaba de entusiasmo; dulces lágrimas caian de los ojos del noble anciano que tanto habia sufrido; « Vuestras palabras, general, replicó, están dictadas por el espíritu de Dios; sus bendiciones caerán en abundancia sobre vos y sobre la Francia. Otra vez y siempre: Viva la religion! viva el Sumo Pontífice! viva la Francia! »

Entonces la multitud que llenaba el templo, no pudiendo tampoco dominar su entusiasmo, contestó con los gritos de: *Evviva il Santo Padre! evviva Pio Nono! evviva la Francia! evviva il generale Oudinot!*

Diez siglos hacia que un poderoso monarca de Francia recibia en el mismo sitio iguales muestras de amor y de reconocimiento; como Pio IX, Leon III oprimido por los facciosos, vendido por los ingratos é injustamente acusado por sus perseguidores, era restablecido en su gloria, en su libertad y en sus derechos soberanos por la espada victoriosa de la Francia. (*)

(*) A poco tiempo de haber enviado el Pontífice Leon III Legados encargados de presentar á Carlomagno las llaves de la basílica de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, suplicándole que comisionara un grande para recibir el juramento de fidelidad de los romanos, se formó una terrible é impía conjuracion contra la persona de Su Santidad, la cual estalló el 23 de abril de 799 dia de S. Marcos. El primiciero Pascual y el sacrista Campulo, sobrinos del último Papa Adriano I á quien no habian podido suceder en la silla de S. Pedro, eran los gefes de la insurreccion. A la cabeza de una multitud de malvados, se arrojaron sobre el indefenso Leon III en ocasion de salir este á caballo del palacio de Latran para asistir á la procesion de las grandes letanías, y derribándole y arrastrándole llenos de encarnizamiento, se esforzaron para arrancarle la lengua y sacarle los ojos. Siguieron desde aquel punto arrastrándole y denostándole hasta el monasterio de San Silvestre, en donde reiteraron sus crueles atropellos para asegurarse que jamás el infeliz Pontífice haria uso de la vista ni de la palabra. Empero

Los aplausos y aclamaciones del pueblo romano acompañaron al general Oudinot hasta llegar á la plaza del Vaticano. Los romanos deseosos de verle y de prestar homenage al general en gefe del ejército francés, le rodeaban de tal modo, que muchos de ellos, haciendo violencia á la modestia del duque de Reggio, pudieron tocarle y besar sus manos lo mismo que su espada.

En aquel momento un jóven de largos y negros cabellos, de ojos de fuego, un transtiverino llamado Anibal Piccoli, atravesó la multitud y llegando en presencia del general, le dirigió un discurso en francés que reproducimos testualmente:

« Señor general.

» Tengo el honor de hablaros en nombre de todas esas gentes, de nuestras familias y puede decirse, de la ciudad entera.

por uno de los inescrutables designios de la Providencia, no perdió el santo varon la vista ni el habla, segun afirman los autores y grandes personages de aquella época, que acordes dicen que fué mirado aquello como un milagro. Durante la noche de aquel aciago dia, Albino camarero del Papa y algunas personas mas, hicieron bajar á éste por la muralla y logrando fugarse con él, se trasladaron á Francia á la corte de Carlomagno. Habiendo este piadoso emperador dado una escolta á Leon III para que regresara á Italia, entró con ella en triunfo en la capital del orbe cristiano en medio del júbilo general de los romanos que salian á su encuentro con sus estandartes.

El autor de la presente obra recuerda y con razon una de las mas bellas páginas de la historia de Carlomagno, el cual no satisfecho con haber repuesto en la plenitud de sus derechos á Leon III como hemos dicho, pasó á Italia en el año 800 y fué coronado por este, Emperador de occidente el dia de Navidad del Señor, habiendo otorgado á peticion del propio Pontífice el perdon de Pascual y Campulo, á los cuales habia condenado á muerte.

(Nota del Traductor.)

» Esperábamos con impaciencia este momento para espresaros públicamente los sentimientos de gratitud que albergan nuestros pechos por cuanto habeis hecho para salvarnos del terror que nos oprimia.

» Gracias á Dios y al valor de vuestras tropas, hemos recobrado la paz, y por vos va á ser restablecida aquí la autoridad del Papa á quien tanto amamos. Hoy se reproduce el triunfo de la religion.

»Así pues, Escelencia, nosotros hijos de la Iglesia, súbditos fieles del Papa, apasionados amigos de los franceses, os damos las mas profundas acciones de gracias; y no corrompidos por el dinero, pero sí, llenos de libertad y de confianza, esclamamos sinceramente: ¡viva la religion! ¡viva el Papa! ¡viva la Francia! ¡viva el general, hijo del mariscal Oudinot! ¡viva el ejército francés, nuestro libertador!»

Las aclamaciones que siguieron á esta arenga, cuya intencion suplia su mérito literario, probaron que el jóven orador era efectivamente intérprete de los sentimientos del pueblo.

El general en gefe le contestó:

«En el hecho del restablecimiento del gobierno pontificio se ve sencillamente la mano de la Providencia, y considero con justo orgullo el que la Francia le haya servido de instrumento. El restablecimiento del poder temporal de la Santa Sede es un hecho consumado que asegura la paz de la Europa, pues semejante obra es tan social como religiosa. Pláceme oir á los romanos espresar su afecto hácia la Francia, y por mi parte les prometo la afeccion mas cordial y sincera. Nosotros no hemos hecho la guerra á los romanos, sino á una horda de estrangeros venidos á Roma de todas las partes de Europa, y esperimento un vivo placer al ver que la Providencia ha librado á la ciudad santa de los horrores de la guerra. Si los romanos cifran su gloria en ser los hijos de la religion y verdaderos católicos, los franceses no lo son menos. Todos somos

miembros de la misma familia, hijos del mismo padre, hijos de Dios. ¡Viva la religion! ¡viva el Papa! La Francia está hoy plenamente recompensada de todos sus sacrificios.»

Los canónigos del Vaticano y muchos eclesiásticos se habian acercado al grupo en cuyo centro pasaba esta escena; sus corazones latian á impulsos de una dulce emocion, sus ojos estaban llenos de lágrimas. El arco iris de la paz brillaba al fin sobre Roma, libre de las nubes que por tanto tiempo lo habian oscurecido, y la esperanza, el amor y la fe rodeaban el venerado nombre de Pio IX.

El general en gefe colocóse entre el templo y el obelisco y desfilaron ante él las tropas francesas y romanas, recogiendo las primeras á su paso los testimonios de la admiracion á que eran acreedoras por su valor en el combate y por su disciplina durante la paz. Aquella jornada memorable en los fastos de Roma terminóse con una iluminacion general; las casas particulares rivalizaron en esplendidez con los edificios públicos, y la cúpula de San Pedro ciñóse la corona de fuego con que se adorna en las grandes solemnidades.

Esta ceremonia, esperada con gran impaciencia en Gaeta, fué precedida de una cuestion que si bien sencilla en apariencia, presentó graves dificultades resueltas por fin por M. de Corcelles. Dudábase de si la bandera de Pio IX debia enarbolarse junto con el estandarte adoptado por la Italia como un símbolo de federacion contra el Austria; mas prevaleció la opinion de M. de Corcelles, basada en razones de conveniencia y de alta política, y la bandera pontificia fué izada francamente, sin equívoco.

Desde hacia algunos dias se aseguraba que el Sumo Pontífice debia dirigir en breve una proclama á su pueblo, y los numerosos partidarios del pontificado por una parte, y por otra los revolucionarios que se habian sustraido en las tinieblas á la accion de la ley, la esperaban con igual impaciencia,

los unos para hallar en ella consuelos, los otros para hacerla objeto de sus recriminaciones. Fechada dicha proclama en Gaeta en 17 de julio, publicóse en Roma el 18, y al paso que realizó las esperanzas de los primeros, destruyó completamente las de los segundos: decia así:

«Pius P. P. IX á nuestros súbditos muy amados.

»Dios ha levantado su brazo en las alturas de los cielos; ha dicho al agitado mar de la anarquía y de la impiedad: No irás mas lejos. Ha guiado á las armas católicas para sostener los hollados derechos de la humanidad, los derechos de la fe atacada, los derechos de la Santa Sede y de nuestra autoridad soberana. Alabemos eternamente al Señor que en medio de su ira, no olvida la misericordia!

»Súbditos muy amados: si durante el torbellino de espantosas calamidades nuestro corazon se llenó de aflicciones á la idea de los grandes males sufridos por la Iglesia, por la religion y por vosotros, no se aminoró sin embargo el ardor con que siempre os amó y con que os ama.

»Nuestros votos esperan con ansia la llegada del dia que nos conducirá otra vez en medio de vosotros, y así que llegue, volveremos con el vivo deseo de prestaros ausilio y socorro, y con la voluntad de trabajar con todas nuestras fuerzas en vuestra felicidad, aplicando á tan grandes males los difíciles remedios que reclaman, y prodigando toda clase de consuelos á nuestros fieles súbditos, quienes, si bien esperan instituciones que respondan á sus necesidades, quieren igualmente, como Nos lo queremos, ver garantidas la independencia y libertad del Sumo Pontificado, tan necesarias para la tranquilidad del mundo católico.

»Sin embargo, á fin de dar principio á la reorganizacion de la cosa pública, nombraremos una comision, que reves-

tida de plenos poderes y con el ausilio de un ministerio, sentará las bases del gobierno del Estado.

»La bendicion del Señor que siempre hemos implorado sobre vosotros, aun en lejanos lugares, la imploramos hoy con mas fervor todavía, á fin de que descienda con abundancia sobre vuestras cabezas; y nuestro corazon se lisonjea con la esperanza de que todos aquellos que por su voluntario estravío se han hecho incapaces de recibir su precio, podrán hacerse dignos de recibirlo por medio de una sincera y perseverante conversion.

»*Datum Cajetæ* 17 *julii*, *anni* 1849.

»Pius P. P. IX.»

Esta alocucion inspirada por el amor del pueblo, fué recibida con grandes y merecidos elogios.

CAPÍTULO X.

Llegada á Roma de una comision gubernamental.—Decretos y proclamas.—Prudentes medidas.—Escomunion maziniana.—Chistes de Pasquino.—Aprecio de las señoras romanas por los franceses.—Venganza republicana.—El general Oudinot en Gaeta.—Magnífica recepcion.—Regreso á Roma.—Mision del coronel Edgardo Ney.—Sus resultados.—El duque de Reggio es llamado á Francia.—El general Rostolan nombrado general en gefe.—Su dimision.—Proclama del general Oudinot.—Su regreso á Francia.—Apreciacion de la espedicion romana por ilustres personages.

Cada dia que pasaba tendian á hacer desaparecer las imágenes del terror y de la destruccion, y si á veces aparecia aun el gorro frigio, era porque una mano oculta lo habia enarbolado clandestinamente durante la noche: las trincheras se rellenaban, las brechas eran reparadas, y los edificios religiosos, transformados en cuartel, recobraban su primer destino. La vigorosa mano de la policía se apoderaba de la escoria revolucionaria siempre que se atrevia á arremolinarse en la superficie de la situacion: la confianza renacia por momentos, y la fe en el porvenir reemplazaba á la duda y hacia nacer la esperanza en todos los corazones. Sin embargo, un monumento conservaba aun el sello de la revolucion y sus paredes estaban todavía manchadas con sangre, así es que se señaló el dia 29 de julio para borrar las sangrientas huellas y quitar las insignias de la anarquía. Á las seis de la tarde de dicho dia la plaza en que

se eleva el palacio de la Cancillería estaba atestada de gente, y las ventanas empavesadas con banderas blancas y amarillas y adornadas con infinitas damas: la música de un regimiento francés hacia oir festivos y alegres motivos: el pueblo aplaudia, cuando de repente aparece en el gran balcon del palacio el escudo pontificio estallando los transportes gozosos de la muchedumbre en repetidas aclamaciones. En todos los ángulos de la plaza óyense resonar los gritos de ¡viva el Santo Padre! ¡viva el gobierno pontificio! ¡viva el legítimo soberano! Ni una sola voz homicida se mezcla al general entusiasmo, pues en el lugar en que los asalariados de las sociedades secretas deliberaban para destruir el órden social y la religion, se encuentra ahora el verdadero pueblo romano. Unánimes aplausos saludaron el escudo de armas de Pio IX.

Las últimas noticias de Gaeta hicieron saber que el Sumo Pontífice, ínterin no volvia á Roma, habia confiado las riendas del gobierno á una comision administrativa de tres cardenales, compuesta del cardenal Della Genga Sermattei, sobrino de Leon XII, del cardenal Vannicelli Casoni y del cardenal Altieri, antiguo nuncio apostólico en Viena. Antes de su partida tuvo esta comision una grave conferencia con el conde de Rayneval, reconociendo en ella sus Eminencias y el diplomático el principio de que el medio mas seguro de lograr un buen resultado, era conservar la mayor armonía en las relaciones entre las autoridades pontificias y el general en gefe, representante de la autoridad militar. Para facilitar sus comunicaciones inmediatas y diarias con el general Oudinot, los cardenales resolvieron establecerse en el Quirinal; y finalmente los primeros actos de la nueva administracion habian sido acordados á tenor de las siguientes bases:

1.º Medidas generales, como la reinstalacion de los antiguos empleados pontificios.

2.º Abolicion de las leyes republicanas.

3.º Medidas financieras, como la supresion parcial de los asignados republicanos.

En una carta particular, el conde de Rayneval manifestó al general en gefe, que la administracion de los Estados romanos pertenecia enteramente al Santo Padre ó á sus representantes: sin embargo le recomendó que impidiese á toda costa las prisiones arbitrarias por delitos políticos, encargo muy fácil de cumplir, en cuanto el cardenal Della Genga habia dicho: « Estoy decidido á no volver la vista atrás y á cubrir en lo posible con un velo los sucesos pasados. » El diplomático reconocia que debia mantenerse el estado de sitio en su primitivo rigor, mas, escepto en casos estraordinarios, los carabineros romanos debian ser los únicos encargados de verificar el arresto de los criminales.

Animados los cardenales de tales disposiciones, tomadas de comun acuerdo, llegaron á Roma á las diez de la noche del dia 31 de julio; establecieron su residencia en el Quirinal en las habitaciones del cardenal secretario de Estado, y mandaron fijar inmediatamente en las esquinas de la ciudad la siguiente proclama:

« La divina Providencia, valiéndose del invencible y glorioso brazo de los ejércitos católicos, ha sustraido á la desencadenada accion de las mas ciegas y negras pasiones, á los pueblos de todo el Estado pontificio, y especialmente al pueblo de la ciudad de Roma, sede y centro de nuestra santísima religion; por esto es que fiel á la promesa hecha en su venerando *motu proprio*, dado en Gaeta en 17 del mes último, el Santo Padre nos envia entre vosotros con plenos poderes para reparar, del modo mas conveniente y pronto posible, los graves daños ocasionados por la anarquía y el despotismo de un pequeño número de hombres.

» Nuestro primer cuidado será imponer á todos el respeto de la religion y de la moral, base y fundamento de toda socie-

dad; asegurar para todos indistintamente el curso pleno y regular de la justicia; restablecer en su estado normal la administracion de la cosa pública y reparar los estragos ocasionados por revolucionarios sin pudor y sin nombre.

» Para obtener tan importantes resultados, nos ausiliarán con sus consejos personas distinguidas por su saber, por su celo, no menos que por la confianza general que inspiran, á causa de contribuir eficazmente á la buena marcha de los negocios públicos.

» El órden regular de las cosas exige que sean colocados al frente de los diferentes ministerios hombres íntegros y versados en la materia á que deberán consagrar todos sus cuidados y esfuerzos, y por esta razon nombraremos cuanto antes á los que deberán dirigir los negocios interiores y de policía, los de justicia, de hacienda y de guerra, así como las obras públicas y el comercio; los negocios esteriores continuarán dirigidos por Su Eminencia el cardenal pro-secretario de Estado, el cual, durante su ausencia, tendrá un sustituto en Roma para los asuntos ordinarios.

» Ojalá que en todas las clases y condiciones renazca la confianza en la medida de nuestros deseos, mientras que el Santo Padre, animado de los sentimientos de la mas acendrada bondad, se ocupa en satisfacer todas las necesidades, por medio de mejoras é instituciones compatibles con su dignidad, con el alto poder de Sumo Pontífice, con la naturaleza de este Estado, cuya conservacion importa á todo el mundo católico, y con los deseos y aspiraciones reales de sus muy amados súbditos.

» Roma, en nuestra residencia del palacio del Quirinal, en 1.º de agosto de 1849.

» G. cardenal DELLA GENGA, *Sermattei.*—L. cardenal VANNICELLI, *Casoni.* —L. cardenal ALTIERI. »

Al mismo tiempo el general Oudinot dirigió una circular á los comisarios generales del interior, de hacienda, de gracia y justicia y de obras públicas, en la que despues de darles gracias por la eficaz cooperacion que le habian prestado desde los primeros dias de su entrada en Roma, les participó que á consecuencia de la llegada de una comision gubernamental, hacia entrega á los tres cardenales delegados por el Sumo Pontífice de los poderes que los acontecimientos de la guerra pusieran interinamente entre sus manos.

Los tres cardenales, provistos de plenos poderes del Sumo Pontífice, no perdieron un momento; la situacion era escabrosa; todas las leyes, las instituciones todas, habian desaparecido en la tormenta revolucionaria; el interregno republicano nada habia dejado en pié; la constitucion social debia empezarse de nuevo; mas los delegados pontificios pusieron resueltamente manos á la obra y el dia 2 de agosto publicaron muchos é importantes edictos.

A fin de devolver momentáneamente á la justicia civil, criminal y administrativa su curso regular, anularon las leyes y disposiciones publicadas desde la fatal jornada del 16 de noviembre de 1848, y en su consecuencia disolvieron los tribunales de orígen republicano, restableciendo los que existian antes de la partida de Pio IX. En seguida llamaron al ejercicio de sus primitivos cargos á todos los empleados destituidos por no haberse adherido al gobierno ilegítimo, é instituyeron además un consejo de censura para examinar la conducta y las calidades de todos los empleados de los Estados romanos.

La nulidad de las leyes y actos del poder republicano debia necesariamente llevar consigo la del papel moneda creado por el mismo poder; sin embargo para conciliar los intereses de gran número de familias, á quienes habria arruinado la ejecucion de esta medida, con la crítica situacion del tesoro, la comision estableció las siguientes disposiciones:

« Art. 1.º Quedan confirmados y por consiguiente continuarán teniendo curso forzoso todos los vales del tesoro, hasta la serie O inclusive, cuya emision habia autorizado Su Santidad.

» Art. 2.º Son reconocidos y garantidos los demás vales emitidos sucesivamente por los llamados gobiernos provisional y republicano, en la proporcion de 65 por 100 de su valor nominal.

» Con objeto de evitar las dificultades que podrian presentarse en el cálculo del valor reconocido á dichos vales y de las fracciones derivadas, se fija su valor en la adjunta tarifa.

» Art. 3.º El gobierno dispondrá lo mas pronto que sea posible la retirada de los vales, su reduccion y su cambio con otros de forma regular, observando todas las precauciones necesarias á fin de inspirar toda confianza al público ó al comercio, ó bien dispondrá su sustitucion en valores metálicos, en cuanto lo permitan las circunstancias sin grandes sacrificios.

»Art. 4.º El papel moneda emitido por las provincias ó municipalidades, podrá continuar circulando en las respectivas localidades y bajo su garantía particular, pero sin que el gobierno contraiga respecto del mismo responsabilidad alguna; en este punto su accion se limitará á lo que hace referencia á la indemnizacion pública.

En aquella época el papel emitido en Roma constituia un valor nominal de 6.800,000 pesos, de los cuales 2.500,000 eran de emision pontificia, y por lo tanto reconocidos y garantidos por el gobierno, de modo que la reduccion decretada comprendia únicamente 600,000 pesos emitidos por el gobierno provisional y 3.700,000 de emision republicana.

Semejantes medidas tan oportunas en sí mismas, suscitaron violentas borrascas contra el espíritu que las habia dictado, y los enemigos del pontificado, aprovechando esta circunstancia para agitar las pasiones revolucionarias, hicieron

cargos á la comision de gobierno de una situacion de cosas existente antes de que se encargase con las riendas del Estado de la funesta herencia de la República. En efecto, los vales republicanos perdian en el descuento las dos terceras partes de su valor efectivo.

Jamás el papel moneda, uno de los mas crueles azotes de las conmociones políticas, desaparece enteramente de la circulacion sin sufrir inevitables reducciones, y aun muchas veces sin ser completamente anulado. Desde 1792 á 1796 emitiéronse en Francia 45,500 millones de libras, y esta exorbitante suma despues de haber sufrido enormes operaciones, de haber sido reducida á 800 millones, fué como es sabido, enteramente abolida. En 1810, el Austria tenia billetes en circulacion por la suma de 1060 millones de florines, y con decreto de 20 de febrero de 1811 quedaron reducidos á 20 por 100: en 1798 el Piamonte tenia en circulacion 67 millones de libras en vales de crédito y 41 millones de moneda de alegacion, y el gobierno provisional establecido por los franceses redujo de dos terceras partes el valor del papel moneda y de un tercio el de la moneda de alegacion, con decreto de 19 de diciembre del mismo año.

En la misma Roma y en el año 1798, habia cédulas en circulacion por la suma de 14 millones de escudos á corta diferencia; á mediados de febrero, época de la promulgacion de la República, dichas cédulas perdian al ser cambiadas en moneda un 67 por 100; los generales Berthier, Dallemagne y Macdonald, que tuvieron sucesivamente el mando, promulgaron varias leyes para acreditarlas, reducirlas y cambiarlas en asignados, hasta que por fin en 26 de marzo de 1799, el general Dufresne dispuso que los asignados que en aquel tiempo se tomaban á un 20 por 100 de su valor nominal, cesasen de contar desde el dia 4 de mayo de tener valor monetario, y que las cédulas fuesen abolidas para siempre.

Así pues, las disposiciones acordadas por la nueva comision de gobierno, no solo quedaban autorizadas por las necesidades de la situacion financiera, sino que tambien se justificaban con actos y antecedentes de idéntica naturaleza.

En aquel entonces Mazzini, que habia recobrado su título de triunviro depuesto por un instante en aras de la patria, Mazzini que se consideraba revestido aun del poder soberano y la autoridad suprema sobre Roma, fulminó contra los franceses la siguiente escomunion en forma de proclama:

« A los Romanos!

» Vuestros hermanos de Lombardía, de esa tierra cuyos hijos dieron en 1848 la señal de la insurreccion y de la victoria, absteniéndose de cigarros austríacos, os gritan: ¡Italianos, rechazad los productos de la Francia! y ojalá ciudadanos romanos que estas palabras que tan general eco hallaron en los demás puntos de la patria italiana, resuenen fuertemente en vuestros oidos y llenen vuestros corazones de patriótico entusiasmo; ojalá que sean un solemne testimonio de que queda roto todo lazo moral, económico y regular entre opresores y oprimidos hasta el dia de la resurreccion de la libertad comun. Absteneos pues y no admitais entre vosotros los productos fabriles, los vinos, los libros, en una palabra, cuanto viene de Francia; romped con aquel pais toda relacion mercantil, y cuando sus hijos os ofrezcan los objetos de su comercio, mostradles vosotros el sepulcro de los mártires republicanos, y decid á aquellos hombres sedientos de oro: Estos géneros están manchados de sangre; estos géneros vienen del mismo pais de donde vinieron los cañones que dieron muerte á nuestros hermanos, y los verdugos de nuestra República. Corrompida por el egoismo y la sed de riquezas materiales, la Francia no es otra cosa que una vasta tienda de mercancías.

» Sí, romanos; al saberse en París que la bandera francesa habia reemplazado sobre los cadáveres de nuestros amigos y en nombre del papa rey, á la bandera de Dios y del pueblo, los fondos franceses subieron; herid pues en sus intereses á aquellos ávidos especuladores; mostradles que tarde ó temprano el crímen atrae sobre su autor la miseria y la infamia. ¡Fe y constancia! Dios precipitará los destinos de los que han hollado los derechos de la humanidad.

» Por el triunvirato,
» MAZZINI. »

No tardó Pasquino en parodiar tan insensata proclama, y prescribió á los romanos que *se vistiesen de salvages* para vergüenza de la moda parisiense; qne no fuesen al teatro para no aplaudir las obras maestras traducidas del francés; que reemplazasen con la cenagosa agua del Tíber los vinos de Borgoña, de Burdeos y de Champagne, y finalmente que se negasen á admitir las monedas de oro y de plata del ejército francés, las únicas que se veian en la ciudad desde la marcha de las bandas revolucionarias.

A pesar de esto, los fanáticos de Mazzini, si bien no llevaron su abnegacion hasta el punto que este deseaba, advirtieron á las señoras de Roma que se espondrian á graves insultos en caso de continuar frecuentando los establecimientos públicos á que concurrian los oficiales del ejército espedicionario.

El café Nuevo, abierto de nuevo desde muy poco tiempo bajo el nombre de café Militar francés, se hallaba especialmente comprendido en dichas amenazas de violencia, mas las damas que recibieron semejante advertencia, lejos de temerla, aprovecharon aquella ocasion para rehabilitar el valor en una ciudad en que por tanto tiempo y siempre en vano se habia

pedido energía á los hombres, y ostentando vestidos y modas de Francia concurrieron en gran número al café cuyo acceso les habia sido prohibido. Los mazzinianos se vengaron de un modo infame, pues hicieron circular y llevar á domicilio nombres de mugeres y las señas de varias habitaciones advirtiendo á los oficiales que allí encontrarian los secretos placeres que se hallan en el seno de las grandes ciudades; de este modo, las señoras mas honradas de Roma recibieron visitas cuyo motivo, si bien vergonzoso, sirvió para poner mas en relieve el brillo de su virtud.

Mientras que los revolucionarios, valiéndose de medios indignos protestaban en Roma contra la espedicion del ejército francés y la ocupacion de los Estados romanos, sus hermanos de Francia protestaban tambien por su parte con oratorios discursos y efectos de tribuna; y los principales oradores de la Montaña agitaban de nuevo la cuestion romana para echar en cara al gobierno francés actos que serán su gloria.

En la sesion del 7 de agosto suscitóse tan irritante polémica, y en ella vióse á un hombre luchar solo contra los argumentos de los oradores montañeses y anonadar con sus palabras los lugares comunes inventados por la ira contra la religion y la sociedad, consiguiendo la elocuencia de M. de Gallaux una nueva victoria contra el genio de la revolucion.

El ministro estuvo verdaderamente sublime, cuando contestando á un discurso de M. Julio Favre, esclamó: «Se pretende acusarnos en nombre de lo que hay mas vibrante en el sentimiento nacional, en nombre del sentimiento militar: se dice que hemos hecho pasar la espada de la Francia á las manos del Austria. No, no es esto lo que hemos hecho; hemos negado, sí, á Mazzini la espada de la Francia, porque no hemos querido que la empuñasen las manos que habian blandido ó celebrado el puñal.

» No; la espada de la Francia ha permanecido en las ma-

nos francesas mas dignas y valerosas, y la Europa entera las ha reconocido y saludado como á tales; la Europa entera ha visto en ellas las calidades caballerescas y generosas que se conocen ante todo y sobre todo, con el nombre de calidades francesas; nadie se ha engañado, á no ser el digno orador á quien sucedo en esta tribuna. »

En otra parte de su discurso, restableciendo los hechos en el terreno de la verdad, añadió:

« He dicho que Roma bendijo á sus libertadores, y me hubiera admirado el que así no hubiese sucedido; pues ¿quereis que os diga la diferencia que media entre la situacion en que vosotros deseabais colocarla y la situacion en que la colocamos nosotros? Vosotros queriais hacer de Roma una república aislada en medio de poblaciones que no la adoptan ó que la rechazan abiertamente; queriais colocar á esa república entre todas las presiones italianas, entre la Toscana, el Piamonte y Nápoles; queriais dejar frente del Austria á una república aislada, por todas partes amenazada, y comparable apenas con los mas vulgares Estados que se enumeran en Europa. Este es el gran papel que destinabais á Roma.

» ¿Cual es el papel que nosotros le confiamos y que siempre ha desempeñado? No es seguramente el de República romana, cuyo peligro, cuya quimera y vanidad conoce; el puesto que queremos restituirle, es el que ocupa en el mundo hace diez y ocho siglos, el de capital de la república cristiana, universal, el de la primera ciudad del mundo. »

Despues de haber seguido y refutado paso á paso á los antagonistas de la espedicion francesa, el orador termina con estas palabras:

« Sin embargo, señores; antes de concluir debo manifestar que no quisiera haber subido á esta tribuna con el solo objeto de hacer la apología del ministerio y de la espedicion. Sí, incurrimos en una falta y no vacilo en confesarlo desde aquí, y

fué el no haber aprobado y doblado en 20 de diciembre la espedicion del general Cavaignac. Entonces era cuando debia reclamarse nuestra parte de accion, y de este modo habríamos evitado las desgracias que han sucedido en Roma, y la gran catástrofe de Novara. No lo hicimos, y declaro que segun mi opinion, cometimos una gran falta. Debimos ocuparnos de la accion de la Francia preparada por el general Cavaignac; mas no se hizo, repito, y esto porque cedimos al espíritu que representa M. Julio Favre y que tiene por desgracia muchos adeptos en la Asamblea constituyente. »

El triunfo del orador que en el gabinete habia tan eficazmente contribuido á la espedicion francesa, fué inmenso, y las varias órdenes del dia propuestas por la Montaña, fueron rechazadas por 428 votos contra 176.

Así que el gobierno pontificio, representado por la comision de los tres cardenales, hubo tomado en Roma un curso regular, el general en gefe partió para Gaeta, á fin de presentar al Sumo Pontífice los homenages del ejército francés y manifestarle la necesidad de su regreso inmediato á Roma. Acompañado del general Le Barbier de Tinan se dirigió en posta á Fiumicino, donde le esperaba el vice-almirante Trehouart; llegado allí se embarcó en el *Labrador* junto con muchos oficiales del ejército de tierra y de marina y con diferentes señoras francesas deseosas de inclinarse ante la magestad del desterrado Pontífice.

El sereno cielo de la Italia meridional, la tranquilidad del mar, el silencio de la noche, interrumpido únicamente por la escelente música del 36.º de línea, el objeto del viaje, daban á aquella nocturna travesía un carácter imponente y maravilloso.

En la bahía de Gaeta se encontraban varias fragatas españolas, francesas y napolitanas, prontas á obedecer las órdenes del sucesor de San Pedro. La ciudad ostentaba un aspecto de

fiesta; la artillería de los fuertes mezclaba sus alegres salvas con las detonaciones de los buques anclados en el puerto; los edificios públicos y las casas particulares, lo mismo que los mastiles y puentes de los buques, se hallaban profusamente iluminados.

Un dia de felicidad brillaba en la tierra del destierro, pues la reina de las Dos Sicilias acababa de dar á luz á la princesa Pia, del nombre de su augusto padrino, el Sumo Pontífice. Conducido al momento por el conde de Rayneval en medio de una gran parte de la guarnicion napolitana, puesta sobre las armas, el duque de Reggio, acompañado solo del almirante, fué admitido inmediatamente á la presencia de Su Santidad, quien se dignó saludarle con el título de libertador de Roma.

Despues de una audiencia de media hora, Pio IX autorizó al duque de Reggio para que le presentase los oficiales franceses, á los cuales el Santo Pontífice recibió con noble emocion, espresándoles el amor que por la Francia abrigaba y la admiracion que sentia por el valor y disciplina de nuestros soldados.

El general en gefe y los oficiales que le acompañaban se dirigieron luego al palacio del rey de las Dos Sicilias; Fernando II les habló con un interés tan benévolo como ilustrado, de todos los episodios de un sitio cuyas faces habia seguido como un esperimentado general. El augusto monarca tributó tambien á la marina los elogios que merecia, probando una vez mas en esta circunstancia que el servicio de la marina y el del ejército de tierra le eran igualmente familiares.

El dia siguiente por la mañana el duque de Reggio y sus ayudantes de campo oyeron con gran recogimiento el santo sacrificio de la misa que el mismo Pontífice celebró en su capilla privada, obteniendo en seguida el general una segunda audiencia particular, en la que despues de inclinarse como cristiano ante la suprema magestad del poder mas grande del mundo, entabló francamente la cuestion política.

En apoyo de los argumentos que deducia de la situacion de las cosas para demostrar la necesidad del pronto regreso de Su Santidad á la capital de sus Estados, redactó el duque en el mismo gabinete del ministro secretario de Estado, el cardenal Antonelli, una nota que es un verdadero monumento histórico: dice así:

«El regreso de Su Santidad á Roma es la cuestion que comprende y domina todas las demás; las calamidades morales y materiales que afligen á los Estados pontificios son grandes y reclaman remedios tan prontos como enérgicos, siendo la distancia que separa Roma de Gaeta un obstáculo que entorpece y paraliza la accion del gobierno.

» La presencia de Su Santidad en medio de sus súbditos seria un irrecusable testimonio de conciliacion y de olvido de lo pasado.

» Cuando el Sumo Pontífice se encargue de resolver directamente las dificultades, perderán estas gran parte de su complicacion y de su gravedad; los negocios serán entonces mas fácilmente estudiados y centralizados, y las resoluciones serán mas prontas y mas homogéneas.

» Preciso es reconocer que los diferentes ramos del servicio carecen en el dia de conjunto y de unidad, de lo que resulta un desacuerdo inevitable, y toda dilacion en la vuelta del Santo Padre á Roma no puede hacer mas que aumentar la incertidumbre de la Francia, mientras que la prolongacion de las miserias públicas alentará á las facciones dándoles nuevas armas contra el poder temporal del Papa.

» El gobierno pontificio, dirán, ha caducado ya, y ni siquiera tiene fe en su porvenir, pues aun con la cooperacion de las potencias católicas se reconoce impotente para llevar á cabo la obra de su organizacion.

» Tambien debe temerse que la calumnia trate de acreditar la voz de que Su Santidad vacila ante peligros imaginarios, y

de que no alimenta hácia sus súbditos la reciprocidad de afecto, manantial de felicidad así para el soberano como para el pueblo.

»Sin embargo, suceda lo que suceda, el ejército francés hará siempre y en todas partes su deber; permanecerá fiel á los hábitos de órden, de disciplina y de adhesion que le distinguen; mas téngase en cuenta que si los soldados de que aquel se compone deben reprimir solo desórdenes interiores, si la solicitud del Sumo Pontifice se ejerce con lentitud y en un porvenir lejano, la opinion de la Francia no verá con ojos favorables á la espedicion francesa en Roma.

»¿Qué hará entonces el gobierno francés? Lo ignoro. Sin embargo es un hecho incontestable, y mi deber es ponerlo de manifiesto, que el regreso de Su Santidad á Roma es imperiosamente reclamado por el interés público. A nuestro modo de ver, no hay en él peligro alguno, al paso que seria funesta toda dilacion.

»Movido por semejante conviccion, el infrascrito general en gefe espresa muy respetuosamente su deseo de que Su Santidad se digne honrar lo mas pronto posible á la ciudad de Roma con su presencia, tan ardiente como justamente deseada.»

Á estos argumentos que revelaban un cabal conocimiento de la situacion y que no debian tardar en justificar los acontecimientos, el Sumo Pontífice contestó, como lo habia hecho ya anteriormente á M. de Corcelles, con razones no menos plausibles:

«¿Cómo quereis, dijo, que olvide la naturaleza puramente moral de mi poder para comprometerme de un modo positivo, cuando no estoy aun resuelto sobre las cuestiones secundarias y sobre todo cuando me hallo frente á frente con una potencia de primer órden, cuyas exigencias no son para nadie un misterio? ¿Debo condenarme á sufrir aunque sea en

apariencia, la impresion de la fuerza? Si hago algo bueno, es preciso que mis actos todos sean espontáneos y que tengan la apariencia de tales. ¿Por ventura no conoceis mis inclinaciones? ¿no deben estas inspirar confianza? ¿No he dado á mis pueblos irrecusables pruebas de un amor y de una abnegacion llevadas hasta el sacrificio? La ingratitud, los dolores del destierro, las angustias del infortunio no han cambiado mi alma. En este momento no abrigo mas que un solo deseo así como no dirijo al cielo mas que una sola plegaria, que es la prosperidad de la religion, la felicidad de todos los pueblos en general, y en particular la de los hombres colocados mas especialmente por la Providencia bajo mi jurisdiccion.

»Á pesar de todo, pienso volver dentro de pocos dias á mis Estados, deteniéndome algun tiempo en Castel-Gandolfo en medio del ejército francés.»

El general Oudinot volvió á Roma con la promesa del próximo regreso de Su Santidad, y su primer cuidado fué inspeccionar por sí mismo los acantonamientos esteriores, observando que allí lo mismo que en Roma debian introducirse notables mejoras en el alojamiento de las tropas; para ello mandó á las municipalidades aprontar á nuestros soldados un número de camas suficientes así para los cuarteles como para los hospitales [1], disposicion de importancia estrema, pues llegada la estacion de las fiebres, la influencia de la *mal aria,* inofensiva durante el sitio, empezaba á estenderse de los habitantes al ejército.

En sus diferentes escursiones el general en gefe recibió inequívocas pruebas de reconocimiento y de amor; por todas partes, las autoridades y poblaciones saludaron en él al libertador de Roma y de los Estados pontificios, pues libres unas y otros de las trabas revolucionarias, podian manifestar libre-

[1] Véanse los documentos históricos, n.° 19.

mente sus votos y sus sentimientos. La municipalidad de Tivoli lo hizo de un modo digno de ella y del general á quien se complacia en llamar el libertador de Roma. [1]

En esto, el gabinete francés empeñado en el interior en la lucha revolucionaria, obligado á resistir continuamente á los ardientes enemigos de la sociedad, hallaba que la cuestion pontificia no se resolvia tan pronto como su impaciencia hubiera deseado, á pesar de la absoluta aprobacion dada últimamente á la energía militar del general en gefe y á la ilustrada habilidad de los diplomáticos. El teniente coronel Edgardo Ney, oficial de ordenanza del presidente de la República fué encargado de hacer público en la ciudad de Roma que la condescendencia del gobierno francés para con el de la Santa Sede tocaba á su término, y de anunciar su reemplazo al duque de Reggio; á este efecto, debia comunicar al nuevo general en gefe una carta altamente significativa concebida en estos términos:

«Querido Edgardo:

»La República francesa no ha enviado un ejército á Roma para aniquilar la libertad italiana, sino para encaminarla preservándola de sus propios escesos, para darle una base sólida, colocando de nuevo en el trono pontificio al príncipe que fué el primero en colocarse con resolucion al frente de todas las reformas útiles.

»Con sentimiento he sabido que las benévolas intenciones de Su Santidad, lo mismo que nuestra propia accion, permanecen estériles ante pasiones é influencias hostiles, que pretenden poner por base al regreso del Papa la proscripcion y la tiranía; decid de mi parte al general Rostolan que no debe

[1] Véanse los documentos justificativos, n.º 20.

permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa acto alguno susceptible de desnaturalizar nuestra intervencion.

»Al reasumir el poder temporal del papa, lo hago de este modo: *Amnistía general, secularizacion de la administracion, código de Napoleon y gobierno liberal.*

»La lectura de la proclama dada por los tres cardenales me ha afectado penosamente, viendo que no se hacia mencion del nombre de la Francia ni de los sufrimientos de nuestros valientes soldados. Todo insulto hecho á nuestra bandera ó á nuestro uniforme me llega al corazon, y os ruego que manifesteis que si la Francia no vende sus servicios, exige al menos que se le agradezcan sus sacrificios y su abnegacion.

»Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa, dejaron por todas partes como huellas de sus pasos, la destruccion de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad, y no se dirá que en 1849 un ejército francés ha obrado en otro sentido, ni ha sido causa de diversos resultados.

»Decid al general que dé gracias en mi nombre al ejército por su noble conducta. Con pena he sabido que ni aun materialmente era tratado como debia serlo, y es mi voluntad que no se omita medio alguno para establecer á nuestras tropas de un modo conveniente.

»Recibid, mi querido Edgardo Ney, los afectos de mi sincera amistad.

»Luis Napoleon Bonaparte.»

Dos dias antes de la partida de aquel oficial superior el ministro de la Guerra habia espedido al general Oudinot una comunicacion, diciendo que resuelta ya la cuestion militar de Roma, el efectivo del cuerpo espedicionario iba á sufrir una notable disminucion, y que por lo tanto, no estando entonces

el mando del mismo á la altura de la posicion del duque de Reggio, quedaba autorizado para volver á Francia.

Á su llegada á Roma, M. Edgardo Ney se dirigió sin pérdida de momento á la casa en que habitaba el general Rostolan, llamado al mando por su antigüedad; en aquella primera entrevista, el general se manifestó en estremo sorprendido de la mision agresiva que se le confiaba, y comprendió acto continuo las dificultades con que tropezaria el gobierno francés, repudiando instantáneamente una conducta tan firme como conciliadora, que honraba á la vez á su predecesor y á nuestra diplomacia.

El duqne de Reggio habia sabido indirectamente la llegada del coronel Ney, no recibió su visita hasta á las doce del dia siguiente. Al verle el general en gefe, le echó en cara en términos severos, un retardo que era á la vez una falta de deferencia y un olvido de un deber militar. M. Edgardo Ney trató de escusarse diciendo que creia haber sido adelantado por el correo portador de las órdenes ministeriales, y dijo que suponia por otra parte que el general habria salido ya de Roma.

El general Oudinot replicó que no era aquella la primera vez en que se presentaba un hecho análogo. «Un dia, dijo, en marzo de 1811, en las fronteras de Portugal, un militar ilustre, despues de haber prestado inmensos servicios, se habia hecho culpable de graves actos de desobediencia, tanto que Massena, el general en gefe, vióse obligado á dar un grande ejemplo. Le retiró el mando del cuerpo de ejército qne marchaba á sus órdenes. Un jóven ayudante de campo recibió la penosa mision de llevarle la noticia de su destitucion y la órden de que esperase en España la decision del emperador, y el portador de tal mensage presentóse ante el gran capitan con las lágrimas en los ojos y con todas las señales de un profundo dolor. El primer movimiento del héroe fué una esplosion de cólera, el segundo un sentimiento de enérgica resignacion, y

tanto le enterneció el dolor del jóven ayudante, que olvidando su propia pena, se dignó consolarle con las mas afectuosas palabras: «Hijo mio, le dijo estrechándole con fuerza contra su pecho, mañana abandonaré á los valientes á quienes he conducido á la victoria tantas veces; pero hasta entonces permaneced á mi lado; esta noche dividirémos mi capa y este jergon.» Desde aquel momento el valiente general y el ayudante jamás olvidaron el recuerdo de aquel dia, el primero especialmente que no dejó de corresponder siempre con paternal solicitud al respetuoso cariño de aquel á quien se complacia en llamar su compañero de cama. El ilustre guerrero era el mariscal Ney, vuestro padre; el jóven oficial, era yo.»

El general Oudinot no se hacia ilusiones sobre el motivo de su destitucion, mas orgulloso por haber sido el providencial instrumento de una grande obra, sabia que la ingratitud no alcanza á oscurecer aquellos servicios cuya importancia y magnitud tienen á la opinion pública por juez. El libertador de Roma, el general que habia destruido el principal foco de la anarquía en Europa, cifraba, y con razon, toda su confianza en la imparcialidad de la historia, si bien no podia menos de afligirse al ver sustituir á ideas generosas y dignas de una gran nacion, una política peligrosa, amenazadora y opresiva.

Desde aquel momento era muy fácil prever que si aquella política no era cuanto antes desechada, seria causa de una guerra general, además de haber comprometido el éxito de todo, cuando las mas graves dificultades estaban ya allanadas, cuando se habia decidido el próximo regreso del Sumo Pontífice á su capital, y cuando finalmente los negocios de Roma parecian tocar á una feliz y pronta solucion.

La segunda entrevista del coronel Edgardo Ney con el general Rostolan fué igualmente grave; el general, escuchando únicamente los consejos de su conciencia y los del interés de su pais, dijo al enviado que no podia hacer pública la carta

que le habia entregado de parte del presidente de la república. «Este documento, añadió, no presenta carácter alguno oficial, y no tiene á mis ojos mas valor que el de una carta particular, íntima, de modo que no puedo autorizar su publicacion por dos razones: la primera porque no me ha sido entregada por una via constitucional, y la segunda porque creo en mi alma y en mi conciencia que entorpeceria las negociaciones diplomáticas, además de los muchos obstáculos que suscitaria. Creedme, coronel, no enseñeis á nadie esta carta y sobre todo guardaos de darle la menor publicidad.»

El teniente coronel no se manifestó convencido por aquellas palabras dictadas por un sentimiento de prudencia, y abandonándose á una vivacidad, reprensible bajo el punto de vista de la gerarquía militar, dijo que hacia responsable al general de las consecuencias de su negativa y de los acontecimientos de que la misma podria ser causa así en Roma como en París.

«Coronel, replicó con dignidad el general Rostolan, permitidme que os recuerde que nadie sino yo posee aquí el derecho de amenazar; las consecuencias de mi negativa no me espantan, y cuento con el general Changarnier para vencer el motin en París, así como cuento en mí para vencerlo en Roma, sea cual sea la bandera bajo que se presente.»

Aquella importuna carta produjo un deplorable efecto en la corte de Gaeta, y aumentó, no sin razon, los recelos de Pio IX legitimados en cierto modo por los equívocos á que desde el primer dia, parecia prestarse la política del gobierno francés. En el mismo momento, M. de Corcelles que recobraba su intervencion diplomática en Roma que interrumpiera desgraciadamente una grave enfermedad y M. de Rayneval que le sustituia en la capital del orbe católico, conocieron los múltiples embarazos que suscitaria á la diplomacia aquella incalificable imprudencia.

Los ministros plenipotenciarios reunidos en la conferencia

de Gaeta trataban ya de dirigir interpelaciones á la Francia sobre el sentido y objeto de la carta presidencial, cuando MM. de Corcelles y de Rayneval escribieron sin pérdida de tiempo á su gobierno manifestándole los peligros á que inevitablemente le arrastrarian las medidas violentas; participáronle la resolucion del gefe de la Iglesia, determinado á arrojarse en brazos del Austria, á marchar á América en caso necesario antes que sufrir la violencia moral con que se le amenazaba. Así pues la carta confiada por el presidente al coronel Edgardo Ney entrañaba primeramente un rompimiento y una guerra general despues.

Instruido el gabinete francés de la verdadera situacion de Roma, atemorizado por las incalculables consecuencias de una posicion llena de peligros, manifestó que la carta, única causa de las nuevas complicaciones de Italia, no era obra colectiva del ministerio, sino efecto de un arrebato irreflexivo, lanzado á través de las sombras de la política.

En vano el coronel hizo nuevas instancias; el general permaneció inflexible.

Mientras que innumerables copias manuscritas derramaban la carta presidencial en los cafés y demás sitios públicos, el general Rostolan escribió al ministro de la guerra esplicándole los motivos de su negativa y presentándole al mismo tiempo la dimision de general en gefe.

Su dignidad personal de acuerdo con intereses de órden mas elevado, prescribian al duque de Reggio no abandonar la Italia hasta despues de haber tomado todas las disposiciones relativas al afianzamiento de nuestra influencia en la Península; llenados estos deberes, dirigió al ejército la siguiente órden del dia:

« Oficiales, subalternos y soldados.

» Cuatro meses han transcurrido desde que abandonamos juntos el suelo de la patria.

» La grande y santa causa de la cristiandad en la Italia central reclamaba la intervencion de la Francia.

» Obstáculos de todas clases se oponian á nuestra accion; mas vuestras eminentes dotes militares y el eficaz ausilio de la marina, os ha permitido vencerlos.

» A fuerza de valor y de constancia habeis dado cima á una obra cuyo glorioso recuerdo perpetuará la historia.

» El ejército sólidamente establecido ahora en Roma y en sus cercanías, verá mny pronto disminuido su efectivo.

» Mi mision ha terminado.

» Entrego el mando en gefe al general de division Rostolan, el cual posee justamente toda vuestra confianza, y creo que jamás se la retiraréis.

» Los ejemplos de órden y de disciplina que dais incesantemente, no serán, no, perdidos para la Italia.

» Fieles á vuestro pasado, continuaréis sosteniendo con mano digna y firme la bandera á la que habeis dado un nuevo lustre.

» Al separarme de mis compañeros de armas, siento la necesidad de manifestarles que ni el tiempo ni la distancia, podrán jamás debilitar mi celo por sus intereses.

» Llamaré la atencion particular del gobierno sobre los militares de diferentes grados que han sido propuestos para obtener recompensas que no han recibido todavía, complaciéndome en repetir que todos, así oficiales como soldados, han manifestado el mas acendrado patriotismo en este hermoso pais de Italia, donde vuestros antepasados han dejado tan magníficas tradiciones y tan profundas simpatías.»

En aquel mismo dia el general Oudinot dirigió á los Romanos una proclama que puso aun mas en evidencia la inoportunidad de su destitucion [1]. Tres dias antes la comision mu-

[1] Véanse los documentos históricos número 21.

nicipal interina habia decretado, que, debiendo Roma á su libertador una recompensa proporcionada á la importancia de sus servicios, se le ofreceria una medalla con su efigie grabada en una de sus caras, y una inscripcion en la otra recordando el restablecimiento de la paz y la conservacion de los monumentos antiguos; ademas habia decidido que el decreto se esculpiese en una piedra que debia colocarse en el Capitolio, encima de su busto, en la sala de los Grandes *Capitanes*. Finalmente, un tercer decreto daba al general la calidad de ciudadano romano, trasmisible á sus descendientes. La comision municipal resolvió que se hiciese al general la entrega de tales actos por el Senador y de un modo solemne, y para ello, el dia 23 de agosto invitó al duque de Reggio, á los generales que se hallaban en Roma, al estado mayor y á todos los oficiales superiores, á asistir por la noche, á la iluminacion del Museo Capitolino, á cuya solemnidad asistieron tambien las principales corporaciones literarias, científicas y artísticas de la ciudad.

Despues de haber recorrido los vastos salones del Capitolio, el duque de Reggio, rodeado de la escogida concurrencia, entró en el que se encontraba de manifiesto el modelo de la piedra que se le consagraba [1]. La traduccion literal de la inscripcion latina que se leia en ella es la siguiente:

EN XII DE LAS CALENDAS DE SETIEMBRE DEL AÑO 1849 DE NUESTRO SEÑOR Y EL 4.º DEL PONTIFICADO DE PIO IX.

» Reunidos en el palacio del Capitolio los veinte administradores de la ciudad, se habló de Victor Oudinot, duque de Reggio, el cual venido en su calidad de general en gefe del

[1] Véanse los documentos históricos número 22.

ejército francés en Italia, para restablecer el poder pontificio y la libertad pública, dió cima á la obra, con acierto y felicidad, por su valor y el de sus soldados, habiendo sabido conquistar el afecto de sus conciudadanos. En memoria de esto se ha resuelto acuñar una medalla con la efigie del general para atestiguar los sentimientos del pueblo romano hácia el autor de la paz, y hácia el que ha conservado sus antiguos monumentos.»

El príncipe Pedro Odescalchi, senador y presidente de la comision municipal interina, mostró dicho monumento al general, le presentó escritos en pergamino los decretos que á él se referian, y dirigióle el siguiente discurso:

« Ilustre general.

» La comision municipal interina al declararos ciudadano romano, os ofrece el pergamino en que se halla escrito el decreto original mandando acuñar una medalla en honor vuestro: el decreto será colocado en el palacio de los Conservadores en la sala de los Grandes Capitanes entre los que no citaré mas que el célebre Marco Antonio Colonna, honor de Roma y de la Italia entera. En efecto, la municipalidad romana no podia tributaros este público testimonio de su gratitud sino en el recinto que encierra las colosales imágenes de los Escipiones, de los Marco Aurelios, de los Alejandros, de los Alcibíades, de los Corbulones y de los Pompeyos, cuyos altos hechos son objeto todavía de nuestra admiracion, y cuyas huellas seguís.

» Roma debe á vos y al valiente ejército francés grandes y señalados beneficios; vos la librasteis del enorme peso de los males que la oprimian; vos la habeis de nuevo sometido bajo el dulce y pacífico gobierno del inmortal Pio IX nuestro adorado Soberano, sirviéndoos de vuestras armas con tanta pru-

dencia, que al haceros dueño de esta ciudad, habeis respetado sus eternos monumentos y hecho admirar la disciplina de vuestros soldados.

» Sin embargo, las vicisitudes de las cosas humanas introducen siempre la amargura en el seno de los mayores goces y al regocijarse la municipalidad de Roma al conferiros hoy en la gloriosa colina del Capitolio, un honor que bajo todos conceptos os debe la gratitud de los Romanos, turba su alegría la idea de que vais á salir de Roma. Nuestro sentimiento solo puede compararse á los beneficios que os debe la ciudad eterna, y la esperanza que nos consuela es que aunque lejos de Roma, no por esto le seréis menos útil, y que en la grande capital de Francia, procuraréis hacer estables, los frutos que la misma Francia espera de vuestras gloriosas victorias.»

El general contestó á este discurso con las siguientes palabras, que pronunció con voz firme pero conmovida.

» Señores.

» Al colocar mi nombre en el Capitolio al lado de nombres inmortalizados por los siglos, me tributais una recompensa de tal modo desproporcionada á mis méritos, que quedaria confundido si tan insigne honor se dirigia á mi sola individualidad.

» Sin embargo, debajo de estas antiguas bóvedas habeis querido glorificar al ejército y á la misma Francia en la persona del general en gefe.

» Acepto pues, el testimonio de vuestra afectuosa estimacion, y la acepto en nombre de mis compañeros de armas que deben dividirlo conmigo.

» Durante la campaña, cuyo noble objeto era libertar á Roma, hemos puesto siempre en comun nuestros esfuerzos y nuestra energía; tambien hoy, soldados adictos á la misma

causa, participamos de un profundo sentimiento de amor hácia el pueblo que habita estas hermosas regiones. Roma, el centro de la civilizacion, no puede ser momentáneamente oprimida sin que se altere el órden social en todas partes, y su independencia es á la vez la primera condicion y la mas eficaz garantía de la paz del mundo.

» La ciudad eterna es ya libre, ha recobrado todo su imperio, y la autoridad temporal del Sumo Pontífice no es ya objeto de cuestion para nadie. Tan graves acontecimientos no podian tener lugar sin sacudimientos políticos, los cuales llevan siempre consigo calamidades que solo el tiempo y los constantes esfuerzos de los hombres de corazon pueden desvanecer. Falta pues, consolidar la obra de la regeneracion, obra que seria peligroso dejar incompleta; para ello jamás apelaréis en vano á la disciplina y abnegacion del ejército francés.

» En cuanto á mí, señores, así de lejos como de cerca, así en Paris como en Roma, soy enteramente vuestro.

» Acabais de conferirme carta de naturaleza, y estad seguros de que me esforzaré en llenar los grandes deberes que la misma me impone.

» Desde ahora, me considero como Franco-Romano, y me complazco en manifestar ante los grandes hombres que desde lo alto del cielo presiden tan imponente solemnidad, que cifraré eternamente mi felicidad y mi gloria en consagrar todas mis facultades al servicio de Roma, mi inmortal y segunda patria.»

En el gran salon se hallaba servida una magnífica cena, y en medio de otras muchas mesas, habia una con veinte y cuatro cubiertos, dispuesta con esquisito arte; en el centro y como adornos veíanse el Hércules de Busalto, los dos Centauros del Furietti, el Júpiter y el Esculapio. En los postres el general Oudinot brindó por *Su Santidad y la ciudad de Roma*, y

el príncipe Pedro Odescalchi por *el general en gefe y el victorioso ejército francés.*

Al retirarse ofrecióse un magnífico espectáculo á las miradas del duque de Reggio. Fuegos de bengala de diferentes colores iluminaron repentinamente la fachada del palacio senatorial y la elevada torre del Capitolio.

Por su parte el pueblo romano, y especialmente los habitantes del barrio de Transtiver, tomando la iniciativa de una demostracion no menos halagüeña, abrieron una suscripcion para ofrecer al general una espada de honor, cuya preciosa muestra de gratitud al mismo tiempo que era obra maestra del arte, llevaba la siguiente inscripcion:

AL GENERALE OUDINOT, DUCA DI REGGIO, GLI AMICI DELL' ORDINE IN ROMA, ANNO MDCCCXLIX.

Al mismo tiempo los Lyoneses se apresuraban á abrir una suscripcion con objeto de ofrecer al duque de Reggio una espada de la que el general puede envanecerse justamente, pues aquella arma de honor es una obra artística admirable y un monumento del catolicismo de la segunda capital de Francia.

En semejante estado de cosas, la destitucion del general en gefe fué una falta y una desgracia, que así los romanos como el ejército francés deploraron amargamente, pues si este perdia un gefe estimado por todos, quedaban aquellos privados de su decidido protector. Con el objeto de consolidar las relaciones entre los habitantes y los soldados, el duque de Reggio habia tomado las medidas necesarias para que pudiesen ejecutarse en grandes proporciones, simulacros y fiestas militares, al mismo tiempo que guiado por el interés general, deseaba hacer desaparecer de la ciudad las huellas de las pasadas calamidades; la parte de las murallas que la artillería habia derribado, debia ser reparada bajo la direccion del cuerpo de

ingenieros, y estos trabajos que habrian dado ocupacion á gran número de brazos desocupados, hubieran hecho inespugnable la ciudad ocupada por nuestras tropas.

El general salió de Roma el dia 25 de agosto y se dirigió á Gaeta para despedirse del Papa; la entrevista duró mas de una hora y despues de haber sido recibido muy afectuosamente por Su Santidad, el general le manifestó su modo de ver sobre la situacion general, y reiteróle sus instancias para que volviese á su capital. En aquel entonces sabíase vagamente en Gaeta que el teniente coronel Edgardo Ney habia llevado á Roma varias instrucciones acerca de la política que debia seguirse, y semejante paso inquietaba profundamente á la corte pontificia, á la de Nápoles y á los diplomáticos extrangeros. El general Oudinot en nada debia intervenir ya, mas á pesar de esto no omitió esfuerzo alguno en interés de la Francia, para atenuar en lo posible unos temores cuyas consecuencias podian ser muy funestas. « General, le dijo Su Santidad, vuestro nombre estará en adelante unido íntimamente con el mio; la historia no podrá elogiar cual es debido, la grande empresa á la que habeis dado cima con tanta energía como prudencia; ahora terminaréis vuestra obra en Paris, y mi paternal bendicion se estenderá siempre sobre vos y sobre todos los vuestros.»

El Sumo Pontífice despues de crear especialmente para el general en gefe una clase aparte en la órden de Pio IX, le habia entregado las insignias de ella cuando su primer viage. Los preciosos diamantes que formaban la placa, le habian sido regalados bajo otra forma por el Gran Señor de la Puerta Otomana. Ademas, habia autorizado al general para que le propusiese para las condecoraciones de las órdenes de Pio IX y de San Gregorio el Magno, á los oficiales, subalternos y soldados, así del ejército de tierra como del de mar, que mas se hubiesen distinguido, prometiendo por fin mandar acuñar

para cada soldado una medalla conmemorativa de bronce.

El duque de Reggio visitó en seguida al rey de las Dos Sicilias, el cual le recibió con no menos afecto que el Sumo Pontífice, y le entregó el gran cordon de la órden de San Javier.

El general salió de Nápoles para Marsella el dia primero de setiembre á bordo de la fragata *El Labrador*, la que habia izado su pabellon en circunstancias muy diversas, terminando de este modo una mision cuyos resultados tan gloriosos fueron á pesar de tantas dificultades. Casi todos los soberanos y los hombres mas distinguidos de Europa dirigieron al general Oudinot honrosas felicitaciones, limitándonos nosotros á reproducir dos cartas entre las mas significativas; una del emperador de Rusia y otra del mariscal Dode de la Brunerie. La primera, escrita por un príncipe, gloria viva de la monarquía, por un soberano que la Providencia en sus misteriosos designios, parece haber reservado para salvar á la Europa del cataclismo revolucionario, está concebida en estos términos:

» GENERAL.

» He visto con placer vuestras operaciones contra el partido anárquico que habia cubierto de ruinas y desolacion la ciudad de Roma.

» La mision que debiais llenar era delicada en estremo, mas reconozco con placer que en la parte cuyo éxito podia depender de vuestra conducta personal, habeis tomado por guia un laudable y moderado espíritu de conciliacion.

» El papel desempeñado por el ejército francés, ha sido tan brillante como honroso, y bajo vuestras órdenes ha dado pruebas de una disciplina igual al valor que mostrara en los combates.

» Si mi opinion puede añadir alguna satisfaccion á la que

debe experimentar vuestra conciencia, me es muy agradable manifestároslo así, reiterándoos al mismo tiempo la seguridad de mi afectuosa estimacion.

» NICOLÁS.

» Palacio de Gatchina, 10 de octubre de 1849.»

En la segunda carta, el mariscal Dode de la Bruniere decia:

» MI QUERIDO GENERAL.

» . . . . . Durante el curso de vuestras operaciones delante de Roma, he tenido varias veces la ocasion de repetir, que en mi larga carrera militar jamás habia visto á un general frente á frente con una situacion tan complicada, bajo todos conceptos, como la que teniais que vencer; esto equivale á deciros cuánto aprecio las altas calidades que habeis tenido que manifestar para salir de ella tan gloriosa como prontamente. La insuficiencia de los medios de que disponiais, considerando los obstáculos que debian allanarse, las consideraciones imperiosamente reclamadas ante la capital del mundo cristiano y de una gran poblacion sufriendo el mas humillante terrorismo, las complicaciones de la diplomacia mezclándose en la direccion de las operaciones militares mas delicadas y difíciles de llevar á buen término; todo formaba un conjunto de dificultades que vuestra sagacidad, prudencia y energía os han permitido desvanecer.

» Me complazco en creer que los varios generales puestos á vuestras órdenes, animados del mismo espíritn que su general en gefe, os han secundado eficazmente, y con grande gozo he visto que el cuerpo de ingenieros, al cual me unen y unirán siempre los lazos del corazon y del agradecimiento, ha tenido

su buena parte en los gloriosos episodios que han señalado el sitio de Roma.

» No es todo á vos, mi querido general, á quien confío estas ideas y sentimientos; varias veces he tenido ocasion de manifestarlos al presidente de la República..... Ahora como nunca el espíritu de partido lo pervierte y lo desnaturaliza todo, y á mis ojos una de las mayores glorias de nuestro ejército es haber seguido como siempre la bandera del deber y del honor, sin inmutarse por los clamores revolucionarios que intentaron y que tan funestos resultados han producido en otras naciones. Con esto quiero decir, que tranquilo en vuestra conciencia y feliz por haber llenado la mision que se os confiara, debeis desatender las erróneas é injustas apreciaciones de que ha podido ser objeto la espedicion de Roma en ciertas publicaciones ó por parte de ciertas personas. A medida que el hombre se eleva, mi querido general, debe estar dispuesto para recibir los tiros de la envidia y de las rivalidades, y solo así, es permitido tener mérito; el general Bonaparte sentia y espresó bien este sentimiento de indignacion cuando al separarse de nosotros en Egipto, escribia en las instrucciones que dió al general Kleber, su sucesor, la siguiente frase, que varias veces os he repetido: » Acostumbrado á no ver mas que la opinion de la posteridad la recompensa de las penas y de los trabajos de la vida, abandono el Egipto á pesar mio, etc., etc. . . . . .»

Nada añadiremos á estos documentos históricos que constituirán la eterna gloria del general que los escribió.

CAPÍTULO XI.

El general Rostolan toma el mando del ejército. — El gobierno francés le suplica que retire su dimision. — El Papa en Portici. — Bella conducta de las tropas francesas. — Hechos varios. — *Motu proprio* del 19 de setiembre. — Cuestion romana. — Borrascas parlamentarias. — Triunfo de la elocuencia. — Efecto producido en Portici por la votacion del 13 de octubre. — El general Baraguay-D'Hilliers toma el mando en gefe del ejército espedicionario. — Marcha del general Rostolan. — Primeros actos del nuevo general en gefe. — Ejecuciones militares. — Daños causados por el sitio. — Recompensas.

Luego despues de la marcha del duque de Reggio, el general Rostolan se encargó del mando en gefe del ejército francés, segun le correspondia por su antigüedad y por sus eminentes servicios, continuando confiada á M. de Corcelles la direccion política y diplomática. El primer acto del general fué dirigir á los Romanos la siguiente proclama:

» HABITANTES DE ROMA.

» Hace dos meses que vuestra ciudad sufria la opresion del terror y de la anarquía.

» Las tropas francesas han entrado en Roma, y os han tratado como amigos; el órden y la tranquilidad han sido restablecidos y la bandera del Sumo Pontífice ha ondeado en las murallas de la capital, saludada por vuestras entusiastas aclamaciones augurio de un porvenir mejor.

» Desde entonces, el ejército de la Francia no ha cesado de

ser el ejemplo de la moderacion, de la justicia y de la generosidad.

» La conducta de nuestros soldados será para vosotros una clara espresion de los afectuosos sentimientos que alimenta la Francia hácia el Sumo Pontífice y hácia el pueblo de los estados romanos.

» Llamado hoy al mando en gefe del ejército, me envaneceré continuando la noble mision, tan bien empezada por él.

» Mientras he desempeñado mis funciones de gobernador de Roma, he podido apreciar el amor que profesais á vuestro Soberano, y el respeto que sentís por sus virtudes; he podido conocer vuestros deseos, vuestras esperanzas. Mis esfuerzos todos tenderán incesantemente á la realizacion de vuestros votos, y mi mayor título de gloria será el haber sido elegido para continuar la obra de pacificacion emprendida por el gobierno francés para vuestra dicha y prosperidad.»

Mientras M. de Corcelles se aplicaba por una parte en calmar los recelos de la corte de Gaeta, y por otra, en solicitar de Pio IX algunas medidas, que sin parecer impuestas por la violencia, satisfaciesen en ciertos puntos, las exigencias del gobierno francés, la nueva actividad tomada por este frustró los cálculos de la diplomacia y comprometió el seguro éxito de sus conciliadoras negociaciones. En efecto, abandonando el gabinete francés su neutralidad, y revocando sus primeras manifestaciones, asocióse á la voluntad del gefe del Estado, convertia en cierto modo en un *casus belli* una sencilla cuestion de amor propio, y exigia la insercion de aquella carta en el diario oficial de Roma.

Semejante resolucion hizo que quedase todo en suspenso: aplazóse la publicacion de un *motu proprio* Pontificio lo mismo que la de un decreto de amnistía prometidos ambos por Su Santidad.

Mejor colocado que todos los demás para apreciar los ver-

daderos intereses de la Francia, M. de Corcelles de acuerdo con M. de Rayneval, fiel á la línea de conducta que desde un principio se trazara, escribió por segunda vez á su gobierno escitándole á renunciar á una política de presion que no podia dar buenos resultados. Además tomaba sobre sí la responsabilidad de emprender la publicacion de la carta, y decia estar pronto á presentar su dimision en caso de que el gabinete persistiese en su resolucion. Mientras esperaba una contestacion logró tambien que el cardenal Antonelli escribiese acto continuo á la comision compuesta de tres cardenales que residia en Roma, encargándole que en caso de que contra todas las prevenciones se hubiese publicado la carta, no abandonasen sus puestos hasta á haber consultado al Papa, y por su parte escribió al general Rostolan reasumiendo sobre sí toda la responsabilidad y escitándole si era tiempo todavía á suspender la insercion pedida.

El general acababa de recibir una comunicacion del presidente del consejo en la que M. Odilon Barrot se negaba á aceptar su dimision y le encargaba que mandase publicar la carta del presidente traida por el coronel Edgardo Ney; mas el general Rostolan contestó acto continuo que existiendo todavía los motivos que le habian obligado á dimitir el mando, persistia en pedir su reemplazo. Luego entrando leal y francamente en la cuestion política, como soldado que nunca habia transigido con su deber, dijo que jamás se asociaria á un acto que además de ser injusto, daria por resultado incendiar á la Europa por sus cuatro costados. Segun su opinion, conforme con la de la diplomacia, la publicacion oficial de la carta del 17 de agosto debia producir la guerra general, y como esta no podia menos de ser fatal á las ideas de órden que empezaban á recobrar su imperio, concluia diciendo, que amaba demasiado á su pais para lanzarle en tan peligrosa senda.

El general en gefe tenia razon; el dia en que el programa

del presidente de la república francesa, perdiendo su carácter privado, hubiese querido dominar la cuestion romana, habria sido causa de una guerra terrible; la marcha de Roma de la comision gubernamental habria sido su consecuencia inmediata; y la ominosa resistencia de M. de Corcelles y del general Rostolan, dando tiempo de que prevaleciesen mejores reflexiones, preservó á la Francia y á la Europa de acontecimientos de trascendencia incalculable. La historia lo consignará así.

Algunos oficiales del ejército espedicionario, informados de la resolucion definitiva de su general en gefe, le visitaron en gran número para rogarle que no diese su dimision: mas el general si bien conmovido por sus instancias, contestó que jamás habia transigido con un sentimiento de honor y que lo consideraba empeñado en la cuestion: «No tengo mas que una conciencia, señores, les dijo; y la guardo; si tuviese dos, veríamos. Advertid que es necesario que mi conciencia hable muy alto para que me decida á separarme de un ejército tan disciplinado y de oficiales tan valientes. Solicitando mi reemplazo, he hecho el mayor sacrificio que pueda hacer un soldado.»

En esto, el Sumo Pontífice se disponia á marchar al real castillo de Portici (*) donde el rey de las Dos Sicilias, continuando su admirable obra de hospitalidad, le habia hecho

(*) Portici dista de Nápoles cuatro millas, las cuales tomando el camino de hierro de Nocera y Castellamare se recorren en 10 minutos. Fernando II destinó para albergar á Pio IX aquel Real sitio cuyo palacio dispuso fuese adornado lujosamente. Este se halla al estremo de la poblacion. Cárlos III lo mandó construir bajo los planos del arquitecto Antonio Cannevari, accediendo, segun parece, á los deseos que la reina su esposa manifestó de poseer una morada en aquel agreste empero delicioso y pintoresco sitio, en el cual á causa de una borrasca tuvo que tomar tierra cierto dia la familia real al regresar embarcada de

preparar lujosas habitaciones. Pio IX salió de Gaeta el dia 4 de diciembre á las ocho y media de la mañana, despues de haber residido allí nueve meses, nueve dias y nueve horas; acompañado de los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camarlengo, Arquini, Piccolomini, Riario Sforza, arzobispo de Nápoles, y de monseñor Garibaldi, su nuncio en Nápoles, Su Santidad se embarcó en una chalupa con el rey Fernando II y S. A. R. el conde de Trápani, siguiendo en otros muchos botes los demás miembros del Sacro Colegio. Al abandonar la orilla la chalupa real, los buques napolitanos, franceses y españoles izaron el estandarte pontificio en medio de las aclamaciones de los marineros que escalonados en las vergas, hicieron resonar los aires con calurosos vivas. Pio IX el primer Papa que se habia embarcado en un buque de vapor, de-

Castellamare. El rey satisfizo con ello al propio tiempo su estremada aficion á la caza, puesto que esta abundaba allí sobre manera.

Habiendo insinuado al rey los arquitectos émulos de Cannevari, varios palaciegos y otros cortesanos, lo inconveniente y muy peligroso que era el construir un palacio sobre las cenizas y lava del Vesubio el cual con sus erupciones habia cubierto el primitivo terreno; asegúrase que el gran Cárlos III dió por única respuesta: *la Madonna e San Gennaro ci penseranno.*

Este palacio tiene la particularidad de que la carretera de Nápoles entra por él por tres arcos por el lado de occidente y al opuesto sale por igual número. En el interior del átrio del edificio, arrancan varias escaleras que conducen al piso segundo. En las dos fachadas mayores, que son la del septentrion y la del mediodía y que tienen dos pisos, aparecen en cada una once ventanas, y además en las mismas dos fachadas tres arcos abren paso á los deliciosos jardines. Estos tienen cuatro millas de circuito estendiéndose hácia la colina y el Gronotello, y están poblados de gran diversidad de árboles y de esquisitas flores y frutas. Los carruages pueden circular libremente por la parte superior del bosque que al efecto está cortado por anchas calles.

Una gran escalera de preciosos mármoles de colores guia por medio

bia hacer el viaje en la fragata napolitana *el Tancredo*. Los oficiales le recibieron con la frente descubierta y la rodilla en tierra. Un instante despues dióse la señal de partir y la artillería de la plaza saludó al Pontífice con ciento y un cañonazos.

La escuadrilla católica marchaba en el órden siguiente:

El Tancredo.

El vapor de guerra español *Colon*, llevando á su bordo al general en gefe Córdova, al vicealmirante Bustillos y á los demás gefes del ejército espedicionario español.

El vapor francés *Vauban*, el vapor español *Castilla* y el vapor napolitano *il Delfino*. La reina de las Dos Sicilias, los príncipes y las princesas montaban la fragata de vapor *Guiscardo*.

de dos ramos, desde la entrada principal del palacio al primer piso. Segun refiere el apreciable escritor Sr. D. José Gutierrez de la Vega, al cual ya hemos tenido ocasion de citar anteriormente en alguna de nuestras anotaciones, este palacio al principio fué adornado con los objetos estraidos de las escavaciones del Herculano, hasta que se trasladaron al museo Borbónico: añade que posteriormente se ornaron sus paredes con preciosas labores de la fábrica de San Leucio y con algunos lienzos de la escuela napolitana; que por encargo del fundador, vinieron á embellecer las salas del mismo palacio unos hermosos tapices de la fábrica de Gobelins que hoy se admiran en Palermo y en Caserta, los cuales representan las mas chistosas escenas de D. Quijote de la Mancha; y que entre los cuadros principales que adornan sus salones, se distinguen un retrato de Napoleon, de cuerpo entero, con trage imperial, otro del general Murat, otro de Letizia Ramolino, madre de Bonaparte, debidos al pincel de Gerard; y otro de Massena pintado por Vicar: y por fin, añade, que hay una sala cuyas paredes están cubiertas de arriba abajo de espejos y de labores de porcelana imitando flores, cuyas infinitas piececitas pueden descomponerse y ajustarse en la misma forma.

(Nota del Traductor.)

Despues de admitir á la tripulacion á besar el pié, Pio IX descendió en el oratorio del buque para bendecir y aplicar indulgencias á la imágen de la Vírgen.

Al atravesar el canal de Prócida (*), el *Tancredo* se vió de repente rodeado de un centenar de lanchas llenas de hombres que agitaban banderas con los colores de Pio IX y que hacian resonar el aire con entusiastas aclamaciones. En los ojos del Santo Padre brilló una lágrima al levantar la mano para bendecir á aquellos marineros de tez bronceada. Mas lejos, al presentarse el *Tancredo* á las dos de la tarde en las aguas de Chiaja, el navío inglés que se encontraba anclado en ellas izó el pabellon pontificio, saludándole con veinte y un cañonazos. Los buques todos del puerto izaron la misma bandera é hicieron igual saludo, mientras que los fuertes y las baterías de la capital disparaban su artillería. El *Tancredo*, marchando con la mitad de la fuerza de su máquina, rasaba la playa, á fin de que Su Santidad pudiese apreciar en su conjunto y en

(*) Este canal ó brazo de mar, tiene de cuatro á cinco millas de ancho. Toma nombre de la isla de Prócida, que allá en los tiempos antiguos corrió la misma suerte que todo el continente. Apreciada por los romanos como un depósito de placeres, la designaba Juvenal con el nombre de Puerta Baja, ribera encantadora, y retiro amenísimo. El famoso Juan de Prócida, autor de la lamentable conjuracion de las Vísperas Sicilianas, fué señor de la isla. Cárlos II de Anjou la conservó en su poder hasta que en virtud del tratado de paz firmado entre este y Jaime de Aragon, rey de Sicilia, volvió al legítimo poder del último. La estension de la isla es de cuatro á cinco millas; la situacion de sus casas, entre amenas colinas que van en declive y á manera de anfiteatro á terminar á la orilla del mar, ofrecen una agradable perspectiva. Fernando I de Nápoles elevó Prócida al rango de ciudad en 1792. En toda la isla no existe ningun monumento notable. Solo se levanta orgulloso sobre una elevada peña un desmantelado castillo cuya vista recuerda al abominable Juan de Prócida ya citado. Es tradicion que en remotísimos tiempos estaba unida á la isla de Ischia, empero la com-

sus detalles el magnífico panorama de Nápoles, y la inmensa multitud agrupada en la orilla podia distinguir en el puente de la fragata y en medio de su séquito, la blanca sotana del gefe de la Iglesia y la alta talla del rey de las Dos Sicilias, así como el Papa y el monarca podian oir los vivas que salian de todos los puntos de la rada, mezclados pero sin confundirse, con las estrepitosas detonaciones de la artillería.

Llegada la escuadrilla á Granutello, todos los buques se empavesaron y ejecutaron nuevas salvas; el lugar señalado para el desembarco estaba ricamente adornado, y en él esperaban á Su Santidad SS. AA. RR. el conde de Aquila, el príncipe de Salerno y el infante de España D. Sebastian. Los carruages de la corte se encontraban allí, rodeados de numerosos destacamentos de guardias reales de á caballo y de á pié, y los granaderos de la guardia formaban un doble cordon en el camino que conduce al palacio de Portici; los habitantes de la ciudad, luciendo sus mejores trages, llenaban los aires con

pleta diversidad de los terrenos da á conocer que esto no pasa de ser una suposicion trasmitida de una á otra generacion. Cuéntanse en Prócida de seis á siete mil almas. Antiguamente abundaban mucho los faisanes, cuya caza estaba reservada al rey. Los sotos de esta isla están plagados de perdices y otras aves. Los habitantes de Prócida tienen fama de ser los mas diestros marinos de Italia. El trage de las mugeres es elegante y caprichoso y por el estilo griego. Adornan su cuello gruesos granos de oro, de coral y de perlas de bastante valor, y sus orejas con enormes pendientes, que por lo comun son finísimas perlas, con una piedra preciosa en el centro. Su peso es tan escesivo que muchos de ellos lo tienen hasta el de diez y seis onzas, por lo cual deben sostenerlos con el ausiliar de unos cordoncillos atados por encima de la cabeza. En los dias de solemnes festividades, que es cuando lucen mas sus galas estas lindas isleñas, es un gusto ver como corren presurosas á ostentar su ligereza y donosura en algunas danzas al sonido de un tímpano que las invita á tan placentera diversion.

(Nota del Traductor.)

sus aclamaciones; las campanas de las iglesias echadas á vuelo dejaban oir sus alegres sonidos, mientras que el estrépito del cañon dominando estos varios ruidos, confundia en uno solo tantos transportes de amor y de alegría.

Al bajar del carruage Pio IX se dirigió á la capilla donde se hallaban reunidos los cardenales con objeto de cantar un Te-Deum y recibir la bendicion del Santísimo Sacramento (*).

(*) No será por demás trasladar aquí algunos pormenores que el señor Gutierrez de la Vega describe en su obrita *Viajes por Italia con la espedicion española*, referentes al que Pio IX hizo desde Gaeta á Portici, y en el cual dicho escritor formó parte de la comitiva.

« Aun no hacia cuatro dias que habíamos regresado á Velletri cuando un ayudante de campo del general Córdova llegó á despertarnos á las ocho de la mañana del dia 3 de setiembre, anunciándonos la próxima partida del general en gefe hácia Gaeta, con el fin de acompañar al Papa en su viaje naval á Portici. Habíase recibido la noticia de que al dia siguiente abandonando Su Santidad las dichosas playas en donde temporalmente habia establecido su silla, iba á dirigirse á ese real sitio, vecino á la magnifica y bulliciosa corte de las Dos-Sicilias. El rey de Nápoles tan religiosa y espléndidamente pródigo con el ilustre proscrito, queria obsequiarle con mas solemnidad y grandeza antes de su regreso á Roma, cerca de su rica corte, en el soberbio y suntuoso palacio de Cárlos III.

»A las once de la mañana del citado dia, dos sillas de posta que partieron de la ciudad de Velletri, conducian á Gaeta á los generales D. Fernando Fernandez de Córdova y D. Juan Zavala, acompañados del brigadier marqués de Casasola, del coronel conde de Cumbres Altas, de un ayudante y de un oficial de Estado Mayor. Cuatro horas despues, así que hubimos arreglado todos los preparativos para la marcha, partimos tambien en la misma direccion, con la velocidad del viajero que ha conseguido multiplicar su movilidad con la proverbial ligereza de un militar español. ». . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

« Ya los primeros rayos del sol rielaban sobre las azuladas ondas del golfo de Gaeta, cuando desmontamos en esta ciudad despues de haber

En seguida Su Santidad admitió en su mesa al rey y á su augusta familia, al mismo tiempo que el cardenal Antonelli recibia en la suya á los cardenales y demas personas de distincion; terminada la comida Fernando II se despidió del Sumo Pontífice y regresó á Nápoles.

Durante este tiempo, las tropas francesas continuaban dando á la ciudad de Roma el ejemplo de todas las virtudes mili-

corrido las sesenta millas que dista del punto de nuestra partida. El ruido militar de la guarnicion que se preparaba para la despedida del Papa, el movimiento que se notaba en los buques de guerra anclados en el puerto, y la vista de aquellas antiguas fortalezas, nos hicieron insistir en el recuerdo de nuestra digresion histórica, muy disculpable por cierto al atravesar aquellos sitios, un viajero español. Así como efectivamente nos figuramos ver todo el Borgo y la altura del monte Corvo coronado por los arcabuces, picas y mosquetes de Pedro Navarro, llena toda la vecindad de los tercios españoles, y acurrucados los franceses en los mas escondidos baluartes de la ciudad, es decir, constituido formalmente el memorable cerco de Gaeta.»

El Sr. Gutierrez de la Vega se ocupa aquí del héroe español del siglo XV, del vencedor de los franceses en el Garigliano, en Cirignola, Fondi, Itri, y Mola; del Gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdova, que obligó al ejército que mandaba el general en gefe Daubeni, compuesto de franceses, suizos é italianos, á entregar á Gaeta con la artillería y vituallas y á tomar la vuelta de Francia por mar ó por tierra, con la única condicion de que los caballeros conservasen sus caballos, y los peones sus espadas y sus picas; estas empero sin aceros, con cuyo hecho adquirió el monarca español el estenso pais cuyas playas vienen á lamer las ondas del Mediterráneo y del Adriático. Luego prosigue el mismo escritor, despues de reseñar algunos sitios del tránsito de Velletri á Gaeta, teatro en otro tiempo de las victoriosas armas de Castilla y Aragon:

»Desde las primeras horas de la mañana el pueblo de Gaeta discurria en numerosos grupos con direccion al puerto, á fin de dar el último adios al augusto personage á quien habia ofrecido durante su desgracia una hospitalidad digna del sucesor de San Pedro. No contribuia menos á embellecer las calles del tránsito la numerosa y escelente ofi-

tares: su disciplina era la admiracion del mundo entero. Cada dia asistian numerosos pobres á la comida de las tropas y recibian una parte de su racion. En todos tiempos fué la caridad la compañera del valor, y la misma mano que daba la muerte durante los combates, distribuia durante la paz el pan de la fraternidad cristiana. Cada dia piadosos eclesiásticos franceses á cuyo frente se hallaban monseñor Luquet, obispo

cialidad napolitana, que á la sazon vestia sus mas brillantes uniformes.

»El puerto y el golfo: hé aquí los dos puntos donde todos dirigian sus pasos; hácia donde tambien dirigimos los nuestros. A las ocho de la mañana, despues de enarbolada la insignia del gefe de las fuerzas navales españolas en el vapor de guerra *Colon*, fueron recibidos en este buque, con los honores de ordenanza, los generales Córdova y Zavala y el embajador de Austria. A esta hora, colocados en el puente de este magnífico vapor, fué cuando admiramos el mas vivo, el mas animado, el mas precioso cuadro que puede ofrecerse á la vista de un viajero. Entre los buques napolitanos *Tancredo*, *Delfino* y *Guiscardo*, los españoles *Colon*, *Castilla*, *Cortés* y *Marigalante* y el francés *Vauban*, circulaban infinitos botes llenos de gentes que asistian á la solemne despedida. Por cualquier lado á que se dirigian los ojos se veia la misma espresion en los semblantes; como si en todas partes reinara un mismo deseo, un mismo pensamiento. Así era en efecto: en los buques como en el puerto no se hablaba mas que del Papa; en la tierra como en el mar reinaba el mismo entusiasmo, mezclado aquí con alegría y allí con sentimiento.

»Poco tardó en divisarse una barquilla blanca que, desprendiéndose velozmente de la orilla, se dirigia hácia el *Tancredo;* entre las dos hileras de remeros se distinguia una figura blanca; aquella era la magestuosa figura de Pio IX. Entonces todos los buques enarbolaron la bandera pontificia, los marineros corrieron á estenderse lo mas caprichosa y pintorescamente sobre la arboladura de los buques y por todas partes empezó á tronar la artillería. Cada fuerte de Gaeta, cada vapor, disparó veinte y un cañonazos, y cada pecho exaló cien vítores y cien gritos de alabanza al ilustre proscrito, objeto único de aquella ovacion estraordinaria. Las voces de la muchedumbre y el ruido de los cañones vinieron á dar á aquella escena un aspecto poético y sublime. Hasta la densa

de Hezebon, los abates Masson, Bastide, Villiers de l'Isle-d'Adam y muchos otros, les iniciaban en el conocimiento de la historia de Roma por medio de la historia de los monumentos antiguos; cada dia nuestros soldados, invencibles en los campos de batalla, mostrábanse fervientes cristianos en los sagrados templos; cada dia era señalado con inauditas conversiones.

nube de humo que despedia la artillería, mezclada con el humo negro que exhalaban los vapores, contribuyó á embellecer el cuadro, porque aquel era todo el incienso que en medio de las aguas podia quemarse en honor del Pontífice romano. Separemos por un momento las calamidades que la revolucion de Roma ha podido derramar sobre la Silla de San Pedro, y convendremos en que el triunfo de Pio IX en Gaeta el dia 4 de setiembre de 1849, ha sido el mayor triunfo que ha alcanzado la religion cristiana en medio del cruel escepticismo político y hasta religioso en que se devora el funesto siglo XIX.

»No deja de ser notable que esta ocasion haya sido la primera en que un Papa haya emprendido un viaje á bordo de un buque de vapor. Pero lo que es sorprendente y admirable hasta lo misterioso, es que á la hora en que pasaba esta escena hiciese que se hallaba en Gaeta Pio *noveno*, *nueve* meses, *nueve* dias y *nueve* horas. Si esto es una casualidad, he aquí una casualidad que asombra; sino, será un secreto escondido en los arcanos de la Providencia (1).

»A las nueve se dió á la vela la línea de vapores, formando primero el *Tancredo*, despues el *Colon*, detrás el *Vauban*, á la popa de éste el *Castilla* y finalmente el *Guiscardo* y el *Delfino*. En el primero iba Su Santidad acompañado del rey de Nápoles, el conde de Trapani y los cardenales Antonelli, Riario Sforza, Camarlengo, Asquini, Piccolomini, Riario Sforza, arzobispo de Nápoles y monseñor Garibaldi, nuncio apostólico en las Dos-Sicilias; en el segundo el brigadier Bustillos, gefe de nuestra escuadra y hoy general, los generales Córdova y Zavala y el embajador de Austria, y en el *Guiscardo* la reina de Nápoles con las

(1) «E' intanto singolar combinazione che abbia dimorato in Gaeta Sua Santità Pio *nono*, *nove* mesi *nove* giorni e *nove* ore.

»E' questa la prima volta che un Papa abbia transitato su di un batello a vapore.» *Giornale constituzionale del regno delle Due-Sicilie*. Martedì 4 settembre 1849.

Sin embargo tales ejemplos, en vez de conmover los corazones de los enemigos de la religion y de la sociedad, no hacian mas que acrecentar su odio, odio que se manifestaba periódicamente por actos deplorables, cuya repeticion no bastaba á impedir una represion inmediata. Los demagogos, tenaces en su animosidad sistemática, no despreciaban ocasion alguna para revelar su antipatía contra los franceses, y

demás reales personas. Gobernando á la isla de Prócida, emprendimos el viaje con viento al S. E. flojo, mar llana y atmósfera calimosa. A poco empezamos á dar vista al famoso rio Garigliano.

»Entonces clavado á la banda de babor de nuestro buque, fijos los ojos en las memorables márgenes del rio, y palpitante el corazon de gozo, esclamamos llenos del mas puro entusiasmo: ¡Salve deliciosas linfas del Garigliano, que en otros tiempos cantasteis las glorias del Gran Capitan de España! ¡Salve hermosísimas arenas del Garigliano que há tres siglos y medio fuisteis heroicamente holladas por los valientes soldados de mi patria! Salve encantadas riberas del Garigliano, que temblasteis al pavoroso estruendo de los arcabuces y falconetes de los bizarros tercios de Isabel la Católica! Salve ilustres manes de los españoles, que hallasteis honrosa sepultura en tan plácidas orillas; ya os veo levantar la frente bajo esos tristísimos cipreses, que esa tierra agradecida ha abortado á los bordes de vuestras tumbas, ya veo las coronas de mirto y siempreviva que las alas de las brisas han tejido sobre vuestras cabezas! Salve tambien infortunados manes, los que moristeis con gloria, porque moristeis á los golpes de la ponderosa lanza del décimo-quinto siglo! ¡Manes de los españoles y franceses, vosotros todos los que errantes cruzais esas florestas á la pálida luz de la soñolienta luna, y que confundís vuestros cantos sepulcrales con el funerario murmurio de las bellas linfas del Garigliano, recibid un suspiro y una lágrima de este pobre peregrino!»

Cuenta aquí el inspirado escritor las sangrientas rotas que los franceses esperimentaron en el Garigliano, despues del heroico asalto que los españoles les dieron en Monte-Casino, antes de las colosales hazañas que las mismas huestes á las órdenes del Gran Capitan alcanzaran sobre aquellos en las cercanías de Fondi y de Gaeta y que prepararon la rendicion de esta última plaza, en la cual y en Mola recibieron como

demasiado débiles para obrar abiertamente, apelaban á la intimidacion; no pasaba un dia sin que el general en gefe dejase de recibir cartas anónimas previniéndole que el mismo puñal que habia asesinado al conde Rossi se afilaba para él; los romanos conocidos por su adhesion á la Francia eran objeto de incesantes amenazas; sus nombres figuraban en listas de proscripcion redactadas entre las sombras del misterio y

dice el mismo autor, los dos últimos golpes de la conquista. Prosigue mas adelante:

» Prócida aparece á nuestra vista. Una infinidad de botecillos se disparaban de esta isla y como balas se dirigian hácia el *Tancredo*, conduciendo un gentío inmenso, que con el mas vivo entusiasmo victoreaba á Su Santidad. Pio IX salió al tambor derecho del buque á hacerse ver de aquella religiosa multitud y á recibir sus cariñosos saludos. En tal situacion la figura del Papa se destacaba preciosamente sobre el fondo azul de las aguas confundidas con el horizonte. ¡Qué cuadro tan sorprendente! La muchedumbre calla y se arrodilla en silencio; los vapores aflojan sus máquinas y hasta el mar parece que detiene su curso. Pio IX echa su bendicion apostólica sobre aquellas sencillas gentes. ¡Qué de lágrimas se han cuajado en las pupilas al interrumpir tan silenciosa escena el estruendo de la artillería de Prócida y de los buques de su puerto.»

La descripcion de este viaje naval, termina con los párrafos siguientes.

» Tan pronto como llegamos al golfo de Nápoles, innumerables barquillas pintadas de colores atravesaban el puerto; toda la orilla estaba llena de un numeroso pueblo, y hasta las orientales azoteas de la ciudad habian sido asaltadas por la multitud. Los fuertes, los buques anclados en la rada y los que habian entrado en el golfo empezaron á hacer las salvas de ordenanza, simulando perfectamente el cuadro de una batalla naval. Gobernando en vuelta de Portici fué á colocarse el *Tancredo* junto á las embarcaciones españolas fragata *María Cristina*, corbetas *Mazarredo* y *Villa de Bilbao*, bergantin *Volador* y pailebot *Vidasoa*, que estaban en este puerto entre otros buques con el objeto de saludar al Papa á su arribo en Portici. Allí estaba tambien la corbeta napolitana *María Cristina* que el rey de Nápoles habia puesto á las órdenes del brigadier

E Buxó. Fl. en Barna

ENTRADA DE PIO IX EN NAPOLES.

sus personas, declaradas traidoras á la patria, debian un dia servir de holocausto á la República romana.

Mientras esperaban este dia, los demagogos alentados por la indulgencia, recurrian á los medios mas pueriles para mostrar *fantasía* patriótica; unos ostentaban en sus sombreros de paja, cintas con los colores italianos, otros cintas de terciopelo negro y estrechas gasas en señal de luto de la difunta República romana; estos levantaban el ala derecha de sus sombreros para dar á su rostro la espresion terrible de que carecia su corazon; aquellos, en fin, se distinguian llevando en el cuello grandes corbatas rojas; mas una piedad mezclada de desprecio hacia la conveniente justicia á tales demostraciones allí donde osaban presentarse.

Otras tentativas de carácter mas provocador no tuvieron mejores resultados: una tarde un oficial pidió á un jóven que

Bustillos, á fin de que hiciese los saludos con los buques de nuestra escuadra.

»Al saltar en tierra Su Santidad con el rey de Nápoles, salieron á recibirlo al lujoso desembarcadero el infante de España D. Sebastian, el príncipe de Salerno y el conde de Aquila, con un lujoso y escogido acompañamiento. El inmenso gentío que allí se hallaba, tan pronto como vió al Padre Santo, dobló las rodillas en tierra y con el mas férvido entusiasmo entonó un solemne *Te-Deum*, en accion de gracias al Dios de los ejércitos por la feliz llegada del Pontífice. ¡Qué cuadro tan sublime, tan sorprendente, tan grande formaba aquella enorme masa de pueblo en que se destacaba toda la grandeza napolitana, toda la corte y todo lo mas brillante del ejército!

»A las seis de la tarde habiendo regresado al puerto de Nápoles el *Colon*, desembarcamos con nuestros generales, al ruido de veinte y un cañonazos de despedida. Al saltar en tierra, toda la escena habia cambiado: las juguetonas brisas bajaron de los cálices de las flores, y el sol, arrastrando su melena por el Posilipo, escondíase perezosamente tras la tumba de Virgilio.»

(Nota del Traductor.)

fumaba que le permitiera encender su cigarro en el suyo: el romano sin dignarse contestar una sola palabra, sacó el cigarro de su boca, y despues que el francés se hubo servido de él, lo arrojó al suelo y lo pisó con desprecio; esta accion le valió dos bofetones de los cuales no pensó siquiera en pedir reparacion.

Otra noche, en un café del Corso, frecuentado por los demócratas, se hallaban reunidos algunos jóvenes ostentando cintas encarnadas, y uno de ellos decia en alta voz y puesto en jarras: «Los franceses son como los sollos de nuestros rios; solo tienen boca y no son valientes sino cuando se ven trescientos contra uno. Por lo que á mí toca, no quedaré satisfecho hasta que vea á uno delante de mí de esta manera.» Al decir estas palabras tomó la posicion de un camorrista al ponerse en guardia, y en el mismo instante un jóven, vestido con una levita negra abrochada hasta el cuello, levantóse rápidamente de una mesa apartada y se precipitó delante de él, esclamando: «Quiero satisfaceros, caballero; aquí teneis uno.»

—¿Quién sois?

—Uno de los oficiales que tanto deseais tener delante de vos. «Miradme y marchemos.»

Mas como el romano tomase sin contestar una postura menos belicosa, el oficial añadió:

«Habeis dicho que los franceses solo eran valientes al encontrarse trescientos contra uno; pues bien habeis mentido, porque solo contra vosotros todos, os desafio.»

Ni uno solo se atrevió á recoger el guante.

«¡Rehusais! repuso el francés dirigiéndose al orador: esto no basta, é inmediatamente vais á retractaros de las insultantes espresiones que habeis proferido contra nuestro uniforme.»

El demócrata se escusó, confesando para justificarse que ignoraba hablar en presencia de un francés.

El odio de los republicanos italianos contra nuestras tropas,

no se limitaba siempre á escenas de café y de teatro, *sino que á veces se manifestaba con el puñal y con sangre.*

Cierto dia dos cazadores de infantería fueron asaltados en un figon de la calle Giulia; los agresores eran diez contra uno, mas á pesar de su inferioridad numérica, nuestros dos valientes se defendieron con valor hasta que uno de ellos cayó mortalmente herido por un artillero romano; en esta circunstancia, M. Maugin, secretario general de la prefectura de policía, manifestó una rara intrepidez, pues negándose por miedo el gefe de la tropa á entregar el culpable en manos de la justicia, fué á prenderle en su mismo cuartel, donde segun se aseguraba debia ser defendido por sus camaradas. Esta vez, como siempre, fuertes los franceses con sus derechos, probaron su incontestable superioridad.

Gran número de víctimas habian ya sucumbido en indignas emboscadas, pues abusando los revolucionarios de nuestra mansedumbre habian organizado el asesinato; era indispensable una represion enérgica, y el general Rostolan publicó á este efecto un riguroso bando contra los asesinos detentadores de armas prohibidas.

Mientras esto sucedia, MM. de Corcelles y de Rayneval continuaban sus negociaciones, conciliando con grande habilidad recíprocas desconfianzas é intereses opuestos; al partir M. de Corcelles para Roma obtuvo de Su Santidad en una última entrevista, la órden definitiva para los cardenales de la comision romana de publicar el *motu proprio* y el decreto de amnistía. El diplomático se embarcó inmediatamente y á su llegada á Roma entregó él mismo á los cardenales la carta oficial del Santo Padre, en ocasion en que así el *motu proprio* como la amnistía eran de importancia estrema, en razon á que la Asamblea legislativa prorogada por un mes, iba á continuar sus luchas y trabajos.

Conformándose la comision gubernamental con las inten-

ciones del *motu proprio*, publicó cuanto antes la amnistía, cuyos beneficios no se aplicaban á los miembros del gobierno provisional, á los diputados que habian tomado parte en las deliberaciones de la Asamblea constituyente, á los miembros del triumvirato y del gobierno de la república, ni á los gefes militares; tampoco gozaban de ellos, los que habiendo entrado en la amnistía anteriormente concedida por Pio IX, habian faltado á la palabra de honor empeñada, tomando parte en las insurrecciones acontecidas en los Estados de la Santa Sede, ni finalmente, los que además de los delitos políticos, se habian hecho reos de crímenes castigados por la ley penal existente.

Mientras que la cordura del gobierno pontificio apoyada en la victoria del ejército francés, emprendia lenta pero prudentemente, su obra regeneradora, la cuestion de Roma hacia brotar torrentes de cólera y de elocuencia de la tribuna legislativa de Francia. Esplicada el dia 13 de octubre en el dictámen de M. Thiers, discutióse en las sesiones de los dias 18 y 19 entre los malos instintos de la pasion y los irresistibles argumentos de la razon. Desde la mision del teniente coronel Edgardo Ney, reinaba en los ánimos la mayor incertidumbre, y nadie acertaba el partido que tomaria el ministerio entre las exigencias de la carta del presidente y las concesiones del *motu proprio* de Pio IX. Si adoptaba el espíritu de la carta del 18 de agosto por base de la política francesa, se separaba totalmente de la mayoría, al paso que si admitia por el contrario las concesiones del *motu proprio* desentendíase de la voluntad del presidente.

Por una de aquellas hábiles resoluciones que en las épocas de transicion, equivalen á decisiones heróicas, M. de Jacqueville, ministro de negocios estrangeros en sustitucion de M. Drouin de Lhuys, pareció allanar todas las dificultades, aceptando la carta del presidente y el *motu proprio* pontificio;

la declaracion ministerial dejando al Santo Padre en toda su libertad de accion provocó la ira de la montaña, sobre todo en el momento en que reasumiendo en pocas palabras, la historia de la revolucion romana, esclamó: «La república romana se inauguró con la violencia y el asesinato, mientras que la restauracion pontificia se ha verificado sin costar á un solo hombre por causas políticas, ni su vida, ni sus bienes, ni su libertad.»

Estas palabras eran el bello preludio de la memorable union en que M. de Montalembert se elevó á la altura de los mas grandes oradores de la antigüedad. El ilustre representante estuvo sublime de indignacion, cuando reemplazando en la tribuna á un ex-par de Luis Felipe, azotó con sus espresiones ardientes el rostro del poeta:

«Señores, el discurso que acabais de oir, ha recibido ya la recompensa que merece, en los aplausos con que ha sido recibido.»

M. de Montalembert estuvo sublime cuando al comparar á los que ultrajan á la Iglesia con los que se ensañan contra una muger, dijo: «La Iglesia es algo mas que una muger, es una madre.»

La voz del orador, sofocada por un instante por un torbellino de *injurias*, resonaba con la fuerza del trueno, y la Asamblea, poseida de entusiasmo, prorumpia en gritos de admiracion bajo la influencia de sus palabras. Despues de haber vengado noblemente la religion de su augusto gefe, despues de haber con sus irresistibles argumentos, reducido á su verdadero valor los falsos y calumniosos clamores de la montaña, el defensor de las libertades católicas terminó con una peroracion digna bajo todos conceptos del discurso.

«Terminaré, dijo, desmintiendo una espresion que me ha herido á mí lo mismo que á todos vosotros; se ha dicho que el honor de nuestra bandera habia sido comprometido en la

espedicion emprendida contra Roma para destruir la república romana y restablecer la autoridad del Papa; semejante cargo debe ofender á cuantos se encuentran en este recinto, y todos deben rechazarlo como yo lo rechazo. Nó, el honor de nuestra bandera no ha sido comprometido; nó, jamás tan noble bandera ha cobijado en sus anchos pliegues una mas noble empresa. Así lo dirá la historia; con confianza invoco su testimonio y su juicio. La historia correrá un velo sobre tantas ambigüedades, sobre tantas tergiversaciones, sobre tantas contiendas como habeis suscitado con tanta amargura como activo celo á fin de introducir la discordia entre nosotros; la historia correrá un tupido velo sobre todo esto, ó quizás solo lo enunciará para hacer ver la grandeza de la empresa por el número y la naturaleza de las dificultades vencidas.

» La historia dirá que mil años despues de Carlomagno, y cincuenta despues de Napoleon; mil años despues que Carlomagno hubo conquistado una gloria inmortal restableciendo el poder pontificio, y cincuenta despues que Napoleon en la cima de su poder y de su prestigio hubo fracasado al querer destruir la obra de su predecesor, la historia dirá que la Francia ha permanecido fiel á sus tradiciones y sorda á odiosas provocaciones; dirá que treinta mil franceses mandados por el digno hijo de uno de los gigantes de nuestras grandes glorias imperiales abandonaron el suelo de la patria para ir á defender en Roma y en la persona del Papa, el derecho, la equidad, el interes europeo y francés; la historia dirá lo que el mismo Pio IX ha dicho en su carta de accion de gracias al general Oudinot:

» *El triunfo de las armas francesas ha sido conseguido contra los enemigos de la sociedad humana.*»

» Sí, este será el fallo de la historia, y esta es y será una de las mas bellas glorias de la Francia y del siglo décimonono.

» Vosotros no trataréis á buen seguro de atenuarla, de empañarla ni de eclipsarla engolfándoos en un tejido de contradicciones y de inesplicables inconsecuencias: y ¿sabeis lo que apagaria para siempre la aureola de la bandera francesa? el oponer esta bandera á la cruz, á la tiara que acaba de libertar; el transformar á los soldados franceses de protectores del Papa en sus opresores; el trocar el papel y la gloria de Carlomagno por una lastimosa copia de Garibaldi.»

Este discurso seguido de estrepitosos aplausos será la gloria de M. de Montalembert, así como la intervencion de la Francia en la cuestion romana será la de nuestra bandera, y la votacion de la órden del dia por una mayoría muy considerable, fué otra victoria conseguida por los defensores de la religion y del honor francés.

La noticia de semejante triunfo, basado en la opinion general de la nacion, llegó en breve á la corte pontificia, donde desvaneció inquietos temores. Su Santidad la recibió con alegría, y en la contestacion que dió á la diputacion municipal salida de Roma, para rogarle que volviese á sus Estados, se revela la favorable influencia que ejerció en sus ulteriores proyectos.

» Nos causaba repugnancia, dijo, volver á nuestros Estados, mientras la Francia pusiese en cuestion nuestra voluntad independiente; mas hoy que un feliz desenlace parece deber poner fin á toda duda sobre este punto, esperamos volver dentro de poco al seno de nuestra ciudad de Roma.»

Al mismo tiempo, Pio IX dió una prueba del particular aprecio que dispensaba á M. de Corcelles, escribiéndole que las favorables noticias venidas de Francia le permitian regresar próximamente á Roma. Las negociaciones del diplomático, entorpecidas continuamente con nuevos obstáculos, no tenian mas objeto que la vuelta del Padre Santo á su capital, que con razon consideraba como el fin de su mision en Italia y la coronacion del ejército francés.

Cada dia llegaban á Portici nuevas diputaciones á fin de obtener del Sumo Pontífice un regreso del que dependian la fortuna, la prosperidad, la vida de la capital del mundo cristiano; los Romanos comprendian al fin que privada de la presencia de su augusto gefe, Roma no era mas que un cuerpo sin alma; el galvanismo que la revolucion comunicara momentáneamente á la ciudad eterna habia desaparecido; Roma sin Pio IX sufria fatalmente todos los síntomas de la destruccion; el principio vital la habia abandonado.

Una diputacion del clero, compuesta de distinguidos eclesiásticos, presentóse á su vez ante el Sumo Pontífice; Su Santidad la recibió con afectuosa benevolencia, asegurando á los miembros que la componian, que jamás le habia abandonado el ardiente deseo de volver á la Sede del pontificado, y que esperaba no estar lejano el dia en que Roma podria recibir en su seno al Pontífice y Soberano.

Mientras tanto, atendiendo el gobierno francés á las reiteradas instancias del general Rostolan, se ocupaba en la eleccion de su sucesor, y el mismo dia de la composicion de un nuevo ministerio, el general de Hautpoul, ministro de la guerra y encargado interinamente de la cartera de negocios extranjeros, declaró al general Oudinot que solo á él le era dable allanar las dificultades que se oponian aun al regreso del Santo Padre á sus Estados, ofreciéndole en su consecuencia la doble mision de general en gefe y de embajador extraordinario. El duque de Reggio contestó que apreciaba en lo que valia el honor de consolidar una obra que merecia todo su afecto y todas sus simpatías, pero que en el actual estado de las cosas, parecíanle indispensables para el buen éxito dos condiciones preliminares. A mi modo de ver, dijo, es necesario que la carta que conmovió á la Europa sea considerada como desprovista de todo carácter oficial; en segundo lugar, la Francia debe pedir con instancia á Su Santidad el

EL GENERAL BARAGUAY-D'HILLIERS

anuncio de que su vuelta seguirá de cerca el regreso á Roma del general que aquella reviste con su confianza. El ministro creyó que la negociacion de estas comunicaciones podria retardar el resultado en vez de adelantarlo, apreciacion que si bien infundada, hizo que el ministro viendo que sus instancias no podian vencer las convicciones del duque, nombrase al general Baraguay-d'Hilliers para reemplazar en el mando en gefe al general Rostolan.

El general Baraguay-d'Hilliers salió de Paris inmediatamente y llegó á Roma el dia 19. En la mañana del siguiente dia todos los oficiales del cuerpo espedicionario profundamente conmovidos visitaron al general Rostolan, quien no pudiendo ocultar tampoco la emocion que experimentaba al separarse de sus compañeros de armas, les manifestó su pesar por tener que abandonar á un ejército tan brillante y á oficiales tan valientes. «No tengo mas que una conciencia, díjoles, y he debido sacrificar á ella mi posicion y mis afecciones. Mi sucesor mas feliz que yo, tendrá quizás el insigne honor de terminar pacíficamente la obra que nosotros empezamos con las armas en la mano, y al saberlo mi corazon de soldado y de cristiano se alegrará por el Sumo Pontífice, que de nuevo habrá encontrado á sus pueblos, y por la Francia que habrá llenado una noble y santa mision.»

El general Rostolan partió desde Roma para Nápoles y Portici, despues de haber recibido el título de ciudadano romano y despues de haber visto inscrito su nombre en el Capitolio al lado del del general Oudinot. El Papa le recibió con grandes demostraciones de afecto, le confirió la cruz de Pio IX de primera clase y le manifestó el gran pesar que sentia al verle abandonar los Estados romanos.

Los primeros actos del general Baraguay-d'Hilliers fueron justos y severos; y sabiendo que habian sido asesinados varios de nuestros soldados, publicó el siguiente bando:

» Queriendo el general en gefe poner término á los alevosos asesinatos que ponen en peligro la vida de los oficiales y de los soldados de su ejército,

» Manda :

» El porte de cuchillos, puñales, navajas ó de cualquier otro instrumento que pueda servir para la perpetracion de un crímen, queda prohibido en la ciudad de Roma y sus cercanías. El individuo sobre quien se halle un arma semejante, será fusilado inmediatamente.»

« ¡Los franceses no se atreverán! » dijeron los revolucionarios, mas por desgracia muy pronto presentóse la ocasion de probar que sí se atreverian; dos asesinos, sorprendidos *in fraganti*, fueron condenados á muerte y fusilados sin pérdida de momento; uno de ellos se llamaba Cacaspera, y en el instante de su ejecucion atraviesa la multitud un jóven sacerdote, y precipitándose delante del coronel Ligniere, encargado de tan triste mision, esclamó: « ¡Deteneos! el hombre á quien vais á fusilar es un mártir; si necesitais sangre tomad la mia y dejadme morir en su lugar. — Muy bien; contestóle el coronel; vuestra abnegacion seria heróica sino procediera de un fanatismo culpable; mas lo que pedis es superior á mis poderes; no debo fusilar mas que á un solo hombre.

— ¡Quiero morir! repitió con fuerza el eclesiástico.

— Ya que deseais tan vivamente el martirio, replicó el coronel Ligniere, quizás nos entenderemos; esperad un instante; dejad que despachemos á ese bribon; luego vendrá vuestra vez y de este modo haremos dos mártires en lugar de uno.» El fanático no juzgó conveniente esperar los efectos de una órden que se convirtió sin embargo en la de su prision.

No habrán olvidado nuestros lectores las acusaciones que durante y despues del sitio de Roma, formularon los revolucionarios contra nuestros soldados y su general en gefe. No hubo imputacion odiosa que dejase de echarse en cara á nues-

tro ejército espedicionario, y á creer á los calumniadores, causó este mas daño y estragos en la capital de los Césares, que los que dejaron los bárbaros en pos de sí, despues haber violado la metrópoli de los Papas.

El honor de la Francia se hallaba interesado en que la Europa supiese el generoso cuidado, la habilidad con que habian sido hechos los trabajos del sitio con el fin de asegurar á la vez el triunfo de nuestras armas y la conservacion de los monumentos artísticos de la ciudad eterna; é importaba á la gloria del duque de Reggio manifestar en cambio el cinismo con que las bandas de Garibaldi y los Condottieri pagados por los triumviros habian destruido las obras de los grandes maestros, violado los sepulcros, profanado las iglesias, incendiado y devastado los monumentos que el ejército francés tan generosamente respetara. Para ello, apenas nuestra bandera ondeó en el Capitolio, el general Oudinot confió á M. Cárlos Baudin la mision de investigar y participarle la exacta estension de los daños que las operaciones del sitio hubiesen causado en los monumentos así antiguos como modernos. Mas no bastándole esta investigacion hecha por un francés en nombre de la Francia, nombró una comision especial compuesta en gran parte de los arqueólogos estrangeros que se hallaban en Roma. El secretario encargado de la redaccion del dictámen, lo entregó al general Baraguay-d'Hilliers, el cual se apresuró á remitirlo al ministerio de Negocios estrangeros, resultando del concienzudo exámen llevado á cabo por la comision especial, que durante el sitio, el ejército francés inspirado por la misma idea que su gefe, no habia hecho esperímentar á la ciudad sitiada sino algunos daños insignificantes. Nada habia sido averiado que no pudiese ser reparado fácilmente, y el dictámen terminaba afirmando que los sitiados habian causado en la ciudad eterna daños cinco veces mas considerables.

Nuestros lectores recordarán tambien que el Sumo Pontífice habia decretado que se distribuyese indistintamente á todos los hombres que formaron parte de la intervencion, una medalla conmemorativa, acuñada en honor de los ejércitos católicos; además habia decidido que los que mas gloriosamente se hubiesen distinguido, recibieran títulos honoríficos ó condecoraciones pertenecientes á las órdenes de caballería de los Estados pontificios.

En 22 de febrero la comision de gobierno nombró á dos oficiales de la secretaría de Estado para presentar al general Baraguay-d'Hilliers en nombre de Su Santidad y en el suyo propio, las medallas y condecoraciones destinadas á los oficiales, subalternos y soldados. El general en gefe recibióles con estremada cortesía, rogándoles que aceptasen sus sinceras acciones de gracias lo mismo que las de todos los agraciados. «Se envanecerán, dijo, de adornarse con una muestra inequívoca de la satisfaccion de Su Santidad por el útil servicio que en union con las demás naciones han prestado á la soberanía pontificia con su valor, admirable disciplina y amor al órden público.»

Las medallas dadas á los soldados eran de bronce; en el anverso representaban el símbolo de la sede apostólica, y en el reverso se leia esta corta inscripcion:

Pius IX Pont. Max.

Romæ restitutus armis collatis anno MDCCCXLIX.

De este modo se sentaban las bases de una perfecta armonía entre el gobierno pontificio y la diplomacia de Francia. Los ánimos abandonando sus prevenciones, adoptaban cada dia ideas mas justas á pesar de las calumnias y de las semillas de discordia sembradas por la demagogia para impedir una union que debia terminar su ruina, y la parte de la poblacion

acostumbrada á no ver mas que conquistadores en los soldados franceses, empezaba á reconocer en ellos hermanos y libertadores.

La verdad asomaba por fin á través de las tinieblas de la mentira y del error, y advertido Mazzini de los progresos que hácia el bien esperimentaba la opinion que por tanto tiempo pervirtiera, intentó un supremo esfuerzo, con la publicacion de un manifiesto á los sacerdotes italianos, en el que la misma pluma que poco antes habia escrito estas líneas: «Derribe el oprimido al opresor si le es posible, pisotee al vencido el vencedor y estermínelo,» trazaba ardientes páginas, de las cuales copiamos algunos párrafos:

«Sacerdotes italianos, mis palabras son graves, y si deseais la salvacion del mundo y de vuestras creencias, escuchadnos. Podríamos, sí, segun dijo uno de vosotros, y sea esto para vosotros todos una prueba del espíritu que nos anima, podríamos, sí, vencer sin vosotros, mas *no lo queremos*.» Luego anuncia que va á dar la hora suprema, que el tiempo ha llegado ya y esclama: «Desgraciados de los sacerdotes, desgraciado de su rebaño si se obstinan en sostener un edificio que cae en ruinas. Prepáranse tiempos de discordia y obras de sangre. . . . . .

. . . . . .

»En nombre de Dios y por el amor de nuestra patria, os preguntamos: ¿Sois cristianos? ¿Comprendeis el Evangelio? ¿Considerais la palabra de Jesucristo como una letra muerta ó adorais el espíritu que la dictó? Entre el espíritu del Evangelio y la palabra de los Papas, estais verdadera y decididamente resueltos á optar por esta última, sin exámen, sin consultar vuestra conciencia? ¿Sois creyentes ó idólatras?

»Si algunos actos aislados, dice, han manchado la pura causa de la demagogia socialista, son sus únicos responsables los autores de reacciones crueles y de resistencias insensatas;

si algunos gritos anárquicos, si algunos sueños y utopias subversivas estallan hoy en el seno de los pueblos escitados, son las quejas de hombres desesperados, cien veces engañados y vencidos, cien veces desoidos en sus justas demandas por la inexorable voluntad de una acta ó de un rey; mas no ignorais que tales nubes se desvanecerian para siempre el dia en que alcanzásemos la victoria.

»Sacerdotes, la transformacion de la religion y de la Iglesia, que con vuestra cooperacion se llevaria á efecto pacífica y solemnemente, costará al mundo luchas espantosas, y las lágrimas y la sangre de millares de mártires. Dios descenderá sobre la muchedumbre y sobre vosotros, nó como el rocío sobre el vellon, sino como un torbellino y armado del rayo como en las nubes del Sinaí.»

¿Quién al leer estas líneas no creeria ver á las sombras de los Muntzer, de los Blauwrok y de los Juan de Leyde escribiendo su manifiesto bajo el terror anabaptista del siglo XVI?

El clero italiano contestó con un desprecia lor silencio á tan arrogantes provocaciones.

M. de Corcelles, que tocaba al fin de su mision diplomática, limitada por una ley de la constituyente, que fija en seis meses la duracion de los mandatos estraordinarios conferidos á los representantes del pueblo, no quiso abandonar la Italia sin despedirse del venerable gefe de la Iglesia, á quien sin olvidar ni un momento lo que debia á la dignidad y á los intereses de la Francia, prestara con tan gran lealtad el concurso de su inteligencia como diplomático y de su amor y obediencia como cristiano.

Algunas horas antes de ser admitido en presencia de Su Santidad, el cardenal Antonelli quiso entregarle como una prenda del afecto del Papa, el gran cordon de la órden de Pio IX; mas M. de Corcelles rehusó tan honorífica distincion. Las reiteradas instancias del cardenal no pudieron vencer su

obstinada resistencia, y al preguntarle el prosecretario de Estado, el motivo que á ella le impulsaba, contestó: «Hélo aquí,» y descubriendo su pecho le enseñó un pequeño crucifijo, diciendo: «Esta cruz ha recibido el último suspiro de un hijo idolatrado, y he jurado no llevar jamás otra.» El cardenal conmovido hasta derramar lágrimas, manifestóle que representante de Pio IX, el cual tenia poder para absolver de todo juramento, le conjuraba que aceptase aquel testimonio del aprecio particular del Papa.

La última entrevista del diplomático con Su Santidad fué tierna en alto grado, y Pio IX despues de colmar á M. de Corcelles de paternales atenciones, le ofreció un retrato diciéndole: «Esto os consolará de haber aceptado la cruz de Pio IX.» El regalo consistia en el retrato de la Santísima Vírgen, grabado en una piedra preciosa, con una inscripcion griega cuya traduccion dice así: «Señor, asistid al emperador Leon,» obra reputada como una maravilla del siglo V.

CAPÍTULO XII.

El Papa sale de Portici.—Viage.—Triunfos.—Hechos diversos.—Restauracion de Pio IX. Felicitaciones diplomáticas y militares.—Bendicion de las armas francesas.

Las dificultades que hasta aquel entonces habian impedido la vuelta de Su Santidad á Roma, estaban allanadas en su mayor parte. El descontento producido en la corte pontificia por la evasion de un fraile apóstata, preparada quizás por ocultas influencias, se habia desvanecido. Pio IX olvidó este suceso en la misma noche del dia en que al saberlo, dijo: «No siento la fuga de ese desgraciado porque se libre de la justicia humana, sino porque le ha sustraido á la misericordia de mi amor paternal. ¡Habria sido tan feliz volviendo de nuevo al redil á esa oveja quizás mas descarriada que perversa! » Finalmente, simplificada la cuestion financiera por medio de un empréstito contraido con la casa de Rothschild, decidióse el regreso del Papa á sus Estados.

El cardenal Antonelli, cuyo valor estuvo siempre al nivel de su rara inteligencia, lo anunció formalmente en estos términos al cuerpo diplomático: « Despues que las armas católicas han vencido la rebelion que fatalmente ha agitado en estos últimos tiempos á los súbditos pontificios, el gobierno legítimo, con aplauso universal de todos los hombres de bien se ha res-

tablecido poco á poco en los Estados de la Iglesia, de modo que para colmar los deseos del mundo católico y de los súbditos adictos á su legítimo soberano, solo falta el regreso del Sumo Pontífice á su Sede.

» Varias circunstancias lo han retardado hasta ahora, entre ellas el vivo deseo de Su Santidad de poder subvenir á las necesidades del Estado.

» Conseguido esto ya, el Santo Padre ha resuelto regresar á sus dominios temporales en los primeros dias del próximo mes de abril.

» Su Santidad espera que el Señor, cuya mano guió á las potencias que le ausiliaron con sus ejércitos en esta tan santa empresa, se dignará bendecir los cuidados que no cesan de ocuparle para mejorar la suerte de sus súbditos, y no duda que las naciones con las que se halla la Santa Sede en relaciones de amistad, así como han contribuido con su influencia moral y material cada una por su parte al restablecimiento del Sumo Pontífice en el pleno y libre ejercicio de su autoridad, estarán animadas de un igual y constante interés para garantirle su libertad é independencia, indispensable para el gobierno universal de la Iglesia y para la paz de la misma, que es la de toda la Europa. »

No tardó en saberse en Roma la noticia del próximo regreso de Pio IX, produciendo entre sus habitantes un efecto mágico; desde aquel momento la Ciudad santa se preparó para recibir dignamente al augusto Pontífice que debia comunicarle de nuevo la felicidad y vida moral de que estaba privada desde tanto tiempo. Muchos ilustres personages tomaron sus disposiciones para asistir á las fiestas de la restauracion pontificia. Todos los caminos que conducen á Roma se hallaban atestados de sillas de posta; las fondas de la ciudad rebosaban de forasteros, y la de la Minerva no podia contener los muchos y distinguidos viageros que en ella se presentaban con preferencia

á otras, para recompensar los nobles sentimientos manifestados por su propietario durante los sucesos de la revolucion.

Llegado era el dia en que el digno sucesor del príncipe de los apóstoles, el gefe supremo de la Iglesia que no puede morir, debia abandonar una tierra que la piedad del rey de las Dos-Sicilias le habia hecho dulce, á pesar de las amarguras del destierro! Llegado era el dia en que el augusto Fernando II debia separarse de aquel ante quien, como cristiano, habia humillado para levantarla mas poderosa y bella, su real corona. Llegado era el dia en que la historia debia unir para siempre su nombre al de Pio IX para presentar ambos á los homenages del mundo católico y á la admiracion de la posteridad.

El 4 de abril á las doce del dia, salió Pio IX de Portici, seguido de su séquito, y un tren especial del camino de hierro le condujo á Caserta, donde debia pasar la noche (*).

El dia siguiente púsose otra vez en camino. El rey de las Dos-Sicilias y el príncipe hereditario le acompañaban en el mismo carruage, componiendo el cortejo los cardenales Antonelli y Asquini, el conde de Ludolf, ministro de Nápoles en

(*) La ciudad de Caserta es célebre por la magnífica residencia que hizo construir en ella Cárlos III, al cual justamente se le considera el Luis XIV del reino de Nápoles, puesto que para llevar á cabo su colosal empresa, preciso fué, como lo hizo este monarca en Versalles, invertir muchos millones á fin de superar colosales obstáculos. Para disfrutar completamente la perspectiva que ofrece el palacio de Caserta debe contemplarse desde el camino de Nápoles, de donde se descubre á una milla de distancia su inmensa fachada y la caprichosa cuanto bella cascada, la cual al precipitarse de una altura de tres millas, forma una dilatada línea de nevada espuma. La riqueza de los mármoles así antiguos como modernos que contiene aquella regia morada, la colocan entre los palacios mas célebres de Europa.

Aseguran algunos, que viendo desde el Sena el Louvre, puede formarse una idea del palacio de Caserta, empero en vez de tener este

Roma, del mayordomo y de algunos prelados pertenecientes á la corte pontificia, y del cardenal Dupont revestido de un carácter oficial por el gobierno francés con objeto de suavizar lo que pudiese haber de escesivamente militar en la mision confiada á un general en gefe.

Al hallarse en Sezza, quiso el Sumo Pontífice volver á ver la ciudad hospitalaria que le sirvió de primera residencia en su destierro, y se dirigió á Gaeta.

Su viage fué una verdadera marcha triunfal, mas no arrastraba en pos de su carro reyes encadenados y vencidos como los antiguos señores del mundo. Conquistador pacífico atraia por la dulzura de su mirada y por el encanto de sus palabras á la inmensa multitud que acudia á su paso. La cruz de la paz habia reemplazado á la espada de la guerra. Las palmas de la religion sustituian en su frente á los laureles de la victoria: las manos desarmadas y cruzadas por la oracion se elevaban hácia el cielo como para seguir hasta allí las aspiraciones de los corazones: el amor y la veneracion de los pueblos le servian de cortejo, y si de algunos ojos corria abundante llanto, era un llanto de alegría y de felicidad, el único que pueden

como aquel un patio, está construido sobre un plan casi cuadrado y dividido en cuatro patios por medio de dos cuerpos de edificio que forman cruz. Sus aposentos son inmensos, de suerte que en tiempo del ex-rey Joaquin Murat, bastaba un solo cuerpo de edificio para dar habitacion á toda su familia.

Sin ánimo de entrar en descriptivos detalles de este Real Sitio, solo diremos que el palacio fué construido sobre los planos de Van-Vitelli. En él se encierran profusamente las mas preciosas antigüedades del reino. La forma de la capilla aunque está construida sobre el plan de la de Versalles, es empero mucho mas magnífica y la supera por la gran riqueza de los materiales de que se compone. Además existe dentro del palacio un bellísimo teatro cuyo techo y palcos están sostenidos con colunas sacadas del antiguo templo de Serapis. Los adornos son ricos y elegantes.

hacer derramar los triunfos de las cosas santas. Las poblaciones acudian desde muchas horas de distancia al camino que debia seguir el augusto pontífice; de todas partes venian, radiantes los ojos de dicha y llenos los labios de bendiciones, para contemplar las facciones, para entonar las alabanzas de un soberano que volvia la fortuna á Roma. Elevábanse infinitos arcos de triunfo para recibir bajo sus verdes ramages y floridas guirnaldas al papa rey que representa en la tierra al Rey del cielo. ¡Ah! aquellos dias desmintieron á la faz del mundo entero, á los hombres que pretenden que la Iglesia de Cristo ha cumplido ya su mision! ¡La religion lejos de oscurecerse, volvia al foco de su luz en busca de nuevos rayos y de nuevos esplendores!

En todas partes manifiéstanse iguales transportes, igual entusiasmo; las ciudades, las villas, las mas insignificantes aldeas rivalizan en abnegacion y fidelidad.

Al tocar el cortejo los últimos limites de los Estados napolitanos, paráronse los carruages: habia llegado la hora de la despedida. La separacion fué tierna y solemne, y apenas Su Santidad bajó de su berlina, cuando el rey y el príncipe de

Una hermosa cascada cuyas espumosas aguas van á precipitarse en un gran estanque de mármol blanco termina el parque, cuya estension es de una milla. Este estanque contiene los grupos de Diana en el baño rodeada de ninfas, y el de la metamórfosis de Acteon, ambos oportunamente colocados en el centro de dos islitas. Recorriendo una larga y ancha avenida se encuentran de continuo caprichosas fuentes y cascadas, diversos y variados juegos de aguas, grutas, galerías, rústicos templetes, etc., etc.; y por fin, aparece en aquel delicioso y ameno jardin un rio formado por el conjunto de las aguas sobrantes de las diversas fuentes y cascadas que contiene.

La piedad de Fernando II de Nápoles dispuso que el bondadoso y magnánimo Pio IX al regresar á sus Estados descansara una noche en la apacible morada de Caserta.

(Nota del Traductor.)

E. Buxó g.ª

FERNANDO II, REY DE NAPOLES Y DE SICILIA.

Calabria se arrojaron á sus pies rindiendo así un supremo y último homenage de su fe católica.

Fernando II hincado de rodillas, pidió la bendicion pontificia: «¡Ah! sí, de todo mi corazon, esclamó el Santo Padre con voz conmovida, sí, os bendigo á vos, á vuestra familia y á vuestro reino! ¡Qué podré deciros para manifestaros mi gratitud por la hospitalidad que me habeis concedido!»

«Santísimo Padre, contestó el rey, no he hecho mas que cumplir el deber de un cristiano. — Sí, repuso el Sumo Pontífice, cuya emocion iba en aumento; sí, vuestro afecto filial ha sido grande y profundo.» Entonces levantando al augusto monarca le estrechó contra su pecho y despues de besarle con efusion, subió otra vez á su coche. La familia real y las personas que formaban la comitiva se acercaron para besarle el pié y el cortejo se puso de nuevo en marcha. En Valmontone, el entusiasmo fué tal que el pueblo rompió la línea de soldados que formaban el cordon en el camino que conducia á la iglesia y que seguia el Sumo Pontífice, y precipitándose á los pies del Papa para cubrirlos de besos y de lágrimas, pareció formar un mosaico humano.

Mientras que Su Santidad, escoltado por los húsares del primer regimiento de la guardia, continuaba su camino á través de numerosos destacamentos del ejército napolitano y de las confusas oleadas de las poblaciones, los enemigos del órden no cesaban de cubrir las esquinas de Roma con pasquines injuriosos para la Iglesia, para su venerable gefe y para el ejército francés. No omitiendo medio alguno para sembrar el espanto entre el pueblo, no solo propalaban los mas siniestros é infundados rumores, sino que esparcian el terror haciendo estallar en muchos puntos de la ciudad petardos y otras máquinas de detonacion. Los revolucionarios no retrocedian ante medio alguno de intimidacion; así es que se entregaron á varias tentativas de incendio, y anunciaban sangrientas ca-

tástrofes para celebrar á su modo, un acontecimiento que debia asegurar la salvacion de un pueblo conducido por ellos á dos pasos de su ruina. Mas lo mismo sus tentativas como sus fatales esperanzas frustráronse en todos los puntos.

A su llegada á Terracina, la primera ciudad de sus Estados, Pio IX fué cumplimentado por las autoridades, quienes le presentaron las llaves de la ciudad, y luego de poner pié á tierra dirigióse sin pérdida de momento á la iglesia del Borgo, y de allí al palacio del gobierno, donde recibió á las varias diputaciones de Roma y de los paises circunvecinos, á los ministros, á los príncipes romanos y á gran número de personas de distincion. El entusiasmo de los habitantes estaba en su colmo. Mas que alegría esperimentaban un delirio á la vista de su adorado soberano. Por la noche, Terracina ofreció un espectáculo sin ejemplo en los anales de las fiestas populares. El mar se iluminó como por encanto en una estension de mas de tres kilómetros, por medio de innumerables cáscaras de naranja cortadas á modo de faroles, rivalizando en brillo los miles de estrellas que se agitaban en las olas con las que resplandecian en el fondo azul del cielo. Las ondulaciones que les imprimia el movimiento del mar producian un efecto fantástico á lo sumo, y durante este tiempo el cañon tronaba sin cesar, los cohetes de múltiples colores surcaban las nubes, é inmensos fuegos de bengala iluminaban la antigua fachada del templo de Júpiter Anxuro, las ruinas del famoso castillo de Teodorico y la gigantesca roca que domina la ciudad.

Algunas personas que veian con sentimiento el regreso del Papa á su capital, ocupada esta como estaba por las tropas francesas, intentaron en aquella ciudad un último esfuerzo y le dijeron: « Estad seguro, santísimo Padre, de que los franceses no os recibirán con las muestras de respeto que se deben al gefe de la Iglesia, y de que jamás consentirán en doblar la rodilla en presencia de vuestra Santidad.

— ¿Lo creeis así? contestó Pio IX.

— Estamos seguros de ello.

— Pues bien! les bendeciré aun cuando se mantengan de pié, y espero que no por esto dejará de producir su efecto la bendicion de Dios.» No tardarémos en ver el ningun fundamento de aquellas sombrías previsiones.

Desde Terracina, el Padre Santo se dirigió á Velletri y continuó su marcha triunfal bajo los victoriosos pliegues de la bandera francesa.

El dia 12 por la mañana, el cielo apareció encapotado, el viento soplaba con violencia, espesos y negros nubarrones divagaban por los aires, y sin embargo todos los rostros se mostraban radiantes de entusiasmo, contrastando la alegría universal con las sombrías tintas que oscurecian el sol; las calles y plazas que debia recorrer el cortejo del Papa se cubrian de aquella arena amarilla que se siembra en Roma á los pasos del Pontífice; las fachadas de las casas desaparecian bajo ricas tapicerías, las ventanas y balcones se adornaban con elegantes colgaduras y hermosas guirnaldas, los jardines de la ciudad se veian despojados de su alfombra de flores para estenderla á los pies del augusto Pontífice. Anchas colgaduras de damasco rojo con franjas de oro cubrian el interior de San Juan de Letran, la primera basílica del mundo cristiano, y al rededor del altar, bajo el precioso relicario que encierra las cabezas de los apóstoles San Pedro y San Pablo, elevábase un recinto reservado para el Sacro colegio y el cuerpo diplomático: un elegante cortinage, coronado con las armas pontificias, adornaba la puerta de entrada en el peristilo de la iglesia.

A pesar de haberse anunciado para las cuatro de la tarde la llegada de Su Santidad, una innumerable multitud llenaba desde la mañana, la vasta plaza de San Juan y todas las calles enarenadas. Los demás puntos de la ciudad se hallaban desiertos. Las poblaciones de las cercanías se habian reunido en el

espacio designado para el paso del cortejo. Segun las disposiciones del comandante de la plaza, el general Sauvan, las tropas de los ejércitos francés y romano tomaron posicion en la plaza de San Juan y en toda la línea, desde la basílica hasta la iglesia de San Pedro. El primer regimiento de cazadores de á caballo salió al encuentro del Papa, mientras que colocaban en batería varias piezas de artillería para dar la señal de la llegada, esperada con tanta impaciencia.

En parte alguna se ven aquellos hombres de siniestras figuras que aparecen en todas las públicas calamidades, y ó bien se ocultan, ó han cubierto con una máscara festiva sus sombríos rostros. Todas las miradas están fijas en el camino de Albano, donde varios destacamentos de caballería contienen á la apiñada multitud; y no lejos de él los artilleros esperan con la mecha encendida, el solemne momento: el general en gefe se encuentra en medio de su estado mayor.

A las cuatro, elévase en lontananza una nube de polvo y en breve aparece al galope un correo con librea roja; dispárase el primer cañonazo y elévase un grito universal de ¡viva el Papa! el estampido del cañon no cesa, las campanas mezclan sus sonidos al concierto de la reconciliacion, y el sol velado hasta entonces, resplandece de repente entre las nubes, pareciendo formar una auréola de oro en la frente del Pontífice. Pio IX baja de su coche y toca con el pié la tierra de la patria que vuelve á ver despues de un destierro de diez y seis meses; los miembros del cuerpo diplomático de gran uniforme, los miembros de la municipalidad y del clero se prosternan á sus piés; todos los rostros están bañados en lágrimas, todas las voces se unen en un mismo grito de amor: ¡viva el Papa! Príncipes y cardenales, soldados y sacerdotes, el ejército y el pueblo cayeron á un mismo tiempo de rodillas; la emocion del Sumo Pontífice llega á su colmo; su mano se estiende sobre todas las frentes; ha encontrado á un pueblo, al verdadero

pueblo de Roma, es feliz... La sublimidad de aquel momento no puede espresarse con palabras.

El estampido del cañon ha cesado: la oracion reemplaza á las salvas de alegría y con ella se mezclan los sagrados cantos; Pio IX rodeado de sus cardenales y de sus sacerdotes, tributa gracias al Dios que otra vez le conduce al trono de sus predecesores por la mano de la Francia. Despues de algunos minutos de recogimiento en la iglesia y de descanso en el palacio contiguo, sube el Papa á un coche de gala y emprende el camino de San Pedro; en aquel momento ízase en el castillo de San Angelo la bandera pontificia, una salva de ciento y un cañonazos se mezcla al repique de todas las campanas, y los ecos de estos varios ruidos, rodando á lo largo del rio, anuncian hasta las montañas de la Sabina el feliz acontecimiento que devuelve un padre á sus pueblos, y estos á su legítimo soberano.

El cortejo se adelanta en medio de las tropas francesas y romanas escalonadas á su paso de distancia en distancia.

Abre la marcha un peloton de caballería, y vienen en seguida el general de division Guesviller rodeado de su estado mayor, el prefecto de policía, el comandante Le Rousseau y su secretario general M. Maugin;

Los tres cardenales de la comision de gobierno;

Un escuadron de dragones pontificios;

Un escuadron de dragones franceses;

Un escuadron de cazadores franceses;

Un destacamento de gendarmería francesa;

Un correo del Papa;

Los guardias nobles á caballo;

El coche pontificio tirado por seis caballos negros y enjaezados con arneses dorados;

El general en gefe Baraguay-d'Hilliers marchaba á uno de

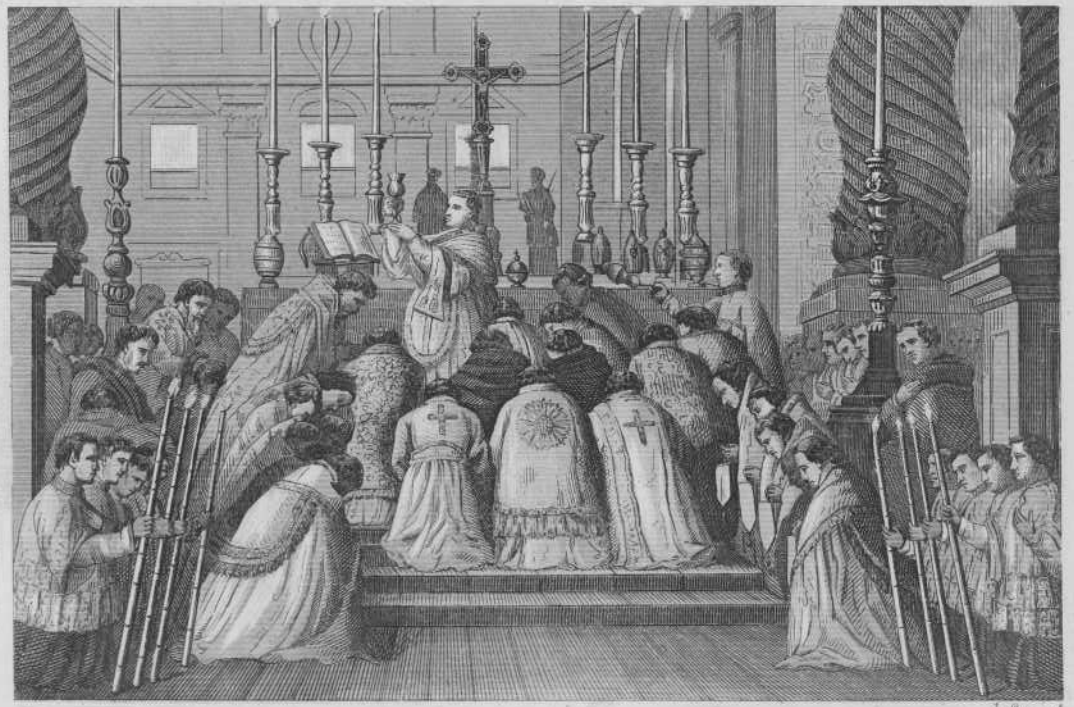
los estribos y cabalgaba al otro el príncipe Altieri, segundo comandante de la guardia noble;

Un numeroso estado mayor;

Cerraban la marcha un destacamento de guardias nobles, los carruages de los cardenales y un escuadron de dragones franceses.

La solemne comitiva se avanza lentamente por la ancha calle que conduce desde la plaza de San Juan al Coliseo; deja este monumento á su izquierda, llega al foro Trajano, atraviesa la plaza de los Santos Apóstoles y la de Venecia, entra en la calle Pontificia y llega al puente de San Angelo.

Cien mil personas están escalonadas al paso del Sumo Pontífice, cien mil aclamaciones pueblan los aires; el estampido del cañon de San Angelo se mezcla al repique de todas las campanas, los gritos de: ¡viva el Papa! viva la religion! Santo Padre, bendecidnos! Salen de todos los labios gritos universales que son una protesta contra las aclamaciones que hicieran antes del nombre de Pio IX una enseña revolucionaria. Todas las frentes se inclinan, todas las rodillas se doblan ante la suprema magestad del Soberano; los vítores que habian recibido á Su Santidad á su entrada en la plaza de San Juan de Latran se suceden y propagan por toda la línea, como llevados por una corriente eléctrica. De todas las ventanas cae un diluvio de flores sobre el carruage pontificio y sobre los oficiales que lo rodean; finalmente, al llegar la cabeza del cortejo á la plaza del Vaticano, el entusiasmo raya en delirio, las señoras agitan sus pañuelos, el pueblo en masa se prosterna; los soldados de la Francia, formados en batalla, doblan la rodilla y presentan las armas; una alfombra de verdura, sembrada con flores blancas y amarillas es arrojada á los pies del Papa; el clero de San Pedro recibe á Su Santidad con el ceremonial acostumbrado y le conduce procesionalmente al interior de la vasta basílica. En el mismo instante déjase oir la voz de: ¡Rindan! y



MISA PONTIFICIA EN SAN PEDRO DE ROMA

las rodillas se doblan, las bayonetas se inclinan, los tambores baten marcha mientras los cantores de la capilla pontificia entonan la antífona *Ecce Sacerdos Magnus*. La emocion de los soldados franceses se revela en lágrimas de ternura. El que se adelanta entre sus prosternadas líneas es mas que un ilustre soberano, es el mayor poder humano, es la magestad del catolicismo, es el representante de Dios. Pio IX da la bendicion del Santo Sacramento, y luego mientras llenan el templo los acentos del *Te-Deum*, se dirige seguido del cuerpo diplomático á las habitaciones que le han sido preparadas en el Vaticano.

Algunas horas despues Roma adornó su frente con una inmensa diadema de fuego; los palacios, las iglesias, las casas particulares inundaron las calles y las plazas de torrentes de luz; el Capitolio, San Pedro, el Monte Pincio, la Trinidad de los Montes, el Borgo, el Transtiber, las orillas del Tíber, rivalizaron en brillo y esplendor; y la cúpula de San Pedro, iluminada segun el dibujo de Miguel Angel, aparecia como una tiara adornada de deslumbrantes piedras. Estas generales y unánimes iluminaciones se repitieron por espacio de tres noches consecutivas.

De este modo terminó una de las mas grandes escenas que ofrece la historia de las naciones, uno de los hechos mas memorables que ofrecerá el siglo XIX para enseñanza de la posteridad. La religion católica personificada en Pio IX penetraba triunfalmente en Roma sobre el escudo de la Francia. La religion volvia poderosa ofreciendo la misericordia á la ingratitud y el perdon al arrepentimiento, y la obra de restauracion colocaba de nuevo en su puesto la piedra angular del cristianismo.

El dia 15 de abril, los miembros del cuerpo diplomático se dirigieron al Vaticano para ofrecer sus homenages á Su Santidad y felicitarle por su regreso á Roma.

Al elocuente discurso del embajador de España (*), contestó Pio IX con las siguientes palabras:

«Señores:

»Vosotros que me acompañasteis durante los dias de prueba y de afliccion, formais hoy mi corona y mi alegría; y al manifestaros mi gratitud por el interés que habeis tomado en las muchas vicisitudes que con tanta rapidez se han sucedido, os doy gracias igualmente por el que tomais en los actuales acontecimientos, contando firmemente en que tampoco me faltará vuestra asistencia para el porvenir.

»Decid á vuestros soberanos y á vuestros gobiernos respectivos todo el agradecimiento que abrigo en mi corazon por todo cuanto han dicho y hecho en favor de la Santa Sede; aseguradles que ruego continuamente á Dios por la paz de la Europa y del mundo.

(*) Noticioso el Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, como ya hemos visto en el decurso de esta Historia, del inminente peligro que amagaba al soberano Pontífice, á efecto de la furiosa tormenta que se fraguaba en los clubs de la demagogia revolucionaria, corrió presuroso el dia 16 de noviembre de 1848 al lado de Su Santidad para prestarle en tan críticos momentos á nombre de la católica nacion española que representaba, todo el apoyo que pudiera, haciendo además en union con los embajadores de Francia, Rusia, Baviera y Portugal, que tambien acudieron al primer síntoma de la asonada, una muralla de sus cuerpos al Vicario de Jesucristo. El mismo diplomático que en aquella ocasion denostó con tanta energía á los comisionados de los sediciosos, haciéndose eco fiel de su patria y de los nobles sentimientos de los representantes de las demás naciones que le secundaban; el distinguido hombre de Estado, que para llevar á cabo el propósito del gobierno español, hubiera proporcionado á nuestra nacion la gloria de servir de asilo al Sumo Pontífice segun él mismo nos lo ha manifestado verbalmente y lo consigna en su precioso *Bosquejo de la política*

»Deseo que desciendan abundantemente sobre vosotros y sobre las naciones que representais las bendiciones de Dios, á fin de que vivificadas aquellas con el don celeste, vean aumentar en su seno las conquistas de la fe, contra el espíritu de irreligion y las de la tranquilidad y del órden contra el espíritu de la anarquía.»

El dia 17 recibió el Sumo Pontífice la visita oficial de los oficiales del ejército, deseosos de poner á sus pies sus homenages y sus felicitaciones. Espresar el imponente aspecto de esta ceremonia es imposible; el cuerpo de oficiales, reunidos en número de setecientos ú ochocientos hombres en el vasto salon de conferencias en el Vaticano, brillaba por la diversidad de las insignias y por el color de los uniformes. Los oficiales colocados en tres líneas, formaban por órden de batalla, por divisiones y brigadas.

Antes de prevenir á Su Santidad que la reunion estaba pronta para presentarse en su presencia, el general Baraguay-

de España, desde los tiempos de los reyes católicos hasta nuestros dias, publicado en 1857, si una combinacion de circunstancias para siempre lamentables no lo hubiese impedido (1), fué el que tuvo la alta honra de dirigir la palabra á nombre de todo el cuerpo diplomático al bondadoso Pio IX para felicitarle por su regreso á la antigua ciudad de los Césares y de los Papas, y por su restablecimiento á la cátedra de San Pedro, de la cual temporalmente le habia arrojado la revolucion.

(NOTA DEL TRADUCTOR.)

(1) Parece que el punto que se habia elegido para asilo de Su Santidad, era el de las islas Baleares. El Sr. Martinez de la Rosa, añade en su citada obra, que para la traslacion del soberano Pontífice á los dominios españoles; — mediaba hasta la circunstancia de profesar Pio IX particular afecto á nuestra nacion, hablando correctamente nuestra hermosa lengua, y habiendo permanecido algunos años en una de las repúblicas americanas.» — Dice además: «La residencia temporal en los dominios españoles hubiera ofrecido la ventaja de dar á aquel acto su carácter propio, sin excitar zelos por parte de otras potencias y evitando las complicaciones políticas á que pudiera dar márgen si se refugiaba en alguno de los estados de Italia.»

(NOTA DEL TRADUCTOR.)

d'Hilliers pronunció las siguientes palabras con la militar franqueza que caracteriza la lealtad de soldado: «Señores, al desfilar delante del Santo Padre, es costumbre besarle la mano; los oficiales generales se conformarán con ella; aquellos de entre vosotros que quieran dispensarse de observarla, pueden hacerlo con toda libertad.»

Pocos momentos despues apareció el Sumo Pontífice acompañado del cardenal Dupont, del mayordomo y de algunos prelados de su corte; en pié delante de su trono, dió su bendicion á la asamblea, y entonces el general en gefe le presentó á los oficiales diciendo: «Santísimo Padre, los oficiales todos del cuerpo espedicionario desean tener el honor de ser presentados á vuestra Santidad y de ofrecerle sus respetuosos homenages.»

El Padre Santo tomó en seguida la palabra y pronunció el siguiente discurso.

«Tengo un gran placer al hallarme en medio de un ejército que tantas brillantes pruebas de valor y de disciplina acaba de dar, y que pertenece á una nacion católica y generosa.

»Mi corazon rebosa de alegría al espresar los sentimientos de una gratitud que abrigo hácia el ejército francés, quien ha prodigado su oro, sus fatigas y su sangre para librar á Roma de la anarquía que sobre ella pesaba y para asegurar su independencia al vicario de Jesucristo, así como Pontífice como Soberano.

»Señor general, sed vos mi intérprete, vos, que digno sucesor de los dos generales que os han precedido, os honrais con la representacion de la Francia cerca de la Santa Sede. Manifestad mis paternales sentimientos al presidente de la República que ha allanado cuantos obstáculos se oponian á tan laudable empresa, á la Asamblea que la ha decretado, y en cuyo seno se han espresado los nobles sentimientos que llenaron mi corazon de alegría y de consuelo.

»Invoco é invocaré siempre la bendicion de Dios sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias, sobre la Francia entera, á fin de que se propague mas y mas en vuestra nacion generosa, el espíritu de religion, orígen de todos los bienes, y la invoco mas particularmente sobre el ejército, el cual por el honor, la disciplina y el valor que lo distinguen será siempre el sosten del órden público y la prenda de la tranquilidad.»

El Sumo Pontífice pronunció estas palabras en italiano, mas hízolo con voz tan distinta y tan perfectamente acentuada, que al oirle creyeron los franceses haber recibido el don de lenguas; acto continuo los oficiales desfilaron por delante del Papa conformándose con respeto á los usos prestados por la etiqueta de las recepciones pontificias.

El dia siguiente 18 de abril, Pio IX debia dar cima á la obra de su restauracion, bendiciendo en la plaza de San Pedro las armas y banderas de la Francia. A las tres y media las tropas de todas armas y los regimientos destacados en los alrededores y venidos á Roma para asistir á la solemnidad, se dirigieron vestidos de gala, con sus banderas desplegadas al son de sus bandas militares al lugar designado para la formacion, y á las cuatro se hallaba todo el ejército formado en masa entre el pórtico de la iglesia y el obelisco de la plaza, delante de un tablado elevado para Su Santidad. Una escogida concurrencia entre la que se distinguian además del cuerpo diplomático y de los príncipes romanos, á los personages mas notables de la ciudad, ocupaba las galerías superiores del pórtico de la derecha, la plataforma y los balcones de la basílica, y el pueblo probaba de nuevo sus simpatías y afecto hácia la Francia llenando ambos lados de la plaza y asistiendo á una fiesta esclusivamente consagrada á aquella. Roma en peso habia acudido á la plaza del Vaticano. Todas las ventanas lo mismo que los balcones estaban adornados con colgaduras, con mugeres y con flores.

A las cinco menos cuarto el Sumo Pontífice, precedido de los guardias suizos, vestidos con su pintoresco uniforme, rodeado de sus guardias nobles y de algunos prelados, y teniendo á su derecha al cardenal Dupont y á su izquierda al cardenal Antonelli, salió de sus habitaciones al repique de las campanas y al estampido de los cañones del castillo de San Ángelo. En aquel instante descubriéronse todas las frentes, las trompetas dejaron oir sus penetrantes sonidos; los tambores batieron marcha mientras que Pio IX se adelantaba magestuosamente.

De repente el cañon enmudece, las campanas quedan inmóviles, las bandas de música interrumpen sus alegres sones, y un religioso silencio reemplaza á los estrépitos terrenos. Entonces Su Santidad entona con voz vibrante las palabras sacramentales, levanta su mano, las frentes se inclinan, las rodillas se doblan hasta tocar al suelo; solo un hombre vestido de blanco permanece en pié, viendo á sus pies á un ejército que invencible para todo poder humano, dominando los brillantes cascos, los inmóviles penachos, las relucientes espadas que han dado tantas veces la vuelta á Europa. Aquel hombre es el vicario de Cristo, es la imágen viva de Dios, es el Papa, es Pio IX, es la religion. ¡Francia, hermosa patria mia; la bendicion del cielo ha descendido sobre tu noble frente! ¡levántate ya; en adelante eres invencible!

Acto contínuo, haciendo los regimientos un movimiento de conversion, formáronse por divisiones y se prepararon para desfilar ante el Sumo Pontífice. El ejército se mueve en toda la línea. Abre la marcha el general en gefe seguido de su estado mayor. Al pasar por delante del Papa inclinóse profundamente, saludóle con la espada y fué á colocarse frente del tablado, desde donde admiró el Santo Padre la imponente y recogida actitud de nuestros soldados. Los ingenieros y artilleros empiezan el desfile. Viene en seguida la primera division man-

dada por el general Guesviller, precediendo al primer batallon de cazadores de infantería, y á dos baterías de artillería con sus piezas en el centro. Los demás cuerpos desfilan á su vez, con su música al frente, y á medida que los regimientos pasan por delante del tablado, los oficiales saludan con la espada. Pio IX los bendice compañía por compañía y su mirada parece iluminarse cada vez que se presenta una bandera. El general Morris al frente de la caballería termina el desfile y entonces el general Baraguay-d'Hilliers inclinándose de nuevo ante Su Santidad, le tributa por última vez los homenajes de la Francia.

Daban las seis cuando Pio IX bendiciendo al pueblo que le saludaba con ardientes aclamaciones, entraba de nuevo en su palacio.

Esta revista, santificada por la bendicion pontificia, tuvo un carácter solemne é imponente. Sin embargo, observóse en ella un vacío, y así los franceses como los romanos vieron con sorpresa la ausencia del general que al abrir las puertas de Roma, habia sido causa de una fiesta en el que su lugar estaba señalado. Por esto sin duda se complació el papa aquel mismo dia en reiterar espontáneamente y por escrito, al duque de Reggio, los recuerdos que de él tenia y la espresion de su paternal afecto.

Esta jornada, que dejará un imperecedero recuerdo, fué en cierto modo la consagracion de la espedicion francesa y la glorificacion del valiente ejército francés que tantos ejemplos diera de todas las virtudes guerreras, desde su llegada á los Estados romanos.

Despues de haberse batido como héroes como combatieron sus padres en Marengo, en Arcola y en Rivoli, nuestros soldados rivalizaron en celo, en disciplina y en abnegacion; admirables por su valor durante la lucha, fueron sublimes de moderacion durante la paz.

La ciudad eterna muestra aun en su frente las señales y ci-

catrices de los escesos que engendran los males de la guerra. Por todas partes se ve la profunda huella que dejará impresa el pié de los invasores; los feroces Normandos de Roberto Guiscardo, llamados por el papa Gregorio VII para protegerla (*), y tiempos despues, los soldados de Cárlos V, revelaron su paso por la capital del orbe católico, con el hierro y con el fuego, con la ruina y la devastacion.

Lejos de seguir tales tradiciones, los soldados franceses victoriosos, despues de dos meses enteros de sufrimientos y privaciones, no se abandonaron ni un solo instante á las halagüeñas escitaciones de la conquista; tan generosos como valientes, probaron que un ejército podia ser el protector de una ciudad tomada por asalto, y en la cual habian entrado por las hu-

(*) Las causas que motivaron la ocupacion de Roma por las tropas de Roberto Guiscardo durante el pontificado de Gregorio VII, se derivan de la voluble y criminal conducta que Enrique III, emperador y cuarto rey de Alemania observó con dicho Pontífice. Segun afirma el sabio y erudito abad de San Ildefonso D. Félix Amat en su *Historia Eclesiástica*, á los diez y ocho años de edad, era uno de los hombres mas corrompidos, para el cual no habia muger hermosa que pudiese escapar de sus halagos ó de su violencia; que no satisfecho con vender escandalosamente las abadías y obispados, y de hacer deponer luego al primer comprador como simoniaco, para volver á vender las dignidades, fué el mas cruel enemigo del Santo Pontífice Gregorio VII. Este en los primeros dias de su elevacion á la silla de San Pedro demostró gran afecto á aquel descarriado monarca, para ver si por medio de la dulzura podia conducirlo á buen camino. Empero Enrique persistió en su torcida conducta contra el Papa, si bien hubo unos momentos en que para conjurar la tormenta que mugia sobre la corona imperial vacilante en sus sienes á consecuencia del acuerdo tomado por los príncipes y señores alemanes, que reunidos en Tribur por el mes de octubre de 1076 habian determinado deponerle y nombrar otro monarca, prometió cambiar de conducta con el Papa Gregorio VII, al cual habia tenido la audacia de enviar un clérigo á Roma para notificarle que quedaba depuesto de la Santa Sede. El enviado cumplió su mision en el acto en

meantes brechas, sin capitulacion y por el solo hecho del derecho y de la fuerza.

Aplaudidos y festejados desde el primer dia de la ocupacion por el verdadero pueblo romano, insultados por los silbidos, amenazados con el puñal de los revolucionarios estrangeros, estuvieron siempre á la altura de su grande mision, y la historia dirá que á pesar de incesantes provocaciones no cometieron ni un solo acto de venganza, que durante muchos dias acamparon en las calles y plazas públicas con el objeto de no ocupar de un modo irregular los palacios que sirvieron de cuarteles á sus enemigos; que su respeto por la propiedad, por los usos y las costumbres de un país conquistado fué igual á su generosidad y á su paciencia en sufrir los ataques del fanatismo;

que el Pontífice abria un Concilio en lai glesia del Salvador, diciéndole en alta voz: *El rey mi amo y los obispos ultramontanos é italianos os mandan que al momento dejeis la Santa Sede que habeis usurpado;* y en seguida dirigiéndose con igual energía al clero que asistia al concilio continuó: *Vosotros, hermanos, quedais citados para comparecer por Pentecostés ante el rey y recibir de su mano un Papa, pues este no es Papa, sino lobo rapaz.* Enrique, viendo errado el primer golpe protestó de su sumision á la Santa Sede, pues no tenia fuerzas suficientes para contrarestar las de los indicados príncipes y señores alemanes, y aceptó las durísimas condiciones que estos le impusieron, entre las cuales una de ellas fué la de que el Papa seria el juez del rey, que harian que viniese á Augsburgo por la fiesta de la Purificacion de la Vírgen, en cuyo dia se congregarian allí todos los señores del reino, y previa audiencia de los dos partidos, el Papa condenaria ó absolveria á Enrique. Otro de los actos que este practicó fué el de permanecer durante tres dias en el segundo rastrillo del castillo de Canosa, descalzo, vestido de lana, sin insignias reales y sin tomar alimento hasta la noche, y la de prometer al Papa, al recibir la absolucion al cuarto dia, que se presentaria en la Dieta general de Alemania á oir y contestar á los cargos que le dirigieran los señores, y que todos estarian al fallo que Gregorio VII diese sobre conservar ó perder el reino Enrique, el cual en el primer caso se mostraria siempre sumiso y obediente á la santa

la historia dirá que ni una de estas virtudes, mas raras en el corazon de un soldado que el mismo valor, faltó al ejército francés dueño de Roma.

Insiguiendo la táctica familiar al partido revolucionario, hacíase una activa propaganda entre las filas de nuestro ejército; repartíanse profusamente manifiestos escitando á la rebelion, ofrecíanse toda clase de premios á la traicion: ¡esfuerzos vanos! el ejército no tuvo que ruborizarse por un solo desertor, y en sus gloriosas manos la bandera de la patria quedó pura é inmaculada.

En la fatal situacion que han creado las políticas tormentas, en estos desgraciados tiempos en que los intereses del individualismo dominan la nobleza de los caractéres; en que las

Iglesia. Rebelóse de nuevo Enrique III contra la Santa Sede impulsado por los lombardos á retractarse, por lo cual eligieron los alemanes otro rey cuyo nombramiento aprobó el Pontífice romano. Despechado por ello Enrique á su vez hizo elegir en 1080 al antipapa Guiberto, arzobispo de Ravena, prelado que tuvo la osadía de pasar á Italia adornado de las insignias pontificales, sin embargo de haberse fulminado escomunion por haber despojado su iglesia. Sostenido por las tropas de Enrique y de sus adictos tomó el nombre de Clemente III.

Si bien el pueblo romano se conservaba en favor de Gregorio VII y se sacrificaba para defenderlo, ello es que habiendo logrado Enrique hacer suyos muchos prelados, algunos señores, y casi todo el pueblo, se vió reducido el Pontífice al estremo recurso de tenerse que refugiar dentro los muros del Castillo de San Angelo, mientras que aquel, dueño absoluto de Roma hacia sentar en la silla del Pescador á su favorito el antipapa Clemente.

Si el autor de la presente obra se remonta á este pasaje de la Historia de los Papas, es porque habiendo acudido Roberto Guiscardo, duque de Calabria á la defensa del santo y virtuoso Gregorio VII con sus aguerridas huestes, arrojó de la ciudad eterna al antipapa Clemente y á sus secuaces, restableciendo á la obediencia del verdadero Pontífice varias ciudades y castillos.

(Nota del Traductor.)

instituciones todas pierden su estabilidad, en que todas las nociones del bien se hallan pervertidas, en que la barbarie demagógica amenaza envolver á la sociedad entera, nuestros soldados, firmes en su virtud, han opuesto sus invencibles espadas al torrente revolucionario, manifestando ser los dignos hijos de la raza de hierro que Julio César admiraba y que con su acero escribió en la historia las páginas de Tolbiac, de Bouvines, de Ascalon, de Newinde, de Fontenoy y de Austerlitz. Cuando tantos y tantos pueblos han degenerado, los soldados de la Francia han conservado intacto el depósito de honor y de abnegacion, probando que la actividad humana dirigida por la disciplina é inspirada por el deber, puede aun engendrar maravillas. Con semejantes soldados pudo la Francia emprender no ha mucho la conquista del mundo; con ellos, la Francia salvará en nuestros dias la civilizacion.

CONCLUSION.

Hemos visto en el decurso de esta historia como los afiliados de las sociedades secretas, aprovechando las conmociones que agitaban á la Europa, combatieron al Sumo Pontífice á quien habian incensado y coronado; la grande liga formada para la independencia italiana no fué para ellos mas que un medio, y su fin no era otro que la ruina del pontificado y la destruccion de las monarquías.

En el dia está ya enteramente demostrado que la guerra tenia por objeto no tanto libertar el pais italiano como destruir el órden social establecido en Europa, y creyendo conseguir sus fines con mas rapidez, los eternos enemigos de la sociedad no tuvieron la paciencia de esperar que los príncipes italianos hubiesen emancipado el suelo patrio. Por esto fué que mientras instaban á Su Santidad para que acelerase con su influen-

cia moral la hora de la libertad, conspiraban contra la Santa Sede, haciéndose los ausiliares del protestantismo inglés y del racionalismo aleman; por esto fué que mientras Cárlos Alberto blandiendo la espada de Italia, esponia en los campos de batalla su corona, su vida y los tesoros reunidos con prudente y lenta economía, fomentaban en el Piamonte las ideas republicanas.

Hemos visto como el rey de las Dos Sicilias atacado por los revolucionarios en el mismo instante en que acababa de lanzar sus soldados á la lucha en que se debatia la causa de la independencia, supo dominar la insurreccion y sustraerse á las fatales exigencias del espíritu demagógico; hemos visto á los pretendidos patriotas rechazar las honrosas proposiciones del Austria sorprendida pero no vencida; les hemos visto asesinar vilmente á un hombre destinado quizás por la Providencia para ser un gran ministro y obligar luego á la magestad de la tiara á buscar un asilo en la tierra estrangera. Hemos visto á los duques de Parma y de Módena arrastrados por el huracan revolucionario lejos de sus pueblos que levantaron tambien el estandarte de la rebelion; hemos visto al gran duque de Toscana, mas que el soberano el padre de sus súbditos, precisado á abandonar un país que habia elevado al mas alto punto de la prosperidad material. Hemos visto por fin al mismo Cárlos Alberto terminar en el suelo portugués, una vida cuyo único error fué el escuchar los pérfidos consejos que consumaron su ruina. El triunfo de los revolucionarios fué completo en Italia hasta el dia en que Dios que dijo á las olas del mar: De aquí no pasaréis, puso un dique al torrente de la demagogia.

Dios que se oculta á nuestras miradas, pero que reconocemos incesantemente en sus actos, ha concedido su proteccion á dos grandes pueblos, desde el principio de las cosas creadas: á la nacion judía y á la romana.

La primera, rechazando de su seno los errores del politeismo y de la idolatría, debia derramar sobre la tierra el conocimiento del único y verdadero Dios. A aquel pueblo privilegiado confió el Señor los oráculos divinos, acordóle el Verbo eterno y le permitió que diese á luz segun la carne al Salvador del mundo.

La segunda al dar desde su orígen como reino el nombre de Capitolio al centro tan débil entonces de su dominacion, presentia ya la grandeza de sus destinos futuros, convirtiéndose por decirlo así en profeta de sus glorias. Aquel pueblo debia conquistar el mundo, y segun la poética espresion de Plutarco, allanar la tierra, á fin de que le fuese mas fácil recorrerla é imprimir en toda ella la unidad, preparando así la grande obra que Dios confió al llegar la hora, á doce pobres pescadores: la de cambiar la faz religiosa del globo.

Trabajador infatigable de la fe de Cristo, el pueblo romano, que disminuyó las dificultades de la predicacion, abriendo á los doce apóstoles los caminos del occidente, acabó por derribar él mismo los altares que elevara el error á sus pasiones divinizadas. Sobre las ruinas del templo de Júpiter levantó la cruz del Gólgotha, y Dios le confió una mision sobrehumana haciendo del Capitolio la cabeza del universo cristiano.

Entonces Roma se convirtió en la nueva Jerusalen; el pueblo romano fué la nueva tribu de Judá; en la ciudad santificada por la sangre de los mártires, el Señor estableció el Sumo Pontífice de su religion, y Roma, trocando la espada por la cruz, reinó de nuevo sobre el mundo entero.

Desde aquel momento confió Dios á aquel pueblo, regido en sus misteriosos designios, las divinas tradiciones. Revistióle de la supremacía en las artes, y permitió que sobrepujase á los demás pueblos en el culto de la belleza simbólica.

Dotada con tan magníficos privilegios, Roma fué en breve el centro y el depósito de las riquezas antiguas y modernas, y

artistas de las naciones todas acuden tambien á ella para inclinarse ante los portentos del arte antiguo y de las maravillas del arte cristiano. Roma fué la ciudad destinada para recibir las sublimes inspiraciones del Guido, del Guerchino, de Miguel Angel, de Rafael y de otros muchos genios, brillantes metéoros que no aparecerán jamás.

Roma es mas que una ciudad, es un vasto museo. Sus calles son mas que vias practicadas para la circulacion, son galerías abiertas á la educacion del mundo. Cada piedra despierta un recuerdo, un nombre, un fragmento de historia: sus iglesias además de encerrar al Dios vivo en el silencio de sus áureos tabernáculos, poseen admirables obras de los mas grandes maestros del arte religioso.

El Vaticano, el Capitolio, las galerías Sciarra, Corsini, Doria, Borghese, etc., etc., son centros artísticos pertenecientes lo mismo al universo que á sus propietarios, los cuales solo tienen en su poder un valor muerto, pues la ley romana así lo quiere. Roma no solo es la capital de doscientos millones de católicos; es tambien la propiedad esclusiva de los sabios y de los artistas del mundo entero. Mas al ofrecerles lo que no hallarian en otra parte alguna, les convierte en tributarios suyos, y recibe oro en cambio de su admiracion. Ahora bien, economistas como Mamiani, y revolucionarios como Mazzini, pretendieron destruir aquel invernáculo de las artes, aquella inagotable mina de riquezas, y ya hemos visto como los ejércitos católicos, guiados por la mano de Dios, se opusieron á la realizacion de sus siniestros designios.

Orgullosos con sus momentáneos triunfos, los sectarios proclamaron que la mision del pontificado habia sido alterada en el órden providencial; que el poder temporal de la Santa Sede habia terminado; y hasta sustituyeron la tiranía de su mando efímero, á la autoridad paternal del gefe de la Iglesia, cuando Dios cansado ya de los usurpadores, les dispersó á los cuatro

vientos del cielo y colocó otra vez en su trono al que segun la sublime espresion de Bossuet, sostiene en la mano la balanza, en medio de tantos imperios con frecuencia enemigos, el que conserva la unidad en el cuerpo social, ya por medio de inflexibles decretos, ya por medio de prudentes contemplaciones.

Engañáronse pues aquellos espíritus soberbios que reunidos cierto dia en el Capitolio decretaron en nombre de Dios y del pueblo la inmortalidad de su república. Aquel dia fueron todos perjuros, pues sabian bien que su juramento no seria ratificado por Dios, el cual dijo al príncipe de los apóstoles: «Mi Iglesia es eterna, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Las raices de la revolucion de Roma, regadas con la sangre del ministro Rossi, solo produjeron frutos de muerte. El árbol de la república romana sostenido por el puñal de las sociedades secretas, solo dió un triste y sangriento follage. Derribado por el cañon de la Francia, quedó aniquilado ante los rayos del pontificado el dia en que Pio IX recobró el cetro de su doble autoridad, y á pesar de los prodigiosos esfuerzos de la impiedad y de la anarquía, el digno sucesor de los apóstoles subió otra vez á la sede, que puede ser conmovida algunas veces, pero jamás derribada.

Como ha dicho un ilustre prelado, Pio IX ha recobrado la corona que no puede faltar á la frente en que Dios la colocara, y la trasmitirá en toda su infalibilidad á su sucesor, del mismo modo que la recibió de Gregorio XVI. En vano las facciones se ligaron contra ella, la inmortalidad dada por el mismo Dios á su Iglesia, triunfará siempre de la maldad de los hombres y de la violencia de las persecuciones.

La soberanía providencial de los papas, restablecida por la espada de la Francia y por las armas de las naciones católicas, perpetuará hasta el fin de los siglos su mision divina; y el pon-

tificado despues de haber salvado tantas veces á la Europa de las olas invasoras de la barbarie, salvará al mundo de la invasion mas temible aun de los nuevos bárbaros que la amenazan en el dia.

FIN.

PLANO DE ROMA

DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

1.

Decreto de amnistía.

Pio IX á sus fidelísimos súbditos, salud y bendicion apostólica:

En aquellos dias en que la pública alegría que escitaba nuestra exaltacion al Sumo Pontificado, causaba en el fondo de nuestra alma la mas viva emocion; no podíamos desechar un doloroso sentimiento, al recordar que gran número de familias de nuestros súbditos se veian imposibilitados de tomar parte en el general regocijo, en cuanto, privadas como estaban de los consuelos domésticos, sufrian gran parte de la pena á que algunos de sus miembros se habian hecho acreedores atacando el órden de la sociedad y los derechos privados del soberano legítimo.

Por otra parte, dábamos una compasiva mirada hácia aquella numerosa é inesperta juventud, que si bien arrastrada al torbellino de las políticas tormentas por engañosos halagos, nos parecia mas bien seducida que seductora; por esto fué que desde aquel momento pensamos en tender la mano y en ofrecer la paz del corazon á aquellos de mis queridos y estraviados hijos que quisiesen manifestarse sinceramente arrepentidos.

El amor que nuestro buen pueblo nos ha demostrado y las pruebas de constante veneracion que de él ha recibido la Santa Sede en nuestra persona, nos han persuadido de que podíamos perdonar sin que resultase por ello el menor peligro público.

Por estos motivos pues, mandamos y ordenamos que el principio de nuestro pontificado sea celebrado con los siguientes actos de gracia Soberana.

1.° Remitimos á todos nuestros súbditos, actualmente detenidos por delitos políticos, la pena que les resta sufrir, con tal de que hagan por escrito y bajo su honor la solemne declaracion de que no solo no abusarán de la gracia que se les concede, sino de que llenarán todos los deberes de buenos y fieles súbditos.

2.° Bajo la misma condicion serán admitidos en nuestros Estados aquellos de nuestros súbditos que en el término de un año á contar desde la publicacion del presente decreto, manifiesten de un modo conveniente y por medio de los nuncios apostólicos ú otros representantes de la Santa Sede, el deseo de aprovecharse de este acto de nuestra clemencia.

3.° Rehabilitamos igualmente á aquellos que por haber tomado parte en alguna conspiracion contra la seguridad del Estado, se hallan sometidos á la vigilancia de la policía y declarados incapaces de desempeñar los cargos municipales.

4.° Queremos que queden interrumpidos y sobreseidos los procedimientos criminales por delitos puramente políticos que no hayan terminado todavía por una sentencia formal, y que los encausados sean puestos en libertad á menos de que alguno de ellos pida la continuacion de la causa con la esperanza de demostrar su inocencia y de reconquistar todos los derechos de la misma.

5.° Quedan esceptuados de las disposiciones contenidas en los artículos anteriores el corto número de eclesiásticos, militares y empleados del gobierno que han sido ya condenados por delitos políticos, que se han fugado, ó aquellos cuya causa no ha terminado todavía. Respecto de ellos nos reservamos tomar otras determinaciones, á medida que podamos hacerlo por el exámen de los documentos que á los mismos se refieren.

6.° Tampoco queremos que se comprendan en esta amnistía los delitos ordinarios de que se hayan hecho culpables los condenados ó emigrados políticos, para los cuales queremos que tengan plena ejecucion las leyes vigentes. Nos complacemos en esperar que los que usarán de nuestra clemencia, sabrán en todo tiempo

respetar nuestros derechos y su propio honor, y tambien confiamos en que halagados los ánimos con nuestro perdon, depondrán sus civiles odios que casi siempre ó son la causa ó el efecto de las pasiones políticas, formándose así otra vez el pacífico lazo que debe unir estrechamente segun la voluntad de Dios á todos los hijos de un mismo padre.

Si alguna de nuestras esperanzas saliese frustrada, recordaríamos á pesar del amargo dolor que esperimentaria nuestro corazon, que si la clemencia es el mas dulce atributo de la soberanía, la justicia es su primer deber.

Dado en Roma, en Santa María la Mayor, á 16 de julio del año 1846, el primero de nuestro pontificado.

Pio IX.

2.

Himno.

Sacude, ¡oh Roma! el vergonzoso polvo; — ciñe tu frente de laurel y olivo; — sean tus cantos, cantos de alegría; — brille de nuevo la auréola de tu gloria. — La bandera que Felsina envia — es de la paz afortunado augurio: — es la prenda de una santa alianza: — es el don de un hermano á otro hermano. — El sonido de las guerreras trompetas — ha despertado á los descendientes de Quirino; — saludemos la fraternal bandera — que ondea orgullosamente sobre el Tíber. — Esta bandera permanecerá plegada, — cerca del trofeo de Mario — y bajo las alas del águila altiva — que te espera en la roca Tarpeya. — Mas en los dias de fatal peligro — desplegada la fraternal bandera — contra los furores de un pérfido destino — será la esperanza de Roma.

3.

Circular del ministro Mamiani á los gobernadores de las provincias.

Por varios conductos he sabido que habiendo esperimentado nuestras tropas algunos reveses en sus últimos encuentros con las de Nogent, y habiendo perdido en ellos la vida cierto número de

nuestros valientes, los pueblos se han desalentado, reemplazando en sus ánimos el miedo y la desconfianza á su valor primitivo. Os encargo pues que empleeis todos los medios que estén á vuestro alcance para destruir estos primeros gérmenes de desaliento y estos primeros síntomas de entorpecimiento, á que estamos desgraciadamente inclinados, nó por naturaleza, sino por nuestra costumbre de esclavitud y de humillacion. ¿Quién ignora que no puede hacerse la guerra sin peligro y sin estar espuesto á las vicisitudes de la suerte? Al tomar nuestros jóvenes las armas, ¿quién podia creer que serian siempre vencedores, que volverian todos sin heridas, y que ninguno de ellos deberia hacer el sacrificio de su vida para la salvacion de la Italia? ¿Á quiénes pues hemos hablado, á quiénes pues hablamos aun de valor y de gloria? Esta solo se obtiene con los peligros, con los trabajos, con los nobles sacrificios. La independencia de una nacion no es la obra de algunos dias, ni el resultado de un conflicto pasagero exento de lágrimas y de infortunios. Manifestad á todos las anteriores verdades y volved á los corazones la confianza é intrepidez que poco ha albergaban. Sed firme respecto de los que abandonen sus banderas, sin estar provistos de pases y sin motivos legítimos, y despues de aseguraros previamente de su delito, no vacileis en reducirles á prision, ó al menos á impedir que diseminándose por los pueblos, siembren el espanto entre sus conciudadanos.

Seguro estoy de antemano del celo con que procuraréis la realizacion de mis deseos, que son tambien los de todo el gobierno.

4.

Copia literal de la comunicacion escrita por el cardenal Soglia á monseñor Viale Prela, nuncio del Papa cerca de S. M. I. y R. el emperador de Austria en Inspruck. Tomada del periódico de Mazzini La Italia del pueblo.

ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO MONSEÑOR:

Las dos notas que con fecha del 27 del mes que acaba de transcurrir, habeis dirigido á monseñor el sustituto de la secre-

taría de Estado, han sido puestas originales en manos de Su Santidad. Imposible me seria espresaros el consuelo que ha esperimentado al leerlas, al saber los sentimientos que os manifestara el ministro de Negocios estrangeros, con motivo de lo hablado entre vos y él acerca de la necesidad de seguir á Inspruck á S. M. I. y R. Consiguiente á la invitacion que os fuera dirigida, no ha sido menor la satisfaccion del Santo Padre al tener noticia del prudente y justo modo de ver del embajador de Inglaterra; en suma, ha aprobado plenamente vuestra resolucion, consecuencia de la indicacion que recibisteis.

Acerca de vuestras instrucciones ved la comunicacion en cifras que acompaña la presente. Para vuestro gobierno aprovecha esta ocasion para repetiros que no debeis confundir el lenguage del ministerio con la voluntad del Sumo Pontífice, tan solemnemente manifestada en su alocucion: si Dios hubiese permitido que hubieran sido mejor acogidos sus paternales consejos, no tendríamos que llorar la muerte de tantos súbditos pontificios en los sucesos de Viena. Respetamos en semejantes acontecimientos, los decretos de la divina Providencia, en la que fundamos nuestra esperanza del pronto restablecimiento de la tranquilidad tan deseada.

Roma 15 de junio de 1848.—G. CARDENAL SOGLIA.

5.

Estado nominal de los oficiales, subalternos, cabos y alabarderos que en 16 de noviembre de 1848 tomaron una parte activa en la defensa del Quirinal.

CAPITAN COMANDANTE, Meyer de Schauensée (Leopoldo) *Lucerna.*
PRIMER TENIENTE, Gebistorff (Jaime) *Lucerna.*
CAJERO, Pfiffer d'Altishofen (Alejandro) *Lucerna.*
JUEZ, Herzog (Pedro) *Lucerna.*
SARGENTO PRIMERO, Grutter (Félix Martin) *Lucerna.*
SARGENTOS, Sturni (Jaime) *Friburgo.*
Schmid (Pedro) *Lucerna.*

Tosetti (Agustin) *Tessino.*
Burkert (Cristian) *Soleure.*
Cabos, Jeker (Benito) *Soleure.*
Neuhaus (José) *Friburgo.*
Widmer (Jaime) *Lucerna.*
Hartmann (José) *Lucerna.*
Meier (José) *Argovia.*
Alabarderos, Gimelin (José Antonio) *Grisones.*
Marfort (Antonio) *Lucerna.*
Stadelin (Martin) *Schwitz.*
Belmund (Remigio) *Schwitz.*
Inecken (Gaspar) *Lucerna.*
Herzog-Junior (José) *Lucerna.*
Tambores, Kost (Cristóbal) *Zug.*
Ferari (Francisco) *Tessino.*
Alabarderos, Maresole (José) *Tessino.*
Odermatt (Félix) *Unterwalden.*
Uttinger (Cristian) *Zug.*
Hürzeler (Gerónimo) *Soleure.*
Schmid (Antonio) *Lucerna.*
Butschard (Nicolás) *Friburgo.*
Karli (Martin) *Argovia.*
Schonp (José) *Argovia.*
Frey (Jaime) *Lucerna.*
Stierli (Juan) *Argovia.*
Studer (Armando) *Soleure.*
Studer (Juan) *Soleure.*
Kolliker (Victor) *Soleure.*
Kaeser (José) *Friburgo.*
Marimat (Pedro) *Lucerna.*
Zimmermann (José) *Lucerna.*
Marfort (Juan) *Lucerna.*
Zehnder (Pedro) *Zug.*
Neuhaus (Jaime) *Friburgo.*
Schiltknecht, *San Galo.*
Kamer (Bautista) *Schwitz.*
Weillisbach (Jaime) *Argovia.*
Guntren (Valentin) *Valais.*
Brundler (Juan) *Lucerna.*
Weimann (Gaspar) *Unterwalden.*
Borke (José) *Soleure.*
Schmid (José) *Lucerna.*
Andereg (Mauricio) *Valais.*
Burkart (Jaime) *Soleure.*
Camenisch (Antonio) *Grisones.*
Marfart (Félix) *Lucerna.*
Hunkeler (Antonio) *Lucerna.*
Sigrist (Luis) *Lucerna.*
Bouret (Guillermo) *Friburgo.*
Wiss (Urso) *Soleure.*
Brunner (Victor) *Soleure.*
Marimat (Jaime) *Lucerna.*
Pfiffer (Vicente) *Lucerna.*
Kost (Pedro) *Zug.*
Koch (Jaime) *Argovia.*
Strim (Javier) *Thurgovia.*
Klausen (Antonio) *Valais.*
Klausen (Fernando) *Valais.*
Albi (Juan) *Friburgo.*
Betschart (Francisco) *Schwitz.*
Brunner (Gabriel) *Soleure.*
Hub-cher (Jaime) *San Galo.*
Egger (Juan) *Friburgo.*
Greder (Juan) *Soleure.*
Marfurt (Luis) *Lucerna.*
Marfurt (José) *Lucerna.*
Wider (Nicolás) *Friburgo.*

6.

Protesta de Su Santidad contra el nombramiento de la junta suprema de Estado.

Pius Papa IX.

Elevado al sumo pontificado por disposicion divina, y de un modo milagroso y á pesar de nuestra indignidad, uno de nuestros primeros cuidados fué procurar la union entre los súbditos del Estado temporal de la Iglesia, afianzar la paz entre las familias, hacer bien á todos y de todos modos, y reinar sobre un Estado floreciente y tranquilo en cuanto de Nos dependiese. Sin embargo, los beneficios de que nos esforzamos en colmar á nuestros súbditos, las latas instituciones con las que condescendimos á sus deseos, lejos, debemos decirlo francamente, de inspirar la gratitud y reconocimiento que teníamos derecho á esperar; solo han procurado á nuestro corazon disgustos y reiteradas amarguras por parte de los ingratos, cuyo número quisieran ver disminuir incesantemente nuestras miradas paternales. Nadie ignora ya como han sido correspondidos nuestros beneficios, como se ha abusado de nuestras concesiones; de qué modo desnaturalizando y desfigurando el sentido de nuestras palabras, se quiso estraviar la multitud, convirtiendo ciertos hombres aquellos mismos beneficios é instituciones en una arma para cometer los mas violentos escesos contra nuestra soberanía y los derechos temporales de la Santa Sede.

Nuestro corazon se niega á recordar detalladamente los últimos acontecimientos desde el 15 de noviembre, dia en que un ministro que poseia nuestra confianza fué bárbaramente asesinado á la luz del dia por la mano de un asesino, á quien aplaude con barbarie aun mas inaudita, una horda de malvados, enemigos de Dios y de los hombres, de la Iglesia y de toda buena institucion política. Aquel primer crímen inauguró la serie de delitos cometidos el dia siguiente con sacrílega imprudencia: delitos que, habiendo merecido la execracion de todas las almas rectas de nues-

tro Estado, de la Italia y de la Europa, y no debiendo tardar en merecer la del mundo entero, no podemos menos de mentar aquí, y que nos obligaron á abandonar el lugar en que fueron cometidos, el lugar desde el cual la violencia nos impedia aplicar el oportuno remedio, reducidos como estábamos á llorar con las gentes honradas, á lamentar con ellos sucesos tan tristes y la impotencia mas triste aun de hacer un acto de justicia contra los autores de tan abominables hechos.

La Providencia nos condujo á esta ciudad de Gaeta, donde, hallándonos en plena libertad, renovamos solemnemente contra las dichas violencias y atentados, las protestas que desde el primer momento hicimos en Roma, en presencia de los representantes acreditados cerca de Nos de las córtes europeas y de otras apartadas naciones. Con el mismo acto y sin derogar en nada las instituciones establecidas por Nos, cuidamos de dar temporalmente á nuestros Estados una representacion gubernamental legislativa, á fin de que así en la capital como en toda la estension del Estado se proveyese al curso regular y ordinario de los negocios públicos, como tambien á la proteccion de las personas y propiedades de nuestros súbditos. Prorogamos además las sesiones del Alto Consejo y del Consejo de diputados, llamados recientemente á continuar sus interrumpidas tareas; mas, tales determinaciones de nuestra autoridad, lejos de hacer volver á la senda del deber á los perturbadores y á los autores de las sacrílegas violencias que acabamos de referir, les impulsaron por el contrario, á los mayores atentados, pues arrogándose derechos de soberanía que solo á Nos pertenecen, han instituido en la capital por medio de los dos consejos, una representacion gubernamental ilegítima, bajo el título de junta provisional y suprema del Estado, segun así lo han hecho público con acto de 12 de este mes. Los deberes de nuestra soberanía á los que no nos es dable faltar, los solemnes juramentos con que prometimos ante el Señor, conservar el patrimonio de San Pedro y transmitirlo íntegro á nuestros sucesores, nos obligan á levantar la voz y á protestar delante de Dios, á la faz del universo, contra tan grande y sacrílego atentado, y por esto declaramos nulos y sin fuerza ni valor legal, todos los

actos cometidos á consecuencia de las violencias que en Nos se han practicado, protestando especialmente de que la junta de Estado establecida en Roma, no es mas que una usurpacion de nuestros poderes soberanos, y de que dicha junta no tiene ni puede tener autoridad alguna. Sepan pues nuestros súbditos todos, sea cual sea su rango ó su condicion, que en Roma y en toda la estension del Estado pontificio no hay ni puede haber poder alguno legítimo que no emane espresamente de Nos: que por el *motu proprio* soberano de 27 de noviembre instituimos una comision provisional de gobierno, y que á ella pertenece solo y esclusivamente el gobierno de la cosa pública durante nuestra ausencia y hasta que lo contrario ordenemos.

Datum Cajetæ, die 17 decembris 1848.

Pius P. P. IX.

7.

Carta de Su Santidad al general Zucchi.

Al ser llamado por Nos al servicio de la Santa Sede con la elevada mision de dirigir y organizar las tropas pontificias, quedamos muy satisfechos por vuestras leales palabras y por vuestros sentimientos de profundo amor al órden y á nuestra persona. Al poner sin pérdida de tiempo manos á la obra, confirmasteis con vuestros actos la espresion de vuestros labios, mas la tempestad suscitada por los enemigos de la sociedad, ha suspendido vuestros trabajos y frustrado vuestras esperanzas. La conducta observada por las tropas que se hallaban de guarnicion en Roma durante el mes de noviembre último, mientras que os encontrabais en Bolonia desempeñando una importante mision, nos ha causado un inmenso dolor; el honor militar vergonzosamente mancillado, los deberes de la obediencia vilmente vendidos, el desprecio del Estado, de la Italia, del mundo, tales han sido y son los frutos recogidos por aquellas tropas en la funesta jornada del 16 de noviembre, al abandonar la plaza del Quirinal, cubierta con el vergonzoso manto de la traicion. Sin embargo, Nos sabemos dis-

tinguir los militares traidores de los militares seducidos, y en su consecuencia os encargamos que manifesteis á las tropas todas sin escepcion, pero especialmente á las que han conservado el honor y la ley militar, que esperamos de ellas un acto de obediencia y de adhesion, cooperando á conservar en la fidelidad á su soberano, las provincias que se hallan aun tranquilas, sosteniendo á los legítimos representantes del gobierno, libremente nombrados por Nos; negándose á obedecer las órdenes del titulado gobernador de Roma; aplicándose á mantener por todas partes el órden y la tranquilidad, restableciéndolo allí donde se turbe y estando dispuestas á ejecutar cuanto les sea mandado por la autoridad legítima. Al mismo tiempo que tenemos un placer en tributar el merecido elogio á aquella parte de las tropas, particularmente á las que se encuentran de guarnicion en Bolonia y que han garantido la tranquilidad á sus pacíficos ciudadanos, exhortamos por vuestra mediacion á las tropas seducidas á que reparen la grave falta que han cometido, y rogamos al Señor que se digne obrar el milagro de inspirar remordimientos á los que han sido traidores.

Recibid señor teniente general, la bendicion apostólica que de todo corazon os damos.

Gaeta 7 de enero de 1849.

Pius P. P. IX.

8.

Nota del príncipe Schwartzemberg en nombre del Austria.

Entre las cuestiones que deben llamar la atencion de las potencias, ocupa el primer lugar la posicion anormal del Sumo Pontífice, Pio IX; el cual aclamado antes unánimemente como el bienhechor y el libertador de la Italia, se ve obligado hoy dia á sustraerse por medio de la fuga á los criminales atentados cometidos en su capital y á refugiarse en tierra estrangera. Triste espectáculo ofrecido por los crímenes de los hombres que, abusando del sentimiento de nacionalidad que invocaron, han desco-

nocido los derechos mas sagrados, á pesar de que no podian desconocer que semejantes atentados no serian permitidos á la faz de la cristiandad, y que esta se sublevaria contra ellos. En efecto, dos intereses combinados manifiestan la necesidad de poner fin al destierro del Sumo Pontífice y al poder del partido que ha usurpado su autoridad; el mundo católico tiene el derecho de reclamar para el gefe visible de la Iglesia la plenitud de la libertad indispensable para el gobierno de la sociedad católica, de la antigua monarquía que cuenta súbditos en todas las partes del mundo. Los pueblos católicos no permitirán que el gefe de su iglesia sea despojado de su independencia y se convierta en súbdito de un príncipe estrangero; no sufrirán que sea degradado por una faccion que bajo la égida de su venerable nombre, quiere minar y destruir su poder.

Para qne el obispo de Roma, gefe soberano de la Iglesia al mismo tiempo, pueda ejercer sus altas funciones, es necesario que sea soberano de Roma.

Por esto es que todos los Estados católicos tienen un grande interés en sostener la soberanía temporal del Papa, y por otra parte los países fronterizos con los Estados de la Iglesia lo tienen tambien en procurar que sus Estados no se conviertan en el foco de una desencadenada anarquía, que podria poner en peligro su propia existencia.

Es indudable que al Austria y á la Francia corresponde en su calidad de potencias católicas de primer órden, elevar la voz y protestar contra los crímenes de que Su Santidad ha sido víctima, creyendo tambien que el rey de Nápoles por el doble título de soberano católico y de vecino de los Estados de la Iglesia, tiene derecho para entrar en una combinacion, cuyo objeto no seria otro que el restablecimiento del Sumo Pontífice en la metrópoli de la cristiandad y la restauracion de sus derechos soberanos.

El mismo Santo Padre al escoger por asilo el reino de Nápoles, ha dado á S. M. siciliana una evidente prueba de su confianza personal en él, ya sea por sus calidades, ya por la fuerza del gobierno del rey Fernando. En cuanto al partido que deberia tomar para llevar las cosas á buen fin, opinamos que los gobier-

nos de Austria, de Nápoles y de Francia, despues de ponerse de acuerdo con Su Santidad acerca de este punto, deberian dirigir juntos y simultáneamente una comunicacion haciéndole saber que usarán los medios mas eficaces para conseguir lo mas pronto posible el resultado sobre el cual reina entre las potencias el mas perfecto acuerdo.

Semejante manifestacion por parte de potencias que tienen todos los medios para obrar con energía, puede alentar á la mayoría del pueblo romano, oprimida hoy por una minoría facciosa, á hacer un vigoroso esfuerzo para sacudir su yugo y restablecer, junto con la persona del Sumo Pontífice, el órden y la tranquilidad en los muros de Roma. Sin embargo, si despues de un cierto plazo, cuya duracion deberá ser precisamente fijada, la declaracion de las potencias no producia el efecto que se espera, seria preciso recurrir sin pérdida de momento á los medios materiales; opinando que los papeles podrian distribuirse del modo siguiente:

Las fuerzas navales de la Francia deberian presentarse delante de Civitavecchia, parte del ejército napolitano atravesaria las fronteras de los Estados de la Iglesia, mientras que las tropas austriacas pasarian el Po, dependiendo de las circunstancias la accion subsiguiente de estas varias fuerzas, mas cesando desde el momento en que el papa haya recobrado las riendas del gobierno ó en que se crea bastante firme y consolidado para no tener necesidad del ausilio estrangero.

9.

Discurso de Antonio Tranquilli, diputado por Ascoli.

Señores, en vuestra mano está, dijo despues de cumplimentar á uno de los oradores, contrario como él á la proclamacion de la república; en vuestra mano está pronunciar la destitucion de los papas como soberanos temporales de este Estado; ¿mas con qué reemplazaréis la monarquía de los Sumos Pontífices? ¿con una monarquía lega? ¿qué soberano querrá encargarse de nosotros? Apo-

yado en este punto el diputado de Pesaro os ha demostrado que no teneis mas alternativa que volver bajo el gobierno de los papas ó marchar directamente á la república. Sea la república, si así la quereis; mas antes de decidiros, ¿habeis por ventura reflexionado bien si esta forma de gobierno conviene á nuestras costumbres, al estado de las inteligencias, á las presentes condiciones de la Italia? Respecto de la Francia debemos confesar, señores, que en París deciden de los destinos de aquel hermoso país un puñado de artesanos, y que en los departamentos se debe el haber vuelto á las vias de órden al buen sentido de los pueblos; mas si es mucho volver al órden, no se olvide que la reaccion conduce con frecuencia al despotismo. Ahora bien, ¿podemos decir que los pueblos de Italia estén mejor dispuestos que los franceses para el gobierno republicano? Para admitir entre nosotros semejante forma de gobierno, seria preciso que se estendiese á toda la Italia, y entonces en el momento en que se trata de combatir contra el estrangero, nos indisponemos con los príncipes que actualmente reinan. ¿Creeis por ejemplo que Cárlos Alberto abrazará de buen grado esta causa, cuando sepa que el premio de su victoria ha de ser inevitablemente la pérdida de su trono? Cárlos Alberto, dicen algunos, es un traidor; para mí, que no admito un delito sin la menor prueba, no lo es; mas aun cuando lo fuese, ¿sobre quién deberia recaer la culpa de su estravío? Sobre nosotros, señores, sobre nosotros que hubiéramos querido que llevase al combate el ardor, la confianza que conducen á la victoria, cuando se conocia perdido si era vencedor... En una palabra, nos separamos de nuestros príncipes legítimos, nos indisponemos con el clero y con las clases altas; si tenemos por nosotros á las masas, es á fuerza de sacrificios y del vacío hecho en las cajas del tesoro; ¡y en semejante situacion pensamos en correr de nuevo los azares de la guerra con el estrangero! Si del interior damos una mirada á lo esterior, los peligros se nos presentan aun mas inminentes; ¿dónde están los embajadores y ministros de las potencias estrangeras? ¿Hay alguno en Roma? Nó; todos están en Gaeta, todos sin escepcion, hasta elde la República francesa y los de los gabinetes democráticos de Toscana y del Piamonte. Un orador

os ha dicho que no debiais esperar que vuestro ejemplo fuese seguido en los Estados del rey de Cerdeña, y á esto añado yo, que aun debe ser mas débil la esperanza de triunfar en Nápoles, pues el rey puede contar con un ejército disciplinado y fuerte. ¿Qué podrán hacer algunas imaginaciones ardientes comprimidas por la hostilidad de los grandes propietarios y por la inercia de la masa del pueblo? Digo que hay inercia allí donde no ha habido movimiento; y allí donde lo ha habido, ignoro si era ó no favorable á la República. Al estallar la primera revolucion francesa, la abolicion de los privilegios y de los derechos feudales impulsaba al pueblo á unirse al movimiento ¿mas qué podemos nosotros ofrecer al pueblo para interesarle en nuestra causa? Hace mucho tiempo que no existen entre nosotros ni el vasallage ni los derechos señoriales. ¿Abolirémos por ventura las contribuciones? No, pues esto empobreceria nuestra hacienda, que se encuentra ya en muy mal estado, sin escitar ni conmover á las masas; vedlo sino: ¿Acáso se han conmovido hasta ahora? Hace mucho tiempo que se hallan preparados los cuadros del ejército; mas lejos están de encontrarse completos... Loor á los valientes que marcharon á batirse en la Lombardía y en Venecia, no vacilando en derramar su sangre por la patria; pero digamos cuantos habitantes de los pueblos y aldeas les siguieron al campo de la gloria... Mi opinion es que se envie un mensage al papa, rogándole que nombre una comision con la que la asamblea podria ponerse de acuerdo para redactar una constitucion que conciliara los intereses del Sumo Pontífice con los del país y con los de la nacionalidad italiana... Señores, soy tan italiano como el que mas, y lo que acabo de decir me lo ha dictado el sentimiento italiano. Pensad en nuestra Italia, pensad en la Europa que tiene sus ojos fijos en nosotros, en el estrangero espectador de tantos esfuerzos y que los mira con piedad como juegos de niños; sus sarcasmos son otras tantas heridas para mi corazon y me arrancan lágrimas de sangre. ¿Acaso no podríamos contestar á sus burlas con obras hijas de la sabiduría? Esto lo conseguiríamos si abandonando el terreno de las abstracciones, nos encerrásemos dentro de los límites de lo positivo y de lo posible.

10.

Los magistrados municipales, los miembros del tribunal de comercio y el comandante de la Guardia cívica de Civitavecchia, al presidente de la provincia.

CIUDADANO PRESIDENTE:

La escuadra de la República francesa se halla á la vista de nuestro puerto; no desconocemos el objeto que la dirige, objeto amistoso y que no debe causarnos la menor zozobra, pues no se propone otra cosa que la conservacion del órden, de la tranquilidad y de la seguridad de los Estados romanos. En la comunicacion que os ha dirigido el comandante de la espedicion os lo manifestó así mismo, y la Francia no puede faltar á los compromisos que por su honor ha contraido á la faz de la Europa entera.

Conforme á las instrucciones que teneis, pedis algun tiempo para informar á la república de semejante acontecimiento; mas no desconoceréis que las tropas podrian irritarse por las dilaciones, incomodidades y peligros á que el mar les espone y perder los sentimientos de amistad y fraternidad de que se hallan animadas.

Nosotros que conocemos perfectamente los deseos de nuestra poblacion, declaramos que á nuestro modo de ver, no debe oponerse obstáculo alguno al desembarco de las tropas francesas, no queriendo de ningun modo esponernos á los azares de una guerra que no podria menos de ser temeraria, y protestamos contra cualquiera que intentase comprometer el órden y la tranquilidad interior de esta poblacion.

El Gonfaloniero y los Anziani.
El vicepresidente y los miembros del tribunal de comercio.
El teniente coronel comandante de la Guardia cívica.

Civitavecchia 24 de abril de 1849.

11.

Proclama del general en gefe al ejército á su marcha de Civitavecchia.

¡Soldados!

No ignorais los acontecimientos que nos han conducido á los Estados romanos.

Elevado apenas al trono pontificio, el generoso Pio IX se habia conquistado el amor de todos sus pueblos tomando la iniciativa de las reformas liberales, mas un partido de facciosos que ha sembrado el luto por la Italia toda, armábase en Roma á la sombra de la libertad.

El Sumo Pontífice salió de sus Estados despues de un motin inaugurado con el asesinato impune y glorificado de su primer ministro.

Bajo tales auspicios y sin el concurso de la mayor parte de los electores fundóse la república romana, cuya existencia no ha reconocido ningun gobierno europeo.

Desde mi llegada dirigí un llamamiento á los hombres de todos los partidos, esperando reunirles en una comun sumision al voto nacional, mas la fantasma de gobierno que reside en Roma contesta con reiteradas bravatas á mis conciliadoras palabras.

Soldados, aceptemos el reto y marchemos á Roma.

Allí no hallaremos por enemigos ni á la poblacion ni á las tropas romanas, pues una y otras nos consideran como á sus libertadores; solo tendremos que luchar con los refugiados de todas las naciones, que oprimen ahora este pais, despues de haber comprometido en el suyo la causa de la libertad.

Bajo la bandera francesa, por el contrario, las instituciones liberales recibirán toda la estension compatible con los intereses y las costumbres de la nacion romana.

Cuartel general de Civitavecchia 27 de abril de 1849.

El general en gefe, Oudinot de Reggio.

12.

Parte dado por el comandante en gefe relativo á la jornada del 30 de abril, al ministro de la Guerra.

Desde el 20 de abril en el cual el cuerpo espedicionario se hizo á la vela para Civitavecchia hasta el 28 os he tenido exactamente al corriente de nuestras operaciones, que han obtenido como sabeis un gran resultado.

Acorde con el Sr. ministro de Negocios estrangeros me habeis invitado, luego que me hubiese apoderado de Civitavecchia, á marchar sobre Roma para animar á los hombres de bien y para responder al llamamiento de los pueblos.

Las personas mas eminentes declararon que nuestra súbita é inesperada llegada al puerto de Civitavecchia habia sorprendido y amedrentado. Decian todos que era menester para evitar el derramamiento de sangre, impedir que se acrecentaran en Roma los medios de represion y de defensa.

Los oficiales muy inteligentes que habia enviado á aquella capital para estudiar la opinion pública declararon por su parte unánimemente, que era indispensable y seria suficiente un fuerte reconocimiento sobre Roma para suspender inmediatamente todos los preparativos de resistencia.

Era pues menester tomar una pronta determinacion, y por lo tanto el cuerpo espedicionario partió de Civitavecchia el dia 28 de abril. El 29 acampó en Castel Guido sin que hasta entonces aconteciera hostilidad alguna.

Queriendo cerciorarme lo mas pronto posible de las disposiciones de las tropas romanas, mandé al capitan Oudinot mi ayudante de órdenes que fuera hasta las avanzadas con algunos cazadores de á caballo. Hallólas á tres leguas de nuestro campamento. Las palabras pacíficas de este oficial son acogidas por una des-

carga que desmonta á uno de nuestros cazadores. Este hecho aislado, no destruye sin embargo toda esperanza de conciliacion.

Continuamos marchando sin encontrar al enemigo. Tomamos posicion en las colinas que dominan la entrada de la ciudad por la parte de la puerta Pertusa con intencion de hacer un último llamamiento de conciliacion ; mas la bandera roja ondea en todas las fortalezas, ultrajantes provocaciones resuenan por el aire, y la cabeza de nuestra coluna se ve acometida por un nutrido fuego.

Desde aquel momento, la metralla, las balas de cañon y la fusilería, no permiten contener por mas tiempo el ardor de nuestros soldados. Á pesar de grandes obstáculos, la brigada Molliere corona las alturas de la derecha y de la izquierda del camino. La infantería y la artillería contestan vigorosamente al fuego de la plaza, pero el enemigo se mantiene detrás de las murallas, mientras que nuestros soldados están á descubierto.

Para hacer una diversion, mandé á la brigada Levaillant practicase un movimiento de ataque hácia un camino de la izquierda que conduce á la puerta Angélica.

El bizarro oficial que se habia ofrecido á guiar aquella tropa, en vez de tomar el camino que conducia á dicha puerta al abrigo de las murallas siguió el que iba mas directamente, empero que estaba espuesto al fuego del enemigo.

El ímpetu de nuestros soldados no se disminuye, y á pesar de que el camino seguido paralelamente se halla poco menos que á doscientos metros de las murallas, combaten con gran temeridad.

Cuasi en aquel mismo momento los coroneles Marulaz y Bonat, del 20 y 23 de línea que forman parte de la brigada Molliere, se arrojan con un centenar de soldados de sus regimientos sobre la puerta Pertusa. Llegan al pié de las murallas, y aprovechando cierta desigualdad del terreno se emboscan, pero los trabajos recientemente practicados no permiten el buen éxito de aquella atrevida empresa.

En vez de pronunciarse los habitantes, se hallan amedrentados por los refugiados. Las mismas tropas pontificias se ven obligadas á unir su fuego al de nuestros comunes enemigos.

Algunos batallones enemigos habiendo probado bajar á la llanura desde el principio de la accion, se vieron obligados á retirarse precipitadamente detrás de sus atrincheramientos, dejando en el campo de batalla un gran número de muertos.

No era un sitio el que queríamos establecer sino un formal reconocimiento que no pudo ejecutarse por cierto mas gloriosamente. Esta operacion demostró hasta la evidencia que solo cesará de peligrar el órden social en Roma cuando estará protegido por el pabellon francés. Mas no era tan solo con una fraccion del cuerpo espedicionario, sino con todos los elementos de accion con lo que debia obtenerse semejante resultado. Mandé pues suspender el combate y pasé la noche en el mismo sitio donde habia comenzado, sin que ni un solo soldado enemigo se atreviera á salir de sus reductos.

Los dias 1.° y 2 de mayo el cuerpo espedicionario tomó posicion en Castel-di-Guido y recibí la noticia de que algunos destacamentos de la tercera brigada habian llegado á Civitavecchia.

Para facilitar la concentracion, he establecido la primera brigada en Polidoro, la segunda en el cuartel general en Paolo, donde he constituido un depósito principal desde el cual me hallo en fácil comunicacion por mar y tierra, teniendo una base de operaciones. Además no hay que temer el menor insulto, porque desde el dia 3 hasta el momento en que os escribo no hemos visto una avanzada enemiga.

He dispuesto que saliera para Tolon un batallon romano de seiscientas plazas en calidad de prisionero ó á lo menos como rehen. He hecho ocupar un considerable número de armas y de proyectiles, así en los fuertes de Civitavecchia y Paolo como en las torres que protegen la costa.

Tendré el honor de mandaros sobre esto un estado detallado.

No terminaré este parte, Sr. ministro, sin hacer justicia á los cuerpos de todas armas del ejército espedicionario del mediterráneo por su moral y su admirable firmeza.

La jornada del 30 de abril es una de las mas brillantes en que han tomado parte las tropas francesas desde nuestras grandes guerras. Si hemos esperimentado algunas sensibles pérdidas, he-

mos ocasionado al enemigo un daño numéricamente mas considerable. Él mismo confiesa haber tenido cerca de 280 hombres muertos ó heridos.

Me he visto eficazmente secundado por los oficiales generales Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Levaillant y Molliere, así como por los gefes de los cuerpos de artillería é ingenieros, el teniente coronel Larchey y el comandante Goury. El subintendente, los oficiales de Sanidad y el del cuerpo administrativo militar han contribuido por su parte al mejor resultado.

Oficiales y soldados, todos han cumplido admirablemente sus deberes. Tendria que consignar demasiados nombres si quisiera citar todos los militares que se han distinguido. Breve seré, no pudiendo señalar tal recompensa á tantos rasgos de valor.

Me limito á elevar á vuestra consideracion los nombres de los militares de todas las graduaciones que tienen títulos eminentes á esta distincion. Cuanto antes tendré el honor de proponeros el ascenso de muchos militares del cuerpo espedicionario.

Igualmente pido para algunos de ellos la condecoracion de la Legion de honor ó el ascenso en la misma órden.

Jamás la recompensa habrá sido tan merecida.

P. S.—Tan solo por respeto á los monumentos con los cuales se honra la ciudad de Roma se ha contestado al fuego de las baterías enemigas con el cañon. Los obuses han callado. Otra vez no podria repetirse semejante condescendencia. Sin embargo, faltando abiertamente á la verdad, y lejos de apreciarla, estampan en el *Monitor* que nuestros proyectiles han destruido las obras maestras de Rafael.

13.

Cuartel general de Velletri. Boletin del cuerpo de operaciones á las órdenes del general en gefe Pedro Roselli desde su salida de Roma el 16 de mayo corriente, hasta la ocupacion de Velletri el 20 de mayo de 1849.

Las tropas napolitanas ocupaban las posiciones de Albano, Velletri y Palestrina y tenian la línea de operaciones con direccion á Roma.

El ejército de la República salió de Roma los dias 16 y 17 para echar al enemigo y maniobró para cortarle las comunicaciones con el Estado napolitano. El punto de direccion del ejército era Monte-Fortino, donde luego de haber llegado habria amenazado todas las comunicaciones del enemigo.

No les quedaba á los napolitanos otro partido que el de retirarse ó de venir á atacar las posiciones que habíamos elegido. El ejército se componia de cinco brigadas de infantería y una de caballería: teníamos igualmente doce piezas de artillería: abria la marcha la primera brigada con un escuadron de lanceros y dos piezas. Saliendo de Roma á las 5 de la tarde tomó la direccion de Zogarolo por el camino de los *Capanelles*, y esto para descubrir lo menos posible su flanco derecho. La marcha fué muy rápida. Á las 10 de la mañana entraba en Agarolo. La vanguardia atravesó rápidamente el pais y se acampó en las colinas que defienden los caminos de Palestrina y de Albano. Segun todas las suposiciones era preciso atacar el dia siguiente á Palestrina y marchar en seguida sobre Velletri. Entonces determinóse la ocupacion de Monte-Fortino.

Habíase dado la órden al ejército para ponerse en marcha antes de amacer, empero habiéndose retardado por falta de medios de trasporte y por una equivocacion el arribo de los víveres,

nuestros valientes soldados tuvieron que perder un tiempo precioso y moderar su impaciencia de marchar contra el enemigo hasta que se pudieron suplir dichos víveres con los que se encontraron en la comarca; escursion poco productiva si se atiende la tala que las tropas borbónicas habian cometido durante su corta permanencia en la misma.

Mientras tanto, por la mañana del dia 19 la vanguardia ocupó Monte-Fortino: el centro del ejército (2.ª y 3.ª brigadas) se hallaba acampado entre Monte-Fortino y Valmontone. Los partes que se recibieron aseguraban que el enemigo se retiraba y de consiguiente se decidió en seguida á tocar llamada para atacarlo y dispersarlo. Al despuntar el alba del dia 20 la vanguardia salió de Monte-Fortino hácia Velletri.

El cuerpo de ejército detenido en sus movimientos por la misma dificultad de los víveres no pudo emprender la marcha hasta mas tarde, de modo que en el momento de trabarse la batalla no se hallaba á la conveniente distancia de la vanguardia.

Mandada esta por el coronel Marochetti, y en la que se hallaba igualmente el general Garibaldi, comandante del cuerpo de ejército, tomó posicion á una milla de Velletri. Divisando al enemigo que tocaba retirada por el camino de Terracina, detúvose la vanguardia para aguardar el ejército y atacar, empero un escuadron de caballería salió de Velletri dirigiéndose á ella desfilando sobre sus flancos una columna de infantería enemiga. Chocaron desde luego las avanzadas y se rompió el fuego. Nuestros flanqueadores detuvieron los progresos de la caballería enemiga que empezó á retroceder, y entonces nuestros lanceros cargaron, empero, *agobiados por el número fueron rechazados*. Con todo, la marcha de la caballería enemiga fué contenida por nuestros tiradores, de suerte que esta se vió en la precision de volver grupas. En aquel momento el enemigo atacó por todas partes con su infantería y su centro que se hallaba en el camino de Avarsa formado en masa. Por nuestra parte al toque de carga nuestros soldados republicanos se lanzan á la bayoneta sobre el enemigo que volvió la espalda. Perseguido dejó en el camino y en los campos un gran número de muertos, y heridos, *cinco ó*

seis caballos muertos y varios prisioneros. Nuestra vanguardia le persiguió hasta el interior de la ciudad que desde luego fue rodeada por una cadena de tiradores.

En aquel punto llegó nuestra caballería, la cual se trasladó en seguida al sitio del combate. A las dos horas y media y poco despues, llegó igualmente la tercera brigada mandada por el coronel Galletti

Convenia primeramente y ante todo reconocer la posicion del enemigo. Su artillería hacia un fuego vigoroso desde la altura de los Capuchinos y desde la derecha de la Puerta Romana. En un momento ocupa la legion romana los puestos que habia defendido la vanguardia, la cual descansa, y una de sus compañías guiada por el coronel de Estado Mayor Milbit dando una carga en la carretera á paso acelerado, ganó las inmediaciones de la puerta. Un vivísimo fuego de fusilería y continuos disparos de metralla recibieron á nuestros valientes soldados á muy corta distancia. Los dos hermanos Fabrizi adictos al Estado Mayor general tuvieron sus caballos heridos. Despreciando nuestros soldados todos los peligros y allanando todos los obstáculos tomaron posicion cerca de la puerta. Circuida la ciudad, se empezó por examinar la posicion del enemigo y colocóse la artillería que la batió con éxito. Difícil es de penetrar en Velletri por estar rodeada de un foso ancho y profundo á un tiro corto de fusil. La posicion de los Capuchinos domina el pais y es la llave del campo de batalla. Entre tanto habíase escalonado un cuerpo enemigo compuesto de cuatro batallones con caballería en la carretera de Nápoles. Entonces un oficial de Estado Mayor con veinte y cinco caballos y una compañía del 3.° de línea atravesando los campos se adelantó para reconocer las posiciones enemigas y asegurar nuestra ala izquierda. El fuego continuaba muy vivo: la posicion de los Capuchinos fué atacada con valor empero el enemigo se sostuvo con su artillería: el sol se ocultó en el ocaso y las tinieblas sucedieron á la luz del dia.

El movimiento retrógrado del enemigo no era seguro. De consiguiente tomáronse las disposiciones siguientes. Del parte del reconocimiento practicado resultó que para atacar nuestra izquierda

no habia otro camino que el que conduce desde Cisterna á Monte Fortino. Una compañia de carabineros ocupó pues á Guiliano, y envió un destacamento á Monte Fortino para asegurar el camino de Anagni y asegurarse de esta suerte de cualquier sorpresa sobre nuestros flancos.

Resolvióse atacar al amanecer la posicion de los capuchinos. Las tropas de refresco acamparon escalonadas á la derecha de la carretera terminando hácia los Capuchinos.

La artillería y los bagajes acamparon en la carretera defendida por la infantería con direccion á la ciudad. La reserva á la izquierda de la artillería acampó en coluna, y las tropas mas fatigadas lo verificaron detrás de esta. Frecuentes patrullas molestaron al enemigo durante la noche, la cual se pasó tranquilamente. Por la mañana antes de amanecer, se hicieron partir esploradores, y como el enemigo no se dejaba ver ni contestaba en ningun punto, ocupáronse los Capuchinos. La caballería partió en busca del enemigo, y entrando el ejército en la ciudad, acampó á derecha é izquierda de la carretera de Terracina.

Pocas pérdidas tenemos que deplorar en esta accion. Tuvimos cien muertos y heridos, mientras que se recogieron en el campo de batalla un gran número de muertos y heridos napolitanos, sin contar otro gran número de muertos que fueron echados en las sepulturas de las iglesias. Hemos cogido treinta prisioneros.

El enemigo ha esperimentado grandes pérdidas si hemos de dar crédito á los hombres mas notables de Velletri que aseguran que los napolitanos se llevaron un numeroso convoy cargado de heridos.

El territorio de la República fué evacuado por el enemigo que habia penetrado en él por aquella parte, y nuestro bisoño ejército puede contar una nueva victoria en esta breve espedicion.

El gefe de Estado mayor Pisacane, coronel: El general en gefe, Roselli.

14.

Carta dirigida por el general Oudinot al Gobierno francés.

Aunque la direccion atribuida á Mr. de Lesseps desde su llegada estuviese en completo desacuerdo con vuestras instrucciones de 8 de mayo y despachos ulteriores, he considerado un deber evitar hasta la apariencia de disentimiento con un agente que habia recogido el último pensamiento del gobierno.

Dominado por semejante consideracion, todavía esta mañana he declarado que estaba pronto á aprobar el ultimatum dictado por Mr. de Lesseps en fecha de 2 del actual mes.

Este diplómatico me ha dejado, firmemente resuelto á negarse á todas las modificaciones que quisieran introducirse en dicho ultimatum. Esta tarde me ha presentado para que lo firmara el convenio adjunto entre él y el Gobierno de la república Romana. Cuando comparo semejante acto con las declaraciones que me habeis encargado hiciera á mi llegada á este pais, mi honor y mi razon me prescriben, Sr. Ministro, que me niegue á suscribirlo. De consiguiente dirijo á Mr. de Lesseps y al Triumvirato las protestas que acompaño de números 1 y 2.

Conozco, señor Ministro, toda la gravedad de esta nueva situacion. Aguardo que el próximo regreso de Mr. Latour d' Auvergne debilitará sus consecuencias. Creo que ilustrado vos por este último agente diplomático, me daréis órdenes positivas que facilitarán el cumplimiento de mi mision. Como quiera que las nuevas circunstancias que acaban de producirse son de tanta gravedad, he creido necesario, señor Ministro, confiar al general de division Regnauld d' Angely el encargo de enterar de las mismas, tales cuales son, al Gobierno.

Este oficial general forma parte del cuerpo espedicionario desde su entrada en Italia. El mismo puede tambien ilustraros sobre aquellos acontecimientos en los cuales ha tomado una parte di-

recta. Seguro de que os dignaréis dispensar á sus palabras toda la confianza que ellas merecen, evito entrar aquí en detalles que serian superfluos.

15.

Respuesta del general Oudinot al general Córdova, comandante en gefe del ejército español.

El señor coronel Buenaga, vuestro gefe de Estado Mayor, acaba de entregarme la carta que me habeis dispensado el honor de dirigirme con fecha de 5 de junio.

He sabido personalmente apreciar al ejército español en los campos de batalla, y celebro cuantas circunstancias se me proporcionan de relacionarme con los eminentes militares de vuestra nacion. Es decir, que soy feliz al verificarlo con vos en este dia. Sin duda, señor General, que por motivos que tienen cierta analogía hemos sido enviados á la península italiana, empero la iniciativa que ha tomado la Francia en la cuestion Romana, no me permite confundir mi accion con la de otra nacion extrangera.

Algunas semanas ha que hubiera penetrado en Roma, si el ataque de la plaza no se hubiera retardado por negociaciones diplomáticas. Habiendo sido desaprobada la conducta del ministro plenipotenciario que habia entablado semejantes negociaciones, yo soy el único responsable de los acontecimientos, y es mi deber simplificarlos cuanto sea posible. Á tal objeto, permitidme recordaros un hecho que vos sabréis apreciar mejor que nadie. Cuando un ejército sitia una ciudad, ninguna tropa extrangera, como sabréis muy bien, puede acercarse, mas que en el caso en que se reclame su socorro por los sitiadores ó por los sitiados. No es esta, general, nuestra posicion respectiva. Vuestra proteccion está lejos de dispensarse á los Romanos, y el ejército francés está en disposicion de hacer frente á todas las eventualidades. Actualmente tiene dos puentes sólidamente establecidos sobre el Tiber, y sus comu-

nicaciones se extienden á la vez por la carretera de Ancona, de Florencia y de Albano. Sus operaciones militares tan vigorosas como metódicas, le han permitido en poco menos de tres dias situarse firmemente á trescientos metros de las murallas. En tal estado de cosas, cualquier movimiento de un ejército extrangero pudiera acarrear conflictos que la prudencia nos prescribe cuidadosamente evitar.

Al someteros, general, estas consideraciones, espero que veréis en ellas un testimonio de confianza y de alta estimacion.

Cuartel general 7 de Junio 1849.

El general, Oudinot de Reggio.

16.

Respuesta del presidente de la Asamblea constituyente á una intimacion del general Oudinot.

Señor general:

La Asamblea constituyente romana os participa, contestando á vuestro despacho de ayer, que habiendo concluido un convenio desde 31 de Mayo de 1849 con Mr. de Lesseps, ministro plenipotenciario de la república francesa, convenio que él mismo confirmó aun despues de nuestra declaracion; debe considerarlo obligatorio por ambas partes, y colocado bajo la salvaguardia del derecho de gentes, hasta que sea ratificado ó reformado, por el gobierno francés. De ahí pues que la Asamblea mire como una violacion de semejante convenio cualquiera hostilidad renovada desde el indicado dia por el ejército francés, y cualesquier otra hostilidad que se quisiere renovar antes que se le comunique la resolucion de nuestro gobierno á tal objeto, y *antes que haya espirado el plazo convenido del armisticio.*

Pedís, general, una respuesta análoga á las intenciones y al honor de la Francia. Pero nada es mas conforme á las intencio-

nes y al honor de la Francia como el hacer que termine una flagrante violacion del derecho de gentes.

Cualesquiera que fueren los efectos de semejante violencia no puede ciertamente ser responsable de ella el pueblo romano. Este está en su derecho y se halla dispuesto á cumplir los tratados que le ligan con vuestra nacion, y tan solo por la necesidad de la defensa se ve obligado á rechazar toda injusta agresion.

Aceptad, general, los sentimientos de mi estimacion.

El Presidente
GALLETTI.

Roma, en el salon de la Asamblea constituyente, el 13 de Junio de 1849, á las 2 de la madrugada.

17.

Parte del general en gefe Oudinot acerca de la toma del baluarte número 8.

Cuartel general 30 de Junio de 1849.

Señor Ministro:

A consecuencia del asalto dado el dia 21 de este mes á los baluartes 6 y 7, tuve el honor de deciros que á pesar del feliz éxito de aquel dia, teníamos que luchar en algunos combates.

En efecto, el enemigo parecia decidido á defenderse palmo á palmo en cada baluarte.

Durante el dia 28 un vigoroso fuego de artillería terminó por abrir una brecha en el flanco izquierdo del baluarte número 8, verdadera fortaleza que comunica por medio de trincheras y cañoneras con san Pedro *in Montorio*. Aunque los artilleros romanos son hábiles tiradores y el número de sus cañones es muy considerable, ello es que nuestro fuego ha alcanzado constantemente sobre el del enemigo una gran superioridad.

El dia 29 la brecha se hizo de tal suerte practicable, á pesar de la solidez de las murallas, enteramente construidas con cimiento romano, que nos permitia apoderarnos del baluarte número 8; cuya ocupacion al ofrecernos la posibilidad de estendernos en el monte Janículo, haria que dominaramos la puerta de san Pancracio.

De consiguiente, se han dado las órdenes para el asalto, designando al efecto cuatro colunas compuestas cada una de tres compañías de preferencia.

La primera coluna la formaba una compañía de preferencia del 22 ligero y otras dos de igual clase de los 32 y 53 de línea, cuya coluna ha estado á las órdenes del gefe de batallon Lefebvre del 53, la cual ha debido subir á la brecha del baluarte número 8, seguido de una compañía de hombres escogidos de los batallones 17, 20 y 23 de línea, llevando cada uno un gabion, una zapa y un pico, debiendo en seguida trabajar para establecerse en dicho baluarte. Ambas colunas estaban sostenidas por una reserva compuesta de una compañía de preferencia de los 36, 66 y 68 de línea á las órdenes del comandante Le Rousseau, del 68.

La cuarta coluna la han formado una compañía de preferencia de los tres batallones de la guardia de trincheras (22 ligero, 32 de línea y 53 de id.) siendo su gefe el comandante del batallon 22 ligero. Se le dió la órden de arrojarse desde la parte superior de la brecha del baluarte número 7, apoderarse de los atrincheramientos, y atacando el baluarte número 8 por la gola, favorecer la salida de la columna de asalto.

Treinta zapadores del cuerpo de ingenieros acompañaban cada una de las cuatro colunas de ataque de la reserva y de operarios. Estaban bajo el mando superior del teniente coronel del 22 ligero Espinasse.

El general de brigada Cárlos Levaillant mandaba los batallones de la guardia de trincheras, pertenecientes á la segunda division. El general Rostolan, que manda esta division, tenia formados en masa y puestos para cualesquier acontecimiento los demás regimientos.

Habiendo ejecutado á las dos de la madrugada bajo la vigi-

lancia del coronel de Ingenieros Niel, las disposiciones preliminares, al estrépito de los tres cañonazos, que era la señal convenida, volaron al ataque.

La primera coluna bajo las órdenes del comandante Lefebvre llega á lo alto de la brecha á pesar de un nutrido fuego de fusilería. Los trabajos que durante la noche habia ejecutado el enemigo entre el orejon y una casa situada detrás de la brecha, detienen completamente la cabeza de la coluna, la cual solo con grandes trabajos logra superar.

Al primer rumor de este ataque acudieron cuasi todos los defensores del baluarte; empero los fuegos que se cruzaban en aquel estrecho paso, no pudieron impedir que nuestros valientes soldados se establecieran en el terraplen y fuesen ganando terreno.

El aquel momento cayó herido el gefe de batallon Lefebvre, que en seguida fué reemplazado por el comandante del 68.° Le Rousseau.

Aprovechóse de aquel primer triunfo para ensanchar el paso y hacer que llegaran los trabajadores. El comandante de ingenieros Galbaud-Dufort cae herido de dos balazos al colocar los primeros gabiones destinados á poner á cubierto aquel peligroso desfiladero.

La coluna del comandante Laforest que habia partido de las alturas de la brecha del baluarte número 7, al salir fué rechazado por un vivísimo fuego de fusilería. Dividióse esta coluna en dos trozos. Los cazadores del 32.° y los granaderos del 53.° lanzados hácia la derecha, toman un gran atrincheramiento apoyado en el recinto Aureliano, matando á la bayoneta á sus defensores, y esparcidos en tiradores luchan obstinadamente contra dos casas aspilleradas que incomodan nuestros ataques.

Los carabineros del 22.° ligero que salieron los primeros de la trinchera y dirigidos en persona por el comandante Laforest siguen el camino que costea la cortina, encuentran las dos primeras trincheras llenas de enemigos que les hacen fuego á boca de jarro, y solo se detienen para pasarlos por las armas: luego salvando el atrincheramiento que obstruia la gola del baluarte, se

dirigen á la carrera á la bateria de siete piezas que batia interiormente la brecha, y se apoderan de la misma.

Tan rápidos y admirablemente combinados movimientos, desembarazan la coluna que habia subido por la brecha, y la guarnicion del baluarte acosada hácia la salida, en vano se defiende al rededor de una casita, pues queda completamente destruida ó hecha prisionera. El baluarte se ha tomado, empero empieza á amanecer. Todas las casas que miran al baluarte se llenan de tiradores y el enemigo marcha con fuerzas para volver á apoderarse de sus cañones. Entonces la reserva entra en fuego á las órdenes del teniente coronel Espinasse. Los granaderos del 36.° mandados por el capitan Tiersionnier, empujando vigorosamente al enemigo, lo precipitan á la bayoneta á las escaleras por encima de la escarpa y se apoderan de las casas que dominan la puerta de San Pancracio.

Organizóse entonces el trabajo en el interior del baluarte, y aprovechándose hábilmente los oficiales de ingenieros de las trincheras del enemigo, lo ponen al abrigo de todo insulto.

Todas las colunas han sido conducidas con tanta energía como inteligencia por el teniente coronel Espinasse y por los gefes de batallon colocados á su frente.

Nuestras tropas han obrado con valor y con ímpetu tal, que nada podia resistirlas. Han muerto á la bayoneta mas de 400 enemigos (1). Entre los 125 prisioneros que han caido en nuestro poder se cuentan 19 oficiales de todas graduaciones.

Nuestras pérdidas han sido relativamente poco considerables: ascienden á 9 muertos, entre ellos 4 oficiales y 110 heridos, en cuyo número se comprenden 18 oficiales. Este segundo asalto da un ascendiente moral numérico á nuestros soldados. El enemigo ha perdido dos principales frentes de su recinto, y nuestras baterías establecidas sobre terraplenes descubren y pueden arruinar la ciudad. Seria una insensatez prolongar por mas tiempo la defensa. No solo se sacrificarian con ella los edificios, sí que tambien

(1) El parte telegráfico solo anuncia 200 porque no se sabian todos los detalles cuando fué espedido.

se llevaria la guerra al seno de las familias. No puede en lo razonable suponerse que un gobierno cualquiera que sea consienta en prolongar semejantes desgracias en la capital de su pais.

Para multiplicar durante el asalto del baluarte núm. 8 la suerte del triunfo, y para disminuir el número de los defensores en el ataque, dispuse que el general Guesviller practicase una diversion delante la puerta del pueblo, la cual fué ejecutada con mucha inteligencia por una coluna compuesta de tres batallones, una compañia de ingenieros y cuatro piezas de artillería de la bateria del 12.

El general ha salido de Ponte-Molle á las once de la noche del 29 para ir á tomar posicion en las alturas inmediatas á la villa-Borghese. El enemigo habia aspillerado todas las casas situadas en aquellas alturas, empero nuestros tiradores se han emboscado de modo que pudiesen proteger la artillería colocada detrás de una posicion elevada.

Dicha artillería ha hecho fuego desde la una y media de la mañana á las tres, y ha sembrado el espanto en un cuartel que se creia al abrigo de nuestros tiros. El enemigo ha contestado con un vivisimo fuego, empero sin ocasionarnos pérdida alguna.

Por otra parte las piezas de artillería de la marina colocadas en las alturas que dominan la Basílica de S. Pablo, arrojaban balas y granadas por encima de la puerta del mismo nombre, de suerte que á la vez se veia inquietado el enemigo en dos puntos, tan distantes el uno del otro.

Mientras que estos diversos combates tenian lugar, desde las dos hasta las cinco y media de la mañana, los romanos han intentado incendiar nuestro puente colocado en el bajo Tiber y en el muelle de S. Pablo Cerca de cincuenta brulotes de formas y dimensiones distintas han sido detenidos, destruidos ó echados á pique por la activa inteligencia del teniente de navío Olivieri, comandante de la flotilla, y del capitan Blondeau, comandante de la 7.ª compañía de pontoneros.

Estas ventajas han sido precedidas por reiterados reconocimientos practicados en diversos puntos por el 12.° de cazadores de caballería y el 11.° de dragones á las órdenes del general Morris.

Por último: el dia 29 habia sido señalado para un acontecimiento que contribuirá poderosamente á quitar al enemigo la posibilidad de prolongar la lucha. La fábrica de pólvora de Tívoli situada á cuatro leguas de Roma ha sido completamente destruida por una coluna móvil á las órdenes del general Sauvan. Los molinos estaban dispuestos con cuarenta pilas que podian fabricar de veinte á veinte y cuatro quintales de pólvora diarios. Cerca treinta quintales de pólvora confeccionada y de varios grados, y una inmensa cantidad de primeras materias, han sido echadas al agua ó inutilizadas del todo.

En resúmen, Sr. Ministro, el éxito de todas las empresas, las incesantes pérdidas esperimentadas por el enemigo en todos los puntos, hacen esperar que no podrá prolongarse en adelante la resistencia de la ciudad.

Desde el principio del sitio, todas las operaciones han sido dirigidas por el general de division de ingenieros Vaillant, con la habilidad y esperiencia que tiene tan acreditadas. El general de brigada Thiry comandante de la artillería, ha allanado con gran energía las infinitas dificultades que se le oponian.

El general Rostolan, comandante de las tropas del sitio, ha sabido imprimir en ellas un rendimiento á su voluntad jamás desmentido. Finalmente, la brigada Molliere, componiendo la vanguardia, á las órdenes del general de division Regnaud de Saint-Jean-d' Angely, desde la toma de Pamfili, ha conservado con la mayor firmeza las posiciones que los esfuerzos del enemigo se obstinaban continuamente en arrebatarle, ausiliado de una numerosa artillería.

En todos los puntos, pues, tanto por los generales, como oficiales y soldados, se ha cumplido el deber del modo mas admirable.

No puedo todavía, Sr. Ministro, citaros aquí todos los actos que han añadido un nuevo lustre á nuestras armas en estas memorables jornadas, y que me ocupo en recoger.

Soy con respeto etc.

El general comandante en gefe, firmado;

Oudinot de Reggio.

18.

Pasquin revolucionario.

ORDEN DEL DIA PARA LOS DIAS DEL ORDEN.

¡Soldados del Mediterraneo y del agua bendita!!

Alegraos, mis valientes y esforzados camaradas, que acabais de conseguir el objeto misterioso de vuestras gloriosas empresas! ¡Acabais de enarbolar y saludar la bandera del Papa, flotante sobre los techos de la ciudad eterna! Habeis asistido arma al brazo al desfile de la santa clerigalla, y de las frailunas milicias. Vosotros me habeis visto ayudar misa, mientras que mi estado mayor encendia los cirios, y vosotros participaréis con vuestros generales del honor de besar el viejo zapato del Papa. Salisteis de Francia simples soldados rasos de una república mundana, y volveréis á vuestra patria hechos unos Calmucos y cosacos de la sacristía, que es la antecámara del Paraiso. ¡Hurrá! ¡Bendigamos al Señor! ¡Dios solo es grande y Guizot, Thiers, Falloux son sus profetas! Se ha restablecido el órden y la libertad se ha escapado: ¡buen viaje! El órden impera en Roma y en París, como en Varsovia. La Italia está tranquila como un sepulcro. El órden no es la verdad. La verdad es facciosa: la palabra debe ocultar el pensamiento. Os dije en Tolon que habiais sido los elegidos para arrojar de la hermosa Italia á los austríacos. Perdonadme; bromeaba. Estamos aqui de órden de nuestros poderosos aliados el Czar de Rusia y el Emperador de Austria. Estos bandidos italianos se acordaron de volver á ser una nacion, de libertarse del yugo paternal de Austria y de los reyezuelos y curas vasallos de la misma nacion. Se metieron en la cabeza constituirse en república única é indivisible como en Francia, y darse instituciones liberales como las nuestras.

¡Desgraciados bobalicones! No dudaban que el gran Sobrino

del pequeño Tio, habria tomado á su cargo volver á conducir á este país á su antigua division en varios pedazos, á sus saludables cadenas. ¡Gloria á mí y á todos los apóstoles de la órden Guizotina! Sí: la república francesa era la que debia aplastar á la romana. La hermana mayor era la que debia asesinar á la menor. Esto es muy justo, y segun los santos libros Cain debió matar á Abel.

El órden no es ningun necio, y por lo tanto no carece de caballerismo. Hemos venido á hundir la nacionalidad italiana, cuando hacia dos años que con fuerzas desiguales luchaba contra el Austria y contra los reyes italianos y el Papa conjurados.

Hemos herido en el corazon al gladiador herido: la prudencia es la madre de todas las virtudes: un buen general aprovecha la ocasion y asegura su victoria, y el jumento no pega la coz al leon sino cuando le ve derribado.

Guerrear contra los fuertes es fanfarronada y quijotismo: destruir los débiles y besar la bota del Czar cuando se digna arrimárnosla á nuestra espalda, hé aqui una cosa muy natural y llena de gloria para los hijos de la gran nacion.

El órden es el honor, empero el honor bien ordenado: no lo confundais ahora con la justicia y la fe. En 1848 Lamartine abrazó la bandera tricolor italiana en el Hotel-de-Ville de París, y prometió ayudar y socorrer la causa de la nacionalidad italiana. Nuestra Asamblea constituyente decretó la libertad de la Italia. Empero Lamartine solo era un zopo, y la Asamblea una perrera de ladradores á la luna. Sus palabras no nos obligan. ¡Libertar la Italia! ¡Prontamente! Sí: yo la he libertado en efecto de las cadenas de la libertad, he barrido los patriotas, los he perseguido, los calumnio, los acoso como animales feroces, los encarcelo como si fueran ladrones, y quiero esterminar semejante canalla que daguerreotipa nuestros liberales franceses.

He pisoteado el águila romana y la bandera tricolor italiana, aquella bandera ante la cual se quitaba el sombrero el buen hombre mi difunto padre que no habia nacido duque, y que igualmente amaba Napoleon como verdadero herege escomulgado que era. Aquella bandera que siguió nuestro iris revolucionario

en todas partes, en Wagram, en Austerlitz, en Moscou, en Tarragona...., aquella bandera malvada, yo la he arrojado al Tiber, y la he reemplazado por el lábaro de color de yema de huevo, tierno emblema de la cópula de la gallina Gala con el pichon del Vaticano. Ademas en esta bandera se ve una llave de oro y otra de plata, preciosos metales que no brillan en los estandartes de los rebeldes, y que nuestro gobierno aprecia sobre todo.

¡Soldados del *órden* y de la *paz á toda costa*, enorgulleceos de haber contribuido á esta obra santa y piadosa!

Sabed que esto no ha sido mas que un globo aereostático de prueba. Dentro pocos dias vuestros cien mil camaradas de París terminarán la santa empresa que habeis iniciado. La bandera blanca flordelisada, objeto de los cuidados y de los suspiros de Thiers, Barrot, Falloux y comparsa, flotará cuanto antes en las Tullerías. Mi cofrade Bergamotte se encarga de ello. Yo soy su precursor. ¡Hijas de Francia! Preparad los ramos y los laureles para mis héroes que van á repasar mi Mediterráneo! Veréislos regresar cargados de coronas de *loretas* y de bendiciones papales. ¡Húndase la cruz de honor! Ella no es mas que un signo diabólico inventado por Napoleon, perseguidor de los Papas :—mis soldados cubrirán su pecho con escapularios, y cada uno llevará un fraile en su mochila al regresar à Francia. ¡No mas esos rancios títulos de los cuales eran tan golosos nuestros descarriados padres! ¡No mas vencedores de Lodi y de Marengo! ¡No mas *enderezadores de tuertos y campeones de nacionalidades*, ni otras semejantes heregías! Se os saludará empero con los lisonjeros nombres de *soldados del Papa*, colunas del templo, santurrones, beatos, clerizontes y croatos del órden ¡Hurra!!.... ¡Vivan nuestros amos de Austria y Rusia! ¡Vivan los *restaurantes* y las restauraciones! Lo que no queremos para nosotros, hagámoslo siempre para los demás. ¡Vivan los banqueros, los hipócratas, y los cortesanos! ¡Vivan el oro y la plata! y ¡mueran los republicanos! ¡Abajo la verdad, abajo la justicia, abajo el gorro encarnado de frigia forma, y adoremos el solideo rojo de los cardenales!

Esta noche á las seis será el toque de retreta á fin de que tengais tiempo de cantar las letanias y de recitar las horas de Bourges. Mañana iremos á confesar precedidos de música. En calidad de guardias del Santo Padre tendreis la derecha al lado de el órgano.—Amen.

Hecho en Roma: dia tercero de la restauracion clerical.

Por Monseñor Falloux, general en gefe, Koudinok, Feld-Mariscal de Austria, Hetman de Cosacos, gran cordon de la órden de Loyola, Canónigo de S. Pedro y Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Para la comunion á los ciudadanos *Reste* L' Ane, Sacristan gobernador.

19.

Carta del general en gefe á los mienbros de la municipalidad romana.

He visitado los establecimientos en los cuales se hallan las tropas, en Roma y en los cantones, y nada satisfactoria es su instalacion en ellos, pues no todos los soldados estan convenientemente alojados, y ninguno de ellos tiene cama. Esta situacion no podria prolongarse sin inconvenientes, hoy que la ocupacion toma un carácter permanente.

El ejército quiere indudablemente ser lo menos gravoso posible á los pueblos, empero la administracion romana comprenderá que debe hacer algunos sacrificios para colocar á los soldados franceses con las favorables condiciones sanitarias.

La cama de la tropa en Francia se compone de una tarima, un jergon, un colchon, un par de sábanas y una manta. Las municipalidades no podrán sin duda desde luego distribuir todos estos objetos pero deberán á lo menos entregar una parte y completar sucesivamente la cama de nuestros soldados.

Para facilitar la ejecucion de semejante medida, una comi-

sion de cuarteles deberá entenderse en cada guarnicion con la municipalidad: Cuando no podrán adquirirse tarimas, deberán proporcionarse tablas que los ingenieros y los cuerpos mismos colocarán convenientemente encima de banquillos.

Estas disposiciones deben ejecutarse lo mas pronto posible. Urge sobre todo que todos los soldados duerman en seguida en jergones.

20.

Carta de la Municipalidad de Tivoli al general en gefe.

Muy honorable general:

Esta ciudad se considera sumamente feliz con haberos tenido dentro de sus muros el domingo último, y ha inscrito este dia en el catálogo de sus bellos recuerdos. Saludado como salvador de Roma, sois además para nosotros un objeto de consuelo y de gratitud, atendido que habiendo esperimentado nosotros como Roma los males de una tiranía manifiesta bajo la apariencia de la libertad, participamos con ella de los inapreciables bienes de la feliz redencion que tan generosamente habeis llevado á término.

General: Los pueblos de los Estados romanos transmitirán á la posteridad el bendito nombre del valiente ejército francés y el vuestro. Dulce será recordar á nuestros hijos que despues de haber dispersado los facciosos aventureros y los malvados que tan desgraciada hicieron en poco tiempo la ciudad eterna, nos enviasteis para nuestra seguridad una parte escogida de vuestro ejército, en la cual admiramos los modelos de la disciplina militar, de moderacion y de civilizacion, y que el dia en que vinisteis, vuestra presencia fué para vuestros soldados la recompensa del valor que demostraron para libertarnos.

Recibid, muy honorable general, la espresion de nuestros sentimientos, seguro de que nacen espontáneamente del reconoci-

miento que os debemos, y no de ninguna de aquellas tan penosas impulsiones que tuvimos que seguir durante los dias de dolor y de opresion.

Palacio municipal de Tivoli: *Firmado*: El abogado Andres Guidaboni, *gobernador*. Caldei, *Gonfaloniero*.

21.

Proclama del general Oudinot á los romanos.

¡Romanos!

Desde que el ejército francés ha ocupado vuestra ciudad, el órden y la tranquilidad no se han turbado un solo instante. El gobierno temporal del Soberano Pontífice, ha sido restablecido con aplauso universal.

Justos admiradores de la disciplina de nuestros soldados, en todas ocasiones les dais testimonios de un aprecio cuyo orígen es tan honroso para vosotros como para ellos mismos.

Reina la mas perfecta armonía entre los militares de todas graduaciones y la poblacion romana y la de los acantonamientos.

Nuestros deseos y nuestras esperanzas aguardaban semejante resultado.

Al preservarnos de reacciones políticas, hemos satisfecho al propio tiempo nuestros deberes y nuestros sentimientos.

Nuestras simpatías son una recompensa de cuyo mérito conocemos todo el valor, y que estimamos sínceramente.

Siento la necesidad de renovaros su seguridad en el momento mismo en que acaba de terminar mi mision en los Estados Pontificios.

De regreso á Francia, conservaré siempre el recuerdo de los testimonios de afecto y estimacion que me habeis prodigado.

Nadie puede saber el porvenir que Dios nos tiene reservado; empero yo sé que nuestros sentimientos para con nosotros se mantendrán inalterables.

Bendeciré la providencia por haberme dado una influencia momentánea en vuestros destinos.

Bendeciré nuevamente al cielo, si antes de terminar mi vida, me es permitido aun contribuir á la prosperidad de un país que tan poderosos títulos tiene á mi estimacion y á mi reconocimiento.

El comandante en gefe, Oudinot de Reggio.

22.

Inscripcion grabada en el capitolio en honor del general Oudinot, duque de Reggio.

XII KAL. SEPTEMBR. AN. V.C.MM.DCII. PII IX. P. M. IIII. IN AEDIEBUS. CAPITOLINIS XXVIRI. CURATORES. URBIS. CUM CONVENISSENT, VERBA. FACTA. SUNT. DE VICTORE OUDINOTIO RHEGII. DUCE. QUI CUM PRAEFECTUS EXERCITUI. GALLORUM. ITALICO, PONTIFICIAE. POTESTATIS. ET PUBLICAE. LIBERTATIS. RESTITUENDAE. CAUSA. ADVENISSET. STRENUE. SAPIENTER. FELICITERQ. REM GESSIT. SUA MILITYMQUE. VIRTUTE CIVIUM ANIMOS. SIBI DEVINXIT. EA. DE RE PLACUIT. CUDI. NUMISMA. SIGNATUM IPSIUS. DUCIS. IMAGINE. QUOD POPULI ROMANI. VOLUNTATEM. AUCTORI. PACIS SERVATORI. VETERUM MONUMENTORUM TESTARETUR.

TABLA.

PÁGINAS.

CAPÍTULO I.—Grito de guerra en el Piamonte.—Débil eco en Roma.—Decreto ridículo.—Creacion de un triunvirato.—Consternacion del partido republicano.—Llamamiento á los aventureros.—El Po declarado rio nacional.—Pasquin.—Cambio de ministerio.—Profanacion de la semana Santa.—Fernando II. Rey de las Dos Sicilias. 5

CAPÍTULO II.—Restauracion del poder legítimo en Toscana.—Comedia en el palacio de la Inquisicion.—Medidas financieras.—Avezzana ministro de la Guerra.—Se decide la intervencion de las potencias católicas.—El Padre Vaures en París.—Situacion política de Europa.—El ejército de los Alpes.—El general Oudinot duque de Reggio.—Es nombrado comandante en gefe del ejército espedicionario de Italia.—Estado mayor general.—Orden del dia.—Embarque. 32

CAPÍTULO III.—Preparativos de resistencia en Roma.—Estado mayor del ejército romano.—Llegada de Garibaldi.—La guardia cívica en la plaza de los Santos Apóstoles.—Parada revolucionaria.—Revista de las tropas de línea.—Proclamas guerreras.—Comision de oradores.—Arribo del ejército francés delante de Civitavechía.—Desembarque.—Proclama.—El general se opone al desembarque de un batallon lombardo.—Envia oficiales á Roma.—Marcha del ejército hácia Roma.—Jornada del 30 de abril. . 44

CAPÍTULO IV.—Crueldades cometidas por los romanos contra los prisioneros franceses.—Llega una escuadra española delante de Terracina.—Entrada en campaña de las tropas napolitanas.—El ejército espedicionario recibe refuerzos de Francia.—Difícil mision de M. Maugin.—Trabajos de defensa.—Asesinato de tres campesinos.—El capitan Laviron.—Soltura

de los prisioneros franceses.—Caballerescas represalias.—Efecto que produjo en Francia la accion de 30 de abril.—Noble carta del príncipe Luis Napoleon.—Partida de Mr. Lesseps para Roma.—Operaciones militares y diplomáticas.—Fatal convencion.—Provecho que de ello redundó á los romanos.—Himno revolucionario.—Movimiento de los ejércitos católicos.—Victoria y chasco.—Pasquin. 70

CAPÍTULO V.—Suspension de hostilidades.—Voluntaria retirada del ejército napolitano.—Combate de Velletri.—Incendio de los confesionarios.—Restauracion del duque de Parma.—Toma de Bolonia.—Bravata republicana.—Visitas domiciliarias.—Asesinato del párroco de la Minerva.—Asesinatos de S. Calisto.—Actitud del ejército espedicionario.—Llegan refuerzos á los romanos.—Proyecto de tratado.—Continuacion de las negociaciones — Consejos de guerra.—Perentorias cartas del general en gefe á Mr. de Lesseps.—Documento curioso.—Patriotismo del general Oudinot.—Ultimatum.—Contraproyecto.—Conflicto militar y diplomático.—Escena solemne. 92

CAPÍTULO VI.—Última tentativa de conciliacion.—Tratado de Mr. de Lesseps.—El general en gefe lo rechaza.—Rompimiento.—Complicacion.—Orden llamando á Francia á Mr. de Lesseps.—Cartas del general Oudinot.—Preparativos de ataque.—Posicion del ejército sitiador.—Efectivo del ejército romano.—Jornada del 31 de junio.—Brillantes combates.—Hermosos hechos de armas.—Abertura de la trinchera.—Salidas de los sitiados.—Diputacion española y napolitana al campamento francés.—Movimiento del ejército español.—Trabajos de sitio.—Preparativos de defensa. . . . 130

CAPÍTULO VII.—La fiesta del Córpus.—Parada religiosa.—Operaciones militares.—Salida del 12 de junio.—Intimacion á los romanos.—Es rechazada.—Proclamas de las autoridades romanas.—Continuacion de las hostilidades.—Combates.—Espedicion á Porto d' Anzio.—Brillantes combates y hechos diversos.—Salidas de las camisas.—Jornada del 13 de junio en Paris.—Llegada de Mr. de Corcelles al campamento.—Posicion estratégica del ejército.—Accion del 21 de junio.—Bombardeo.—Actitud hostil del agente consular inglés.—Manejos hostiles á la Francia.—Sangre fria del príncipe de Ligne.—Espedicion á Tivoli. 158

CAPÍTULO VIII.—Toma del baluarte n.° 8.—Encarnizados combates.—Iluminacion de la cúpula de S. Pedro.—Acciones heróicas.—Últimos esfuerzos de la defensa.—Largas deliberaciones.—Se declara la resistencia imposible.—Diputacion romana al campamento francés.—Negociaciones.—La ciudad se rinde sin condicion.—Entrada de los franceses en Roma.—Incidentes.—Proclama del general en gefe.—El general Rostolan es nombrado gobernador de Roma.—Fuga de Garibaldi.—Asesinatos.—Bando del gobernador de la ciudad.—Cooperacion de los hombres de bien.—Adhesion de muchos regimientos romanos.—Primeras medidas.—Invasion de la Asamblea constituyente.—Las llaves de Roma.—El general Niel en Gaeta.—Carta autógrafa del Santo Padre al general Oudinot. 196

CAPITULO IX.—Carta del presidente de la república al general en gefe.—La Asamblea nacional.—Fuga de los principales gefes revolucionarios.—Aspecto de Roma.—Escena en el Café Nuevo.—Disciplina.—Comision provisional.—Restablecimiento del poder temporal del Papa.—Detalles.—Proclama Pontificia. 232

CAPÍTULO X.—Llegada á Roma de una comision gubernamental.—Decretos y proclamas.—Prudentes medidas.—Escomunion Mazziniana.—Chistes de Pasquin.—Aprecio de las señoras romanas por los franceses.—Venganza republicana.—El general Oudinot en Gaeta.—Magnifica recepcion.—Regreso á Roma.—Mision del coronel Edgardo Ney.—Sus resultados.—El duque de Reggio es llamade á Francia.—El general Rostolan nombrado general en gefe.—Su dimision.—Proclama del general Oudinot.—Su regreso á Francia.—Apreciacion de la espedicion romana por ilustres personajes. 251

CAPÍTULO XI.—El general Rostolan toma el mando del ejército.—El gobierno francés le suplica que retire su dimision.—El Papa en Portici.—Bella conducta de las tropas francesas.—Hechos varios.—Motu propio del 19 de setiembre.—Cuestion romana.—Borrascas parlamentarias.—Triunfo de la elocuencia.—Efecto producido en Portici por la votacion del 13 de octubre.—El general Baraguay-D' Hilliers toma el mando en gefe del ejército espedicionario.—Marcha del general Rostolan.—Primeros actos del nuevo general en gefe.—Ejecuciones militares.—Daños causados por el sitio.—Recompensas. 283

CAPÍTULO XII.—El Papa sale de Portici.—Viage.—Triunfos.—Hechos diversos.—Restauracion de Pio IX.—Felicitaciones diplomáticas y militares.—Bendicion de las armas francesas. 312

CONCLUSION. 335

DOCUMENTOS HISTÓRICOS. 341

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LAS NOTAS HISTÓRICAS, CRÍTICAS Y DESCRIPTIVAS, Y DE LOS DOCUMENTOS IMPORTANTES CON LOS CUALES SE HA ADICIONADO LA PRESENTE OBRA

POR

D. FRANCISCO FORS DE CASAMAYOR.

TOMO I.

PÁGINAS.

Breves antecedentes biográficos de José Ricciardi. . . . . Introduccion. 3

Ovacion á Pio IX el 8 de setiembre de 1846.—Descripcion de las grandes fiestas con que los romanos celebraron la promulgacion del decreto de amnistía. 5

El Corso.—Orígen y descripcion de esta calle. 21

Miguel Angelo Brunetti: (*Ciceruacchio.*)—Algunos hechos laudables de este hombre durante los acontecimientos de Roma en 1846 y 1847.—Breves reflexiones sobre su posterior conducta contra el Soberano Pontífice. 24

Significacion de la palabra *Rionis*. 27

El palacio Torlonia.—Su construccion y actual estado. . 28

La consulta romana.—Discurso de Pio IX y pormenores de las fiestas celebradas el dia de la instalacion de aquella. 30

Orígen del Transtiber (*Trastevere*)—Curiosas noticias sobre la poblacion romana conocida bajo el mismo nombre. 36

Anécdota sobre la formacion de la guardia cívica romana. 56

Llegada de un embajador turco á Roma.—Buenos resultados de semejante acontecimiento para Pio IX.—Restablecimiento del patriarca latino en Jerusalen. . . 63

Descripcion de la gran iglesia de Jesus. 66

El Coliseo Romano.—Su construccion.—Su historia.—Descripcion de los grandes y sorprendentes espectáculos de que fué teatro. 77

El palacio Quirinal y sus jardines.—Monumentos de la plaza de Monte-Cavallo. 91

Condescendencia de Pio IX con la prensa periódica. . . 95

El conde Terencio Mamiani.—Su regreso á Roma despues de su largo destierro.—Generosa acogida que le dispensa el Soberano Pontífice.—Es festejado por la prensa y el Círculo romano. 117

Juicio crítico de Fernando II rey de las Dos Sicilias.—Efecto que producen en Génova y en Roma las sangrientas escenas de Nápoles del 15 de mayo de 1857. . . 121

El palacio Altieri.—Época de su construccion. 125

Descripcion del palacio de la Chancilleria. 125

Castillo de San Angelo.—Detalles y noticias históricas sobre este célebre monumento.—El Condestable de Borbon.—Su muerte.—La *Girandola*. 136

Palacio Doria.—Su construccion y detalles 141

La puerta Angélica y su orígen. 143

Palacio Colonna.—Breves noticias acerca de su construccion y su galería de pinturas. 149

Conducta de la guardia cívica romana con respecto á Pio IX. — Motin á consecuencia de la prision de uno de sus individuos acusado de un delito comun.— Atentado cometido por muchos guardias cívicos contra los judios del barrio del Ghetto.—Feliz desenlace. . . . 159

El ministro Rossi llama á Roma los cuerpos de carabineros.—Mal efecto que esto produce. 163

Alejandro Gavazzi. 164

Situacion del teatro Capránica. 165

Algunos pormenores acerca del asesinato del conde Rossi. 172

Noble conducta del embajador de España, despues del asesinato del conde Rossi.—Terrible situacion de los pacíficos habitantes de Roma dominados por el Círculo popular.—Escandalosa conducta del propio Círculo en la tarde y noche del 15 de noviembre de 1848. . . 178

Construccion de la iglesia de S. Lorenzo in Damaso. . . 180

Esplicacion de las voces *Direttario* y *Canone*. 195

Mas pormenores y reflexiones sobre las lamentables ocurrencias de los dias 15 y 16 de noviembre de 1848 en Roma. 211

Los niños del batallon de la Esperanza. 214

Establecimiento del Círculo popular en el palacio Fiano. . 221

Triste situacion del Pontífice despues de las lamentables ocurrencias de los dias 15 y 16 de noviembre hasta su salida de Roma.—Despierta graves sospechas á los revolucionarios la visita hecha por el virtuoso Padre Marroco á Pio IX. 222

Albano.—Su fundacion y sus antigüedades. 229

Pequeño incidente en el acto de la fuga de Pio IX de Roma, en la noche del 24 de noviembre de 1848. . . 232

Puerta Asinaria, hoy de San Juan de Letran.—Recuerdos históricos. 233

Noble acogida dispensada á Pio IX por el rey de las Dos Sicilias.—Reflexiones y parangon de la conducta de este soberano con los conspiradores, y la observada por la Inglaterra contra los que en Cefalonia, en cuyo país ejerce esta nacion su protectorado, se levantaron para recobrar su independencia.—Atentado contra la vida de Fernando II en 6 de diciembre de 1856. 246

Contestacion del conde Mamiani á la interpelacion hecha al ministerio acerca de la protesta de Pio IX en la sesion de la cámara del dia 3 de diciembre de 1848. . 250

Violenta oposicion del príncipe de Canino y otros muchos diputados á la proposicion del marqués Potenziani presentada á la cámara en 20 de noviembre de 1848.—Reflexiones. 253

Llegada á Gaeta de varios personages civiles y eclesiásticos. 254

El general Zucchi, ministro de la guerra.—Honrosos antecedentes y hechos diversos. 255

La plaza del pueblo.—Escenas representadas en ella durante la revolucion.—Himno popular á Pio IX. . . 661

Iniciativa de la católica nacion española para el restablecimiento de la autoridad temporal de Pio IX. . . 266

Merecidas distinciones dispensadas por el Sumo Pontífice al embajador de España señor Martinez de la Rosa. . 268

Presentacion á Pio IX de un destacamento de carabineros. —Acontecimientos varios en Gaeta. 270

Proclama del Círculo popular. 278

Despecho de la demagogia romana á consecuencia de la protesta del Santo Padre de 10 de enero de 1849.— Desacato cometido por el periódico *La Pallade*.—Reflexiones. 287

Decretos de 13 y 19 de enero de 1849 de la comision provisional de gobierno, para el nombramiento de una junta de seguridad pública y de una comision militar. 291

Decreto sobre disminucion de condenas y escarcelacion de los detenidos. 297

Plaza de Monte-Citorio.—Su orígen, antigüedades y actual estado. 299

Indicaciones acerca de la circular del ministro de Estado de España á las cortes estrangeras. 304

Denegaciones del *Monitor Toscano* sobre la nota circular del gran duque contra el principio y las consecuencias de la revolucion en sus estados.—Retirada del mismo

príncipe á S. Estefano.—Laudable y digna conducta del general Langier.—Reflexiones. 311

Discurso pronunciado en la apertura de la Asamblea constituyente romana el dia 5 de febrero de 1849 por el abogado Armellini, ministro del Interior. 314

Protesta de Su Santidad de 14 de febrero de 1849, contra el decreto de la Asamblea constituyente del 9 del propio mes, por el cual se declaró destituido de hecho y de derecho el poder temporal de la Santa Sede. . 340

Asquerosa mogiganga en Sinigaglia. 343

Breves pormenores sobre el motin de Liorna de 21 de octubre de 1848.—Publicacion de la república en aquella ciudad y en Florencia.—Hechos diversos de la revolucion Toscana. 344

Descripcion del carnaval en Roma. 348

La *Montaña* en la constituyente romana. 354

Nota del cardenal Pro-secretario de Estado dirigida á nombre de Pio IX á los gobiernos de España, Francia, Austria y Nápoles. 355

Proclama de 2 de marzo de 1849, dirigida á *todos los pueblos*, por la Asamblea constituyente romana. . . 365

Llegada de Mazzini á Roma.—Su recepcion en la Asamblea constituyente.—Algunos pormenores con respecto á sus creencias político-religiosas, y juicio de Mr. de Lesseps sobre el mismo. 369

El manzanillo. 374

La iglesia de S. Silvestre en el Quirinal.—Sus pinturas y esculturas.. 376

La sociedad bíblica de Lóndres. 378

TOMO II.

Rompimiento del armisticio de 9 de agosto de 1848 entre los ejércitos sardo y austríaco, y declaracion oficial del gobierno de S. M. Carlos Alberto al mariscal conde Radetzki.—Proclama del mismo rey á la brigada de Saboya.—Manifiesto del gobierno sardo á la Europa. —Proclama del comandante en gefe del ejército austríaco y alocucion del Mayor-General Chzarnowski á las tropas sardas. 7

Manifiesto del general conde Radetzki reseñando la conducta del rey Carlos Alberto. 20

Decreto del Triunvirato romano de 9 de abril de 1849 contra los canónigos del capítulo del Vaticano. . . . 28

Testimonio de Mr. Tournon referente á los archivos de la Inquisicion romana cuando la ocupacion francesa en 1809. 34

Decreto del Triunvirato sobre la perpetuidad de los votos en las órdenes religiosas. 52

Proclama anónima para alentar á los romanos contra los franceses. 53

La puerta *Janiculense*, hoy *Pancrasiana*. 63

Quinta (*villa*) Pamfili.—Sus jardines.—Su Casino y antigüedades. 65

Antigua puerta Turrioni, hoy Cavallegieri.—Su etimología. —Recuerdo histórico. 67

Disposicion de Mazzini y sus colegas para evitar toda reaccion á favor de Pio IX al saber la marcha del ejército francés sobre Roma. 80

Noticias históricas de Velletri.—Heróicos hechos de armas de los españoles en aquella antigua ciudad. . 95

Escandalosa escena de los confesonarios en Roma, é irreverencias cometidas por los secuaces de Mazzini en la iglesia de S. Lorenzo in Lucina. 100

La *mal aria* ó *aria cattiva* en las cercanías de Roma y causas de la insalubridad de aquel territorio. . . . 110

Antigüedad del Puente Molle, su fundacion y gloriosos recuerdos. 117

Basilica de S. Pablo en Roma.—Fundacion de la misma. —Su restauracion despues del voraz incendio que la redujo á cenizas en 1824.. 121

Orígen y descripcion de la iglesia de S. Pancracio y de la Quinta Corsini. 127

Noticias sobre el Monte Mario y la Quinta Madama. . . 130

Etimología del Monte *Janículo*, y breves noticias históricas sobre el mismo. 140

El Monte Pincio.—Orígen y descripcion de su ameno paseo. 146

Los puentes Salara, Nomentano, y Mammolo.—Su antigüedad y noticias históricas. 163

La puerta Portese.—Epoca remota de su construccion. . 176

La puerta Apia, hoy de S. Sebastian.. 181

Iglesia de S. Pedro in Montorio.—Descripcion de la misma.

—Su situacion sobre el antiguo *Arx janiculensis*.—El *Bosque Parrasio*.. 185

Fundacion de Tívoli.—Su historia.—Descripcion de sus alrededores, de sus antigüedades y curiosidades. . . 191

La antigua puerta Ostiense, hoy de S. Pablo, y la coluna de Cayo Cestio. 210

Las fuentes de la plaza Farnesio en Roma. 212

El Monte Capitolino.—Su etimología y descripcion.—Templo de Júpiter.—Reflexiones.—Plaza del Capitolio. —Sus edificios, monumentos y recuerdos históricos. 227

Terrible é impia conjuracion contra el Pontífice Leon III. —Su fuga á Francia durante la noche del 23 de abril de 799.—Su reposicion en la silla de S. Pedro por las armas del emperador Carlomagno. 245

Pio IX. en Portici.—Fundacion de este real sitio por Carlos III.—Descripcion del palacio y sus jardines. . . 286

La isla de Procida.—Su historia.—Elegante y caprichoso traje de las isleñas. 289

Breves pormenores del viaje de Pio IX desde Gaeta á Nápoles.—Gloriosos recuerdos del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdova en Gaeta, Cirignola, Fondi, Itri, Mola, y en el Garigliano.—Derrotas de los franceses. 291

Caserta.—Bosquejo de este real sitio fundado por Carlos III. 314

El embajador de España Sr. Martinez de la Rosa felicita á nombre del cuerpo diplomático á Pio IX por su regreso á Roma.—Citas del *Bosquejo de la política de España, desde los tiempos de los reyes católicos hasta*

nuestros dias, referentes á la proyectada residencia temporal del Sumo Pontífice en los dominios españoles, cuando su fuga de Roma en noviembre de 1848. 324

Causas de la ocupacion de Roma por las tropas de Roberto Guiscardo durante el pontificado de Gregorio VII.—Ojeada histórica sobre la criminal conducta observada por Enrique III, emperador y cuarto rey de Alemania contra el indicado Pontífice. 332

FIN DEL RESUMEN.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO I.

1	Alfonso Balleyder.	PORTADA.
2	Ricciardi.	INTRODUCCION. III.
3	Ovacion á Pio IX el 8 de diciembre de 1846.	5
4	Guardia Cívica Romana.	12.
5	M. A. Brunetti. *(Ciceruacchio).*	22.
6	Instalacion de la Consulta Romana.	28.
7	Aspecto de la plaza del Pueblo en el acto de ser entregado á las llamas el escudo de Austria.	73.
8	Pio IX.	103.
9	Rossi.	172
10	Francisco Martinez de la Rosa.	203.
11	Ataque del Quirinal.	215.
12	Vicente Gioberti.	305.
13	Mazzini.	369.

TOMO II.

14	Carlos Alberto, rey de Cerdeña.	7.
15	Radetzki.	20.
16	El General Oudinot, Duque de Reggio. . . .	39.
17	Preparativos para el embarque en Marsella de la espedicion francesa.	43.
18	Garibaldi.	46.
19	Entrada de las tropas francesas en Civita-vecchia.	57.
20	El General Fernando Fernandez de Córdova.	156.
21	Marcha de una coluna francesa á Tívoli. . .	191.
22	Entrada de Pio IX en Nápoles.	297.
23	El General Baraguay d' Hilliers.	305.
24	Fernando II Rey de Nápoles y de Sicilia. . .	317.
25	Misa Pontifícia en San Pedro de Roma. . . .	323.
26	Plano de la ciudad de Roma.	340.

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES

Á LA

HISTORIA DE LA REVOLUCION DE ROMA.

Si bien habíamos determinado dar á continuacion de la presente obra los Apuntes biográficos de Nuestro Santísimo Padre Pio IX, seguidos de una Breve reseña histórica de la espedicion Española á los Estados Pontifícios en 1848, nos vemos en el sensible caso de tener que desistir de semejante propósito. Habiéndolo formado en el concepto de que con tal adicion la obra no escederia, segun nuestro cálculo, del número aproximado de 50 entregas, como se anunció en el Prospecto, y alcanzando en su totalidad 52; precisamente si se realizara la proyectada publicacion, deberia estenderse á una cifra muchísimo mayor. No cabe duda alguna que esto seria inconveniente para los Sres. Suscritores, que tan amables y deferentes han sido con nosotros. De un modo indirecto se les obligaria á la aceptacion de cierto número mayor de entregas de lo que se les prometiera, sin haber contraido obligacion alguna para ello, lo que con razon argüiria muy mala correspondencia con nuestros favorecedores.

Por lo tanto, renunciamos por ahora á la publicacion de

los indicados Apuntes biográficos de Pio IX y de la Breve reseña histórica de la espedicion Española á los Estados Pontifícios en 1848.

Obrando de esta suerte nos lisonjeamos con la confianza de que los Sres. Suscritores verán que hemos cumplido nuestras promesas, pues además de haberse ilustrado la obra con 26 láminas abiertas sobre acero, las cuales se han repartido á razon de una por cada dos entregas, y á pesar del gran número de notas históricas, críticas y descriptivas con que se ha adicionado la obra, y de las cuales lo mismo que de las indicadas láminas carecen las ediciones francesas, se ha verificado la impresion tan solo en dos tomos formando 52 entregas, número comparativamente muy escaso á la materia que contienen.

Los Editores.

LISTA

GENERAL DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

Á LA

HISTORIA DE LA REVOLUCION DE ROMA. (*)

Barcelona.

	Ejemplares.		Ejemplares.
D. Juan Nepomuceno Anglada.	1	D. Jaime Arnau, abogado.	1
D. José Albareda.	1	D. Conrado de Albornal.	1
D. Vicente Andreu.	1	D. Federico Amians y Gil.	1
D. Joaquin Andreu.	1	D. Poncio Ametller y Ros.	1
D. Eduardo Adzeról.	1	D. Jaime Ador.	1
D. Miguel Alba y Andreu.	1	D. Pedro Regalado Aliaraz.	1
D. Mauricio Albert y Terradas.	1	D. S. A. y L.	1
D. Manuel Armengol, abogado.	1	D. Ignacio de Bordons, abogado.	1
D. Francisco Alvarez.	1	D. Felipe Bertran.	1
D. Rodrigo Altalvitia.	1	D. Manuel Benitez.	1
D. Eusebio Anglora.	1	D. José Badia.	1
D. Francisco Alvareda.	1	D. Leopoldo Boada.	1
D. G. C. de la A.	1	D. Andrés Bes.	1

(*) No habiendo recibido aun todas las listas de los Sres. Suscritores de provincias que repetidas veces hemos pedido á nuestros Comisionados, nos vemos en la necesidad de dar únicamente las que hasta ahora se nos han remitido.

D. Juan Baeza, abogado. 1
D. José Borrell y Monmany, abogado. 1
D. Alberto Bosch. 1
D. Vicente Bellera. 1
D. Joaquin Bertiz. 1
D. José Buch y Campaneria. 1
D. José Bruguera, presbítero, cura-párroco de San Miguel del Puerto. 1
D. Matías Bruguera, presbítero, vicario de id. 1
D. José Barret. 1
D. Jaime Botey. 1
D. Juan Barrau. 1
D. Luis Blanch. 1
D. Alejandro Balasch. 1
D. E. B. y F. 1
D. Martin Bacanar. 1
D. Ramon de Belmonte y Rios. 1
D. Bonifacio Blet. 1
D. Eudoro Revaló y Sert. 1
D. Pablo Blanch de Rich. 1
D. Emilio Bores y Lezo. 1
D. José Casas. 1
D. José Antonio Caner. 1
D. Juan Antonio Casamada, juez de 1.ª instancia de Granollers. 1
D. Angel Canaleta. 1
D. Gabriel Coca, promotor fiscal del juzgado de 1.ª instancia del distrito de Palacio de Barcelona. 1
D.ª Rosa Carbó. 1
D. Eduardo Carrocedo. 1
D. José Claramunt. 1
D. Jaime Cabanellas. 1
D. Miguel Cantallops. 1
La Sociedad del Círculo del Liceo. 1
D. Eduardo Canals. 1
D. Enrique Casas. 1
D. José Colomer. 1
D. Gerónimo Casals. 1
D. José Codina. 1
D. Sebastian Consul. 1
D. Enrique Carbó. 1
D. Federico Cens, abogado. 1
D. Antonio Carrera. 1
D. Juan Cortada, abogado y catedrático de historia en la Universidad literaria de Barcelona. 1
D. Cayetano Cornet. 1
D. Baudilio Carreras y Xuriach, abogado. 1
D. Bartolomé Canalias. 1
D. Manuel Capdevila. 1
D. Narciso Campmany. 1
D. José Carreras. 1
D. Amador Casas. 1
D. Jaime Costa. 1
D. Hermenegildo Coll de Valldemia, presbítero, director del colegio de Cataluña. 1
D. T. C. y T. 1
D. Hilarion Contreras. 1
D. Rosendo Lopez. 1
D. Felipe Calzado y Prats. 1
D. Juan Corominas. 1
D. Rafael Delgado. 1
D. Pedro Danzan. 1
D. José Oriol Dodero. 1
D. Enrique Dauner. 1
D. Narciso Dalmau. 1
D. Rafael Dodero. 1
D. S. D. de L. 1
D. Jaime Devezzi. 1
D. Félix Cantalicio Doral. 1
D. Tiburcio María Duran y Lluch. 1
D. Santiago Delayge. 1
D. Jorge Delom. 1
D. Joaquin María Espina. 1

D. Francisco Esteve y Tomás, abogado. 1
D. José España. 1
D. Ramon Estruch y Ferrer. 1
D. S. E. del M. 1
D. Diego Eloy. 1
D. Damian Esclará y Roig. 1
D. Patricio del Eral. 1
D. Miguel Fluxá, abogado. 1
D. Cárlos de Fontcuberta. 1
D. Cecilio Fossa. 1
D. Francisco de Paula Ferrer, abogado. 1
D. Simon Ferrer, brigadier de la Armada Nacional. 1
D. Francisco Fors de Oliver, abogado. 1
D. Antonio Font y del Sol, abogado. 1
D. José Fina. 1
D. Pedro Font. 1
D. Francisco Font y Ferrer. 1
D. Iginio Ferrer. 1
D. Luis Fubio. 1
D. Manuel Ferrer. 1
D. A. F. y R. 1
D. L. F. G. y S. 1
D. Anselmo Forcada. 1
D. Ricardo María Flores. 1
D. Hipólito de Forés y Prieto. 2
D. Juan Bautista Fluviá. 1
D. Martin Foronda. 1
D. Domingo Frígola y Planti. 1
D. Jaime Gelbert 1
D. Joaquin de Gispert y de Angli. 1
D. Pedro Pablo Goser. 1
D. Antonio Garrigosa. 1
D. Francisco Gari. 1
D. José Gavarró. 1
D. Gerardo de Guardiola. 1
D. Ángel Gou. 1
D. Leopoldo Gil. 1
D. Vicente García. 1
D. Ramon García de Camps. 1
D. T. G. 1
D. Pedro Gavaldá. 2
D. Hemeterio Gorosalves. 1
D. Julian Gros y Robert. 1
D. S. G. y M. 1
D. Julio Galonde. 1
D. Silvestre Gracian. 1
D. Juan Gras. 1
D. Baltasar Huguet. 1
D. José Huget. 1
D. M. A. de H. 1
D. Edualdo Illa. 1
D. Francisco Antonio Yañez. 1
D. F. de P. Y. 1
D. Juan Junoll. 1
D. S. J. 1
D. Roberto María Jaques. 1
D. Mariano Jonés. 1
D. Saturnino Jaldó. 1
D. Simon Jaurés y Parra. 1
D. Santiago Jordan. 1
D. Ramon Lopez Clarós, coronel de infantería. 1
D. Clemente Lopez. 1
D. Benito Lafont. 1
D. Nicolas Labrós. 1
D. P. L. y B. 1
D. Ramon Losellas y Orpi. 1
D. Rosendo Laveron. 1
D. Domingo Lorca. 1
D. Pablo Luzan y Gomez. 1
D. Juan María de Larzo. 1
D. José Llanas. 1
D. Francisco Llibre. 1
D. Ceferino Llongueras. 1
D. Ramon María Llobet. 1
D. Tomás Llan. 1
D. Antonio Lluy. 1
D. J. Ll. y P. 1
D. E. de Ll. 1
D. Francisco Llovera de Mir. 1

D. Poncio Llastra. 1
D. Claudio de la Llave. 1
D. José Macias. 1
D. Félix Maciá. 1
D. José Monfredi. 1
D. Manuel Montobbio. 1
D. Manuel Miguel. 1
D. José Moner. 1
D. Mariano Martí. 1
D. Victor de Magarola. 1
D. Marcelino Munné. 1
D. Luis de Marlés, promotor fiscal del juzgado de 1.ª instancia del distrito del Pino. 1
D. Federico Muns. 1
D. Francisco Javier Moreu. 1
D. Manuel Monte, coronel de infantería. 1
D. Luis José Montobbio. 1
D. Fernando Moragas y Ubach. 1
D. Vicente Moré, presbítero. 2
Sr. Baron de Maldá. 1
D. Francisco Muns. 1
D. Antonio Maymí. 1
D. Valentin Marin. 1
D. Enrique Montero. 1
D. José Morgades, presbítero. 1
D. Rafael Milans del Bosch. 1
D. Juan Martí y Cantó, presbítero. 1
D. Bruno Miralles. 1
D. Rafael Maresch y Maresch. 1
D. José Eusebio Monfort. 1
D. Francisco Malet y Casas. 1
D. Enrique Monistrol. 1
D. Melchor Mas. 1
D. José Molina. 1
D. José Maristany. 1
D. Mauricio Martí. 1
D. José Meifrein. 1
D. Francisco Martinez. 1
D. José Meriada. 1
D. Constantino Martí. 1
D. José Mansana. 1
D. Joaquin Mata. 1
D. R. M. y D. 1
D. Martin María Monserrat. 2
D. Luis Moral. 1
D. Ramon Montroig. 1
D. Pedro Mártir Marimon. 1
D. Eustaquio de Melgar. 1
D. Jaime Mitjavila y Solsona. 1
D. Francisco Negre. 1
D. Antonio Nadal. 1
D.ª Rosa Nadal. 1
D. T. N. y C. 1
D. Juan Nardó. 1
D. José de Calasanz y de Nion. 1
D. Antonio María Nard. 1
D. P. N. 1
D. Francisco Novellas. 1
D. José Neto. 1
D. Manuel Nelveve. 1
D. Agustin Obiols. 1
D. Antonio Olivar. 1
D. Fernando Oliveda. 1
D. José Oliver. 1
D. Bruno Obiols. 1
D. N. O. 1
D. Blas de Orive. 1
D. Ramon Olsineda y Poch. 1
D. Pablo Ollastre. 1
D. Juan de Dios Ordal. 1
D. Jacinto Orsaviñas. 1
D. Roque Juan Orfan. 1
Escmo. Sr. D. Nicolás Peñalver, Regente de la Audiencia Territorial de Barcelona. 1
D. Juan Pujol y Fernandez. 1
D. Lorenzo Padró. 1
D. Juan Parcet. 1
D. José Piñana. 1
D. German Puiggari. 1
D. Rafael de Pestio, comandante de infantería. 1
D. Rafael Plá y Carreras. 1

D. José Portabella. 1
D. Francisco Plá. 1
D. Enrique Perera. 1
D. Ramon Puigmartí. 1
D. Jacinto Pericas. 1
D. Andrés Possa, canónigo de la Santa Iglesia de Barcelona. 1
D. José María Pera, abogado y promotor fiscal del juzgado de Hacienda. 1
D. Clemente Palau y Borrás, abogado. 1
D. Francisco Puig y Esteve, arcediano de la Sta. Iglesia de Barcelona. 1
D. Juan Perelló, presbítero, cura párroco de Sta. María del Mar. 1
D. Félix Ponzoa y Cebrian. 1
D. J. P. C. 1
D. Francisco Plegamans y Roda. 1
D. Saturnino Prat y Berdós. 1
D. Eusebio Piñana. 1
D. Manuel de Palomar. 1
D. Félix Padró de Vall. 1
D. Juan Quintana 1
D. M. S. de Q. 1
D. Mauricio Quintero y Torres. 1
D. Fulgencio Queraltó. 1
D. Antonio Roca. 1
D. Juan Rosich, abogado. 1
D. Constantino Roca. 1
D. Antonio Ribó. 1
D. Juan Ribé, presbítero. 1
D. Pablo Reynals. 1
D.ª Catalina Roura. 1
D. Juan Roquer. 1
D.ª Teresa Ribot. 1
D. Juan Riera. 1
D. S. R. 1
D. T. R. y D. 1
D. Luis Rocaberti. 1
D. Mariano Rovira y Sostres. 1
D. Miguel Romera. 1
D. Eustaquio Ribals. 1
D. Juan Riera. 1
D. José Rovira. 1
D. Jaime Roure. 1
D. José Romaguera. 2
D. Francisco de Asis Rich. 1
D. Luis Sañer. 1
D. José Soler y Matas. 1
D. Santiago Sañez, director del Colegio Hispano-Americano. 1
D. José Sayol, presbítero. 1
D. Magin Soler y Gelada. 1
D. Tomás Sivilla, canónigo de la Sta. Iglesia de Barcelona. 1
Excmo. Sr. Duque de Solferino. 1
D. Jaime Solá, presbítero. 1
D. Tomás Santigosa. 1
D. Jaime Soler y Gelada, abogado. 1
D. Francisco Salvadó. 1
D. Pablo Solá. 1
D. Leandro de Sangerman. 1
D. Vicente Sanglada. 1
D. Gabriel Saval. 1
D. José Serradell. 1
D. N. Sanchez Toro. 1
D. José Santos. 1
D. Antonio Singler. 1
D. Ramon Saltó. 1
D. E. S. y L. 1
D. Pablo de Salatorres. 1
D. Manuel Sobral. 1
D. Hilarion Santos y Santos. 1
D. Mariano Soriano Fuertes. 1
D. Jorge Sellés y Amigó. 1
D. Roque Manuel Sastre. 1

D. Tomás Santos. 1
D. Anastasio Salazar. 1
D. José Tomás. 1
D. Federico Teixidó. 1
D. José Torres. 1
D. Rosendo Taxonera. 1
D. José Manuel de Torres, abogado. 1
D. Juan Torrent. 1
D. José Truch. 1
D. Emilio Terrero, comandante de E. M. 1
D. Pablo Tudela. 1
D.ª Nicolasa Tavern de Balle. 1
D. A. T. 2
D. Ignacio María Torrente. 1
D. Francisco Trito. 1
D. Pablo Taulet y Cariell. 1
D. Severo Tapiola. 1
D. Angel Tintó y Orset. 1
D. Jaime Urgell. 1
D. T. V. 1
D. Simon Urbino. 1
D. Félix Ugarte y Lopez. 1
D. Ignacio Villavecchia. 1
D. Luis Villavecchia. 1
D. Isidro Vilarasau. 1
D. Antonio de Valls. 1
D. Pedro Nolasco Vives y Cebriá, abogado. 1
D. Manuel Villalonga, canónigo de la Sta. Iglesia de Barcelona. 1
D. José Vilardell. 1
D. Francisco Viñoli. 1
D. Isidro Villalon, abogado. 1
D. Gabriel Vives. 1
D. José Ventós. 1
D. P. V. 1
D. Eduardo Vilaseca. 1
D. Cosme Vellber. 1
D. Antonio Velat. 1
D. Pedro Regalado Viures. 1
D. Eugenio Valdés. 1
D. Pedro Vila. 1
D. José Vila. 1
D. Jaime Vicens. 1
D. José Xivixell. 1
D. D. X. y T. 1
D. Lorenzo Zanfa. 1
D. Senen Zizur. 1

Astorga.

D. Ignacio Prieto. 1
El Seminario Conciliar de Astorga. 1
D. José Morán. 1
D. Felipe Perez. 1
D. Justo Rojo. 1
D. Manuel Goiri. 1
D. Policarpo Arias. 1
D. Juan Torre. 1
D. Juan Calzada. 1
D. Eugenio Calzado. 1
D. Miguel Rodriguez 1
D. Gregorio Amigó. 1
D. Manuel Cano. 1
D. Eugenio Martinez, del comercio de libros. 3

Badajoz.

D. José Santamaría, del comercio de libros. 4

Berga.

D. Juan Baquero. 1
D. Francisco de Gironella. 1
D. Pedro Grau. 1

Calella.

D. Nicolás Adan. 1
D. Felipe de Saleta y de Puig. 1

D. Juan Rabasa y Cabot. 1
D. Juan Canovas. 1
D. Narciso Comas y Carreras. 1
D. Joaquin Junquera 1
D. Ramon Biosca. 1

Castellar.

D. Isidro Prims, presbítero, cura-párroco de Castellar. 1
D. Jaime Sala, presbítero, vicario de la misma. 1
D. Francisco Serra, presbítero. 1

Centellas.

D. Salvador Canét, presbítero. 1

Caldas de Mombuy.

D. Felipe Ribó. 1
D. Rafael Palaudaries. 1
D. Estanislao Pascual y Pons. 1
D. José Broquetas. 1
D. Juan Cruells, presbítero. 1
D. Juan Torres, presbítero. 1
D. Joaquin Marcer, presbítero. 1
D. Juan Ametller y Roca, presbítero. 1
D. Narciso Ribó, presbítero. 1

Ferrol.

D. Francisco de Paula Pavía, brigadier de la Armada Nacional. 1
D. Ramon Llanos. 1
D. Nicasio Taxonera, del comercio de libros. 2

Gerona.

D. Lorenzo Ruscalleda, canónigo doctoral de la Santa Iglesia. 1
D. Javier Palau. 1
D. Felipe Constans. 1
D. Mariano Mollera. 1
D. Segismundo Amich. 1
D. Luis Clarás. 1
D. Narciso Blanch é Illa. 1
D. Narciso Mateu. 1
D. Magin Tubau. 1
D. José Porcalla. 1
D. Salvador Viñas. 1
D. Francisco Carreras. 1
D. Cárlos Mundelli. 1
D. Ramon Riu. 1
D. Juan Porredon. 1
D. Luis Castro y Figueroa. 1
D. Ramon Martí. 1
D. Luis Vives. 1
D. Joaquin de Carles. 1

Hostalrich.

D. Francisco Gonzalez Valdivieso, gobernador militar del Castillo. 1

Lérida.

D. José Sol, del comercio de libros. 2

Madrid.

D. Justo Serrano, del comercio de libros. 5

D.ª Esperanza de Gisperty de Mendieta. 1
D. L. R. 1
D. Hermenegildo Suarez. 1
D. Roman Escriche. 1
D. Felipe Juan de Antequera. 1
D. Juan Bautista Iturralde. 1
D. Simon Sixto. 1
D. Fernando Perez Ruiz. 1
D. Mariano Bergullon. 1
D. Roque Lahusma y Cuesta. 1
D. Narciso Cabrera. 1
D. Nicolás Garay. 1
Sr. Conde de Corres. 1
D. Manuel Moratilla. 1
D. Fernando Arqueta. 1
D. Felipe de la Puente. 1
D. Leon de la Camara. 1
D. Bernardo Lopez Quintana. 1
D. Tomás Santos. 1
D.ª Josefa Reigada. 1
D. Pedro Zuazo. 1
D. José Fernandez. 1
D. Gumersindo García Varela. 1
D. L. Ramos. 1
D. T. de L. 1
D. José Nolasco Sanchez. 1
D. Isidro Figueroa Vazquez. 1
D. Antonio María Gonzalez. 1
D. Sebastian Izcar. 1
D. Iginio Roca y Guzman. 1
D. Ginés Montalvo. 1
D. Lucas Espada. 1
D. Julian de Prado y Arce. 1
D. Remigio Solo. 1
D. Pedro Vidal. 1
D. Ricardo Mercader. 1
D. Eusebio Santaolalla. 1
D. Francisco de Rojas y Doral. 1
D. Sebastian Montellanos. 1
D. Luciano Quiñon. 1
D. Saturnino Abadía de Sanz. 1

Málaga.

D. Francisco de Moya, del comercio de libros. 14

Mahon.

D. Camilo Mojon. 1
D. Domingo Orfila. 1

Manresa.

D. José Fabré y Rafols. 1
D. Joaquin Abadal, presbítero. 1
D. Miguel Valls. 1
D. Francisco Llampallas. 1

Olot.

D. Alejandro Giu, presbítero. 1
D. Pedro Barrera, presbítero. 1
D. Miguel Doutrem. 1
D. Rafael Noguer, presbítero. 1
D. José Rovira y Basols. 1
D. Secundino Puig. 1
D. Francisco de Paula Boneu, presbítero. 1
D. Eudaldo Soler. 1
D. Francisco Simon. 1
D. Miguel Isamat. 1
D. Simon Font. 1
D. Ramon Masoliver. 1
D. José Sala. 1
D. Antonio Diaz Barrionuevo. 1
D. Juan Salgado, teniente de infantería. 1
D. José Serrat. 1
D. Cosme Tejera y Langa. 1

Pineda.

D. Narciso Carreras. 1
D. Miguel Verdaguer y Gari. 1
D. José Escolá. 1
D. Joaquin Costa. 1

Pamplona.

D. Fernando de Gispert y de Mendieta, coronel de caballería. 1
D. Joaquin Rosich. 1

Palma de Mallorca.

D. Pedro Veri. 1
D. Juan Vidál. 1
D. Miguel S. Pelegri. 1
D. Gabriel Sitjar. 1
D. Arcadio Calderon, capitan de navío de la armada nacional, mayor general del departamento de marina de Cádiz. 1
D. Antonio Marimon, teniente de navío de la armada y ayudante de la Capitanía del puerto de Palma. 1
D. Gaspar Lledó. 1
D. Juan Guell. 1
D. Juan Vazquez. 1
D. Mariano Villalonga. 1
D. Miguel Pons. 1
D. Francisco del Reguer. 1
D. Antonio Fluxa. 1
D. Pedro José García, del comercio de libros. 11
D. Manuel Fiol. 1
D. Antonio Pericas.
D. Juan Sampol. 1
D. Juan Soler. 1
D. Juan Colomar, del comercio de libros. 8

Reus.

D. Angel Cami, del comercio de libros. 6

Ripoll.

D. Eudaldo Illa. 1

Sabadell.

D. Eliseo Martí. 1
D. Francisco Montrabá. 1
D. Juan Bautista Pena. 1

Santiago.

D. Ignacio Caballero. 1
D. Agapito Terreiro. 1
D. Antonio Labaca. 1
D. Juan Villar y Lopez. 1
D. Angel Calleja, del comercio de libros. 4

Soria.

Escmo. é Ilmo. Sr. Obispo. 2
Sr. Provisor Vicario General. 1
D. D. José Villar, Rector del Seminario Conciliar. 1
D. Eugenio Sanz. 1
D. Casimiro Ballestero. 1

D Pablo del Amo, Abad de la Colegiata. 1
D. Ignacio Granada, catedrático del Instituto. 1
D. Julian Redondo. 1
D. Cándido Dominguez, presbítero, párroco de Covaleda. 1
D. Antonio Lopez, presbítero, beneficiado de la Colegiata. 1
D. Benito Andrés, párroco de Rioseco. 1

Seo de Urgel.

D. Bartolomé Palau, canónigo de la Santa Iglesia. 1
D. José Vilasalas, presbítero. 1
D. Juan Meson y Peña. 1
D. Manuel Grau y Ester. 1
D. José Creus, presbítero, cura párraco de San Miguel. 1
D. Mariano Vergés. 1
D. Fernando Granados. 1
D. Juan Peyró. 1
D. José Escaro. 1
D. Mateo Vilanova. 1
D. Francisco Marquet, presbítero. 1
D. Guillermo Serret. 1
D. Juan Hereter, presbítero. 1

Sevilla.

Sres. Hijos de Fé y Compañía, del comercio de libros. 4
D. José María Geofrin, del comercio de libros. 2
D. Ignacio Peon, del comercio de libros. 20

Torroella de Montgrí.

D. Enrique de Pla y de Armengol. 1
D. Juan Ribas, presbítero, cura párroco del vecindario del Estartit. 1
D. Joaquin Pla, del comercio. 2

Tarragona.

Sr. D. Ildefonso Lopez de Alcaraz, Gobernador civil de la provincia. 1
D. Andrés Granell, del comercio de libros. 5

Tortosa.

D. José María Autran, capitan de navío de la Armada Nacional, y comandante militar de Marina de la Provincia. 1
D. Rafael Escardo, del comercio. 1
D. Pascual Bernis, del comercio de Amposta. 1
D. Antonio Oliveres, del comercio de libros. 2

Valencia.

D. José Mateu Garin, del comercio de libros. 5
D. Lorenzo Maria de Sevilla. 1
D. Francisco de Paula Navarro. 1

Villafranca del Panadés.

D. Félix Rovira y Maciá. 8

Vich.

Sres. Soler hermanos, del comercio de libros. 12

Zaragoza.

D. Joaquin Foncillas. 1
D. Ambrosio Casvas. 1
D. José Ibañez. 1
D. Ricardo Rasilla. 1
D. Manuel Garcia. 1
Sra. Viuda de Heredia, del comercio de libros. 6

FIN DE LA LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.

FÉ DE ERRATAS.

TOMO I.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
Prefacio.	1.ª	El Papismo	El Pontificado
Introduccion.	17	del Papismo	del Pontificado
18	2	Cicernacchio	Ciceruacchio
20	29	id.	id.
22	9	id.	id.
id.	15	id.	id.
id.	32	id.	id.
23	25	id.	id.
24	14	id.	id.
id.	20	id.	id.
25	1	papismo	pontificado
29	9	Cicernacchio	Ciceruacchio
32	15	papismo	pontificado
34	3	Cicernacchio	Ciceruacchio
39	4	id.	id.
id.	17	id.	id.
48	8	id.	id.
79	18	y en 332	y en 1381
id.	24	contruyendo	construyendo

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
81	7	Esquilion	Esquilino
83	29	de las Academias	de la Academia
179	10	cuarteles, desde los cuales	cuarteles. Desde ellos
id.	12	Popular y en cuyo	Popular. En su
298	29	cívicasl levando	cívicos llevando
344	23	la que desarma	desarma esta
347	1	se confiaron	se le confiaron
356	26	rehusaban	reusaba
374	24	Mamiani	Mazzini

TOMO II.

60	4	le dahan	le daban
74	2	que escómodo	que es cómodo
96	27	los muroc	los muros
109	4	á allanarlos	allanarlos
131	17	convenientes as	convenientes así
133	5	ejército fran-	ejército francés
id.	10	alter arán	alteraron
141	27	ni huesa	ni huesos
146	6	que les abiera	que les abriera
192	10	Tíveli	Tívoli
id.	18	con toba	con toda
193	14	templn	templo
219	22	y destruir	y destituir
355	35	hasta elde	hasta el de
381	30	con nosotros	con vosotros
385	11	es llamade	es llamado

HISTORIA DE

LA REVOLUCION

DE ROMA.

1 y 2.

D-1
894